This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

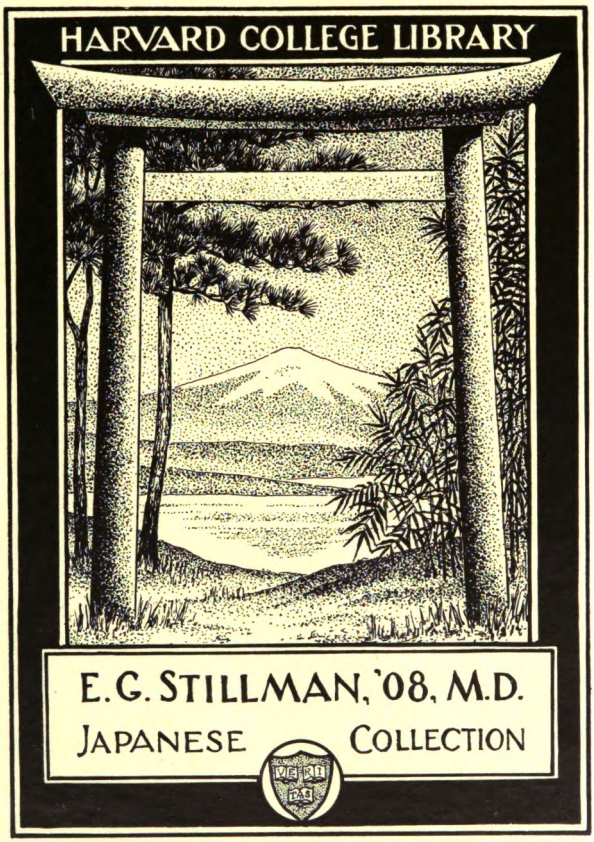
Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

UNIVERSITY OF
MICHIGAN

.695

~~Jap 1309.04.40~~
Jpn 1309.04.40

1936
2-



Digitized by Google

E. G. Stillman
1936

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Al Excmo Señor
Duque de Bassano
homenaje de
El Autor
Madrid Abril 1905

EN LA CORTE DEL MIKADO

BOCETOS JAPONESES

Digitized by Google

Digitized by Google

EN

LA CORTE DEL MIKADO

BOCETOS JAPONESES

POR

D. FRANCISCO DE REYNOSO

MADRID
IMPRENTA DE BAILLY-BAILLIERE E HIJOS
CALLE DE LA CAVA ALTA, NÚMERO 5
1904

Digitized by Google

Jpn 1309.04.40
~~Jap 1309.04.40~~

HARVARD COLLEGE LIBRARY
GIFT OF
ERNEST GOODRICH STILLMAN
1937

Digitized by Google

A LOS

EXCMOS. SRES.

DON JOSÉ MURO

Y

DON EDUARDO COBIÁN

DIPUTADOS Á CORTES, etc., etc , etc.

TIENE LA HONRA DE DEDICAR ESTE HUMILDE TRABAJO

EN PRUEBA DE RESPETUOSO HOMENAJE DE ADMIRACIÓN

Y PROFUNDO AGRADECIMIENTO,

EL AUTOR

Digitized by Google

Digitized by Google

AL LECTOR

Son estas páginas, trasunto fiel de impresiones anotadas en mi diario de viaje al Japón, dando la vuelta al mundo.

Fueron escritas al regreso del Asia, un poco en todas partes donde la profesión me llevó, para entretener largas veladas de invierno, pasadas en el Norte de Europa, desarrollando notas tomadas del natural en lejanos países.

Resultado de ese pasatiempo fué un manuscrito, que se pensó utilizar como armazón de una obra, ilustrada con la gran copia de documentos artísticos, recogidos muy especialmente en el Japón, en la que el texto no hubiera servido más que de motivo, para exhibir las esplendorosas galas de la naturaleza y viejas civilizaciones orientales.

Dolencias contraídas en aquellos climas, deberes profesionales, y las vicisitudes todas de la existencia, entorpecieron la realización de esa idea.

Si andando el tiempo, son entregadas á la imprenta las páginas que forman este volumen, aun despojadas del brillante ropaje oriental que hubiera disimulado sus muchas faltas y grandes defectos, debido es á la circunstancia de hallarse planteado en el Extremo

Digitized by Google

Oriente, transcendental problema que absorbe la atención universal.

Esa nota de actualidad, da tanto relieve á los países donde se ventila con las armas en la mano, el conflicto de intereses por la supremacía en Asia—quizás, sólo incidente preliminar de futura lucha de razas—que en toda Europa se están publicando infinito número de libros relativos al Extremo Oriente, sobre todo acerca del Japón, imperio que, arrogante y fiero, sin arredrarse ante el coloso moscovita, se adelanta en el palenque de la lucha de los pueblos, como paladín de la raza amarilla, sobre la cual aspira á ejercer la hegemonía.

El aislamiento progresivo que ha ido invadiendo nuestra patria, á medida que su fuerza de expansión fué extinguiéndose en la periferia colonial, hasta quedar reducida la vida nacional, á los débiles latidos del corazón en la casa solariega, se ha reflejado en todos los órdenes de la vida; y de haber sido España la primera nación que en el siglo XVI ejerciera influjo en el Japón, y los españoles los primeros que escribieron sobre aquel país y su lengua, hoy nuestra bibliografía japonesa es casi nula.

Unidas estas circunstancias, á la curiosidad que también despierta en España el conflicto ruso-japonés y al personal deseo de emplear forzados ocios profesionales, han decidido la publicación de estos *Bocetos japoneses*, imperfectamente trazados, que no pretenden llenar el vacío existente en nuestra bibliografía y sí tan sólo distraer al benévolo lector, con el verídico relato de un viajero, en su peregrinación alrededor de la tierra, y residencia en la Corte de los Mikados.

Digitized by Google

Tuvo la buena fortuna el autor, de visitar el "Imperio del Sol Naciente„ en la mejor época para el observador y el artista occidental; cuando ese país que ha evolùcionado con asombrosa rapidez, aún estaba en el esplendor de su brillante y secular civilización oriental, y sólo comenzaba á alborear el moderno Japón de los ferrocarriles, fábricas, cañones, acorazados, trajes y costumbres europeas, que con el rasero demoledor de la civilización occidental, ha vulgarizado aquel antes curioso país, rasgando los velos de misterio en que estaba envuelto, al transformarle en un luchador por la vida y en combatiente de la humanidad.

Para que el lector pueda establecer un paralelo entre el presente y el pasado, así como formarse cabal idea de los progresos enormes realizados por el Japón en estos últimos años, en los Apéndices de este volumen hallará bajo el epígrafe de "Japón en 1904„, una serie de interesantes datos estadísticos sobre aquel imperio, tomados, con autorización de Mr. J. Scott Keltie, del notable anuario inglés, *The Statesman's Year-Book,* publicado el 15 de Abril de 1904.

Digitized by Google

Digitized by Google

PRONUNCIACIÓN

Para facilitar la lectura de los nombres japoneses, de personas, cosas y lugares, contenidos en este libro, se ha tratado de armonizar, en lo posible, la pronunciación japonesa, con la ortografía castellana, tratando al mismo tiempo, de no alterar la estructura de las palabras, tal y como las escriben la mayoría de los autores occidentales que han publicado obras sobre el Japón en los últimos años, á fin de evitar la confusión que resultaría, de construirlas de modo diferente del usual y admitido, tanto en Europa como en América. Así pues, Shogun, por ejemplo, está escrito con *sh,* sonido fonético inglés, que responde exactamente al japonés y no con *X,* que además de alterar por completo la fisonomía de la palabra, hasta el punto de hacerla imposible de conocer, no reproduce el sonido japonés. Los nombres que comienzan con *h,* deben pronunciarse aspirando esta letra, como si fuera una *g*.

Digitized by Google

Digitized by Google

ÍNDICE

Camino del Japón.

Salida de Europa..... pág. 1
El Atlántico..... pág. 8

Á TRAVÉS DEL CONTINENTE AMERICANO:

El Este..... pág. 11
El «Lejano Oeste»..... pág. 21
Salt Lake City..... pág. 35
San Francisco de California..... pág. 39
Monterey..... pág. 52
En el Pacífico..... pág. 58

BOCETOS JAPONESES

El país..... pág. 63

RESEÑA HISTÓRICA:

Período de Oshei..... pág. 71
Período de Hasei..... pág. 87
Taiko-Sama..... pág. 101
La obra de Iyeyas..... pág. 108
La Revolución de 1868..... pág. 119

Impresiones preliminares..... pág. 139
La vivienda y sus moradores..... pág. 151
Panorama de Tókio..... pág. 164
Escenas en la capital japonesa..... pág. 180
Fiestas orientales..... pág. 190
Los amantes de Yedo..... pág. 214
Excursión á Kamákura..... pág. 228
Viaje á Kioto..... pág. 239
La Ciudad mística..... pág. 254
Nara..... pág. 274
Las cascadas de Katsura-Gawa..... pág. 290
El lago Biwa..... pág. 296
Las montañas de Suruga..... pág. 302
A orillas del lago Hakoné..... pág. 318
Sayonara, Dai-Nippon..... pág. 339

Correría por el Celeste Imperio.

Shang-hai..... pág. 345
Pekín..... pág. 353

Digitized by Google

La Gran Muralla..... pág. 368
Tumbas de los Ming..... pág. 376

El Retorno.

Á bordo del «Anadir»..... pág. 385
Hong-Kong..... pág. 386
Saigón..... pág. 389
Singapore..... pág. 391
Colombo (Isla de Ceylán)..... pág. 405
Aden..... pág. 409
Mar Rojo..... pág. 411
Istmo de Suez..... pág. 412
El Mediterráneo..... pág. 416
Marsella..... pág. 418

Apéndices.

Japón en 1904..... pág. 421
Iwakura.—Estudio biográfico..... pág. 433
La cerámica japonesa..... pág. 436

Bibliografía..... pág. 439
Elenco de nombres..... pág. 441
Fe de erratas.

Digitized by Google

Digitized by Google

OBRAS DEL AUTOR

PRÓXIMA A PUBLICARSE

UNA EMBAJADA BAJO LA REGENCIA

(Estudio documentado.)

EN PREPARACIÓN

DESDE
VILLALAR Á PARIS

23 Abril 1521. 10 Diciembre 1898.

Principio y fin de la decadencia española.

Digitized by Google

CAMINO DEL JAPÓN

SALIDA DE EUROPA

En esa hermosa estación llamada por el poeta juventud del año, hallábame una tarde espléndida y deliciosa en el acantilado de la Isla de Capri denominado «Salto de Tiberio», precipicio desde el cual la tradición cuenta, que el cruel César mandaba arrojar sus víctimas en los abismos del mar azul.

Era mi lugar favorito para ver la postura del sol y el término de mis correrías por la famosa isla, un día lugar de retiro de Césares romanos, en las frecuentes visitas que hacía desde la Ciudad Eterna, donde servía como Agregado diplomático.

Allí, á solas con la Naturaleza, reclinado en un montón de confusas ruinas romanas, tapizadas por los siglos de hiedra y musgo, me sentía dichoso respirando aquel aire puro, elástico y vivificante, mientras me extasiaba en la contemplación del panorama que se desarrolla ante la vista: el golfo de Nápoles, coronado por el inmenso penacho del humeante Vesubio.

Es el cuadro tan maravillosamente bello, que fascinado por ese sublime espectáculo de la Naturaleza, permanecía inmóvil hasta que las sombras de la noche, extendiéndose sobre las azules ondas del golfo, velaban la vista de Nápoles y sólo podía ya distinguir en lontananza, miriadas de luces

Digitized by Google

dibujando la Chiaja con líneas de fuego y las llamaradas lanzadas por el volcán.

Aquella tarde no estaba solo, como de costumbre, absorto en la contemplación de la bella Naturaleza; unas cuantas garridas isleñas, célebres por la hermosura de su raza griega, entre las cuales descollaba Carmela, la hermosa vendedora de coral y flores, estaban bailando alegremente la «tarantella»; y al indefinible placer de vivir y gozar de aquel medio ambiente, añadía el de seguir con la mirada los graciosos movimientos y flexibles ondulaciones de las graciosas muchachas. Eran las figuras que animaban aquel cuadro maravilloso.

De aquel éxtasis, de ese arrobamiento delicioso y etéreo, fuí brutalmente arrancado por la realidad de la existencia; el mensajero del Hotel me entregó este lacónico telegrama: «*Ascendido Japón*».

Al pasar rápidamente, sin transición, de la más serena y pura dicha, á la áspera y triste realidad de la lucha por la existencia, sentí en el alma dolorida, la angustia del choque grosero; y mi espíritu, turbado por tan singular coincidencia, ya no pudo gozar con la vista del panorama de Nápoles ni mis ojos siguieron las peripecias del baile.

Aquellas dos palabras fueron una revelación, haciéndome ver por primera vez cuál es la misión del hombre en la tierra: *comerás el pan, con el sudor de tu rostro.*

Devorado por invencible deseo de hallarme á solas con mis pensamientos, me alejé del famoso precipicio para bajar al pintoresco pueblecillo, no como los otros días, saltando de risco en risco, contento y feliz, sino meditabundo y pensativo.

Al llegar á poblado subí á una eminencia, y por si nunca jamás volviera á ver á Capri, lancé una última mirada al mar azul, á la montaña y á las veneradas ruinas del tiempo de los Césares Augustos, antes de internarme por las estrechas callejuelas, convertidas en túneles de verdura, que conducen al Hotel Victoria.

Bajo la esbelta palmera del jardín, en el banco donde ha-

Digitized by Google

bía pasado tantas horas embelesado mirando el ideal paisaje de la isla, Nápoles, su golfo y el Vesubio, sentéme una vez más para ver la puesta del sol y resolver aquel primer problema de la vida.

Caminaba el sol rápidamente al ocaso, mientras meditaba con los ojos fijos en aquel globo, que al hundirse en las ondas del golfo doraba con sus últimos resplandores la cima del monte Epómeo, y cuando desapareció para ir á alumbrar el mundo donde el destino me empujaba, le seguí con la imaginación para saludar al Extremo Oriente, al misterioso y lejano Imperio de la Mañana. *Alea jacta est.*

Aún cavilaba á la incierta luz del crespúsculo, que tanto convida á meditar, y planeaba el viaje á los antípodas, en el momento que acertaron á pasar por delante del jardín Carmela y sus compañeras, que volvían del «Salto de Tiberio», enlazadas por el talle y cantando:

Buona sera, il signorin pensiero, me dijo Carmela, *¿li rivedremmo domani?—¡Chi lo sa!,* respondí, pensando en lo incierto que es el mañana.—*Addio,* dijeron todas, y cantando se alejaron hacia la marina.

Al siguiente día abandonaba con indefinible tristeza aquella isla, donde, lejos del mundanal ruido, siempre gocé de serena dicha, y emprendía la primera etapa del viaje á los antípodas, regresando á Roma.

Desde el vaporcillo que hace la travesía entre Capri y Nápoles, dí un último adiós á la isla que surge de las ondas azules, como un macizo de verdura flotando sobre el mar; saludo la Punta de la Campanella, Sorrento, patria del Tasso, Vico Equense, colgado como un pensil sobre el alto acantilado entre la frondosa vegetación de su celebrado valle; Castellamare, ayer lugar de recreo de los patricios napolitanos y hoy grandioso arsenal; Pompeya, la ciudad romana que después de tantos siglos han hecho renacer de sus cenizas los sabios arqueólogos; y por último, al Vesubio, ese imponente volcán que sin descanso vomita por su cráter humo, lava, llamas y piedras enrojecidas.

Todos esos sitios los había recorrido, y del Vesubio guar-

Digitized by Google

do imperecedero recuerdo: la ascensión nocturna al cráter, para contemplar desde allí la aurora, estando el volcán en erupción.

Aún me parece caminar fatigosamente entre las sombras de una noche obscura, á través de un mar de lava, apenas endurecida, sobre la que serpentean corrientes de fuego que van carbonizando cuanto hallan á su paso, lento, constante y devastador. Las humaradas de azufre que asfixian, el calor sofocante, aquellos fuegos siniestros y diabólicos, las piedras enrojecidas que vuelan por los aires, cual proyectiles en un bombardeo, los sordos rumores de la temblorosa tierra y las continuas detonaciones, todo ello forma un conjunto tan terrorífico y pavoroso, que la única descripción gráfica sería compararlo con el infierno.

El majestuoso volcán, con su gallardo penacho de humo elevándose al cielo, es la perla de la espléndida corona, ceñida por la Naturaleza y el Arte de cien generaciones al famoso golfo de Nápoles, que la casa de Aragón trajo á la de Castilla.

Qué recuerdos evoca Nápoles, esa gloriosa página de nuestra pasada grandeza, escrita en bronces y mármoles con la espada del Gran Capitán, el héroe de Garegliano y Cerignola, el antiguo caudillo de aquella famosa infantería que en la terrible jornada de Ravenna *, una de las batallas más memorables y sangrientas que registran los anales militares, no desmayó al verse abandonada de sus aliados, y con esfuerzo sobrehumano llevó á cabo la proeza de abrirse paso, con la punta de la espada, á través de las densas masas de las huestes imperiales, efectuando una admirable retirada, á la faz de la gendarmería de Gaston de Foix, y bajo la renombrada artillería del de Este.

De aquellos épicos tiempos, ya nada queda, ni aun el nombre de la calle principal de Nápoles, antes llamada vía Toledo,

---

* «In that memorable conflict the infantry of Arragon the old companions ot Gonsalvo, deserted by all their allies, hewed a passage through the thickest of the imperial pikes, and effected an unbroken retreat, in the face of the gendarmerie of De Foix, and the renowned artillery of Este.»=Machiavelli.=Lord Macaulay.

Digitized by Google

en recuerdo del más ilustre Virrey español, el gran Duque de Alba!

Pasó toda aquella grandeza, fruto de las antiguas instituciones de Castilla y Aragón, que hicieron de España la primera nación de Europa en el siglo XV; la estrella española palideció en los campos de Villalar, al ser ahogadas las públicas libertades por la mano del mismo verdugo que decapitó á los Comuneros, y eclipsado el astro radiante que al mundo llenó con su gloriosa luz, en las tinieblas del presente dibújanse con letras de fuego, los versos inscriptos sobre la tumba del buen Conde Pero Ansúrez, que duerme el sueño eterno en la catedral de su ciudad de Valladolid.

.....
Porque en este claro espejo
Veamos cuánta mancilla
Agora encierra Castilla
Segun lo del tiempo viejo.

Aún resonaban en mis oídos las notas lánguidas del «Addio mia bella Napoli», cantado en la estación del ferrocarril por unos músicos ambulantes, y creía ver las llamaradas del Vesubio, cuando me rendía al sueño en el vagón que me llevaba á Roma.

Al amanecer, los heraldos de la ciudad de los Césares, esas ruinas asombrosas que han desafiado el embate de los siglos y sobrevivido á las destrucciones de los bárbaros y de los Barberini, de los Orsini, Colona, y de cuantos iconoclastas han manejado la piqueta demoledora, anunciaron la proximidad de la Ciudad Eterna.

La mañana era brumosa, y al cruzar la melancólica campiña romana, cuando surgieron de entre la blanca niebla las vetustas murallas de la antigua ciudad de los Papas, asaltadas un día por las tropas imperiales de Carlos V, bajo el mando del Condestable de Borbón, acudió á la mente la memoria de otro asedio de Roma no menos célebre, en tiempos del muy piadoso Felipe II, que mandó al Duque de Alba al frente de un ejército para desarmar las iras y deshacer las maquinaciones de Pablo IV contra España.

Digitized by Google

De todas las gloriosas empresas del gran Duque de Alba, ésta fué quizá donde hizo rayar más alto su inmenso valer, porque en ella desarrolló toda su gran pericia militar y una consumada habilidad política.

Era Virrey de Nápoles en 1556, cuando el octogenario Papa Caraffa, que, por agravios personales recibidos de Carlos V, odiaba de muerte á los españoles, de quienes decía que eran «una mezcla impura de judíos y de moros», se alió á Enrique II de Francia, para expulsarnos de Italia.

El Duque de Guisa, apoyado por la República de Venecia y el Duque de Ferrara, invadió Italia al frente de numeroso ejército, marchando sobre Nápoles, donde el de Alba no disponía de elementos ni de tropas para rechazar á los franceses.

Mas el animoso Virrey, con sus admirables dotes, al mismo tiempo que proveía á la defensa militar del reino cuya guarda le estaba confiada, con habilidad suma evitaba un levantamiento del país en contra de la dominación española, que pudiera secundar los designios del de Guisa.

Éste fué detenido en su avance por la heroica defensa de Civitella, que rechazó victoriosamente dos furiosos asaltos de los franceses, y viendo que el país no se ponía de su lado, emprendió la retirada sobre Francia á marchas forzadas, perseguido por el Duque de Alba, que en el entretanto había podido levantar tropas.

Desamparada Roma por el de Guisa, sin elementos el Papa para resistir á los españoles que acampaban bajo sus muros, la ciudad estaba irremediablemente condenada á ser tomada por asalto por el Virrey de Nápoles y á sufrir los horrores de otro saqueo, como el aún reciente por las tropas de Borbón.

Ciego Caraffa por el despecho, aún intentó el rencoroso y terco anciano resistir á los españoles; pero aterrada la población con el pavoroso fantasma de otro sangriento saqueo, los Cardenales lograron hacer desistir á Pablo IV de su desvarío, y la Ciudad Eterna abrió sus puertas al vencedor Duque de Alba.

Digitized by Google

Todos los eminentes servicios prestados por el egregio Cardenal Albornoz, para devolver Roma y restaurar en el gobierno de los Estados Pontificios á los Papas desterrados en Aviñón, toda la generosa piedad de los Reyes Católicos que colmaron de riquezas y beneficios á Roma, todos los sacrificios llevados á cabo por un pueblo noble, generoso, devoto y de inquebrantable fe; todo, en fin, lo menospreció Pablo IV, al formar una alianza, no sólo ya con los reyes de Francia, enemigos tradicionales de la Casa de Austria, sino que hasta con un infiel, el Gran turco, para tratar, sin conseguirlo, de aniquilar á la nación católica por excelencia.

Después de esta digresión por los campos de la historia, para darnos tiempo de hacer las despedidas en Roma, reasumamos el interrumpido viaje, atravesando Francia para embarcar en el Havre.

Al cruzar París, un antiguo colega, Monsieur Ferdinand de Navenne, hoy Ministro Plenipotenciario de Francia en la Embajada cerca de la Santa Sede, á quien nunca agradeceré bastante su cortesía, vino á despedirme en la «Gare de l'Est».

Silbó la locomotora, púsose en movimiento el tren especial que trasegaba de Europa al nuevo mundo centenares de seres, conmovidos por dolorosas separaciones, y contagiado por la general emoción, me sentí invadir por vaga é indefinible melancolía, al alejarme de la vieja Europa.

Pocas horas después nos embarcamos en el Havre á bordo del *Labrador*, donde en el momento de salir presencié una tiernísima despedida, entre un anciano que lloraba como un niño y una bellísima joven.

Separados al fin, quedóse ella en el barco junto á la borda, enjugando con el pañuelo que agitaba en señal de despedida, las lágrimas que corrían por sus mejillas sonrosadas.

Solo y abrumado por la emoción, el anciano permanecía como clavado sobre las losas del muelle, contestando desde lejos con el sombrero á los saludos de la viajera.

¡Quién sabe, si en el momento de zarpar majestuosamente el trasatlántico para Nueva York, no cruzase por la mente

Digitized by Google

de aquellos dos seres, uno ya en el ocaso y el otro en los albores de la vida, el melancólico pensamiento de esta hermosa canción de Ferrán:

Los que quedan en el puerto
cuando la nave se va
dicen al ver que se aleja:
¡Quién sabe si volverá!
Y los que van en la nave
dicen mirando hacia atrás:
¡Quién sabe cuando volvamos
si se habrán marchado ya!

EL ATLÁNTICO

Aferrado á los barrotes de la borda del trasatlántico pasé los cuatro primeros días de navegación, contemplando el tremendo espectáculo del Atlántico embravecido.

Las montañas de agua, precipitándose unas sobre otras con velocidad vertiginosa, empujadas por el huracán, convertían al barco en débil juguete de los elementos, que unas veces estaba en la cumbre de una inmensa ola, entre la blanca espuma de la cresta, y otras en los obscuros abismos abiertos en las líquidas masas.

El efecto era portentoso: avanzaban una tras otra las encrespadas olas, pareciendo adelantarse para sepultar al *Labrador* bajo Himalayas de agua salada y en el crítico momento de no verse ya el azul del cielo, sino á través de nubes de espuma, el buque se levantaba crujiendo, trepaba hasta la cima con supremo esfuerzo, tomaba allí nuevas fuerzas, balanceándose como una pluma, y precipitándose en los abismos, volvía de nuevo á luchar.

Durante la porfiada lucha contra los desencadenados elementos, la flotante mole de acero se estremecía convulsivamente, cual si la agitase un sacudimiento nervioso, cuando la hélice salía de las aguas; crujían las maderas, rechinaban los hierros, y el furioso vendaval al silbar entre la jarcia,

Digitized by Google

semejando ayes, suspiros y lamentos, completaba la ilusión de que viajábamos sobre un monstruo dotado de vida.

Mal lo pasó el veterano *Labrador* en aquel duro trance, del cual salió tan maltrecho, que ni uno solo de sus botes sobre cubierta, ni la casilla del timonel, escaparon á la furia de la tempestad.

Al cabo de algunos días de buen tiempo, la monotonía de la navegación fué interrumpida, cerca ya del continente americano, por una densísima niebla, que de improviso nos sumió en la obscuridad.

El contratiempo encerraba gravedad, por el gran riesgo que se corre de chocar con los bancos de hielo, ó de sufrir una fatal colisión con los numerosos buques que frecuentan aquellos parajes, sumamente peligrosos en tiempo de niebla, por ser el derrotero de todos los vapores que cruzan el Atlántico, desde Nueva York.

Tres días interminables transcurrieron así, perdidos entre las nieblas, atormentados sin cesar por el lúgubre bramido de la Sirena, esa colosal trompa á vapor, que con sus roncos bramidos rasga los oídos; navegando con mil precauciones; parando á cada rato, tirando cañonazos ó tocando la campana, oyendo las mismas señales de otros buques que pasaban cerca sin ser vistos y esperando siempre con angustia el fatal encuentro que podía precipitarnos en los abismos del mar.

Todos comprendíamos la gravedad de la situación, llevando cada uno impreso en el rostro el sentimiento de inquietud que inspiraban los siniestros preparativos de repartir salvavidas entre los pasajeros, notificándoles al propio tiempo, que los marineros que sable en mano hacían guardia al lado de los botes, ya listos y tripulados, tenían orden de rechazar por la fuerza todo conato de invasión, hasta tanto que las mujeres y los niños hubiesen sido embarcados. ¡Quién había de confiar en tal medio de salvación, cuando los escasos botes restantes eran insuficientes hasta para contener los niños de los ochocientos emigrantes que había á bordo!

Creímos llegado el momento de la terrible catástrofe, al

Digitized by Google

oir una tarde dos cañonazos casi simultáneos, tirado el uno desde el *Labrador,* y el otro, muy cercano, según se apreciaba por la detonación, al mismo tiempo que silbaban los pitos de los contramaestres, tocaban los timbres de la máquina y el barco daba una fuerte sacudida, retrocediendo á todo vapor.

Rápidos como el pensamiento, movidos por el espíritu de conservación, nos lanzamos en confuso tropel sobre cubierta, á tiempo de ver avanzar desde la borda, como desgarrando la tupida niebla, un monstruo negro, con dos relucientes ojos encarnados, que silbando, bramando con la Sirena y tirando cañonazos, se venía encima dispuesto á embestir al *Labrador.*

En aquel supremo instante reinaba silencio de muerte á bordo, y los pasajeros del *Labrador,* fascinados por aquellos dos ojos encarnados, que aumentaban prodigiosamente según iban acercándose, permanecían pasmados en las bordas, donde se habían abalanzado para arrojarse al mar.

Tocaba ya casi el bauprés del otro barco con el costado del *Labrador,* cuando se oyó un inmenso *¡hurra!* lanzado por los tripulantes de ambos buques, vitoreando á nuestro capitán, que con una hábil maniobra hizo virar rápidamente el vapor, evitando así el abordaje.

Pasó el monstruo de los ojos encarnados como un proyectil, pero tan cerca, que aun á través de la densa niebla se distinguían, como en una horrible pesadilla, los pasajeros de aquel barco fantasma.

Algunas horas después tropezamos, en medio de aquellas profundas obscuridades, con una galana balandra, en cuya vela había pintado un colosal 4. Era la de esos arriesgados marinos que en un cascarón de nuez se alejan de la costa hasta trescientas millas, mar adentro, en busca de barcos necesitados de práctico para entrar en el Hudson.

Y, sin otro contratiempo, á los doce días de haber zarpado del Havre, el *Labrador* surcaba las aguas del anchuroso río, remontándolo hasta Nueva York.

Digitized by Google

Á TRAVÉS
DEL CONTINENTE AMERICANO

EL ESTE

Al pisar el mundo descubierto por Colón y divisar envueltas entre la bruma las torres y cúpulas en la «Ciudad Imperial del Hudson», no me turbaron las maravillas del presente, ni me sentí empequeñecido ante el fabuloso progreso alcanzado por los que han utilizado nuestros descubrimientos y conquistas; todo por el contrario, sólo pensé en el pasado, dedicando un recuerdo á los gloriosos aventureros de los siglos XV y XVI, á los conquistadores que, como Alonso Ojeda, V. Yáñez Pinzón, Diego de Nicuesa, Vasco Núñez de Balboa, Juan Ponce de León, Pizarro, el inmortal Hernán Cortés y tantos otros héroes, conquistaron para España imperios sin fin.

Atónitos quedarían aquellos varones legendarios, si despertasen de su eterno y glorioso sueño. No reconocerían el campo de sus hazañas inmortales, y volverían á sus tumbas, creyendo haber despertado en un aquelarre ó estar en el Purgatorio.

Porque preciso es convenir, que á fines del mes de Julio, la Broadway de Nueva York participa de ambas naturalezas.

En pleno verano y con 108 grados Farenheit ó sea la friolera de unos ¡44 grados Centígrado á la sombra! cosa así semejaba la famosa calle de Nueva York, poblada de una compacta muchedumbre, que con la fiebre del oro pintada

Digitized by Google

en el rostro, corre jadeante como enjambre de locos, atropellándose los unos á los otros.

Por el arroyo, que más bien pudiera llamarse vía férrea, á causa de los apretados haces de relucientes carriles, que se cruzan, cortan y retuercen hasta perderse en lontananza, como una apretada malla, circulan sin cesar y con estrépito ensordecedor, trenes de mercancías, ómnibus, carros y tranvías.

En el cielo, una red de bruñido acero, tejida con millones de alambres conductores, parece como que intercepta el aire, enrareciendo la atmósfera de fuego en que se agita aquella multitud frenética, y donde se mueve toda aquella pasmosa actividad.

Es la última palabra de la moderna civilización, el *non plus ultra* de la humana actividad y la manifestación más evidente de la exuberancia de vida de ese joven pueblo; pero tamaña baraúnda, aturde y ensordece al que acaba de pasar largos días en las soledades del Océano, y enerva á quien no tenga templados los nervios á la yankee.

Así es, que después de haber recorrido Nueva York en el ferrocarril aéreo y los tranvías, tanto por curiosidad como para buscar alivio á aquel calor sofocante, y de haber visto las fachadas donde moran los Cresos de la Fifth Avenue, abandoné, con verdadera fruición la «Imperial ciudad», de la cual conservo como más grató recuerdo, las noches pasadas sentado en un banco de Madison Square, dormitando junto al monumento á Washington, para no perecer asfixiado en el cuarto del Hotel.

Desde que el tren para Saratoga de la línea «N. Y. C. and Hudson river» se puso en movimiento, estableciose una deliciosa corriente de aire respirable, que contribuyó á hacer más grato el pintoresco trayecto de cinco horas de volar, más que de correr, por las pintorescas orillas del Hudson, á través de feraces campos poblados por numerosas granjas y aldeas.

Saratoga es un balneario ó *watering place,* frecuentado por los americanos del género ínfimo, sin ningún atractivo para el viajero europeo; pero como estuviese en mi camino para

Digitized by Google

el Niágara, y el billete tomado hasta San Francisco, mediante ciento cincuenta dollars, autorizase á detenerse en cuantas estaciones de alguna importancia hallase al paso, hice allí alto para ver esos hoteles colosales como el Gran-Union, donde un verdadero ejército de negros sirve á los dos mil huéspedes que puede albergar.

Satisfecha esa curiosidad, y no ofreciendo Saratoga otros atractivos que el ver desde la mañana á la noche las mismas gentes, meciéndose indolentemente en el patio-jardin del Hotel, continué mi ruta, tomando el expreso de la noche para «Niágara Falls».

Un rumor sordo como el del trueno lejano, pasada la estación de Buffalo, se dejaba oir desde que entramos en el dominio del Canadá, y á medida que el expreso devoraba el espacio, el ruido acentuábase más, aumentando hasta llegar á convertirse en atronador, como el de continuas descargas de numerosa artillería. Entonces aparecieron en toda su grandiosa magnificencia las Cataratas del Niágara.

Clifton House es un lindo Hotel situado en la orilla Canadiense, frente á la catarata, desde cuya *veranda* *, adornada con flores y plantas trepadoras, que suben por los pilares tejiendo una cortina de flores y lozana verdura, se abarca el grandioso espectáculo de aquella inmensa cantidad de agua precipitándose en el espacio, para caer en el abismo con ensordecedor estrépito y luego subir al cielo pulverizada cual blanca nube.

Subyugado por la majestuosa belleza del cuadro fascinador de las masas líquidas del ancho río, despeñándose en el vacío y gozando de una temperatura primaveral, permanecí en la *veranda* hasta anochecido, cuando al encenderse los focos eléctricos que iluminan la catarata, cambia la decoración y el agua parece convertirse en cristal y fluida plata, formando una cascada de brillantes, esmeraldas y rubíes.

Lo bonito del paisaje, la agradabilísima temperatura y la comodidad de Clifton House, contribuyeron á prolongar

* Galería ó cobertizo.

Digitized by Google

cuanto pude la estancia en «Niágara Falls», pasando días sumamente amenos en visitar todas las «places of interest», tales como el «new suspension bridge», esa tela de araña colgada sobre las profundidades donde ruge el torrente, haciendo vertiginosos remolinos llamados *Whirpool;* los tres peñascos cubiertos de vegetación, «Three Sisters Islands», que parecen macizos de verdura arrastrados por la impetuosa corriente hacia el borde del precipicio; y el «Prospect Park», pensil situado en la orilla americana, entre la catarata y el abismo, sobre la roca cortada á pico, donde en mal hora sentí la insana curiosidad de bajar por un pozo en funicular hasta el nivel del río, para visitar la cascada, en el espacio que media entre la roca y la cortina de agua.

Hube de abandonar, por fin, las delicias de aquella Cápua americana, y después de viajar desde por la mañana á través de una inmensa llanura que parecía un mar de verdura, salpicada con grupos de árboles y algunas pocas granjas, á las que se llega por senderos formados con tablas tendidas á lo largo de las interminables praderas, pasó el tren por Windsor al morir melancólicamente el día, acercándose rápidamente al lago Erie, sobre cuya superficie se veían rielar á lo lejos las luces de los buques.

La noche había cerrado por completo, cuando el tren, sin detenerse un segundo, entró en la colosal barca á vapor que estaba aguardando para transportarlo á la otra orilla, y al movimiento del tren, que paró en seco, inmovilizado por los potentes frenos, sucedió sin intervalo ni pausa, el de la barcaza hendiendo las aguas, sobre las cuales se balanceaba trabajosamente con su pesada carga.

En el lado opuesto del lago, que atravesamos alumbrados por hermosa luna, el tren desembarcó con igual rapidez, continuando su desenfrenada carrera hasta Detroit, en el Estado Michigán, de la República americana.

Habíamos dejado el Canadá, esa inmensidad de territorio, casi despoblado á causa del clima, sólo soportable para los esquimales, que desde el estrecho de Davies hasta Alaska, y desde las fronteras con los Estados Unidos hasta el mar

Digitized by Google

Ártico, poseen los ingleses en las heladas regiones del Norte de América.

Al llegar á la estación de Kensington estábamos en el estado del Illinois, y una hora más tarde, después de haber bordeado las orillas del lago Michigán, entrábamos en Chicago, por entre las calcinadas ruinas de una que debió ser gran estación.

Aquellos vestigios carbonizados de la última conflagración, eran el heraldo que anunciaba el «Gran Emporio del Oeste», la ciudad Fénix, que en el espacio de breves años renació de sus cenizas tres veces consecutivas, gracias al indomable espíritu de sus fundadores y habitantes.

Palmer House, el mejor hotel entonces de Chicago, más que fonda ó parador, se me antojó al entrar en el Hall ó zaguán, animada estación de ferrocarril, donde se amontonaban equipajes, corrían negros mozos cargados con maletas, se despachaban billetes, expedían telegramas, compraban periódicos y se satisfacían las necesidades todas de los presurosos viajeros, en medio de un repiqueteo de timbres eléctricos y de los gritos que daban los vendedores ambulantes.

Mientras hacía cola en el vestíbulo para tomar vez en la taquilla donde repartían las llaves, y cuando precedido de un gigante de ébano subí por la escalera á tomar posesión de mi cuarto, habíanme llamado la atención unos carteles repetidos profusamente, en los que con grandes letras estaba escrito: «¡Cuidado con los rateros!»

No eché en saco roto aviso tan caritativo, y antes de proceder á las abluciones desalterantes de un largo viaje, procedí cautamente á correr el cerrojo de la puerta.

Pero, ¡cuál no sería mi sorpresa, cuando creíame ya á cubierto de toda depredación, por tener la puerta atrancada, y veo con asombro que con tal medida no habían cesado los peligros que en aquel Hotel corría la propiedad de los huéspedes! Pues, en un gran cartelón anunciaba el *Manager* *, que según tal ley del Estado, no era responsable de la desapari-

* Director.

Digitized by Google

ción de baúles y maletas, en el caso de no cerrar bien el cuarto y de no depositar la llave en el mostrador; en otro, elegantísimo y colocado en el espejo, que no se respondía del calzado si se dejaban las botas fuera de la puerta para limpiarlas; colgado del aparato del gas había otro ¡Cuidado con los rateros!; y al lado de la cama, un anuncio recomendando «No fiarse de los criados y cerrar la puerta con cerrojo y las llaves del gas antes de acostarse».

Resignado al inevitable desvalijamiento, me dije: ¡bah! puesto que ello ha de suceder, vamos al comedor á tomar fuerzas con que afrontar estoicamente los escamoteos de que pueda ser víctima en esta fonda de arrebata-capas.

En cambio, cual compensación á los espeluznantes avisos de los cartelones, la lista de la comida encabezaba los exóticos manjares, con este tranquilizador aviso: «*This hotel is entirely Fire-proof*» *. Preciso es advertir, que había ardido cinco veces.

Admirable previsión, para comer tranquila y reposadamente... inhumana bazofia, que aun ilustrada con nombres indios, determina lenta, pero segura y fatal indigestión.

No es ciertamente Chicago ciudad que debe ser visitada para deleitarse en la contemplación de maravillosas obras de arte ó buscar el refinamiento del gusto ni la vida del espíritu; no, esa ciudad sin historia, pues nació ayer, tiene ideales completamente opuestos á los de los pueblos viejos; si asombra al mundo, es por su crecimiento portentoso, estupendo desarrollo y por su fabuloso tráfico comercial.

Chicago, llamado el «Emporio del Oeste», es el punto donde se dan la mano los viejos Estados del Este con los nacientes del Oeste; y algo así como el anillo comercial que une los eslabones de esa gran malla de Estados y territorios de la gran República americana, que se extienden desde el Atlántico al Pacífico.

Entre los artículos que hacen famoso el mercado de Chicago, figuran las frutas que vienen en gran parte de la

* Este Hotel es completamente incombustible.

Digitized by Google

Alta California y son expedidas en cantidades enormes, tanto á los Estados del Atlántico como á Europa.

Este importantísimo negocio se hace exclusivamente en un barrio monopolizado por los escritorios y monumentales almacenes de los fruteros.

Por los carriles que surcan las calles, circulan trenes cargados de manzanas, melocotones, peras, ciruelas y uvas, cuidadosamente envueltas en papeles y luego empaquetadas en pequeñas cajas, con las cuales levantan pirámides rivales de las faraónicas de Egipto.

Así es, que el aire fragante y embalsamado que se respira en el barrio de las frutas, es como antídoto de la atmósfera saturada de gases y polvillo de carbón, que invade la ciudad industrial y manufacturera.

Otro de los negocios más importantes es el de los *dry goods* ó cereales, por ser Chicago el granero donde se acumulan los que producen el Minnesota, el Wisconsin y demás Estados trigueros vecinos, y con los que inundan los mercados del Este y de Europa.

No pude menos de acordarme de Castilla, cuando ví aquellas colosales paneras atestadas de trigo.

Allá, en Tierra de Campos, un país donde jamás llueve, porque está despoblado de árboles y donde no hay un solo canal de riego, el labrador araña la esquilmada tierra con un arado prehistórico, tirado por un par de viejos machos, escuálidos y cansados, sin lograr romper la dura costra formada por la helada ó la sequía.

Si el surco no es profundo, pierde en cambio el labrador la mitad del tiempo en dar las vueltas, por lo pequeña é irregular que es la parcela; siembra en malas condiciones por no haber podido preparar el campo con labores convenientes, á causa de carecer de ganado, máquinas agrícolas y abonos; y siega la mezquina y mala mies, con la hoz antidiluviana, pasándose todo el día encorvado bajo un sol abrasador.

Después acarrea el bálago, por caminos sólo comparables, por lo malos, con los de China, en un carro de viga, tal y

Digitized by Google

como lo usaban los romanos, y cuando logra llegar á la era sin trastornar, trilla la mies con ese primitivo aparato formado con unos tablones unidos é incrustados de pedernales; aparva la trilla con otro apero no menos primitivo, y limpia las parvas con bieldo, como en los tiempos bíblicos, el día que hace viento. Así recoge una miserable cosecha *, insuficiente toda ella hasta para pagar la contribución y el sinnúmero de impuestos agobiadores que imposibilitan el desarrollo de la agricultura.

Primero con mil afanes y privaciones, y luego con el constante sobresalto de que le roben sus mieses en el campo, ya que no se respeta la propiedad, ó se las queman en las eras, porque no hay guardas ni justicia, el pobre labrador consigue ver encerrado en la panera un muelo de trigo, que representa todo un año de rudo trabajo y el mísero sustento de una familia entera.

Mas aquel grano ya no es suyo, porque para hacer la siega y la recolección, tuvo que tomar dinero prestado á un rédito exorbitante, y ahora tiene que malvenderlo, para pagar al *judío,* el doble de lo que tomó.

Entonces unce al carro de viga la cansada pareja, carga todo lo más que puede, pero sin olvidarse de que las mulas tienen agotadas las fuerzas, y volcando aquí y atollándose allá, en esos reguerones que, por no haber otro medio de comunicación, llaman caminos, llega uno, dos ó más días después á la cabeza de partido, donde no tiene más remedio que malvender su mercancía, quizá al mismo usurero que le prestó el dinero, para no volver á casa con ella y sin blanca.

Por el contrario en América, así como en las naciones progresivas de Europa, se cultivan con todos los aparatos, máquinas é instrumentos inventados por la ciencia agrícola, grandes extensiones de terreno, regadas y abonadas perfectamente. Los medios de comunicación y de transporte son

---

* En la «Reseña sobre la agricultura en Inglaterra y otros varios países» publicada por el autor, siendo Secretario de la Embajada de España en Londres, demostró con datos oficiales, que mientras la producción media de trigo en Dinamarca es de 30,60 por acre, en España sólo alcanza un 6,38.

Digitized by Google

rápidos, fáciles y baratos; hay Bancos agrícolas que matan la usura *, y por último, las contribuciones é impuestos no esquilman ni agobian al productor agrícola, como sucede al exhausto labrador castellano.

Ahora bien: dadas estas condiciones y circunstancias, ¿es posible la competencia de nuestra industria agrícola? ¿Puede prosperar una nación como España, cuya fuente principal de riqueza es la agricultura?

De suponer es que no; y pensando racionalmente, se llega á la conclusión, de que matando la gallina de los huevos de oro, inevitablemente sobrevendrá la ruina que se cierne ya sobre nuestra Hacienda, si pronto no se cambia de rumbo.

En el breve tiempo que mi itinerario concedía á Chicago, había visitado la ciudad y procurado iniciarme en los íntimos y poderosos móviles, que hacen del pueblo norteamericano uno de los más extraordinarios de la historia: había analizado sobre el terreno esa actividad prodigiosa que levanta en pocos años populosas ciudades en los desiertos y opera verdaderos milagros humanos, allí donde el águila federal extiende sus protectoras alas; y convencido de que aún está en período de activa formación, cumpliendo una misión providencial y civilizadora, me dispuse á decir adiós á la América del Este.

Mas no había contado con el azote de Chicago, el fuego.

En el momento en que había ultimado los preparativos de marcha y metía en el bolsillo el inseparable revólver, un ruido formidable subió desde la calle.

Eran varias bombas de vapor seguidas de sus carros, accesorios y demás aparatos de incendios, que se acercaban al galope tendido de sus briosos caballos.

Ardía la casa situada frente al hotel, en la que había instalada una manufactura de instrumentos musicales, y como el incendio habíase declarado en los pisos altos, para salvar lo almacenado en los de abajo, llovían desde las ven-

---

* Para fomentar el movimiento en favor del crédito agrícola, el autor publicó en 1900 un folleto titulado «Ventajas de los Bancos cooperativos agrícolas, sistema Raiffeisen», ó sea de responsabilidad ilimitada.

Digitized by Google

tanas flautas, violones, bombos, cornetines y trombones, á granel.

Las bombas, situadas frente á la puerta del hotel, empezaron inmediatamente á funcionar, lanzando con gran fuerza ríos de agua, tanto sobre el tejado como á las paredes de la casa en combustión, que, por ser de madera, ardía cual yesca.

Naturalmente, una de las primeras medidas adoptadas fué cortar la circulación por la calle, quedando bloqueados en el hotel los viajeros que nos disponíamos á tomar el tren para el «Lejano Oeste».

El tiempo volaba, el incendio no cedía á pesar del mar en que anegaban la casa ardiendo, y se acercaba por minutos la hora de salida del tren.

El *Manager* del hotel nos facilitó la evasión, haciéndonos saltar, por una ventana que daba á otra calle, sobre la baca del ómnibus que había de conducirnos á la estación.

Partió á galope el coche y tres minutos solos faltaban para la salida del tren en el reloj de la estación, que divisaba ya, cuando ¡oh, fatalidad! el ómnibus se para á pocos metros de nuestra meta, detenido por un puente giratorio que estaban abriendo para dar paso á un remolcador, que hacía supremos esfuerzos para arrastrar un enorme navío cargado hasta los topes.

Ante tamaño contratiempo todos perdimos la esperanza de poder alcanzar aún el tren; todos, menos nuestro impasible cochero, que con olímpica calma nos aseguró, que de no surgir otra dificultad, le cogeríamos.

Como así fué, en efecto; pues habiendo despachado los equipajes con anticipación en el hotel, pude saltar á la plataforma de un vagón, en el instante que el tren arrancaba para el «Lejano Oeste».

Digitized by Google

EL «LEJANO OESTE»

Ante la perspectiva de más de setenta y cinco horas de no interrumpido rodar hasta Ogden, en el Utah, donde había de tomar la línea que conduce á Salt Lake City, me instalé todo lo más cómodamente posible en un *Pullman's Palace Sleeping car* *. Saqué mis libros y enseres de escribir, coloqué en las mallas los sacos de mano y conforme el consejo que me habían dado, todo lo puse á salvo de rateros con unas cadenillas de acero terminadas en un buen candado, que se pasan por las asas de los sacos y por los hierros de las rejillas del vagón.

Este detalle da una idea de cómo los americanos han perfeccionado todo lo que se relaciona con el viajar; problema de grandísima importancia en un país inmenso, donde los negocios les hacen estar en continuo movimiento.

Si no fuese por la rapidez y comodidad con que allí se hacen los viajes, ¿quién atravesaría esas interminables distancias ni quién arrostraría las fatigas á ellas inherentes? Sólo los emigrantes y aventureros, como los famosos *pionneer* de antaño que tardaban meses y meses en atravesar el continente.

Hoy en día han alcanzado perfección suma en lo tocante á medios de locomoción.

Cualesquiera de las infinitas Compañías de caminos de hierro reparte con profusión los bonitos y prácticos prospectos de su línea, que siempre contienen un mapa general de los ferrocarriles de la República. Este parece como una lámina de un libro de anatomía, en la que están marcadas con líneas negras la nutrida y apretada red de vías férreas, que semejan venas y arterias, por las que corre el comercio

* Vagón dormitorio inventado por Mr. Pullman.

Digitized by Google

y la industria, la sangre de ese joven pueblo lleno de fuerza y de vitalidad.

Desde el corazón, Nueva York, la exuberante vida de esa nación circula hasta las extremidades, llevando viajeros y mercancías hasta los más apartados confines de la gran República, por sus vías férreas.

Como éstas son múltiples y se puede ir por varias líneas á un mismo punto, las Compañías se hacen ruda competencia, ofreciendo al público todo género de ventajas para asegurarse mayor clientela. Unas dicen en los prospectos, que en sus vagones Pullman se duerme mejor que en un palacio (textual); otras, que los gastrónomos y los que quieran comer bien, admirando al mismo tiempo bellos paisajes, deben tomar su línea, en la que circulan los encantados *Palace Dining cars* *; otras, prometen no correr, sino volar, y por algunos centavos todas dan con el billete una póliza de seguros contra la vida, caso de accidente desgraciado.

El viajero, por lo tanto, no tiene más dificultades que vencer, que decidirse por la Compañía que le ofrezca más ventajas, después de haber comparado los prospectos de todas las que conducen al lugar donde propone trasladarse.

Entonces toma el billete en el despacho ó tienda donde le hagan mayor rebaja, porque se expenden en todas partes, y en el *Depot* ó estación, sin haber tenido que perder el tiempo precioso que en Europa supone facturar el equipaje—con excepción de Inglaterra, donde no existe tal antigualla, hija de espíritu atrasado y oficinesco—elige con arreglo á sus gustos ó á sus medios el vagón, ya sea un «palacio de plata» ó un *Drawing room car* †, y se deja llevar económica y rápidamente al punto de su destino.

De esto, al modo de viajar en España, donde las Compañías son extranjeras y explotan á mansalva á los desgraciados españoles, hay muchos siglos de diferencia.

En los demás países, cuando las vías férreas no son pro-

---

* Coches-palacios comedores.

† Coche salón.

Digitized by Google

piedad del Estado, por lo menos pertenecen á Compañías nacionales y en el país se queda el dinero que ganan.

Mas en España no sucede así; consentimos en ser avasallados financieramente por el extranjero, y nos dejamos sacar el redaño, después de tratarnos mal.

Y lo que es más sangriento, que los mismos extranjeros que nos explotan y dirigen las Compañías, luego dicen que no se puede viajar en España, porque sus trenes son los peores, los más lentos y caros del mundo!

Volviendo al que nos lleva al Lejano Oeste, diré que á diferencia de los del Este, donde se componen de diferentes clases de vagones, el expreso del *Far West* está formado en su totalidad de *Pullman* y *Silver Palace cars*.

Son tan largos los trayectos que se recorren en esa parte de América, tan cansado y tan excesivo el rigor de la temperatura, en invierno como en verano, que sólo son los pobres emigrantes, para los cuales hay trenes especiales, los que no viajan en los vagones dormitorios inventados por Mr. Pullman, que reunen todo género de posibles comodidades, pues según reza un anuncio del inventor propietario, «han sido construídos con el objeto de combinar la comodidad y elegancia de un salón durante el día, con el confortable de un buen cuarto de dormir por la noche».

Preciso es confesar que el inventor ha conseguido, á fuerza de estudios y trabajos, proporcionar al viajero todo lo que promete, á cambio del módico precio de dos pesos diarios, y reconocer, que sin esas comodidades sería punto menos que imposible el recorrer en *ciento cincuenta y tres horas,* sin descansar, las 3.400 millas de continente que separan al Atlántico del Pacífico, partiendo de Nueva York con rumbo á San Francisco de California.

Allí me encaminaba, pero aún me faltaba por recorrer la mayor de la distancia y hacer una etapa en la Ciudad del Lago Salado para ver los mormones.

Atravesábamos con una velocidad de 60 millas la llanura ligeramente ondulada del Illinois; las granjas de labor, sombreadas por grupos de árboles, de que están pobladas, pasa-

Digitized by Google

ban á mi vista por la ventanilla del vagón, como plumas arrastradas por el vendaval y la tierra parecía hundirse bajo las ruedas del tren.

A los pocos minutos de ver volar casas y árboles, tal era el efecto que causaba la velocidad del tren, casi sin distinguir los objetos, parecióme más razonable entregarme á la lectura de la interesante obra del Barón de Hübner, *Promenade au tour du monde,* en la que describe el diplomático austriaco, con gran maestría y profundo conocimiento, los países que atravesaba é iba á visitar en mi viaje, también alrededor del mundo.

Tan agradable lectura fué de improviso interrumpida por la presencia de una gallarda dama, de singular belleza, que se acercó con la pretensión de que la cediera el sitio donde me había instalado con toda mi impedimenta é intención de no hacer mudanza alguna, durante todo el largo viaje hasta Omaha.

En el acto, y con la mayor galantería, apresuréme á complacerla, trasladando mis bártulos al extremo opuesto del espacioso salón, precisamente al sitio que ella desdeñaba. Mas no dejó de causarme alguna extrañeza, el original capricho de la bella americana, de antojárselo precisamente mi sitio, cuando pudo elegir entre los 47 vacantes, de los 48 que se componía el gran vagón, ya que eramos los dos únicos viajeros que le ocupábamos.

Consumado el sacrificio de la mudanza, en aras del «eterno femenino», volví á engolfarme en la lectura de las interesantes páginas de Hübner, olvidando por completo á mi compañera de viaje; mas no así ella, pues apenas vuelta la primera hoja, se presentó de nuevo ante mí, para repetirme, esta vez con los persuasivos argumentos que una mujer bonita posee en la mirada y en la sonrisa, la proposición de cambiar de sitio.

No hay para qué decir, si sus deseos no fueron órdenes inmediatamente cumplidas, volviendo por mi mano á sus pristinos lugares en las rejillas, todos sus sacos de mano, más los míos.

¡Bah! Caprichos de mujer, que gusta de traer á los hom-

Digitized by Google

bres como á un zarandillo, me decía, arrellanándome en mi antiguo sitio, para descansar de aquellos trabajos forzados de mozo de equipajes.

Una sospecha surgió entonces en mi mente. ¡Y si esta bella caprichosa, fuese una de esas señoritas de industria, que tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos viajan solas y se meten en los vagones donde hay un solo hombre, con el piadoso fin de embaucar á un cándido, fingir un escándalo y exigir una gruesa suma, so pena de un proceso como el que al coronel inglés Baker Pachá costó la carrera, la honra y la fortuna!

Huyamos á todo correr á otro vagón.

Procedía á poner en práctica el sabio ejemplo del prudentísimo José, en el momento que la arrogante y sospechosa viajera, como si hubiera adivinado mi pensamiento, me cortó la retirada.

—Caballero, me dijo, ahora en el más correcto y puro francés, no se marche, se lo suplico: veo la extrañeza que le causa mi singular proceder y deseo explicarle el motivo que me obliga á obrar así.

Viajo sola por primera vez en mi vida, y como en el Oeste una señora pudiera estar expuesta á desagradables sorpresas, he buscado pretexto para entablar conversación con usted, que me inspira confianza, para decirle que me impone viajar sola y deseo la buena compañía de un *gentleman* para estar tranquila.

¿Quiere usted cederme uno de los sitios de su sección?

¡Qué hombre no se rinde ante tales palabras de una mujer, por añadidura hermosa!

No me arrepentí más tarde de mi galantería, porque su conocimiento me fué precioso durante la estancia en San Francisco, donde ella residía, y por de pronto me proporcionó la ocasión de hacer el largo y monótono viaje, entretenido con la charla de la simpática viajera.

Según me dijo, volvía al redil conyugal, después de haber pasado larga temporada en Nueva York con su primer marido y la hija que con éste tuvo del primer matrimonio.

Digitized by Google

Ahora la hermosa criolla, pues resultó ser de origen francés, nacida en los Estados del Sur, estaba casada con el abogado que la patrocinó en la obtención del divorcio, literato distinguido que había fijado sus reales en California, y á quien, según decía, profesaba cariño entrañable.

Pero, esto no obstaba, para que sucumbiendo á los ruegos y súplicas de un adorador, marido de una de sus mejores amigas, que hacía largo tiempo estaba locamente enamorado de ella, hubiese por fin accedido á otorgarle el permiso de que fuera á saludarla en Omaha; allá, en medio de los territorios poblados de indios y á cuatro días, con sus correspondientes noches de expreso, desde Nueva York. Había elegido Omaha como lugar de la entrevista, añadía, para descargo de su conciencia, y poder vencer los escrúpulos de su lealtad; porque la distancia no sólo aminoraba la falta contra la amistad de la mujer, sino que daba ocasión al marido de probarla la intensidad de su pasión, recorriendo millares de kilómetros para verla!

No había vuelto aún de mi asombro, cuando me preguntó:

—¿Es fácil y barato en España el divorcio?

—Señora, la contesté, nuestro país es uno de los pocos en el mundo, que aún no han perfeccionado la institución del matrimonio, con esa válvula de seguridad.

Sorprendida y admirada quedó mi compañera de viaje, con la respuesta á su pregunta, y en un arranque de americanismo, después de hacer un brillante panegírico del divorcio, echó una acerva filípica á los pueblos que no lo tienen, calificándolos de atrasados, incultos y fanáticamente ignorantes.

.....

Largo tiempo pasé luego en la plataforma, donde corría un aire deliciosamente fresco, admirando la majestad con que lentamente iba poniéndose el sol, mientras aguardaba que llegase el tren al gigante Mississipí, á cuyas orillas íbamos acercándonos.

Cruzamos el gran río, en Cliton, sobre un ligerísimo puente de hierro que une á los Estados Illinois y Iowa. El

Digitized by Google

tren se aventuró por aquella cinta de acero, tendida entre las dos orillas del ancho río, lenta y cautelosamente, como un funámbulo que prueba la tensión y se asegura de la resistencia del cable del cual pende su vida.

Bajo nuestros pies, allá en el fondo, se deslizaban las turbias y cenagosas aguas del inmenso río, un día, no lejano aún, surcadas por las canoas y piraguas de los indios, y hoy batidas por la potente hélice ó las ruedas de centenares de vapores.

El Mississipí, en el cual vierte el Missouri un poco más al Norte de St. Louis, es el río de mayor curso del mundo, pues mide 4.400 millas, ó kilómetros 6.530, desde el nacimiento (del Missouri) en Montana, hasta la desembocadura en el golfo de México.

Al anochecer pude posesionarme de un rincón del compartimento de fumar, donde imitando á los otros, para no llamar la atención con modales europeos, me senté á la yankee, poniendo los pies en la ventanilla; postura que me pareció sumamente molesta. Quizá la falta de costumbre.

Escuché lo que decían dos fumadores.

Rodaba la conversación sobre la entonces palpitante cuestión de la emigración china, discutiendo el pro y la contra del *Bill* que la había prohibido y calculando las consecuencias que podría entrañar esa medida para la naciente industria y el comercio de los Estados y territorios del Pacífico.

Las opiniones eran contrarias y estaban divididos los pareceres. Para unos, los chinos eran animales inmundos, según decían con gran vehemencia, que debieran ser exterminados si pronto y en masa no salían de América, por la terrible competencia que hacían á los blancos en el mercado del trabajo, y por el peligro futuro para la integridad nacional, de que California llegase á ser una colonia del Imperio Chino.

En cambio, para los del bando opuesto, la emigración china era un mal necesario, porque no habiendo en el mercado del trabajo suficiente oferta de brazos y siendo inmensa la demanda para desarrollar la riqueza de esas regiones privilegiadas, los chinos habían venido á suplir las necesidades

Digitized by Google

del mercado, pues con brazos asiáticos se han construído los ferrocarrilles, sobre todo la primera línea transcontinental que unió California con el Este.

Unos discutían con gran entusiasmo, otros con flemática mesura, y todos aducían datos interesantísimos en apoyo de sus argumentos, bien pensados, razonados y con gran sentido práctico, tratando de convencerse mutuamente, pero sin lograr llevar la persuasión al bando contrario, porque todos y cada uno, á mi modo de ver, defendían más bien intereses particulares, que los generales de la nación.

Pero discutían bien, con gran claridad de ideas, sabiendo lo que querían y demostrando mucha más cultura de la que á primera vista se pudiera suponer en hombres de ruda apariencia y pintorescos trajes de rancheros.

A la mañana del siguiente día, después de atravesar el Missouri, que por hallarse á 92 millas del centro geográfico de la Gran República, la divide en dos partes casi iguales, entraba el tren en el *Depot* de Omaha, ciudad que se levanta entre las colinas llamadas Council Bluffs, por ser el punto donde se daban cita los caciques de las tribus que poblaban ese territorio, con los agentes del Gobierno de Washington para tratar sus asuntos.

Omaha, al tomar por nombre el de una tribu india, se ha constituído en el baluarte avanzado de la civilización. Allí iban á morir las diferentes líneas férreas que, haciéndose competencia sin cuartel, facilitan y abaratan en gran modo los viajes. Allí concluyen los refinamientos de la civilización y allí comienza el *Far west,* lo desconocido y fantástico, las praderas pobladas de indios pieles rojas, el teatro de las hazañas de los *pionneer,* y más allá los mormones, el desierto.

No se necesita tener una soñadora fantasía, ni delirar con aventuras, para que la imaginación abriera las alas y quisiera volar sobre aquellas llanuras sin fin.

En el momento de ponerse en marcha el tren y verse arrastrado á ese país misterioso, teatro de sangrientos dramas entre blancos é indios, luchas terribles en las que, las más de las veces, Dios fué el único testigo que presenció el ex-

Digitized by Google

terminio de los unos por los otros, una emoción extraña embarga el ánimo.

¿Quién no ha soñado correr aventuras, cazar bisontes ó batirse con indios salvajes en esas fantásticas praderas, teatro de las hazañas y proezas de los héroes de Julio Verne y Mayne Reid?

Mas, entonces no soñaba, me encontraba real y efectivamente en el Lejano Oeste, en medio de un mar de verdura, sobre una inmensa esmeralda que brillaba al sol con mil fuegos, engastada en el horizonte azul de la bóveda celeste.

Pero esto no me bastaba; para completar el paisaje necesitaba las figuras y ardía en deseos de poder ver de cerca, una tribu de pieles rojas con la pintura de guerra, una piara de bisontes galopando con furia irresistible en columna cerrada, un rebaño de antílopes huyendo despavoridos ante el ruido del tren, ó por lo menos uno de esos curiosos animales que llaman «perros de las praderas».

Ni un instante me separaba de la ventanilla, á fin de escudriñar la pradera hasta el horizonte, buscando lo que faltaba al paisaje. Una nubecilla se me antojaba la polvareda levantada por los bisontes en su carrera; un tallo agitado por el viento, le suponía movido por una serpiente deslizándose bajo la hierba, y las volutas formadas por el humo que arrojaba la ancha chimenea de la máquina, me parecían bandadas de indios persiguiendo al tren.

Todo fué vana ilusión, nada, absolutamente nada, vino á romper la monotonía de la eterna pradera y del río Platte, cuya orilla izquierda sigue la vía férrea del «Union Pacific».

Al lado de la vía, unas profundas roderas sembradas de huesos y esqueletos de las reses que morían ó mataban por el camino, indican la ruta seguida por las caravanas compuestas de pesadas galeras tiradas por bueyes, que antes atravesaban el continente tardando muchos meses y sufriendo todo género de privaciones y sufrimientos.

Desde que se abandona la civilización en Omaha hasta que se llega á San Francisco, el viajero no puede dejar de la

Digitized by Google

mano el Indicador del ferrocarril, si no quiere correr el riesgo de un ayuno indefinido, pues durante el inmenso trayecto en que atraviesa las praderas, los desiertos y las montañas, como el tren desde allí no llevaba vagones restaurant, preciso era bajar á comer en las estaciones.

Con este objeto el tren se para treinta minutos, tres veces al día, en las estaciones marcadas con una cruz; pero como en América los empleados no pregonan el nombre de la estación ni dicen cuántos minutos se para, ni avisan la salida del tren, el viajero que deseaba comer y no quería quedarse á pie, debía andar listo y saber lo que se hacía, sin tener que preguntar á nadie.

Las estaciones eran barracas formadas con tablones, donde, por un duro, camareros chinos servían infames guisotes de antílope ¡con moscas! que ni un avestruz hubiese podido engullir.

Mis compañeros de viaje, que á juzgar por su ruda apariencia deberían estar acostumbrados á comer incluso carne cruda, se levantaban asqueados de la mesa, sin probar bocado, para ir á la cantina ó Bar-room á matar el hambre con *whisky* ó *brandy and soda*.

El escaso personal de empleados afectos á las mismas, pasa allí, separado por cientos de leguas de sus semejantes, una existencia de grandes privaciones, pues hasta de agua se carece en algunas, teniendo que llevarla diariamente en barricas por el ferrocarril, desde grandes distancias.

Esas barracas perdidas en las praderas ó en el desierto, son el germen de donde brota como por encanto una ciudad en los Estados.

¡Quién sabe si alguna de aquellas estaciones, que yo miraba con horror, pensando en la triste existencia que debían arrastrar sus moradores, habrá dado ya nombre á un pueblo, que pronto alcance las proporciones de ciudad populosa!

El negro *Porter* * vino á despertarme muy de mañana al

* El servicio interior de los trenes está hecho, en su mayoría, por gente de color.

Digitized by Google

siguiente día, advirtiéndome que á las ocho se detenía el tren en Sidney para tomar el *breakfast* ó desayuno.

¡Qué hermosa mañana hacia, los pulmones se dilataban respirando aquel aire puro y elástico, y qué sublime espectáculo el ver nacer el radiante sol de entre aquella infinita pradera!

Con día tan espléndido, pensaba, es imposible que la suerte nó nos depare alguna emoción.

Por fin mis votos fueron escuchados y la primera no se hizo esperar. El tren se paró y todos bajamos de los vagones para saber la causa. Era sencillamente que un tubo de la máquina había estallado.

Mientras componían la avería, se formaron corrillos, en los que se susurraba que si teníamos que pasar allí la noche, nuestro accidente pudiera tener fatales consecuencias, de ser descubiertos por los indios pieles rojas en tan apurada situación.

Esto bastó para que rápidamente cundiese entre los viajeros el temor de ser *escalpados*. Uno, que luego resultó mormón, propuso se organizase una especie de comité de defensa para rechazar cualquier ataque de los salvajes, y con este motivo salieron á relucir las armas que todos llevaban, siendo algunos tan prevenidos, que tenían un rifle además de un par de revólvers.

Estos aprestos guerreros fueron perfectamente inútiles, porque, felizmente, en lugar de pieles rojas, vinieron en nuestro auxilio varios jinetes anglo-sajones.

Aparecieron súbitamente, corriendo á rienda suelta como si hubiesen brotado del suelo, no faltando alguien quien apostase, al verlos venir revueltos en una nube de polvo, que eran salvajes disfrazados de vaqueros.

Eran unos *cow boys* ó vaqueros, que custodiaban algunos miles de cabezas de ganado vacuno y caballar en las inmediaciones. Habían visto parado el tren desde lejos y venían á saber lo que pasaba.

Su visita nos proporcionó la ocasión de ver de cerca y en el ejercicio de sus funciones, por decirlo así, esos famosos *cow*

Digitized by Google

boys de las novelas; grandes jinetes, portentosos tiradores, duros, valientes y temerarios, que Búffalo Bill dió á conocer en Europa.

Montaban briosos caballos en sillas á la mexicana, vestían bombachos de cuero abiertos desde la rodilla, flotantes camisas de lana y sombrero chambergo, y con sus luengas y enmarañadas barbas rubias parecían centauros.

Acababan de llegar, cuando el mormón de marras hizo otra proposición, esta vez pacífica y de carácter sportivo. Reunir un fondo para dar un premio al *cow boy* cuyo caballo corriera más. En pocos segundos reunió una abundante colecta y organizó unas carreras que presenciamos desde los vagones, porque la máquina estaba ya compuesta y se disponía á continuar la marcha.

El premio se depositó sobre la blanca osamenta de una res, para que la recogiese el vencedor, y las apuestas entre los viajeros seguían cruzándose de ventanilla á ventanilla, mientras rápidamente se alejaba el tren.

En la próxima estación aguardaba nuestra llegada en el andén, toda una tribu de pieles rojas.

Sin cruzar una palabra entre ellos y con esa indiferencia despectiva de los pueblos bárbaros por las maravillas de la civilización, subieron pausada y tranquilamente á la plataforma de los vagones, con la majestad de un soberano que asciende las gradas del trono, y en ella se instalaron por derecho propio, porque las Compañías de ferrocarriles les permiten viajar gratis, para que no ataquen los trenes ni causen desperfectos en la vía.

Es decir, que en el «Lejano Oeste», todo ciudadano piel roja disfruta, por derecho propio de ser salvaje, el preciado privilegio de la libre circulación por los trenes.

¡Cuántos pieles pálidas, como ellos nos llaman, incluso verdes se volverían, por gozar de ese favor aquende el Atlántico!

Al fin veía salvajes de verdad, con plumas, arco y flechas.

Los indios pieles rojas son altos, de proporciones atléticas de esculturales formas, y como lo dice su nombre, del color

Digitized by Google

del pimiento molido. La cabeza es hermosa y bien colocada sobre los hombros, la nariz marcadamente aguileña, los ojos de fuego y la mirada imponente. Del lacio pelo dividido en infinitas pequeñas trenzas, pendían adornos de conchas y huesos; en las orejas y narices llevaban anillos y sobre la frente una diadema de brillantes plumas.

El vestido consistía en unos calzones ajustados de cuero, que á lo largo de las costuras exteriores tienen una porción de correas, de las que antes colgaban las cabelleras *escalpadas* de sus enemigos, colmo de la elegancia salvaje; y el calzado en una especie de abarcas, *moccassins,* cubiertas de abalorios y bordados.

El desnudo pecho luciendo la pintura de paz, estaba cruzado por una bandolera de cuero de búfalo, de la que pendía un arsenal de armas y utensilios de la edad de piedra.

Inmóviles, con noble y desembarazada apostura, dirigiéndose breves palabras y sin dejar entender que les molestase la insaciable curiosidad de los «caras-pálidas», permanecían en la plataforma hasta que llegaban al sitio donde les convenía bajarse, y con la misma facilidad que nosotros dejamos un tranvía, ellos con sus mujeres saltaban del tren aun en marcha, antes de llegar á la estación.

Ni por curiosidad volvían la cabeza para ver pasar el tren, desaparecían en la pradera, quizá maldiciendo ese monstruo de fuego que devora el espacio y que les arroja sin compasión de las praderas donde reposan sus antepasados, en el seno de Manitú.

¡Triste suerte la de ese pueblo irremisiblemente condenado á desaparecer! El *pionneer* los mata, los soldados los cazan y *escalpan,* los «Indian Agents» los embrutecen con bebidas alcohólicas y los maltratan cruelmente hasta el punto de provocar esas rebeliones que sirven de pretexto para matanzas periódicas de indios, y la civilización toda los empuja hacia climas inhospitalarios, donde hallarán la muerte los que no hayan perecido por el alcohol y las balas.

Las pocas y diezmadas tribus que no han sido acorraladas en el «Indian Territory», que se supone les está reservado,

Digitized by Google

vagan por sus antiguos territorios de caza, arrastrando una existencia miserable.

De sus costumbres y luchas con los blancos, ya no quedan más recuerdos que las brillantes descripciones de Fenimore Cooper.

¡Ay! de los pueblos rezagados en la civilización y de las razas que no progresan, se estancan, petrifican y se corrompen con el quietismo y en el marasmo, porque ellos desaparecerán y sus bienes serán repartidos!

Dejando atrás las praderas, llegamos á Egbert en el Wyoming, estación que se halla á 5.282 pies sobre el nivel del mar.

Habíamos atravesado el territorio de Nebraska y llegado á la falda de la gran cordillera de los «Rocky Mountains». Allí comenzó el tren á trepar por escarpados riscos, arrastrado por dos poderosas máquinas que nos subieron hasta la cima, á 8.235 pies de altura, donde está situada la estación Sherman.

Era en Agosto, y á pesar de ser la mitad del día, el frío intenso y el aire enrarecido de aquellas alturas dificultaba la respiración. La atmósfera perfectamente pura y diáfana de las elevadas regiones, permitía divisar hasta perderse de vista las negras crestas de los picos y montañas, como un plano en relieve. *Rien ne donne l'idèe d'un chaos, d'un univers, encore aux mains du Créateur, comme une chaîne de montagnes vue de haut* *.

La salvaje majestad de los «Rocky Mountains» y el paso de insondable abismo por un viaducto de madera ligerísimo, que cruje y amenaza quebrarse bajo el peso del tren, han sido también descritos, que para decir algo nuevo, preciso es añadir un curioso detalle: que hasta esos altivos soberanos de la creación han sido utilizados por el espíritu mercantil americano, para cubrir aquellas altísimas murallas de roca viva con inmensos anuncios de gigantescas letras.

El descenso al Utah por la vertiente oriental que toma el

---

* *Voyage en Espagne.* Ascensión au Mulhacen.—Theofile Gautier.

Digitized by Google

nombre de Montes Wahsatch, es curioso por demás. Desde la cumbre de los montes, con la velocidad de un proyectil, baja el tren sin máquina, despeñándose como un alud hasta «el Valle de los Santos de los últimos días», la tierra prometida de los mormones.

En Ogdén bifurca la línea que conduce á Salt Lake City y allí abandoné el gran ferrocarril trascontinental, para visitar la ciudad fundada por Brigham Young, el sucesor del profeta del mormonismo, Joë Smith.

SALT LAKE CITY

La Ciudad de Lago Salado, situada en un extenso valle cerrado por el anfiteatro de los altos montes Wahsatch y reclinada en la falda de una colina que baja suavemente hasta el lago, del cual ha tomado nombre, es una población naciente, trazada como un tablero de damas, en la que las calles, á excepción de Main Street, son desiertas carreteras, sobre las que se alinean jardines con árboles frutales, palmeras y algodoneros, que ocultan á las profanas miradas de los *gentiles,* las viviendas de los mormones.

La impresión que me causó la fisonomía de la población, traté de describirla, en el siguiente párrafo de una de las correspondencias de mi viaje, que me dispensó la honra de publicar *La Época.* «La ciudad de los mormones lleva impreso »el sello de sus fundadores; parece más bien el campamento »de los célebres *Ángeles Exterminadores* y de los apóstoles de »Smith, que una población americana, pues se compone de »grupos de casitas de madera (tantas como mujeres tiene »cada polígamo), diseminadas en los jardines que rodean el »sacro recinto de los templos.»

Pertenece ya al pasado la singular y curiosa historia del pueblo mormón, que por sabida es supérfluo relatar y con

Digitized by Google

breves palabras acerca de lo que ví en la capital del Utah, continuaremos el viaje hacia California.

Dos monumentos ha elevado en Salt Lake City la piedad mormona, el «Tabernáculo», especie de sala de espectáculos, donde se levanta el trono del Presidente ó Jefe de los mormones, á la sazón engalanada con guirnaldas de follaje y grandes tarjetones con la palabra *Welcome* * para festejar el aniversario de llegada al «Valle de los Santos» del «pueblo elegido», y el «Templo», edificio insignificante, dedicado *al mártir* y fundador de su religión, Joë Smith, que en las pinturas al fresco que interiormente le decoran, aparece el Profeta vestido de gabán, con sombrero redondo y hasta creo fumando la pipa, si mal no recuerdo, en el divino acto de recibir las celestiales revelaciones.

¡Oh, sublime credulidad la del pueblo mormón!

Entre la grey apacentada, y trasquilada, hasta hacía poco por el tercero de los profetas, J. Taylor, aseguró el sacristán que me servía de guía, no había español alguno, pero sí dos italianos, empleados como obreros picapedreros en las obras del templo, con los cuales hablé.

¡Pobre gente, qué lástima me inspiraron!

Eran napolitanos: uno, antiguo fabricante de macarrones y el otro de fuegos artificiales, las dos industrias más lucrativas en el país de los *lazzaroni* y de las romerías; y ambos á dos *reduce delle patrie battaglie,* pues habían combatido en Lissa y Villafranca respectivamente.

Felices eran en su tierra, cuando un gancho mormón los embaucó, haciéndoles creer que en América se cogía el oro á espuertas; se los llevó con sus familias y después de pasar grandes penalidades para llegar á Salt Lake City, descubrieron la terrible realidad. Habían sido pérfidamente reclutados para engrosar el ejército de los *Ángeles Exterminadores,* y para no morirse de hambre ellos y sus familias, esos trágicos Piripicchio y Pulcinella, hubieron de ingresar en la religión mormona, que, según me dijeron, no era más que una inicua

* Bien venido.

Digitized by Google

sociedad explotadora, pues sus jornales se los pagaban en bonos mormones, contra los cuales les daban ropas y alimentos en los almacenes de la Sociedad Cooperativa mormona titulada «Sión».

Pero jamás recibían un centavo en dinero: así era imposible la deserción ó la apostasía de los adeptos, que como esclavos del Presidente vegetaban y morían sin poder huir de sus garras, porque Salt Lake City está separada del resto del mundo por cientos de millas del gran desierto americano.

Tamaña monstruosidad feudal en pleno siglo XIX y en la libre América dió por resultado las persecuciones que obligaron al pueblo mormón á emigrar al lejano Oeste, y por último, la inevitable supresión de esa tiránica y absurda sociedad económico-religiosa.

En el fuerte Douglas que domina el «Valle de los Santos», el Gobierno de Washington mantiene una guarnición para calmar los entusiasmos bélicos de los *Ángeles Exterminadores;* sentado en uno de sus cañones contemplé la postura del sol, hasta que al ocultarse tras las montañas, los últimos fulgores de luz encendieron una línea de fuego que dibujaba las crestas de los cercanos montes Wahsatch, desde cuyas cimas comenzaron á bajar rápidamente al valle las sombras de la noche.

Alejémonos á todo vapor de ese tétrico pueblo y huyamos de su indescriptible posada, que por las miriadas de las que había, bauticé con el título de «Venta de las moscas».

Poco después, el tren que me llevaba á California entró en el «desierto americano», bajo una atmósfera de fuego y envuelto en nubes de finísimo polvo blanquecino que se filtraba por todas partes, á pesar de estar cerradas las ventanillas con dobles cristales.

¡Qué veinticuatro horas las que tardó el tren en atravesar el desierto, con una temperatura asfixiante en el vagón, y sin poder abrir las ventanillas para evitar la invasión del polvo salino que hacía estornudar, toser y escocía los ojos!

La solitaria estación Humboldt, con su tinglado de tablas, donde se podía estar á la sombra al aire libre, unos cuantos

Digitized by Google

arbolillos y una fuente, cuyo surtidor resfrescaba el abrasado ambiente, parecióme oasis delicioso en medio de aquel espantoso desierto.

En Reno paró el tren por última vez en el Estado de Nevada, y al llegar al anochecer á la estación que lleva el nombre del Maestro Verdi, nos encontramos ya en California.

El cambio de paisaje y de temperatura había sido mágico, ahora veíase vegetación por todas partes, y los pulmones se dilataban con delicia, aspirando el aire puro y fresco de las montañas de Sierra Nevada, que desentumecía el amodorrado espíritu y restauraba las perdidas fuerzas del cuerpo.

Desde que salimos del desierto, se abrieron las ventanillas de par en par, la atmósfera del *Silver Palace car* se hizo respirable, y aquella noche pude descansar de las fatigas pasadas; tanto y tan bien, que no me dí cuenta del paisaje que atravesamos, muy bello según dicen, ni pude estremecerme como todos los viajeros que han pasado por allí, de los peligros que cuentan se corren al cruzar el sitio conocido con el nombre de «Cabo de Hornos».

Desperté muy entrada la mañana, cuando el sol ya bañaba con esplendorosa luz aquellos feraces campos, en los que se veían alternar las doradas mieses, con vastísimas praderas sombreadas por encinas seculares.

Quien haya visto la fértil campiña salmantina, allí donde están las hermosas dehesas, puede hacerse la ilusión de que ha viajado por esa parte de California, porque el paisaje es idéntico.

Fué tanta la alegría que me causó la vista de aquel paisaje, que me recordaba la patria, la tierra querida donde he pasado los primeros años de mi vida y en la que quisiera vivir y morir, que al llegar el tren á orillas de la bahía de San Francisco é internarse por la vía que va serpenteando por entre las montañas y el mar hasta Oakland, sentí no poder pisar aquella tierra, un día española.

En Oakland, termina la gran vía férrea trascontinental, y los viajeros son transportados en *ferry-boat* á la capital de California, cruzando la bahía que separa las dos ciudades.

Digitized by Google

SAN FRANCISCO

La brisa glacial de la bahía, barrió de cubierta los pasajeros, que dos días antes temieron morir de asfixia en el desierto americano. Todos se refugiaron en la cámara de máquinas, para guarecerse de tan brusco y peligroso cambio de temperatura; y en cuanto el vapor atracó al muelle de «Frisco», como familiarmente llaman los americanos á la capital de California, fué tomada por asalto la arcaica carroza de sopandas, toda pintada de amarillo, del Palace Hotel.

Tal frío hacía en Agosto en la tierra del oro, que por un poco de calórico hubiera dado la pepita más grande de la aurífera California.

Procuré reanimarme por cuantos medios de calefacción existían en la habitación del piso *aristocrático,* el sexto, donde me albergaron, y al descubrir desde el ancho *bow window* *, que un tupido velo de humo y bruma londonense se cernía sobre la ciudad, inmediatamente formé planes de evasión á mejor clima, donde poder esperar agradablemente la salida del vapor para el Japón.

Acto continuo bajé al *office,* á confiar mis planes y pedir consejo al *Manager* del Hotel, Mr. Smith, persona muy servicial y, como él mismo decía, «la providencia de los diplomáticos de paso en San Francisco para Europa ó el Asia», quien desde luego me indicó como el punto más conveniente para mi objeto, Monterey, que viene á ser el Newport de California. Mas, por de pronto, añadió Mr. Smith, venga á ver el gran comedor del Hotel, y si allí quiere dispensarme la honra de sentarse á mi mesa, mientras comemos le contaré la historia de mis huéspedes, que es la de California, pues yo me precio de tener albergados en el Palace á los Rómulo y Remo de esta moderna Babel.

---

* Mirador.

Digitized by Google

Aceptada con gusto la oferta, seguí al afable *Manager* al comedor, situado en la planta baja de uno de los lados del gran cuadrilátero que forma el Palace, inmenso salón pintado de blanco, alumbrado á *giorno* por luz eléctrica, de un efecto verdaderamente grandioso y elegante. Estaba lleno de mesitas, la mayor parte aún desocupadas, y nos colocamos en la primera entrando, como mejor punto de observación, para que mi comensal fuera refiriéndonos las hazañas de los héroes californianos, que ante nosotros habían de desfilar.

No bien estuvimos sentados, se adelantó con paso de alto coturno y altivo porte, una lady frisando en los cincuenta, de vulgar fisonomía, aspecto ordinario, vestida con lujo estrepitoso y cargada de enormes brillantes. Al pasar, me dijo en español al oído Mr. Smith, que, como buen judío polaco, era políglota: el marido de esa señora que ha sido cocinera, *vale mucha plata,* por lo menos quince millones de pesos. Fué minero, luego del «Comité de vigilancia», y, aunque posee un palacio suntuoso en California Street, vive aquí pagándome dos mil pesos mensuales por *board and rooms,* casa y mesa.

Mire, añadió, ese es el marido, y me mostraba un hombre de edad madura, aún vigoroso aspecto y mirada atrevida, tipo clásico del luchador por la existencia, vestido con abandono, pero luciendo en el camisolín colosal diamante y llevando por cadena de reloj un verdadero calabrote de oro.

Tras esta pareja de millonarios fueron desfilando otros muchos, que no se diferenciaban de los primeros, sino en que *valían más ó menos plata,* condición positiva que enaltece ó deprime á los hombres en el país del oro y... en todas partes.

La fisonomía de San Francisco, tiene gran parecido con todas sus hermanas las ciudades del Norte de América; pero fácil es adivinar por ciertos rasgos peculiares y característicos, que la «reina del Pacífico» no debe exclusivamente su vida á la raza anglo-sajona, sino que han contribuído á su creación todos los pueblos de la tierra.

Españoles fueron los primeros que llevaron la civilización á ese apartado rincón del continente americano, asombroso

Digitized by Google

patrimonio legado á España por los Reyes Católicos y luego torpemente dilapidado, en beneficio de sur-americanos y yankees.

Al ser arriada la bandera española en Méjico, los frailes franciscanos que fundaron en 1777 la Misión de Dolores y dieron á la bahía el nombre de su fundador, viéronse forzados, juntamente con la guarnición española del presidio, á abandonar aquel jirón de la patria, donde habían echado los gérmenes de la civilización, convirtiendo á los indios y enseñándoles el cultivo de la tierra.

Desde entonces, hasta que en 1849 se declaró la fiebre del oro, tan sólo los indios cruzaron los arenales sobre los cuales se levanta hoy «The Queen City».

El descubrimiento de «los placeres» de oro, llevó á California la hez del mundo entero, y en los cinco años que comprende el período llamado de los *early days,* imperaron en la naciente ciudad, el robo y el asesinato, la crápula, la orgía y el mayor desenfreno social. Puso término á tal anarquía el célebre «Comité de vigilancia», inaugurando una era salvadora, pero de terrible y brutal represión, en que se colgaba á los malas cabezas hasta de los aleros de los tejados. Cuando hubo normalizado, con la horca y por el terror, aquel presidio suelto, abdicó sus omnímodas facultades en los Tribunales de justicia ordinarios.

Libertada la ciudad, gracias á la indomable energía yankee, de la cuadrilla universal de bandidos que allí habían establecido el campo de sus fechorías, se inició un período de fabuloso engrandecimiento y prosperidad.

El furor por las minas, ya casi agotadas, se transformó en prodigiosa actividad para desarrollar la inagotable riqueza agrícola del país, nuevo filón de oro que siguen explotando, y los turbulentos buscadores de auríferas pepitas, se convirtieron en pacíficos agricultores.

Ahora los californianos recogen el precioso metal, quizá aún más en abundancia, que sacándole de las entrañas de la tierra, vendiendo las grandes cosechas de sus campos feracísimos.

Digitized by Google

Los cereales, frutas y caldos, las materias textiles y otros productos de California, exportados á Europa, Asia y Oceanía, son hoy, juntamente con el desarrollo de la creciente industria y comercio, fuentes de fabulosa riqueza para aquella región.

Entre Market Street y la colina, se extiende la población mercantil, industrial y manufacturera, compuesta de magníficos edificios, bancos, escritorios, tiendas, almacenes, etc., que forman las calles principales con Sutter y Montgomery Street y al pie del Coast range, desde cuya cima dominan la ciudad los suntuosos palacios de los millonarios, está el populoso barrio chino.

Por uno de esos temerarios alardes tan frecuentes en los americanos, acostumbrados á vencer todo género de dificultades, las calles que suben del llano á la colina, las han trazado rectas, y como la pendiente es tan rápida que sólo los funiculares las pueden trepar, parecen escaleras de titanes en que las mesetas son los peldaños.

Los moradores del Coast range tienen que ir á pie ó en coche por caminos que serpentean la falda, dando un gran rodeo, de no servirse de los funiculares.

Así como en la parte alta de la ciudad reina el silencio y tranquilidad de los barrios plutocráticos, en la parte baja campean la animación, el movimiento y la actividad del comercio y de la industria. Infinitos Bancos ingleses, americanos, chinos, alemanes y franceses, instalados en suntuosos edificios, marcan como un termómetro el alto grado de riqueza pública; el oro mana á ríos de aquellas cajas abiertas de par en par á la vista de todo el mundo, pues están colocadas en el piso bajo, y el dinero es tratado con tal desprecio, que no se cuenta, sino que se pagan los cheques al peso, como si se tratara de patatas ó habichuelas.

Poco después de las cinco de la tarde, terminada la diaria labor, las calles céntricas se ven invadidas por una multitud cosmopolita; el hijo tronado del noble europeo, á caza de novia millonaria, se codea con la modistilla francesa; el melenudo italiano mira de soslayo á una rolliza alemana, se cru-

Digitized by Google

zan rusos y griegos, escandinavos con húngaros y se oyen todos los idiomas hablados en la tierra.

Dura la animación en las calles hasta el caer de la tarde, en que la brisa helada del polo entra por Golden Gate, poniendo en precipitada fuga á las gentes. El viento glacial azota el rostro, dificulta el andar y nubes de madera pulverizada y arena, que levanta de las calles el furioso vendaval, ciegan á los transeuntes.

Es el momento entonces de ir al Palace Hotel, muy concurrido por la gente callejera que se refugia en el patio para escuchar la música, entregados á las dulzuras del *flirt* ó paseando por los hermosos claustros de mármol, á cubierto de las inclemencias del clima.

Con los primeros fulgores de luz que arroja un potente foco eléctrico, pendiente de la gran cubierta de cristales, desaparece la multitud de ladies y gentlemen, quedando el patio desierto en pocos momentos. Ya no se oye ni el rumor del fuerte pisar de los mineros, hiriendo las losas de blanco mármol con sus herrados zapatos; reina el más completo silencio y aquellos claustros antes bulliciosos, ahora parecen los de un solitario monasterio.

Solo, completamente solo, habíame quedado en el inmenso patio, columpiando en una mecedora mis recuerdos y añoranzas, cuando llegó á mis oídos, como un hilo de luz en las tinieblas, un raudal de armonía, que bajaba en cascada de argentinas notas, desde las altas galerías. Miré, no ví á nadie, y con esa facilidad creadora de la fantasía, me forjé la ilusión de que el ser invisible que con tanto *amore* ejecutaba el «Impromtu» de Chopin, sería una hermosa mujer de ojos garzos, cabellos rubios...

Servidor de usted, dije á un caballero que se me acercó, preguntándome en castellano y con pronunciado acento andaluz, si era efectivamente yo, el español que figuraba en el registro de los huéspedes llegados al Palace Hotel.

Con visible y sincera emoción, el compatriota pidióme noticias directas de España, ya que tan raro era ver por aquellas luengas tierras un español. Satisfice con el mayor gusto

Digitized by Google

sus deseos y cuando me llegó el turno de preguntar, le dije: ¿Cómo ha venido usted á parar á California? Es muy largo de contar, replicó el malagueño, y como comprendiese ardía en deseos de hacerme su biografía, le invité á entrar en el *Bar* para desatarle la lengua.

He aquí, en síntesis, el relato que salpimentado de gracias, chistes y cuentos, hizo el andaluz.

Siendo aún niño, se fugó de la casa paterna en compañía de unos titiriteros, con los cuales se embarcó en Gibraltar para América en un barco de vela, y durante la larga travesía, aprendió con tanto provecho los rudimentos del arte, que al desembarcar en Río Janeiro, los maestros le juzgaron apto para hacer su estreno ante un público de circo y... brasileño.

Dando saltos mortales y haciendo equilibrios, recorrió todos los circos del Sur de América, sin recoger más cosecha que aplausos, á pesar de las grandes entradas que proporcionaba al empresario con sus arriesgados ejercicios, hasta que un suceso imprevisto cambió la suerte del protagonista, causando la ruina de los saltimbanquis.

El malagueño prendóse locamente de una de las artistas de la compañía, quien, correspondiendo á tan ardiente pasión, le propuso que se escapasen, para poder amarse á sus anchas, y fuera del alcance del látigo del director.

Pusieron manos á la obra, y para realizar el plan de evasión, metieron á escondidas en una maleta todo su ajuar; mallas, toneletes y zapatillas, fugándose del circo, mientras tenía lugar la función.

Aquella misma noche se daba á la vela un buque para Nueva Orleans, y en él tomaron pasaje, sin saber que la fiebre amarilla hacía allí terribles estragos.

Desembarcaron los enamorados acróbatas con tan mala suerte para el malagueño, que fué atacado inmediatamente por la epidemia: lucha en el hospital con la muerte, vence por fin la vida y, al cabo de muchos días de convalecencia, le ponen en la calle, débil aún, flaco y sin un centavo en el bolsillo para comer.

Digitized by Google

Entonces, lo primero que se le ocurre es buscar á su amor, á la compañera artística que le inspiró la pasión origen de sus desgracias; pero ésta ya había desaparecido con otro galán. En tan desesperada situación, se agregó como un perro hambriento á una caravana que, según oyó decir, salía para California.

Ocho meses tardaron en cruzar el continente, y las penalidades que sufrieron, los riesgos que les amenazaron y los combates que sostuvieron con los indios, constituyen una epopeya.

Ya en San Francisco, intenta el malagueño por todos los medios lícitos hacer fortuna; al principio trabaja para vivir como mozo de cuerda, luego se hizo cochero, más tarde entró en un escritorio, de allí sale corredor y, por último, se transforma en fabricante de corbatas, industria que ya le había hecho capitalista. Al paso que van las cosas en América, quizá á esta fecha sea ya millonario.

Aquel malagueño y algún otro compatriota descarriado por allí, eran los únicos representantes de la nación española en sus antiguos dominios.

Debido, sin duda, á la facilidad relativa con que en San Francisco se gana el dinero, abundan los espectáculos de todo género, y los locales están siempre llenos. Teatros en que actúan compañías inglesas, alemanas, francesas é italianas hay varios, y los Music hall ó salas donde cantan, bailan ó lucen sus habilidades, artistas de circo, son muchos.

«California Theater» es el frecuentado por la flor de la sociedad de los californianos auríferos, que cuando vienen á Europa abruman con su dinero, de no antojárseles caprichos tan extravagantes, como el de cierta dama, que pretendió comprar el Arco de Triunfo de París para derribarlo, porque quitaba el sol á su casa. Pero, dicho sea de paso y en honor de la verdad, semejante proyecto de compra no era una fanfarronada, pues había ya probado la californiana de lo que era capaz, relegando un retrato de cien mil francos pintado por Meissonnier, ¡porque no la gustó el parecido! á un lugar de la misma casa, cuyo nombre es excusado nom-

Digitized by Google

brar, con el objeto de mortificar el amor propio del gran artista.

Aunque no todos los americanos pueden permitirse tales lujos, bien puede calcularse, volviendo á «California Theater», que cada uno de los que ocupan los palcos, *valen* algunos millones, á juzgar por la cantidad de diamantes de que estaban cubiertas aquellas señoras, que parecían escaparates de joyería. El teatro semejaba una fantástica exposición de pedrería, en que las alhajas estaban dispuestas y colocadas sobre maniquís: tal era la tiesura y rigidez de aquellas deslumbradoras damas.

Este fué el espectáculo más digno de mención, porque el que se representaba en el escenario, por una mediana compañía de actores ingleses, no ofreció otra cosa más de particular, que en las escenas culminantes, el público entusiasmado, en lugar de aplaudir, prorrumpiese en estrepitosa silba con acompañamiento de bastonazos y pataleo; y como nada haya absoluto, después de todo, lo mismo da que una muchedumbre demuestre su aprobación haciendo ruido con los pies, que con las manos.

Así como á «California Theater» asisten las clases más elevadas por la fortuna; los mineros, emigrantes, marineros y demás millonarios del porvenir concurren á «Bella Unión», teatro ó cosa así, donde se reunen las últimas capas sociales de la sociedad californiana.

Los espectadores, cubiertos del barro de las minas, llenos de polvo, manchados de grasa y ennegrecidos por el carbón de las máquinas, fuman la pipa, tirados sobre los asientos, con los pies apoyados en el respaldo de las butacas de la fila delantera, y los que están en los palcos, dejan colgar las piernas por fuera del antepecho, sin perjuicio de permitirse otras libertades, tan inherentes á las rudas razas del Norte, sólo domesticadas por el respeto á la inflexible ley, disciplinadas por grandes hombres de Estado y civilizadas por una intensa cultura intelectual.

Es tan marcado el contraste que ofrece al observador una reunión popular de gentes del Norte, comparada con otra de

Digitized by Google

las llamadas razas latinas, y, sobre todo, con el pueblo español, que preciso es reconocer cuánta razón tienen los escritores imparciales, que le han calificado de pueblo gran señor.

Los más severos, analizándole política y socialmente en su extrema decadencia, quizá hayan podido suponer, que es el más paciente de la tierra, que su resignación y apatía sobrepuja á la de los pueblos asiáticos más sumisos é indiferentes, y que su quietismo sólo es comparable al mortal letargo en que se desmorona el imperio chino. Pero todos los que han examinado de cerca la enfermedad que debilita ese gran pueblo que ejerció tanta influencia en los destinos de la humanidad, proclaman á una, que las antiguas virtudes españolas no se han extinguido aún en el *dēmos* ibérico.

¿Qué hubiera sido de esas grandes naciones, si durante cuatro siglos, los gobernantes, en lugar de buscar la prosperidad y el engrandecimiento de sus gobernados, sea por incapacidad ó por otras deficiencias, las hubiesen llevado de desastre en desastre, á la ruina de su industria, comercio y agricultura, á la despoblación, á la pauperización de la raza, á la expulsión de sus estados europeos, á la pérdida de un inmenso imperio colonial y hasta la anulación de su personalidad histórica en el concierto universal?

Hubieran desaparecido como Polonia; y de su antiguo poderío y grandeza, no quedaría más recuerdo, que el histórico de Nínive ó Babilonia.

Pocos son los que en los Estados Unidos, como en todos los países laboriosos, pueden permitirse el lujo de gastar una hora de tiempo en pasear, y sin embargo no hay una sola ciudad americana que no tenga un «Park» más ó menos grande, pero siempre bien cuidado, donde puedan jugar los niños, pasear las madres y los viejos recordar sus verdes años.

El de San Francisco ha sido creado por arte de encantamento en unas colinas cercanas al mar, gastando sumas prodigiosas para convertir aquellos arenales, antes sólo cruzados por indios cazadores, en vasto y hermoso paseo donde

Digitized by Google

abundan con profusión los árboles, las flores y en las estufas plantas exóticas.

Pero, tanta belleza ni el sol que las ilumina, logran arrancar de la ciudad á sus habitantes, que forzados por la necesidad ó dominados por la sed del oro, permanecen sumidos en las tinieblas de la fría y densa bruma que envuelve á San Francisco, sin gozar de los encantos de la hermosa Naturaleza.

Siguiendo uno de aquellos solitarios caminos que serpentean entre macizos de flores y de verdura, hasta perderse en las arenas de la playa, se llega al Cliff House, hostería muy frecuentada, y célebre por las focas que pueblan las inmediatas rocas, desde cuyo mirador se descubre en toda su majestad el Pacífico, ese Océano que se extiende de un polo al otro y separa con su inmensidad al Oriente del Occidente.

Otra de las curiosidades de San Francisco era China-town, barrio habitado por 40.000 celestiales, donde todo era tan chino como en Pekín; los habitantes, las tiendas, las casas de comidas, los teatros, los templos, los letreros, el alumbrado y hasta su proverbial suciedad.

¿Cómo se formó esa numerosa colonia asiática en la capital de California? En pocas palabras se puede contestar; en los primeros años carecían de brazos en California, los jornales alcanzaban precios fabulosos y necesitaron acudir á los chinos, obreros laboriosos, sobrios y modestos en sus aspiraciones, tanto para desarrollar la riqueza del país, como para imponerse á la arrogancia y exageradas pretensiones del obrero blanco.

Desde que empezó la inmigración asiática, hicieron los chinos ruda competencia á los emigrantes irlandeses, que trabajando menos y peor, exigían triple salario; y como la necesidad de brazos era cada vez más creciente, á medida que la ciudad iba engrandeciéndose, la inmigración china aumentó en proporción directa, con la demanda de jornaleros que había en el mercado del trabajo.

De este modo y á causa de ser preferidos los chinos á los americanos é irlandeses, en pocos años llegaron á monopolizar

Digitized by Google

todos los ramos del trabajo, pues los chinos lo mismo trabajan en el campo, que en las minas, fábricas y construcción de ferrocarriles, si bien se dedican con preferencia á oficios más lucrativos, cual comerciantes, sastres, lavanderos, criados, y son excelentes cocineros.

El resultado de ese monopolio ejercido por los asiáticos en perjuicio de la mano de obra americana, fué una crisis obrera seguida de violencias y desórdenes, á que hubo de poner término el Gobierno de Washington prohibiendo la inmigración china, para favorecer, en esa eterna y universal lucha entre el trabajo y el capital, á los irlandeses, cuyo voto pesa en la política yankee.

Todos estos datos y muchos más sobre el entonces palpitante problema chino en California, me exponía la intrépida é inteligente criolla con quien la suerte me deparó la ocasión de hacer el viaje desde Chicago hasta Omaha, mientras visitábamos China-town acompañados de un gigantesco policeman.

Desde los figones chinos, donde, entre otras *delicatessen,* como dicen los alemanes, sirven perros asados, nidos de golondrina, huevos fermentados y demás gollerías! para el estragado paladar de los celestiales, hasta los templos búdicos, todo lo visitamos: tiendas, barberías, casas de fumar opio, y cuanto curioso encerraba China-town.

El último número del programa hecho por nuestro mentor, era la visita al «Gran Teatro chino», el mejor de los cuatro que estaban abiertos, pues la colonia china era tan rica como aficionada á todo género de diversiones, donde decían actuaba la mejor compañía dramática del Celeste Imperio.

Entramos en un palco, vimos unos actores vestidos con mucho oropel, revueltos con el público que subía libremente al escenario; oímos sus interminables monólogos, por supuesto sin entender una palabra, escuchamos con resignación la espantosa cacofonía de una orquesta compuesta de platillos, gong, campanas y ese horrible, cruel y asesino violín chino de una cuerda sola, y no pudiendo resistir por más

Digitized by Google

largo tiempo el tedio y el hastío de semejante espectáculo, levantamos el campo.

Quiso el policía que viésemos el rico guardarropía de los actores y precedidos de él bajamos á los sótanos, donde estaban los camarines de los cómicos. Mal hicimos en dejarnos arrastrar por la curiosidad, porque aquello era una pestilencial sentina, donde las celebridades del arte dramático chino vivían á obscuras como topos y sin ventilación alguna.

¡Qué placer, salir á la calle y respirar aire puro, después de haber visto un teatro chino!

Creía, que ya nada me faltaba por ver de más sucio y repugnante que las pocilgas de los actores, cuando el policeman aseguró, que aún había algo más espantoso, las casas de dormir para chinos.

Como lo dudase, me invitó á seguirle para convencerme con la realidad, y descubriendo una linterna sorda, me llevó por callejones hediondos hasta la más cercana.

Entramos por un pasadizo convertido en cloaca, que daba á un patio húmedo, negro, de piso resbaladizo y pegajoso, en el que la luz de la linterna iluminaba charcos de aguas sucias, donde había montones de basura é inmundicias; allí, en medio de aquel muladar, se paró el policía para hacer una previa explicación de las casas de dormir, refiriendo algunos detalles tan curiosos, como el de que los chinos arrendatarios han ideado el medio de doblar sus beneficios, excavando unas galerías subterráneas, bajo las casas alquiladas, donde albergaban aún mayor número de celestiales que en los pisos de arriba.

Concluída la conferencia se puso en marcha el policeman; yo seguí la rojiza luz de su linterna, saltando charcos ó dando resbalones, hasta uno de los ángulos del patio, donde estaba la entrada del subterráneo. El atlético guía me dió la mano y con su ayuda y la de la linterna, que se había colgado del cinturón, bajé por una escalera carcomida y resbaladiza, á una galería de mina llena de nichos de arriba abajo, en cada uno de los cuales vislumbraba entre la vacilante luz

Digitized by Google

de una fúnebre lamparilla, el amarillo cuerpo de un chino fumando opio.

Reinaba sepulcral silencio, se respiraba el aire húmedo, mohoso y denso de una tumba, emponzoñado por el nauseabundo olor del opio quemado y la inmovilidad de aquellos amarillos cuerpos iluminados por las lamparillas en que encienden las pipas con que fuman ese narcótico, completaba la impresión lúgubre de unas catacumbas.

En el fondo de la caverna había un pozo ó columbario, de unos tres metros de circunferencia, por cuatro de altura, en el que estaban almacenados treinta chinos, cada uno en su respectivo estante.

En aquellos nichos pasan la noche tendidos sobre la dura tabla, rebujados en una mala manta, fumando opio ó escuchando el tic-tac de los relojes, único objeto de que se compone su ajuar; y al siguiente día vuelven al trabajo, tan frescos y descansados, como si hubieran dormido en un lecho de rosas.

El alquiler del nicho por una noche, la cena comprendida, cuesta al chino 5 centavos y como por término medio ganan 2 pesos diarios, suponiendo que invierta 45 centavos en los demás gastos, aún resulta á su favor una economía de 1 peso 50 centavos. Con este sistema de ahorro llegan en corto tiempo á reunir la cantidad que se propusieron economizar para volverse á China, comprar tierra en el pueblo natal, dársela en colonia á los parientes, y luego vivir el resto de sus días, en el más *dolce farniente*.

Dejando los chinos para mejor ocasión, pues fatalmente han de volver á figurar en el curso de este relato, antes y después de llegar al «Imperio del Medio», volvamos á California, pero no á San Francisco, á Monterey, uno de los últimos jirones de la civilización española en el Pacífico.

Digitized by Google

MONTEREY

El tren directo para el Hotel del Monte, del ferrocarril Southern Pacific, fué invadido aquella tarde por una multitud, que desde el campo había venido de compras á la ciudad.

A los pocos minutos de ponerse en marcha salimos de la región de las nieblas, entrando en la feraz y pintoresca campiña, bañada por los rayos brillantes del sol. Por todas partes se divisaban campos cubiertos de doradas mieses, bosques frondosos, viñedos, parques y jardines con soberbias casas.

En las numerosas estaciones había gran concurrencia de elegantes Misses, mirando pasar el tren desde los preciosos coches que ellas mismas guiaban y de gentes que iban á recibir á los viajeros en carruajes de cuatro caballos; los andenes estaban llenos de mercancías ó productos tan ricos como los de la mina «Nuevo Almaden», cercana á la ciudad de San José, y todo, en fin, respiraba vida, civilización y riqueza.

El trayecto no puede ser más entretenido ni más interesante, y cuando el tren bifurca en Pájaro, para tomar el ramal que va á Santa Cruz por las orillas del Pacífico, entre bosques de pinos y encinas, se llega al rústico apeadero de Monterey, sin darse cuenta el viajero de que han transcurrido cuatro horas desde que subió al vagón.

Cerca de la estación de Monterey, sobre una eminencia, se dibujaban en el azul del cielo las blancas torrecillas y los puntiagudos tejados del Hotel del Monte, construído por la Compañía del ferrocarril Central Pacific, con objeto de dar á conocer al público la grandiosa belleza del país y su incomparable clima de eterna primavera, á fin de facilitar la venta por parcelas, del inmenso territorio que allí posee. Es decir, que siendo su objeto atraer gente, la Compañía no hace negocio con el Hotel del Monte, que tan sólo sirve de reclamo y muy costoso, porque los precios son baratísimos, en com-

Digitized by Google

paración del lujo, comodidad y esplendidez, con que está montado el establecimiento.

Dadas estas condiciones extraordinarias, ya que por lo común los Hoteles en todas partes son tan malos como caros, no hay para qué decir, si el Hotel del Monte estará siempre frecuentado por gentes que van de todas partes, á pasar una grata temporada en aquel sitio encantador.

De mí, puedo decir, que sentí grata impresión de indefinible bienestar, en cuanto llegué allí; todo lo admiré y al siguiente día, cuando muy de mañana vino á despertarme un rayo de sol, invitándome á salir al campo para respirar la brisa fresca y embalsamada que entraba por la abierta ventana, canté un himno de gracias al *Manager* del Palace Hotel, por haberme hecho conocer aquel paraíso.

El sol se levantaba majestuoso lanzando torrentes de luz, el mar saludaba al día con voz de trueno y el bosque despertaba del letargo nocturno, murmurando misteriosamente las hojas, al ser agitadas por la brisa matinal. Ante esa grandiosa manifestación de la Naturaleza, me sentí resucitar de entre las brumas de San Francisco.

Aquella mañana la pasé caminando sin rumbo fijo, á la ventura, por entre las verdes praderas esmaltadas con flores, mirando el volar de los pájaros y oyendo cantar á los insectos, hasta que la campana del Hotel dió desde una alta torrecilla, la señal del *tiffin,* comida del mediodía.

Cuando llegué al Hotel, el espacioso comedor estaba lleno de gente sentada en derredor de múltiples mesas, y como el «maître d'hotel» comprendiese por mi actitud expectante, que deseaba estar solo, me llevó á una pequeñita; prueba de agudeza que en el acto recompensé.

Terminado el almuerzo, salí á la galería en que se paseaban los huéspedes, á fin de continuar mis investigaciones del personal.

Á juzgar por las apariencias, el medio social en que me hallaba, era el de los habitantes del barrio de millonarios de San Francisco, en vista del lujo desplegado por el bello sexo en trajes y preseas, aun para presentarse en la comida del

Digitized by Google

mediodía, que en todas partes, y más en los países afines á Inglaterra, suele hacerse en el campo, con vestidos sencillos.

Pero allí las damas competían, no sólo en la profusión de pedrería, á que las americanas son tan aficionadas, sino que también en la riqueza de sus batas, que era el traje de rigor. Las había de todos colores, formas y clases, sobre todo con volantes y cascadas de ricos encajes, cayendo desde la cintura, y aunque no sea voto en la materia, sí me chocó aquella moda de almorzar con esa bata de gran cola, que las inglesas llaman *tea-gown*.

Mientras las mamás, vestidas de pontifical, conversaban entre sí, con la estudiada prosopopeya peculiar á las mujeres cuyos maridos han sabido hacer fortuna, las hijas, alegres y bulliciosas, estaban en continuo movimiento, con ese aire independiente que las da la libre inmunidad de que gozan en América.

Había un grupo de bonitas muchachas, capitaneadas por un precioso diablillo con faldas, que tenían revuelto el Hotel: á uno le abrasaban con miradas incendiarias, á otro le escamoteaban las flores del ojal, á éste le arrebataban el periódico, á aquél le piden la silla; de todos se burlaban, y á ningún varón, joven ó viejo dejaban en paz.

Sólo cesaban en sus persecuciones contra el sexo fuerte, cuando la revoltosa Miss que las amotinaba, se rendía al cansancio y buscaba un asiento para descansar; y aun entonces, era de ver con qué monería asomaba un pie menudo como el de una niña, bajo la imprescindible bata.

Mas, era tan femenina, tan graciosa y bonita, que nadie se enfadaba con Miss Azalea, como yo la llamaba, por el inmenso broche de oro que llevaba al cuello, con esa palabra escrita en gruesos brillantes.

Azalea tenía el don de la ubicuidad, en todas partes se la hallaba: en los jardines, en el zaguán del Hotel, en el bosque; eso sí, siempre con diferentes batas, graciosamente recogidas, para mostrar el dimuto pie; y lo primero que divisé, al visitar una tarde el balneario del Hotel, fué salir del

Digitized by Google

agua una encantadora cabecita de mujer, que en el cuello llevaba escrita con chispas de luz, la palabra mágica, *Azalea*.

Subió al pretil opuesto al que estaba destinado para los espectadores, se enjugó el rostro con las manos, y allí, de pie, seductora, aguardó en una postura artística á que saliesen del agua sus amigas, convertidas también en ondinas, con un traje de punto muy ceñido, gorrito marinero y por supuesto el indispensable broche de brillantes en el cuello, joya de que ninguna se separaba ni aun para bañarse.

Según fueron reuniéndose, porque á las menos ágiles las costaba gran trabajo escalar el pretil, comenzaron á jugar luchando, corriendo una tras otra, hasta que Azalea, de un salto, se tiró de cabeza al agua, y tras ella se arrojaron todas las náyades, con deliberado propósito de salpicar á los curiosos.

Consiguieron, en parte, su intento, mojando á los más cándidos al zambullirse, y como se acercase la hora de cenar, comenzó el desfile al Hotel, riéndose de los bautizados, los que habían salido inmunes de aquella inundación general.

En verdad que la temperatura desapacible que reinaba fuera de las magníficas termas, no debió causar grata impresión á los que fueron mojados, que corrían como gamos por la húmeda arena de la playa, para ir á mudarse de ropa.

Hacía frío más que ningún otro día, y si por las noches, después de cenar, había sido difícil encontrar un sitio en derredor del inmenso hogar en que ardían árboles enteros, aquella noche, pensé, el lleno sería completo.

Después de una ligera colación, que los otros convirtieron en copiosa cena, rociada con frecuentes libaciones de Champagne, pude posesionarme de un cómodo sitial antes de que hubieran sido tomados por asalto, y sentado al amor de la lumbre, seguí con la mirada las llamas que subían enroscándose por los encendidos troncos, escuchando los bramidos del inmenso mar, que llegaban mezclados con los suspiros y lamentos del viento, al desgarrarse entre las espesas ramas del alto bosque.

Digitized by Google

Pensaba en la distancia enorme que aún tenía que recorrer para llegar al Extremo Oriente, y en la que ya me separaba de España, y de Castilla, la tierra en que nací.

No hay hijo de tan noble madre, que no la recuerde con orgullo; y cuando el destino les lleva á remotos países, en que dominó por el increíble esfuerzo de sus soldados y la pericia de sus capitanes, el castellano proclama su nacionalidad con tanta arrogancia, como un romano pudiera decir: *Civis romanus sum.*

¡Qué tendrán esos campos castellanos, áridos y melancólicos, como los de Villalar, de triste recordación, que nos atraen, y su recuerdo nos conmueve, á los que nacimos allí!

Antes de regresar á San Francisco dedicaremos un recuerdo á las ruinas de la Misión del Carmelo, inmediata á la antigua ciudad española de Monterey, donde en poco más de una hora me condujo un cochero indio, que chapurreaba algo de castellano, por entre frondosos bosques y espesos montes de árboles seculares.

La Misión estaba admirablemente situada sobre una eminencia, desde la cual se domina el magnífico paisaje de aquellas selvas vírgenes, que se extienden hasta las orillas del Pacífico. La majestuosa belleza del panorama, que en pasados tiempos contemplaran los solitarios frailes españoles, sirve de marco grandioso al derruído y abandonado santuario.

Esculpido en la clave del arco, ostentaba aún la iglesia el escudo de los monjes carmelitas, y sobre el escudo, en una hornacina, estaba colocada una sencilla y tosca imagen de Ntra. Sra. del Carmen.

La fachada era de ese mal gusto arquitectónico del siglo XVIII, que predominó en todas las construcciones religiosas de España y sus colonias.

Cerraban el santo recinto unas puertas desvencijadas que amenazaban desplomarse, y cuando logré franquearlas, sólo ví en el interior, amontonados en el suelo, escombros, tejas y maderas; las paredes desnudas y en el ábside restos informes del altar mayor.

Digitized by Google

Con el ánimo contristado, pasé por la sacristía al claustro del convento, que aún conservaba en la bóveda las armas de la Orden: allí también todo era desolación y muerte.

Esas ruinas de la Misión del Carmelo, son uno de los raros vestigios que aún quedan en pie de la grandeza española en aquella parte del Nuevo Mundo, un día español.

Digitized by Google

EN EL PACÍFICO

Aún me faltaba para alcanzar la meta del viaje, el Japón, cruzar la inmensidad de agua que separa el Asia de América, el Océano llamado ¡Pacífico!, de que el legendario Vasco Núñez de Balboa, tomó posesión en nombre del Rey de España.

En un buque, *de cuyo nombre no quiero acordarme,* por los veinte detestables días que pasé encerrado en él, salí de San Francisco para Yokoama, y al pasar por el Golden Gate, dí un adiós postrero al Mundo descubierto por Colón é inmortalizado por las fantásticas hazañas de nuestros inmortales conquistadores.

Un ¡hurra! estentóreo, gritado por los tripulantes de un centenar de vaporcillos que nos venían escoltando desde el muelle, nos advirtió, juntamente con el balanceo del barco, que entrábamos en el mar, á cuya opuesta orilla, 5.000 millas más alla, encontraríamos el Extremo Oriente.

Aún me parece estar bajo la influencia de una horrenda pesadilla, cuando acude á mi mente el recuerdo de aquel buque cementerio, cuyo fúnebre cargamento se componía de un millar de primitivos sarcófagos, conteniendo cada uno los restos mortales de un chino fallecido en América, más un pasaje de unos ochocientos celestiales vivos, que cual moscas fueron muriendo durante la travesía.

Y como la Compañía, con lo que hacía negocio era con la emigración china, cumplía rigorosamente la cláusula puesta en el contrato por los celestiales, de ser repatriados vivos ó muertos; porque, según las creencias religiosas de los sectarios de Confucio, es imprescindiblemente necesario para subir á su cielo, el ser enterrados en el Imperio del Medio.

Digitized by Google

Dicho se está, que el físico del buque se pasaba el día embalsamando chinos, sobre cubierta, *coram populo,* lo cual no quitaba, para que llegadas las horas de comer, el embalsamador se quitase el delantal y presidiese la mesa, haciendo plato á los pasajeros!

Ningún chino de los que murieron á bordo, fué arrojado al mar; pero sí una joven americana, atacada de la epidemia colérica que diezmaba los asiáticos, cuyos restos hallaron eterno reposo en las profundidades del Pacífico.

¡Qué imponente es la ceremonia y el acto de la inmersión!

Menos algún grupo de ballenas, que se cruzó con el barco en su derrotero, nada vino á romper la terrible monotonía de aquella navegación, remontándonos al Norte por un mar siempre tempestuoso y bajo un cielo gris: ni una vela y ni aun casi un rayo de sol. Los domingos el capitán leía en la cámara el servicio protestante en una Biblia colocada sobre la bandera nacional, y los dos únicos católicos, una señora y yo, permanecíamos mientras tanto sobre cubierta, elevando nuestras almas al Supremo Hacedor.

Después, se sucedía toda una semana de régimen casi celular: á las horas de costumbre se cambiaban los centinelas que, sable en mano y revólver al cinto, hacían guardia en las escotillas por donde salían del sollado á respirar los chinos; al anochecer las cerraban con gruesos barrotes, y de cuando en cuando, se hacía un simulacro de defensa del buque contra un supuesto ataque de los chinos, armando á los pasajeros con los rifles que guarnecían las paredes de la cámara.

Por fin, después de veinte interminables días de continua tempestad, de tener que dormir en un diván de la cámara, porque en el camarote éramos cuatro, uno de ellos enfermo; de comer *pork and beans, corned beef and cabbage, bombay duck y green corn* *, servido por el físico embalsamador; de ver

---

* Cerdo con aiubias, cecina de vaca con berza, pescado salpresado y trigo verde, como legumbre.

Digitized by Google

aumentar la pila de féretros chinos amontonados á popa; de oir cantar al rollizo misionero protestante, versículos de la Biblia con música de ¡la Marsellesa!; de contemplar el perfil de un indescriptible yankee siempre vestido de levita y chistera, que daba la vuelta al mundo sin más ropa que la puesta ni más equipaje que una bolsa de aseo; de ver jugar eternamente al *pocker* y de releer la *Divina Comedia,* las *Obras* de Leopardi, Balmes y *El Quijote,* cuando ya el tedio, el cansancio y el hastío de aquel barco fantasma habían llegado en todos los pasajeros al colmo; por fin, una madrugada, oí el grito de ¡tierra!

Desde la cámara, donde vestido trataba en dormitar arrebujado en una manta, me lancé sobre cubierta, movido por aquel grito mágico.

Era aún de noche cerrada, y poco pude vislumbrar á través del tupido velo del horizonte, aunque las estrellas lucían con ese brillar del Oriente.

Inmóvil permanecí en la borda, con la mirada fija en las sombras de la noche, que al despuntar la aurora, fueron disipándose con el alborear del día, como velos que se rasgan lentamente, para dejar aparecer en todo su esplendor la visión fantástica del Fuyi-yama. El cono de ese mágico volcán, parecía de transparente nácar con reflejos de oro y azul, irguiéndose como un titán, hasta tocar el cielo. Nada más sublimemente hermoso y fascinador.

Bajo el encanto de la visión del Fuyi, insensiblemente fué acercándose el buque á las abruptas costas del Japón, que poco después, iluminadas por los rayos de un sol radiante y digno del «Imperio de la Mañana», se presentaron á la vista, cubiertas con todas las galas de la Naturaleza.

Entre la exuberante vegetación, distinguíanse pintorescos pueblecillos, casitas reflejándose sobre las azules aguas del mar y templos en las alturas; todo un precioso paisaje japonés.

Puso el barco la proa hacia la bahía de Yedo, y á las tres horas de navegar por un mar tranquilo como un lago, con

Digitized by Google

risueñas y pintorescas orillas, fondeamos delante de Yokohama.

¡Con qué inefable placer abandoné aquella fúnebre prisión flotante, salté en el vaporcillo del «Grand Hotel», y puse el pie en la tierra del Asia, en el Extremo Oriente, en el misterioso Japón!

Digitized by Google

Digitized by Google

BOCETOS JAPONESES

EL PAÍS

Antes de entrar en materia, y para que el lector, que me ha honrado con su atención, siguiendo mis pasos á través de continentes y océanos, tenga conocimiento de las condiciones físicas en que se ha desarrollado el pueblo japonés, con el que he de vivir un año, debo adelantar una ligera y breve descripción del Imperio del Sol naciente.

Dai Nippon, el gran país, es como los japoneses llaman á su patria, ó sea el archipiélago á que nosotros damos el nombre de Japón, formado por tres mil ochocientas islas que se extienden desde las heladas regiones del Kamtchatka, hasta las tropicales de Formosa, desde el 30° al 51° de latitud, con una longitud de más de ochocientas leguas.

Las islas más importantes son: al Norte los Kuriles y Yeso, en el centro, Hondo, impropiamente llamado por los geógrafos Nippon, y al Sur, Sikok, Kiushiu, Oki y las disputadas islas Liu-Kiu.

La configuración larga y estrecha del archipiélago es debida á fenómenos volcánicos y resultado del incesante desgaste de las costas por la gran corriente ecuatorial Kuro Shiwo, que, según una tradición popular, concluirá un día por socavar las montañas submarinas, cimientos del archipiélago japonés, y precipitará á su bello país en las profundidades del Pacífico.

Digitized by Google

El archipiélago afecta la forma de una media luna, cuyas extremidades tocan en la península cercana de Corea al Sur y con el Seghalien, cedido á Rusia en 1874, al Norte. Desde estos puntos se pasa al Continente asiático en pocas horas de navegación y en las mareas bajas es posible atravesar á pie, el espacio que separa al Japón de los confines del vasto Imperio moscovita.

Mide el Japón una superficie de 382.447 kilómetros cuadrados, y está formado por las cimas de las montañas de una cordillera submarina, que van elevándose gradualmente desde las costas hasta el centro, donde se alza el imponente cono del volcán Fuyi-san, á 12.800 pies sobre el nivel del mar.

De la superficie total del Imperio, dos terceras partes consisten en montañas, cuya cadena principal corre de Norte á Sur, siendo las más elevadas el mencionado Fuyi, Hakusan, Yatsugadaké y Nantaizan, volcanes apagados, que con otros en constante actividad como el Asama-yama, demuestran que la creación del Japón es debida á la acción de las fuerzas volcánicas.

La hipótesis más admitida, es la sentada por el Barón Richthofen en la Memoria leída ante la Sociedad geográfica de Berlín, de que el Japón ha sido creado por levantamientos parciales de montañas submarinas; pero como aún no sea bien conocida su estructura geológica ni el sistema orográfico, aventurado seria arriesgar una opinión.

A causa de la grandísima extensión del Imperio, pues abarca las tres zonas, reune á una gran variedad de climas, desde el tórrido de Ohoshima hasta el glacial de los Kuriles, los frutos de los trópicos á las maderas y pieles del Norte.

En la zona templada está Hondo, la parte central y más poblada del Imperio, donde se halla Tókio, la capital.

Las cuatro estaciones son perfectamente regulares.

El invierno no es riguroso en las costas del Pacífico, bañadas por la corriente ecuatorial que sirve de medio natural de calefacción, y abrigadas de los vientos helados del Polo por las montañas; mas en las costas occidentales del mar del Japón que miran al continente, se deja sentir con fuerza.

Digitized by Google

Sin ser muy intenso el frío en las costas del Pacífico y parte central, pues rara vez el termómetro marca algunos grados bajo cero, es penetrante á causa de la humedad.

Las nevadas son frecuentes y tan copiosas, que en una sola noche cayó una, estando yo allí, que sepultó las casas bajo un metro 70 centímetros de nieve.

Durante el invierno el aire es puro y vivificante, la atmósfera diáfana y la mayor parte de los días luce el sol.

Con la primavera llega la estación de las lluvias torrenciales é interminables, hasta el punto de haber series de quince y veinte días, durante los cuales no cesa de caer agua á torrentes y como si se vaciase el mar sobre la tierra.

Desaparece entonces el sol, el cielo toma un tinte gris plomizo y la Naturaleza parece sumida en un profundo letargo, del cual sólo despierta á largos intervalos, cuando aclara un poco el tiempo.

¡Qué largos, qué tristes y monotonos, son esos días de reclusión forzosa, en los que se sienten enmohecidos hasta los resortes del cerebro!

Llega después el verano, con sus nieblas caliginosas, los días de cielo encapotado y ese calor pegajoso, tanto más molesto cuanto que no se ve el sol, producido por los vapores que despide la encharcada tierra.

La humedad, transformada en caliente vaho que brota del suelo, todo lo invade, todo lo cubre de moho, todo lo pudre ó deteriora, y sometido el cuerpo humano á esa atmósfera de estufa, se debilita por la constante transpiración, desaparece la energía y se padece constante é invencible somnolencia.

En los días de calma, que la monzón sudoeste del verano no viene á refrescar la densa y caliginosa atmósfera, materialmente falta aire respirable.

Estos son los caracteres generales del estío, que rayan en lo inverosímil, cuando se anuncia una de esas horribles tempestades, conocidas con el nombre de *Tai fun,* gran viento.

En cambio el otoño es la estación privilegiada y hermosa

Digitized by Google

por excelencia; en el puro azul del cielo, terso, limpio y claro, luce el radiante sol, el aire es seco y puro y la atmósfera tan admirablemente diáfana, que desde Yokohama se ve clara y distintamente el esbelto y fantástico cono de Fuyisama, situado á 33 leguas de distancia.

Predominando en el clima japonés la humedad, que enerva y debilita á tan alto grado durante los meses de calor, los europeos están expuestos á contraer anemias, desarreglos gastro-intestinales, afecciones al hígado y agudos reumatismos. De las enfermedades epidémicas, la que ha tomado carta de naturaleza en el país desde la apertura del Japón, es el cólera, que en los veranos se recrudece, y algunas veces causa millares de víctimas, sobre todo en los grandes centros.

La elefantiasis, la lepra, esa terrible enfermedad aún desconocida, llamada «kaké», que en el ejército y la marina imperial causaba tantas víctimas *, y otras muchas reinantes entre los naturales, rara vez atacan á los europeos.

El Japón es fértil, y la tierra está cuidadosamente cultivada. Pero sólo la tercera parte del suelo, en el que predomina el sistema plutónico con los basaltos y dioriritas de fácil descomposición, que producen una profunda capa de tierra vegetal, es la destinada á la agricultura y en especial al cultivo del arroz, base de la alimentación nacional.

El resto son montañas.

Los japoneses obtienen fácilmente y con pocos gastos, abundantes cosechas, debido á la fertilidad natural del suelo y á un completo sistema de irrigación.

Además del arroz, recogen otras varias semillas, como millo, habas, etc., importadas en épocas históricas, que llevan nombres extranjeros, y siembran profusión de hortalizas, á que son muy aficionados.

---

* Durante mi estancia en ese país, se creyó perdido en el Pacífico un acorazado que el Gobierno japonés mandó á visitar los puertos de América, porque durante la travesía toda la tripulación fué atacada por el kaké, y careciendo de gente hasta para encender las calderas, tardó varios meses en llegar á su destino, con solo dos hombres útiles y sanos.

Digitized by Google

Por lo que se refiere á las supuestas riquezas minerales que encierra el suelo del Japón, muy discutidas, si no problemáticas, según la Memoria escrita por Sir E. Plunkett, siendo Secretario de la Legación británica en Tókio, consisten en oro y plata nativos, cuarzo aurífero, grandes cantidades de cobre muy puro, plomo, estaño, antimonio, manganeso, mercurio, hierro, carbón y gran cantidad de azufre. El petróleo es tan abundante en Echigo, Echizen, Suruga é islas de Yeso y Seghalien, que, según aseguran, corre hasta el mar, sobre cuyas ondas flota, cubriendo espacios de varias millas.

Los ríos y el mar contienen inagotable cantidad de excelentes pescados: con el arroz, constituyen el régimen de alimentación de todo japonés.

La flora del Japón, portentosa por su riqueza botánica, ha sido enriquecida con especies comestibles y árboles frutales, importados del Continente asiático.

De Norte á Sur, la mayor parte del Imperio está cubierta de frondosos y espesos bosques, en los que abundan con profusión las maderas de construcción, de las cuales, sólo en Yeso, existen 36 variedades. Las de los Kuriles compiten con las de Noruega, y el Yamato es célebre por sus bosques de enormes árboles, vestidos de eterna verdura, que con sus mil variados tonos dan á aquel paisaje vida, alegría ó misterio.

Pero, lo más hermoso, sin duda alguna, de la riqueza forestal del Japón, son los bosques de bambús. Conforme á la tradición, esta planta gramínea cuyo follaje parece finísimo encaje, tan elegante, bella y esbelta, como útil é insustituible, pues el japonés la emplea en 300 usos diferentes, fué don, de Dios en persona, al hombre. Sus variedades son tantas como los usos que presta.

Los Doctores Franchet y Savatier, en su obra titulada *Enumeratio Plantarum,* dan un resumen de las dicotiledóneas del Japón, clasificándolas en 1.669 especies, 643 géneros y 122 órdenes.

Tanta variedad en la riqueza botánica, es debida á la situación geográfica del archipiélago, cuyos diferentes climas

Digitized by Google

permiten que la vegetación participe de la del Asia, de América y de la tropical.

La fauna, por el contrario, es muy pobre, siendo muy probable que la mayor parte de los animales domésticos hayan sido importados. De los salvajes ó bravíos, los que parecen indígenas son: el lobo, la zorra, el oso, el ciervo, el gamo, el mono, la garduña y la rata.

Las aves son mucho más numerosas, sobre todo las de presa, como el águila, el halcón, el milano y otras varias. Cuervos los hay á millones por todas partes.

En las orillas de los ríos, ó junto á los verdes arrozales, se ven inmóviles, sosteniéndose sobra una pata, las cigüeñas, grullas y garzas, que á la menor sospecha de peligro se remontan hasta el cielo, con elegante y majestuoso vuelo.

Los patos vienen de Yeso en inmensas bandadas á invernar al clima más benigno de Hondo y las aves marinas son innumerables en las costas desiertas y las rocas cercanas á tierra.

La caza de pluma consiste principalmente en faisanes, chochas y codornices; la perdiz es desconocida y la de pelo en gamos, conejos y liebres, si bien estas últimas escasean mucho.

El perro y el gato son los animales domésticos que parecen indígenas; pero el caballo, que ha sido tan útil en las guerras, y lo es actualmente como animal de carga, pues el asno es desconocido, el buey cuya carne no comen por obediencia á los preceptos religiosos, el carnero y la cabra, que por lo raros parecen ejemplares de jardín zoológico, son originarios de China ó de Corea.

Como las fuerzas creadoras del Japón no han entrado en período de calma, el enfriamiento terrestre de las capas superficiales se verifica lentamente y aún no se ha cerrado la época de los cataclismos naturales, que diariamente se suceden y amenazan constantemente la vida de los habitantes.

Los terremotos, ese enemigo tenaz, traidor é invisible contra el cual no valen ni pueden arrojo ni serenidad, y al que sólo es posible oponer el fatalismo oriental, ese terrible y pa-

Digitized by Google

voroso fenómeno que conmueve la tierra, levanta montañas y abre simas en las que precipita comarcas enteras, tienen lugar indistintamente en todas las épocas del año, pero son más fuertes y repetidos en los meses fríos. Durante el invierno, son casi diarios, habiéndose dado el caso de sentir ocho en un solo día y ciento en un mes, obligando á los europeos allí residentes á abandonar sus casas é intereses, para refugiarse en las escuadras ancladas en la bahía, pues los efectos son tan desastrosos, que en el terremoto de 1854 perecieron sólo en Tókio más de cien mil personas.

Desde entonces las sacudidas no han sido tan fuertes, pero sí muy frecuentes, como mensajeros y presagio de que un día volverán á sembrar la ruina, la muerte y la desolación.

Las tradiciones japonesas aseguran, en prueba de la intensidad de las fuerzas plutónicas, que, en una sola noche del año 200 de nuestra Era, surgió de la llanura el volcán sagrado Fuyi y se formó, cien leguas más al Sur, el histórico lago Biwa.

Otra de las calamidades á que está expuesto el Japón, son los ciclones que se forman en las Islas Filipinas con el nombre de vaguíos, pasan por las costas de China devastándoles con el de *tai-fun* y antes de morir en el Pacífico talan, arrasan y destruyen, cuanto hallan á su paso por el archipiélago japonés.

Todos los años, durante tres meses, se vive bajo la terrible amenaza de ese meteoro destructor que arranca árboles seculares, reduce á polvo las ciudades y causa millares de víctimas cuando se verifica ese desbordamiento del mar, conocido por *ras de marée*, que entrando de improviso varias millas tierra adentro, traga y sepulta provincias enteras.

Este es el Japón; un hermoso y pintoresco país, quizá uno de los más bellos del globo, cubierto de la más variada y espléndida vegetación, cruzado por imponentes montañas y volcanes fantásticos, que encierran deliciosos valles; de clima templado, sin fieras ni reptiles venenosos, pero visitado periódicamente por terribles catástrofes.

La influencia ejercida por las causas físicas y fenómenos

Digitized by Google

naturales, del medio en que se ha desarrollado el pueblo japonés, fácilmente se descubre en todas las manifestaciones de esa raza guerrera, cuya brillante historia es preciso conocer, aunque nada más sea á grandes rasgos, para saber lo que es el Imperio del Sol naciente; que por la situación geográfica del archipiélago en el Pacífico, cual centinela avanzado del Continente asiático, y por las especiales dotes de sus audaces é inteligentes pobladores, quizá un día pueda ejercer transcendental influjo en los destinos humanos, si llega á realizar sus acariciados ideales, de organizar y dirigir los cientos de millones de la raza amarilla.

Digitized by Google

RESEÑA HISTÓRICA

PERÍODO DE OSHEI *

Un pueblo salvaje que aún vive en la Edad de Piedra en la isla de Yeso, llamado Aino ó Ebisu, es el que se supone fué el primer poblador del Japón, en los tiempos prehistóricos.

El origen que los mismos Ebisu se atribuyen, es el siguiente: cierto Príncipe asiático llamado Kamui, padre de tres hermosas hijas, abrigaba por una de ellas pasión incestuosa y criminal, que obligóla á huir una noche del Palacio paterno, dirigiéndose á la playa, donde halló una barca en la que dormía un enorme perro. Saltó resueltamente en ella la joven Princesa, y acompañada del animal, se puso á bogar con rumbo al Este. El viaje duró algunos meses, y al desembarcar en una playa desierta dió á luz dos hijos, un varón y una hembra, progenitores de una raza de dioses y héroes, que son los antepasados del pueblo Aino.

Los japoneses, por su lado, rechazan tal procedencia y protestan de ese abolengo irracional, citando el pasaje de sus libros sagrados, que dice: «Cuando nuestros divinos antepasados descendieron de los cielos sobre la tierra», la hallaron habitada por salvajes, que fué preciso rechazar hacia el Norte, según añade la historia.

De igual modo protestan indignados, de las hipótesis que les hacen descender de una invasión china ó malaya.

---

* La historia del Japón se divide en dos grandes períodos: el de *Oshei*, ó de monarquía absoluta y pura, en el que los Mikados ejercen el poder desde el año 660 A. de J. C., á 1192 de nuestra era; y el de *Hasei*, en que el poder es usurpado por los Shogun y termina con la revolución de 1868, que devolvió al Emperador la autoridad y el poder, de que habían sido despojados durante tantos siglos por sus generales.

Digitized by Google

Mas como la solución que la mitologia japonesa facilita, haciendo llover del cielo los conquistadores, no resuelve el problema etnológico, todos se preguntan: ¿Quiénes son los japoneses, de dónde vienen?

Para unos y Kæmpfer con ellos, son restos de uno de los pueblos dispersos en la Torre de Babel, desde donde vinieron atravesando el Asia; para otros descienden de una de las perdidas tribus de Israel; otros suponen una emigración de indios americanos por Alaska, y los chinos atribuyen la paternidad á Tai-haku-ki, primogénito de Busso, primer Emperador, de la dinastía Shu *, que reinó en China de 1120 á 249 A. de J. C., quien sabiendo que su padre dejaba por heredero de los reinos al hijo menor, huyó al Japón, donde fundó la colonia de Hiuga. El nombre chino del Japón, es Kishi-Koku, país de la familia Ki.

Estas hipótesis y otras varias más ó menos inverosímiles nada prueban de cierto, por el contrario dejan abierta la controversia, para que las imaginaciones fecundas inventen nuevas fábulas, hasta que las investigaciones científicas descubran el verdadero origen del pueblo japonés, después de haber examinado detenidamente los diferentes tipos de la raza y cuando se hayan analizado con escrupulosidad el lenguaje y las tradiciones.

Descartada la parte divina é inverosímil, la tradición japonesa resulta la más admisible de todas las hipótesis, si se sustituye á los dioses bajados del cielo, por aventureros chinos ó malayos que desembarcaron en las costas del Sur y se apoderaron del país, combatiendo á los aborígenes sin tregua ni descanso.

Según el *Koyiki* †, en los tiempos fabulosos, no desdeñaban los dioses abandonar los cielos para bajar á la tierra á

---

* En el interesante estudio publicado por D. Fernando de Antón, sobre «El problema de la China», esta dinastía se denomina *Tchao*.

† «Libro de antiguas tradiciones» ó Biblia japonesa, dividido en tres partes: la 1.ª trata de la Creación del Cielo y de la Tierra, de los Kami ó Dioses y Diosas y de los acontecimientos de la edad divina, ó sea el período mitológico; la 2.ª y 3.ª parte describen la historia de los Mikados, desde el año primero de la era japonesa (660 A. de J. C.) hasta el 1288 de la misma.

Digitized by Google

tomar parte en las guerras de los mortales ó poner paz entre los hombres; mas, ahítos sin duda de las humanas miserias en la vida terrenal, volaron un día á su reino etéreo, no sin haber dejado por jefe supremo de los humanos, un representante divino, Yimmu Tenno, descendiente de Amateras, la Diosa del Sol.

Este Mikado que, según el *Koyiki,* subió al trono, en Kashiwabara cerca de Kioto, el 7.° día del 4.° mes del año 1.° (660 A. de J. C.) de la era japonesa, con el título de Kan-Yamato-Iwaré, es el fundador de la dinastía reinante en el Japón, hace 2504 años, y en la cual, el actual Emperador, Mutsu-Hito, descendiente en línea directa de Yimmu Tenno, figura como el 123 Mikado *.

---

* CRONOLOGÍA DE LOS MIKADOS

Los nombres impresos con letra *bastardilla,* corresponden á los de las Emperatrices que han reinado.

N.°	Título póstumo.	Época del reinado.	N.°	Título póstumo.	Época del reinado.
1	Yimmu	660-585 A. de J. C.	32	Yomei	586-587 D. de J. C.
2	Suisei	581-549 »	33	Sujun	588-592 »
3	Annei	548-511 »	34	*Suiko*	593-628 »
4	Itoku	510-477 »	35	Jomei	629-641 »
5	Kosho	475-393 »	36	*Kogioku*	642-644 »
6	Koan	392-291 »	37	Kotoku	645-654 »
7	Korei	290-215 »	38	*Saimei*	655-661 »
8	Kogen	214-158 »	39	Tenchi	668-672 »
9	Kuaika	157- 98 »	40	Kobun	672-672 »
10	Suyin	97- 30 »	41	Temmu	673-686 »
11	Suinin	29 » 70 D. de J. C.	42	*Jito*	690-696 »
			43	Mommu	697-707 »
12	Keiko	71 130 »	44	*Gemmio*	708-714 »
13	Seimu	131-191 »	45	*Gensho*	715-723 »
14	Chiuai	192-200 »	46	Shomu	724-748 »
15	Yingu Kogo	201-269 »	47	*Koken*	749-758 »
16	Oyin	270-310 »	48	Junnin	759-764 »
17	Nintoku	313-399 »	49	*Shotoku*	765-769 »
18	Richiu	400-405 »	50	Konin	770-781 »
19	Hansho	406-411 »	51	Kuammu	782-805 »
20	Inkio	412-453 »	52	Heijo	806-809 »
21	Anko	454-456 »	53	Saga	810-823 »
22	Yuriyaku	457-479 »	54	Junwa	824-833 »
23	Seinei	480-484 »	55	Nimmio	834-850 »
24	Kenso	485-487 »	56	Montoku	851-858 »
25	Ninken	488-498 »	57	Seiwa	859-876 »
26	Buretsu	499-506 »	58	Yozei	877-884 »
27	Keitai	507-531 »	59	Koko	885-887 »
28	Ankan	534-535 »	60	Uda	888-897 »
29	Senkua	536-539 »	61	Daigo	898-930 »
30	Kimmei	540-571 »	62	Shujaku	931-946 »
31	Bidatsu	572-585 »	63	Murakami	947-967 »

(Continúa en la página siguiente.)

Digitized by Google

Ninguna dinastía puede vanagloriarse de tanta antigüedad, pues, si bien el actual Emperador de la China, Kuang-sü, es el 274 Soberano de ese decrépito imperio, cuya historia se remonta nada menos que á *¡cinco mil trescientos sesenta y cinco años!*, en cambio han reinado en el Celeste Imperio, veintitrés dinastías, ó veinticuatro según otros.

La biografía del primer Mikado, que suponen alcanzó la edad de ciento treinta y siete años, está minuciosamente detallada en el mencionado libro *Koyiki;* pero como este personaje semi-divino, que pudiera bien ser el mismo que los chinos llaman Kishi-Koku, sigue envuelto en las brumas de la fábula y rodeado de una aureola mitológica, limitarémonos á decir, que pasó su larga vida guerreando contra los Ebisu.

Otro tanto hicieron por muchos años sus descendientes, hasta que lograron acorralarlos en la isla de Yeso, del otro lado del estrecho de Tsugarú, donde siguen viviendo en estado semi-salvaje.

Durante esta época primitiva, los Mikados llevan vida nó-

N.º	Título póstumo.	Época del reinado.	N.º	Título póstumo.	Época del reinado.
64	Reizei	968- 969 D. de J. C.	94	Go-Fushimi	1299-1301 D. de J. C.
65	Enniu	970- 984 »	95	Go-Nijo	1302-1307 »
66	Kuasan	985- 986 »	96	Hanazono	1308-1318 »
67	Ichijo	987-1011 »	97	Go-Daigo	1319-1338 »
68	Sanjo	1012-1016 »	98	Go-Murakami	1339-1367 »
69	Go-Ichijo	1017-1036 »	99	Chokei	1368-1383 »
70	Go-Sujaku	1037-1046 »	100	Go-Kaméyama	1383-1392 »
71	Go-Reizei	1047-1068 »	101	Go-Komatsu	1393-1412 »
72	Go-Sanjo	1069-1072 »	102	Shoko	1413-1428 »
73	Shirakawa	1073-1086 »	103	Go-Hanazono	1429-1464 »
74	Horikawa	1087-1107 »	104	Go-Tsuchimikado	1465-1500 »
75	Toba	1108-1123 »	105	Go-Kashiwara	1501-1526 »
76	Shiutoku	1124-1141 »	106	Go-Nara	1527-1557 »
77	Konoyé	1142-1155 »	107	Okimachi	1558-1586 »
78	Go-Sirakawa	1156-1158 »	108	Goyozei	1587-1611 »
79	Nijo	1159-1165 »	109	Gomiwo	1612-1629 »
80	Rokujo	1166 1168 »	110	*Minjo*	1630-1643 »
81	Takakura	1169-1180 »	111	Go-Komio	1644-1654 »
82	Antoku	1181-1185 »	112	Gosai	1655-1662 »
83	Gotoba	1186-1198 »	113	Reigen	1663-1686 »
84	Tsuchimikado	1199-1210 »	114	Higashiyama	1687-1709 »
85	Juntoku	1211-1221 »	115	Nakanomikado	1710-1735 »
86	Chiukio	1222-1222 »	116	Sakuramachi	1736-1746 »
87	Go-Horikawa	1222-1232 »	117	Momozono	1747-1762 »
88	Shijo	1233-1242 »	118	*Go-Sakuramachi*	1763-1770 »
89	Go-Saga	1243-1246 »	119	Go-Momozono	1771-1779 »
90	Go-Fukakusa	1247-1259 »	120	Kokaku	1780-1816 »
91	Kaméyama	1260-1274 »	121	Ninko	1817-1846 »
92	Go-Uda	1275-1287 »	122	Komei	1847-1866 »
93	Fushimi	1288-1298 »	123	Mutsuhito	1867 »

Digitized by Google

mada y guerrera al frente de sus tribus; hoy campan bajo la tienda, en la cima del famoso monte Kirishima y mañana transportan sus reales á las frondosas llanuras del Yamato.

Así vivieron errantes, hasta que el 10.° Mikado, Suyin, apellidado el civilizador, que reinó treinta años antes de la venida de Jesucristo, regularizó las costumbres primitivas, impuso contribuciones de sangre y dinero, y la obligación de que en ciertos días, todos sus súbditos de ambos sexos, trabajasen en obras del Estado; dividió el país en cuatro zonas militares, bajo el mando de generales ó Shoguns; promovió las construcciones navales á fin de desarrollar el tráfico con la Corea y siendo gran protector de la agricultura, que él mismo no desdeñaba practicar y amparaba con sabios edictos, abrió muchos canales de riego.

En su próspero y transcendental reinado, el Mikado Suyin transformó las tendencias semi-bárbaras de su pueblo y echó las bases de esa Nación, que andando el tiempo y á través de los siglos, alcanzó tan alto grado de civilización oriental.

Desde este reinado, las sombras van desapareciendo del cuadro histórico, el fondo es menos borroso y van surgiendo las figuras principales de las clases sociales japonesas: en primer término, el noble ó militar, que con su incansable actividad guerrera, ha de dar á su patria días de gloria inmarcesible y de espantoso luto, y allá, á lo lejos, en último término, el campesino ó pechero que trabaja la tierra que le vió nacer y ha de darle eterno reposo, después de haberla regado toda la vida, con el sudor de su frente.

En este período de continuo batallar, para ensanchar las fronteras, surgió un héroe, que con sus hazañas eclipsó la fama de todos los otros caudillos.

Yamato Daké, hijo de Keiko, 12.° Mikado (siglo 2.° de nuestra era) es el héroe nacional, inmortalizado en romances, historias y novelas, por sus empresas militares, que dieron por resultado la conquista del Kuanto *.

Siendo aún mozo imberbe, su padre le confía la misión de

* Antigua división territorial que comprende las nueve provincias centrales.

Digitized by Google

sofocar una rebelión militar en Kiushiu y la cumple por medio de una estratagema: se disfraza de *gueisha*, bayadera, logra así penetrar en la tienda del general, burlando los centinelas que le dejan pasar, en la creencia de ser una de esas bellas y voluptuosas muchachas, que en todo tiempo han cautivado á los japoneses y hoy seducen á los europeos; baila ante el guerrero, hasta que vencido por la pasión, se le ofrece indefenso y entonces, con la rapidez del relámpago, arranca la vida á su enemigo, como Judit á Holofernes.

Más tarde, las tribus fronterizas se insurreccionan; Yamato Daké, después de haberse ceñido en el templo de Isé el sable sagrado, se pone al frente de un ejército con el cual derrota á los Ainos en Suruga; atraviesa luego los desfiladeros de Hakoné y con la impetuosidad de un torrente, baja á las llanuras del Kuanto, que invade con su ejército victorioso, hasta llegar á la parte oriental de la bahía de Yedo, donde le cierra el paso la mar.

Decide allí proseguir la conquista en la península de Awa, del otro lado de la bahía, para donde se embarca con sus guerreros cerca de Kami-saki. Se desencadena furiosa tempestad, todos aquellos héroes van á ser sepultados en el mar con sus lauros por las enfurecidas olas: hay que aplacar las iras de los dioses, sacrificándoles una víctima. Tachibana-himé, su mujer, que en el mismo barco acompaña al caudillo, llena de heroica abnegación, da un eterno adiós á Yamato y se precipita en el embravecido elemento, que al cerrarse sobre su víctima, se torna tranquilo y sereno.

Desembarca Yamato Daké en la provincia de Kadsusa, vence y somete cuantas tribus halla á su paso, funda no lejos del moderno Tókio un santuario en que deposita la peineta de madera olorosa de su mujer, arrojada á la playa por las ondas; avanza con dirección al Norte, penetra en la provincia de Shimosa y planta su glorioso é invicto pendón, en las cercanías del 38 paralelo.

No encontrando enemigos que vencer, da por terminada su marchá triunfal y emprende el regreso, por las provincias de Hitashi, Shimosa y Musashi. Al atravesar las montañas de

Digitized by Google

Shinano, por el desfiladero de Usui-Togué, desde cuya cima se descubre el soberbio panorama de la llanura y de la bahía de Tókio, bajo cuyas azules y transparentes ondas yacía sepultada Tachibana-himé, la heroica esposa que sacrificó su vida por salvar la de su marido, el caudillo exclamó por tres veces, con acento dolorido, «¡Adzuma!» (mi mujer), nombre con que en lenguaje poético se conoce esta parte del Japón.

Continúa su marcha á través de la inexplorada región montañosa y volcánica de Shinano, habitada, según creencia de los naturales, por los espíritus, y llena de precipicios; logra dominar la superstición de sus tropas, salvar todos los peligros de que está poblado ese semillero de volcanes, y vuelve por fin á Isé, después de tres años de ausencia, cubierto de gloria, á narrar ante los dioses sus hazañas, las dificultades vencidas y las batallas que ganó.

Yamato Daké, moría repentinamente en el año de 113, D. de J. C., á los treinta y seis de edad, el día que se celebraba su apoteosis. El héroe inmortal duerme el sueño eterno en su tumba de Nobono.

Otra de las grandes figuras que descuellan en la historia del Japón, célebre por su hermosura y legendaria por lo esforzado y varonil de su ánimo, fué una mujer, la Emperatriz Yingu Kógo, que en el año 201 de nuestra era, conquistó la Corea marchando á la cabeza de sus tropas, cubierta con el marcial y férreo arnés de los guerreros.

Inspirada por los dioses que la aconsejaban apoderarse de un país llamado Shiraki, Corea, donde el oro, la plata y todo género de tesoros abundaban, Yingu Kógo, viuda ya del Mikado Chiuai, preparó la expedición militar para invadir la Corea, sabiamente aconsejada por su ministro y fiel servidor Také-no-uchi, el Matulasén japonés, que según el *Nihongui* * vivió 350 años y fué Ministro de cinco Mikados.

Antes de acometer la empresa, cuando ya las tropas estaban reunidas, listos los barcos, y los capitanes aguardaban

* Libro histórico, terminado en 720, que contiene los Anales de los Mikados hasta el año 669, D. de J. C.

Digitized by Google

con impaciente entusiasmo la orden de partir, quiso la cautelosa Emperatriz cerciorarse de si los dioses la eran propicios. En lugar de consultar un augur, bajó á la playa, y poniendo un grano de arroz cocido en un anzuelo, dijo: «Conquistaré un rico pais, si con ese grano de arroz cojo un pez», y á los pocos instantes de haberle echado al agua, exclamó: *¡Medzurashiki mono,* admirable presagio! al ver sus fervientes deseos escuchados. Suceso que se ha conmemorado, otorgando á las mujeres de la comarca, el privilegio exclusivo de pescar un día, de la primera quincena del primer mes japonés.

No satisfecha con este favorable augurio, la Emperatriz exploró de nuevo la voluntad divina del siguiente modo: «si al retirar mi cabeza del agua, dijo, uniendo la acción á las palabras, sale seco mi cabello y dividido en dos trenzas, es señal de que los dioses aprueban mis designios». También esta vez la fueron propicios, y como además de la protección divina, disponía de los medios humanos para hacer la invasión, Yingu Kógo dió la orden de partir, revestida ya de la armadura.

Mas, como en el momento de embarcar, descubriese que se hallaba en cinta, hubo de implorar del favor divino dilatase el alumbramiento, hasta su regreso de Corea.

De nuevo los dioses escucharon sus plegarias, y con una piedrecita que la Emperatriz metió en el cinturón de la espada, pudo ejecutar sus planes sin contratiempo, y llevar á cabo la empresa proyectada.

La flota zarpó en el décimo mes del año 201, y como todo la fuera favorable, el viento, las corrientes, y hasta las olas que la empujaban, tardó poco en llegar al Sur de Corea.

Aterrado el Rey de esta península con la noticia de la invasión, pues nunca jamás había oído hablar de que existiese un país más remoto que el suyo, se rindió á discreción, entregando á los vencedores cuantas riquezas y productos tenía, con los cuales cargaron dos barcos los japoneses.

Dos meses después volvía triunfante á su patria, la victoriosa Emperatriz, donde dió á luz, en su Palacio de Chikusen,

Digitized by Google

á Oyin, famoso guerrero, que á su muerte en 313, D. de J. C., fué divinizado con el título póstumo de Hachiman, Dios de la guerra.

La memoria de Oyin es fanáticamente venerada por todos los hijos de Marte japoneses, considerándole como el espíritu bélico que inspiró á su augusta madre tan atrevida empresa, coronada por el más brillante éxito.

Las victoriosas huestes de Yingu Kógo, al regresar al Japón, después de haber impuesto un tributo á los vencidos coreanos, trajeron entre sus coronas de laurel, los gérmenes de una civilización, que al ser trasplantada desde el Continente asiático al Dai-Nippon, había de dar ópimos frutos.

Establecida ya la corriente intelectual, bien pronto se dejó sentir en el Japón la influencia de la civilización china; las ciencias, las artes, la literatura y hasta la religión del Imperio del Medio, rápidamente se extendieron por el de la Mañana, haciendo del vencedor en los campos de batalla, tributario intelectual del vencido.

Antes de la expedición militar al Continente asiático, las ciencias y las artes que no se relacionaban con la guerra, eran tan desconocidas como la literatura; y la religión japonesa, sin código moral, dogmas, templos, ni clase sacerdotal, se fundaba en la incomprensible y tosca mitología de los *kami*.

El budismo con su teología positiva, su código moral y las ceremonias ostentosas, hizo millares de prosélitos japoneses y la filosofía china, con los principios morales de Confucio, introducidos por Wan, filósofo coreano, al cual se atribuye también la enseñanza de la escritura, fueron base de la educación nacional, sobre la que erigió el santuario de sus ideales, la clase noble ó militar.

Bajo la influencia de ese medio ambiente de civilización continental, el pueblo japonés desarrolló sus fuerzas en un largo período de paz, fundióse en una nación y perfeccionó sus instituciones con arreglo á esos principios, dando lugar á la separación de clases, ó mejor dicho, á la creación de dos castas, la militar y la plebeya.

Digitized by Google

A la más alta nobleza pertenecen los *Kugué* ó descendientes de los Mikados, que forman la verdadera aristocracia japonesa, y entre ellos, los que más han influído en los destinos del Imperio, han sido los qué llevan los ilustres apellidos de Fuyiwara, Taira y Minamoto.

Estas tres poderosas familias monopolizaron el poder, desde el año 794, de nuestra era, en el que la capital del Imperio se trasladó desde Kashiwabara, en Nara, á Kioto, hasta nuestros días, que la revolución de 1868 contra el Shogunado, restituyó el poder al Mikado, abriéndole las puertas del «Gosho», ó palacio Imperial sagrado, donde los usurpadores habían tenido encerrados á sus antepasados por espacio de más de mil años.

Los Fuyiwara, que desempeñaban los más altos cargos civiles, fueron los verdaderos gobernantes de la nación al principio, casaban sus hijas con los Mikados, para que nadie, excepto ellos, pudieran acercarse al soberano, y consiguieron dominarle hasta tal punto, que en el año 888 se creó el cargo titulado Kuambaku *, ó sea virrey, á favor del jefe de la familia, Mototsuné, haciéndole más tarde hereditario.

Pero siendo los Fuyiwara más afectos al lujo y á las seducciones de la brillante vida palaciega, que á las fatigas y peligros de la vida militar, abandonaron el mando de los ejércitos á los Taira y Minamoto, que no tardaron en suplantarlos, valiéndose de la fuerza incautamente puesta en sus manos, con el poderío militar.

Del encumbramiento de estas dos familias arranca el período del militarismo, y con él se abre la era caótica, de violencia, anarquía, asesinatos y de todos los crímenes cometidos durante las sangrientas guerras civiles que asolaron al país, admirablemente descritas en las obras históricas, *Heike y Genyi*, palabras que representan en caracteres ideográficos, los nombres de las familias Taira y Minamoto.

Durante este período, la rivalidad entre las dos casas que alternativamente se apoderaron del Gobierno, con las armas

---

* Guarda de los cerrojos interiores.

Digitized by Google

en la mano, sembró la ruina, el luto y la desolación en el Imperio; el feudalismo se robusteció con las incesantes mercedes hechas por uno y otro bando para allegarse partidarios, y las revueltas, guerras y matanzas, se sucedían sin interrupción.

Rompiéronse las hostilidades en 1156, año en que se dió la primera batalla entre ambos bandos, saliendo de ella victoriosos los Taira; se apoderaron del Palacio Imperial é hicieron nombrar á su Jefe, Kiyomori, Dai-Yo-Dai-Yin (gran ministro del gran gobierno), cargo que ejerció con el poder más absoluto, hasta su muerte en 1181.

Antes de expirar, cuando sus parientes, amigos y deudos rodeaban el lecho del agonizante Kiyomori, un presentimiento fatal para los de su raza, hizo exclamar al Jefe de los Taira las siguientes palabras, citadas por el *Nihon-Guai-Shi* *: «Mi único remordimiento al morir, es no haber visto »cortada la cabeza de Yoritomo Minamoto; cuando haya »muerto, no hagáis ofrendas á Buda en mi favor, que no »sean leídos los sagrados libros; sólo os pido que cortéis la »cabeza de Yoritomo y la coloquéis sobre mi sepultura.»

Terrible testamento político, rebosando implacable odio de raza, en el que, á través del profundo conocimiento del carácter japonés, se adivina el fundado temor de sangrienta venganza.

Una voz interior debió presagiarle, que de no rodar aquella cabeza, pedida por un moribundo como trofeo de su tumba, el brazo que la obedecía, habría de exterminar la raza de los Taira, sus deudos y parciales.

Yoritomo, llamado á vengar la traidora muerte de su padre y hermanos, derramando á ríos la sangre de los Taira y precipitando en los abismos del mar los últimos partidarios de este bando, el fundador del Shogunado y del dualismo que despojó á los Mikados de su autoridad, el célebre capitán y político astuto que marchitó su gloria, con la muerte de su

* «Historia exterior del Japón», obra llevada á cabo por Rai Sanyo en 1827. Es continuación del *Dai Nihon Shi* ó «Historia del Japón», escrita bajo los auspicios del Príncipe de Mito y terminada en 1715.

Digitized by Google

propio hermano y mejor general, Yoshitsuné; nació en 1146 de Tokiwa, joven campesina de extraordinaria hermosura, concubina de su padre, Yoshitomo Minamoto.

Cuando ocurrió, en Utsumi, la trágica muerte de su señor, asesinado en el baño por tres hombres pagados por Kiyomori, la bella Tokiwa, para salvar á sus hijos de las asechanzas de los Taira, huyó á través de los campos cubiertos de nieve, llevando á Yoshitsuné en los brazos, y los otros de la mano.

El mayor, una débil criatura, era portador del sable de sus antepasados, arma que para los caballeros japoneses, significaba el honor, representaba la familia y valía más que la vida. Era la reliquia venerada que iba legándose de padres á hijos, la ejecutoria de nobleza, la página de acero en que estaba escrita con sangre la gloriosa historia de las hazañas de sus mayores, la palanca de su ambición y la base de su fortuna. En esa arma el caballero japonés cifraba todas sus pasiones, sus esperanzas é ilusiones, y todo lo abandonaba estóicamente, la mujer, la familia, el hogar y la fortuna, todo, menos el acero, que sólo le arrancaban con la vida.

Las peripecias por que pasó Tokiwa en su arriesgada y peligrosa huída, forman uno de los asuntos más simpáticos al pueblo japonés, reproduciéndolas con profusión los artistas en bronces, marfiles, lacas, sedas pintadas y porcelanas.

Kiyomori, al tener noticia de que Tokiwa había huído para poner en salvo á sus hijos, inmediatamente mandó perseguidores en su busca, al mismo tiempo que ordenaba prender á su madre, con objeto de que llegase la noticia al punto donde Tokiwa estuviese oculta, seguro de que la abnegación filial la haría presentarse con sus hijos, para salvarla de la muerte.

Así sucedió; pues tan pronto como Tokiwa supo, por un soldado del bando de Taira á quien pidió albergue y alimento para sus hijos, que su madre estaba en poder de Kiyomori, corrió á Kioto á echarse á los pies del verdugo de los suyos, para implorar la libertad de su madre.

Sabía Tokiwa que al dar este paso sacrificaba á sus hijos, pero confiada en la impresión que causaría su belleza en el tirano, entró en el palacio de éste acompañada de ellos.

Digitized by Google

Fascinado Kiyomori por la singular hermosura de aquella mujer, quiso hacerla su concubina, á lo que, después de rehusar, sólo accedió Tokiwa, mediante las súplicas de su madre y á condición de que fuesen respetadas las vidas de sus hijos.

Pero Yoritomo, que al ser asesinado su padre, había caído en poder de los Taira, fué conducido á Kioto y condenado á muerte.

Estaba ya fijada la hora de la ejecución, cuando los ruegos y las súplicas de una mujer, alcanzaron de Kiyomori el perdón para aquel niño de doce años, al que desterró á la provincia de Ydzu. Yoritomo salvó la cabeza, gracias al parecido que tenía con un hijo fallecido de la madrasta de Kiyomori, entonces retirada á un convento búdico, que fué quien pidió su perdón.

En el destierro, sus deudos y vasallos le aconsejaron, para proteger su vida contra las asechanzas de los Taïra, que se afeitase la cabeza como los monjes y se retirase á un convento; mas, Yoritomo, escuchando sólo á su fiel deudo Morinaga, siguió el camino opuesto, casándose con la célebre y hermosa Masago, hija de Hoyó Tokimasa, hábil cortesano que le prestó gran ayuda en sus empresas y fué fundador de la familia, que luego despojó á los Shogun del poder usurpado á los Mikados.

Protegido desde entonces por su astuto suegro, retiróse Yoritomo á Kamákura, feudo de los Minamotos, donde un antepasado, Yoriyoshi, había erigido un templo á Hachiman, aún hoy famoso, comenzando á desarrollar en secreto los planes de venganza y engrandecimiento, que acariciaba desde la infancia.

Un año antes de la muerte de su enemigo Kiyomori, ya se había levantado en armas contra el tirano de Kioto, apoyado por un Príncipe de la Casa Imperial y con los partidarios que Morinaga pudo reunir en el Kuanto. Pero sus primeras empresas fueron tan desgraciadas, que después de la segunda batalla, perdida en Ishi-bashi-Yama, tuvo que confiar su salvación á la huída.

Digitized by Google

No desmayó por estos reveses el esforzado ánimo de Yoritomo; volvió á reunir á sus partidarios, engrosando sus huestes con los vasallos de la familia Hoyó, más los cortesanos descontentos, y siguió librando combates, hasta que la victoria coronó su pericia y esfuerzos.

El éxito reforzó aún más sus ejércitos, con los parciales que se pasaban del bando opuesto, hasta que por fin se decidió á marchar sobre la capital, dando el mando del ejército á su primo Yoshinaka, que tomó á Kioto y proclamó Mikado á Gotoba, hermano del reinante Antoku, casado con una hija de Kiyomori, quien huyó con los Taira. Los bienes de los vencidos fueron confiscados, repartiéndolos entre los vencedores.

Temeroso Yoritomo de que sus adversarios pudieran llegar á recuperar el perdido poder, pronunció el *delenda sit* de la raza Taira, mandando contra ellos un ejército exterminador, bajo las órdenes de su valiente hermano Yoshitsuné.

Este invicto guerrero, uno de los héroes favoritos de todo japonés, puso sitio y tomó por asalto el palacio de Fukuwara, cerca de Hiogo ó Kobbe, pasando á cuchillo á todos los Taira y sus parciales, que allí se habían refugiado.

Desde allí, les persiguió por todas partes, combatiéndoles á sangre y fuego, hasta que consiguió acorralarlos cerca de Shimonoseki, puerto de Chóshiu, en el poético mar interior del Japón.

La estrella de la poderosa familia Taira palidecía y ya no les quedaba más que morir, al fulgor de su último destello, combatiendo como caballeros.

En el cuarto mes del año 1185, según las crónicas, se dió la sangrienta batalla naval de Dan-no-ura, donde se hundió para siempre el poderío de los Taira, con el exterminio de su raza.

Uno y otro bando se habían apercibido para el combate final; los Taira disponían de quinientas embarcaciones ó juncos de guerra, en los que buscaron refugio el Mikado destronado, la Emperatriz, los Príncipes y Princesas, las damas de la Corte, la familia del difunto Kiyomori y centenares de mu-

Digitized by Google

jeres y niños. Los Minamoto presentaron setecientos juncos de guerra, mandados por Yoshitsuné.

El pendón de aquéllos era rojo, la bandera de éstos blanca con dos barras negras, y en cuanto empezó la batalla, los Taira fueron los primeros en ir al abordaje, embistiendo denodadamente con la proa de sus juncos, las embarcaciones enemigas.

El choque fué tan violento, que en un principio quedaron desconcertados los Minamoto con acometida tan brusca como enérgica, mas pronto se repusieron de la sorpresa, alentados por el valeroso Yoshitsuné, que les gritaba para enardecerlos, al mismo tiempo que dábales ejemplo con su bravura.

En aquel decisivo combate de hombre á hombre, todos hicieron prodigios de valor; la sangre corrió de los barcos al mar, tiñendo de rojo las aguas en que flotaban los muertos alrededor de los juncos; los heridos que caían al mar fueron asaeteados despiadadamente, y se degolló hasta á los niños y las pocas mujeres que no se dieron muerte por su propia mano ó se arrojaron al mar, como la viuda de Kiyomori, que con su nieto el Emperador, se precipitó en las ensangrentadas ondas.

La victoria se decidió por los Minamotos y aquella matanza no terminó hasta concluir con el último de los Taira.

Los pocos que huyeron, fueron á refugiarse en los impenetrables valles de Kiushiu, donde últimamente han sido descubiertos sus descendientes. Las mujeres que no se suicidaron fueron entregadas á la victoriosa soldadesca y luego condenadas á vivir del comercio de sus encantos.

De aquí, los privilegios que gozaban las cortesanas de Shimonoseki, las cuales pretenden descender de aquellas desgraciadísimas damas Taira, que todo lo perdieron en la batalla de Dan-no-ura.

La estrella de Yoritomo, brilló en todo su esplendor desde que las victoriosas tropas hicieron su entrada triunfal en Kioto, llevando como botín de guerra, los sagrados atributos del poder Imperial, el sable y el globo, hallados por los

Digitized by Google

soldados de Yoshitsuné, en el junco del infortunado Mikado, que yacía en las profundidades del mar.

El éxito más grande había coronado, los ambiciosos y sangrientos planes de Yoritomo Minamoto, el fundador de la ciudad de Kamákura y creador del dualismo gubernamental del Japón.

Digitized by Google

PERÍODO DE HASEI

El grave error incurrido por escritores antiguos y modernos, de suponer que en el Japón había dos Emperadores, uno espiritual, el Mikado, y otro temporal, el Shogun, ó Tai-Kun, como impropiamente le llaman, ha nacido del desconocimiento que se tenía de ese país, donde el soberano único é indiscutible es y ha sido el Mikado. El Shogun no era sino un general, que, por delegación, ejercía el supremo poder en nombre del monarca.

Pero, los Mikados, al abandonar las riendas del poder, en manos de sus cortesanos, hicieron preponderantes á las familias que lo monopolizaron, dando lugar á esas ambiciones, á esos sangrientos odios de raza y á esas terribles venganzas que causaron la destrucción de los Taira, la elevación de Yoritomo al Shogunado y la creación del dualismo en el Gobierno, en detrimento de la autoridad de los Mikados, relegados por espacio de muchos siglos á la impotente soledad del Gosho.

Tanto es así, que Kamákura, la residencia de Yoritomo, tan pronto como se hizo nombrar Shogun por el Mikado, ¡un niño que él mismo había sentado en el Trono! llegó á ser en breve tiempo la capital del Norte, en la que se ejercía el poder real y efectivo, obscureciendo á Kioto, donde relegado al olvido vivía el Mikado, rodeado de la Corte y de vanos honores, única sombra de majestad y soberanía, que le dejaron.

Y para mayor garantía de gozar en paz del supremo poder, como la autoridad de donde emanaba era del Mikado, que le había conferido en 1192 el título de Sei-tai Shogun ó sea generalísimo, la primera medida que Yoritomo adoptó, á fin de que nadie pudiera disputárselo, fué nombrar general co-

Digitized by Google

mandante de la guarnición de Kioto, á su suegro Hoyó Tokimasa, persona de toda su confianza, que en realidad, más tenía el encargo de ser el carcelero del soberano.

El afortunado guerrero, desde que empuñó con mano fuerte el timón de la nave del Estado, comenzó á mostrarse gran político, planteando las reformas que habían de cambiar por completo y radicalmente, la constitución del Imperio.

Sabiamente aconsejado por su ministro Oyé-no-Hiromoto, dió una nueva organización militar, con objeto de asegurarse de la lealtad del ejército, centralizó en Kamákura la administración y el pago de las contribuciones é impuestos, monopolizó el poder centralizando el Gobierno, fué creador del feudalismo, y robusteció la autoridad del Bakufu *, que durante siete siglos de militarismo feudal, ha imperado en el Japón.

Pacíficamente disfrutaba en Kamákura de sus triunfos y laureles Yoritomo, consolidando la obra del Shogunado, para hacerlo hereditario y transmitir á su hijo el poder conseguido por las armas y afianzado por una sabia política, cuando murió en 1199, á consecuencia de una caída de caballo, á los cincuenta y tres años de edad y quince de mando absoluto.

La gloria de este hombre eminente, fué mancillada por la sangre vertida de sus hermanos y más leales generales, Noriyosi y el esforzado Yoshitsuné, el héroe de Dan-no-ura, á quienes por recelos y desconfianza condenó á muerte. Dióselа este último por su propia mano, como un caballero japonés, haciéndose *jara-kiri* †, después de haber matado á su mujer é hijos. La cabeza de Yoshitsuné, fué mandada á Kamákura, en una barrica de *saki* §.

Hay otras dos versiones sobre el fin de Yoshitsuné; la una que se refugió en la isla de Yeso, donde á su muerte fué deificado por los Ainos, que veneran su memoria en el tem-

---

* Palabra china que significa, «Gobierno de la Cortina», refiriéndose á la que rodeaba la tienda del General en Jefe ó Shogun.

† *Jara*, vientre; *kiri*, cortar: suicidio de los nobles.

§ Especie de cerveza hecha con arroz.

Digitized by Google

plo levantado en Hitaka sobre su tumba y supone la otra, que huyó al Continente asiático, donde llegó á ser el gran Conquistador Gengis Khan.

Sea cual fuere el fin de Yoshitsuné, lo cierto es que su nombre inmortal, personifica en el Japón, al héroe legendario y caballeresco.

Por esa fatal é inexorable ley de la naturaleza, que impide la perpetuación en una familia, de las virtudes que encumbraron al fundador, los descendientes de Yoritomo, inhábiles para seguir las huellas de su padre, abandonaron las riendas del poder y el gobierno del Estado, en manos de Hoyó-Tokimasa, para dedicarse á los placeres de una vida licenciosa.

Con esto, el usurpador del poder Mikadonal fué á su vez usurpado y el Gobierno pasó á los Hoyó, que recogieron la herencia política de Yoritomo y mandaron despóticamente por espacio de más de cien años, con el título de Regentes.

Para conservar el ilegítimo poder de que se habían apoderado, los Hoyó pusieron en práctica el mismo sistema de los Shogun, para con los Mikados, á quienes destronaban en cuanto llegaban á una edad en que podían rebelarse contra su tiranía.

Por lo tanto, el Shogun era siempre también un niño, á quien destituían al llegar á la juventud, y si alguna vez hallaron resistencia en los Mikados, para confirmar el nombramiento de generalísimo, destronaban también al Emperador, le desterraban ó le encerraban en un convento y elegían para sustituirle un Príncipe en la infancia.

Tales atropellos cometieron y de tan criminales medios se valieron para detentar el poder, que el nombre de los Hoyó es universalmente aborrecido en el Japón.

Los primeros déspotas de esta casa prestaron algunos buenos servicios á la nación, creando consejos y cuerpos legislativos, dictaron leyes necesarias, regularizaron la Administración de justicia, protegieron las artes y fomentaron las ciencias. Pero los últimos Hoyó, entregados al lujo, al vicio y á la disipación, se rodearon de funcionarios venales que robaban á la nación, concluyendo por hacerse tan odiosos

Digitized by Google

al Mikado, como al Shogun y al pueblo, por su despótica tiranía.

Doce, fueron los Regentes Hoyó, que por espacio de siglo y medio rigieron los destinos del Japón. Descuella sobre todos ellos, la figura de Tokimuné, que con arrogancia desechó la pretensión del Emperador de China, de que el Japón le pagase un tributo y luego escribió una de las páginas más gloriosas de la historia de su país, rechazando y destruyendo la imponente armada que mandó el Gran Mogol para invadir el Japón.

Estos dos imperios habían sostenido buenas relaciones, por medio de frecuentes embajadas que mutuamente se enviaban, pero al subir Kublai Khan al Trono imperial de China, se hicieron tirantes, llegando á romperse á causa de haber mandado este Emperador una embajada, con el encargo de exigir tributo y pedir el vasallaje del Japón.

Tokimuné recibió á los enviados chinos en Kamákura: cuando hubieron expuesto la humillante pretensión del Gran Mogol, el Regente, sintiendo herida la sensible fibra de su indómita altivez, la rechazó con noble indignación.

Idéntico resultado obtuvieron otras cinco embajadas, sucesivamente enviadas por Kublai Khan y rechazadas por Tokimuné.

Esta resistencia de una nación pequeña, molestó el amor propio del invicto Emperador tártaro, acostumbrado á vencer por doquier, paseando triunfalmente sus victoriosos ejércitos por el Asia. Para vencerla, envió una expedición de diez mil hombres, provista con todos los adelantos introducidos en el arte de la guerra por el veneciano Marco Polo, que alcanzó altísima posición y gran favor en la corte de Kublai.

La expedición militar no tuvo mejor éxito que las misiones diplomáticas, y en Tsushima, donde desembarcaron los tártaros, fueron derrotados por los guerreros de la provincia de Kiushiú, que se levantaron en armas como un solo hombre, para defender la patria y castigar al invasor.

No se dió por vencido con estos repetidos fracasos, el obstinado Emperador, é insistió en su pretensión, mandando á

Digitized by Google

Kamákura una embajada compuesta de nueve enviados, con orden de no retirarse, hasta obtener la sumisión deseada por su amo y señor.

Así lo hicieron presente á Tokimuné, quien esta vez respondió, mandando decapitar en Tatsu-no-kuchi, por mano del verdugo, á los nueve enviados que componían la embajada china.

Comprendió el Regente cuáles serían las represalias que tomaría el Emperador Mogol, para vengar tan espantosa como terrible afrenta, y considerando inminente otra invasión, dió órdenes para que el país se aprestase á la defensa.

Todos las secundaron con entusiasmo y el país entero se dispuso á rechazar la invasión, levantando fortalezas, construyendo juncos de guerra y amaestrando ejércitos; pues el natural guerrero y caballeresco del pueblo japonés, que desprecia la muerte, prefiriéndola antes que caer prisionero, se rebeló contra la sola idea de sucumbir á las exigencias de la Corte de Pekin y convertirse en vasallos del tártaro.

Adelantaban los preparativos bélicos en el Japón, cuando en 1279 llegó otra embajada china, reiterando la petición del tributo exigido, que como la vez anterior fué negado, haciendo rodar las cabezas de los infortunados diplomáticos; á quienes, sin exageración, se les puede calificar por lo menos de temerarios, ya que no les podía caber duda cuál sería el resultado de su misión.

A tan sangriento y repetido insulto, no tardó en responder Kublai Khan, mandando una formidable armada de tres mil quinientos juncos de guerra, con un ejército de cien mil soldados tártaros y siete mil coreanos, que se hizo á la vela desde Corea, el séptimo mes del año 1281, llegando al poco tiempo á las costas del Japón, donde echaba el ancla, frente á las murallas de Dai-zai-fu.

La flota imperial china, compuesta de embarcaciones mucho mayores que las usadas por los japoneses, «cubría el mar con sus miles de juncos de guerra, como una inmensa bandada de aves marinas, que se posan sobre las ondas, antes de lanzarse sobre su presa», según dice una crónica japonesa.

Digitized by Google

Ante la superioridad numérica de los invasores mongoles, así como la de sus máquinas de guerra, construídas á la europea, bajo la dirección de Marco Polo, que anulaban el valor y esfuerzo individual de los defensores, los japoneses parecían irremisiblemente condenados á una inevitable derrota.

Serenos ante el peligro, decididos á morir heroicamente por la patria, no aguardaron los japoneses á ser atacados, fueron los primeros en acometer; mas no al grueso de la flota enemiga, sino á las embarcaciones aisladas, echándolas á pique ó prendiéndolas fuego, después de haber pasado á cuchillo á toda la tripulación.

Con estos actos de increíble arrojo, llevados á cabo á presencia de toda la flota enemiga, sin que pudieran impedirlos por la rapidez, la audacia y el valor desesperado con que atacaban los japoneses, tuvieron en jaque á los invasores, mientras llegaban tropas del interior.

De todas partes del archipiélago acudían refuerzos para el valiente ejército defensor, todos los hombres válidos, capaces de combatir, corrían al puesto de peligro, y en todos los templos se hacían rogativas á los dioses, pidiendo al cielo el exterminio de los invasores.

El Mikado fué en solemne procesión á visitar al gran sacerdote del Shinto, y éste envió un mensajero al templo de Isé, para impetrar del cielo que el Dios de las batallas fuese propicio á las armas japonesas.

Cuenta la tradición, que al llegar el mensajero al templo de Isé, apareció en el límpido azul del cielo una nubecilla, precursora de esas tempestades furiosas, llamadas *O-kaze*, gran viento. Cuando el sagrado mensajero hubo cumplido la misión de orar en el santuario de Isé, el sol había desaparecido, y los cielos cubiertos por densos y negros nubarrones, anunciaban un ciclón.

Poco después, la tempestad se desencadenaba con espantosa é irresistible furia, arrasándolo todo y aniquilando á su paso la gran armada china.

Los juncos tártaros que no se fueron á pique con sus tripulaciones, los arrojó el *tai-fun* á la costa de la isla de Taka,

Digitized by Google

donde se reunieron los restos de la desgraciada expedición, y cuando se disponían á construir embarcaciones para volver al Continente, fueron pasados á cuchillo por los japoneses.

De los ciento siete mil guerreros tártaros y coreanos que formaban la expedición, los que no perecieron ahogados, fueron todos exterminados. Tan sólo hicieron gracia de la vida á tres, que mandaron á China para que contasen al Gran Mogol, el fin que había tenido su armada.

Desastre tan formidable sirvió de radical escarmiento á la China, y desde aquel día nunca jamás ha vuelto á insistir en pedir un tributo, que tan caro la costó.

Aunque, «por el hecho de haber rechazado Tokimuné la invasión de los tártaros, y de haber así conservado los dominios de nuestro Hijo del Cielo (el Mikado), se atenúan los crímenes cometidos por sus antecesores», según dice el autor del *Guai-Shi,* los Hoyó caminaban rápidamente al ocaso de su poder, debido á la desmoralización en que vivían, la tiranía en que tenían sumido al país, lo corrompido de su administración y el caos que reinaba en el gobierno.

Siempre pródigo el pueblo japonés, en hombres á la altura de los acontecimientos políticos ó guerreros por que ha atravesado aquel imperio, de estas circunstancias surgió un nuevo héroe, que puso coto á los desmanes de los Hoyó y remedio á tantos males como sufría el país.

El patriota de entonces fué, Nitta Yoshisada, descendiente de los Minamotos, y caudillo de las huestes del Regente, que enarboló la bandera de la rebelión contra el tirano, negándose á combatir las tropas del legítimo soberano, el Mikado.

Nitta Yoshisada libró batalla á las tropas del Regente, derrotándolas; tomó á Kamákura, reduciéndola á cenizas y pasó á cuchillo los partidarios de los Hoyó.

La campaña seguida para derribar á los Hoyó costó la vida, según la historia, á 6.800 caballeros de sus parciales, que murieron combatiendo, ó se abrieron el vientre, antes que caer prisioneros, en cumplimiento del precepto de honor japonés.

Después de arrasar Kamákura, capital de los usurpadores,

Digitized by Google

Nitta marchó con su ejército á Kioto, para restaurar al Mikado Go-Daigo, destronado por Moritoki, último de los Regentes Hoyó, reintegrándole en el poder de que habían sido despojados sus antecesores.

Los feudos, tierras y castillos confiscados á los vencidos, fueron repartidos entre los vencedores, adjudicando las provincias más ricas y los señoríos más importantes á los tres caudillos de la restauración, Nitta Yoshisada, Kusunoki Masashigué y Ashikaga Takauyi. El resto de los despojos fué entregado á los capitanes y soldados del ejército imperial.

De los tres jefes de la restauración imperial, dos habían obrado á impulso de nobles y generosos sentimientos, pero no así Ashikaga, que, guiado por grandes ambiciones, aspiraba en secreto al supremo cargo de Shogun.

Decidido á lograr sus ambiciosas miras, mientras por un lado, con maña se allegaba parciales entre los descontentos del reparto de tierras y los revoltosos; por otro, traidoramente indujo al receloso é incauto Mikado, á que declarase *Choteki*—rebelde al «Hijo del Cielo» ó excomulgado—á su hijo Moriyoshi, á quien había investido con el título de Seitai-Shogun, haciéndole creer el pérfido Ashikaga, que estaba conspirando para destronarle.

Engañado el Emperador por los desleales consejos del infiel consejero, declaró *Choteki* á su propio hijo, lo cual bastó á Ashikaga para ponerse á la cabeza de sus parciales y dejar vacante el ambicionado cargo de Shogun, dando muerte á Moriyoshi.

Sólo cuando Ashikaga, en lugar de volver á Kioto rodeado de sus parciales, se estableció en Kamákura, con ánimos de recoger la herencia política de los Hoyó, es cuando cayó la venda de los ojos del burlado Soberano.

Quiso el Mikado vengarse declarando *Choteki* al traidor, pero éste, apreciando la peligrosa situación en que le colocaba el anatema imperial, se jugó el todo por el todo, con refinada astucia. Proclamó otro Mikado, suscitando un cisma, con objeto de poder destronar á Go-Daigo, sin correr el riesgo de ser considerado como sacrílego.

Digitized by Google

Koguen, fué el primer Mikado del Norte, en oposición de Go-Daigo del Sur, dando lugar al cisma dinástico, que duró cincuenta y seis años, de 1336 á 1392, durante los cuales ambos Emperadores se excomulgaban mutuamente, declarándose *Choteki*.

Terminó por fin la discordia dinástica, con la abdicación del Mikado del Sur, Go-Kaméyama, en favor de Go-Komatsu, el falso Emperador del Norte, á quien protegía Ashikaga.

Mas no por este hecho cesó la guerra civil; hasta ahora se había combatido, tomando por pretexto el cisma dinástico y desde ese momento se batalló, para saciar rencores, venganzas y mezquinas ambiciones, causando la ruina del país.

Durante el largo período de más de doscientos años, de 1336 á 1573, que los Ashikaga ejercieron el poder, más bien nominal que efectivo, la historia del Japón es una confusa y terrorífica narración de crímenes, guerras y cataclismos, pues hasta los elementos se complacieron en añadir horrores, á los de la guerra civil, la anarquía y el caos.

El feudalismo y los bandos se enseñorearon del país, guerreaban una provincia contra la otra, batallaban los señoríos entre sí, combatían los hombres uno á uno, cuerpo á cuerpo, y todo lo avasallaba el sable y la tea. Los pueblos, villas y ciudades, eran entregados á las llamas, los campos arrasados, los templos y conventos reducidos á cenizas; reinaba la peste y el hambre, el Japón era el paraíso de los ladrones y el mar estaba infestado de piratas. La agricultura, falta de brazos, estaba abandonada; la industria y el comercio, reducidos á forjar y vender armas, y los oficios circunscritos á ser soldado ó bandolero. Los conventos se habían convertido en fortalezas, los bonzos con sus poderosas huestes decidían del éxito de las batallas, y los Mikados, sumidos en la mayor miseria y abandono, vivían de limosna y se morían sin dejar ni aun con que les enterraran, teniendo que sepultarlos de limosna.

Hasta la naturaleza contribuyó á completar este cuadro de muerte y desolación, con grandes terremotos, frecuentes ci-

Digitized by Google

clones, erupciones volcánicas, inundaciones y cuantas calamidades existen.

Durante la funesta dominación de los Ashikaga, dos hechos dignos de mención tuvieron lugar: la sumisión de Yoshimitsu á China, que, á cambio del vasallaje de su patria, le confirió el vano título de *Nippon-O,* Rey del Japón, y la llegada de los primeros europeos en 1542 á Tanegáshima.

El exceso de tantos males como afligían al desventurado Imperio, desgarrado por continuas revueltas y turbulencias, provocó una crisis cuyo resultado hubiera sido fatal, el retroceso á la barbarie, si un hombre eminente, un genio con mano férrea, no hubiese detenido á su país, al borde del abismo en que se precipitaba.

Ota Nobunaga, descendiente de los Taira, poderoso señor feudal, gran político, hábil general, hombre generoso y valiente, fué el predestinado para llevar á cabo la obra inmortal de cerrar aquel ominoso período, é inaugurar con sus talentos la edad de oro del Dai-Nippon.

Desempeñaba el cargo supremo de Shogun, ó como llamaban en sus obras los PP. Jesuítas á este cargo, *O-Kubo,* (significado, por aquel entonces, vulgar y corriente de Generalísimo), Yoshiaki, á quien Nobunaga, con su influencia, había elevado al poder.

Tarea fácil fué para Nobunaga derribar al último de los Ashikaga, hechura suya, y por lo tanto, sin fuerzas propias para mantenerse en el poder ni empuñar por sí mismo las riendas del Gobierno.

Pero tan hacedero como le fué investirse con la suprema jefatura, ardua era la empresa de pacificar y unificar el Imperio, revuelto y desgarrado por el feudalismo y la anarquía.

Para llevarla á cabo, asoció á sus planes, entre otros generales, á dos caudillos, Hideyoshi y Tokugawa Iyeyas, cuyos nombres, con el de Nobunaga, personifican las tres grandes figuras de la historia del Japón.

A estos dos célebres capitanes encomendó el gobierno del Norte y Sur del Imperio respectivamente, reservándose Nobunaga el mando supremo, con el título de Nai-dai-yin,

Digitized by Google

(gran ministro del interior), por ser un privilegio de la familia Minamoto, el de Sei-tai-Shogun.

Terminada la pacificación del imperio, que universalmente le acató respetando su autoridad, emprendió una campaña á sangre y fuego contra los bonzos, á fin de extirpar de raíz los elementos revoltosos.

Entre las varias razones que le decidieron á perseguir los budistas, con el encarnizamiento que ha dejado fama provervial, unas eran de carácter político y otras religiosas; Nobunaga era Shintohista, y sus creencias le hacían enemigo implacable de los budistas, considerando á los bonzos cual viles impostores, que abusaban de la sencillez y credulidad del pueblo, para llevar una vida licenciosa; y como hombre de Estado, veía en los monasterios un peligro constante para la conservación del orden, ya que eran verdaderas fortalezas, dentro de cuyas murallas vivían en la opulencia, en el ocio y en el vicio, verdaderos ejércitos de monjes guerreros.

Nobunaga, según el *Nihon-Guai-Shi,* comenzó la destrucción de los bonzos y sus conventos, por el Monasterio de Hiyeizan *, admirablemente situado en las orillas del poético Lago Biwa, que por su magnitud, riquezas, esplendor y número de bonzos, era el primero del imperio.

Dentro de sus murallas, millares de bonzos disolutos aguardaban ¡con resignación búdica! la hora de subir al seno de Nirvana, pasando dulcemente esta vida, entre los placeres de la gula y los encantos del harem. Hiyeizan más que un monasterio era una ciudadela religiosa, con templos magníficos, rodeados de kioskos, bosques y jardines, famosos por su magnificencia y belleza, sin rival en todo el imperio, donde los sibaríticos monjes descansaban de sus sacerdotales funciones.

Seguían los bonzos gozando de las delicias terrenales, confiados tanto en la solidez de las murallas que les defendían, como en el carácter sagrado que les escudaba contra toda agresión, cuando un día se presentó el propio Nobu-

* Hoy transformado en campamento militar, como se dice en otro capítulo.

Digitized by Google

naga á las puertas del monasterio, al frente de numeroso ejército.

Dió la orden de atacar, y como vacilasen sus generales en ejecutarla, por tratarse de enemigos que revestían carácter sacerdotal y divino, Nobunaga les arengó acusando á los bonzos de ser enemigos del Mikado, suyos y del país, de violar todos los mandatos religiosos y de vivir en barraganería. Cuando con sus argumentos hubo logrado enardecer el ánimo de sus capitanes, terminó la arenga con estas palabras: «tomad por asalto esa guarida, reducidla á cenizas y no permitáis que ni uno solo escape con vida».

Al día siguiente la orden fué cumplida; las tropas tomaron por asalto el monasterio, incendiaron todos los edificios y pasaron á cuchillo todos los habitantes, mujeres y niños inclusive, sin que escapase de la matanza ni una sola persona.

Continuando la guerra de exterminio contra los bonzos, pocos años más tarde, en 1579, se propuso castigar á los monjes de Hon-guan-yi, monasterio fortaleza situado en Osaka, donde los enemigos de Nobunaga eran bien acogidos y encontraban seguro asilo dentro de sus muros.

En los anales del Japón es memorable el asedio de ese monasterio, pues sólo de los sitiados murieron más de veinte mil combatientes. La ferocidad y valor con que atacaban y se defendieron son inauditos.

Temiendo con razón los sitiados, que hubiese una matanza general como la de Hiyeizan, trataron de poner á salvo á los miles de mujeres y niños del monasterio, haciéndoles huir en una noche obscura y tempestuosa; pero con tan mala fortuna, que cayeron en manos de los sitiadores, y fueron todos degollados.

Del triste fin que tuvieron aquellas víctimas inocentes, llevó la noticia á la sitiada guarnición monacal, un junco cargado con las orejas y narices de los muertos, abandonado por los sitiadores á merced de la corriente del río, que pasaba junto al monasterio!

Á los dos meses de cerco, cuando las tropas de Nobunaga habían ya tomado tres de los cinco recintos fortificados que

Digitized by Google

defendían el monasterio, pero á costa de grandes y sensibles pérdidas y era ya inminente otra matanza, la plaza se rindió, por mediación del Mikado, á condición de respetar la vida de los vencidos.

Este terrible golpe, del cual nunca ha podido reponerse el budismo, fué dado por mano del hombre, que al mismo tiempo concedía la mayor protección á los PP. de la Compañía de Jesús, para que èn breve espacio convirtiesen al catolicismo millares de indígenas y levantaran cientos de iglesias en el Japón.

El talento político del reformador, no se contentó con la destrucción material de los bonzos y de sus monasterios, atacó al budismo en sus más hondas raíces, creándole un poderoso rival en el catolicismo, que hubiera desterrado del Japón todas las religiones allí practicadas, si un sucesor de Nobunaga, inspirado también en fines políticos de orden interior, y temeroso de la intervención de la entonces todopoderosa España, no hubiese ahogado en sangre el preponderante cristianismo.

Colmado por los favores de la fortuna, había llegado Nobunaga al apogeo de la celebridad y del sumo poder, cuando joven aún, sucumbió en Kioto á trágica muerte.

Hallábase un día el Nai-dai-yin en su palacio rodeado de varios generales, con los cuales departía amigablemente, y confiado en la intimidad que con sus capitanes tenía, dijo á uno de ellos, llamado Akechi, acompañando la acción á la palabra, que iba á tocar el tambor sobre su cabeza con el abanico. Akechi, que era tan bravo como orgulloso, no comprendió que se trataba de una broma y juró vengarse de lo que juzgó mortal ofensa.

No tardó en presentarse ocasión propicia para satisfacer su sed de venganza.

A consecuencia de haberse levantado en armas algunos turbulentos *Daimios* del Oeste, Nobunaga tuvo que mandar refuerzos á Hideyosi é Iyeyas, de las tropas acantonadas en la capital, que quedó casi por completo desguarnecida.

Akechi, con las suyas, recibió orden de marchar á Chiu-

Digitized by Google

goku, orden que fingió obedecer, saliendo de la ciudad; pero á corta distancia de Kioto, reveló á sus oficiales el propósito que abrigaba de matar á Nobunaga.

Prometiéndoles rico botín, logró arrastrarlos á Kioto, donde cercaron el templo de Honnoyi, en que se hallaba desprevenida é inerme, la víctima que iban á inmolar.

El insólito rumor levantado por los hombres de armas rodeando el edificio, llamó la atención de Nobunaga, que al asomarse á una ventana para ver lo que sucedía, fué traspasado por una flecha.

Comprendió en el acto su desesperada situación, y para no caer vivo en manos de sus enemigos, pegó fuego al edificio y se hizo *jara-kiri*.

Las llamas que consumieron el templo, redujeron también á cenizas los restos mortales del gran Nobunaga, cuando contaba cuarenta y nueve años de edad.

Digitized by Google

TAIKO-SAMA

En la serie de grandes genios que simultáneamente tuvo el Japón y sucesivamente rigieron los destinos del Imperio, ocupa lugar preferente Hideyoshi, que elevó su patria al apogeo de la prosperidad, de la gloria y de la grandeza.

Nacido de humildísima condición, pues sus padres fueron pobres campesinos, su buena estrella le hizo entrar al servicio de Nobunaga, en calidad de *betto,* espolique, y como su amo se fijase en la inteligente y atrevida mirada del muchacho, le aconsejó se hiciese soldado.

Siguióle con entusiasmo, el que un día había de ser su sucesor en el mando supremo y en su nueva profesión desplegó tanto valor y tan gran pericia, que rápidamente escaló todos los grados de la milicia, llegando á ser al poco tiempo, con su rival Iyeyas, uno de los mejores generales de Nobunaga.

La noticia del triste fin de su protector le sorprendió, mandando el ejército destinado por Nobunaga á someter el Príncipe Mori, é inmediatamente marchó sobre Kioto, donde derrotó á Akechi.

Rápidamente abarcó Hideyoshi la situación y obrando con celeridad, para que no se le adelantasen Iyeyas, al dár muerte á Akechi, ganó el supremo poder, que tanto el Mikado como la Corte vieron gustosos pasar á sus manos. Mas no así los parciales de los hijos de Nobunaga, que acaudillados por Shibata, cuñado de éste, quisieron defender con las armas, los derechos de Nobutaka, heredero de la ilustre víctima de Akechi.

Shibata que gobernaba á Echizen, levantó la bandera de rebelión, en la provincia de Mino, donde marchó Hideyoshi al frente de sus huestes, con las cuales derrotó al rebelde go-

Digitized by Google

bernador y le persiguió hasta encerrarle con sus parciales en un antiguo castillo, al cual puso apretado cerco, estableciendo su campamento en Atago-yama.

Cuando Shibata hubo perdido toda esperanza de salvación, dió en el castillo un gran banquete, amenizado por músicas, bailes y cantos, al que congregó cuantas personas estaban dentro de los muros, sin exceptuar mujeres y niños. Al final, dirigiéndose á su mujer, hermana de Nobunaga, brindó en estos términos: «Si queréis salvar vuestra vida, podéis huir de este castillo, porque sois mujer, pero nosotros que somos hombres preferimos morir. Os otorgo mi venia para que os caséis con otro.»

Con lágrimas de agradecimiento, contestó la heroína que no sólo no quería casarse con otro, sino que deseaba morir con su marido. Improvisó entonces una poesía de despedida y Shibata cumpliendo sus deseos, la inmoló con el propio acero.

Igual heroísmo demostraron las mujeres é hijos de aquellos estóicos guerreros, que después de sacrificarlos por su propia mano, prendieron fuego al castillo y se hicieron *jara-kiri*, al fúnebre resplandor del incendio, antes que ser profanados por las manos de los enemigos *.

Reprimida con mano fuerte esta rebelión, volvió triunfante

---

* Esta épica tragedia, minuciosamente descripta en la historia japonesa y confirmada por las narraciones de los misioneros, fué mencionada en las obras sobre el Japón, que por aquellos tiempos publicaron los PP. Jesuitas.=La más notable editada ya en el año primero, del siglo XVII, es la siguiente: «Historia | de las missiones | que han hecho los | Religiosos de la Compañía | de Iesus, para predicar el Sancto | Euangelio en la India Oriental y en los Reynos | de la China y Japón.=Escrita por el Padre Luis | de Guzman, Religioso de la misma Compañía | .=Dirigida á doña Ana Félix de Guzman, Marquesa de Camarasa, Condesa de Ricla, Señora del Adelantamiento de Caçorla.=Año 1601=En Alcalá, por la viuda de Iuan Gracian».=Dos tomos, folio menor, pasta, grabados en las portadas, texto á dos columnas. Biblioteca del Colegio de nobles de Santa Cruz, salon C-126, en Valladolid.

El tomo II de esta obra contiene una curiosa relación, del viaje que bajo la dirección del P. Alejandro, hicieron á Europa cuatro nobles japoneses cristianos. «Partieron del puerto de Nangazaqui á veynte de Febrero del ano de M. D. L.X.X.X. II» y desembarcaron en Cascaes (Portugal) el diez de Agosto de 1584. Es decir que en el viaje de venida tardaron dos años. Fueron recibidos en Madrid por Felipe II, que dice los abrazó y les agasajó invitándoles á visitar el Monasterio de San Lorenzo el Real, donde pasaron algunos días. Después fueron á Roma, donde el Papa Gregorio XIII les colmó de atenciones.

Digitized by Google

Hideyoshi á Kioto, donde fué en la paz tan hábil y profundo estadista, como gran capitán había sido en la guerra.

En lugar de seguir la política de venganzas y exterminio de sus antecesores en el poder, él inauguró la de atracción é indúlgencia, consiguiendo con esto que viniesen á Kioto á prestar homenaje al Mikado é indirectamente á reconocerle á él como jefe, el Príncipe de Mori, é Iyeyas, á quien entregó en rehenes su anciana madre, como garantía de que no le preparaba una emboscada, ni le tendía un lazo.

Hideyoshi empleó todo su talento y energía en centralizar el poder, consolidándolo en nombre del Mikado; organizó un sistema de impuesto y regularizó la recaudación de las contribuciones; desarrolló el comercio interior y exterior con sabias leyes, canalizó ríos, echó las bases de la futura grandeza comercial de Osaka; declaró propiedad de la Corona el puerto de Nagasaki, donde los europeos habían establecido factorías; aplicó la actividad de sus soldados en levantar castillos y fortificar á Fushimi, el punto más estratégico para defensa de la capital; edificó palacios para sus capitanes y construyó ciudadelas para las tropas.

Como premio á los laureles ganados en los campos de batalla y á su enérgica y sabia administración, el Mikado confirió á Hideyoshi en 1586, la dignidad de «Kuambaku», llamado en las obras de los PP. Jesuítas «Cambakudono», lo cual dió lugar, á que los malévolos y envidiosos, hicieron un retruécano con el título de su alto cargo y le llamaron «Sarú-Kuan», mono coronado, tanto por lo feo que era y lo humilde de su origen, como porque dicho cargo había sido únicamente desempeñado por individuos de la ilustre familia de los Fuyiwara.

Además de éste mote, se le conoció por varios otros nombres * que iba adoptando, según cambiaba de posición, pero

---

* Con el de «Faxiva», correspondiente al de «Hashiba», que usó siendo ya general y compuso tomando dos sílabas de cada uno de los dos lugartenientes favoritos suyos, Ni-wa (ha) y Sihbata, designa á Hideyoshi, al principio de su obra, el P. Luis de Guzmán; después dále ya el título de «Taycosama, que quiere decir (añade) grande y supremo Señor.»

Digitized by Google

el más célebre y por el qué es universalmente conocido en el Japón, es el de «Taiko-Sama», título que tomó en 1591 al abdicar en favor de su hijo.

El gran Taiko, dándole esta vez su nombre histórico, abrigaba desde la juventud un proyecto tan atrevido como grandioso, digno en fin de un genio: la invasión de China entrando por Corea, conquista que había prometido á Nobunaga, si le concedía tropas y naves. Pero el colosal plan de Taiko, *hacer una sola de las tres naciones,* mereció tan sólo de su Jefe una sonrisa.

Desde entonces seguía Hideyoshi con escrupulosa atención los acontecimientos del Continente asiático, sin que los azares de la guerra ni las preocupaciones de la política, pudieran hacerle olvidar, sus ambiciosos proyectos.

Ese acariciado ideal de toda su vida, adquirió mayores vuelos, con motivo de haber recibido por varios conductos seguros, confidencias de que en China reinaba la anarquía; y como por otra parte considerase impolítico, que sus ejércitos permaneciesen en una peligrosa inacción, buscó un pretexto que justificase la empresa militar de invadir la China.

Su perspicacia le proporcionó uno sumamente oportuno, porque halagaba la vanidad nacional: exigir á Corea el pago del tributo, que no satisfacía desde el tiempo de los Ashikaga.

Para cubrir las apariencias, mandó una Embajada * con ese objeto, pero sin aguardar el resultado de las negociaciones, Taiko comenzó con gran actividad los preparativos de la expedición y como todos le secundaban á porfía, porque había logrado infundir el mayor entusiasmo en la nación entera, pronto estuvo todo dispuesto para lanzarse sobre Corea.

Las tropas en número de 500.000 combatientes á más de 60.000 que quedaban como reserva, estaban mandadas por los Capitanes Kato Kiyomasa caballero de noble estirpe, gran

---

* Según el P. jesuita Luis de Guzmán, *Historia de las Missiones*, etc., también mandó al Gobernador de Filipinas en el año de 1591 «una carta arrogante y soberbia para que »le diese luego la obediencia á su Enviado y pagase tributo, amenazándole» de lo contrario con el envío de sus ejércitos para castigarle.

Digitized by Google

enemigo de los cristianos, y Konishi Yukinaga *, hijo de un droguero, ferviente católico y favorito predilecto de los jesuítas.

Estas diferencias de religión y de casta, que hacían antagonistas á los dos caudillos, quizá no fueran extrañas á la elección que de ellos hizo Hideyoshi, aleccionando con la experiencia del trágico fin que tuvieron muchos de sus antecesores en el poder. Acaso pensaría, que así no se pondrían de acuerdo para derribarle.

Taiko en persona tenía pensado ponerse al frente del ejército, dividido en ocho cuerpos con sus correspondientes generales, á los cuales había entregado un mapa de Corea y el plan de campaña minuciosamente detallado; pero los achaques de los sesenta años, edad muy avanzada para un japonés y las encarecidas súplicas de su anciana madre le hicieron desistir de ese propósito.

La armada, compuesta sólo de grandes juncos, porque no pudieron fletar ni comprar dos barcos portugueses, zarpó con rumbo á Corea en medio de atronadoras salvas de artillería y de los gritos de guerra de las tropas.

Fué el primero en llegar al Continente, Konishi, el general cristiano, que desembarcó en Fusan y sin dar descanso á las tropas, con objeto de llevar la delantera á su rival, el orgulloso Kato, tomó por asalto la fortaleza de aquel puerto y se internó en el país, marchando de victoria en victoria, hasta las fronteras de la China, donde hizo alto en su marcha triunfal.

Despechado Kato por haber llegado tres días después que Konishi, incendió la ciudad de Fusan, antes respetada por el otro ejército, y acometió su empresa por distinto lado, para no seguir las huellas del victorioso plebeyo.

Los dos ejércitos invadieron la Península como impetuoso torrente que todo lo arrasa; los coreanos fueron derrotados por doquier, el Rey tuvo que huir, y los japoneses hicieron

---

* En la mencionada obra del P. Guzmán, se le designa con el nombre de «Don Agustín» y se dice era Capitán General en la expedición militar á «Coray».

Digitized by Google

tal matanza de enemigos, pues en una sola batalla murieron diez mil coreanos, que mandaron á Kioto, conservadas en *saki,* un cargamento de orejas cortadas á los coreanos muertos, cual sangriento trofeo de sus conquistas. *Mimidsuka,* tumba de las orejas, es llamado un monumento conmemorativo de las glorias del Taiko, que se levanta en Kioto sobre un montecillo de noventa pies de altura, donde fueron enterrados aquellos sangrientos despojos de la guerra.

Sometida Corea, los japoneses, después de haber recibido refuerzos, se preparaban á invadir la China, cuando les sorprendió la noticia de la muerte de Hideyoshi, acaecida el 15 de Septiembre * de 1598 y con ella la orden de retirarse.

Así terminó una de las empresas militares más atrevidas que haya concebido el genio del hombre, conquistar el Reino de Corea y el Imperio más grande de la tierra, China.

La muerte de Hideyoshi, alma del pensamiento, y hombre sin escrúpulos internacionales, como todos los grandes políticos y conquistadores, puso fin al colosal proyecto antes de realizarlo.

Volvió á su patria el ejército invasor, coronado de laureles y cargado de rico botín, habiendo escrito una página más en la brillante historia militar japonesa, pero sin haber conseguido otros resultados prácticos, que emplear la actividad de una gran masa de hombres turbulentos y ambiciosos, que inactivos constituían un peligro para el gobierno.

La «edad de Taiko», como llaman con orgullo los japoneses al período en que gobernó Hideyoshi, el Pericles japonés, fué indiscutiblemente la época en que el Imperio del Sol Naciente se remontó al pináculo de su gloria, poderío, civilización y grandeza.

Las artes, las ciencias, la literatura, el derecho y la política, alcanzaron elevado grado de perfección; las armas, que ya usaban de fuego, la fortificación y la estrategia llegaron al apogeo; el comercio adquirió inmenso desarrollo, estable-

---

* Según el P. Luis de Guzmán, falleció el 16, sin que el P. Jesuíta Juan Ruiz, que le visitó poco antes de morir, lograse su conversión.

Digitized by Google

ciéndose sobre sólidas bases, y la marina con sus juncos de gran porte, los atrevidos navegantes, osados piratas y temerarios aventureros, que surcaban los mares desde la India á los Kuriles, traficando ó pirateando en Siam, Sur de China y archipiélago Malayo y Filipino *, contribuyeron asimismo al engrandecimiento del Japón.

Este período de engrandecimiento del Imperio, en que se levanta fuerte y poderoso, de las convulsiones en que se agitaba en tiempos de malos gobernantes, tan pronto como le tienden la mano estadistas y guerreros como Nobunaga é Hideyoshi, ofrece gran interés al historiador y merece la atención de los hombres pensadores.

Su estudio trae á la memoria la historia de los grandes pueblos que han atravesado crisis supremas y de los hombres inmortales que los han arrancado del fango en que se arrastraban, para ponerlos á la cabeza de las naciones. En los tiempos antiguos Roma y César, en los modernos Francia y Bonaparte, Italia y Cavour, Alemania y Bismark y el mismo Japón con Okubo é Iwakura, ofrecen iguales ejemplos, sin citar el de nuestra España, que casi contemporáneamente con la «edad de oro del Japón», tuvo al más profundo de los políticos de su época, á Fernando V, citado por Machiavello «como modelo de príncipes estadistas».

---

* Donde aún existen descendientes de los que dieron el nombre de «Roson» á la isla de Luzón, porque el idioma japonés ofrece la particularidad de que carece del sonido correspondiente á la letra =r=, así como á su vez el chino carece de =l=.

Digitized by Google

LA OBRA DE IYEYAS

Taiko Sama había establecido la sucesión de su hijo Hideyori en el supremo poder, creando así una nueva dinastía de virreyes, que creyó asegurar con el casamiento de su hijo Hideyori, de edad de seis años, con la nieta de Iyeyas, el hombre que le inspiraba más desconfianza en el Imperio, y nombrando cinco «Tairó», Ministros-Regentes, con encargo de velar sobre el menor, así como de hacerle reconocer por legítimo sucesor en el Gobierno de su ilustre padre. Medidas eran estas, que tenían el doble objeto de satisfacer la ambición de Iyeyas, haciendo recaer indirectamente el poder en su familia, y poner un obstáculo, tan elevado como el Consejo de Regencia, entre su hijo y cualesquiera intento de despojo por parte de su rival.

Inútiles, vanas y estériles fueron cuantas precauciones adoptó en vida Hideyoshi, á fin de perpetuar el poder en su raza, porque el fiero destino condenó su hijo á la pena del talión: Taiko despojó del poder y de la vida al hijo de su gran protector Nobunaga, é Iyeyas hizo otro tanto con Hideyori, á pesar de ser marido de su nieta é hijo del Taiko.

Iyeyas Tokugawa, descendiente de los Minamoto, nacido en 1542, fundador de Tókio, la moderna capital y de la dinastía de Shoguns que ha gobernado el Japón hasta el año de 1868, se hallaba en Yedo (antiguo nombre de Tókio), donde había fijado su residencia, cuando falleció Hideyoshi.

El Consejo de Regentes le nombró protector de Hideyori, pero Iyeyas que deseaba conservar su libertad de acción, declinó el cargo. Su aguda penetración y conocimiento de los hombres, le hacían presagiar como inevitables, graves acon-

Digitized by Google

tecimientos políticos, y para que no le sorprendieran desapercibido, preparó sus huestes á la inminente lucha.

En efecto, no se engañaba; tan pronto como desapareció de la escena de la vida, el hombre que con su genio é indomable energía supo reunir, y sujetar con mano de hierro, los elementos ambiciosos y turbulentos del imperio, estos se desbordaron y hasta en el seno de la Regencia estallaron las envidias, las desavenencias y todo género de mezquinas pasiones.

Pronto se dibujaron dos campos, con límites bien definidos, el de Hideyori, al cual acudieron los parciales del Taiko y el de Iyeyas, formado por la nobleza y los descontentos.

La Regencia, en vista del giro que tomaban los asuntos, levantó un ejército para combatir á Iyeyas, que se presentaba en actitud amenazadora; pero éste, que se había adelantado á los sucesos, todo lo tenía ya previsto y organizado. Para romper las hostilidades no necesitó más que dar la orden de marchar á las tropas.

Eligieron por teatro de la guerra el centro del Imperio. Osaka fué tomada y perdida varias veces por uno y otro bando, Fushimi sufrió igual suerte, siendo reducido á cenizas el espléndido palacio levantado por Taiko y cien fuertes, castillos y ciudades, fueron escena de sangrientos combates, antes de que ambos ejércitos se encontraran frente á frente en campal batalla, en la llanura de Sekigahara, provincia de Omi, á orillas del lago Briva.

Formaban el ejército de los Regentes, ciento ochenta mil hombres, entre los que había, según el *Nihon Guai-shi*, ciento veinticuatro mil de infantería y caballería, á más de la artillería, mandados por generales tan célebres, como los cristianos Konishi é Ishida, que se habían inmortalizado en la guerra de Corea. El de Iyeyas no contaba más que con setenta y cinco mil hombres; pero si la superioridad numérica la tenían los Regentes, Iyeyas disponía en cambio de tropas más disciplinadas, de un ejército mejor organizado, y sobre todo de la inmensa ventaja, de no haber más voluntad ni más dirección que la suya.

Digitized by Google

En los campos de Sekigahara, donde hoy se levanta el monumento de las *cuarenta mil cabezas cortadas,* llamado *Kubidsuka,* conmemorativo de la batalla más trascendental y decisiva para los destinos del pueblo japonés, vinieron á las manos ambos ejércitos, en una brumosa mañana del mes de Octubre del año 1600.

Iyeyas tomó el mando supremo, armado de punta en blanco, pero sin casco, con un pañuelo arrollado á la cabeza, y dió la orden de ataque, al son de tambores y trompetas, que en el Japón eran grandes caracoles.

La batalla fué tan reñida como sangrienta; uno y otro bando hicieron prodigios de valor, luchando con desesperación, pero la indecisa victoria en las primeras horas de lucha, feroz y salvaje, se puso al fin del lado de Iyeyas, con pasársele en masa uno de los cuerpos del ejército contrario.

Cuando, al mediodía, satisfecho Iyeyas de su triunfo, sentábase á descansar de la cruenta lucha, en aquel campo donde manaba la sangre, mezclada con restos humanos, el vencedor, con gran asombro de los generales que le rodeaban, mandó traer su casco y poniéndoselo sonriente, citó como explicación, este antiguo proverbio japonés: «Después de la victoria, anuda los cordones del casco.» Todos comprendieron y respetaron en lo sucesivo, la significación de esa profunda sentencia, que era todo un programa, dicho en tal momento, por el nuevo amo y señor del Japón.

El resultado de la matanza de Sekigahara, fué abrir un período de doscientos diez y seis años, de no interrumpida paz en el Imperio, durante el cual se aisló por completo de todo trato y comercio con los otros pueblos; el establecimiento de la dinastía Shogunal de los Tokugawa, que robusteció el decaído feudalismo, para volver á instituir el sistema dualista de Gobierno; la expulsión de los extranjeros y la terrible persecución contra la religión católica, hasta al exterminio de los cristianos en Shimabara.

La impotente Corte de Kioto, bajó la cabeza ante el hecho consumado y como de costumbre sancionó lo resuelto por la suerte de las armas, confiriendo al vencedor de Sekigahara

Digitized by Google

el título de Sei-Tai-Shogun, que por ser Iyeyas un Minamoto, le correspondía según la tradición.

Alcanzado este requisito, especie de *regium exequatur* de su triunfo, que vino á robustecer con la sanción mikadonal, el poder material que ejercía sobre todo el Imperio, en cuanto estuvo seguro de que su autoridad era universalmente acatada, reconocida y respetada, dedicó todo su talento, esencialmente político, toda su energía y toda su profunda experiencia social, á sentar sobre sólidas y duraderas bases, el poder Shogunal, para sí y sus sucesores, fundando una dinastía cuyo orden de sucesión estableció, clara y terminantemente.

Eligió para sucederle, al tercero de sus doce hijos, Hidetada, casado con una hija de Taiko; dió por maridos á sus hijas los poderosos *Daimios* de Mimasaka, Sagami é Hida y al resto de sus hijos, les adjudicó las mejores y más ricas provincias de las confiscadas á los *Daimios* vencidos en Sekigahara.

Con los que llevaron los Señorios de Owari, Kii y Mito, pues algunos de sus hijos habían muerto y en los funerales de uno de ellos, Tadayashi, cinco vasallos siguieron la antigua costumbre *yun-chi,* de morir por su amo abriéndose el vientre sobre su tumba, instituyó el «Gosanke» (tres familias ilustres) ó Consejo que debía elegir entre sus hijos varones el sucesor del Shogun, en el caso de que faltase heredero en línea recta masculina.

Bien claramente manifiestan estas disposiciones, que las ambiciones de Iyeyas no se limitaban tan sólo á disfrutar de un poderío brillante, pero efímero, y que sus ideales eran más grandes y trascendentales; perpetuar en su raza el dominio sobre el Japón. Para realizarlos tuvo que acometer la arriesgada y difícil empresa de fundir el pueblo japonés en nuevo molde, sujetarlo á leyes inmutables, encerrarlo en un círculo de acero que no pudiera romper, é inmovilizarlo, cristalizándolo política, social y religiosamente, en la forma feudal y búdica, en que su potente mano lo moldeó.

En la distribución de tierras y señoríos que hizo entre sus hijos, deudos y parciales, puso gran cuidado en confiar á los más leales y seguros, las fortalezas que defendían puntos es-

Digitized by Google

tratégicos; de interponer entre dos *Daimios* de fidelidad dudosa, un tercero decididamente afecto; de hacer fronterizos á los *Daimios* que eran rivales entre sí, para que mutuamente se vigilasen; de confiscar los dominios de los enemigos y de relegar á los confines del Imperio los sospechosos.

Con este reparto general de señoríos, inspirado en la más refinada y cautelosa política de un Machiavello oriental, restableció en su provecho, y en favor de la tranquilidad del país, el equilibrio de las fuerzas político-militares del Imperio, distribuyendo los feudos, como un hábil jugador de ajedrez colocaría los peones sobre el tablero.

El espíritu conciliador de Iyeyas, su talento diplomático y el gran conocimiento que tenía del país, eran opuestos á la realización de todo acto impolítico, que pudiese herir las susceptibilidades ó las supersticiones nacionales. Por lo tanto, en lugar de ofender á la Corte imperial de Kioto, donde residía meramente el poder nominal, se esforzó en rodear al Mikado del fausto y aparato que conviene á un mónarca oriental, sufragando los gastos de la Corte, con los rendimientos del Imperio, que administraba el gobierno de Yedo.

Dos fines muy importantes, se propuso Iyeyas conseguir con esta aparente generosidad: no malquistarse con la persona considerada por el país como Representante directo de los dioses en la tierra, de quien moralmente emanaba toda autoridad y so pretexto de respetuosa protección, impedirle el ejercicio del poder, encerrándole en las doradas prisiones del Gosho, misteriosa é infranqueable morada para los humanos, donde el Mikado vivía sin ser de nadie visto, como un ser divino y sobrenatural.

Gracias á esta sagaz política, conforme, por lo demás, á la moderna teoría, de que «el rey reina, pero no gobierna», Iyeyas ejerció el supremo poder tan hábilmente sustraído al soberano, convirtiendo al Mikado en un verdadero é inofensivo ídolo.

Perseverando en su obra de reorganización político-social del Imperio, dirigió luego su atención á la nobleza, ó clase militar.

Digitized by Google

Como el Shogun era únicamente *primus inter pares* con relación á los *Daimios,* el astuto político comprendió la necesidad de contrarrestar la influencia de sus iguales, creando una nobleza nueva, de segundo orden, en que pudiera apoyarse, cuya fuerza y rivalidad pudiera oponer á los díscolos.

Realizó su maquiavélico designio, ennobleciendo con el nombre de *hata-moto* (bajo bandera) á los guerreros que combatieron por su causa, en número de 80.000, todos los cuales eran vasallos directos del Shogun, muy adictos á su persona, que formaban el núcleo de un ejército aguerrido, con el que siempre podía contar, para sofocar cualquier intento de rebelión de los *Daimios.*

De esta clase militar, que arrastraba holgazana existencia, compartida entre el vicio y la pereza, ó dar guardia á su señor, salían los peligrosos *ronin,* hombre ola, llamados así, porque rodaban por el Imperio, cometiendo todo género de crímenes, cuando por haber faltado á los preceptos del Código de los *samurai,* tenían que huir de los estados de su señor.

El privilegio otorgado á esta clase militar de usar dos sables, la ociosidad de su existencia, consumida entre los placeres de las «casas de té», y el abuso del *saki,* eran las causas determinantes de los innumerables crímenes cometidos por los *samurai.* Consecuencia de la degradación ó pérdida de su rango, era ser declarados *ronin,* convirtiéndose en forajidos, cien veces más temidos y peligrosos, que los salteadores de caminos.

Las clases populares, eran naturalmente las que más padecían bajo la despótica tiranía del sable y la insolente arrogancia de los privilegiados que los podían usar á pares, por lo cual, las víctimas, mercaderes y humildes campesinos, para defenderse de sus verdugos y opresores, fundaron una sociedad secreta, conocida por el nombre de *Otoko-daté,* que prestó inmensos servicios á los afiliados, llevando á cabo famosas hazañas, inmortalizadas en la literatura popular, en sus luchas y combates contra los opresores del pueblo.

Tan sólo los *etas,* última capa social, verdaderos parias del

Digitized by Google

Japón, que ninguno puede tocar sin considerarse profanado, eran los que no tenían nadie que los amparase ó defendiese.

Inspirándose en la política de Yoritomo, que fundó á Kamákura, estableciendo allí su Corte, Iyeyas convirtió la aldea de Yedo, donde poseía un castillo, en suntuosa Capital, que rivalizó bien pronto en lujo, magnificencia y grandeza, con la Corte de Kioto.

En 1600 empezaron á trabajar los 300.000 operarios que hizo venir Iyeyas de todas partes del Imperio y poco tiempo después, como por arte de magia, dominando la naciente Ciudad, ya toda cruzada de canales navegables, con sus calles trazadas, templos edificados y construídos monumentos, erguíase el «Siro», enorme y admirable ciudadela rodeada de profundos fosos, dentro de la cual tenían sus palacios el Shogun y los *Daimios*.

Yedo creció tan rápidamente, que antes de cumplir el centenario de su fundación, contaba con más de 600.000 habitantes *. Pocas ciudades en el mundo pueden enorgullecerse de haber crecido en esas proporciones; en Europa, Petersburgo, fundado con un fin político, por la férrea voluntad de Pedro el Grande, en unos pantanos á orillas del caudaloso Neva; Berlín, cuyo desarrollo es asombroso desde que es Capital del Imperio Alemán y en América, Chicago.

La actividad del primer Tokugawa no se limitó á fundar y enriquecer la capital de su futura dinastía, la extendió á todo el Imperio, abriendo canales, haciendo caminos sombreados por hermosos árboles, hoy varias veces seculares, cuyo tupido ramaje forma un impenetrable toldo de verdura, construyendo puentes y marcando las distancias por medio de monolitos, en que están esculpidos los caracteres que representan la medida japonesa, *ri*.

La vía más importante que se hizo bajo su poder fué, sin duda alguna, el Tokaido, que ponía en comunicación las dos capitales, Kioto y Yedo, por medio de una ancha carretera,

* El Tókio de hoy tiene millón y medio de almas.

Digitized by Google

hermoseada con las añosas criptomerías contemporáneas de Iyeyas, que sigue las costas del Pacífico y atraviesa la región montañosa de Suruga, por los célebres desfiladeros de Hakoné.

Por esta vía militar, pues la construyó para que sirviera de lazo entre las fortalezas que levantó en el Kuantó, llave estratégica del Imperio, es por donde habían de viajar los *Daimios,* según dispuso en los reglamentos de etiqueta, para vigilar sus pasos. Con este objeto hizo construir á determinadas distancias unas estaciones llamadas *Shiku,* ó casas de Postas y vigilancia, donde los nobles señores que viajaban acompañados de su séquito y fuerte escolta, tenían que pararse para comer, descansar ó cambiar de caballos.

Aunque su política conciliadora le atrajo la mayor parte de sus contrarios ó enemigos, permitiéndole así proseguir la obra de consolidar y fortalecer el Gobierno, con objeto de poder transmitirlo á sus descendientes, que lo ejercieron dos siglos; sin embargo, no logró á pesar del tacto con que gobernaba, extinguir radicalmente el espíritu díscolo de la clase militar.

Vióse obligado á ahogarle en sangre, en una batalla que dió el 3 de Junio de 1615, á los que se levantaron en armas por Hideyori, hijo de Taiko, que con su madre y parciales pereció entre las llamas y ruinas de la fortaleza de Osaka, al ser tomada por asalto.

Con igual severidad sofocó una insurrección de cristianos, castigándoles con la más terrible y sangrienta de las persecuciones.

Estas dos veces, fueron las únicas, que la paz fué turbada durante su dominación.

Iyeyas pasó en Sumpú, Shidsuoka, el último año de su vida, perfeccionando el sistema de gobierno, dándole mayor estabilidad y terminando el famoso Código, titulado «Legado de Iyeyas», según cuyos preceptos y consejos, habían de gobernar sus descendientes.

Murió este hombre notable el día 8 de Marzo de 1616 y sus restos fueron depositados en Nikko-San, donde su hijo

Digitized by Google

Hidetada levantó el Mausoleo y los templos que hoy causan universal admiración.

El gobierno de Hidetada, su inmediato sucesor, puede describirse como una continuación del anterior. Yedo le debe grandes obras ejecutadas en su tiempo para hermosear y engrandecer la capital.

Fué el tercero de los Tokugawa, Iyemitsu, que empuñó con mano fuerte, las riendas del poder conquistado por su abuelo.

La dinastía no sólo no degeneraba, como frecuentemente acontece, sino que se consolidó firmemente, con la tradicional política que implantó Iyeyas, desarrolló Hidetada y perfeccionó aún más Iyemitsu, haciéndola llegar al apogeo.

Inspirándose en los prudentes y cautelosos consejos del fundador, uno de los primeros actos de Iyemitsu, fué el de visitar la corte de Kioto en el año de 1623, á fin de prestar pleito y homenaje al Mikado y recibir de sus manos, al mismo tiempo, la investidura de Sei-Tai-Shogun.

Cumplida esta formalidad, volvió á su capital de Yedo y se dedicó por completo á los asuntos del Estado.

De su labor gubernamental merece especial mención, la reforma en sentido restrictivo de los reglamentos de etiqueta para los *Daimios,* á los que obligó á residir en Yedo seis meses del año, con la humillante condición de dejar en rehenes á sus mujeres é hijos, siempre que se ausentasen de la capital; la construcción de grandes acueductos para surtir de aguas á la Capital, el establecimiento de vigías en puntos elevados, para señalar al enemigo en caso de un inesperado ataque ó dar la alarma en los incendios; la institución de tres Consejos de Estado y por último lo que más nos interesa, Iyemitsu fué quien expulsó á los extranjeros, el que encerró á los holandeses en la factoría de *Déshima,* imponiéndoles las más humillantes y depresivas condiciones, á cambio de permitirles residir y comerciar allí.

Iyemitsu fué también el implacable Shogun, que mandó hacer la horrible matanza de cristianos en Shimabara, de sangrienta y cruel recordación, á la cual prestaron su ayuda

Digitized by Google

y concurso los holandeses, bombardeando con sus propios cañones aquella infausta ciudad, último baluarte del catolicismo, donde murieron como héroes, los treinta mil mártires de nuestra religión.

Encarnado en su descendiente el espíritu de Iyeyas, Iyemitsu desarrolló por completo el sistema político contenido en el Legado ó Código de Cien Leyes, realizando el fin que el fundador de la dinastía Shogunal se había propuesto, de perpetuar el poder en su raza.

Iyemitsu convirtió á los *Daimios* en meros vasallos, que no podían ni aun visitarse sin permiso del Shogun; fundó el sistema de espionaje que desde Kæmpfer hasta el presente tanto asombraba á los europeos, dando por resultado una desconfianza mutua, esa frialdad ceremoniosa con que se tratan todas las clases japonesas; arrancó de raíz la lozana y exótica planta del cristianismo, cuya sombra temía, é inmovilizó al pueblo japonés dentro de la infranqueable órbita que el destino, la ley ó la casta habían designado á cada individuo, hasta el punto, de que agarrotado el cuerpo social, se convirtió con el tiempo en una momia política.

Huelga por lo tanto decir, que las mismas causas que robustecieron el gobierno personalísimo de los Tokugawa, prepararon á la larga su inevitable ruina, pues desde el momento en que los déspotas carecieron de las dotes y condiciones de carácter, que necesita un usurpador para sostenerse en el poder, se derrumbó la obra levantada por Iyeyas y coronada por su nieto Iyemitsu.

Los últimos Tokugawa, desprovistos de talento y condiciones de mando, no tuvieron más remedio que abandonar el timón del Estado en manos de Ministros, que al disputarse el poder entre sí, desacreditaron el Shogunado, poniendo de relieve lo absurdo del sistema de gobierno personalísimo, desde el momento en que la persona que debía ejercerlo, era incapaz de ello, y sólo servía de pantalla para encubrir las pasiones más bastardas.

El sistema de Gobierno dualista, esa complicada máquina inventada por Yoritomo, que á través de los siglos vino á

Digitized by Google

parar á manos de otro Minamoto, funcionó con regularidad y precisión, mientras la hicieron marchar los Tokugawa inteligentes, enérgicos y activos, mas al caer en manos de hombres débiles, torpes é inhábiles, el macanismo político empezó á descomponerse, las ruedas del engranaje social se gastaron y sólo el gran impulso que la había dado Iyemitsu, pudo hacerla marchar, rota, descompuesta y desacreditada, hasta la llegada á la Bahía de Yedo en 1853 de la escuadra Americana, mandada por el Comodoro Perry.

Digitized by Google

LA REVOLUCIÓN DE 1868 *

No hace muchos años, después de 253 que duraba la no interrumpida dominación de los Tokugawa, nada parecía amenazar la caída del Bakufú ó Gobierno del Shogun.

La fertilidad del suelo y la bondad del clima, alejaban todo temor de un movimiento socialista entre las clases menesterosas, á impulso de esos dos grandes agentes revolucionarios, el hambre y el frío; la instrucción, privilegio reservado á la clase militar, preponderante y satisfecha, no podía encender la tea de las discordias político-sociales y el indiferentismo religioso se oponía á la renovación de las luchas de creencias. Reinaba la abundancia, el pueblo vivía contento y resignado con su suerte bajo un Gobierno paternal, la aristocracia gozaba libremente de sus bienes gastando las rentas como mejor les parecía, la carencia de industria y comercio impedía la acumulación de riquezas que pudieran engendrar odios y envidias y el disciplinado ejército era leal al Bakufú.

Y sin embargo de no existir ninguna de las causas que en Europa provocaron las revoluciones contra el feudalismo, el Shogunado se desplomó como un vetusto torreón, cuyos cimientos ha destruído la acción del tiempo ó como se pulveriza una momia al contacto del aire.

Bastó la llegada de la escuadra americana, para que el fuego de añejos rencores y viejas rivalidades, cubierto por las cenizas de dos siglos, se avivase y consumiera el edificio levantado con tantos cuidados por los Tokugawa.

---

* En el número de Febrero próximo pasado de *Nuestro Tiempo*, su ilustrado Director, D. Salvador Canals, ha tenido á bien conceder los honores de la inserción, á un estudio político-social del autor sobre este particular, bajo el epígrafe de «La europeización del Japón».

Digitized by Google

Lo más extraño del caso es, que el movimiento contra el Bakufú fué iniciado en los comienzos del siglo XVIII por un deudo del Shogun, señor feudal de la provincia de Mito, que había convertido su estado en el centro intelectual del Japón.

Con el concurso de los hombres más eminentes de la época, el Príncipe de Mito publicó en 1715, una obra compuesta de 243 tomos, titulada *Dai-Nihon-Shi*, escrita en el chino más castizo, la lengua sabia por excelencia, en la que bajo la aparición de una Historia del Japón, se ocultaba un trabajo revolucionario con tendencia á demostrar, que el único y verdadero Soberano, era el Mikado, de quien emanaba toda autoridad, y que por lo tanto el Shogun, como lo probaba con datos históricos, no era otra cosa que un vulgar usurpador.

El tiempo y el especial cuidado puesto por el Bakufú en mantener ignorante á la nación de los hechos históricos, habían borrado casi por completo, el recuerdo de que antiguamente era el Mikado quien gobernaba al imperio; y la inmensa mayoría del pueblo japonés, que practicaba este proverbio, al Mikado se le venera y al Shogun se le teme, suponía erróneamente, que el derecho de gobernar pertenecía á los Tokugawa, por ser el Mikado un ser divino, mero representante celestial de los dioses en la tierra.

Al mismo tiempo que esa gran corriente intelectual, nacida en Mito, socavaba lentamente los cimientos del feudalismo y del Shogunado, demostrando por medio de la historia la ilegitimidad del Bakufú, por otro lado aportaba al Mikado el aluvión de sus trabajos, para resucitar y restablecer el Shinto, culto primitivo del pueblo japonés, cuya teoría cosmogónica supone de origen divino la raza de los Emperadores, en contraposición del budismo, protegido con fines políticos por los Shogun y á causa de este motivo, profesado, en sus diferentes formas, por la mayoría de la nación.

La restauración del Shinto, como religión del Estado, implicaba, necesaria é imprescindiblemente, la abolición del Shogunado, para volver á la era de Oshei ó de monarquía pura.

Digitized by Google

Inútil es decir, cuán grato sería este movimiento á la Corte de Kioto, en el cual tomaban parte muy principal los *kugué,* personajes de elevada alcurnia, muy ilustrados y ambiciosos, que deseaban volviese el Emperador á recuperar el perdido poder, para ser ellos los verdaderos gobernantes, ya que según las leyes de etiqueta, eran los únicos seres que podían ver, acercarse y hablar con el Mikado.

También los *Daimios,* impulsados por el odio secular que les inspiraba el tirano, que despóticamente les relegaba al nivel de vasallos, acogieron con entusiasmo la ocasión de arrojar el pesado yugo del Shogunado, poniéndose de parte del legítimo Soberano, por ser el único rival poderoso que le podían oponer.

Por último, los enemigos tradicionales de los Tokugawa, los descendientes de aquellos *Daimios* que fueron despojados por Iyeyas, hallaron pretexto en la lucha que se preparaba para restaurar el poder al Mikado, para saciar la sed de venganza, que había devorado varias generaciones.

Descrito á grandes rasgos, este era el estado político-social del Japón, cuando la escuadra americana, al presentarse frente á Yedo, vino inconscientemente á precipitar el desenlace de acontecimientos imprevistos ó preparados de larga data, que fueron trascendentales, para el porvenir del Imperio de los Mikados.

La causa fortuita é inesperada que precipitó la caída del Shogun, fué la aparición de una fuerza mayor, manifestada evidentemente: el agente revolucionario y destructor del feudalismo japonés, el vapor.

¡Quién había de decir á Fulton, que entre los milagros y maravillas llevados á cabo por su aplicación del vapor, como fuerza motriz para la navegación, había de ser uno, el de abrir nueva era al Japón, cerrando su Edad Media, á mediados del siglo XIX!

En los tiempos en que se navegaba á la vela, había sido fácil y posible á los Tokugawa encerrar al Japón en el más completo aislamiento, porque estando ese Imperio situado en los confines del globo, con relación al extremo Occidente,

Digitized by Google

y circundado de mares procelosos, frecuentados por las más horrendas tempestades, nadie se arriesgaba á una navegación larga y peligrosa, para llegar á aquellas inhospitalarias playas, donde el desembarcar estaba penado con la vida ó el cautiverio.

Mas, desde que la navegación á vapor permitió á los buques salvar grandes distancias en breve tiempo, dándoles además medios de luchar con los ciclones, el aislamiento fué imposible.

Además, por aquel entonces, en la opuesta orilla del inmenso Pacífico, California, exuberante de vida, de actividad y de productos, necesitaba mercados para darlos salida, y no pudiendo exportarlos al Este de América, por carecer aún de vías férreas de comunicación, fué á buscarlos en Asia, en el Extremo Oriente.

Como, por su posición geográfica, el Japón, les ofrecía dos ventajas, la de estar más cerca de América que el Continente asiático, y la de que además les sirviese de punto de escala y refugio, en la larga travesía del Pacífico, los americanos con ese golpe de vista práctico y claro que los caracteriza, pidieron al Gobierno de Washington hiciese tratados con el Japón, á fin de que abriese sus puertos á los buques y al Comercio de la Unión.

Y esta era la misión que llevaba el Comodoro Perry, cuando el 7 de Julio de 1853, echó el ancla en la bahía de Yedo, ante millares de japoneses, que atónitos contemplaban los barcos de guerra, vomitando nubes de negro humo por sus chimeneas.

El consternado Gobierno de Bakufú, notificó en el acto á Perry, ¡el audaz y temerario bárbaro, que osaba profanar la tierra de los Kami! la orden de abandonar inmediatamente las aguas de la capital y de dirigirse á Nagasaki, único punto donde las leyes consentían la presencia de buques extranjeros; mas el Comodoro, que estaba decidido á no levar anclas, sin haber cumplido el objeto de su misión, hacer el Tratado, contestó negativamente con arrogancia.

Desde ese momento los japoneses consideraron ultrajada la

Digitized by Google

inviolabilidad de su patria sagrada; la efervescencias contra los extranjeros cundió por todas las clases, la indignación patriótica se desbordó y el Bakufú fué arrastrado por aquel movimiento nacional.

El Gobierno y los *Daimios* aprestaron sus ejércitos y levantaron fuertes en Yedo, el príncipe de Mito, que estaba preso como enemigo del Shogun, fué puesto en libertad para confiarle el mando supremo de la defensa nacional, se fundieron cañones con las campanas de los templos y todos se apercibieron á la lucha, que afortunadamente no tuvo lugar, porque á tiempo se convencieron de que todos sus esfuerzos serían inútiles, en aquella contienda desigual.

Tan pronto como los japoneses comprendieron lo estéril de la resistencia y depusieron su actitud hostil, Perry mandó al Bakufú la carta que le acreditaba como enviado extraordinario del Presidente de los Estados Unidos, cerca del augusto Soberano del Japón acompañándola de los presentes de costumbre, tratándose de soberanos exóticos.

En grave aprieto puso inconscientemente el Enviado americano al Bakufú con este acto, pues el Shogun, no siendo el Soberano, no podía recibir aquellas cartas credenciales, dirigidas al Mikado, ni quería tampoco descubrir al extranjero su verdadera posición y jerarquía. Por lo cual, obrando sin escrúpulos y usurpando un título y unas atribuciones que no le pertenecían, delegó para tratar con el comodoro Perry á un profesor del Dai-Gaku-Ko, Universidad de la capital.

Con objeto de inducir en error de persona al Comodoro, á fin de poder seguir las negociaciones, adoptó el Shogun el título de *Tai-Kun*, dándole el significado de soberano; de donde nace la equivocación padecida durante muchos años, hasta por la misma diplomacia, de que en el Japón hubiese dos emperadores: uno espiritual en Kioto, con el título de Mikado, y otro temporal en Yedo, el Shogun.

Y Perry, sin darse cuenta de que no estaba tratando con la persona del verdadero Soberano, la del Emperador del Japón, á quien estaban dirigidas sus credenciales, consiguió lo que

Digitized by Google

deseaba, llevando á cabo su misión, de hacer un convenio provisional con el Japón.

No tardaron en traslucirse estos hechos, causando honda imprensión en todo el imperio; sobre todo en la corte de Kioto, donde la conducta del Bakufú produjo la mayor sorpresa y más profunda indignación.

Así es, que llena hasta los bórdes la medida de la resignación patriótica, hízola rebosar, el que otras potencias pidieran y obtuvieran iguales concesiones, que las otorgadas provisionalmente á los Estados Unidos.

Por el tratado de Kanagawa de 1857, Inglaterra, Rusia y Francia, y definitivamente los Estados Unidos, consiguieron que se abriesen al comercio de dichas naciones los puertos de Nagasaki, Hakodate y el de Kanagawa, punto donde hacíanse las negociaciones.

No fué esto únicamente, lo que echó leña al fuego patriótico en que ardían los japoneses, sino que además fueron firmados sin autorización del Mikado, por el audaz Ii, Regente durante la minoría del Shogun Iyesada.

Pero faltaba aún el requisito imprescindible de la ratificación, para que los tratados entrasen en vigor y como nunca acabase de llegar la autorización solicitada á Kioto, donde, naturalmente, no la querían dar, el Regente, hombre decidido y poco escrupuloso, viéndose apremiado por las reiteradas gestiones de los plenipotenciarios extranjeros, que no consentían se dilatase por tiempo indefinido el cumplimiento de los convenios y falto Ii de fuerzas militares, con que resistir la presión diplomática, ejercida por los occidentales desde sus escuadras, autorizó el tratado de Kanagawa, con su propio sello, dando parte á Kioto del hecho consumado.

Inmenso clamoreo se levantó en todo el Imperio, al conocerse el suceso, protestando del acto ilegal realizado por el Regente, y hasta los *Daimios* más allegados al Shogun, como el Príncipe de Mito, que se puso á la cabeza de los descontentos, se pasaron al campo enemigo del Bakufú, sin que las medidas desesperadas que tomó Ii-Kamon contra los jefes del movimiento, para atajar la corriente revolucionaria, die-

Digitized by Google

sen otro resultado, que exacerbar más y más, con los destierros, encarcelamientos y ejecuciones capitales, las pasiones populares y patrióticas.

Entonces se desencadenó la tempestad política que el mismo Regente había levantado con sus arbitrariedades, siendo él mismo la primera víctima de sus errores, pues en la noche de 23 de Mayo de 1860, una cuadrilla de *ronin* asalariados por el Príncipe de Mito, acuchillaron en la puerta de Sakurada la escolta que acompañaba á su *norimon* ó silla de manos y asesinaron á Ii, paseando luego en triunfo su cabeza, por las calles de Yedo.

Aconteció en este momento en el Japón, lo que con frecuencia se ha visto en naciones de Europa; que los adversarios del Gobierno, para dificultar su marcha, agravar y comprometer la situación, convierten una cuestión de política interior, en complicación internacional, á fin de precipitar los sucesos. Así es, que al grito de ¡mueran los bárbaros! y sólo para crear complicaciones al Bakufú, se cometieron todo género de crímenes contra los extranjeros.

Entre las muchas víctimas inmoladas en aquellos tiempos, figuran el primer secretario de la Legación de los Estados Unidos, Mr. Heusken, que fué bárbaramente acuchillado; la Legación Británica sufrió un sitio en toda regla; Mr. Richardson, murió trágicamente por salvar la vida de una dama inglesa, á quien acompañaba en un paseo á caballo y tantos otros que miserablemente perecieron acuchillados por los *ronin,* cuyos restos yacen en aquellas lejanas tierras.

La frecuencia de estos crímenes y el estado de inseguridad y constante amenaza en que vivían los extranjeros en Yedo, obligaron á los representantes diplomáticos á refugiarse en Yokohama, donde estaban protegidos por las escuadras y defendidos por los dos regimientos que mandaron Francia é Inglaterra, para proteger á sus nacionales.

Cuando de tales armas se valían los enemigos del Bakufú para combatirlo, fácilmente se comprenderá la guerra sin cuartel que le hacían en todos terrenos, para minar su autoridad y prestigio, así es, que todos sus actos eran discutidos

Digitized by Google

y criticados en proclamas y manifiestos, con el fin de demostrar, que sólo al Mikado se debía obediencia y respeto. Como consecuencia de esta campaña de oposición hábilmente dirigida por Okubo, Iwakura, Sanyo, Goto, Kido, Itagaki, Oki é Ito, caudillos de la revolución, el Bakufú no podía cobrar los impuestos; los *Daimios* aprovecharon la confusión reinante para abandonar á Yedo é ir á Kioto á engrosar las filas enemigas, llegando el Shogun á hallarse tan completamente aislado, que no pudo contar con más aliado, que con el *Daimio* de Aidzu.

Al mismo tiempo que en la capital del Shogun reinaba la anarquía, los poderosos *Daimios* del Sur, arrastrados por los patriotas exaltados, hacían supremos esfuerzos para que el Mikado se pusiese á la cabeza del movimiento nacional contra los extranjeros y diese una orden de expulsión de «los bárbaros», como entonces se llamaba á los europeos.

Conseguido por fin el decreto imperial de expulsión, el Príncipe de Chóshiú, jefe del bando patriótico, se apresuró á desobedecer las órdenes del Bakufú, que había mandado el desarme para evitar complicaciones con los gobiernos extranjeros, poniendo en pie de guerra su ejército y levantando baterías en el puerto de Shimonoseki, del mar interior.

El belicoso *Daimio,* no satisfecho con la amenaza, pronto pasó á vías de hecho, mandando hacer fuego desde su baterías, sobre varios buques americanos, franceses y holandeses, que por allí acertaron á pasar.

Pero no tuvo presente al cometer este acto, que las naciones ofendidas, necesariamente habrían de tomar represalias para imponerle ejemplar castigo, que sirviera de saludable escarmiento.

Aunque por diferentes causas éste se demoró durante un año, al fin reunióse una escuadra aliada, compuesta de 17 buques ingleses, franceses, holandeses y americanos, con 208 cañones y 7.590 hombres, que el 5 de Septiembre de 1864 bombardeó á Shimonoseki, no dejando piedra sobre piedra, en la aniquilada ciudad.

Al Bakufú, que no sólo no había intervenido en el desaca-

Digitized by Google

to de Shimonoseki, sino que por el contrario había mandado el desarme, como gobierno responsable, le costó la desobediencia del díscolo *Daimio,* tres millones de dollars, que á prorrata se repartieron los aliados.

Mientras tanto, las cosas marchaban de mal en peor en las cuestiones de política interna, cada día más revuelta y agitada.

Las baterías de Shimonoseki, desmanteladas por el fuego de la escuadra aliada, cometieron una provocación más, haciendo fuego, no á buques extranjeros, pues estaban ya escarmentados, sino sobre un barco del Bakufú, que conducía tropas del *Daimio* de Aidzu.

Tal ofensa inferida al bando del Shogun, enconó aún más los excitados ánimos, no tardando en venir á las manos, imperiales y partidarios del Bakufú.

Rompiéronse las hostilidades dentro de la misma ciudad de Kioto, elegida para teatro de la fratricida lucha. Dos días duró la batalla entre 1.300 guerreros de Chóshiú, que se presentaron de improviso á las puertas del «Gosho» con ánimo deliberado de apoderarse de la persona del Mikado y las tropas del Shogun, que daban guardia al palacio imperial. Se batieron en los jardines, en las calles y en los templos; en todas partes se combatió con furor salvaje, entre las llamas de los edificios ardiendo, sobre la inmensa hoguera de los incendiados *yashikis* ó palacios y bajo las humeantes cúpulas de las pagodas en combustión.

Kioto fué convertido por los combatientes en una colosal hoguera, que consumió 27.400 casas, 18 palacios, 674 moradas de nobles, 60 templos Shintoistas, 115 búdicos, 40 puentes y 2.000 cabañas de un arrabal de *eta,* sin contar los 1.216 almacenes incombustibles que destruyó la artillería.

Tan espantosa obra de exterminio y destrucción, que redujo á cenizas la mayor parte de la ciudad, costando la vida á incalculable número de inocentes víctimas, que murieron abrasadas, políticamente resultó estéril, pues quedaron dueños de la carbonizada ciudad, los parciales del Shogun.

Aunque la derrota fué completa, no por eso desmayaron

Digitized by Google

los de Chóshiú, que, poco después, convenientemente preparados con armamento americano, y contando para vencer en batalla campal á los del Bakufú, con la superioridad de su organización á la europea, abrieron una campaña en la que las tropas del Bakufú, armadas con sables y flechas, fueron vencidas.

Herido así de muerte el Shogunado, puede decirse que casi agonizaba, cuando Keiki fué elevado á la dignidad de Sei-Tai-Shogun en 6 de Enero de 1867, más bien con el único y exclusivo objeto de que revistiese mayor solemnidad, la abdicación voluntaria ó forzosa, de la sombra de poder que aún le quedaba.

A los pocos meses, el Príncipe de Tosa, impulsado y dirigido por los jefes de la revolución dió el golpe de gracia al Shogunado, con una petición que elevó al Emperador, para que organizase el Gobierno con arreglo á la forma ó régimen existente antes del año 1200, en que Yoritomo implantó el sistema dualista. Keiki, viéndose aislado, solo en contra de la opinión pública, resignó en manos del Mikado el cargo de Sei-Tai-Shogun, el día 9 de Noviembre de 1867.

Para cantar victoria, sólo faltaba ya á los partidarios de la Monarquía pura, rescatar la persona del Mikado, que estaba aún en poder de las huestes del *Daimio* de Aidzu, obstinado partidario de los Tokugawa, que no quiso reconocer la abdicación de Keiki.

Logrado este fin por medio de una sorpresa hábilmente combinada por Okubo, al hacer el relevo de la guardia del Gosho, los imperiales se apoderaron de las puertas de Palacio y dueños absolutos del poder, anunciaron á la nación, por medio de un edicto á nombre del Soberano, la abolición del cargo de Shogun.

Desde ese momento, la gobernación del Estado estaba en manos de la Corte imperial, ejercida por el Príncipe Arisugawa-no-Miya, tío del Emperador, que hace años vino á España, quien en colaboración con Sanyo, Iwakura y Okubo, inauguró la nueva era, rehabilitando en sus títulos y privilegios á la familia Mori, señores de Chóshiú, y concediendo

Digitized by Google

amplia amnistía á todos los que habían sido condenados por el gobierno del Bakufú.

Á todo esto, los parciales del Bakufú, que veían les arrebataban el poder de las manos, se resolvieron á tratar de recuperarlo por la fuerza de las armas, y como Keiki, muy arrepentido de la debilidad con que abdicara del gobierno vinculado en su familia, abandonase Kioto, con el fin aparente de calmar los ánimos de sus partidarios, se avistó en Osaka con los *Daimios,* de Aidzu y de Kuwana, quienes le decidieron á marchar sobre la Capital, al frente de las tropas que al efecto allí tenían reunidas.

Siempre alerta y prevenidos, los hombres que habían hecho la revolución y ahora disponían de los resortes poderosos del gobierno, inmediatamente mandaron al Mariscal Saigo á cerrar con un ejército leal el paso de los rebeldes por Fushimi, teatro de tantas otras batallas, donde, después de tres días de pelea, quedó vencido el ejército *choteki* ó rebelde al Emperador, que abandonó el campo en confusa desbandada. El mismo Keiki debió su salvación á haber podido refugiarse en un barco americano.

Relacionado con este hecho histórico, aconteció un episodio digno de mención, que pone de relieve la lucha de tendencias entre el antiguo y el moderno espíritu del Japón. Al ser derrotadas las tropas que apoyaban al Shogun, uno de los Ministros aconsejó á Keiki * que salvase el honor de la familia, á la antigua usanza, haciéndose *jara-kiri;* y como el último de los Tokugawa prefiriese retirarse á la vida privada, á morir como un héroe, el indignado Consejero, para demostrarle que aún había caballeros japoneses que sabían ser vencidos, pero no mancillados, se abrió el vientre, con toda la solemnidad requerida en esos casos.

Con la huída del Shogun y de sus parciales á Yedo, el

---

* Este Shogun, hijo del Príncipe de Mito, adoptado por la familia Hitotsúbashi fué el treinta y nueve y último Sei-tai-Shogun, el décimoquinto de la dinastía Tokugawa y el cuarto que usó el título de «Tai-kun». Keiki, se retiró á la vida privada en sus estados de Suruga, donde el autor tuvo ocasión de conocerle, á orillas del lago Hakoné.

Digitized by Google

teatro de la guerra civil se trasladó al Norte, donde siguieron guerreando en los Señoríos de Aidzu, Wakamatsu y Matsumaé, hasta Junio de 1869, en que con la rendición de Hakodate, se hundió para siempre el poderío de los Tokugawa.

La victoria de los revolucionarios imperialistas, había sido definitiva y completa, en cuanto se relacionaba con la abolición del Bakufú, pero aún tenían que reñir muchas luchas de intereses y ambiciones, con los heterogéneos elementos que se habían unido y sumado para derribar al Shogun, antes de que los sagaces é indomables Jefes del partido revolucionario, pudieran dedicarse á reconstruir el edificio social, que al derrumbarse había sembrado con sus ruinas todo el Japón.

Ardua empresa era en verdad, para los nuevos gobernantes, ligados con pactos y promesas, á los elementos turbulentos que los habían servido de escalón para llegar al poder, la de organizar y someter aquella turba de *Daimios* rivales, que se disputaban la influencia en el gobierno; de políticos ambiciosos que aspiraban á ocupar elevados y lucrativos cargos, de *samurais* pretendientes á destinos públicos y de ardientes patriotas, que, de buena fe, pedían la muerte ó la expulsión de los extranjeros.

Para acometerla y llevarla á cabo se necesitaba todo el valor, toda la indomable energía, toda la refinada astucia que demostraron los hombres encumbrados por la revolución, quienes no se rindieron á las exigencias de los unos, ni se dejaron intimidar por las amenazas de los otros, concluyendo por exterminar el feudalismo, con las mismas armas que los grandes señores habían puesto en sus manos, para derrocar al Shogun y ejercer ellos el poder.

Estos hombres, es decir, los que han labrado el nuevo Japón, eran en su mayor parte los antiguos *Karó* ó Ministros de los grandes *Daimios* del Sur; de modo, que si bien la revolución cambió la suprema representación del poder, la gobernación del imperio siguió regida por las mismas personas.

Hecha la revolución para restaurar al Mikado en el poder

Digitized by Google

al grito de ¡mueran los bárbaros!, porque el Bakufú había firmado los Tratados de Kanagawa, la consecuencia natural y lógica del triunfo, parece que habría de ser, la expulsión de los extranjeros. Así pensaría quien desconozca las sinuosidades de la política oriental, pero como en el fondo el odio á los blancos, no fuese más que una pasión patriótica, hábilmente explotada por los enemigos del Bakufú, para crearle dificultades con los atentados y asesinatos de europeos, en cuanto fué vencido el Shogun y llegaron al poder los revolucionarios, cesaron como por ensalmo los crímenes que cometían los *ronin*.

La flexibilidad y oportunismo del nuevo gobierno fué aún más allá, pues mandaron á Hiogo dos altos funcionarios de la Corte, para que en nombre del Mikado aprobasen los tratados * é invitasen á los Representantes extranjeros á ir á Kioto, á ser recibidos en audiencia solemne por el Emperador.

El Ministro de S. M. Británica, á quien el autor conoció en el Japón desempeñando aún dicho Cargo, pues entre China y el Japón, sirvió á su país más de cincuenta años en el Extremo Oriente, aceptó la invitación y se trasladó á la Corte de Kioto, con parte de las fuerzas inglesas de ocupación en Yokohama, para presentar las Cartas Credenciales, que le acreditaban como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de S. M. Británica, cerca del Emperador del Japón.

Gran peligro corrió la vida de Sir Harry Parkes, quien ya se había hecho célebre en China por su valor temerario, en el momento de ir á la Audiencia del Mikado y para los que suponen que los diplomáticos no corren más peligros que morir de una indigestión, ó que se desboquen los caballos de una de esas carrozas de gala, en que los pasean como fenómenos curiosos, copiaré lo que en una carta japonesa á *La Epoca,* referí sobre el atentado de que fué objeto:

---

* Cuya revisión ha sido la pesadilla del Gobierno japonés, durante largos años, antes de lograr de algunas Potencias, el que consintiesen fuese suprimida la depresiva cláusula del derecho de extraterritorialidad, de que gozaban los europeos en el Japón.

Digitized by Google

«El día 23 de Marzo de 1869, el Ministro inglés ya citado, (Sir Harry Parkes), de gran uniforme, pero sin espada, conforme á la etiqueta del país, se dirigía á caballo, acompañado de todo el personal de la Legación británica, precedido de trece batidores ingleses montados y escoltado por un destacamento del regimiento inglés de guarnición en Yokohama, al «Gosho», residencia de S. M. I. el Mikado, para presentar sus credenciales.

Mil doscientos *samurai,* nobles de dos sables, acompañaban la Misión británica, cerrando el brillante cortejo.

La opinión era hostil á tamaña profanación y se temían desórdenes, porque una multitud ansiosa de contemplar el primer *idyin,* bárbaro de occidente, que osaba presentarse ante el descendiente de los Dioses, se apiñaba en las calles del tránsito.

Al doblar la comitiva la esquina de una estrecha callejuela, de repente relampaguearon unos sables manejados por dos energúmenos fanatizados; un *samurai* y un *bonzo;* medio segundo después, nueve de los trece batidores ingleses mordían el polvo gravemente heridos y cuando el bonzo se aprestaba á cortar de un mandoble la cabeza del ministro inglés, Goto, ministro del nuevo gobierno, le salvó la vida: con la rapidez del pensamiento desenvainó el sable y de una tremenda cuchillada, cortó á cercén la cabeza del *bonzo,* cuyo inanimado cuerpo se desplomó, blandiendo aún el mortífero acero.

Sir Harry Parkes, no se movió, ni dejó traslucir en la fisonomía la menor emoción; probó una vez más ser el mismo hombre de valor y corazón de acero, que años atrás en China, cuando paseado de pueblo en pueblo en una jaula, durante terrible cautiverio, siendo escupido, apedreado y atormentado por aquellos salvajes, decía, mientras le martirizaban; «por cada pelo que me toquéis, diez chinos serán fusilados».

Cambio tan radical de política para con los europeos, en los mismos hombres que en la oposición pedían á grito pelado sus cabezas, podría explicarse bien con la sola moraleja del refrán castellano, de que «no es lo mismo predicar que

Digitized by Google

dar trigo», pues al subir al poder estaban poseídos de pleno convencimiento, de que era imposible la lucha, con naciones que disponían de tan poderosos medios, como los demostrados en los bombardeos Kagóshima y Shimonoseki.

Así, pues, dejaron para mejores tiempos la realización del acariciado ideal de todo buen japonés, en aquellos tiempos, echar á los *idyin* y los nuevos gobernantes, se engolfaron en las reformas de la política interior.

Okubo, alma de la revolución y el hombre de más talento que produjo la restauración, más tarde villanamente asesinado por unos estudiantes, imprimió nuevo rumbo á la corriente de las ideas, elevando al Mikado un célebre Mensaje pidiendo reformas, que dió por resultado entre otras cosas de menor importancia, la traslación de la Corte, desde Kioto á Yedo, Ciudad á que dieron el nombre de Tókio al hacerla Capital del imperio, así como la inauguración del *Nengo,* período, de Meidyi.

La noticia de la traslación de la Corte á la antigua Capital del Shogun, llenó de asombro á los japoneses, que no podían creer que el Hijo de los Dioses, el descendiente de cien Emperadores que habían pasado mil años enclaustrados en el misterioso *Dairi,* pudiese abandonar su residencia sagrada, para ir á vivir entre los mortales.

El Mikado, ese ser misterioso, rodeado de una aureola divina, ante el cual ningún súbdito se hubiera atrevido á levantar la frente, acató el parecer de sus ministros, que teóricamente habíanle devuelto el poder, si bien en la práctica no lo ejerciera realmente, más que en los tiempos del Bakufú, y bajó del altar en que le veneraba su pueblo, á confundirse con los humanos de la tierra.

La divisa del nuevo Gobierno era, acometer las reformas más trascendentales, para la rápida evolución del país y hacer imposible un salto atrás hacia el dualismo, descuajando esa institución, que, aunque caída y tronchada por el vendaval de la revolución, aún tenía arraigadas en el suelo del Japón, las hondas y robustas raíces de los intereses creados por el feudalismo.

Digitized by Google

Pero como esta medida radical, significaba el despojo de los *Daimios,* es decir, de los hombres que habían hecho la revolución por medio de sus *karó,* luego jefes del Gobierno imperial, preciso les fué á éstos obrar con audacia increíble y pasmosa sagacidad oriental, para conseguir su propósito.

Valiéndose de la prensa, muy numerosa y leída en el Japón, prepararon la opinión pública creando atmósfera favorable á las reformas político-sociales, y apoyándose los tres reformadores, Kido, Okubo é Iwakura *, en los *Daimios* de los grandes Señoríos del Sur, Sátsuma, Hizen, Chóshiu y Tosa, á quienes hicieron entrever, que con la abolición del sistema feudal anularían á todos los demás *Daimios,* quedando ellos solos como dueños absolutos de la situación, de una plumada, sin guerras ni protestas de los despojados, extirparon el feudalismo, convirtiendo por medio de un Decreto los Señoríos, *han,* en provincias, *Ken,* al frente de los cuales y para que no les doliese tanto la reforma á los *Daimios,* les dejaron como Gobernadores *amovibles* con el título de *chiyi.*

El éxito coronó los atrevidos planes de los audaces y astutos revolucionarios, que con habilidad suma despojaron de sus feudos á los antiguos Señores; y los desconcertados *Daimios* del Norte, acataron sin resistencia la ley, que como compensación á los perdidos feudos les señalaba una mezquina pensión, para vegetar obscurecidos y anulados en Yedo.

Poco á poco fueron sustituyendo á los antiguos *Daimios,* convertidos con ese objeto en Gobernadores amovibles, por hombres de la revolución, y cuando los *Daimios* del Sur descubrieron que el instrumento entregado por ellos á la revolución, era un arma de dos filos, era ya tarde, pues con ella el Gobierno imperial les había cortado las alas.

Los despechados *Daimios* del Sur se levantaron en armas, tanto para recuperar el perdido poder, como para castigar lo que juzgaban como una traición de los ministros, á quienes

---

* Sobre este eminente hombre de Estado, publicó el «Archivo diplomático» un estudio del autor, que figura en los apéndices.

Digitized by Google

consideraban como sus vasallos y meros ejecutores de sus voluntades, estallando la insurrección de Sátsuma, en cuanto el Gobierno, sintiéndose fuerte, se decidió á poner en vigor en aquellos estados, el decreto aboliendo el feudalismo.

Para vengar la afrenta, mandaron los coaligados *Daimios* del Sur, contra el Gobierno formado por sus antiguos ministros, un ejército bajo las órdenes del General Saigo Kichinosuké, mariscal del Imperio, el vencedor de los partidarios del Shogun.

Amenazada la existencia del Gobierno del Tókio, con aquella formidable insurrección, se aprestó á la defensa, recurriendo á las medidas más extremas, pues se trataba de una lucha á vida ó muerte. Rápidamente levantó ejércitos, nombró generalísimo al Príncipe Arisugawa-no-Miya, bloqueó los puertos del Sur con su marina, consiguió del Mikado que declare *choteki* á los rebeldes y se dispuso á romper las hostilidades.

La campaña fué sangrienta, de una ferocidad sin ejemplo, aun en el mismo Japón y ruinosa para el Estado, á quien costó más de cincuenta millones de duros.

Después de algunas batallas de resultado dudoso, los dos ejércitos libraron la decisiva el 4 de Septiembre de 1877 en los campos de Nobuoka, donde quedaron totalmente vencidos los *Daimios* del Sur.

Audentes fortuna jubat, dijo el «divino Poeta» y á nadie cuadra mejor tal sentencia, que á esos temerarios políticos japoneses, que escalaron el poder supremo, derrocando al gobierno de Bakufú al grito de ¡mueran los extranjeros!; aniquilaron después el feudalismo, excitando rivalidades entre los *Daimios*, luego utilizaron para su arriesgada empresa los egoístas designios de los grandes señores feudales del Sur, fautores de la revolución, y por último completaron su obra venciéndoles con las mismas armas que los ambiciosos é incautos *Daimios* les habían dado.

Alcanzados los dos fines primordiales de la revolución, la abolición del Shogunado y del feudalismo, aún tenía por delante el Gobierno regenerador, toda la obra magna de sanear

Digitized by Google

al pueblo japonés de sus crónicas dolencias morales; que descepar las hondas raíces feudales, causa y origen del regionalismo, dar al imperio nueva nacionalidad, transformar su caduco sistema social, injertar nueva sangre en sus venas, desarrollar sus aptitudes militares creando vigorosos elementos de defensa nacional de mar y tierra, que en un momento dado pudieran convertirse en poderoso instrumento de sus históricos ideales de política internacional; y por último, metamorfosear en nación á la occidental, despierta, fuerte, y agresiva, un pueblo oriental, amodorrado por el budismo, momificado en el marasmo feudal y condenado por el egoísmo dinástico de los Tokugawa, al aislamiento total del resto del mundo.

Qué suma de inteligencia, energía, habilidad y valor representan los nombres de Okubo, Iwakura, Kido, Sanyo, Katsu, Goto, Soyeima, Okuma é Ito, que no vacilaron en acometer empresa tan colosal, como la de transformar política y socialmente un país asiático, feudal, eremítico y aletargado, en nación rival de las occidentales, teniendo sólo por base una masa estólida de insensibles é ignorantes campesinos y contra ellos la tradición secular, la fuerza material, la hostilidad política y la animadversión religiosa del budismo.

De los hechos expuestos á grandes rasgos, resulta que, la revolución japonesa de 1868, punto de partida del asombroso progreso realizado por aquel Imperio, analizada con criterio filosófico, es un caso más del *struggle for life,* en esa incesante humana lucha de castas, clases, pueblos y razas, por el bienestar, la grandeza, el poderío y la dominación universal.

El movimiento inicial, tuvo por fin aparente la abolición del Bakufú ó gobierno dualista y feudal, con la restauración del Mikado; pero en el fondo, no fué más que un pugilato de clases por el poder, hasta entonces monopolizado por el Shogun.

Y tanto es así, que el pueblo japonés, la inmensa mayoría de la Nación, no sólo no tomó parte en la lucha entre *samurais* y *Daimios* por el poder, sino que presenció la contienda entre clases directoras, con esa indiferencia de las masas

Digitized by Google

engendradas en la apatía del despotismo gubernamental. El instinto las decía y la costumbre les enseñaba, que no se ventilaban intereses nacionales y sí tan sólo, los particulares de una facción.

Mas, iniciado el movimiento desde las cumbres sociales, con un fin limitado en un principio al cambio de régimen, para sustituir unos hombres á otros en el disfrute del poder, la piedrecita que se desprendió de aquellas alturas, al rodar con fuerza progresiva, hacia la base nacional, fué aumentando de volumen, peso y velocidad, hasta convertirse en devastador alud, que con fuerza irresistible barrió todo lo que halló al derrumbarse.

Así, inconscientemente, los jefes del movimiento en contra del Bakufú, prepararon la evolución á la idea moderna de los pueblos occidentales, de un pueblo oriental, sumido en el letargo asiático del feudalismo.

El violento choque con la incontrastable fuerza de la civilización occidental, despertó el patriotismo japonés con el tronar de los cañones en los bombardeos de Shimonoseki y Kagósima, por las escuadras extranjeras y los avisados ministros del Mikado, aleccionados por la experiencia, que les había puesto de relieve la inferioridad de sus decrépitas instituciones y arcaica organización nacional, arrojaron todo el lastre oriental que abarrotaba la nave del estado con viejos sistemas, creencias é instituciones, para emprender una carrera desenfrenada en pos del progreso, á fin de alcanzar cuanto antes la meta de la civilización y de la fuerza occidental.

A ese cambio de rumbo en la política internacional, debe el Japón la rápida evolución de su cuerpo social, dirigida por hombres de la talla de Okubo é Iwakura y preconizada por incansables propagandistas de la cultura occidental, como el célebre publicista y patriótico maestro de escuela Fukusawa, quien no se cansó de predicar á sus compatriotas, que «nada podía salvar á su patria de ser conquistada ó de la decadencia, más que la asimilación de las ideas que han hecho de los extranjeros lo que son».

Esa rápida transformación, es la que salvó al viejo impe-

Digitized by Google

rio de los Mikados, de sufrir la suerte de China, presa de las naciones occidentales, permitiéndole al propio tiempo acariciar sus ideales de hegemonía sobre la raza amarilla, para ser un día árbitro de los destinos del Asia.

Hasta aquí, la historia pasada y presente de ese pueblo curioso que vamos á conocer, estudiando su lengua y costumbres, frecuentando sus templos y teatros y viajando por el curioso país del Dai-Nippon.

Digitized by Google

IMPRESIONES PRELIMINARES

El indefinible encanto que ejerce el Japón desde que se descubren sus fantásticas costas, llega á convertirse en éxtasis, cuando el viajero, al pisar la tierra de los dioses, contempla la admirable realidad y se persuade de que la belleza del país es superior á cuantas descripciones brillantes y entusiastas haya podido oir ó leer.

Todo lo que se presenta á la vista del asombrado europeo, es nuevo para él, todo es diferente de lo conocido; el cielo es más azul, más brillante la luz, la vegetación más lozana, las flores más hermosas, la raza de los pobladores más curiosa é interesante y los trajes más ricos, variados y elegantes, que en ninguna otra parte del mundo.

Una excitación nerviosa desconocida, un deseo invencible de verlo todo se apodera del recién llegado, al ver el admirable espectáculo de un mar de plata, sobre el que se refleja como en un espejo, entre torrentes de cálida luz, el panorama sin rival de la bahía de Yedo.

Allá, á lo lejos, á la orilla del mar, sobre las verdes colinas, se alcanzan á ver las aldeas en miniatura, medio ocultas entre los cedros y envueltas en un velo de poesía y misterio.

Al caminar de sorpresa en sorpresa, con todo lo brillante y extraño que se presenta ante la mirada del viajero, crece la admiración por aquel cuadro oriental; no se sabe si se sueña ó si se padece una alucinación.

Las figuras que se mueven en aquel extraordinario ambiente, son de piel cobriza, oblicuos ojos, mirada penetrante y formas proporcionadas, que exhiben sin descaro ni rubor, casi desnudas.

Alternando con esta clase humilde, se ven otras de color

Digitized by Google

menos obscuro, mirada altiva, distinguido porte y suntuosos ropajes, mientras del fondo de cuadro tan pintoresco, se destaca una hechicera figura, elegantemente vestida con túnica de crespón de seda, ceñida al talle por ancha faja y caprichosamente peinada, que al andar graciosamente sobre las sandalias que calzan sus diminutos pies, se balancea con las anchas mangas perdidas, como una brillante y juguetona mariposa, revoloteando al sol, sin saber en qué flor posarse.

Esa es la mujer japonesa, una bella criatura, que anda con indolencia encantadora, y seduce por el gusto irreprochable y la elegancia exquisita de sus galas.

Mas, como aún no haya llegado el momento de ocuparnos de la más hermosa mitad de la raza japonesa, volvamos al punto donde se desembarca.

En el *Bund*, paseo trazado sobre terreno robado al mar, se alzan alineados los primeros edificios que se divisan al llegar á Yokohama. Pertenecen al *Settlement* ó concesión europea, y son en su mayor parte casas de comercio, agencias de vapores, consulados, clubs y hoteles, sobre los cuales flotan al extremo de elevado mástil, las banderas de diferentes naciónes, compañías y sociedades allí representadas.

Desde el mar, hasta la ciudad japonesa, se extiende el terreno cedido por el Gobierno japonés, en cumplimiento de los tratados, para que dentro de la concesión ó *Settlement*, que es como se llama el barrio europeo, puedan vivir y traficar los extranjeros.

Encerrados en él residieron los europeos en los primeros tiempos de la apertura del Japón, que fueron los de peligro y continua alarma; pero desde el momento en que desapareció el riesgo de morir asesinados por algun *ronin*, los residentes, nombre dado á los europeos, abandonaron la llanura, mal sana y calurosa, por la inmediata colina llamada el Bluff, donde vive la colonia extranjera en preciosas villas y *cottages*, entre bosques de criptomerias, cedros, pinos, camelias y bambús, respirando un ambiente perfumado y gozando de una vista ideal sobre la bahía de Yedo.

Entre parques y jardines, ocultos tras espesa cortina de flo-

Digitized by Google

res y verdura, se divisan las viviendas de los europeos desde el camino que serpentea por el Buff y sirve de paseo á las amazonas y jinetes británicos del *liver brigade,* ó sea la falange que combate las asechanzas del clima, con la equitación y demás deportes cultivados por los ingleses.

Después de haber lanzado una mirada á las suntuosas casas de campo, donde los residentes llevan con resignación el voluntario destierro de la lejana patria, llevando una vida, si no dichosa, sibaríticamente oriental, y de ver los hospitales militares que Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos mantenían allí para las necesidades de sus poderosas escuadras, bajando del Bluff á Yokohama, por uno de los senderos que atacan en zis-zas la colina, se encuentra la Homura, barrio japonés, compuesto de casitas de madera, habitadas en su mayor parte por artesanos, menestrales y comerciantes.

Es sumamente curioso recorrer aquellas calles, donde en una casita se ve trabajar un cubero, teniendo por toda vestidura una tira de tela de algodón arrollada á la cintura, que sentado en el suelo, ayudándose de los pies, como si fueran otras manos, fabrica con rara perfección toda clase de envases y vasijas; en otra hacen persianas de bambú, que parecen de finísimo encaje; en ésta un anticuario muestra en el escaparate alguno de los preciosos objetos de arte, que atesora en la trastienda; en aquélla un tendero de géneros de sedas, sentado en cuclillas, enseña sus novedades á un corro de muchachas que parecen indecisas á pesar de la persuasiva elocuencia del *akindo;* aquí se ve el despacho de un farmacéutico, luciendo por enseña una pirámide formada con esferas de diferentes colores; allí un almacén de *tcha,* té, cuyas paredes desaparecen tras apretadas filas de relucientes botes de estaño, colocados en vasares, y por todas partes hay tiendas de juguetes y muñecas para los niños, de perfumes, afeites y adornos para el peinado de las mujeres, de telas, de sandalias, depósitos de arroz y comestibles, pescaderías, fruteros, hosterías, *O-tcha-ya,* casas de té y *Oyuya* establecimiento de baños.

Una muchedumbre pintoresca, cortés, sonriente y afable,

Digitized by Google

en la que predominan las mujeres artísticamente ataviadas y niños muy aseados, circula por las calles, saludándose con ceremoniosa cortesía, hablando quedo y sin meter más ruido que el necesario para andar con sus sandalias de madera lacada.

Mezclados y confundidos, andan por las calles, la graciosa y elgante *musmé*, muchacha, que va á tomar el baño acompañada de la vigilante dueña, el altivo *samurai*, de trágico andar, que va en busca de aventuras; el místico *bonzo*, monge, de afeitada cabeza, que va recitando oraciones y pidiendo de puerta en puerta; el *doctoro-san*, médico indígena, que hace su visita en *yin-riki-sha* *, arrastrado como una flecha por dos veloces *kurumá;* la *gueisha*, bayadera, que va ó viene de una fiesta, seguida por su criado llevando el *shamisen*, guitarra y en una bolsa de seda, como la usada por los letrados en España para la toga y el birrete, los trajes que la diva cambia durante la representación; el acompasado *yakunin*, funcionario público, que se dirige al *Ken-cho*, Gobierno; el indígena maestro culinario, á cuyos talentos en el arte elevado á ciencia por Brillat-Savarin, en la *Physiologie du goût*, ha confiado un europeo la alta misión de regalar su apetito, que viene del mercado vestido á la usanza del país, pero sin abandonar ni un momento el distintivo de su elevada categoría, el clásico gorro blanco de cocina; y los centenares de niños que por todas partes hormiguean, pero sin molestar, reñir, ni llorar, felices y dichosos con sus cultos juegos.

Todos cruzan respetuosos saludos, se inclinan los unos ante los otros y se hacen galantes cortesías, demostrando que el Japón es el país más cortés y ceremonioso de la tierra ó como ha dicho con frase feliz un diplomático †, «un popolo senza plebe».

Dejándose llevar por la corriente que forma esa extraña muchedumbre, después de atravesar calles, campos y cana-

---

* «Hombre-fuerza-carro», cochecillo de dos ruedas tirado por uno ó más hombres llamados kuruáa.

† «Il Giappone del 1889».— Relazione di Renato de Martino.—Regio Ministro á Tókio.

Digitized by Google

les sobre encorvados puentes de madera, donde producen prolongado redoble las sandalias de los transeuntes, llégase á Honcho-dori, calle principal de la ciudad japonesa, donde se venden todos esos objetos tan apreciados en Europa, como porcelanas, marfiles lacas, armas, telas, bronces y muebles, en tiendas, si no tan lujosas como las de Londres y París, muy típicas y características.

Cerca de esta calle está el barrio alegre de la ciudad japonesa, donde la gente acude á gozar de la existencia.

Se encuentran allí los teatros, con sus enormes cartelones representando la escena más trágica y culminante de la obra dramática en boga, engalanados con flotantes gallardetes y banderolas, cubiertas de enormes caracteres chinos, que anuncian la representación; las salas donde un orador profesional da conferencias históricas ó narra cuentos ante un auditorio, en su mayoría femenino, que escucha con religioso silencio ó se desternilla de risa, según sea trágico ó cómico el asunto relatado; los barracones improvisados donde equilibristas y escamoteadores hacen maravillas, que aún más nos sorprenden á los europeos, que á los indígenas; las palestras para las luchas á brazo partido entre verdaderos colosos, producto de una raza especial, y cien otros pasatiempos á que tan aficionado es el pueblo japonés, sin disputa uno de los que más les gusta divertirse y se deleitan más con las recreaciones y fiestas.

La afluencia de gente es grande en este barrio, la concurrencia numerosa en todos los espectáculos, el entusiasmo por divertirse, se ve pintado en las fisonomías, y toda esa multitud de seres, felices porque han podido reunir unos pocos céntimos con que permitirse el lujo de un día de fiesta, se mueve sin ruido, entran donde más les place, sin apresuramientos ni darse empujones, se colocan en sus sitios con la mayor compostura y gozan de la vida, sin pensar en el terrible mañana.

En un país donde la existencia está siempre amenazada por cataclismos, epidemias ó asechanzas ¡quién puede asegurar, que vivirá al siguiente día!

Digitized by Google

Los japoneses lo entienden así y con esa indiferencia por el morir ó desapego á la vida que asombra á los occidentales, mientras existen, se deleitan cual verdaderos sibaritas, en apurar la copa de los placeres terrenales, sin preocuparse del mañana.

De modo, que la compleja idiosincrasia japonesa, ofrece una singular é indefinible mezcla de fatalismo oriental, epicureísmo en el vivir y estoicismo en la muerte, que contrasta con el pesimismo occidental, sintetizado por Leopardi en estos versos descorazonadores:

«..... Fantasmi intendo
son la gloria e l'onor; diletti e beni
mero desio; non ha la vita un frutto
inutile miseria.»

Cual imprescindible complemento al barrio de las alegrías y diversiones populares, en la inmediata colina de Nongueyama, los aficionados á otros placeres, no menos lícitos en el Japón, que tolerados en todas partes, hallan profusión de *O-tchayas,* donde sirven el té sacerdotisas de Benten, Diosa del Amor, cuyo templo se levanta en la cima dominando la Ciudad, sobre el suburbio de Kanagawa donde se firmaron los tratados, que sacaron de su amodorramiento feudal y asiático al Imperio de la Mañana.

Los tratados... ¡ah! sí; mas para qué meternos en honduras, si aún no hemos podido recoger más que las primeras impresiones, viendo tan sólo deslizarse ante nuestra vista como una serie de cuadros de linterna mágica, esa espléndida naturaleza exótica y esa singular raza, cuya civilización y costumbres causan maravilla, hasta el punto de arrancar á algún viajero entusiasta, la siguiente exclamación: «este es el Paraíso terrenal!»

Para no juzgar caprichosamente, sino con verdadero conocimiento de causa, procedamos con método y antes de lanzarse á viajes de exploración, para analizar las costumbres de un pueblo que desde el primer día encanta, preparémonos con el estudio, á familiarizarnos con su lengua, á fin de poder

Digitized by Google

investigar sus creencias, hábitos y supersticiones y estudiémosle teóricamente en todas sus manifestaciones, para que en el examen práctico no surjan obstáculos ni lamentables contrariedades.

Adoptado este sistema, como el más lógico y racional para sacar algún provecho de la estancia en el Japón, fué nuestro primer cuidado instalarnos definitivamente en un *bungalow* ó villa, situado en el Bluff, no lejos de la Legación de España, con espacioso jardín y deliciosas vistas sobre las dos bahías de Yedo y Mississippí, donde, rodeado de cuantas comodidades ofrece el Extremo Oriente, transcurrieron los primeros meses, leyendo las mejores obras publicadas sobre el Japón y aprendiendo su lengua, idioma nada fácil para los europeos.

La primera dificultad con que tropieza el occidental al emprender el estudio de la lengua japonesa, es, que careciendo el japonés de escritura propia, han adoptado los caracteres chinos, que son monosilábicos, imposibles por lo tanto de adaptar á un idioma polisílabo; con lo cual resulta, que por carecer de alfabeto y silabarios, tienen que emplear jeroglíficos para escribir.

Llaman *Kata-kana* á esta escritura fraccionada, porque para cada palabra japonesa, polisílaba, tienen que emplear dos ó más signos ideográficos chinos, cada uno de los cuales representa y significa una palabra china monosílaba, dando lugar con esto á tal confusión, que un documento japonés escrito en chino, leído por dos personas diferentes, pueda tener dos sentidos completamente distintos, porque todo depende de que hayan adoptado para leer, el procedimiento *yomi*, que consiste en traducir los signos usando de palabras japonesas, ó el *koyé*, según el cual se descifra pronunciando en chino.

El Kata-kana, por las dificultades que encierra y los muchos años de estudio que requiere el aprender algunos de los 80.000 signos de que se compone, es la escritura sabia, de los letrados, de la clase noble, del Estado y de la que se sirve el Uai-bu-sho, Ministerio de Negocios Extranjeros, para entenderse en su correspondencia oficial con los representantes diplomáticos allí acreditados, quienes para llegar á saber lo

Digitized by Google

que contienen aquellas larguísimas tiras de finísimo papel, cubiertas de indescifrables jeroglíficos, necesitan armarse de paciencia y dar tiempo á que los numerosos intérpretes europeos y letrados indígenas que tienen todas las cancillerías, discutan el asunto y lleguen á ponerse de acuerdo sobre lo que dice la nota.

Las divergencias entre los sinólogos, son á veces tan grandes, que, en mi tiempo, al descifrar una nota relativa á una deferencia pendiente, sobre el cementerio europeo de Yokohama, hubo letrados é intérpretes obstinados en sostener, que se refería á la debatida cuestión de la revisión de los tratados. Para saber á qué atenerse, fué preciso acudir al propio manantial, al Uai-bu-sho, preguntando lo que habían querido decir.

Allá en el siglo VII, un sabio bonzo llamado Kobo-dai-shi, animado del mejor propósito y deseando obviar las insuperables dificultades del *Kata-Kana,* para que la escritura se difundiese por el Japón, después de grandes trabajos logró simplificar este sistema, entresacando de la escritura ideográfica china diez y ocho caracteres con valor fonético, con los que formó el silabario *jira-kana*, que es el más usado y conocido por las clases populares japonesas *.

Si las dificultades que presenta la escritura son inmensas para todos, no dejan de ser grandes para el europeo las de la lengua hablada, porque el japonés, careciendo en realidad de artículos, géneros, preposiciones y conjunciones, así como los verbos de conjugaciones y hasta de declinaciones los nombres, puede casi decirse, que no tiene gramática.

Como la sintaxis es diametralmente opuesta á la de las lenguas indo-europeas, pues empiezan á construir la frase por donde nosotros la concluímos, el occidental que no está muy familiarizado con el japonés, necesita llevar á cabo una serie de operaciones intelectuales antes de poder emitir un pensamiento ó construir una frase; en primer lugar, hay que tra-

---

* Para la inmensa mayoría de la Nación, el *Kata-Kana,* es una serie de jeroglíficos, tan indescifrables como para los europeos.

Digitized by Google

ducir las palabras, luego invertir el orden y por último, para que resulte inteligible, construir la frase con arreglo á la sintaxis de su lengua ó la del japonés, según hable ó escuche. Basta con lo dicho, para hacerse cargo de lo fatigosa y cansada que es una conversación entre europeos y japoneses, ya se hable su idioma ó éstos empleen los nuestros.

La lengua japonesa, que como se ha dicho es pobre y ofrece la singularidad, de carecer de sonido fonético correspondiente á nuestra *L*, pertenece al grupo de las aglutinantes, ó sean aquellas á cuya radical, que permanece inflexible, se conglutinan terminaciones ó partículas, para dar sentido á la frase é indicar el tiempo, persona, número y caso.

No tiene ninguna analogía con el chino, comprendido en el grupo de las monosilábicas, ni punto de contacto con las lenguas de flexión, derivadas del sánscrito, como el latín y el griego, que forman el tercero de los tres grandes grupos, en que se han dividido las lenguas habladas por el género humano. Con las únicas que tiene alguna afinidad, es con la tártara y mongólica.

La primitiva insuficiencia y tosca imperfección del habla japonesa, fué modificada en parte por la influencia de la literatura China, desde la expedición militar á Corea, en tiempo de la Emperatriz Yingu-Kogó y por el contacto con los europeos, en los siglos XVI y XVII, en la época anterior á la expulsión, los cuales han enriquecido la lengua con un numeroso caudal de palabras, que hoy facilitan las relaciones intelectuales.

Por esta razón, los japoneses escribiendo y sobre todo hablando, se sirven continuamente de palabras chinas, españolas, portuguesas, holandesas é inglesas, que recuerdan el paso por el Japón de los Misioneros españoles y aventureros de otros países, que en siglos atrás visitaron el Imperio de los Mikados.

Actualmente, desde que están otra vez en contacto con la civilización occidental, el idioma japonés se ha asimilado gran número de palabras técnicas, necesarias para designar todos los adelantos introducidos en el país por los europeos.

Digitized by Google

Pero aun así, el japonés resulta deficiente para expresar con claridad y precisión las ideas, é inadecuado para el raciocinio, la abstracción y el análisis intelectual.

De aquí, que, los japoneses que se proponen seguir una carrera científica ó literaria, en las Escuelas y Universidades montadas á la moderna, se vean precisados á comenzar por aprender una lengua europea, que haga accesible á su cerebro el raciocinio, base en que se funda nuestra civilización, de la cual seguirán siendo tributarios mientras no perfeccionen el imperfecto vehículo del pensamiento de que disponen, y no hagan un alfabeto, adoptando la escritura latina.

Dicen, que á esta necesaria innovación se oponen dificultades invencibles, pero si no las superan como tantas otras que han logrado allanar, siempre el pueblo japonés tendrá que luchar con ese gran inconveniente.

El caso es, que según opinión de propios y extraños, se hallan en estado de atraso en cuanto al vehículo del pensamiento, y lo que es peor ni aun tienen una escritura adecuada al género de su lengua, viviendo de prestado con los primitivos caracteres ideográficos de los chinos, que no se adaptan á una lengua polisílaba, obligando con esto á las Legaciones allí acreditadas, á tener no sólo intérpretes para la lengua, sino que también letrados indígenas para descifrar los jeroglíficos, en que estaban escritas las notas, las comunicaciones oficiales y hasta los convites de la Corte.

Es decir, que aunque el diplomático ó el extranjero comprenda y hable la lengua, siempre necesitará de uno que le lea en japonés, los jeroglíficos que contiene todo escrito, porque son para nosotros tan indescifrables, como una inscripción cuneiforme.

Consecuencia inevitable de esto era, ese mal necesario, esa calamidad de los países de Oriente que se llama el intérprete, cuya misión sería convertirse en una máquina de traducir, pero que en realidad sólo sirve para embrollar las cuestiones con el santo fin de hacerse imprescindible y practicar el adagio que dice: «á río revuelto ganancia de pescadores», ó de intérpretes.

Digitized by Google

Ya que en el terreno oficial había que sufrirlos, en los asuntos particulares buscamos la emancipación de su insoportable tiranía, comprando la libertad, al precio de aprender el japonés.

Á fuerza de estudios y hacer temas con un letrado japonés, de practicar continuamente el idioma y de aprovechar toda ocasión de aumentar el caudal de palabras, en dos meses de incesante labor, llegamos á conocer lo bastante para poder internarse en el país, con objeto de admirar los encantos de aquella naturaleza, y observar de cerca, donde aún no hubiese llegado la influencia de la civilización occidental, las costumbres del pueblo más curioso de la tierra.

Por vía de ensayo, antes de emprender más lejanas correrías, para probar las fuerzas lingüísticas, inauguramos una serie de excursiones á los pintorescos alrededores de Yokohama, visitando los templos de las cercanías, entrando á descansar en las «casas de té», que al paso se hallan por do quier en los caminos, frecuentando los teatros de Tókio, las fiestas de *gueisha* y asistiendo á las romerías que á diario había en las inmediaciones, para celebrar la fiesta de algún *bonzo* muerto en olor de santidad.

De este modo se practicaba la lengua, iniciándose en los hábitos del país y se hacía grata una existencia, que, sin esos pasatiempos, fatalmente hubiera sido monótona.

En los días claros, cuando el sol brillaba en aquel cielo azul, inundando los frondosos bosques y los verdes arrozales, con sus rayos de luz y calor, la peregrinación era á un templo de la montaña, para conversar con los bonzos, ó á las «casitas de té» perdidas en la playa entre flores, bambús y cedros, para oir los lamentos del *kotó*, instrumento que produce sonidos parecidos, pero más dulces aún que los del arpa; y en los de eterna lluvia buscaba refugio en los teatros, que ofrecían entretenido asilo contra el tedio de esos días tristísimos.

Gracias á ese régimen de continua actividad, con arreglo al plan propuesto y sin desmayar seguido, nunca sucumbimos á la nostalgia en que suelen caer tantos europeos, que

Digitized by Google

su profesión les obliga á residir en el Japón. Todo por el contrario, guardamos de aquel apartado país, inolvidables recuerdos, que con el tiempo y la distancia, han tomado ese carácter vago é indefinible, esa forma fantástica y poética, que todo lo embellece é idealiza.

Digitized by Google

LA VIVIENDA Y SUS MORADORES

De los viajeros que han visitado el Japón, publicando luego libros, como resultado del estudio que hicieron así del país como de sus costumbres, historia é instituciones, la generalidad se declaran apasionados admiradores, describiéndole como nueva tierra de promisión.

Hay sin embargo algunos escritores, que dejándose arrastrar por el rencor de ofensas personales, recibidas del Gobierno japonés, á cuyas órdenes y sueldo servían, tratan de ridiculizar ó deprimir este país, poniendo de relieve sus defectos y callando lo que de bueno encierra, al mismo tiempo que le juzgan en todas sus manifestaciones con un criterio absolutamente exclusivista y parcialmente occidental, sin tener presente la diversidad de climas, países, razas, leyes, religiones, costumbres y necesidades, que hacen del hombre amarillo, la antítesis del blanco.

Porque el Japón no es solamente nuestro antípoda geográficamente considerado, lo es también física, moral é intelectualmente.

Por eso, el viajero, que no puede dictar nuevas leyes á la sabia naturaleza, creadora de las diferentes razas que pueblan la tierra, debe limitarse á exponer con precisión, verdad é imparcialidad, lo que ha visto ú observado, sin pretender medir con el mismo rasero moral, á los pueblos más apartados y heterogéneos, dejando al lector en libertad de ejercer las funciones de jurado, para que emita el veredicto.

Para comprender el carácter audaz, temerario, insensible al dolor, indiferente al día de mañana y amante de los goces del presente, del pueblo japonés, preciso es tener en cuenta las

Digitized by Google

tremendas vicisitudes naturales por que ha pasado y el clima en que se ha desarrollado la raza.

No se deben perder de vista esas dos circunstancias esenciales, que por sí solas explican el por qué de la diferencia radical, que en todo les hace distintos de nosotros; ni tampoco que de ellos nos separa, todo el espesor de la tierra.

Así, por ejemplo: en Europa, la vivienda sintetiza una raza, un país, una civilización, porque la vida de familia se desarrolla dentro de los macizos muros de la casa solariega, en derredor del santo hogar, asilo inviolable; mas en el Japón, que no existen casas propiamente dichas, sino tinglados de madera para guarecerse en tiempo de lluvias, abiertos por el día á los cuatro vientos y sólo por la noche cerrados con unos tableros, la vida íntima de familia, no puede existir.

La casa es allí un refugio transitorio, un albergue provisional contra las inclemencias del tiempo, que un terremoto, el fuego ó un ciclón, hacer desaparecer instantáneamente.

Tres veces en cada generación, calculan los japoneses, queda reducida á ceniza la efímera y pasajera vivienda, y con la misma indiferencia la ven ser pasto de las llamas, que hundirse en los abismos de la tierra ó ser arrastrada entre las ráfagas de un *taifun*. Aquel techo que le cobijaba, no tenía para él ningún recuerdo, no encerraba ninguna tradición de familia, ni sus padres murieron allí ni él nació bajo su protección.

Más que una vivienda, es la casa japonesa, un cenador formado con cuatro pies derechos, que sostienen un ligerísimo tejado de láminas superpuestas de finísima madera, donde no hay paredes ni tabiques interiores y hacen este oficio unos bastidores corredizos de papel, que por la noche sustituyen con tableros.

En los días claros, desaparecen los bastidores y la casa queda reducida al tejado, que protege un rectángulo cubierto de *tatami*, esterilla rellena con paja de arroz, que por el día sirve de comedor, despacho, obrador, oratorio, etc., y por la noche de dormitorio general, dando lugar á que con

Digitized by Google

la promiscuidad de diferentes edades, sexos y condiciones, en el forzoso contacto en que viven, el pudor, en la acepción europea, sea desconocido en el Japón.

Contrasta con lo frágil y deleznable de la vivienda, la estabilidad de la familia japonesa, sólidamente constituída sobre la piedra angular de la autoridad del padre, jefe supremo é indiscutible y señor absoluto de vidas y haciendas, que goza * de todos los derechos que los pueblos antiguos concedían á los cabeza de familia. A la muerte del padre, el hijo mayor le sucede en todos los derechos y todos los individuos de la familia le obedecen como jefe.

La mujer, en quien las doctrinas búdicas no reconocen alma y que no tenía personalidad, es en la familia, hija cariñosa y obediente, siempre dispuesta á sacrificar hasta sus más caras ilusiones por sus padres, ó esposa complaciente y sumisa, siendo en cambio tratada por el jefe de la familia, sea cual fuere su estado y edad, con la consideración y dulzura que usan para con los niños.

Dadas estas condiciones y añadiendo que el sentimiento del amor, no traspasa por lo general, los límites del deseo, fácilmente se comprenderá, que no sean las pasiones platónicas las que conducen al matrimonio.

Se casan, los unos por conveniencia, los otros para perpetuar un nombre ilustre, y los más para tener hijos que á su muerte les cierren los ojos y practiquen las fúnebres ceremonias, piadoso deber para con sus padres, que los japones cumplen religiosamente.

Al cambiar de estado, la mujer plebeya que como soltera pudo ser vendida por el padre para subvenir al sostenimiento de la familia, llena los deberes de esposa legítima, como la más hacendosa y trabajadora de sus congéneres, en tanto que la mujer noble, la del *samurai*, tiene los suyos limitados á adivinar los pensamientos de su dueño y señor.

---

* Por más de que en los últimos años se han promulgado códigos reformando la antigua legislación en sentido occidental, han procurado armonizar las modernas tendencias con las instituciones tradicionales del país, respetando los fundamentos de la sociedad japonesa y entre ellos la constitución de la familia.

Digitized by Google

Ambas á dos esposas esperan con ansia que la maternidad las haga acreedoras al más preciado privilegio entre el bello sexo, lacarse los dientes de negro y afeitarse las cejas, consumando asi el sacrificio de su belleza, en aras de la felicidad conyugal.

Esta singular manifestación de renuncia del mundo, sus pompas y vanidades, desfigura de tal modo, aun á la mujer más hermosa, que, indudablemente debe influir no poco, juntamente con la circunstancia de la edad temprana en que se marchita allí el bello sexo, en las veleidades de los maridos japoneses.

Y cuando la mujer adivina una manifestación de ese espíritu, en lugar de apelar al procedimiento de la coquetería, se somete á los caprichos de su señor, apresurándose á descubrir cuál sea la persona objeto de las galanterías del marido, para buscarla, mas no con ánimo fiero é impulsada por la venganza, sino para brindarla con un puesto en la familia.

Cumple su misión sin rebajamiento ni humillarse, ya que su deber es adivinar los deseos del señor y si como suele suceder, logra persuadirla, se la ofrece al marido en calidad de *mekake* ó concubina.

La complaciente esposa, con tal de ver dichoso al marido dentro del *yashiki,* y de que no tenga devaneos fuera de la casa, todo lo sacrifica á la paz conyugal.

No se crea por eso, que cada nueva favorita entra en la familia con la tea de la discordia en la mano; todo lo contrario, entre la mujer y las *mekake* reina la más perfecta armonía, pues todas aspiran á un fin común; hacer grata la existencia del señor, cuyos favores no se disputan, sino que acogen cual elevada y honrosa prueba de distinción.

Dentro del gineceo, donde no impera más voluntad que la del señor, están desterradas las pasiones, como el odio, la envidia, los celos, la ira y no reina más que la dulzura, la cortesía y la abnegación.

Hay que reconocer, que la poligamia en el Japón, por el modo como ha estado constituida la sociedad, no engendra-

Digitized by Google

ba rivalidades ni daba lugar á disputas, que hubieran sido severamente reprimidas; lo que hacía era desarrollar un afecto fraternal entre las varias mujeres unidas por la comunidad de intereses, con relación al marido, quien á su vez no hacía marcadas deferencias ni distinciones depresivas entre ellas.

La mujer y las *mekake,* participaban de igual modo en las diversiones, acompañando al señor en las fiestas públicas ó privadas.

En primavera cuando florecen los árboles y los cerezos parecen escarchados, por las menudas flores que cubren sus ramas, los parques de Tókio ofrecen un espectáculo encantador, que millares de familias van á contemplar con deleite.

El padre marcha á la cabeza, caminando lenta y majestuosamente, seguido á distancia de algunos pasos de la mujer, que lleva de la mano al hijo primogénito y detrás á iguales distancias y por riguroso orden de antigüedad, siguen las *mekake,* rodeadas de un enjambre de chiquillos. Todos recorren absortos y silenciosos, los paseos nevados por las flores, el padre sin volver jamás la cabeza, las mujeres acariciando á sus hijos y los pequeñuelos sin levantar la voz.

Los que más gozan en estas fiestas son los niños, graciosamente vestidos con amplias túnicas, calzados con diminutas *guettá,* sandalias, y peinados con todo género de dibujos, hechos por las madres con el cuchillito que sirve para afeitarles parte de la cabeza.

Desde el parque de Uyeno hanles prometido, llevarles al templo de Asaksa, para comprar juguetes á los *muskó*, varones, y á las hembras *musmé,* confites y muñecas ó como ellos dicen tomándolo del castellano, *competo* y *niño.*

En esa feria, más bien profana que religiosa, que pudiera llamarse «el paraíso de los niños», como califica al Japón en su libro, Sir Ruthorfod Alcock, Ministro que fué de Inglaterra, en los primeros tiempos de la apertura de aquel país, encuentran los felices japonesillos numerosas tiendas y puestos, donde hay á granel raquetas, volantes, pelotas, caballitos, muñecas, cometas y cuantos juguetes se han inventado, para entretener y hacer dichosos á los niños.

Digitized by Google

Las madres japonesas consiguen el ideal de la educación de sus pequeñuelos, reprendiéndoles con dulzura, premiándoles con juguetes, tratándoles con cariño y nunca jamás castigándoles con rudeza.

En nutridas bandadas, sin molestar á nadie, jugando entre ellos, sin reñir ni pegarse y lo que es más de admirar, siempre urbanos y sin lloriquear, corren en completa libertad, por calles y parques.

Mezclados andan los chicos con las niñas, siendo muy difícil el distinguirlos, no sólo porque usan el mismo traje y peinado, sino porque la mayor parte llevan un *akambo* ó sea niño pequeñito que las madres les colocan en la espalda, como una mochila viviente, que sujetan con el abrigo y unos tirantes cruzados.

Acostumbrados desde que empiezan á andar, á tener un muñeco de trapo en la espalda, cuando son ya mayorcitos, corren, saltan y juegan con su hermanito á cuestas, como si nada llevaran.

Los pequeñuelos así zarandeados, toman parte desde su nido en los juegos de los mayores, causando no poca sorpresa ver aquellas dos cabecitas, al parecer de un mismo cuerpo, que hablan y ríen.

Á fuerza de correr y saltar, el pobrecito rorro empaquetado, se duerme en su escondrijo y es de ver cómo voltea cual un badajo su cabecita, con los brincos que sigue dando el hermano.

En el Japón, se ven niños por todas partes, mas sus lugares favoritos son las inmediaciones de los templos, donde pululan verdaderos enjambres de japonesillos, que todo lo invaden, desde el altar en que se alza la absorta imagen de Shakka, hasta la sombría celda del ascético *bonzo,* en la confianza y seguridad, de que vayan donde quieran, serán de todos bien recibidos y agasajados.

Vuelven felices y contentos al hogar paterno al anochecer, y después de hacer un mimo á la *Obasan,* señora anciana, como llaman á la madre, se despiden con un respetuoso *sayonara* hasta el siguiente día.

Digitized by Google

Si algún niño se perdiera, lo cual pone en conmoción á toda la ciudad, no se tarda en encontrarlo, gracias á la previsión maternal, que en cuanto les dejan salir solos, les cuelgan del cinturón una bolsita, conteniendo el nombre y señas del niño y una moneda, para que las personas que lo hallaren puedan darle de comer. En honor de la moralidad japonesa, debe decirse, que aún no se ha dado el caso, de que hayan robado á un niño dicha moneda.

En cuanto tienen algunos años, los varones, sin distinción de clases, van á la escuela, que es pública, obligatoria y gratuíta, hasta que adquiridos los conocimientos de la enseñanza primaria, el noble emprende una carrera civil ó militar y el *chonin* ó plebeyo aprende un oficio.

Las muchachas, si pertenecen á las clases elevadas, reciben una educación en armonía con el rango que deben ocupar en la sociedad, y desde la niñez las inculcan los severos principios de la moral china, el respeto ilimitado á los padres, la indiferencia por la vida y sobre todo la indiscutible superioridad del hombre; las enseñan á leer y escribir, primero en *jira-kana,* despues el *kata-kana;* aprenden la historia y estudian la literatura nacional, algunas con tanto éxito, que las mejores obras literarias, se deben al genio de célebres poetisas, como Murasaki *, cultivan con notable gusto la música, el canto y el baile, no desdeñan el arte de saber agradar á los varones, en el cual no tienen rival, y antes se ejercitaban en el manejo de la alabarda, que es el arma femenil en el Japón.

No por ser hijas de pobres, las plebeyas dejan de recibir una educación esmerada y mucho más completa que la de las clases populares en Europa, en la que figuran el leer y escribir en *jira-kana,* conocimientos de historia, literatura, música y mímica, sin descuidar, por supuesto, el familiarizarlas con esa afabilidad cortés, esas maneras dulces y sumisas, que tanto admiran los extranjeros y de las que depende todo el porvenir de la mujer.

---

* Compuso el *Genyi Monogatari,* poema épico, que viene á ser la Iliada del Japón.

Digitized by Google

Las clases plebeyas, consideran el nacimiento de una niña, cual fausto acontecimiento de familia, no porque vengan á este mundo con un pan bajo el brazo, como se dice de los hijos en Castilla, sino porque con el tiempo, podrá ser el sostén de la casa y el báculo de la vejez. Día llegará, siendo bella, en que los padres puedan gozar de opulencia, fácilmente adquirida por la hija; y si la naturaleza no fué pródiga en dones para con ella, de sirvienta ganará lo suficiente para mantenerlos.

El tráfico y explotación de bellezas, es monopolio de poderosas sociedades, que realizan grandes beneficios comprando, por medio de expertos en futuras bellezas, niñas que los padres, agobiados por una numerosa familia, no pueden mantener.

Las adquieren por un puñado de dinero, de prometer hermosura, porque no se trata de filantropía, sino de realizar pingües ganancias por medio de un negocio; y las educan en una especie de Academias, donde bajo la dirección de varias *gueishas* jubiladas, aprenden el canto, la música, el baile, la prestidigitación, la manera de narrar cuentos alegres y la más refinada coquetería ó sea la manera de enloquecer á los hombres, sin herir su amor propio ni hacer concesiones, que pudieran lesionar los intereses de las compañías explotadoras.

Vigiladas cuidadosamente de cerca por las maestras, pasan los años de la infancia perfeccionándose en la ciencia del *ars amandi,* de que tan vastos conocimientos poseen las antiguas cortesanas, convertidas en hábiles profesoras, hasta el día en que llegan á la primavera de la vida y entran de lleno en ella bajo los auspicios de algún magnate, que generosamente resarce con creces á la sociedad, de los gastos ocasionados por la nueva *gueisha,* durante su educación.

Si la bayadera no tuviese la fortuna de dar los primeros pasos de su artística carrera, bajo una gran protección, que por sí sola la coloque entre las estrellas de primera magnitud, su misión, si no quiere incurrir en las iras del sindicato, es trastornar la cabeza de sus admiradores y mantener vivo

Digitized by Google

el sagrado fuego de las esperanzas, pero sin abrasarse en él, para aumentar los beneficios sociales.

Aunque este procedimiento es tan universalmente conocido, como practicado en todos los países habitados, en el Japón ofrece la particularidad, por la posición que ocupa la mujer, de que la explotación de las humanas debilidades, no se hace en provecho del agente explotador, sino en el de una colectividad mercantil, respetada y respetable.

Aquellas de la clase plebeya, á quienes la situación desahogada de los padres, las permite llevar una existencia más tranquila en el seno de la familia, después de haber aprendido cuanto la corresponde saber, ayudan á las faenas de la casa y conforme á los principios que las han inculcado, siempre se hallan dispuestas á sacrificar en beneficio de sus padres, el capital moral de su pureza, de la cual no se consideran dueñas, sino meras depositarias.

Así es, que toda hija de familia, si en un momento de apuro, el padre la vende, sigue, sin murmurar una sola protesta, al traficante en bellezas, sabiendo que la destinan á la mísera existencia de la *yoshiwara*.

La abnegación y amor filial es tan grande, que muchas, para salvar de un compromiso á los padres ó con objeto de allegarles recursos, no vacilan en sacrificar la pureza de su cuerpo, en holocausto de la familia: rasgo realmente sublime, que cantado por los poetas, idealizado tanto en la novela como en el teatro y elogiado por la prensa, inflama la imaginación de la fogosa juventud, dificultando la supresión de esos contratos inmorales, poetizados por la opinión.

El rasgo característico de la mujer japonesa, sea cual fuere su posición social, es la afabilidad y cortesía; la señora de elevada alcurnia, la *gueisha* famosa, cuyas sonrisas se disputan los más altos personajes, la graciosa *musmé* que vive, aparentemente, con los productos de una *abbaya*, tiro al blanco con arco y flechas, ó la humilde *koskai* que friega los suelos, todas se presentan sonrientes, alegres, al mismo tiempo que respetuosas y tienen siempre en los labios una palabra afectuosa ó amable para contestar: pero nadie como las *ne-san*,

Digitized by Google

sirvientas de las *Otchaya*, quienes con su clásico *¡Hee! tadaima,* en seguida, pronunciado con deliciosa monería, se han conquistado universal celebridad.

Después de haber visto á la mujer, la que entre nosotros personifica el hogar, echemos una rápida ojeada á los moradores de esas preciosas casas en miniatura, que hacen tan bien en el paisaje japonés, como son incómodas viviendas.

El género de vida que llevan, está regido por las exigencias del clima enervante en que existen y aunque no conocen las excelencias de la cama, pues duermen en el suelo sobre livianas colchonetas llamadas *pfutón,* son tan poco madrugadores, que no quitan los tableros que les resguardan de la intemperie, hasta bien entrado el día.

Proceden entonces, al aire libre, al más escrupuloso aseo de su persona, y cuando están limpios, frescos y arreglados, vuelven á tomar el desayuno, transformado ya el rectángulo de dormitorio en comedor, donde se sientan en cuclillas, en derredor de varias bandejas de laca con distintos manjares, de un cubo conteniendo el arroz, que hace las veces de pan, y de una tetera que pasa de mano en mano sin cesar, porque jamás beben agua pura. Comen silenciosa y pausadamente, sirviéndose de dos palitos que manejan con gran habilidad, beben el té en tazas diminutas y al terminar fuman hombres y mujeres tres ó cuatro pipas, en el microscópico *kiserú,* antes de calzarse las *guetta,* en la puerta, para ir á sus quehaceres ó negocios.

Al mediodía hacen la comida principal, compuesta del indispensable *gozen,* arroz blanco, de lonjas de pescado crudo, *shashimi,* rociadas con la salsa picante *sho-yu*, de legumbres en salmuera y de una hortaliza llamada *dai-kon,* semejante á un nabo gigantesco, que por comerla después de estar macerada, despide un hedor insoportable para el olfato del europeo.

Por la noche cenan iguales manjares, haciendo uso de frecuentes libaciones de *tcha,* té, ó *saki* cuando sus medios se lo permiten, y con el último bocado, van á la casa de baños, á zambullirse en agua cociendo, antes de irse á dormir.

Digitized by Google

En invierno, cuando sopla el helado viento del polo, y se les ve salir de la *oyuya,* envueltos tan sólo por un transparente *kimonó,* bata de algodón, y rodeados de la nube de vapor que desprenden sus cuerpos, sin poderlo remediar y aun estando arropado con una buena pelliza, se siente un escalofrío de horror.

Atraviesan la calle corriendo, llegan á su casa, encienden el *andon* *, y se acurrucan entre dos *pfutones,* poniendo el *jibachi* † á los pies, con objeto de contrarrestar la acción del frío que se filtra á través de los endebles tableros, á fin de poder dormir.

Durante el breve período en que se deja sentir el frío, que es húmedo y penetrante, á causa de las grandes nevadas, los japoneses no pudiendo combatirle, por la calidad de sus amplios vestidos de seda, con trajes de lana ceñidos al cuerpo, ni con estufas, incompatibles con sus casas de madera y papel, se guarecen de la baja temperatura, como las ovejas cuando llueve, formando un apretado corro alrededor del *jibachi,* sobre cuyas agonizantes brasas extienden todas las manos en demanda de un poco de calor. Acurrucados é inmóviles, permanecen días enteros, absortos en la contemplación del fuego, ó siguiendo con la mirada las espirales del humo. Nadie articula una palabra, todos están como aletargados y el único rumor que denota la vida, es el producido por el agua que hierve en la tetera; si alguna de las *musmé* abandona por breves instantes su puesto, luego vuelve encogida y con las manos escondidas en sus mangas perdidas, exclamando repetidas veces, con acento entrecortado, *¡taksan samuí, né!* qué frío hace, ¡eh!

Mas, llega la primavera y el sol con sus tibios rayos, despierta á la naturaleza del letargo invernal, devolviendo al propio tiempo á los japoneses, la vida y el movimiento.

Entonces se quitan los tableros, las casas quedan abiertas

---

* Lamparilla de aceite de colza con mecha vegetal, que usan hasta los mas pobres, en previsión de un terremoto.

† Braserillo como el *rescaldino* de las romanas, de que no se separan durante la estación fría, para calentarse las manos.

Digitized by Google

de par en par á la luz, el calor las inunda y los moradores viven al aire libre. Los niños corretean en el traje con que pintan á los amorcillos, los hombres se tienden sobre el *tatami,* para que el sol bañe sus torsos, sólo ceñidos por el *fundoshi,* en tanto que duermen ó sueñan. El bello sexo, con el *Kimonó* colgando desde la cintura y abierto hasta los pies, como las estatuas griegas, cultiva sus flores con admirable esmero, rasguea el *shamisen* ó lee alguna novela naturalista, ilustrada con grabados capaces de ruborizar al gayo autor del Decamerone.

Mas no se asuste por tan poco el pudor occidental, pues visitando el Japón, á menos de cegar, es preciso ver el desarrollo sucesivo de los cuadros que componen la vida japonesa, en todas sus manifestaciones.

Con la falta de recato en las costumbres, sucede al fin y al cabo, como con la parsimonia en el vestir, pues al poco tiempo la vista llega á connaturalizarse de tal modo con ese estado natural y primitivo, que la desnudez del cuerpo no causa allí más impresión, que en Europa puede ocasionar la de la cara ó las manos y ciertamente mucho menos, que la osada exhibición en teatros y salones, de atrevidos escotes.

Nada hay absoluto en esta vida, y hasta el pudor es relativo y acomodadizo, según se le analice á través del prisma oriental ó del convencionalismo europeo.

Los japoneses, que gozan de tanta y tan brillante luz durante el día, pues por algo llaman á su bello país el Imperio de la Mañana, cuando rápidamente y casi sin crepúsculo desaparece el radiante astro del día, quedan sumidos en la obscuridad, sin tener más medios de combatirla, que la mortecina luz de los candiles ardiendo en el *andon* y unos cirios vegetales, con mezcla de papel, llamados *rosuku,* que colocan dentro de esos globos de papel exportados por millones á Europa.

Bajo las sombras de esa incierta luz, se reunen las mujeres por las noches en una ú otra casa, como en las veladas de nuestros campos y mientras ocupan con alguna labor la actividad en los dedos que tiene la mujer en todas las latitudes, escuchan de labios de alguna *Obasan,* cuentos é histo-

Digitized by Google

rias en que los protagonistas son *oni,* seres maléficos que viven bajo forma humana en las montañas, la serpiente *kappa* que devora sus víctimas en el fondo del lago en que vive y cuantos animales fabulosos como el *Tatsu,* dragón, ha inventado la fantasía oriental, para amedrentar los espíritus crédulos y supersticiosos.

El efecto producido en el auditorio femenil por esos cuentos disparatados, que la narradora recita como artículos de fe, es curiosísimo, todas escuchan como fascinadas, una corriente magnética las agita simultáneamente en los pasajes culminantes, y sin poderlo remediar, se estrechan las unas contra las otras, como polluelos amedrentados, volviendo sin cesar la cabeza, temerosas de que se presentase un *oni.*

Cuando concluye la «vela», se retiran á sus casas las supersticiosas *musmé,* con la impresionable imaginación poblada de quimeras, dragones y demás seres fabulosos, y al caminar temblorosas detrás de su madre, creen va á salir de cada bambú un diablo ó que un mónstruo se esconde tras de cada piedra.

Quién sabe, si la graciosa y sencilla *musmé* no es más feliz, llevando la vida primitivamente patriarcal que engendra esos miedos infantiles y esas candorosas supersticiones, que su congénere occidental lo es, en medio del de una civilización poderosa, pero esclava del convencionalismo social, y gozando del más refinado sibaratismo, bajo esa espada moral que el egoísmo del hombre ha suspendido sobre su honra. *¡Chi lo sa!*

No ha de ser en estas páginas, donde se resuelva ese problema; le dejamos planteado, para que despeje la incógnita, el que escriba un libro filosófico sobre el Japón, siguiendo las huellas de estos «Bocetos japoneses».

Digitized by Google

PANORAMA DE TÓKIO

Tókio, la moderna Capital del Imperio, está situada frente á Yokohama, del otro lado de la hermosa bahía de Yedo. En los días que no hay bruma, desde el Bluff se divisa clara y distintamente la inmensa Ciudad, extendiéndose por todas partes, hasta confundirse con el horizonte.

Siempre que en mis paseos la miraba desde lejos, una fuerza de atracción me empujaba hacia aquellas oleadas de techumbres y vegetación, en que parecían flotar los encorvados tejados de sus templos y palacios.

Por las noches, mientras fumaba en la *veranda* de mi *bengalow,* la contemplaba muellemente reclinado en una de esas sibaríticas sillas-camas, tan sabiamente fabricadas por los chinos, para que se adapten á las ondulaciones del cuerpo, escuchando el himno gigante que la naturaleza del Oriente entona á la luna. Los insectos luminosos describían círculos de fuego al volar lentamente y titilaban las fulgurantes estrellas, brillando en un cielo de ardientes tonos.

Allá, á lo lejos, rielando sobre las aguas plateadas del mar, distinguía una mancha luminosa, de donde parecía venir el sordo rumor de una gran ciudad, confundido con melancólicos sonidos musicales, chasquidos de besos y murmullos de amor.

Cuando las miriadas de farolillos que alumbran las alegrías de Tókio, empezaban á palidecer, las músicas de las escuadras ancladas en la bahía, dejaban oir los majestuosos acordes de las Marchas reales, tocaban retreta trompetas y tambores, luego se oía un cañonazo y todo quedaba sumido en la obscuridad y silencio de la noche.

Las incansables chicharras, seguian aún entonando su

Digitized by Google

canto nocturno, en aquel ambiente tibio, cuando adormecidos los sentidos por los efluvios embalsamados del bosque, rendíase el cuerpo al sueño, dejando soñar al espíritu, con los goces y delicias que prometía la Capital.

Llegó, por fin, el tan ansiado día de visitar Tókio, de donde sólo me separaban dos horas, tiempo que se tardaba en recorrer en tren, las diez y ocho millas de vía férrea.

Al dejar la estación de Kanagawa, la vía, que sigue hasta Tókio la orilla del mar, pasa por Takashimacho ó sean los dominios de las sacerdotisas de Benten y saliendo luego al campo, recorre un pintoresco país cultivado con esmero, en el que alternan con los arrozales, los bosques de bambús en los valles, y en las colinas las aldeas con los templos.

En los caminos, labrando el campo ó aguardando la llegada del tren en las estaciones, por todas partes se ve gran número de hombres, mujeres y niños, aseados y ceremoniosos, de ese pueblo oriental, tan curioso como interesante, que tanta admiración nos causa.

Como si toda su vida hubiesen estado acostumbrados á viajar en ferrocarril, no gritan ni corren, suben á los coches haciéndose toda clase de reverencias, se instalan en la clase correspondiente al grado que tienen en la escala social japonesa, aunque sus medios de fortuna les permitan tomar coche salón, y después de mutuas y múltiples cortesías, desenvainan los *kiserú* y se ponen á fumar hombres y mujeres, departiendo amigablemente todos ellos.

En el compartimiento de primera clase en que viajaba con un amigo, había varios indígenas de ambos sexos y edades, que denotaban ser, por su porte y trajes, personas de calidad. Los hombres hablaban con mesura y esos modales distinguidos, peculiares á las gentes bien nacidas de todos los países, porque la buena educación no es privilegio exclusivo de un pueblo ó de una casta, es universalmente la misma en las gentes cultas de todos los países; y las damas, que indudablemente lo eran, sostenían una animada conversación, con esa alegría infantil que caracteriza á las japonesas.

Mi compañero, que, por llevar largos años de residencia en

Digitized by Google

el país, conocía bien la lengua y las costumbres, entró en conversación con los japoneses, después de las consabidas reverencias y uno de ellos, al saber que yo era recién llegado, me presentó á una de aquellas damas, muy joven y bella por cierto, que hablaba un poco de inglés.

Con una gracia y monería indefinible, la japonesilla me sirvió de encantador cicerone, explicándome todo cuanto la preguntaba y la historia de cuantos templos, monasterios y pueblecillos íbamos viendo.

Así recorrimos agradablemente la mayor parte del trayecto, hasta Shinagawa, estación dentro ya de Tókio, donde se bajaron tan amables compañeros de viaje, no sin recomendarme la bonita japonesa, que al salir el tren de la estación, me fijase en el parque del Príncipe de Nagato, como lo hice, quedándola muy agradecido por el aviso, pues en efecto es admirable el parque que rodea el *yashiki* del héroe de Shimonoseki.

Pasa la vía después, delante de preciosas casitas, verdaderos nidos de amor, cuyos jardines llegan al mar, donde numerosas flotillas de juncos navegan á velas desplegadas; y luego de haber visto descollar sobre el tupido ramaje del bosque sagrado, las doradas techumbres de los templos de Shiba, se llega á Shimbashi, en el centro de la Capital.

El número de viajeros desde Yokohama, considerablemente aumentado con los que entraron en las demás estaciones del tránsito y especialmente Shinagawa, formaba una verdadera multitud en el andén de Shimbashi, de aspecto extraño y brillante.

Daimios, funcionarios públicos, *samurai*, militares, elegantes *musmés,* mercaderes y campesinos, abandonaron sus coches respectivos, con tanto orden y compostura, como puede hacerlo en Ascot, ese público elegante, flor y nata de la sociedad inglesa, que asiste á las famosas carreras de caballos, dirigiéndose á la salida, donde á cada viajero aguardaban su familia, sus parciales á los politicos y una turba de admiradores á las *gueisha,* entre todos los cuales empezó un nutrido tiroteo de reverentes é interminables saludos.

Digitized by Google

Como la cortesía en las estaciones de ferrocarril, está en relación inversa de las probabilidades de posesionarse de un vehículo á la salida, nosotros *idyin,* bárbaros de Occidente, prescindimos hasta de los más rudimentarios principios de la etiqueta indígena y nos apresuramos á tomar *yin-rikisha,* esos ligeros cochecillos de dos ruedas, arrastrados por hombres.

Mi propósito era lo primero, ir á un punto elevado que dominase la ciudad, con objeto de contemplarla á vista de pájaro, y hacerme cargo de su magnitud y topografía, antes de entrar en ella; para lo cual, con decir, al montar en el sillón volante, Atago-yama, bastó para que partieran disparados los *kuramaya,* hombres jóvenes, ágiles y robustos, que arrastran los cochecillos, con tanta velocidad como el mejor trotón.

Aquellos hombres nos llevaron en desenfrenada carrera por larguísimas calles, en que alternaban con las tiendas y *kura*, almacenes incombustibles, los templos y «casas de té»; atravesaron bosques de arces, criptomerias y bambú y después de seguir largo rato, porque las distancias de Tókio son inmensas, la cerca del parque sagrado de Shiba, nos depositaron al pie de la escalera que sube al monte Atago.

En la cima hay una «casa de té», con una bien situada terraza, desde la cual se descubre claramente el grandioso panorama de Tókio, la capital del Este *.

La inmensa ciudad fundada por Iyeyas, se extiende hasta lo infinito, por una llanura ondulada, convertida en mar de verdura, sobre el cual los barrios populares, los monasterios y palacios, parecen bandadas de gaviotas, meciéndose en aquellas oleadas de exuberante vegetación.

Entre el matiz pálido del bambú y el verde obscuro de las criptomerias, se destacan pintorescamente confundidas, las obscuras manchas del caserío, sembradas caprichosamente al azar, desde la bahía, cuyas aguas brillan al sol con deslumbradores reflejos, hasta el río Sumidagawa al Norte, donde se confunden con las brumas lejanas del horizonte.

---

* Kioto significa, en cambio, Capital del Oeste.

Digitized by Google

En una colina central, dominando la ciudad, se alza el *Siro,* imponente ciudadela levantada por el primer Tokugawa, dentro de cuyas murallas moraba antes el Shogun, rodeado de los *Daimios* y ahora residen el Mikado, su Gobierno y el cuerpo diplomático allí acreditado.

Las ciclópeas murallas de esta fortaleza, sobre las que se admiran los añosos árboles plantados por el fundador, están rodeadas de profundos y anchos fosos, cuyas aguas, cubiertas en el verano por las hermosas y místicas flores del loto, en el invierno están pobladas por millones de ánades, protegidos en tiempos del Bakufú, por la ley que castigaba con pena capital, á todo el que atentase á los bienes del Shogun.

La aplicación de esta ley, con relación á los ánades del *Siro,* dió origen á un caso notable y digno de citar, por la clemencia y habilidad como la interpretó un juez inapelable.

Tiempos atrás, un niño que pasaba á lo largo de los fosos, jugando arrojó una piedra y por desgracia mató una de las aves, llegando el hecho á conocimiento del juez competente, quien, en vista del cuerpo del delito, y en virtud de lo que disponía la ley, condenó á muerte al muchacho; «pero si el pato no ha muerto,—añadió, dirigiéndose á los atribulados padres,—si tan sólo «estuviere aturdido por el golpe y mañana, después de haberle cuidado, lo traen vivo, absolveré al niño».

El acongojado padre, que tenía en sus manos el ánade, ya rígido y frío, no comprendió el espíritu de la sentencia del sabio juez y se deshacía en lágrimas; pero la mujer, con ese instinto sublime del amor maternal, súbitamente adivinó la intención de aquellas palabras. Salió del tribunal, llevándose el ánade muerto y al poco rato volvía, radiante de júbilo, con otro vivo, que había comprado en la primera pollería que encontró. «Ya ve, la dijo, con benévola sonrisa el juez, cómo no me engañaba yo, al confiar en que el ánade reviviría.»

Volvamos al Siro, de cuyos fosos nos ha alejado la narración del mencionado episodio jurídico.

Nada más fantástico y más ideal en el verano, que pasear-

Digitized by Google

se en las noches de luna á lo largo de los profundos fosos, donde se reflejan en sus aguas, cuajadas de flores y anchas hojas de loto, las macizas murallas, coronadas de magníficos cedros, y los elegantes vértices en forma de espolón.

De trecho en trecho se levantan ligeros miradores, cuidadosamente encalados, donde estaban los cuerpos de guardia, que bajo la plateada luz de la luna, parecen blancos fantasmas, guardianes del *Siro.*

Al poner el pie en el puente levadizo, el occidental que visita el *Siro,* se siente poseído de una emoción extraña, pensando que tras aquellas férreas puertas comienza el reino de lo misterioso, el antiguo baluarte del feudalismo, y el recinto habitado por el Tenno, «rey del cielo».

Hasta hace poco, el atrevido europeo que hubiera osado atravesar aquella poterna, donde debían haber escrito, la terrible sentencia *Lasciate ogni speranza voi ch'entrate,* hubiere pagado con la vida su temeridad, tan pronto hubiera sido descubierto por uno de los feroces *samurai.*

Dentro ya del *Siro,* después de haber atravesado cuantas obras de fortificación juzgaron necesario amontonar las Tokugawa por su defensa, se llega á una plaza de armas, donde vienen á morir dos anchísimas calles perfectamente rectas, formadas por los *yashikis* de los *Daimios,* á su vez verdaderas fortalezas, los cuales ocupan grandes extensiones de terreno, pues dentro de sus muros tienen, además de infinitas viviendas, suntuosos parques, jardines y hasta bosques con caza.

Los edificios exteriores, negros y sombríos, eran las viviendas de los *samurai,* vasallos del señor, y servían al mismo tiempo de cuerpos de guardia; en el segundo recinto habitaban los *Karó,* Ministros. El Príncipe tenía su *yashiki* particular, en medio de jardines, poblados de fuentes, kioskos, lagos y estanques con pescados exquisitos.

Defendido por las murallas del *Siro* y encerrado en obediencia á los reglamentos de etiqueta, dentro de las de su palacio, que contenía todo cuanto pudiera desear, el *Daimio* abandonaba rara vez sus dominios y cuando salía del *yashiki,*

Digitized by Google

era oficialmente, con todo el lujoso aparato y fausto de un gran señor oriental.

La arquitectura de los *yashiki,* de puro estilo japonés, sin estar influenciada por la continental china, es la misma de las tiendas de campaña usadas por los primitivos guerreros, dándolas un carácter definitivo y sustituyendo la lona con tablas y tejas; por lo cual, el *Siro* semeja un gran campamento fortificado, en el que se levantan las tiendas de los *Daimios,* en derredor de la del Jefe, que ayer era el Shogun y es hoy, constitucionalmente, el Mikado.

La uniformidad de los *yashikis* raya en la monotonía, porque con arreglo á las leyes de etiqueta todos son perfectamente iguales, de idéntica altura, el mismo color y siempre con el pórtico de entrada afectando la forma de un arco, en recuerdo de la antigua costumbre de los guerreros, de depositarle á la puerta del templo, como ofrenda, al volver de la guerra.

En las solitarias calles del *Siro,* ó sea la ciudad aristocrática, habitada exclusivamente por el elemento oficial, reina un aire de misterio y de majestuosa grandeza, sólo turbado por el andar trágico y solemne del *samurai,* vestido con el *jakamá,* amplio pantalón, únicamente usado por la clase noble.

Á primera vista, parece el *Siro* una fortaleza encantada, en la que habitasen seres invisibles y sobrenaturales; pero si el que observa los silenciosos *yashikis,* al parecer abandonados, tiene buena vista, pronto descubriría á través de las aspilleras, la escudriñadora mirada de un *kerai,* escudero, ó la cabecita de una curiosa *musmé,* que detrás de una cortina de bambú le sonríe.

Andando de calle en calle, sin ver á nadie, pero observados por los invisibles habitantes, llegamos á un inmenso campo de maniobras, donde estaban haciendo ejercicio varios regimientos de la guardia, organizados y vestidos á la europea.

La transición del Extremo Oriente, á la vida militar de los occidentales, fué tan brusca y rápida, que al ver aquellas tropas y al oir el toque de las trompetas y el redoble de

Digitized by Google

tambores, no sabía si soñaba con el Japón ó si real y efectivamente me hallaba en los antípodas.

En uno de los lados de ese gran cuadrilátero, está el Uaibu-sho, Ministerio de Negocios Extranjeros, instalado en un vasto edificio á la moderna; y contiguo al santuario de la diplomacia, Rusia tiene su Legación, dentro de un hermoso parque, donde gozan los individuos que componen la misión, además de la necesaria seguridad personal, de todos los privilegios de la extraterritorialidad y de los derechos de jurisdicción que les corresponden.

El Gobierno del Zar ha construído un magnífico Palacio para su Ministro y tantas casas, bonitas, cómodas é independientes, como necesita el personal técnico de secretarios, así como para los intérpretes, jóvenes de lenguas, Cónsul, Canciller y guardias de la misma.

A corta distancia de la Misión rusa, se hallan las Legaciones de Italia, Francia, Alemania y China, instaladas en buenas casas ó antiguos *yashikis,* arreglados interiormente á la europea y establecidas con más ó menos boato, en relación á los intereses que tiene en el Japón el país que representan, pero siempre con decoro y á la altura que requiere una misión en el Extremo Oriente, si quiere ser respetada.

Inglaterra *, á quien preciso es hacer justicia, considerándola como la nación que administra mejor, porque ha sabido llegar á la perfección con su sistema de pocos funcionarios, pero bien remunerados, ha construído en un punto hábilmente elegido, dentro de un magnífico parque amurallado, una suntuosa mansión para el Ministro. En un extremo del parque, para que no se molesten y gocen de independencia, hay dos elegantes y cómodos *cottages* para los Secretarios, y en el punto más conveniente, una espaciosa Cancillería, cerca de la cual están las casas de cada uno de los

---

* Esto fué escrito en el Japón, antes de que el autor hubiese visitado las colonias de este país en Asia y de haber residido varios años en la metrópolis, Londres, como Secretario de la Embajada de España en dicha Capital. Hoy, con la experiencia adquirida, se ratifica en su opinión, después de haber visto y comparado, las naciones más civilizadas.

Digitized by Google

numerosos funcionarios, desde el Cónsul, hasta los ordenanzas militares, con que cuenta el numeroso personal de una misión diplomática en Asia.

La práctica Inglaterra, ha comprendido como nadie, cuál es la manera de servir sus grandes intereses comerciales y políticos, concediendo todos los medios conducentes á ese fin á su Agente en el Japón, donde, por razón del clima y de la distancia, las comodidades son la vida para el europeo, y la ostentación, necesaria, imprescindible, para deslumbrar la impresionable imaginación de los orientales.

Es indudable que el construir una Legación digna de un gran país, causa gastos, pero como lós estadistas británicos tienen por principio, que no es posible recoger, sin antes haber sembrado, no fueron parcos en la semilla. Fruto de esa política fueron la preponderancia absoluta de su Representante, sin consejo del cual no tomaba medida alguna el Gobierno japonés y la supremacía del comercio inglés, cuyas ganancias pagaban con millones de creces, la suma que costara la Legación.

Si á esos medios materiales, se añade la habilidad y carácter entero del Ministro, la inteligencia de los Secretarios diplomáticos que le secundan, la modesta laboriosidad, gran conocimiento del país y de su lengua, de los Cónsules que le informan detalladamente sobre todo, y el apoyo de una formidable escuadra que siempre está á sus órdenes, no ha de extrañar ciertamente, la decisiva influencia que ejerció en los destinos del pueblo japonés, Sir Harry Parkes, á quien conocí en el apogeo de su omnipotencia.

Cuando la Corte imperial se trasladó á Tókio, el Gobierno, por indicación del Ministro inglés, ofreció ceder á todas las Potencias, solares donde pudieran edificar las Legaciones acreditadas en la nueva Capital; oferta que fué aceptada con verdadero apresuramiento por las naciones que tienen grandes intereses en el Extremo Oriente, como Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos y China y aun por otras que no los tienen ó son tan limitados como los de Austria é Italia, pero cuyos Gobiernos comprendieron la imperiosa ne-

Digitized by Google

cesidad, de que sus Representantes residiesen cerca del Soberano, en la sede del Gobierno, Capital del Imperio.

Para qué decir, que entre las naciones invitadas, lo fué también España y que no se aprovechó de la oferta, olvidando que por el imperio colonial que poseía en Oriente y por la proximidad de la Isla de Luzón al imperio japonés, debería haber aspirado, á que su Representante cerca del Soberano de un pueblo de más de cuarenta millones de habitantes, tan audaces como aguerridos, ejerciera entonces legítima influencia y hubiera seguido con escrupulosa atención, los importantes sucesos allí desarrollados, que tanto nos interesaban, por lo que pudieron afectar la posesión por España, del ahora perdido Archipiélago Filipino!

Con esa clásica apatía que nos distingue de todos los demás pueblos occidentales, donde la frase «Cosas de España» ha adquirido carta de naturaleza, para explicar lo inexplicable, ni aceptamos la oferta ni la rehusamos; no nos quisimos tomar el trabajo ni aun de contestar, dando lugar con tal incuria, á que España ofreciese el triste espectáculo, de tener su Legación instalada en una casucha ó en una Fonda de Yokohama, lejos de la Capital, entre las Agencias de buques, donde no reside el cuerpo diplomático y las noticias sobre la marcha política del Gobierno japonés, llegaban impresas en algún periódico oficioso, publicado por un aventurero europeo á quien los japoneses subvencionaban.

Para semejante resultado, hubiera valido más, no tener allí Legación.

Añádase que el representante de España no tenía la categoría diplomática de Ministro Plenipotenciario, que hasta Bélgica, Holanda y Portugal, conferían á sus Agentes, pues no era más, sino un modesto Encargado de Negocios, míseramente pagado, y fácilmente se vendrá en conocimiento, de la influencia que entonces pudiese España ejercer en el Japón.

Mas, felizmente, ese anómalo estado de cosas, ha sido modificado y aunque España perdió en el combate naval de Ca-

Digitized by Google

vite, el rango de potencia asiática, no por eso deja de tener importancia, nuestra representación diplomática cerca del Mikado.

La Legación de España en aquel Imperio, reside hoy en Tókio, la Capital y su dirección está actualmente confiada, á uno de nuestros diplomáticos de más valer, D. Luis de la Barrera, tan cumplido caballero, como meritísimo representante español.

En esa parte del *Siro,* donde flotaban eternamente al viento, las banderas de las naciones representadas en el Japón, menos la gualda y roja que ha sustituído al pendón de Castilla, la primera europea que vieron los japoneses de la edad de oro, vivían á su sombra y bajo su protección, además del cuerpo diplomático, los profesores, maestros, artistas y empleados europeos, del Gobierno japonés.

Cerca de las Legaciones, están los Ministerios, instalados la mayor parte en antiguos *yashikis* de los desposeídos *Daimios;* el Gran Estado Mayor General del ejército, magnífico edificio á la europea, que por estar tan sólidamente construído, es tanto más peligroso en los terremetos; numerosos cuarteles para los regimientos de la guardia, construídos con todos los adelantos científicos, por un arquitecto italiano y la fábrica de papel del Estado, que es un monumento notable, sin rival en su género y otros muchos edificios públicos.

El *Siro* viene á ser el Foro de Tókio, sólo que en lugar de amontonarse los unos sobre los otros, templos, palacios, y monumentos, están separados por espaciosos jardines ó parques inmensos, como el de Fukiague, una maravilla de buen gusto y de espléndida vegetacion, donde, dos veces por semana, se reunía el cuerpo diplomático á oir la banda militar de los *Kiododans,* regimiento de la Guardia, que ejecutaba, con primor música europea, bajo la dirección de un músico mayor alemán.

Para darse cuenta de la grandeza de la obra emprendida y terminada por Iyeyas, es preciso ir muchas veces y recorrer durante largas horas esa vasta extensión de terreno, que participa del campamento militar y de la ciudad aristocrá-

Digitized by Google

tica ó feudal, encerrada dentro de las murallas y fosos de la gran ciudadela de Tókio.

Contrasta con el misterioso silencio y grandiosa soledad que reina en la ciudad aristocrática, la animación, el movimiento y la alegría de los barrios populares y comerciantes.

Al volver á pasar los fosos del *Siro*, por el puente levadizo, la escena cambia por completo; en lugar de feudales palacios amurallados, se ven transparentes «casas de té» engalanadas con banderolas y farolillos, al *samurai* de trágico ademán, sustituye el desenvuelto *chonin* y el drama de alto coturno, se convierte en función de gran espectáculo.

Bajo los muros del *Siro* está Shimbashi, el barrio de los placeres aristocráticos, de las *gueisha* más en boga y de las mejores «casas de té», donde esas fascinadoras bellezas asiáticas acaban de trastornar las cabezas de sus admiradores indígenas ó europeos, ya muy turbadas por las frecuentes libaciones de *saki* ó del letal brevaje que llaman Champagne, con que rociaron el banquete de Lúculo, que precede á las fiestas de *gueisha*.

En sus animadas calles, todo es alegría y fiestas, las banderolas de las *O-tchayas* flotan perezosamente con la blanda brisa, retorciéndose y ondulando cual flexible cuerpo de bayadera; los faroles de papel se balancean como llamando á los indecisos, con sus grandes caracteres chinos, los lánguidos sonidos del *shamisen* acompañan voces melodiosas y apasionadas, que cantan amor y la gente que por ellas transita, no busca ni desea más, que beber á grandes tragos, la copa del placer.

Allí acuden los privilegiados de la fortuna, en busca de la *maiko*, bailarina, objeto de su pasión ó para saborear algún manjar exquisito, preparado por un gran artista culinario. Se cruzan por el camino con veladas *gueisha*, que seguidas por el criado, dirígense á las «casas de té», donde van á lucir su belleza, sus talentos y vestiduras primorosas, y les saludan respetuosamente, los servidores de ambos sexos de esos establecimientos, en que se rinde culto á Baco y á Venus.

Digitized by Google

Como Shimbashi es el centro de los placeres, frecuentado por los amantes de goces y delicias terrenales, los habitantes todos del barrio se dedican al lucrativo comercio de explotar las debilidades humanas, y sus casas son todas grandes *O-tchayas* con espaciosos jardines, donde han acumulado cuantos atractivos y encantos puede haber inventado una fantasía sibaríticamente oriental, ó diminutas viviendas de *gueishas,* que interiormente son modelos de gusto, riqueza y elegancia.

Á la puerta de cada casita de *gueisha* se balancea un enorme farol de papel, donde está escrito en chino, para mayor claridad, el nombre de la diva que, en medio del más refinado lujo oriental y rodeada de cuantas futilidades hacen dichosa la existencia de una mujer ligera, la habita, bajo la vigilancia de un Argos femenino en forma de dueña.

En esas doradas bomboneras deslizan su juventud, cual delicadas flores tropicales, cultivadas en invernadero; alguna vez reciben el homenaje de un privilegiado admirador, á quien su elevada posición y bien repleta bolsa, le colocan por cima de la costumbre, que veda la puerta de esas sacerdotisas, al común de los mortales, y pasan el tiempo, leyendo, probándose nuevos trajes, de los cuales tienen rica variedad, distraídas con la charla de otras bayaderas ó *musmés* que vienen á verlas vestir, operación muy curiosa, y cumpliendo con el mayor celo todos sus deberes religiosos.

Jamás una *gueisha,* supersticiosa como todas las artistas, saldrá de su bombonera para una fiesta, sin haberse prosternado repetidas veces ante sus dioses penates, con tanto fervor como una bailarina se santigua entre bastidores, antes de salir á escena.

¡La humanidad es la misma, en todas las latitudes y bajo todos los colores de epidermis!

Viven contiguos en Shimbashi, el placer y el ascetismo, pues allí donde concluyen los templos del deleite, comienzan los sagrados dominios de Shiba, dedicados al gran reformador, Buda.

Tanto es así, que los gigantescos árboles del grandioso

Digitized by Google

parque monasterial, proyectan su sombra sobre las últimas «casas de té», sirviendo de eslabón natural, entre lo divino y lo humano.

Una cerca alta y sólida, que casi pudiera llamarse muralla, rodea la ciudad religiosa de Shiba, situada en el centro de un magnífico bosque.

Las puertas exteriores son férreas y macizas como las de un castillo. Desde la principal, por la cual entramos, se alcanza á ver en el fondo de un sombrío túnel de ramas y follaje, el conjunto de los templos erigidos por la piedad de los Tokugawa.

Recorriendo la alameda formada por aquellos árboles seculares, que no dejan filtrar un rayo de luz, se llega á un segundo recinto, donde hay una puerta dorada, primorosamente esculpida, á la que los siglos han dado esa inimitable pátina del tiempo.

Llamamos, y mientras vino el *bonzo* portero, tuvimos tiempo de admirar la puerta del monasterio, que es una maravilla del arte.

El monje franqueó la entrada sin dificultad alguna y nos guió á través de un patio enlosado, donde se alínean doscientos *toró,* monumentales faroles de bronce, regalados al Shogun por los *Daimios.*

Entramos por el convento, habiéndonos descalzado previamente, según la costumbre oriental, y después de recorrer sobre finísimos *tatami* una larga serie de tránsitos, cuyas paredes son de brillante laca y los techos riquísimos artesonados, llegamos al interior del templo, donde reinaba luz incierta y misteriosa.

Difícil era en un principio darse cuenta de los tesoros artísticos que encierra el monumento, convertido en museo sagrado, donde están acumuladas maravillas del arte japonés, en bronces, esculturas, tallas doradas y pinturas, porque la obscuridad era tanta, que sólo se vislumbraba, como relámpagos, el reflejo metálico de las lacas.

Encendió el monje un cirio y á su luz mortecina, pude ver grandes placas de negra y roja laca, que revisten las paredes,

Digitized by Google

los magníficos bronces del altar, que es una hermosísima pieza de laca; los acabados bajo-relieves representando con arte inimitable, la fauna y la flora japonesa y los caprichosos arabescos que decoran aquel famoso monumento del arte.

Son tantas las minuciosas descripciones hechas sobre la riqueza artística de los célebres templos de Shiba, donde duermen el sueño de la eternidad, la mayor parte de los Shogun de la dinastía Tokugawa, que nos limitaremos á decir causan admiración y asombro.

Frente á este templo, estaban restaurando, otro llamado Zozoyí, incendiado en 1874 por una mano criminal, con donativos facilitados en gran parte por europeos amantes del arte japonés.

Lindando con el bosque donde está enclavada la ciudad religiosa de Shiba, se encuentra Takanawa, templo pobre, de mezquina apariencia y tosca arquitectura, pero célebre en todo el Imperio, porque recuerda el hecho más heróico, que registran los fastos caballerescos del Japón.

Takanawa sirve de tumba á los cuarenta y siete famosos *ronin,* de imperecedera memoria, que vengaron á su *Daimio,* cortando la cabeza de un Ministro del Shogun, causante de la muerte de su señor: y después de haber depositado el sangriento trofeo sobre el sepulcro de Asano, con un valor estoico y detalles que horrorizan, todos juntos procedieron solemnemente, á darse la espantosa muerte del *jara-kiri.*

Las peripecias de este terrorífico y espeluznante drama, una de las obras de repertorio del teatro japonés, son conocidas al detalle hasta por los niños en el Japón.

En su libro, *Tales of old Japan,* Mr. Mitford narra minuciosamente las aventuras de los famosos cuarenta y siete *ronin* y la tremenda batalla campal sostenida en el *yashiki* del Ministro del Shogun con sus vasallos, cuando por fin se apoderaron de él y le decapitaron. La tremenda escena final, en la que los implacables vengadores, con gran solemnidad y por su propia mano, simultáneamente se dan la muerte de los héroes japoneses, los cuarenta y siete *ronin,* está pintada con vivos colores.

Digitized by Google

Bajo las ramas de las corpulentas criptomerías que sombrean el templo de Takanawa, cuarenta y siete lápidas sepulcrales, en que están inscritos los nombres de los vengadores, recuerdan á los que suben á la colina en piadosa peregrinación, el sangriento drama de los *Chiu-shin-kurá*.

La glorificación de esas tremendas venganzas y el que se divinizase á los que las llevaban á cabo, al precio de su vida, pues, necesariamente, después de cumplidas, debían inmolarse por su propia mano, en holocausto del honor, para que la del verdugo no mancillase el nombre de una familia, era consecuencia natural de la máxima de Confucio, «no vi»virás bajo el mismo cielo, que el matador de tu padre», precepto adoptado por la nobleza japonesa, como principio de su código moral.

Un acto de valor temerario para vengar al padre, es decir al *Daimio,* que representaba el honor del Señorío, glorificaba al héroe que mataba para lavar con sangre una ofensa y luego se daba la muerte, para redimir su falta.

Digitized by Google

ESCENAS EN LA CAPITAL JAPONESA

Existe en Tókio un deplorable plagio de urbanización occidental, en una calle casi tan fea como interminable, llamada Guinza, donde hay un tranvía y puestos de vehículos indescriptibles, mitad carretelas mitad tartanas, desvencijadas, rotas y viejas á fuerza de haber rodado ¡quién sabe dónde! antes de venir á parar al Japón.

Esos vehículos vienen á ser, los ómnibus que recorren Guinza y las escenas á que dan lugar los aurigas indígenas, disputándose los favores del público son por demás cómicas y divertidas.

Desde el pescante prometen en discursos, dignos de un sacamuelas, mayor volocidad, baratura y seguridad, que sus rivales, á todos cuantos suban á su coche y en cuanto divisan un individuo que les parece buena presa, se lanzan sobre él, le agarran por el brazo y á viva fuerza, tratan de encerrarlo en el cajón con ruedas.

Pero no es cosa tan fácil como parece, secuestrar un pasajero, porque otro rival se presenta á disputarle la presa y entonces comienza una lucha sin tregua ni cuartel, para arrebatarse la víctima, que por su parte, no trata de defenderse; cada uno tira de un brazo como si quisieran dividírselo, ya que no lo pueden tener por entero, le estrujan y le mortifican, hasta que el vencedor mete en el coche al parroquiano, que se ha conquistado y dejándole custodiado por un muchacho, sigue dando caza á otros pasajeros.

Á fuerza de tiempo y de luchas, logra el conductor, no sólo completar su coche, sino verlo atestado de *bonzos,* soldados, mujeres y niños, algo así como uno de esos *corriccolo* napolitanos, en que se ven apiñadas todas las clases populares; y

Digitized by Google

después, de haber abarrotado el vehículo con el cargamento humano, comienzan los supremos esfuerzos de sus agonizantes matalones, para poner en movimiento la pesada máquina, que amenaza deshacerse, por lo mucho que rechina y suena á hierro viejo.

De Guinza se pasa á otra calle aún más larga, que nuestros velocísimos *kurumá* tardaron una hora en recorrer, siguiendo unas veces la fila de *yin-riki-sha* y otras veces corriendo vertiginosamente, para ponerse á la cabeza de la gigantesca serpiente, cuyos anillos eran los innumerables cochecitos, que culebreando devoraban el espacio.

Por fin divisamos allá en el fondo, las copas de los árboles de Uyeno, y poco después, los infatigables *kurumá* se paraban ante la escalinata de piedra, que da ingreso al parque. Una hermosa alameda de añosos pinos y magníficas criptomerias, magnolias y camelias, cruzada por infinitos senderos poéticos y misteriosos, conduce á los templos de Toyeizam, panteón de algunos Tokugawa, á través de monumentos de piedra y bronce, representando animales, emblemas, y dioses de la religión búdica.

Magníficos y suntuosos son en verdad los mausoleos donde reposan los restos de varios Shoguns, las pagodas y los templos de Uyeno; pero todas las obras humanas resultan mezquinas y pequeñas, ante la grandiosídad y sublime belleza, de aquella portentosa naturaleza.

La exuberancia de la vegetación, la frondosidad del parque y los escondidos lagos, cubiertos de lotos, hacen de Uyeno un paraíso frecuentado por los filósofos, amantes de la hermosa obra del Supremo Hacedor.

En una eminencia, cerca de una maciza torre de madera que encierra una colosal campana y suspendido sobre un precipicio cortado á pico, hay un kiosko-hostería á la europea, es decir con sillas y mesas, desde el cual se domina todo el panorama del hermoso parque y una buena parte de la Ciudad.

Bajo la *veranda* volada del kiosko, allá en lo profundo del abismo, que parece ser un cráter apagado, en medio de un

Digitized by Google

valle convertido en vergel, brillan las aguas de un misterioso lago, sobre las que surge un templo fantástico, del que parece salir el murmullo de las conversaciones de los gnomos con las náyades.

Es tan admirablemente hermoso el panorama que se divisa desde esa *veranda,* que las horas pasan allí sin sentir, pues donde se fije la vista ó donde la mirada repose, descúbrese un paisaje encantador.

Cuántas veces en los días que brillaba el sol en el puro azul del cielo, derramando torrentes de luz y calor sobre la encharcada tierra, he pasado tardes enteras en esa *veranda,* absorto en la contemplación del sublime espectáculo de la naturaleza, hasta que al anochecer, los *bonzos* me arrancaban de la Nirvana en que estaba sumido, con los lúgubres y prolongados tañidos de la colosal campana inmediata, tocando á la oración vespertina!

Camino del Sumidagawa, en cuyas orillas, como los templos egipcios en las del Nilo, se encuentra Asaksa, donde una tarde nos dirigimos en compañía de un amigo, para visitar ese célebre templo de Tókio, la suerte nos deparó la ocasión de hacerlo en compañía de unos japoneses, que desde lejos llamaron nuestra atención.

Los dos pertenecían á la clase noble, á juzgar por el traje y el porte, especialmente de ella, que llevaba el *jakamá,* prenda masculina sólo usada por las damas de alto rango, con el cual andaba gallarda y varonilmente, al lado del *Samurai.* La esbeltez y flexibilidad de su talle, el gracioso movimiento que hacía al andar con los anchos zaragüelles, lo erguida que llevaba la cabeza y esa aureola que rodea á la mujer hermosa, nos hicieron presentir, la proximidad de una belleza.

Apresuramos el paso y con el pretexto de preguntar cuál era nuestro camino, nos acercamos.

Mientras el *Samurai,* que luego resultó ser el padre, contestaba con gran afabilidad á la pregunta de mi compañero, pude examinar detenidamente la dama, notabilísimo ejemplar de belleza aristocrática japonesa.

Era alta y esbelta, de rostro ovalado, con ojos de dulce mi-

Digitized by Google

rada, grandes y rasgados; la nariz ligeramente aguileña, la frente atrevida y despejada, el cutis de un blanco mate aterciopelado, y la boca, los pies, las orejas y las manos diminutos; parecia una Madona del Sassoferrato, vestida con rico traje oriental.

Ellos también, dijo el *Samurai,* se encaminaban á Asaksa y con galantería nos ofreció guiarnos.

Gracias á lo que había aprendido del idioma, pude sostener una animada conversación con la bella japonesa, hasta llegar al templo, donde nos separamos con gran número de reverentes cortesías, creyendo por mi parte, que nunca jamás volvería á ver la bonita *musmé.* Afortunadamente no sucedió así, como más tarde se verá.

Estábamos en la puerta de tierra de Asaksa, nombre vulgar dado á la ciudad sagrada, donde está el templo dedicado á Kuanon, diosa de la abundancia, cuyo recinto es frecuentado por millares de devotos, que más van en pos de diversiones y placeres, que en busca de consuelos espirituales.

Por el *torí* ó arco de entrada, del cual penden los emblemas sagrados, tiras de papel y manojos de paja de arroz, que son allí los heraldos de la religión, entra y sale una marejada humana, compuesta en su mayoría de mujeres y niños engalanados con trajes de fiesta, que invaden una calle enlosada, donde hay infinitas tiendas, en las que venden toda clase de juguetes, peinetas ó *Kanshashi,* adornos para la cabeza de las mujeres, perfumes y afeites, libros, estampas, oratorios portátiles, imágenes de Buda, altaritos, oraciones impresas, escapularios, medallas, rosarios y mil objetos más, artísticamente colocados, para llamar la atención del público.

Al final de esa calle de feria, está el inmenso pórtico de madera lacada, donde hay dos estatuas colosales representando los *Ni-do,* diablos gigantescos, pintado el uno de verde y el otro de encarnado, que en actitud amenazadora, con los músculos contraídos y horrible expresión, imponen respeto á los que pasan los sagrados umbrales.

Los guardianes del templo tienen también sus devotos, que les ofrecen *uaradyi,* sandalias de paja, de tamaño colo-

Digitized by Google

sal, aún mucho más grandes que los enormes pies de los *Ni-do.*

Guarecidas de la intemperie, bajo el ancho alero del pórtico, varias ciegas imploran la caridad, tocando con gran maestría en el *Kotó,* instrumento que da sonidos tan dulces y sonoros, lánguidas melodías, llenas de sentimiento y poesía.

Una de ellas ejecutaba con rara perfección y delicioso *amore,* algunos aires nacionales, tan parecidos á la música popular andaluza, que siempre que por allí pasaba me detenía á escuchar aquellas notas lánguidas y melodiosas, en recuerdo de aquella hermosa región, de la lejana tierra nativa.

Del otro lado del pórtico, en el espacio de terreno que le separa de las gradas del templo, se ve una elegante pagoda * de siete cuerpos, con su clásico remate de bronce, el cual, dicen, oscila describiendo grandes círculos, á impulso de los ciclones ó de los terremotos.

Hay además, en la plazoleta, fuentes ó pilas con agua lustral, donde los peregrinos se lavan las manos y la boca, caballetes con millares de tablitas, en que están inscritos los nombres de los bienhechores del templo, con la cantidad que han dado, un establo con dos jacas rucias, consagradas á Kuanon, una jaula con monos, tan sagrados como golosos y muchos puestos en que se venden objetos religiosos é indulgencias, por supuesto, sin incurrir en simonía.

Vuelan por allí bandadas de palomas, también sagradas, que vienen á posarse en la mano de todo el que las ofrece algo de comer, pues siendo tan respetadas como los célebres pichones de San Marcos de Venecia, basta la acción de extender el brazo, para que todo un bando caiga sobre la cabeza del que las brinda con unos granos de arroz.

El templo, construído á prueba de terremotos, es de madera lacada de rojo, con el característico tejado chino de aleros levantados en curva parabólica, de los cuales pende en cada ángulo una campanilla.

---

* Torre aislada, de estilo chino, construída con maderas en el Japón, á causa de los temblores de tierra. Fn China son de materiales más sólidos y hay algunas célebres, todas de porcelana.

Digitized by Google

Subiendo algunas gradas, se llega á un ancho balcón corrido que da paso al interior, en el que á través de la obscuridad se vislumbran á lo lejos, la vacilante llama de unos cirios y los inciertos reflejos de algo así como un enorme ídolo dorado.

Acostumbrándose la vista á las tinieblas en que está sumido el templo, se divisan macizas columnas cubiertas de ex-votos, grandes lámparas suspendidas, inmensos faroles de papel, abanicos de bronce, pebeteros de metal, estandartes y pendones, monstruosos ídolos, capillas tenebrosas y en el fondo, la colosal estatua dorada de Kuanon, separada de los creyentes por una balaustrada y defendida de las profanadoras palomas que todo lo invaden y llenan de palomina, con una alambrera.

Los fieles se acercan con aire muy devoto, al parecer, dan tres golpes con una maroma en un cascabel inmenso colgado del techo, para despertar á la divinidad, apoyan las rodillas en un travesaño de madera, arrojan un *tempo* (moneda de valor infinitesimal) al cepillo y después de inclinar la cabeza con gran compunción, empiezan á frotarse las palmas de las manos, al mismo tiempo que rezan á media voz, haciendo ruidosas aspiraciones.

Cuando creen tener ya propicio al dios, hacen la petición de lo que desean, masticando el papel en que está escrita, hasta que le reducen á una bolita de pasta, y se la lanzan al ídolo. Si la bolita se queda adherida, es señal de que la súplica fué escuchada y en caso contrario siguen bombardeando al paciente dios, hasta que una, suficientemente humedecida, hace blanco y se adhiere.

Figúrese el lector, cómo estarán los ídolos más populares; cubiertos por múltiples capas, de pelotillas de papel mascado!

En tanto que los fieles demuestran su fervor, con oraciones y pelotillas, los *bonzos,* sentados en cuclillas delante del altar, entonan con voz gangosa y destemplada, monótonas salmodias en alabanza de Kuanon.

Mas los peregrinos no toman tan en serio las oraciones, después de rezar brevemente abandonan el aire de recogimiento y devoción, y comienzan á reir y bromear, como si es-

Digitized by Google

tuvieran en una «casa de té», en cuanto vuelven la espalda á la diosa.

Sólo las viejas beatas al concluir sus rezos, guardan compostura y van á un rincón obscuro, en que hay algún ídolo, al que atribuyen la virtud de curar todo género de alifafes, para frotarle la parte del cuerpo correspondiente al que ellas tiene averiado y después de haberle dado sendas friegas, refregarse ellas con santa unción, allí donde las duele.

Tal ha debido ser el número de fervientes devotas, que han acudido en busca de salud al ídolo curandero, que en varias partes la grasienta madera de la manoseada efigie, está completamente desgastada.

Satisfecha la curiosidad, dejéme llevar por la corriente humana, que, sin demostrar temor alguno por las retorcidas actitudes de sus espantables dioses, entra por una puerta y sale por la otra, y dejamos la obscuridad del templo, sus mugrientos ídolos y toda la corte celestial búdica, por la hermosa luz del día.

¡Qué delicia inmensa respirar el aire puro, después de la pesada atmósfera del templo, cargada de olor á incienso, y qué placer contemplar el sol y la naturaleza, en lugar de ver ídolos rodeados de tinieblas!

Bajamos por el lado opuesto al que habíamos entrado, con objeto de visitar los famosos jardines de Asaksa, siempre floridos y renombrados por la magnitud y belleza de sus flores: en Octubre, están esmaltados por los crisantemos, en Diciembre, se abren las camelias, en Febrero, florecen los cerezos, en Abril los ciruelos y durante el verano aparecen engalanados con azaleas multicolores, cuando sus lagos se cubren con la mística flor de los preciosos lotos.

Amantes los japoneses, como nadie, de la bella naturaleza, su culto por las flores raya en idolatría, y muchas veces en locura, pues se arruinan con la mayor sangre fría, invirtiendo toda su fortuna en una planta, que puede costar hasta cinco mil *yen* * como la que alcanzó ese precio fabuloso en

* Un *yen*, próximamente tres pesetas.

Digitized by Google

la Exposición de flores de Tókio, durante mi estancia en el Japón.

Así es, que llevados de su pasión favorita, siempre hay numeroso público en Asaksa, extasiado ante la belleza de sus jardines y de sus flores. Inmóviles, con la mirada vaga, permanecen fascinados horas enteras, en su muda contemplación.

Detrás de los jardines de Asaksa, existe un barrio exclusivamente destinado á diversiones, donde se encuentran «casas de té» de gran nombradía, tanto por las excelencias de su sibarítica cocina, como por la belleza de las *gueisha,* que amenizan los banquetes con sus bailes y cánticos; teatros en que lucen su inimitable talento cómico, las notables compañías dramáticas indígenas, compuestas por actores de un solo sexo, el masculino *; galerías de figuras de cera, que son verdaderas obras de arte; tinglados en que asombran al público con sus habilidades sorprendentes, prestidigitadores, equilibristas ó domesticadores, que hasta hablar y cantar en coro logran hacer de las aves; *Abba ya,* donde sirenas de oblicuos ojos, invitan con miradas de fuego, á tirar al blanco con arco y flechas, diciendo con el acento más seductor, *Airias, ojannasai o-kaku nasai,* y muchos otros pasatiempos, á cual más entretenidos y tentadores.

Llama la atención del viajero, en aquel centro de diversiones, clásicamente orientales, la profusión de escaparates con preciosas fotografías, hechas con la mayor perfección por artistas del país, que se ven por todas partes.

Pocos años hace, la fotografía era completamente desconocida en el Japón, pero se ha extendido con tal rapidez y tanto éxito por todo el Imperio, que en los confines más remotos, allí donde jamás han visto un europeo, la practican con singular perfección. En Tókio y Yokohama, se hacen fotografías iluminadas, que no tienen rival en Europa.

Abandonamos el barrio profano de la Ciudad religiosa de Asaksa, cuando empezaban á lucir miriadas de farolillos y el

* En Kioto, tuvo ocasión el autor de ver actuar una compañía, formada exclusivamente de actrices, que representaban tan bien los papeles masculinos, como los actores japoneses desempeñan á la perfección los de mujer.

Digitized by Google

sol descendía rápidamente sobre el soberbio cono del volcán Fuyi, dorándole con sus últimos rayos.

El crepúsculo con su luz vaga é incierta, agrandaba las formas fantásticas de la pagodas y templos, los variados matices del bosque tomaron un tono obscuro uniforme, sobre el que se destacaban las retorcidas líneas de los ídolos por allí perdidos y con el misterio de la noche, todos los seres empezaron á cantar un himno gigante á la madre naturaleza, bajo la pálida luz de la luna.

Á través de aquellas sombras, mudos y silenciosos nos dirigimos á la escalinata del río, donde aguardaba el *sampan,* que dejándose llevar por la corriente, nos llevaría á Shimbashi.

Las obscuras aguas del Sumidagawa, se deslizaban con rapidez vertiginosa, lamiendo el escalón de granito en que esperábamos á que se acercase la barca, separada de la orilla por la corriente y antes de alejarme de aquellos sitios, volví la vista hacia el sombrío bosque. En lo alto de la escalinata que parecía tocar al cielo, se erguía un esbelto *torí,* en el que se apoyaba la sacerdotal figura de un *bonzo,* cuyos amplios ropajes dibujaba la luz de la luna, rodeándola de una aureola sobrenatural.

Quizá nos había seguido, ocultándose en la fragosidad del bosque, para lanzar el anatema á los «diablos azules», que profanaban con su presencia, el sagrado recinto de Kuanon. Su inmóvil figura aún se dibujaban en el cielo, cuando un recodo del río, ocultó la fantástica aparición.

Arrastrado el *sampan* por la corriente y gobernado por los *sendo,* que reman como los gondoleros de Venecia, volaba en dirección al centro de la capital, donde llegamos en poco más de una hora, tomando un canal que conduce á Tukiyi, barrio destinado á los *idyin san,* donde han sentado sus reales, los misioneros de cuantas religiones existen en el globo.

Protegiendo esa naciente ciudad occidental, dentro de la japonesa, están, la Legación Americana, y los edificios levantados para sus respectivos cultos por ministros, pastores, y demás individuos de la clase sacerdotal, de las múltiples religiones que allí se hacen estéril competencia.

Digitized by Google

La parte de Tukiyi que no está ocupada por edificios religiosos, se compone de villas y *bungalows*, habitados en su mayor parte, por reverendos misioneros americanos con sus mujeres é hijos, donde viven rodeados de cuantas comodidades pueden procurarse, gracias á las pingües pensiones que les pasan las sociedades bíblicas.

Alguna vez sucedía, que el Gobierno japonés les ofreciera un puesto, generalmente maestro de escuela, más lucrativo, que el de propagador de la fe.

Entonces, quizá pensando el agraciado, que de todos modos se puede continuar la misión evangélica de convertir infieles, aceptaba el empleo del Gobierno japonés, que le daba amplia independencia, para seguir los usos y costumbres del país que le pagaba, ó sea el verdadero Conde.

Este cambio de *modus vivendi*, no dejaba de halagar el amor propio de los japoneses, que con su escepticismo volteriano, juzgaban por tal proceder del temple moral de los instrumentos mandados por los occidentales, para operar una revolución en las conciencias, ni desagradaba á los ex misioneros, el poder adoptar la vida oriental, con todas sus consecuencias y en todas sus manifestaciones.

El clima, las costumbres y la monotonía de la existencia de un occidental en el Extremo Oriente, contribuyen á modificar la estricta moral europea, en sentido de tal indulgencia, que llegan á ser consideradas las humanas flaquezas, cual rasgos característicos de temperamentos filosóficos, que aspiran á realizar el ideal sencillo de la vida patriarcal.

Vogando siempre en nuestro *sampan*, pasamos junto al antiguo *yashiki* del Príncipe de Mito, convertido en arsenal y fábrica de armas portátiles, pero respetando los jardines, una maravilla del arte de la jardinería. Salimos luego á la bahía y rodeando el magnífico parque imperial de Enrio-Kuan, desembarcamos en las inmediaciones de la estación del ferrocarril, para tomar en Shimbashi el tren de Yokohama.

Digitized by Google

FIESTAS ORIENTALES

El medio físico en que nace, crece y se desarrolla una raza, influye poderosamente en sus hábitos, creencias y civilización.

En los países fríos, el hombre tiene que luchar con los rigores del clima, construir una casa sólida donde guarecerse contra las inclemencias del tiempo, suplir los rayos solares con luz y calefacción, para que el largo invierno no sea una eterna noche de sufrimiento y crearse, en fin, una vida artificial dentro del hogar.

La misma causa, el clima, que le impone tantas necesidades en la vivienda, en los vestidos y en la alimentación, es la que sostiene y aviva su laboriosidad é industria, para mejorar las condiciones de la existencia y acumular el mayor número posible de comodidades en el interior de su casa, donde vive sitiado durante muchos meses, á fin de hacerse más grata la existencia.

En los países del Norte, toda la vida del hombre se desarrolla dentro de los muros de la casa, del palacio ó del taller, bajo el techado donde trabaja, descansa, se divierte y pasa lo mismo las alegrías, que las penas de la existencia.

Por el contrario, en el Japón, donde el sol derrama luz y calor á torrentes, la privilegiada naturaleza deleita y fascina, convidando á gozar de sus encantos y el suelo volcánico amenaza de muerte al que se halla bajo techado, obligan á los naturales á desarrollar el proceso de la vida al aire libre, bajo la inmensa bóveda celeste.

Así es, que, desde el noble al plebeyo, desde el *eta* maldito, hasta el feudal *Daimio*, todos, incluso el Mikado, cele-

Digitized by Google

bran sus fiestas en los jardines, veneran á la madre naturaleza, tan hermosa en su bello país y profesan adoración por las flores.

En el mes de Octubre, florecen los *Kiku*, crisantemos, flor adoptada por los Mikados para representar sus armas particulares, pues las oficiales son las hojas del *Kirí* (paulonia imperialis) y con este motivo celebra la Corte anualmente, una de las más clásicas fiestas japonesas.

En mi calidad de individuo del cuerpo diplomático, fuí convidado á la que tuvo lugar al poco tiempo de haber llegado al Japón. Por medio de una cartulina orlada de oro con guirnaldas de *kiku*, y un gran crisantemo imperial en el centro, me convidaba, en chino, el Tokú-dai-yin, Mayordomo Mayor de Palacio, de orden del Mikado, á concurrir el 10 de Octubre, á las tres de la tarde, al Parque de Enrio-Kuan, para ver la exposición de crisantemos.

Decían que las flores eran singularmente hermosas ese año y que la Corte se presentaría en todo el esplendor de su lujo oriental, promesas que aguijonearon mi curiosidad, hasta el punto de ser uno de los primeros en llegar al Palacio del Enrio-Kuan, destinado á albergar los Príncipes reales que visitan el Japón, en cuyos jardines y parque, que se extienden hasta el mar, se celebraba la fiesta imperial en honor de los *kiku*, con asistencia del cuerpo diplomático, altos dignatarios de la Corte, Dai-yin, Ministros y Sangui, Consejeros. Deseaba no perder un solo detalle, y sobre todo presenciar la llegada de los Soberanos y de la Corte, que aún no había visto.

Después de atravesar varios puentes levadizos, defendidos con macizas puertas chapeadas de bronce, llegué á la *veranda* del *yashiki,* donde recibía á los convidados el Príncipe de Nabéshima, Gran Maestro de Ceremonias del Mikado y antiguo Ministro japonés en Italia, á quien había conocido en Roma. Auxiliábale en el desempeño de sus funciones, la Princesa, dama tan gentil como amable que había aprendido el francés durante su estancia en Europa, acompañada de su hija, que lucía un riquísimo *kimonó* de *chirimen*, bata de

Digitized by Google

crespón, bordado con oro y sedas, ceñido al esbelto talle por un valioso *obi*, graciosamente anudado en la espada.

Del otro lado del regio *yashiki*, había un espacioso pórtico resguardado del sol por tupidos toldos y cortinas de seda, con las armas imperiales, donde para esperar la llegada de la Corte, se fueron reuniendo los diplomáticos con sus señoras, los *Daimios*, y gran número de damas japonesas, prendidas con sus deslumbradoras vestimentas nacionales de ceremonia.

Los europeos representábamos los tonos obscuros de aquel brillante cuadro de vivos colores, en que llamaban la atencion las figuras de los diplomáticos tártaros, por lo suntuoso de sus trajes y las elegantes de las japonesas, que ostentaban deslumbradores *kimonos* y *obis* de incalculable valor.

De los japoneses que no estaban vestidos con sus trajes nacionales, más vale no hablar, porque parecían disfrazados á la usanza occidental, con prendas de desecho compradas en alguna prendería. Así trajeados, los poderosos *Daimios* de antaño, realizaban el tipo de nuestros cesantes de comedia.

Con exactitud verdaderamente imperial, llegaron los Soberanos, acompañados de los Príncipes imperiales, en coches llamados de gala, que á juzgar por su vetusto aspecto, debieron haber servido antes largos años, de carrozas de aparato, en alguna de las minúsculas y más económicas Cortes de Alemania. Los caballos, las guarniciones y libreas, preciso es confesar, no hablaban muy alto en favor del guadarnés y de las caballerizas imperiales; en cuanto á los cocheros, sólo puedo decir, que agarrotados los pobres por aquellos levitones galoneados, recordaban, por lo encogidos, esos monos que en los circos van haciendo gestos, con el sombrero de medio lado, sobre el pescante de un cochecillo tirado por perros.

¡Oh! desilusión, apearse el Mikado de un prosáico landeau, con honores de simón, cuando esperaba verle aparecer en el tradicional vehículo tirado por bueyes ó en *norimono*, por lo menos!

El misterioso Japón del Shogun y de los *Daimios*, el país fantástico de extrañas costumbres, desaparece á pasos agigantados ante el rasero nivelador de la civilización occiden-

Digitized by Google

tal, que pronto habrá borrado los rasgos característicos de cada pueblo, de igual manera que ha suprimido la distancia entre los antípodas.

Sus Majestades Imperiales, contestaron á la ceremoniosa reverencia de sus invitados y seguidos de la Corte, se encaminaron á los jardines.

Mutsu-Hito, el Mikado, estaba vestido de generalísimo, con ceñido pantalón azul obscuro y banda blanca, un dolmán con alamares negros, kepis á la francesa y sable de tirantes.

Formóse el cortejo, marchando á la cabeza el Mayordomo Mayor seguido de dos gentiles hombres; el Emperador precedía de algunos pasos á los Príncipes, vestidos con uniformes militares.

A respetuosa distancia, marchaba la Emperatriz, Jaruko-San, vestida á la usanza japonesa, llevando un traje que se componía, de un *jakamá* de rica seda encarnada y varios *kimono* de brocado, superpuestos, siendo el exterior, magnífico, todo bordado con oro.

El peinado era tan sencillo como original; llevaba todo el pelo echado hacia atrás, formando en la nuca, á fuerza de goma y de aceite de camelia, una especie de abanico japonés, cuyo mango, sujeto por una anilla de oro que reunía los cabellos, llegaba hasta la mitad de la espalda.

De igual modo estaban ataviadas las doce *Mekake* ó concubinas imperiales, que la seguían de dos en dos, formando el séquito.

Cerraban la comitiva, el cuerpo diplomático y los Ministros entre los cuales estaban el Dai-yo-dai yin *, Sanyo Sanetomi, el U-dai-yin †, Iwakura, *Daimios* y demás convidados.

Al ponerse en movimiento la Corte en pos del Emperador, para recorrer el parque y ver los *kiku* objeto de la *garden party*, supuse por la dirección emprendida, que se dirigía al centro, donde en una depresión del terreno hay un lago con

---

* Primer Ministro.
† Vice Primer Ministro.

Digitized by Google

una preciosa casita en el medio, á la cual se llega por un puente que le atraviesa serpenteando de orilla á orilla.

Ningún sitio mejor, pensé, para ver desfilar la Corte y me quedé á la zaga, para buscar un punto de vista conveniente, desde el cual pudiera gozar á mi sabor del efecto teatral de aquel espectáculo, lleno de carácter y de novedad.

Gané un montecillo que dominando el paisaje, me permitía abarcar con la mirada todo el conjunto de la pintoresca escena; y de figurante que hubiera sido, me convertí en espectador.

Nada más pintoresco, que el espectáculo ofrecido á mi vista; un fondo de flores y verdura en que alternaban las camelias, azaleas, lirios, magnolias y *kiku*, con los cedros, palmeras, bambús y pinos artísticamente educados, para que sus ramas acaricien las cristalinas aguas del lago, en las que se reflejaban como en un espejo, los árboles, las flores y hasta los blancos cisnes que las surcan.

Sobre ese fondo, con paso majestuoso y lento, vi atravesar el lago por el angosto y sinuoso puentecillo, las brillantes figuras del cortejo.

La estrecha y larga fila que formaba el séquito compuesto por aquellos personajes, vestidos con trajes extraños y vistosos, se movía cadenciosamente, como una serpiente de dorados anillos, que se despereza al sol.

Era el cuadro tan completo y tan bello, como lo pudiera soñar la imaginación más fantástica de un pintor.

Bajé de mi observatorio al fin, para unirme á la comitiva que siguió al Mikado en su paseo admirando las hermosas variedades de los crisantemos, hasta llegar á un cenador, verdadera joya de la arquitectura nacional, situado con ese arte que tienen los japoneses para elegir hermosos puntos de vista, á orillas del mar, en una eminencia sombreada por cedros seculares, que domina la bahía de Yedo.

Delante del kiosko había una plazoleta cubierta de mullido césped, entonces esmaltado de flores, donde los Soberanos se detuvieron á escuchar los acordes de las músicas militares, mientras dirigían la palabra á los convidados y éstos les cum-

Digitized by Google

plimentaban respetuosamente, por la hermosura de los crisantemos, que graciosamente les habían permitido admirar.

Según la etiqueta japonesa, la Emperatriz estaba separada de su augusto consorte, por la distancia reglamentaria y aunque sin conocer otro idioma más que el suyo, como también el Mikado, respondía graciosamente en japonés, á los homenajes que la presentaron los individuos del cuerpo diplomático.

Cumplido este deber y después de haber observado las reverencias que hacían á sus Soberanos, los maestros en el arte de hacer cortesías, me alejé del cortejo imperial, en busca de un asiento, que felizmente encontré, de preciosa porcelana en forma de almohadón, bajo un magnífico cedro que extendía sus ramas horizontalmente, hasta besar las azules aguas del mar.

Reclinado en el ancho tronco, y arrullado por los lejanos acordes de la música, me deleitaba en la contemplación de la hermosa naturaleza que me rodeaba. Me sentía deslumbrado por la grandeza de aquel mar de plata, cuyas blandas ondas venían á morir dulcemente á mis pies.

Sobre el líquido elemento, se deslizaban perezosamente, con sus velas desplegadas, unos juncos empujados por brisa tibia y perfumada, sobre los que revoloteaban las gaviotas.

Absorto en la muda contemplación de tanta belleza, hubiera permanecido hasta la consumación de los siglos, en la actitud meditabunda y serena con que representan á Buda, sentado en mi escabel con las piernas cruzadas, las manos juntas, el cuerpo inmóvil y la mirada vaga, si una voz melodiosa, no me hubiese sacado de la meditación en que estaba sumido, saludándome con un gracioso,—*ojaio degosarimas*,—buenos días tenga usted.

Como quien despierta de un sueño, volví la mirada hacia el lado de donde partía la voz femenil y cuál no sería mi agradable sorpresa, al ver que quien había turbado mi éxtasis, cortando el hilo dorado de mis pensamientos, era nada menos, que la gentil y bella *musmé*, un día conocida, camino de Asaksa.

Digitized by Google

Si hermosa estaba ataviada con el masculino *jakamá*, cuando la vi por primera vez, aún más deliciosamente hechicera, gentil y encantadora se me apareció, vestida con un largo *kimonó*, con grandes mangas perdidas, de rico y finísimo crespón, adornado con originales dibujos en colores combinados con preciosos bordados de oro y sedas, que llevaba muy ceñido al talle por espléndido *obi*, anudado muy alto en forma de inmenso lazo. El elegantísimo é indiscreto traje, dejaba ver unos pies en miniatura, calzados con *tábi* de seda y diminutas *guetta* de laca, admirar una garganta de cisne y recrearse en la contemplación de unos brazos modelados, como los de una estatua de Fidias.

En la erguida cabeza, entre los negros cabellos artísticamente peinados, llevaba un *Kanshashí* representando un *tsurú*, cigüeña, y en la mano, un abanico de marfil, lacado de oro.

No encuentro palabras en mi pobre vocabulario, para expresar el efecto que me causó tanta belleza en la mujer, tanto gusto en el vestido y tanto refinamiento en el conjunto; sólo puedo decir, que los ricos atavíos eran digno marco de aquella hermosa figura, gallarda y esbelta.

Los que han visitado el Japón, saben el encanto que en su persona poseen esas bellas criaturas, la gracia modesta de sus ondulantes movimientos y los que conocen los admirables dibujos del célebre artista Hokusai, pueden sólo apreciar lo artístico é ideal que es el perfil de una figura japonesa femenina, con los suaves contornos de su cuerpo, modelados por la ceñida túnica, de flexible crespón.

La bella *musmé* ofrecióme una flor, al mismo tiempo que me preguntaba, si la reconocía vestida con un traje tan diferente, del que con tanto donaire llevaba la primera vez en que la había visto y después, con esa curiosidad infantil que les inspirábamos los europeos, quiso saber, por qué estaba solo allí, lejos de todos los demás.

Fácil me fué satisfacer su curiosidad, diciéndola que la contemplación de la hermosa naturaleza de su bello país, me hacía gozar infinitamente y que sin poderlo remediar, me aislaba de las gentes para sustraerme á la realidad de la vida

Digitized by Google

y poder soñar á mis anchas. No la disgustó sin duda, el cumplimiento á su patria y persuadida de mis simpatías por el Dai-Nippon, prolongó sus preguntas, entreteniéndome agradabilísimamente, con su encantadora charla.

Distraídos con la conversación, no nos dimos cuenta de que el cortejo imperial había continuado el paseo por el parque, después del alto que había hecho en la plazoleta del precioso kiosko.

Todos se habían marchado, á lo lejos se oía el apagado sonido de la música, que llegaba mezclado con el murmullo de las hojas y la tarde empezaba á caer. Era llegado el momento de reunirse á la comitiva. Pero se estaba tan bien bajo el añoso cedro, departiendo amigablemente con aquella deliciosa *musmé,* en aquel rincón del paraíso japonés!

Cuando nos alejábamos, el sol poniente besaba con sus rayos las aguas del mar, orlando de fuego algunas nubecillas encarnadas, que rompían la monotonía del cielo azul y la naturaleza parecía adormecerse con los embriagadores efluvios de la brisa tibia, blanda y embalsamada, de la tarde.

Prestando oído al sonido lejano de las bandas militares, pude orientarme y guiar á la gentil *musmé,* á través del parque, hasta el rústico pabellón, donde el Mikado, la Emperatriz, la Corte, el cuerpo diplomático y algunos personajes del país, estaban terminando la fiesta de los *kiku,* á la moda inglesa, con una suculenta merienda, en que el té sirve de pretexto, para hacer una sólida comida.

La única diferencia entre la merienda que siguió á la fiesta de los crisantemos en el Japón y de los *garden parties* en Inglaterra, es que estábamos sentados, lo cual me permitió observar, minuciosa y detenidamente, todos y cada uno de los Príncipes de la familia imperial.

Mutsu Hito, representante de la Dinastía más vieja de la tierra, el descendiente directo de Yinmu-Tenno, era aún hombre joven, de regular estatura, color cetrino y abultadas facciones, con el porte majestuoso y nobles maneras, que corresponden á un Soberano.

La Emperatriz, Jaruko-Sama (primavera, señora) represen-

Digitized by Google

taba alguna más edad que su imperial Consorte y es una gran Dama, llena de distinción y talento, que ejerce una beneficiosa influencia en la educación de la mujer, llevando ella misma la dirección de la «Escuela Imperial para señoritas nobles». Este centro de enseñanza, del cual es generosa fundadora, está montado con gran lujo, y sostenido sin reparar en los gastos que supone, mantener allí un profesorado extranjero, compuesto de americanas é inglesas.

La Soberana japonesa visita también los hospitales, hace obras de caridad y asiste con regularidad á las solemnidades religiosas del templo de Shiba, donde á su presencia bailan los monjes la danza sagrada, titulada *No,* todos los días del mes, que corresponden á nuestros domingos.

Jaruko-Sama, menos afortunada que las *Mekake* imperiales, cuyos hijos son también legítimos, y uno de ellos es el Príncipe heredero, no ha dado sucesores al trono de los Mikados.

Los Príncipes imperiales, la mayor parte educados en Alemania, son todos militares, habiendo alguno, que no sólo por su apostura marcial, sino que hasta por su fisonomía, parecía europeo.

Siguiendo las costumbres de los pueblos donde el ejército está organizado, sobre la base del servicio militar obligatorio, los Príncipes no tienen más grado en la milicia, que el que les corresponde por sus méritos ó antigüedad y no gozan de más privilegio, que el de servir en los regimientos de la guardia.

Las Princesas en cambio, así como las *Mekake* del Emperador, de marcado tipo aristocrático, á la moda del país, no parecían representar el ideal estético de la belleza, tal y como nosotros le comprendemos.

Las *Mekake,* son hijas de *Kugué*, la más alta nobleza, pues los *Daimios,* por poderosos que fueran, formaban tan sólo en la segunda categoría de la nobleza.

Todas estas damas, estaban ataviadas idénticamente á la Emperatriz y algunas de ellas, poco acostumbradas á comer manjares á la europea, con tenedor, cuchillo y cuchara, manejaban estos útiles con tanto temor, como desconfianza les

Digitized by Google

inspiraban aquellos manjares para ellas desconocidos, que la inexorable etiqueta las obligaba á comer.

Verdad es, que en el mismo caso, sólo que á la inversa, se hallan los diplomáticos, cuando el Mikado les invitaba á una comida japonesa, porque, no habiendo cubiertos, tienen que llevarse los manjares á la boca con los dedos, si no saben servirse de los palitos llamados *chibachi*.

Opípara fué la merienda y digna de Majestades Imperiales, á juzgar del efecto causado por el faisán trufado y añejo borgoña, hasta en aquellos japoneses reputados por más hostiles á los extranjeros, quienes al sentir el estómago agradecido á nuestros progresos culinarios, nos dirigían miradas de simpatía y protección.

Ante una mesa bien servida, se olvidan todas las rencillas y los diplomáticos que lo entienden, siempre la tienen excelente, como medio el más eficaz, de llevar la persuasión á un ministro displicente ó reacio, después de haberle suavizado con los persuasivos argumentos *ad hominen,* que sabe condimentar un hábil cocinero.

¿Quién dice que los destinos de la humanidad, no dependen del estómago de un hombre? Otra sería la faz de Europa actualmente, si aquel famoso *pudding* que tomó el gran Napoleón la víspera de Waterloo, no se le hubiera indigestado!

La mayor cordialidad reinaba entre asiáticos y occidentales al fin del banquete, en el momento en que el César japonés se puso en pie, despidiéndose con un majestuoso saludo y abandonó el rústico pabellón á los acordes de la marcha imperial, seguido de la Corte.

El *garden party,* en honor de los *kiku* había concluído; ya nada más había que hacer, que decir adiós al grandioso Parque del Enrio Kuan, llevando como recuerdo de los gratos momentos allí pasados, la flor de Yuki-San, señorita Nieve, que así se llamaba la encantadora *musmé* conocida camino de Asaksa.

Fuí á la puerta y al grito de *Ispania-no-Koshikan*, Legación de España, dado por un servidor, salió, no sé por dónde, de entre un centenar de *yin-riki-sha,* mi *kurumá,* que aguzaba

Digitized by Google

el ingenio prodigiosamente, en la seguridad de ser l
mente recompensado.

De un salto monté en el cochecillo, dije, *Italia-no-Ko*
jayaku, de prisa, y partió el mozo, volando como una
con rumbo al *Siro*.

Para solemnizar dignamente la *garden party* imperi
biase organizado una espléndida fiesta de *gueisha,* á
asistirían todas las celebridades del arte y de la belle
en boga.

Eramos cinco colegas los que íbamos á permitirnos
de un banquete oriental, amenizado por los bailes y n
de las bayaderas y en cuanto llegó al punto de reun
diplomático japonés, educado en Europa, hoy gran p
je, púsose en movimiento la larga fila de *yin-riki-*
guiendo al del organizador de la fiesta, para quien T
tenía secretos.

Como nos reservaba, no una, sino muchas sorpre
supimos dónde nos llevaba, hasta llegar á la célebre *O*
Koketsu, situada cerca de Tora-no-mon, en una cal
de Shimbashi.

Al exterior, nada revelaba el lujo y el sibaritismo q
cierra el establecimiento, al cual se entra por una
cochera en forma de *Tori,* del cual pendía el indispen
colosal *chochín,* farol; allí empezaba una calle plantada
dros y bambús conduciendo al jardín, prodigio de
buen gusto combinados, como todos los del Japón.

En un espacio de terreno relativamente pequeño,
que resultase aglomeración, había, todo en miniat
lago con su islita, donde medio oculta entre minúscu
boles se veía una O-tera, rodeada, de linternas sa
Toró; montañitas de césped, sembradas de rocas volc
laberintos, profusión de esos árboles enanos, que h
contrahechos por mano del perseverante jardinero, e
de animales fabulosos, los imprescindibles leones de

Digitized by Google

que nunca faltan en todo jardín japonés y cuanto han sabido inventar cien generaciones de artistas é inimitables horticultores, para satisfacer los refinados gustos de los sibaríticos orientales.

Perdidos entre los árboles, había varios pabellones dedicados á rendir culto á las divinidades, que presiden los destinos de la *Otchaya,* y en los lados, ocultando el jardín á las miradas indiscretas, dos grandes edificios, uno de los cuales servía de laboratorio, para las complicadas preparaciones culinarias.

Fuimos recibidos con todos los honores debidos á nuestro rango, por un batallón de *Né-san*, con la respetable *O-Kamisan*, patrona, á la cabeza, todas las cuales se prosternaron tres veces consecutivas, hasta tocar el suelo con la frente, murmurando en coro y á compás, *sendate oki arigato*, grandes gracias (por la) última vez (que vinieron) y levantándose con un gracioso *kunichiwa*, cómo están ustedes, nos invitaron á pasar á la *yadoya* previamente reservada, mientras dos de ellas nos guiaban al pabellón con múltiples y melífluos, *gomennasai*, *oidenasai*, dígnense seguirnos.

Al atravesar el poético jardín, oímos notas tristes y estridentes del *Shamisen*, acompañando el canto melancólico de una voz argentina, que salía de un kiosko discretamente velado por un seto de bambús. ¡Quién sabe, pensé, si, en esa *yadoya*, un desposeído *Daimio*, con la mirada vaga y el corazón henchido de amargura, trata de olvidar el pasado de poderío y grandeza, reclinado sobre el *tatami*, á los pies de la sirena que con lánguido acento, ardientes miradas y felinas caricias, vierte gota á gota el filtro de la pasión, en su doliente espíritu!

La ceremoniosa *O-Kamisan* de Koketsu, nos tenía preparado el mejor *nikai*, piso principal, de una *yadoya*, al cual subimos después de haber dejado los zapatos al pie de la escalera.

La sala del festín y teatro donde iban á lucir su belleza y talentos las bayaderas, era espaciosa, cerrada como todas las habitaciones por bastidores corredizos de papel, y tan sóbria

Digitized by Google

de mueblaje como allí es costumbre; los *tatami* sobre el
un *pfuton* ó colchoneta para cada invitado, seis *jibach*
serillos, cuatro grandes candeleros en los que ardían
cirios vegetales, y varios biombos, discreta y sabiamen
tribuídos por los rincones.

En el centro, sobre los *tatami*, porque las mesas son
nocidas en el Japón, había profusión de bandejas de la
el *tabero*, manjares, numerosos frascos de porcelana
sakí, un par de docenas de tazas minúsculas, varias
y los palitos, *chibachi*, con que comen.

Sentóse cada uno en un *pfuton* á la japonesa, sobre
lones, postura no muy cómoda para los europeos y en
se presentó una graciosa *musmé*, á pedir la venia pa
hicieran su entrada las *gueisha*.

Concedida por unanimidad, hicieron su aparición
yaderas, extendiéndose en ala, con la precisión en los
mientos de un pelotón de soldados prusianos; arrodil
y con la frente en el suelo, nos dieron las buenas
más las gracias por haber tenido la galantería de inv
Este ceremonial es de rúbrica.

Cumplidas esas formalidades de la severa etiqueta
sional, cada *gueisha* vino á llenar el espacio vacante e
anfitriones, sentándose en cuclillas al lado de un *D*
señor, con lo cual quedó cerrado el círculo formado
rredor de la cena.

Era mi compañera Maruko-san, perla de las *gueisha*
lla bayaderil á la moda y un diablillo encantador, con
y rasgados ojos, de mirada soñadora; y las de los ot
mensales fueron, la hermosa Kotsuma, Okise-san, d
za judía, Omino-san, la bailarina por excelencia, la e
ral O-naka y Kóshima, una niña esbelta, flexible, del
blanca, como un lirio.

Llegó el momento de armarse de los consabidos
para atacar la opípara cena que había preparado la
san, si no en persona, bajo su inmediata inspección,
en el Imperio de los Mikados, gozan los diplomáticos
cial consideración.

Digitized by Google

Tan luego como empezamos á saborear los exóticos manjares de la cocina indígena y en prueba de los conocimientos adquiridos de las costumbres japonesas, practicamos sin descanso, la estimada galantería y delicada atención japonesa, de coger una de aquellas tazas que parecen dedales, levantarla á la altura de la frente y después arrojarla con tino á la persona que se desea obsequiar: el favorecido la llena de *saki*, bebe el contenido y la devuelve por el mismo procedimiento al punto de partida. Como éramos diez personas, las que continuamente nos bombardeábamos, siempre había cruzándose por el aire algunas tazas, pero gracias á nuestra maña, que no alcanzaba ni con mucho la maestría de las *gueisha*, jamás hubo una colisión.

Al *tabero* indígena, servido en honor del bello sexo japonés, en el que figuró como plato de resistencia un grandísimo *tai*, pescado el más fino y apreciado en el Japón, presentado á la moda del país, coleando, aunque seccionado en delgadas lonjas por un artista, que hace la operación con suma habilidad, para no herir las vértebras y evitar la muerte del pez, siguió una segunda cena medio europea, en la que sustituyó al agrio *sakí*, legítimo vino de Champagne.

Por fin llegamos á los postres, entre los que figuraban, á más de otras golosinas destinadas á las *gueisha*, *competo* y *castera*, corrupción de las palabras, confite y Castilla, bollo maimón, nombres adoptados en el siglo XVI, cuando los misioneros franciscanos españoles les iniciaron en el arte de la repostería.

Después salieron á relucir los cincelados *Kiserú* de las *gueisha*, corriendo de mano en mano con los preciosos *netské*, de marfil finamente esculpido, de los que cuelgan en el ceñidor la bolsa del *tabaco*, otra palabra española y cuando hubieron aspirado dos ó tres veces el humo de sus pipas en miniatura, nos dejaron fumando á los *Dana-san*, para dar comienzo á la fiesta, con una introducción ó sinfonía, ejecutada por todas las *gueisha*.

La música japonesa, como la que en Europa se llama la del porvenir, es preciso oirla muchas veces, para que los so-

Digitized by Google

nidos de instrumentos tales como, el *shamisen*, el *Kokiú*, especie de rabel, el *Kotó*, el tambor y el *tsúzumi*, algo así como una zambomba, lleguen á hacerse menos ingratos, de lo que en un principio son al oído occidental. Pero como los presentes estábamos avezados á ese ruido, que por lo demás es menos molesto que el del piano, y predispuestos en favor de las artistas, cerramos los oídos y abrimos los ojos, para gozar del cuadro que presentaban las artistas, haciéndonos los sordos á la oriental cacofonía.

El número segundo del programa, fué un solo de *Kotó*, el instrumento más armonioso del país, por Maruko-San, quien antes de empezar y á modo de presentación, se adelantó hasta la mitad de la sala, para contarnos su historia, en un monólogo chispeante de gracia, comenzando por hacer la explicación de su nombre *, en un hábil juego de palabras.

Terminada su presentación, como la había empezado, prosternándose respetuosamente, ejecutó luego una antiquísima balada oriental, á la que supo dar mucho colorido y sentimiento, sacando de las cuerdas del *Kotó*, notas lánguidas, melancólicos suspiros y acentos de pasión.

Realmente, merecía la ovación que le fué dispensada, al estilo del país, mesurada, correcta, sin gritos ni palmadas, con frases encomiásticas, galantes reverencias y frecuentes libaciones de *saki*, brindándola por el procedimiento de lanzar la taza, y recibirla de igual manera.

Los parabienes, brindis y felicitaciones se prolongaron, tanto tiempo cuanto necesitaron las bayaderas llamadas *Maiko*, cuya especialidad es el baile, para cambiar de traje y rendir culto á Terpsícore.

Según nos dijeron las *gueisha*, es decir, las que tocan pero no bailan, que durante el entreacto se quedaron dándonos conversación, íbamos á presenciar los amores de dos mariposas, representados en mímica por Kotsuma y Onaka, las cuales se presentaron envueltas en vaporosas gasas, que

* Maruko quiere decir, litèralmente, dar vueltas en derredor.

Digitized by Google

permitían adivinar la belleza de la línea escultural, á través de un velo de poesía y de pudor.

El baile mímico «Las Mariposas», fué magistralmente interpretado por las dos hermosas bayaderas, imitando á la perfección el idilio de dos enamoradas mariposas, que revolotean juntas, se tocan con las brillantes alas y se acarician. Sus graciosos pasos imitando el vuelo de esos insectos, adoptando posturas clásicas y actitudes artísticas, recordaban las estatuas de los tiempos paganos.

Pero, ni una sola vez, en todo el curso de la pantomima, ninguna de las dos *Maiko* adoptó una postura provocativa, confiando el éxito del baile, á la gracia natural de sus movimientos, á la belleza de las protagonistas, á las artísticas actitudes y á lo candoroso de sus ademanes.

Acababan de revolotear las bellas mariposas, cuando de repente el suelo empezó á moverse, las paredes á oscilar, las maderas á crujir siniestramente y la frágil *yadoya* comenzó á dar balances, como los de un barco zarandeando por el mar.

Bastó la primera oscilación, para que todos comprendiéramos la causa de aquellos fenómenos: era un temblor de tierra.

Rápidas como el pensamiento, las *gueisha* se pusieron en salvo, gritando despavoridas *¡yishin! ¡yishin!* terremoto, mientras que algunos de nuestros compañeros seguían su ejemplo, impulsados por el instinto de conservación.

Los menos, permanecimos reclinados sobre el *pfuton*, aguardando á que pasara la racha, volvieran los fugitivos y continuase la fiesta, como sucedió, pues á los pocos minutos, ya nadie se acordaba del pasado peligro.

Como las bayaderas disponen de un variado repertorio de pasatiempos y entretenimientos, para divertir á los que las invitan con ese objeto, en los intermedios de los bailables, lucen su habilidad en los juegos de escamoteo y prestidigitación, en los que son maestras consumadas.

Mas, en los de prendas no tienen rivales. De ellos conocen infinitos y es de ver el interés que toman en el juego, cómo se defienden, cómo atacan, cómo aguzan el ingenio

Digitized by Google

para no salir vencidas y con qué refinado encarnecimiento van despojando á las menos diestras, de todas y cada una de las prendas de su tocado y vestido, hasta que la vencedora arrancando la última túnica que cubre á la vencida, proclama su victoria, dejándola transformada en estatua del pudor.

Á los juegos, siguieron bailes, recitados, canciones, parodias y no sé cuántos pasatiempos más, porque el repertorio de la *gueisha* es inagotable; hasta que en hora bastante avanzada, cuando los cirios ardían chisporroteando con llama rojiza y los espíritus soñaban con el paraíso de Mahoma, terminó la fiesta.

Esta es la diversión favorita de los japoneses, las *gueisha*, por las cuales deliran, se arruinan y todo lo sacrifican.

Sin distinción de clases ó de profesión, lo mismo el potentado, que el modesto funcionario, son entusiastas de esos placeres, en los que suelen consumir sus cuantiosas rentas ó el mezquino sueldo que integro dejan el día de la paga, en manos de la *Okamisan*, dueña de una *O-tchaya*. Años atrás, cuando los *Daimios* tenían aún armados sus vasallos y servidores, con frecuencia se libraban sangrientas batallas en las calles de Tókio, entre dos rivales y sus escuderos, por una disputada *gueisha*.

Causa de esa general admiración ó más bien adoración por la *gueisha*, verdadera é importante institución en el Imperio, es que todas las que á esa profesión se dedican, son inteligentes, hermosas ó agradables y reunen más atractivos que las demás mujeres, porque desde la infancia han sido educadas con esmero, para saber cautivar al hombre.

Es decir, que son verdaderas profesionales, con las cuales la competencia es imposible, porque su preparación las eleva al rango de sacerdotisas del amor.

También los europeos sufren el influjo de la *gueisha*, pero no con tanta intensidad como los indígenas, en quienes reviste los caracteres de una ciega y avasalladora pasión. Los extranjeros asisten á esas fiestas, para ver costumbres originales y pasar agradablemente una velada, gozando del es-

Digitized by Google

pectáculo deslumbrador, que ofrecen esas diversiones clásicamente orientales, de un cuento de hadas en acción.

Aunque las clases populares participan de la pasión nacional por la *gueisha,* como carezcan de medios con que sufragar los crecidos gastos de esos placeres refinados y suntuosos, considéranlos reservados para los nobles, la clase privilegiada de ayer, hoy transformada en elemento oficial, siguiendo la evolución político-social del moderno Japón.

Este elemento protector de las *gueisha,* frecuentador de *O-tchayas,* y sincero apasionado de sus fiestas nacionales, para no incurrir en las iras de los omnipotentes reformadores, habían de someterse el día primero del año, al suplicio de vestirse á la europea, porque, martirio es, para el que no está acostumbrado á usar bragas, como dice el proverbio, ataviarse con las incómodas y ridículas prendas, de nuestro traje llamado de etiqueta.

Eso, sin contar la majestad que pierde un noble japonés disfrazado con unos pantalones muy cortos y ajustados, con los cuales no puede ni sabe andar, una camisa de lana con cuello postizo de celuloide, un frac inverosímil y un gorro de pellejo.

Así vestidos, con las botas debajo del brazo, porque no estaban acostumbrados á andar con nuestro irracional calzado y una toalla turca alrededor del cuello, á modo de bufanda, se lanzaban á la calle. Sin abrigo y tiritando bajo el liviano frac de lanilla, iban los *yakunin* por aquella inmensa ciudad, con una temperatura de varios grados de frío, á la recepción imperial del Mikado.

Estas escenas, tenían lugar muy de mañana, antes de que saliese el sol, pues según la etiqueta del Extremo Oriente, los Soberanos deben tener sus recepciones, así en el Japón como en China, desde las doce de la noche hasta la aurora: pero, en atención á las costumbres occidentales, el Mikado retra-

Digitized by Google

saba la hora, fijando la de ¡las siete de la mañana! para recibir el Cuerpo Diplomático.

En Tókio, como en todo el mundo, no faltan aficionados á este género de espectáculos, á pesar de la hora matinal, y una apiñada muchedumbre de curiosos se estrujaba para ver pasar los altos funcionarios y á los diplomáticos, que trataban de ocultar sus bordados uniformes, bajo pellizas de gran abrigo.

La residencia Imperial, era entonces un sencillo *yashiki*, de madera sin lacar, que en nada se diferenciaba de las otras viviendas señoriales, construído para dar alojamiento provisional á la Corte, mientras edificaban un palacio definitivo.

La sala donde el Mikado recibía rodeado de toda la Corte, era tan bajo de techo y obscuro, que un Chambelán tenía que servir de lazarillo á los Jefes de Misión, para introducirlos de la mano á presencia del Soberano.

El personal de las Misiones extranjeras, seguía al Jefe, agarrándose los unos á las faldillas de las casacas de los otros, por orden de categorías.

Nada pude distinguir en aquellas densas tinieblas y á menos de inventarlo, nada puedo decir, de lo que allí pasó.

Salí como había entrado, cogido del faldón de la casaca de mi superior jerárquico y éste al del Ministro, á quien guiaba el Chambelán.

Y como Mutsu-Hito no era entonces poliglota, según ahora suponen, ni aun el rumor de una palabra rompió el misterioso silencio, de aquella obscuridad.

En la galería vimos á los miembros del Dai-yo-Kuan, Gran Consejo del Imperio, que había sido recibido antes del cuerpo diplomático y luego la turba multa de *yakunin*, que calzándose botas y guantes, con tanta dificultad como evidentes signos de malestar y de aturdimiento, se disponían á seguir nuestros pasos.

Llevado de las simpatías que me inspira ese pueblo y la admiración artística que causan sus esplendorosas vestiduras orientales, deploraba entonces el afán de innovaciones hasta

Digitized by Google

en la indumentaria nacional, que pronto haría desaparecer, ante la prosáica é igualadora civilización occidental, todo lo característico, pintoresco é histórico, del antes misterioso império de los Mikados.

Al salir de la recepción Imperial, el sol brillaba radiante sobre Tókio, como para festejar al Imperio de la Mañana, en el día que los japoneses celebran el de su año nuevo, y las calles de la capital estaban cuajadas de gentes, con sus elegantes trajes nacionales.

En ese día, los comerciantes y tenderos han realizado á cualesquier precio sus mercancías, los empleados cobran doble sueldo, los criados, con los cuales no se puede contar en una semana, doblan el salario, y todos se han preparado para la fiesta nacional, la única que tienen en los doce meses de un año, sin fiestas ni domingos, porque allí todos los días son iguales.

Durante dos semanas, las tiendas permanecen cerradas, el tráfico mercantil y comercial están en suspenso, las calles se ven llenas de una multitud alegre, dichosa y satisfecha, los niños campan por sus respetos á bandadas, las *musmé*. con sus *kimonó* más flamantes, se pasan el día jugando al volante, y es de ver cómo corren las que pierden, para no recibir el palmetazo que sus amigas las aplican con las raquetas; las «casas de té» rebosan de gente y las *yoshiwara* están asediadas por los adoradores de Benten.

Aunque situado el Japón, entre los antípodas de los pueblos que en la antigüedad celebraban fiestas licenciosas en honor de Baco y de Saturno, las japonesas recuerdan á través de las edades, las del paganismo.

También allí la superstición se mezcla con el regocijo, dando lugar al comercio de amuletos, como por ejemplo, el de haces de paja de arroz, consagrados por los *bonzos* en los templos, objeto á que atribuyen la virtud de ahuyentar, lo que ellos llaman espíritus maléficos y nosotros brujas, que todo buen japonés compra en ese día á los campesinos, para colocarlos sobre las puertas de sus casas, acompañados de un trozo de carbón vegetal y una concha, á la que con

Digitized by Google

tres pinceladas dan la apariencia de una espantosa careta de diablo, con sus correspondientes cuernos.

Las clases cultas y la nobleza, que no toman parte en esas diversiones populares, hacen en esa época sus visitas por tarjeta, según antiquísima costumbre de China y el Japón. Por las calles de Tókio veíanse gran número de *norimono,* palanquines, con las cortinillas corridas, rodeados de servidores, que iban repartiendo tarjetas, en tanto que sus amos, sin molestarse ni moverse del *yashiki,* guardaban las formas sociales, mandando su *norimono,* á pagar las visitas hechas por idéntico procedimiento.

Después de la fiesta popular de año nuevo, tiene lugar la dedicada especialmente á las niñas, el tercer día del tercer mes (3 de Marzo), en el que todas las familias, pobres ó ricas, hacen una exposición con las muñecas y juguetes que las han regalado los padres, los amigos y los criados.

Más tarde, celébrase la de los varones, el quinto día del quinto mes (5 de Mayo), y todas las familias que se han multiplicado virilmente, izan al extremo de un larguísimo bambú un enorme *coí,* carpa, de papel, imitado á la perfección, que tiene la boca abierta para que lo dilate el viento, imprimiendo al pez un movimiento vibratorio, que les hace parecer están nadando.

Los japoneses han elegido la carpa que remonta las más rápidas corrientes, como emblema del varón, porque representa la fuerza, la energía y el valor, con que el hombre debe luchar en el combate por la vida. Y son tantos los *coí* que en ese día flotan, á causa de la poligamia y de la fecundidad de la mujer japonesa, que vistas las poblaciones desde una altura, parecen estar sumergidas en el fondo de un cristalino lago, en cuyas tranquilas aguas nadasen millares de carpas.

Por esa época, con las auras primaverales, la naturaleza despierta del letargo universal, los bosques se visten de verde, las flores abren sus corolas al sol y los japoneses gozan

Digitized by Google

de su pasión favorita, ver cómo florecen los árboles y en especial los *mumé,* ciruelos y *sakurá,* cerezos, que se cubren de preciosas flores, pero que no dan fruto.

Cuando los *sakurá* están como escarchados por diminutas flores, los habitantes de Tókio se esparcen por los parques y bosques de los alrededores donde hay cerezos, pero con preferencia van á Mukóyima, sitio encantador, lleno de jardines, de alamedas de *sakurá* y de «casas de té», á orillas del caudaloso Sumidagawa.

Á lo largo de los caminos y paseos, cubiertos por la blanca alfombra de flores caídas de los árboles, los vendedores ambulantes improvisan con cuatro bambús y grandes hojas, ventorrillos donde comen y descansan los que no cuentan con medios suficientes para entrar en una de las infinitas y lujosas *O-tchaya* que hay allí por todas partes.

Familias enteras van á pasar el día bajo los *sakurá* en flor, dirigiéndose en bandadas á Mukóyima, unos á pie, otros en *yin-riki-sha.* Los que pueden, bajan por el río, en barcos con toldos de flores, que suavemente se deslizan con la blanda corriente por entre aquellos vergeles, mientras las *gueisha* que los acompañan, tocan y bailan.

Estos privilegiados, admiran la belleza del nevado paisaje, sibaríticamente reclinados en los *tatamí* de un «barco de flores», donde pasan las horas del día en la muda contemplación de los *sakurá,* escuchando las notas estridentes del *shamisen* y los cantos de las *gueisha,* cuyos flexibles y graciosos cuerpos se dibujan á través de las guirnaldas de flores de los *yane bune,* en las clásicas actitudes de sus danzas orientales.

No hay *musmé,* cuando vuelven al anochecer á sus casas, que no lleve en la mano una rama de *sakurá,* escarchada de flores, para colocarla dentro de un artístico jarrón, en el altarito de sus dioses penates.

Más tarde, en ese mismo río que baña los campos de Mukóyima, se verifica la llamada «verbena de las aguas», una

Digitized by Google

de las fiestas más características del Japón y clásicamente oriental.

El día designado por el Gobierno para festejar al Sumidagawa, anúnciase con gran anticipación, por medio de edictos que inserta toda la prensa, á fin de que haya tiempo para hacer los preparativos y de que los *Daimios* que tienen sus *yashikis* sobre el río, puedan organizar las fiestas de *gueiska*, con que obsequian en sus jardines á los amigos, convidados á contemplar el fantástico espectáculo que ofrece el Sumida.

Desde las primeras horas de la tarde, se reunen un poco más arriba de «Nihon-bashi», puente del Japón, miles de embarcaciones, que llegan á formar una balsa compacta entre las dos orillas del ancho río.

A lo lejos se ven los encorvados puentes cuajados de gente, en las riberas están apiñados por miles los curiosos y por todas partes hay una densa multitud de espectadores, que hacían subir á la cifra de trescientas mil personas.

A pesar de haber tantos miles de seres acumulados, no se oye un grito ni hay una riña, porque en aquel pueblo educado, las disciplinadas multitudes no sienten impaciencia ni se desborban; esperan con calma y en silencio, la hora de prorrumpir en exclamaciones de admiración, alegría y júbilo, al dar comienzo los fuegos artificiales.

Los primeros cohetes, que son recibidos como en todas partes, con prolongados rumores de la muchedumbre embobada, rasgan con líneas de fuego las sombras del crepúsculo, y en cuanto bruscamente cierra la noche, queman una interminable serie de soles, estrellas, bombas y figuras dibujadas con luces de bengala, que justifican la reputación adquirida por los japoneses, de ser los primeros pirotécnicos del mundo; pareciendo increíble el partido que sacan de la pólvora y de cuatro ingredientes más, para dar novedad al monótono espectáculo de los fuegos artificiales.

Pero lo más bello y original del espectáculo, no consiste en la función de pólvora, sino en el efecto maravilloso que producen los millones de farolillos de las iluminaciones, los de

Digitized by Google

los barcos y los que llevan los espectadores, porque en el Japón nadie salía de noche sin su farol, cuando á un mismo tiempo, como por arte de encantamiento, se encienden todos, balanceándose á impulso de la brisa que viene del mar.

Allá, sobre el río, entre las luces de bengala y las miriadas de farolillos de colores, se ven las gentes pudientes que han venido á la verbena del Sumidagawa en *sampan,* rodeados de sus familias, en las que figuran con brillantes trajes las *mekake* y las *musmé* cuidadosamente acicaladas, alternando con los aficionados á costumbres menos patriarcales, empedernidos protectores de las bayaderas, que muellemente reclinados sobre la cubierta del *yane-bune,* siguen con la mirada los movimientos y ondulaciones de las *maiko,* danzando al son de música alegre y retozona.

Un ramillete de voladores pone fin á la verbena y las embarcaciones van saliendo poco á poco de la enmarañada madeja que han formado, dirigiéndose unos por el laberinto de canales al depósito incombustible, *kura,* donde dejan el *sampan* que les sirve para transportar las mercancías de su comercio, y otros á rematar la fiesta en una «casa de té».

El orden y la compostura observados por trescientas mil personas, durante esa fiesta popular, es la mejor prueba de la cultura del pueblo japonés, con gran razón considerado por muchos que le han visitado, como uno de los más educados y cultos de la tierra. Los defectos que otros viajeros le achacan, son efecto natural de una civilización oriental completa, vieja y refinada.

Seamos justos para con los habitantes del Imperio del Sol Naciente y á fe de imparciales observadores, reconozcamos que dentro de la humana imperfección, el pueblo japonés, con todas sus debilidades ó defectos que puedan imputársele, ha alcanzado un elevado nivel de cultura social, superior al de muchos países occidentales que blasonan de civilizados.

Digitized by Google

LOS AMANTES DE YEDO

Entre los numerosos profesores y técnicos occidentales, americanos, ingleses, alemanes, franceses, belgas, holandeses, italianos, etc., á quienes había confiado el Gobierno japonés, la misión de transformar radicalmente el Imperio, dándole un nuevo cerebro, pues incluso tenía á sueldo un gentilhombre de la Corte de Prusia, para que reformase los reglamentos de etiqueta palaciega, había un distinguido pintor napolitano, encargado de la dirección de la «Escuela de Bellas Artes» de Tókio.

Este notable artista, á quien después tuve el gusto de ver en la Ciudad Eterna, había reunido colección tan numerosa de preciosos objetos antiguos, que su *yashiki* era un museo de arte japonés, digno de ser admirado.

Vivía á la japonesa, como buen artista enamorado del país, rodeado de encantadoras *musmé* que le servían de modelo, para pintar cuadros de costumbres japonesas, después muy admirados en Europa; pero cuando recibía á sus amigos, para los cuales siempre estaba abierta la puerta de su estudio, los trataba á la europea, dándoles comidas de Lúculo.

Con esa amplia hospitalidad entre occidentales residentes en el Japón, donde la liberalidad llega hasta ofrecerla completa, á usanza escocesa, el artista napolitano, reunía con frecuencia á sus amigos, con pretexto de enseñar sus tesoros artísticos, alrededor de una bien servida mesa, á la cual un hermosísimo día de Abril, estábamos sentados al aire libre en el precioso jardín, buen número de convidados.

El almuerzo de aquel día, que estuvo á la altura de los fastos culinarios de Matsúmura *yashiki*, tenía por objeto reunirnos para ir á visitar Ménguro, uno de los alrededores más

Digitized by Google

célebres de Tókio, cuando la naturaleza había desplegado todas sus galas y los árboles estaban floridos, bajo la inmediata dirección de nuestro amable anfitrión, gran conocedor del país.

La sobremesa no se prolongó como de costumbre, curioseando las preciosidades atesoradas por el artista, porque con su actividad febril, puso en movimiento hasta los más perezosos de los comensales, y la caravana de *yin-riki-sha*, guiada por el intérprete de una Legación, salió para Ménguro.

Hizo escala nuestro guía en su vivienda, situada en medio de un magnífico parque, fuera de Tókio y en el camino que teníamos que seguir. El hogar del intérprete no era una casa, sino una gran cabaña japonesa, techada de pajas; pero como los franceses poseen en grado sumo el arte de saber vivir, la había transformado interiormente, en un bonito y cómodo pabellón campestre, á la europea.

Continuamos después el camino á Ménguro, sitio frecuentado por los enamorados y románticos, atravesando preciosos bosques de bambús, cuyo color hacía destacar el verde de los arrozales.

Al cabo de media hora de recorrer una campiña ideal, cubierta de espléndida vegetación, llegamos al pueblecillo formado por las *O-tchaya* que se agrupan en derredor de la O-tera * de Ménguro, meta de nuestra peregrinación.

Á la puerta de la «casa de té» más renombrada por sus *gueisha,* se paró la interminable fila de *yin-riki-sha* que venía de Matsúmura *yashiki*, y todos saltamos de nuestros vehículos, para recibir el respetuoso homenaje de las sonrientes *ne-san,* que se adelantaron respetuosamente á prosternarse como de costumbre.

Los más galantes de la caravana, aunque no los más jóvenes, quedáronse rezagados, alzando del suelo las respetuosas maritornes, á las que recompensaban de los profundos saludos, acariciando sus mejillas, mientras los demás recorríamos los bellísimos jardines del establecimiento.

---

* Templo búdico, los consagrados al culto shintoista, se denominan O-mya.

Digitized by Google

No hay para qué decir, si la fiesta habría sido preparada de antemano y si las *gueisha,* porque en el Japón no hay diversión sin bayaderas, sólo aguardaban nuestra llegada para dar comienzo al espectáculo. Tanto es así, que cuando los amantes de la jardinería japonesa subimos al *nikai,* después de varios recados urgentes, los aficionados á la diversión nacional, estaban ya gozando de las excelencias de una *Choun-Kina,* danza pantomímica burda y grosera, que desdice de la elegante y sabiamente refinada coreografía japonesa.

Pronto llegó el entusiasmo de los espectadores á tan alto grado, que habiendo perdido la fiesta toda la poesía de un baile oriental, porque nada hay más demoledor que el brutal contacto con la civilización occidental, que allí todo lo hace degenerar, cuando no lo envilece, me lancé al reconocimiento de Ménguro.

Al salir de la *O-tchaya* fuí materialmente asaltado por una docena de muchachas, que me invitaban con mimoso acento y dulces miradas, á que entrase á tomar *tcha* en sus casitas; pero repartiendo cortesías y sinceras gracias por la inmerecida ovación, me escapé de entre sus lindas manos, prometiendo volver..... las espaldas.

En lo alto se distinguía el templo y á él encaminé mis pasos.

Del otro lado del gran pórtico de ingreso al recinto sagrado, me hallé en una plazoleta tapizada de húmedo musgo, del que salían como si fueran hongos gigantescos, un centenar de magníficos *toró,* farolas de bronce, que ostentaban las armas de los Tokugawa.

Frente al pórtico, en el fondo, guardando la escalera de granito que sube hasta la cima del monte donde está la O-tera, hay dos titanes, con cabezas de diablos, rodeados de monstruos y quimeras, que arrojan grandes chorros de agua; en los ángulos, así como á lo largo de los muros, lápidas conmemorativas con inscripciones en chino y sánscrito y grandiosas pilas para el agua lustral.

La luz penetraba con dificultad, á través de las verdes celosías naturales, formadas por el tupido follaje de los gran-

Digitized by Google

diosos árboles seculares, que coronan la montaña cortada á pico, en que ha sido tallada la plazoleta, dejándola sumida en la penumbra: reinaba el más profundo silencio, y aquel lugar de donde parecía iban á surgir apariciones sobrenaturales, inspiraba miedo supersticioso.

Dominada la impresión causada por lo misterioso del sitio y el escalofrío que produce la humedad allí reinante, largo rato estuve contemplando aquel mundo de piedra y bronce, creado por la diabólica fantasía del arte religioso japonés, para infundir terror en el ánimo de los sectarios de Buda.

El sepulcral silencio que allí reinaba, fué turbado por el confuso rumor que bajaba de la montaña, del rezar de los *bonzos* en ese tono gangoso, triste y monótono, que les es peculiar y atraído por la nunca bien satisfecha curiosidad de observar de cerca los ritos y ceremonias, de las diferentes religiones y sectas que se disputan el monopolio de la fe, muy dudosa, en los poco creyentes japoneses, subí la gran escalera que conducía al templo.

Sombreada por añosas criptomerias y con una admirable vista sobre el valle, está la O-tera, donde había seis *bonzos* sentados en cuclillas sobre el *tatami,* mascullando sin tregua ni descanso, sin ritmo ni compás, el nombre de la diosa Amida, en tanto que un novicio acompañaba la monserga con agudos sonidos de un timbre.

Entonces, como siempre que veía esos sacerdotes de cráneo rasurado, de fisonomía sin expresión, de mirada estúpida y de aspecto sucio y vulgar, comprendía la indiferencia del pueblo japonés, por una religión que insensibiliza el alma con sus dogmas y cuyos ministros, reclutados entre las clases sociales más bajas, son más ignorantes, descreídos, y despreciados que el último de las *eta.*

Dejé á los *bonzos* proseguir su interminable cantinela, en la seguridad de que hasta á los mismos dioses les sería molesta, y descendí de la cima por un sendero trazado á través del espeso bosque, que me condujo á una «casa de té», perteneciente al Mikado, según luego me dijeron.

En verdad, que era digna de un soberano, aquella joya de

Digitized by Google

la arquitectura japonesa, en la que se había derrochado el gusto y la riqueza: la *veranda* era de cedro primorosamente esculpido, las paredes de brillante laca, las puertas y bastidores corredizos, de ricas maderas caladas, esculpidas y talladas. En la decoración interior, los artistas habían agotado su rica fantasía, combinando con un gusto inimitable, los dibujos de oro y plata, con las maderas preciosas convertidas en fino encaje. Más arte, y sobriedad, más elegancia y riqueza y más exquisito gusto decorativo, no es posible hallar.

Rodeando este nido de amor, hay preciosos jardines con calles enarenadas, donde se ven modelados en bronce, lagartos, ranas, dragones y otros caprichosos objetos, que parecen salir de entre las plantas y las flores.

En lo más recóndito de la «casa de té», había descubierto un pequeño patio, con una fuente en miniatura, frescos eróticos en los muros y en el fondo una hornacina para un dios penate, revestida de conchas, piedrecitas y caracoles de distintos colores, formando dibujos en mosáico, muy parecida á la que existe en la casa de Pompeya, llamada del «poeta trágico». Esta circunstancia me ratificó en la opinión, de que existe gran semejanza entre la civilización japonesa y la que tenían los romanos en la época de la gran erupción del Vesubio, que sepultó bajo sus cenizas la ciudad de villas y casas de campo, donde los patricios napolitanos iban á veranear.

El parecido no es sólo en el decorado y división interior de las viviendas, en los trajes y en las costumbres, sino que existía y muy grande, en la sólida constitución de la familia, bajo la autoridad del varón y en los códigos de sus respectivas legislaciones, pues la Ley romana de las Doce tablas, es, lo que al Japón, el Legado de Iyeyas.

Abstraído en establecer un paralelo entre dos países tan lejanos, que han florecido en épocas tan distantes, no paré mientes en una graciosa japonesilla, que me hacía reverencias, y me decía algo, que por mi distracción no había oído. La pregunté qué deseaba y me propuso servirme de cicerone

Digitized by Google

para visitar la tumba de Gompachi y Komurasaki, así como quien dice, los amantes de Teruel japoneses.

No me hice de rogar y seguí á la *musmé* hasta una puerta rústica hecha con bambús, que da paso á un jardín, donde sobre un montículo formado con toscas piedras, hay una pizarra donde están esculpidos los nombres de los amantes desdichados.

Un cerezo en flor, de cuyas ramas pendían lazos de papel, con el nombre de los enamorados que los anudaron, servía de dosel al lugar donde duermen juntos el sueño eterno, los que en vida tanto se amaron.

Sobre la piedra que rodea las losas sepulcrales, había pebeteros quemando perfumes, que al decir de mi cicerone, arden eternamente, estando á cargo de los enamorados, el mantener vivo el fuego sagrado.

Era tan grandiosa la sencillez de aquellas rústicas tumbas y el sitio donde yacían los dos héroes tan poético, que no pude resistir á la tentación de escuchar de labios de la vivaracha *musmé,* la triste historia de los amores de Gompachi y Komurasaki.

Pues, Señor, dijo la muchacha, hace doscientos años, poco más ó poco menos, un joven *samurai,* llamado Sirai Gompachi, escudero del *Daimio* de Inaba, se había conquistado fama de mozo valiente, guapo y diestro en el manejo de las armas, antes de haber cumplido los diez y seis años de edad.— Quiso un día su mala estrella, que por culpa de su perro, al que tenía gran cariño, se trabase de palabras con otro *samurai*, no menos guapo y valiente que Gompachi. De las palabras vinieron á las manos, matando á su contrario, en el duelo que siguió á la disputa entre los dos acalorados mancebos.

Para no ser víctima del rigor de las leyes sobre desafíos, huyó el matador en el acto y se encaminó á Yedo, la Capital del Shogun.

Una noche, rendido de cansancio y muerto de necesidad, Gompachi llamó á la puerta de una casa, creyendo fuese una posada; le abrieron, pidió de cenar, y se fué á descansar, sin

Digitized by Google

recelo del peligro que corria, pues se había metido en la guarida de una cuadrilla de ladrones y asesinos, en cuyas manos, sin sospecharlo, había caído.

Aunque Gompachi no tenía trazas de poseer una escarcela bien repleta, sus dos sables, sin embargo, y el cinturón, que podrían valer trescientas onzas de plata, despertaron la codicia de los bandidos, que decidieron asesinarle.

Cerca de la media noche, cuando el joven *samurai* dormía descuidado, un ligero rumor, como si alguien tratase de descorrer cautelosamente los bastidores que cerraban su habitación, le despertó, é incorporándose rápidamente, con ánimo de apercibirse á la defensa, distinguió la figura de una encantadora muchacha, como de unos quince años, que, haciéndole señas de que no se moviera, se acercó y arrodillándose, le deslizó al oído estas palabras:—«el dueño de esta casa, es un capitán de ladrones; os van á matar esta noche, para robaros los sables. Yo soy hija de un rico mercader de Mikawa, á quien el año pasado asaltaron la casa, robándole cuanto tenía y secuestrándome; ¡ay de mí! huyamos, salvadme, os lo ruego»,—concluyó diciendo la hermosa niña, con los ojos arrasados de lágrimas.

Sorprendido Gompachi al principio, no pudo responder, pero repuesto bien pronto y confiado en su juvenil valor y destreza en el manejo de las armas, la dijo;—«voy á matar á esos bandidos, para libertaros esta misma noche y en cuanto comience el combate, apresuraos á huir de esta casa: esperadme fuera de ella, hasta que vaya á buscaros».—Obedeciendo las órdenes de Gompachi, la muchacha dejóle solo.

Inmóvil y casi sin respirar, esperó con gran calma y sangre fría, el momento del ataque.

Cuando los asesinos, creyéndole profundamente dormido, intentaron deslizarse furtivamente en su habitación, Gompachi, sable en mano, se lanzó sobre el primero que se le presentó, tendiéndole muerto á sus pies. Entonces, los otros bandidos, que también estaban armados con sables, arremetieron contra Gompachi, quien batiéndose hábil y desespe-

Digitized by Google

radamente, puso á todos los nueve fuera de combate, cortándoles luego la cabeza.

El esforzado mancebo salió ileso y triunfante de la casa, llamó á la muchacha que estaba escondida y juntos se pusieron en camino de Mikawa, donde dévolvió á sus padres la hija idolatrada, que tanto habían llorado creyéndola perdida para siempre.

Con lágrimas de alegría y gratitud profunda, suplicaron el mercader y su mujer á Gompachi, á quien festejaron y dieron generosa hospitalidad, se quedase á vivir con ellos; pero el *samurai*, que deseaba ir á Yedo, para tomar servicio en las tropas de un *Daimio*, declinó todos los ofrecimientos que le hicieron, incluso el de adoptarle por hijo, á fin de que permaneciese para siempre en su casa.

Komurasaki, que así se llamaba la heroína, enamorada perdidamente de su libertador, unió á los cariñosos ruegos del mercader, sus amorosas y tiernas súplicas, mas sin lograr disuadir de su propósito á Gompachi; por lo cual, el agradecido padre no insistió más y llorando le dejó partir, después de haberle regalado doscientas onzas de plata.

Ante la idea de separarse de su amado, Komurasaki, traspasado el corazón de dolor, vertía tan amargas lágrimas, que por fin movieron el ánimo del ambicioso *samurai* á compasión, diciéndola;—«no lloréis, mi querida niña, pronto volveré: que me seáis fiel y cuidéis á vuestros ancianos padres durante mi ausencia, es cuanto os pido».

Esta promesa de su adorado, hizo renacer la esperanza en el turbado corazón de Komurasaki, por cuyo hermoso rostro corrían aún las lágrimas, cuando ya sonreía á Gompachi, en el momento que la saludaba, al separarse de ella, camino de Yedo.

Al cabo de algunos días de viaje, cerca ya de la gran ciudad, corrió de nuevo gran peligro su vida, á manos de otros bandidos.

Llegaba al pueblo de Suzuyamon, cuando fué atacado de improviso por seis salteadores de caminos, que creyeron empresa fácil matar al *samurai*, para robarle. Sin intimidarse

Digitized by Google

por el número de los enemigos, Gompachi, se aprestó á la lucha y de los primeros mandobles, tendió dos ladrones en el suelo; pero cansado como se hallaba, después de larga jornada á pie, se defendía con gran trabajo de los otros cuatro bandidos, que le acosaban por todas partes.

Comenzaba á flaquear Gompachi y á perder terreno, cuando la suerte le deparó un auxilio inesperado.

Acertó á pasar por el sitio del combate, el *Norimono* en que viajaba un *chonin,* quien viendo lo desigual de la lucha, saltó á tierra con sable desenvainado y corrió al socorro de Gompachi, salvándole de una muerte segura; pues los criminales, intimidados por la intervención de aquel valiente, se pusieron en precipitada fuga.

El salvador de Gompachi, el intrépido mercader que se habia presentado con tanta oportunidad, era Chobei *, jefe de la «Sociedad para el mutuo auxilio de las clases populares» de Yedo, llamada *Otokó-daté;* personaje famoso en los

---

* El trágico fin de este héroe popular, demuestra la temeridad y el desprecio á la muerte de la raza japonesa.—Entró un día Chobei, Padre del «Otokó-daté» ó hermandad de hombres caballerescos, en una «casa de té» de la Yoshiwara, barrio destinado á las meretrices; y sentóse sobre unos cojines, reservados para otro parroquiano. Llega éste, un «hatomoto» ó noble de dos sables, que viendo su sitio ocupado por un plebeyo, se puso á fumar uno tras otro, una docena de *kiserú,* arrojando las cenizas sobre el plebeyo, que se hacía el dormido. Chobei, por último se decide á abrir los ojos, diciendo al noble, que le dispense su falta.—Irónicamente entonces, el noble le convida á compartir su comida, que el propio Yurosayemon le sirvió en la punta de su sable. Sin pestañear, Chobei abría la boca y sonriente comía con gran calma, sabiendo el peligro que corría su vida.—Tamaña temeridad y el que Chobei luego invitase al noble á comer un manjar de villanos, ofendió de tal suerte á Yurosayemon que juró vengarse.—Pasado algún tiempo, Yurosayemon convidó á comer en su casa al plebeyo. Chobei comprendió que se le había preparado una emboscada, donde hallaría la muerte, mas no vaciló en aceptar.—Despidióse de los suyos, como quien va á morir y se presentó en casa de Yurosayemon.—Dos sicarios apostados para asesinarle, se lanzaron sable en mano sobre Chobei, en cuanto entró: mas prevenido, les hizo frente, hiriendo y desarmando á los dos.—Después de esta hazaña, en lugar de poner á salvo la vida, se presentó con increíble sangre fría al pérfido anfitrión, que con sorna elogió su pericia en el esgrimir, pidiéndole perdones por el brusco recibimiento que le había dispensado.—Chobei, contestó sonriendo, era pura casualidad, que un plebeyo venciese á dos nobles.—Entonces Yurosayemon invitó á su convidado á que antes de comer, tomase un baño para refrescarse y Chobei, sabiendo que la muerte le aguardaba allí, cuando estuviese desarmado, sin titubear aceptó el ofrecimiento.—En efecto, fué villanamente asesinado.—Al siguiente día, siete cofrades del *Otokó-daté,* llevaban á la casa del asesino un ataúd, que el mismo Chobei se había encargado y mandado llevar, seguro del trágico fin que le aguardaba.

Digitized by Google

anales de la Capital, cuya vida, hazañas y aventuras, son célebres en todo el Imperio.

El *samurai* expresó su agradecimiento, diciéndole,—«ignoro quién sois, pero me habéis salvado la vida y debo daros las gracias».—«No soy más que un pobre *chonin,* contestóle Chobei, hombre humilde y de paz, por lo cual, achaco más la fuga de esos ladrones, á una feliz casualidad, que á mi propio esfuerzo, debiendo confesaros, que he admirado cómo os batíais, pues habéis desplegado un valor y una destreza admirables.»

Este cumplido, halagó el amor propio del *samurai,* contestando con modestia, que aún era mozo inexperimentado en el manejo de las armas.—«Puedo preguntaros ¿dónde vais?» le dijo Chobei.—«Difícil es contestaros, repuso Gompachi, porque no lo sé; soy un *ronin* que camina á la ventura, sin saber dónde va.»

Sintiéndose Chobei arrastrado por una gran simpatía hacia el desgraciado joven, que le inspiraba compasión, le dijo; «Comprometida y peligrosa es vuestra situación, mas, si perdonáis la osadía, de que un humilde *chonin* os haga un ofrecimiento, me permitiría poner mi casa á vuestra disposición, rogándoos la habitéis, hasta que hayáis podido entrar al servicio de un *Daimio.*»

Gompachi aceptó con gusto la generosa oferta de su protector y acompañó á Chobei á su casa de Yedo, donde le dió hospitalidad, por espacio de algunos meses.

La vida fácil y agradable que llevaba, hízole olvidar los buenos propósitos de buscar colocación; y acostumbrándose al ocio y á la pereza, no tardó en adquirir deplorables hábitos, limitando su licenciosa existencia, á satisfacer vicios, malas pasiones y caprichos de libertino.

Á diario frecuentaba la *Yoshiwara,* donde Gompachi, por su gallarda figura y airoso porte, llamó la atención general, llegando á ser el favorito de todas las bellezas habitantes en el suburbio de los amores mercenarios.

Como quiera que fuese el Tenorio de la *Yoshiwara,* su amor propio no podía consentir, que hubiera una nueva beldad, á

Digitized by Google

quien él no conociese y habiendo oído elogiar varias veces á sus compañeros de orgías, los irresistibles encantos de una nueva *yoró,* recién llegada á la *Yoshiwara*, llamada Komurasaki (purpurina), de quien decían era una escultural belleza, muy superior á todos los miles de sacerdotisas, que contienen aquella reunión de templos, levantados en honor de Venus, Gompachi resolvió ir al llamado «Las tres ondas azules», donde estaba la beldad á la moda, para cerciorarse de si eran merecidas, las alabanzas cantadas en coro por sus admiradores.

Una noche que fué á la *Yoshiwara,* entró en el establecimiento titulado «Las tres ondas azules», donde preguntó por la nueva beldad, llamada Komurasaki.

Al reconocer en la perla de la *Yoshiwara*, la niña por él libertada en la guarida de ladrones, aquella Komurasaki que había acompañado á Mikawa, hasta dejarla segura al lado de sus padres, feliz en el seno de la familia, Gompachi dejó escapar un grito de asombro.

No acertaba á explicarse el *ronin*, cómo podía hallarse en aquel lugar de perdición, la hija adorada de unos padres que gozaban de opulencia, la enamorada amante, que antes de separarse habíale jurado eterna fidelidad!

¡Qué cambio tan desconsolador, qué terrible contraste!

Cuando Gompachi volvió de su estupor, apostrofó á Komurasaki, diciéndola:—«¿Qué significa esto? Cómo es creíble hallaros aquí, en esta casa, en la Yoshiwara! Explicadme pronto ese misterio, os lo suplico, que yo no puedo adivinar.»

Largo rato estuvo sin poder hablar, la afligida Komurasaki, que después de haber vertido tantas lágrimas por su amado, volvía á verlo en aquel lugar y de manera tan inesperada. La vergüenza asomaba á sus mejillas y no se atrevía á levantar los ojos ante Gompachi.

Por fin, respondió así:—«¡Ay! la triste historia de mis desgracias, es muy larga y penosa de contar, pues desde que os separásteis de nuestro lado, todo género de calamidades y desventuras cayeron sobre nuestra casa: primero la ruina, después la miseria y cuando mis ancianos padres hubieron

Digitized by Google

agotado hasta los últimos recursos, en vano apelé á todos los medios para ayudarles, pues mi trabajo era insuficiente para mantenerlos. Desesperada entonces, al ver que eran inútiles mis esfuerzos, vendí este mísero cuerpo al amo de «Las tres ondas azules», entregando el precio á mis padres, quienes á pesar de mi sacrificio, murieron de hambre y de pena, bajo los repetidos golpes de la fatalidad. ¡Es posible exista en este mundo, sér más desgraciado y miserable que yo! Mas ahora que vuelvo á hallaros, no me abandonéis, y ya que una vez me salvásteis la vida, de rodillas os imploro y suplico, que en este terrible momento no me despreciéis».

Al hablar así, la pobre y desgraciada niña, se arrastraba á los pies del *ronin,* bañándolos con las lágrimas que corrían de sus hermosos ojos.

Profundamente conmovido, Gompachi la contestó;—«tristísimo es en verdad, el relato de vuestras desgracias: la adversidad se ha ensañado cruelmente con la casa que ha poco ví tan próspera y floreciente; soy muy pobre para poder redimiros de esta innoble esclavitud, pero yo intentaré cuanto pueda, para que de hoy en adelante no seáis tan desgraciada. Amadme y tened fe en mí».

Al oir estas palabras de consuelo Komurasaki, se levantó transfigurada, enjugó sus lágrimas y abrazó estrechamente al ídolo de su pasión, olvidando todas las penas y desgracias pasadas, con el goce de volver á ver á Gompachi y tener la dicha de abrazarle. Al separarse, Gompachi la estrechó con ternura sobre su corazón, prometiendo á Komurasaki volver á verla muy pronto.

Todo el siguiente día pasó el enamorado en casa de Chobei, soñando con la imagen adorada de Komurasaki, que no se apartaba de su imaginación y desde aquel día no faltó uno solo á la *Yoshiwara;* porque si Gompachi no se presentaba á la hora de costumbre en «Las tres ondas azules», Komurasaki inquieta y desazonada por no verle llegar, le mandaba una carta, preguntándole la causa de su ausencia.

Al cabo de algún tiempo de llevar esa vida ociosa y disoluta, agotó el *ronin* sus recursos, hasta el punto de que llegó

Digitized by Google

un día, en que por no tener dinero, no pudo ir á «Las tres ondas azules».

Entonces germinó en su cabeza una idea funesta; aguardó á que llegara la noche, salió de casa de Chobei, y asesinó para robar. Con el dinero hallado sobre su víctima, corrió á la *Yoshiwara*.

Puesto ya en la fatal pendiente del crimen, cegado por la pasión y acosado por la necesidad, el *ronin*, como el tigre que ha probado una vez carne humana y acecha sin descanso sus víctimas, pues tenía alma perversa y criminal, continuó asesinando gentes en las calles por las noches, para robar el dinero que le costaba frecuentar «Las tres ondas azules».

Tan notoria llegó á ser su escandalosa vida, que Chobei se vió obligado á echarle de su casa.

Los crímenes que cometía el *ronin*, se hicieron tan públicos, que la autoridad le mandó vigilar. Sorprendido en flagrante delito de homicidio, fué preso, condenado á muerte y decapitado como un vulgar malhechor, en la plaza de las ejecuciones de Suzuyamon.

Aunque Gompachi tuvo tan triste fin, Chobei, que era bueno y piadoso, reclamó la cabeza y el cuerpo del ajusticiado, para enterrar los sangrientos restos del desdichado *ronin*, en los jardines del templo de Boronyi, en Ménguro.

El dolor de Komurasaki no tuvo límites, cuando llegó á su noticia por la chismografía de la *Yoshiwara*, el trágico fin de su amante.

Secretamente huyó de la mancebía y corrió á Ménguro, á prosternarse sobre la tumba de Gompachi, que regó con sus lágrimas. Después de orar sollozando, por aquel á quien tanto había amado, sacó del *obi* un puñal, hundiéndoselo en la garganta.

Con estas palabras y visiblemente conmovida, así terminó la *musmé*, el relato de esos trágicos amores, idealizados por la fantasía del pueblo japonés, el cual, por su criterio especial sobre la abnegación filial, sus creencias religiosas, y concepto sobre el honor de la mujer, ha rodeado la figura de Komurasaki, de una inmortal aureola.

Digitized by Google

De analizar la moral de esta romántica historia con el criterio occidental, el argumento resultaría tan grosero, como prosáicos los personajes, pues Gompachi aparecería como un vil criminal y Komurasaki cual una vulgar heroína de mancebía; pero, como los japoneses por algo son nuestros antípodas y tienen diferente concepto del nuestro en las ideas abstractas, divinizan la sublime abnegación de Komurasaki, que sacrificó su virginal pureza y sus más caras ilusiones, vendiéndose al repugnante comercio de la *Yoshiwara,* para socorrer á sus ancianos y desvalidos padres.

Es preciso además tener en consideración, que según el criterio japonés, un acto de valor como el de los «Cuarenta y siete *ronin*», que se dan la muerte, después de haber vengado á su Señor, el de Komurasaki, muriendo por su mano sobre la tumba de su amado, redime todas las faltas y lava con sangre la mancilla del honor.

De esta diversidad de conceptos sobre el honor resulta, que en el Japón no imprima carácter infamante la residencia en la *Yoshiwara* y que por el contrario inspiren respetuosa lástima, ó admiración, según hayan sido vendidas por los padres ó las haya llevado allí la abnegación filial, las infelices que la desgracia condena al comercio de la hermosura, en bazares parecidos al de «Las tres ondas azules».

Digitized by Google

EXCURSIÓN A KAMÁKURA

En un país de lluvias torrenciales é interminables, donde los caminos se ponen intransitables, los ríos desbordan y los torrentes inundan y devastan comarcas enteras, la época más á propósito para hacer excursiones y viajes por el interior, es la estación seca, que en el Japón es el invierno.

Los meses de Diciembre y Enero, cuando las heladas endurecen el suelo y el sol brilla en un cielo despejado, iluminando con sus tibios rayos una atmósfera pura y diáfana, son los mejores para recorrer la parte del imperio, que se extiende desde la cordillera del Asamayama, hasta la llanura donde surge el gallardo cono del Fuyi-san.

Durante esa hermosa época, el espíritu despierta de la invencible somnolencia en que le sumieron los monótonos días de lluvia de primavera y los enervantes calores del verano; el cuerpo recobra su energía, las articulaciones se desenmohecen y los pulmones dilátanse con delicia, respirando el ambiente puro y elástico, embalsamado por los efluvios de una vegetación, siempre vestida con las galas de la primavera.

La delicia que causa ese tiempo idealmente hermoso, convidaba á dejar la «Colina» de Yokohama, para recorrer los valles y las costas, que se divisan desde el Bluff, hasta perderse de vista en el horizonte.

Era el momento de realizar una proyectada correría y en la madrugada de un día frío, pero espléndido, salíamos tres viajeros por el Tokaido, con objeto de visitar algunos de los puntos más interesantes del Japón.

Dejando Kanagawa á la derecha, se internó el coche en que hacíamos la primera etapa del camino, por un vallecillo

Digitized by Google

poblado de corpulentas criptomerias, esbeltos bambús y grandes helechos, entre los cuales aparecían pintorescas casitas, con techumbre de paja, cubiertas de blanca escarcha, que daba un tono acerado y brillante al paisaje.

De las viviendas, aún cerradas por ser hora muy matinal, para sus poco madrugadores habitantes, se desprendían azules vapores, como en las aldeas de mi país, en que por las mañanas al salir del sol, las casas están coronadas por un penacho de humo, que se eleva perpendicularmente desde el ancho hogar, donde arde el tronco de una encina, hasta el espacio.

Al ruido que producía el coche, rodando sobre el suelo endurecido por la escarcha, se asomaban las curiosas *musmé* á las puertas de las rústicas casitas, vestidas aún con el gracioso abandono del traje nocturno y restregándose los ojos para ahuyentar el sueño.

Si la madrugadora era la *ne-san* de una «casa de té», comenzaba á llamarnos con acento de sirena, y como siempre tenía eco en el tierno corazón de uno de mis dos compañeros, entusiasta admirador del bello sexo japonés, hacía parar el coche, á pesar de nuestras protestas, para tomar una taza de *tcha,* servida por una *musmé* tan complaciente como ligeramente vestida.

Volvía á ponerse el vehículo en movimiento y mientras llegábamos á la proxima *O-tchaya,* en que de nuevo nos abandonaba el inflamable aficionado á los tés matinales, que dicho sea de paso, profesaba tanto amor por las lindas *musmé,* como terror cerval por los ceñudos y altivos *samurai,* nos contaba sus aventuras amorosas, salpicando la novela de sus innumerables conquistas, con el relato de los sangrientos atentados de que fueron víctimas muchos europeos, en el mismo camino que estábamos recorriendo.

Según nuestro impresionable y volcánico compañero, que por más señas pretendía haber nacido *tras os montes,* si bien tenía todas las trazas de un macaista *, aquel camino era un

* Mestizo de europeo y chino, natural de Macao.

Digitized by Google

verdadero calvario, en que debería haber más cruces que en un cementerio; pues si aquí, él había inspirado una pasión loca, á la maritornes de una posada, allá habían sido cruelmente acuchillados por los *samurai,* ingleses, damas y oficiales europeos.

Cada dos pasos hallaba la rica fantasía de nuestro novelesco compañero, el recuerdo de una víctima de su fascinación ó de un sangriento drama en que perecieron varios extranjeros, de modo que entre escuchar sus candorosos idilios é historias horripilantes, hicimos la primera parte del viaje, bajo las añosas criptomerias del Tokaidó, plantadas en tiempo de Iyeyas.

Aunque durante el trayecto la variedad del bello paisaje es infinita, lo que absorbió toda mi atención fué el Fuyi-yama, ese titán, transparente y azul, coronado de nieve, cuya majestuosa hermosura é imponente grandeza, explican la idolatría y superstición que los japoneses sienten por tan singular prodigio de la naturaleza.

En Fuyisawa, pueblo bastante grande, dejamos la jardinera para tomar *yin-riki-sha,* únicos vehículos en que se puede viajar, en cuanto se sale del Tokaido; y uno tras otro, por un estrecho camino, ó mejor dicho, una senda cerrada entre cercas de bambú, tomamos el rumbo de Katasé, al trote largo de los ágiles *Kurumá.*

Atravesábamos una de las comarcas del Imperio de mayor densidad en la población y por lo tanto los campos estaban cultivados con el más grande esmero.

La gente que estaba trabajando en los arrozales y en las plantaciones de té, salía por entre los bosques de bambús al camino, á mirarnos de cerca, con tanta curiosidad, como excitarían unos chinos viajando por los pueblos de Castilla y por todas partes fuimos admirados cual monstruos de feria, por aquellos sencillos campesinos.

Mas, donde causamos verdadera sensación, fué en Katasé, al apearnos de los cochecillos á la puerta de una *O-tchaya* situada en la plaza del pueblo, donde, bajo copudos árboles seculares, había una abigarrada muchedumbre de campesi-

Digitized by Google

nos y marineros, allí congregados para celebrar una fiesta, en el templo que se destacaba en lo alto de la colina.

Tan pronto como nos divisaron, fueron acercándose precedidos por un enjambre de chiquillos, hasta que nos rodearon con el plausible objeto de examinarnos de cerca; pero sin molestarnos en lo más mínimo, ni incomodarse por la hilaridad causada en nosotros, por su infantil curiosidad.

Por fin, la *O-kamisan* de la posada, con ayuda de cuatro robustas *ne-san,* repartiendo codazos, rompió el círculo de curiosos y nos sacó del apretado grupo que formaban, mientras otras maritornes cargaban con nuestras balijas y provisiones.

El interior de la «casa de té», estaba en armonía con el aspecto palaciego que tenía por fuera; en la espaciosa cocina, que servía de entrada, relucían como el oro, colgados de la espetera, los utensilios de tan importante laboratorio y sobre el fogón murmuraban sordamente dos enormes marmitas, de las cuales se escapaba un olorcillo sumamente grato al paladar. En las diferentes habitaciones que visitamos, reinaba el más escrupuloso aseo y la sala de honor que nos dieron para descansar y comer, estaba adornada con antiguos *Kakimono,* pinturas, muebles de laca, grandes jarrones de porcelana llenos de flores y en una hornacina, un precioso templo búdico en miniatura, de madera tallada y dorada.

Cómodamente reclinados en los *tatami,* pues el lujo de la posada no llegaba hasta tener sillas y mesa, hicimos una opípara comida, á la que no faltó más detalle que beber perlas disueltas en vino de Falerno, para que rivalizase con los banquetes romanos.

Gracias al apetito que el frío y la jornada nos habían despertado, la primera parte del festín se pasó con toda tranquilidad, pero tan pronto como nuestro enamoradizo compañero se sintió satisfecho y enardecido por el excelente vino de su patria, con que nos había obsequiado, ya no vivía más que para lanzar tiernas miradas y suspiros amorosos, á las robustas maritornes que nos servían.

Fácil nos fué calmar sus entusiasmos, diciéndole, que entre

Digitized by Google

la multitud habíamos distinguido dos *samurai* de mirada torba y apariencias de *ronin*,—su pesadilla y los que más temía—logrando con esta inocente estratagema apagar sus fuegos.

Tomamos los *yin-riki-sha*, que nos llevaron por la playa hasta cerca de la isla de Enóshima, alto peñón cubierto de verdura, que surge del mar, á corta distancia de tierra.

¡Cuán agradable sorpresa tuve, al divisar la isla, que me recordó la de Capri, aquel pequeño paraíso rodeado por las aguas azules del Golfo de Nápoles, donde tantas veces fuí á gozar la inefable dicha, de vivir solo con la Naturaleza!

Sobre la arena de la playa, había una flotilla de *sampan* *, que hacen el servicio de comunicación con la isla cuando la marea está alta; pero como nosotros llegáramos en el momento en que el mar dejaba á seco una lengua de arena, que la une á la playa en las mareas bajas, seguimos el camino á pie, hasta cerca de la isla, donde los *Kurumá* nos llevaron á hombros, para atravesar una especie de canal que hay inmediato á la roca.

Para hacer accesible el peñón, cortado á pico sobre el mar, han tallado en la roca una escalera que sube desde el embarcadero hasta la cima, la cual sirve de calle principal á la población isleña.

Desde la entrada, donde hay una plazoleta cortada en la peña, se ven por todas partes tiendas y «casas de té», frecuentadas por los peregrinos que visitan la isla sagrada, é invadida en aquel momento por oficiales y soldados de caballería, uniformados á la europea, que habían venido de paseo militar desde Kamákura.

Los hijos de Marte, como los soldados de todos los países, se disputaban los favores de las isleñas y las *ne-san* se multiplicaban, corriendo de grupo en grupo, en cuanto las soltaban en uno, para ir á otro y atender á todos.

Esta oportuna circunstancia, nos libró de hacer estación en cada una de las *O-tchayas*, pues los naturales instintos de

---

* Barcas japonesas.

Digitized by Google

nuestro fogoso compañero, se habían aplacado ante la vista de tanto sable de caballería.

Pero, mientras subíamos las empinadas escaleras, donde hay tiendecillas en que venden preciosos objetos, hechos con las maravillosas conchas que arroja el mar, nos hizo la relación circunstanciada, de cómo había sido atacado el Sr. L., Encargado de Negocios de Italia, por dos soldados de caballería de la guardia, que sable en mano le persiguieron hasta el Ministerio de Negocios Extranjeros, donde tomó asilo.

La historia terminó con el primer tramo de escaleras, que por ser muy pendientes había dejado sin aliento al narrador y nos dispusimos á escalar la cima, descansando un momento bajo el impenetrable follaje de los cedros, pinos gigantescos y bambús, techado natural de los templos shintoistas, erigidos en cada una de las plazoletas ó descansillos en las escaleras.

Era tanta la frondosidad del lugar, que permanecimos silenciosos, contemplando la magnificencia de la espléndida vegetación, donde se ocultan los rústicos y sencillos altares dedicados al culto de los Kami.

Necesario fué un esfuerzo para arrancarse á la admiración que produce el conjunto de tanta belleza y poesía, idealizadas por ese tono melancólico, característico de los paisajes japoneses.

Llegamos por fin á la cumbre, desde la cual se descubre el panorama quizás más bello de la tierra: á derecha é izquierda, los golfos de Odawara y Kamákura, rivales, por lo menos, de la belleza del de Nápoles; en el centro, la cordillera de montañas de Hakoné, coronadas por el soberbio Fuyisan, que eclipsa cuanto le rodea con su imponente majestad y en el fondo, la inmensidad del Océano Pacífico.

Dominando ese panorama sin igual, había una casita japonesa, construída por un inglés, donde pasaba largas temporadas admirando ese mar sin límites, que se confunde en el horizonte con la bóveda celeste, la cual parece estar en equilibrio, sobre el gigantesco cono del Fuyi.

Hacia la parte que mira al Océano, un sendero cortado en

Digitized by Google

la roca serpentea hasta bajar al nivel del mar, donde existe una gruta que atraviesa la isla de parte á parte: en el obscuro fondo de ese túnel hay un altar milagrero, donde constantemente arden numerosos cirios de tamaño colosal, ofrecidos por los *sendo,* marineros, y pescadores, es decir, gente de mar, á los dioses de ese proceloso elemento.

La gruta es un pasaje subterráneo, excavado en antiguos tiempos, por los nobles monjes refugiados en Enóshima, que convirtieron el peñón, en un Gibraltar monástico.

A la entrada de la gruta esperábanos un *sampan,* para regresar á tierra, dando la vuelta á la isla.

Llevaba de Enóshima, la impresión de encanto y delicia, que me había causado la primera visita, con frecuencia luego repetida y una de las veces en compañía de D. Fernando Osorio, mi buen amigo y compañero, entonces Secretario de la Legación en China, soñando en lo dichoso que sería, de poder pasar el resto de la vida, en aquel paraíso insular, instalado en una casita japonesa, rodeada de árboles y suspendida en lo alto del peñón, sobre el mar azul.

En la playa volvimos á tomar nuestros cochecillos y siguiendo la orla de arena endurecida que dejan las olas al retirarse, llegaron los infatigables Kurumá á un bosque de bambús, por el cual se internaron hasta dar con una senda suficientemente ancha para dar paso á un *yin-riki-sha.*

Del bosque salimos á los arrozales, surcados por infinitas acequias, que á cada momento era preciso cruzar sobre ligerísimos puentes de bambú. Todo el campo estaba esmeradamente cultivado gracias á la industria de la población agrícola y del perfecto sistema de irrigación de que disponen.

Pasados los vallecillos vestidos de eterna verdura, llegamos á unos montes abruptos, cubiertos de sombría vegetación, que se atraviesan por una angosta cortadura en la roca hecha en tiempo de Yoritomo, para facilitar el acceso á Kamákura, la antigua capital.

A corta distancia de este desfiladero, hallamos un gran *torí* á la entrada del valle, pórtico que anuncia como un

Digitized by Google

heraldo, la proximidad del lugar sagrado, donde está erigida la famosa estatua conocida por el *Dai-butzu*.

El sitio elegido para colocar la colosal efigie de Buda, es magnífico y el más á propósito para hacer resaltar, así la perfección artística de la estatua, como sus colosales proporciones.

Aparece el *Dai-butzu* en el fondo de un estrecho valle, poblado de sombría vegetación, sobre la cual se destaca como una torre, la estatua representando al Príncipe reformador, sentado y en actitud de muda contemplación.

Esta colosal efigie, que tiene las siguientes dimensiones, cincuenta pies de altura, noventa y seis de circunferencia, la cara ocho pies y medio y el dedo pulgar cuatro, fué encargada por el Shogun, Yoritomo Minamoto, en el cuarto año del Kencho, al célebre escultor Ohno Goroyemon, quien empleó para fundir la estatua más admirable del Extremo Oriente, tres mil toneladas de carbón, quinientas libras de oro, mil novecientas cincuenta y cuatro de mercurio, diez y seis mil ochocientas ventisiete de estaño y novecientas ochenta y seis mil ochenta de cobre.

La custodia del ídolo, está confiada á unos monjes que viven en la bonzería inmediata, los cuales celebran sus ceremonias en el interior de la estatua, donde hay un templo.

Uno de los *bonzos* que nos acompañaron en la visita al interior del ídolo y en el paseo que hicimos por sus brazos y piernas, se brindó á fotografiarnos en grupo, sentados sobre los dedos pulgares de Buda, ofrecimiento que aceptamos en el acto, como el mejor medio y más indirecto de darles una gratificación, por la amabilidad con que nos había acogido.

Agradecidos á la limosna que dejamos al monasterio, salieron todos los monjes á despedirnos y aún hacían profundas reverencias, cuando nos alejábamos rápidamente del *Dai-butzu* con rumbo á Kamákura.

El sol comenzaba á ponerse, al llegar al sitio donde Yoritomo fundó su Capital, y á la luz de sus últimos rayos recorrimos los yermos campos, que siglos atrás fueron maravillosa ciudad, para visitar la tumba del primer Shogun, Yo-

Digitized by Google

ritomo Minamoto y el templo de Hachiman, dios de la guerra, donde vimos las armas del vencedor de los Taira, el heróico é infortunado Yoshitsuné.

Nada más queda de la Kamákura antes famosa, para atestiguar de su pasada grandeza y como el crepúsculo se acercara, complacimos los vehementes deseos de nuestro receloso compañero de excursión, de emprender el regreso, para evitar un mal encuentro nocturno, en el camino que aún teníamos que recorrer en *yin-riki-sha*.

Mientras corrían los *Kurumá*, arrastrando velozmente nuestros cochecillos, continuó el impresionable compañero, relatando espantosos crímenes, cometidos en aquellos sitios por bandoleros y *ronin* contra indígenas y europeos.

¡Mas, quién había de escuchar los lúgubres vaticinios de aquel agorero, teniendo delante la fantástica é ideal visión del maravilloso Fuyi-yama!

Bañado por la luz del crepúsculo, aquel altísimo cono azul, todo empenachado de blanca nieve, parecía un titán, transparente, aéreo é impalpable, escalando el cielo.

Durante mi estancia en el Japón ¡cuántas horas no pasé absorto en la contemplación de ese prodigio de la madre naturaleza, que según la tradición, surgió, en una noche, de las entrañas de la tierra!

En los claros días de invierno, cuando sentado al sol en la *veranda* de mi jardín, contemplaba la sagrada montaña á través de treinta leguas de purísima y diáfana atmósfera, la veía tan cerca, que por una ilusión óptica, parecía posible poder tocarla, con sólo extender la mano.

El viento reinante en aquellas elevadas regiones, arrancaba de la blanca cima nubes de nieve, que al ser coloreadas por el sol, semejaban lluvia de rubíes, esmeraldas y brillantes, cayendo sobre el volcán.

Á pesar de los presagios luctuosos de nuestro visionario, sin contratiempo de ninguna clase, regresamos á Fuyisawa, donde dejamos los *yin-riki-sha* y subimos á la jardinera, que por el Tokaido había de llevarnos á Yokohama.

Aunque era ya entrada la noche y estábamos cansados por

Digitized by Google

todo un día de no parar un solo momento, volvieron á repetirse las escenas matinales de las *otchayas*, pues á cada paso salía al camino alguna retozona *né-san* diciendo: *oidé, dana san,* venga, Señor, á descansar, lo cual bastaba para inflamar al admirador de las japonesas y ahora que se consideraba á salvo de bandoleros y *ronin,* á todo trance quería viajar á la moda del país, parándose en cada posada á tomar una taza de té.

Algunas veces había que someterse á sus caprichos y mientras aguardamos á que aún prosiga sus infatigables investigaciones etnológicas, haremos unos comentarios, acerca del espectáculo que nos rodea.

El Tokaido viene á ser una interminable calle del centro del Imperio, donde la población es muy densa, por la cual pasa todo el Japón, porque los naturales gozan con el movimiento y para ellos un viaje, es la mayor de las diversiones. Así es, que el espectáculo nocturno que ofrece esa gran vía, que pone en comunicación todo el Dai Nippon, es tan animado como el de una calle de Tókio.

Por todas partes se ven casitas, profusamente iluminadas con faroles de papel, de todas formas, dimensiones y colores, destacándose los monumentales de las *otchaya*, los de la *yoshiwara,* con sus indispensables *gueisha* y el de la *o-yuya;* tres establecimientos indispensables á todo japonés, que se repiten hasta lo infinito á lo largo del Tokaido.

Tan erizado de dificultades sería para una inexperta pluma, abordar la escabrosa tarea de describir una *Yoshiwara,* que aun siendo una de las singularidades japonesas, curioseada incluso por las damas occidentales que visitan aquel Imperio, pasaremos de largo esos pulcros, refinados y suntuosos bazares de placeres orientales, deteniéndonos tan sólo, en sus más cercanos límites, los de la *o-yuya.*

La casa de baños, viene á ser en el Japón, lo que eran las termas en Roma ó lo que son los Clubs en Inglaterra.

Porque de los pueblos que hoy existen en la tierra, el japonés es sin disputa el más aseado, ya que cada individuo se baña diariamente, por lo menos una vez.

Digitized by Google

Desde niños, las madres comienzan á llevarlos á las *o yuya,* para irles acostumbrando á que adquieran el hábito de bañarse todos los días, costumbre que con el tiempo llega á convertirse en necesidad tan imprescindible, como la de alimentarse.

Así es que el *Daimio* y el *chonin,* la *Oksan,* señora, y la *koskai,* sirvienta, todos son iguales ante el baño, diferenciándose tan sólo en el número de veces y las comodidades con que se bañan diariamente.

Las familias pudientes, tienen en su casa un pabellón destinado á balneario, y los pobres van á los baños públicos, que tanto en las ciudades, como en los pueblos y hasta en los caminos, se encuentran por todas partes.

El precio de la *o-yuya* es tan ínfimo, uno ó dos *sens,* centavos, que las delicias del baño están al alcance de cualquiera fortuna, por modesta que sea. Y lo mismo la elegante *gueisha* antes de asistir á una fiesta, que el *akindo* después de cerrar su tienda, ó el criado antes de presentarse á su amo, el *bonzo* que va al templo, el soldado en el cuartel ó la *mekake* que se prosterna ante su *dana san,* todos sin excepción, desde el más alto al más bajo, todos los japoneses se bañan.

Desde el imperio romano ¿qué pueblo puede vanagloriarse, de que ese precepto de higiene, signo evidente de una refinada civilización, sea una costumbre nacional por todos practicada?

¡Y aún hay occidentales, que se figuran al Japón sumido en la barbarie!

En esto, logramos por fin apoderarnos de la persona de nuestro compañero, que cocido como un cangrejo, salía de la *o-yuya* junto á la cual habíamos estado aguardándole y sin más contemplaciones, dimos la orden al *betto,* de correr á rienda suelta, sin parar hasta Yokohama.

Digitized by Google

VIAJE A KIOTO

Largo tiempo hacía, que tenía proyectado un viaje de instrucción y recreo, á Kioto, la antigua Capital del Imperio, situada en el Centro del Japón.

Vencidas las oficinescas dificultades que me habían inmovilizado en Yokohama, tomé por fin pasaje en el «Genkai Maru», de la Compañía *Mitsu-Bishi,* línea de vapores perteneciente al Estado, bajo el nombre de Sociedad de «Los tres brillantes» y en una tarde del mes de Junio, me embarcaba con rumbo á Kobe.

Lucía el sol en todo su esplendor, dando vida y animación con sus rayos al paisaje de la bahía, que en los monótonos días de eterna lluvia, se torna tétrico y tenebroso, predisponiendo á la melancolía, porque la naturaleza del Japón, es de suyo misteriosa y sombría. Pero con aquel sol que todo lo inundaba de luz, Yokohama parecía desde la cubierta del barco, una sirena reclinada á orillas del mar, sobre un nido de verdura.

En el fondo de cuadro tan pintoresco, se destacaba el «Bluff» vestido de vegetación frondosísima y poblado de villas y *bengalows,* sobre los cuales tremolaban al viento en altos mástiles, las banderas de la Legación de España, del Consulado de Italia y de los hospitales militares de Inglaterra, Alemania y Estados Unidos.

Á la hora fijada para levar anclas, el «Genkai Maru», veterano de las travesías del Pacífico, que se llamó en poder de los americanos «Golden Age», recogió las pocas fuerzas que aún le quedaban, después de haber navegado muchos años, entre San Francisco y Kanagawa, logrando al fin ponerse en

Digitized by Google

movimiento, empujado por un enorme par de ruedas, que aún hacían más pesadas sus abultadas formas.

Á los pocos minutos de estar en marcha, doblamos un cabo, tras el cual se ocultó Yokohama, y cambió el paisaje, presentándose á nuestra vista la pintoresca playa de Honmoku, con sus primorosas *O-tchayas,* rodeadas de jardines en miniatura, qué parecen cobijarse bajo el ramaje de los añosos *matsú* *, cuyos troncos nacen á la misma orilla del mar.

Un poco más allá, á la derecha, hay una isla diminuta, que en la falda del montecillo, entre criptomerias, bambús, azaleas y camelias, tiene un templo con su correspondiente «casa de té» y en la cima un fuerte, sobre el cual ondea el pabellón imperial del crisantemo.

Allá, muy lejos, se adivinaba entre flotantes vapores, la cadena de montañas que avasalla el majestuoso Fuyi-san, con su elevado cráter.

El sol, al caminar rápidamente al ocaso, rielaba en las serenas aguas de la bahía, convirtiéndolas en un mar de oro.

En el horizonte, descendiendo sobre la superficie líquida, veíase el disco de fuego, que perseguido por una nube obscura en forma de dragón, se ocultaba tras otra de nácar, ribeteada de plata, antes de hundirse en el mar.

Á medida que el astro radiante desaparecía y que el barco alejábase de la costa, parecía como si un denso y tupido velo, descendiera sobre las aguas, interponiéndose entre la mirada y la borrosa perspectiva.

Después sólo se distinguía una banda plomiza, llena de altos y bajos, de cortaduras y salientes, que indicaba las costas abruptas del Dai-Nippon. Las gaviotas cruzando con rápido vuelo ó algún gallardo *sampan*, que con su clásica vela hinchada por la fresca brisa, se deslizaba silenciosamente, eran los únicos puntos de mira que se destacaban en aquel horizonte sombrío.

Á bordo, el pasaje se componía de japoneses, entre los cuales figuraba el Ministro de Hacienda, que viajaba, á la orien-

---

* Pinos del Japón que tienen largas ramas horizontales.

Digitized by Google

tal, acompañado de numerosa cohorte de clientes, parásitos políticos y policías.

Como la lectura de *Un viaje á través de la Siberia,* por el Coronel italiano, Dal Verme, no me impidiera hacer estudios de costumbres al natural, con el rabillo del ojo, observaba disimuladamente uno de los personajes que colaboraron en la obra acometida por Okubo é Iwakura, de fundir el viejo Japón en nuevos moldes.

Su Excelencia estaba cómodamente arrellanado en un sillón de bambú, en medio del corro formado por su corte de paniaguados, los cuales escuchaban con religioso silencio en posturas incompatibles con el traje semi-europeo que llevaban, las frases lentas, sentenciosas y apocalípticas, que el oráculo ó gran cacique, como se diría en nuestra jerga política, se dignaba dirigirlos.

Rodaba la conversación, sobre costumbres occidentales, pintadas con fina sátira por el Ministro, que había viajado por América y Europa.

Cuando el superhombre había dado una pincelada maestra en el cuadro y enmudecía, esperando el aplauso, los aduladores cantaban en coro su estudiada admiración, subiendo ó bajando de tono y recorriendo toda la escala de exclamaciones, con mucho compás y verdadera afinación, como corresponde á verdaderos artistas, poseídos de su papel.

¡Qué soberana maestría en manejar el incensario, ante el ídolo de carne y hueso, la de aquellos hábiles lisonjeadores orientales! Sólo la acerada pluma del malogrado Macías Picavea, el profundo autor de *El problema nacional,* hubiera podido describir aquella escena de costumbres políticas.

El faro del cabo Misaki, situado á la entrada de la gran bahía de Tókio, anunció la alta mar y como el viento fresco arreciase, bajé al camarote á esperar durmiendo el siguiente día, que amaneció hermoso, sin viento, con el mar cual una balsa; un día delicioso para tenderse en el sillón sobre cubierta y leer un libro desde el prólogo hasta la fe de erratas. Así lo hice y lo pasé entero, corriendo, con la imaginación, en *teleska* y *tarantas,* por las estepas de la Siberia, entrete-

Digitized by Google

nido con la relación del viaje á través del Asia Central, de Dal Verme.

Ningún acontecimiento digno de mención, vino á turbar la plácida calma de aquel día perfecto é ideal.

Al divisar tierra por la noche, presenciamos el espectáculo bien curioso, ofrecido por una flotilla de lanchas pescadoras, extendidas en ala, que á un mismo tiempo encendieron miles de luces.

Era tan bella la vista de aquella iluminación inesperada, que todos los pasajeros corrieron á la borda para contemplarla. Ni el toque de la cena púdome arrancar de mi observatorio, preferí seguir con la vista aquellas miriadas de lucecillas, que poco á poco fueron perdiéndose en lontananza, entre las sombras de la noche.

Cuando mi criado, «Siro-San», ciudadela-señor, abrió la puerta del camarote al amanecer, nos hallábamos delante del puerto de Kobe, y antes de abandonar el vetusto «Genkai-Maru», subí al puente del Capitán, para abarcar con la vista el panorama de la Ciudad.

Kobe se extiende á orillas del mar, en un estrecho valle resguardado de los vientos del Norte por un anfiteatro de elevadas montañas, cuya falda trepa la «concesión» europea, mientras la indígena, más indolente, permanece en la llanura.

El conjunto de Kobe, que también se llama Hiogo, ofrece un golpe de vista alegre, risueño y simpático.

El Bund, donde se desembarca, es un bonito paseo á lo largo de la playa, sombreado por hermosos árboles, donde se alínean elegantes edificios, construídos por los Gobiernos extranjeros para los Consulados y por las Sociedades comerciales, para sus agencias.

De todos era el más suntuoso, la sucursal de la Hong-Kong and Shang-Hai Bank, cuyo Director, persona tan amable como cortés, me dispensó el favor de pilotearme por la ciudad y enseñarme el «cricket ground», el «Athletic Club» y el Casino inglés.

En todas esas sociedades presidía el mejor gusto, reinaba

Digitized by Google

el orden más perfecto, y había todo género de comodidades, haciendo honor á esa raza anglosajona, que con su actividad, perseverancia y espíritu práctico, ha llegado á dominar el mundo, con las armas de la industria, del comercio y del trabajo.

La «Concesión», bien situada, con calles anchas, plantadas de esbeltos *kirí (paulonia imperialis),* que dan sombra á las viviendas sencillas, elegantes y limpias de los «residentes», causa la impresión de ser el *Settlement* mejor administrado y más simpático, de los habitados por europeos en el Japón.

Siendo el objetivo de mi viaje, Miako, la antigua Capital de los Mikados, más conocida con el nombre de Kioto, tan pronto como hube visitado las dos ciudades de Kobe, me dirigí á la estación de San-no-mya, de donde parte la línea férrea que conduce á la antigua Capital japonesa.

La estación de Kobe, es un edificio sencillo, á la inglesa y sin pretensiones, pero con toda su modestia, es infinitamente superior á la mayor parte de las estaciones de las vías férreas españolas, de las capitales de provincia.

Aunque viajar por el tren en el Japón, parezca prosáico á los que no conocen el martirio del *kango*, único medio de locomoción antes allí conocido, á mí me regocijó en extremo el subir á un elegante coche-salón, en lugar de empaquetarme en el canasto del *kango,* y cómodamente sentado, sin que me doliesen las descoyuntadas articulaciones, poder gozar, viendo desarrollarse ante mi vista, el panorama de un pintoresco valle, encerrado entre el mar y la cordillera de montañas, que sigue la vía hasta Sumiyoshi.

El valle y la montaña estaban vestidos de frondosa vegetación, con todos los tonos del verde, sobre la cual á veces se destacaban el gris plomizo del tejado de una «Otera» ó la mancha obscura de una vivienda de campesinos.

Llegamos á Osaka, que con Tókio y Kioto compartía el honor de ser *fu* del Imperio, en tanto que á las provincias las denominaban *Ken*, y el tren se paró en una magnífica estación, que haría derrumbarse de envidia á las de España, donde una multitud de compuestas y acicaladas *musmé*, pere-

Digitized by Google

grinos, *bonzos*, soldados y mercaderes, invadió los compartimentos baratos del tren, metiendo gran ruido con las *guetta*, al correr en desbandada para buscar sitio. Aún no estaban allí acostumbrados á ese medio de locomoción, entonces completamente nuevo para ellos.

En tanto que los neófitos del ferrocarril encontraban donde meterse, pude distinguir á lo lejos, sobre un mar de tejados, las altas chimeneas de la Casa de Moneda y de la fundición de cañones, que vomitaban negro humo sobre la vieja ciudad japonesa. ¡Qué, no rendirá á sus pies, la moderna y avasalladora civilización!

Saliendo de Osaka en ferrocarril, el valle se ensancha, los bosques de bambús alternan con los cultivados campos, en los que una densa población rural trabaja en los arrozales, con agua hasta las rodillas, sembrando, ó empuñando la mancera del arado, del cual tira un buey cuidadosamente protegido de la intemperie, por una techumbre de bambú, cubierta con pajas, que lleva sujeta al lomo.

Más allá cesa la tierra cultivada; los bambús, pinos, cedros, palmeras, camelias criptoméricas y ligustros se enseñorean del campo, sirviendo de aérea guarida á numerosas bandadas de monos colorados, que corren vertiginosamente y se descuelgan por las ramas, haciendo muecas al tren.

Pasa la vía unas veces bajo verdaderos túneles, formados por la frondosa vegetación y otras atraviesa preciosos jardines naturales, esmaltados con bellas flores, de colores brillantes.

Al salir á un claro del bosque, se vislumbra en lontananza, descollando sobre el verde encaje de los bambús, una elevada y esbelta pagoda, que anuncia como un heraldo, la proximidad de la Corte de los Mikados.

Pocos minutos después llegaba el tren á la estación de Kioto y confiando á «Siro-San» el equipaje, bajo un chaparrón torrencial me deslicé en un *yin-riki-sha*, herméticamente cerrado con una funda de papel impermeable, diciendo á los

Digitized by Google

Kurumá me llevasen á la «casa de té» «Ya-ami», situada en la falda del Maruyama, del otro lado de la capital.

Por el camino, mientras caía agua á cántaros sobre mi envoltura de papel, dolíame amargamente del mal tiempo, que me obligaba á entrar en la Corte del divino *Dairi*, empapelado como una mantecada de Astorga.

Cuán sentidas no serían mis quejas, que el cielo las escuchó, recompensando el chaparrón, con sesenta días de un tiempo delicioso, cosa nunca vista en el Japón!

En mal hora llegué á la *O-tchaya,* con pretensiones de fonda, pues había tal afluencia de gentes, con motivo de la estancia de un Rajá indio, acompañado de numeroso séquito, que tuve que dormir aquella noche á la japonesa, en el suelo, cubierto con mis mantas.

Á la luz del *andon,* tendido sobre el duro *tatami,* apunté las notas del día, mientras llegaba el ansiado sueño, que me hiciera olvidar lo incómodo del albergue que me había deparado la suerte.

Pronto acudió á mi llamamiento, viniendo á cerrarme los párpados; mas ¡ay de mí! no pude gozar largo tiempo de sus delicias, ahuyentado por las canciones báquicas, los descompasados gritos, el destemplado guitarreo y la jarana de la orgía, que los bárbaros secuaces del Rajá habían organizado en la habitación contigua, tan sólo separada de la mía por un bastidor de papel.

Toledana fué la noche que me hicieron pasar aquellos energúmenos, á los que no hubo medio de hacer callar, porque estaban ebrios de *saki.*

No obedecían ni á su propio Señor, se convirtieron en fieras y nadie pudo dormir en la *O-tchaya,* llegando á temer la asustada *Okamisan* que pegaran fuego á la casa.

Amaneció por fin el día, triste, lluvioso y frío, el zaquizamí en que pasé la horrenda noche, estaba sumido en la más profunda obscuridad; la melancolía, esa sombra que anubla el espíritu del doliente, se cernió pavorosa sobre mí, y para huir de su influjo, salí á reconocer la casa japonesa, en que estaba albergado.

Digitized by Google

Ya-ami Hotel, una de las muchas «casa de té» que pueblan la montaña Maru, estaba rodeado de un bonito jardín pensil, con hermosos árboles de sombra, macizos de flores con gran variedad de azaleas y esas plantas enanas, que los japoneses se complacen en reducir á la más mínima expresión.

Sobre esta terraza de flores, que á gran altura domina el valle, había una *veranda,* desde la cual se admiraba, á vista de pájaro, el panorama magnífico de la inmensa Ciudad de Kioto, extendiéndose hasta perderse de vista en la llanura. Súrcala el río Kamo, que en sus vueltas y revueltas, parece una cinta de plata, atando un ramillete de flores y follaje, colocado dentro del anfiteatro de elevadas montañas, que guardan la Capital sagrada del Japón.

Terminado el reconocimiento de la «casa de té», á pesar de los aparatos de lluvia, que en el Japón son temibles, pues cuando empieza á caer agua, hay que perder las esperanzas de que aclare el tiempo, tomé un *yin-riki-sha,* y dí comienzo á la no leve empresa de visitar los palacios, monumentos y templos principales de Kioto, llamada la Roma del Japón, á causa del número y magnificencia de los que cuenta por cientos.

Empezando por lo humano, para concluir por lo divino, fuí á visitar el más importante de los infinitos palacios de Kioto, llamado *Niyo,* fortaleza construída en 1601 por Iyeyas, para su residencia, en el solar donde Nobunaga edificó en 1569, la morada del último Shogun Ashikaga, Yoshi-aki.

Las murallas que defienden el «Niyo», no son tan importantes como las del *Siro* de Tókio, pero sí más altas y macizas que las del «Dairi», al cual servía de carcelero.

El palacio es suntuoso y el pórtico de entrada tiene un bajo relieve de madera tallada de gran mérito, que de no ser del propio artista que en la misma época se inmortalizó con sus obras en el templo de Shiba de Tókio, á no dudarlo, debe ser de alguno de sus discípulos más eminentes.

En el «Niyo», la riqueza, el gusto y el lujo oriental más deslumbrador, reinan por doquier: todas las habitaciones

Digitized by Google

están decoradas, con delicadas pinturas sobre fondo de oro mate, preciosos artesonados y soberbios bronces.

La grandeza y magnificencia que presidió á la construcción de ese Alcázar, se ve hasta en las proporciones de los aposentos y la altura de los techos, cosa inusitada en el Japón, pues la gran Sala de Audiencias, mide 80 pies de largo, por 30 de ancho y 20 de altura. El artesonado de este salón está formado con recuadros de oro mate y florones, unidos por planchas de bronce, en las que campean, finamente cinceladas, las armas de los Tokugawa, tres hojas de malva, rodeadas por un círculo.

Aquel artesonado, que observé detenidamente, me recordaba los que había admirado en los monumentos antiguos de Castilla, y como el «Niyo» se edificó, en la época en que los Padres Jesuítas aún no habían sido expulsados, no vacilé en suponer, que alguno de aquellos heróicos misioneros de la fe cristiana y de la civilización, habían contribuído á embellecer la mansión, de los que más tarde fueron sus despiadados verdugos.

Los muros de esta sala, que debe ser donde fué recibida la delegación holandesa, que en 1691 fué á prestar pleito y homenaje al Shogun, descrita en su obra sobre el Japón por Engelbert Kæmpfer, quien formaba parte de ella, consisten en bastidores lacados, maravillosamente pintados con figuras y paisajes, sobre fondo de oro mate.

Si hablasen aquellas paredes, donde el arte agotó sus tesoros, ¡lo que podrían contar, aquellos mudos testigos de las bajezas y humillaciones á que se sometieron los holandeses, nuestros implacables enemigos de entonces, para que los Shogun tolerasen su lucrativo cautiverio, en la factoría de Déshima!

Dejé los esplendores de la ciudadela de los Shogun, convertida ahora en *Fu-cho*, prefectura, para visitar la sencilla morada del representante divino, en el Imperio de la mañana, el Mikado.

Rodea al «Gosho» una tapia, de cemento en la parte inferior y de madera en la alta, rematada en singular tejadillo de

Digitized by Google

carácter religioso, con nueve puertas de madera sin pintar, iguales á los de los templos shintoistas, que dan acceso al primer recinto habitado por los *Kugué* y demás funcionarios de la Corte.

Acompañado de uno, que me guiaba, atravesamos varios patios y jardines cerrados con numerosas puertas, hasta que por último el encanecido cortesano, muy afable y jovial por cierto, me introdujo en el Palacio, propiamente dicho, del Tenno, con todos los respetos y miramientos debidos al sagrado lugar.

En aquella serie de habitaciones hoy abandonadas, vacías y silenciosas y ayer pobladas por los *Kugué*, cortesanos y servidores, reinaba silencio sepulcral, sólo interrumpido por el rumor de nuestros pasos y el rechinar de las carcomidas maderas que parecían protestar de la profanación cometida por un *idyin-san*, al poner el pie en el sagrado recinto del «Dairi».

Hay un no sé qué de indefinible y fantástico, de misterioso y mágico en aquella rústica morada, que impone desde que se traspasan los umbrales, causando la impresión de que se halla uno ante algo extraordinario y casi sobrenatural.

El salón del Trono, abierto sobre un jardín al cual se baja por una ancha escalinata, es de vastas proporciones, con hermosas columnas de madera y tiene en el centro, sobre el estrado, una tienda de campaña de brillante laca negra, cerrada con cortinas de blanca seda, sobre la que flota una nubecilla simbólica; es el solio donde los Mikados recibían en audiencia á sus vasallos, y en el que según la etiqueta permanecían inmóviles, sin pestañear y medio ocultos por una tupida cortina de bambú.

Para los diplomáticos, esa sala tiene un recuerdo especial, porque en ella fué, donde el primer Representante europeo, Sir Harry Parkes, presentó con gran solemnidad al Mikado la carta Real que le acreditaba como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Su Majestad Británica.

Con exquisita galantería, el atento cortesano, después de hacerme una detallada explicación de todo lo que había vis-

Digitized by Google

to, me condujo á las habitaciones particulares de los Mikados, que están cubiertas de antiquísima y hermosa laca negra, reluciente como un espejo, sobre la que se destacan el crisantemo imperial en bronce cincelado y magníficas pinturas sobre fondo de oro, representando flores, pájaros, escenas de costumbres nacionales y paisajes chinos.

En el centro del dormitorio imperial, también de negra laca con bronces sobrepuestos y pinturas en los bastidores de corredera, había un túmulo en plano inclinado, con un amarillento *tatami*, sobre el cual dormía el Emperador.

Formaban un conjunto tan fúnebre y tétrico, los metálicos reflejos de la negra laca brillando en la obscuridad, los amarillos bronces y el túmulo, que más parecía cámara ardiente, con un féretro en el centro, que lugar destinado á sueños imperiales de un soberano oriental.

Contiguas había varias crujías, con numerosas habitaciones destinadas al gineceo y sus múltiples dependencias, decoradas con el gusto que requieren el uso á que estaban destinadas, y por una puerta del *harem* salimos al abandonado é inculto jardín.

Verdad es, que todo el «Gosho» respira la más incalificable incuria y parece condenado á caer en ruinas, desde que el descendiente de los dioses inauguró una nueva era japonesa, al prescindir de su carácter divino, trasladando la Corte á Tókio.

Antes de alejarme de la que fué por tantos siglos mística residencia de los Mikados, subí á un montecillo del jardín, para abarcar con la mirada la serie de pabellones, kioskos y *yashiki,* todos cubiertos con voluminosas techumbres de medio metro de espesor, hechas con tablillas superpuestas, como los de los templos shintoistas, que componen el antiguo palacio imperial ó sagrado recinto del «Dairi».

Kioto, no es tan sólo famosa en el Japón, por sus palacios, templos y monasterios, goza también la reputación de ser una Ciudad sibarítica, donde van á divertirse los devotos peregrinos de todo el Imperio, con pretexto de visitar los santuarios de la Capital Sagrada.

Digitized by Google

Sus teatros, circos, «casas de té» y sobre todo las *gueisha,* no tienen rival en todo el Japón.

Para ver de todo un poco, cuando ya hube visitado los teatros, en uno de los cuales actuaba una notabilísima compañía dramática, formada exclusivamente de actrices, que desempeñaban los papeles masculinos con rara perfección, encargué en la «casa de té» más elegante de Kioto, me organizasen una fiesta, con las mejores y más hermosas *gueisha* de la Capital del Tenno.

A la hora convenida bajé de mi *yin-riki-sha* á la puerta de la *otchaya*, una casita muy alegre y pulcra, lacada toda de rojo, con grandes ventanas discretamente veladas con celosías de bambú, que daban sobre Guion-Machi, la calle principal y más animada de Kioto.

Salió á recibirme la obesa y respetable *Okamisan*, haciendo las reverencias de etiqueta, mientras me descalzaban dos *nesan* y cuando hubo terminado la serie de flexiones gimnásticas, que la dejaron casi sin aliento, me anunció con toda solemnidad, que todo estaba preparado y sólo aguardaba la orden de que empezase la fiesta.

Me condujo al salón que me había destinado, todo abierto sobre un precioso jardín, donde sentado á la moda del país, en cuclillas, esperé la entrada de las *gueisha*.

En el fondo del jardín, á través del follaje, brillaba la vacilante llama de un cirio, ardiendo dentro de un *toró*, que se reflejaba en las aguas de un lago en miniatura, poblado de grandes carpas y de esos preciosos peces japoneses dorados y plateados, que al nadar despiden chispas de luz, dejando una estela fosforescente.

Casi me habían dado tiempo de echar una ojeada al jardín, cuando hicieron su entrada, en correcta formación y con las reverencias de rúbrica, diez bayaderas. Seis de ellas eran *maiko,* bailarinas, que en verdad daban prueba del buen gusto de la *Okamisan*, porque todas eran muchachas muy lindas.

Los deslumbradores trajes me llamaron la atención, porque estaban vestidas de un modo particular, nunca antes

Digitized by Google

visto por mí; llevaban un *Kimonó* de crespón de seda, adornado con flores, ramajes y pájaros primorosamente bordados en sedas de brillantes colores, en combinación con otros dibujos hechos con mordientes, de corte muy elegante, con larga cola y mangas perdidas hasta los pies, que dejaban desnudo el brazo. El *obí* que lo ceñía á la cintura, estaba anudado muy alto, formando un inmenso lazo con dos caídas que rozaban el suelo, y sujetando el *obí* al talle, tenían un ceñidor de dos dedos de ancho, tejido de sedas multicolores, con un broche de plata, sobre el que se destacaba una flor de oro, finamente cincelada. Era la única joya que ostentaban.

En cuanto al peinado, también completamente distinto de las *gueisha* de Tókio, renuncio á describirlo, limitándome á decir, que usan un empinado tupé, atravesado con dos agujas terminadas en unos pajaritos, con las que prenden un lazo de *kanoko* encarnado, adorno de crespón de seda, tan caro, como apreciado por el bello sexo japonés.

Lo que sí puedo decir, es que aquellos trajes de seda con bordados, los ricos *obí* de tisú de oro y los vistosos adornos de la cabeza, formaban un conjunto bellísimo, elegante, deslumbrador y clásicamente oriental.

Aunque estaba acostumbrado á ver desplegar en este género de fiestas el lujo más refinado, la aparición de aquellas odaliscas, dignas de figurar en los cuentos de «Las Mil y una noches», fué de un efecto indescriptible.

Tras las *maiko* venían cuatro *gueisha*, vestidas más modestamente de colores obscuros, pero luciendo magníficos *obí* bordados con oro, que es su prenda reglamentaria de lujo. Una de ellas, preciosa muchacha de diez y siete años, se había desfigurado voluntariamente, lacándose los dientes de negro, como tienen por costumbre las casadas; pero lo mejor del caso es, según luego ella confesó, que aún no había llegado á ese estado perfecto de la mujer, sino que se desfiguraba, para aparentarlo.

¡Oh! ¡Sublime y poderoso espíritu de la especie, que haces grato á la mujer, hasta el sacrificio de su más preciado tesoro, la belleza!

Digitized by Google

Dejemos la filosofía, para convertirnos en críticos musicales y de coreografía, porque la representación va á empezar.

Dió principio la fiesta con un preludio ejecutado por los diez artistas, las cuatro *gueisha* tocando el *shamisen*, dos *maiko*, el *tsúsumi*, otras dos el *kokiú* y las dos restantes una especie de timbales.

La música indígena me pareció en Kioto, tan poco grata como en todas partes, pero lo que sí me gustó, fué la manera de accionar, uniforme y acompasada de aquellas asiáticas, que movían graciosamente sus esculturales brazos, con tanta regularidad, como el soberbio timbalero del regimiento de coraceros Guardias de Corps de Prusia, cuando en las admirables paradas de Postdam, pasa arrogante frente al Kaiser alemán, mirándole con fijeza, con los dos brazos levantados, para dejarlos caer haciendo un sordo redoble, al mismo tiempo que pone al galope corto su enorme caballo blanco, guiándole con las riendas sujetas á los estribos.

Era verdaderamente notable espectáculo, ver sentadas en fila con sus elegantísimos y fastuosos trajes, diez bonitas muchachas que, inmóviles y con los ojos fijos en el cielo, tañían aquellos extraños instrumentos, produciendo sonidos tan raros, que unos semejaban el suspiro de un moribundo y otros el rumor del agua llenando un recipiente de cuello estrecho.

Terminada la introducción, comenzaron las danzas, bailando Meniku, graciosa y lánguida japonesa, el *Gosho kurumá*, ó sean los amores de una gran Dama de la Corte, con un pajecillo del palacio imperial, pantomima que representó por medio de la mímica con asombrosa perfección, una gracia infinita y el más delicado gusto. Meniku, al terminar, dió las gracias, prosternándose repetidas veces ante el único espectador y sus compañeras, viniendo luego á ocupar á mi lado, el sitio señalado por la severa etiqueta.

Llegó el turno de mostrar sus habilidades á las otras *maiko* y una tras otra, las cinco restantes bailaron ó representaron el *Ashi-Kari, Shimo yamamba, Si-she, Sakio* y otras pantomi-

Digitized by Google

mas, cuyo argumento suele ser un lance de amor ó las aventuras de un héroe popular.

Cuando todas hubieron lucido individualmente su belleza y talentos coreográficos, siguió un descanso para cenar ó mejor dicho, picar un poco de todas las golosinas que gustan á las mujeres mimadas por la suerte y después de hacer juegos de prestidigitación, dieron principio á los grandes bailables, en los que tomaban parte los seis *maiko*.

Todos fueron á cual más interesantes y vistosos, pero el que más me cautivó, fué uno muy alegre, de estilo cómico, en el que la acción se supone pasa en la playa y cuyas escenas, graciosísimas y picarescas, representaron con gran desenvoltura, imitando admirablemente á la gente de mar. Orimoto Tamakika, la *maiko* que hacía de grumete en la pantomima, era una consumada artista, en quien no se sabía qué admirar más, si su talento mímico ó la elegancia de sus movimientos.

Deliciosamente entretenido, casi embelesado con la variedad y belleza de los cuadros fantásticos que se sucedían ante mi vista, pasé esa velada en Kioto.

Digitized by Google

LA CIUDAD MÍSTICA

Terminada la visita á los monumentos profanos de Kioto, entre los cuales descuellan, formando entre sí radical contraste, el «Niyo» de los Shogun, con todos sus esplendores terrenales y la sencilla morada del Tenno, con su carácter monástico espiritual, llegó el turno de recorrer los innumerables divinos, erigidos en la Ciudad sagrada por las diferentes religiones y sectas profesadas en el Imperio.

Antes de emprender la visita á templos y pagodas, breves palabras darán sucinta idea, de los credos nacionales y estado religioso en el Japón.

De las religiones existentes en el Imperio, el budismo es la más extendida y generalmente profesada por las clases populares.

Aunque son más de veinte las sectas que se cuentan de esta religión, pueden sin embargo dividirse en cuatro grandes clasificaciones: «Yo-do», «Zen», «Tendai» y «Shingon».

Las dos primeras de estas sectas, tienen doctrinas y liturgia importadas de China y las dos últimas, basadas en una fe abstracta, carecen por decirlo así de culto y ritos.

Existen además, otras dos importantes sectas del budismo, con el nombre de «Nichiren» * y «Monto», de carácter nacional, cuyos textos sagrados no están escritos en sánscrito ó chino, sino en japonés, que han abolido el celibato sacerdotal, la prohibición de comer carne y el monacato.

---

* El fundador de esta secta, que lleva su nombre y significa «hijo de loto», fué el reformador religioso más importante del Japón. Nació en el año 1222 (de nuestra era), llevó una existencia de lucha y persecuciones, fundó numerosos templos, hizo, dicen sus creyentes, increíbles milagros durante su vida y en la muerte fué enterrado en Ikegami, cerca de Tókio, donde, en uno de los sitios más pintorescos del Japón, bajo las ramas de árboles seculares y custodiado por una gran bonzería, visitamos la tumba de Nichiren.

Digitized by Google

El clero de este budismo japonés, es el más culto é instruído, de ideas más abiertas, el más tolerante y el que ejerce mayor influencia, debido á sus predicaciones.

En cambio el *bonzo* de las sectas, que pudieran llamarse chinas, es zafio, inculto, refractario á todo progreso y como sale de las últimas capas sociales, carece hasta del prestigio de que gozan en otros países, las castas sacerdotales.

No se puede decir que el «shintoismo» sea una religión, ya que ni dogmas tiene: es el «culto de los antepasados», primitivo, sencillo, sin imágenes, ritos, liturgia ni *bonzos*. Sólo algunos nobles de ambos sexos, desempeñan con sus fastuosas vestimentas, las funciones sacerdotales, en algunas «O-mya» imperiales como las de Nara.

El «shintoismo» es el credo profesado por el Mikado y la Corte imperial, así como el budismo era la religión del Shogun, muy protegida por la dinastía de los Tokugawa, con el fin político de amenguar el culto de los *Kami* ó antepasados, que diviniza el origen de los Mikados, y de petrificar la nación en la «Nirvana» búdica.

Hoy en día, á pesar de que el «shintoismo» atribuye un origen divino al Mikado, el Estado japonés no tiene religión oficial y en el Japón existe completa libertad de cultos.

El pueblo japonés, no es fanático, observa una cortés tolerancia para con todas las otras religiones; pero como el dogma de la *metempsícosis* le sea precioso, porque, á su modo, le explica la inmortalidad, conciliando el libre albedrío con la predestinación; y le justifica, así el origen como el motivo del mal, clasificado en pasivo y activo, fatal aquél, por venir del pasado anterior á la actual existencia y éste gobernado por la voluntad en esta vida, que decide de la futura; el budista, satisfecho y encariñado con sus creencias, no se muestra propicio á una conversión espiritual, á pesar de su entusiasmo por todas las innovaciones político-sociales.

Las clases superiores de la nación, educadas en los principios de la filosofía de Confucio, combinada con las modernas ideas occidentales, son totalmente escépticas.

Hecha esta brevísima reseña religiosa, sin entrar en pro-

Digitized by Google

fundas, eruditas é inútiles disquisiciones teológicas, acerca de los dogmas búdicos ó de la cosmogonía «shintoista», que se pueden leer en cualquier libro, daremos principio á la obra magna de visitar los infinitos monumentos religiosos de Kioto, mencionando los más notables.

Kawai-no-Yashino Shimo-Gamo, templo de la religión shintoista, fué fundado en el año 677 de nuestra era, en honor de Tamayori-jimé. El *Hondo* ó santuario donde se veneran los *Kami,* representados por las tiras de papel rizado que llaman *gohei* y el espejo sagrado, hállase dentro de un magnífico parque de árboles seculares y como todos los de este culto, es de madera sin pintar.

En uno de los claustros del antiguo monasterio, hay un cuadro representando la visita que el Mikado, Komei Tenno, padre del Emperador reinante, hizo al templo en 1863, pintura muy curiosa, por la idea que da acerca del aparato oriental y sagrado con que rodeaban al Mikado, é interesante bajo el punto de vista histórico, porque revistió gran importancia política. Con ese acto quedó demostrada la posibilidad de que el descendiente de los dioses abandonase el misterioso recinto del «Dairi», donde los Shogun habían tenido prisioneros á los Mikados por espacio de mil años, induciendo dolosamente al pueblo en el error, de que no podían salir del «Gosho», cuyos sagrados muros ni la imaginación más atrevida hubiera osado salvar.

El parque de este monasterio está cruzado por un canal de agua cristalina, que nace bajo el templete donde yace un nuevo Moisés, quien, según cuentan, hizo brotar el manantial de la roca en que reposan sus restos.

Atravesando montes y arrozales, llegué al pórtico del convento budista, Guin Kaku-yi, fundado en 1479 por Yoshimasa, Shogun de la dinastía Ashikaga, situado entre dos montañas en un lugar muy romántico. Tiene unos antiquísimos jardines plantados por el gran artista jardinero So-ami, célebres por su belleza en todo el Imperio.

Los *bonzos* veneran en el templo, las efigies del fundador y de su favorita Amida, que fueron deificados á su muerte.

Digitized by Google

En las cercanías de Kioto, en un lugar romántico, solitario y misterioso, álzase el antiquísimo monasterio fortaleza «Omuro Gosho», refugio en otros tiempos de Mikados destronados y Príncipes de la familia imperial, que con el nombre de *Mon-saké,* se retiraban á la vida monástica, en ese palacio conventual, muy semejante al «Gosho», fundado en los primeros siglos de nuestra era, por el Mikado, Koko.

Aquel fantástico castillo, cuyo aspecto tétrico sobrecoge el ánimo y da frío en los huesos, está rodeado de un parque amurallado, dentro del cual reina imponente soledad y el silencio de la muerte.

Atravesé el largo trayecto que dista el monasterio del puente levadizo, donde hube de apearme del cochecillo tirado por el *Kurumá,* oyendo el sordo rumor de mis pasos, que me parecían los de algún sér invisible que me siguiera; llamé en un macizo portón y abrióme un anciano monje, que con voz cavernosa, me dijo le siguiera, como respuesta á la orden del Gobernador, de que me fuese permitido visitar el convento.

Entre las varias cosas que me enseñó el monje, fué una capilla ardiente, de brillante laca negra, donde figuraba revestida con el ropaje de las grandes ceremonias, la efigie del Mikado fundador, que parecía echarme miradas de fuego, por sus vidriados ojos, según se reflejaba en ellos la vacilante llama de los cirios que chisporroteaban en su derredor.

En ese momento huía el día, las sombras del crepúsculo se filtraban á través de las finísimas cortinas de bambú, la amarillenta faz del *bonzo,* habíase tornado cadavérica en la penumbra, su voz sepulcral me parecía la de un aparecido y todo el conjunto era tan pavoroso, que apoderándose de mi indefinible angustia, como si estuviera encerrado vivo en una tumba, necesité salir de allí, ver luz y respirar aire libre, para cerciorarme de que aún existía.

Aunque más atenuada, igual impresión me han causado todos los monasterios y templos búdicos, invariablemente poblados de horripilantes y monstruosos ídolos ó demonios, que desde las tinieblas donde están medio ocultos, lanzan te-

Digitized by Google

rribles miradas, con sus ojos vidriosos, cumpliendo así los artistas que las esculpieron, con el precepto religioso, de que se debe combinar el misterio, con el más espantoso realismo, para infundir, miedo, terror y espanto, en la viva é impresionable imaginación de los adeptos.

Por esa razón, sin duda, los fieles van á los templos, más que para orar ante aquellos monstruos, que inspiran temor supersticioso, á frecuentar los establecimientos profanos que los circundan; porque, la verdadera acepción de monasterio ó templo en el Japón, es la de una ciudad religiosa.

No de otra manera puede ser definido un gran parque, cercado las más de las veces por una maciza muralla, donde se levantan además de los edificios destinados al culto, y las viviendas de numerosos monjes, todas las dependencias profanas propiedad del monasterio, que saca pingües rentas de ellas, donde satisfacen sus humanos apetitos los devotos, y los que no lo son; pues en los parques sagrados es, donde pasan el tiempo más alegremente, los ociosos que protegen el arte culinario y el de la coreografía.

Pasa por ser el más notable de los templos de Kioto, tanto por sus dimensiones como por la riqueza, Nishi-hon-gan-yi, de la secta budista «Yo-do», fundado en 1173 por Shin-ran-sho-nin; monasterio que Nobunaga redujo á cenizas, después de haberlo tomado por asalto con un ejército de seis mil guerreros, pasando á cuchillo los monjes y sus barraganas. Luego fué reedificado por sus sucesores en el poder, Hideyoshi é Iyeyas.

El portón principal, colosalmente grande y macizo, es todo de madera decorada con altos relieves de mérito, representando el crisantemo imperial.

Dentro del recinto, en la grandiosa alameda que conduce á los templos, hay un pozo á cuyas aguas atribuyen la virtud de ahuyentar los fuegos y á derecha é izquierda, alternando con magníficos *toró* de bronce, árboles seculares, cada uno de los cuales tiene su tradición popular.

El *Hondo* ó santuario principal, sostenido por inmensas

Digitized by Google

columnas de madera doradas, encierra el ídolo de Kanon-Sama, bajo un suntuoso templete dorado—*nai-yín*—de rica talla.

Desde el monasterio, que tiene lujosas habitaciones para el Mikado y el parque sagrado más hermoso del Imperio, se pasa por una poterna llamada del Mensajero imperial, «Choku-shi-mon», al Gui-un-kakú, diminuto jardín lleno de recuerdos del gran Taiko Sama, entre los cuales existe un kiosko que hizo traer de Fushimi y un añoso *matsu*, plantado por Hideyoshi, pino que extiende las ramas sobre las cristalinas aguas de un lago, pobladas de carpas y cubiertas de lotos.

Tiempo me quedó aún ese día, para visitar otros monasterios, como el de Higashi-hon-gan-yi, donde las tropas del Príncipe de Chóshiu se hicieron fuertes en 1864, arrasando cuanto había en los alrededores; ó curiosos monumentos, como la pagoda de To-yi, que se eleva á ciento noventa pies de altura, con sus cinco cuerpos, desde el último de los cuales se goza de una vista espléndida sobre la Ciudad.

No lejos del Maruyama, visité además una especie de ermita, en la que los muros desaparecían bajo los ex-votos que había colgados.

Uno de los cuadros votivos allí expuestos, me hizo sonreir, al ver cómo el cándido artista indígena, había tratado de vencer las dificultades que presenta el combinar el realismo de nuestra civilización, con las supersticiones de un pueblo que tiene una religión tosca y primitiva. Representaba la candorosa pintura, una mujer orando de rodillas sobre las enfurecidas olas del mar, junto á un vapor hundiéndose, mientras los divinos *Kami* se la aparecían en forma de la sagrada tira de papel, *gohei*.

Celebrábase aquella noche en un lejano barrio, un espléndido *Matsuri,* fiesta religiosa con procesión, que deseaba mucho presenciar, pues de haber perdido ese espectáculo en Kioto, hubiera sido como estar en Sevilla y no ver sus fiestas.

Hacía una espléndida noche de primavera, templada, serena é iluminada por una hermosa luna, que todo lo inunda-

Digitized by Google

ba de luz plateada, poniendo de relieve cuanto acariciaba con sus poéticos rayos.

Un oficial del ejército inglés, joven decidido é independiente, que más tarde presentaré al lector, me acompañaba; y aunque habían tratado de disuadirnos de ir al *Matsuri,* porque suponían podíamos correr peligro entre las turbas de ebrios fanáticos, que asisten á esas fiestas, nos pusimos en marcha montados en *yin-riki-sha,* sin hacernos seguir de nuestros criados.

La distancia que nos separaba era inmensa, pero los *kurumá* llevaban las alas que les habíamos puesto en los pies con una liberal propina. A paso velocísimo atravesamos estrechas callejuelas sumidas en la obscuridad, por el ramaje de los árboles en flor, que interceptaban los rayos de la luna; cruzamos grandes parques sagrados poblados de alegre multitud, que cenaba al aire libre, bajo las copas de inmensos árboles, en las improvisadas *ôtchayas*, ó se divertían tirando al blanco con arco y flechas, hasta que, tras larga carrera, llegamos á las inmediaciones del sitio donde se celebraba la verbena.

Todo el barrio estaba profusamente iluminado con millones de faroles de papel, presentando las calles un brillante aspecto, de efecto teatral. En cada esquina y de trecho en trecho, había arcos de triunfo con transparentes iluminados, representando, bien fuese el pórtico de un templo, una colosal farola, dos titanes sosteniendo un dragón, los dioses de la abundancia cargados con pesados fardos de arroz ó grandes toneles de *saki*, é infinitos otros, en los cuales habían lucido su *vis cómica* los artistas del barrio, pintando graciosísimas caricaturas eróticas.

Por todas partes reinaba la mayor animación, viéndose confundidos, grupos de compuestas *musmé*, que cogidas de las manos curioseaban las tiendas de estampas, de amuletos contra los espíritus malignos ó de filtros para hacerse amar; otros de penitentes, vestidos de extraña manera, y enmascarados con caretas representando cabezas de monstruosos demonios ó de *tengú* (seres maléficos que habitan las monta-

Digitized by Google

ñas), que se ponían en corro á dar delirantes vueltas, con horribles contorsiones, hasta caer desplomados como muertos; y procesiones múltiples, asistidas por devotos vestidos de blanco, que llevaban un farol de papel en la mano, é iban cantando monótonas letanías, mientras los *bonzos* de elevada jerarquía, que cerraban el cortejo, se pasaban de mano en mano una lujosa sombrilla cubierta de bordados de oro.

La muchedumbre era tan compacta, que con gran trabajo pudimos hender la corriente humana, desbordando por las calles, para acercarnos al templo donde tenía lugar la ceremonia religiosa, en honor del santón cuya memoria se celebraba con el *Matsuri*.

Entre el *torí* ó pórtico y el *Hondo* del templo, ardía una inmensa hoguera, despidiendo tan fuerte calor, que sintiéndonos sofocados por aquella atmósfera de humo y de fuego, renunciamos á la curiosidad de ver lo que pasaba dentro, refugiándonos en un obscuro rincón del muro, para observar un espectáculo infernal y diabólico.

Sucesivamente fueron viniendo al templo, para hacer estación, los corros de tembladores, que habíamos visto por las calles; entonces, los penitentes de ambos sexos se despojaban de sus vestiduras, excepto de las caretas, que con sus largas cabelleras coloradas les cubrían las espaldas y comenzaban un baile infernal, en derredor de la hoguera.

Las llamas que coloreaban de rojo aquellos torsos bronceados, daban expresión horrible á las máscaras con que se encubrían y sus ojos enardecidos, despedían llamaradas á través de las desgreñadas cabelleras.

Unos caían rendidos para no levantarse, otros jadeantes, cubiertos de sudor, iban á apagar con *saki,* la sed que les devoraba, dejando sitio para los que incesantemente venían á reemplazarlos en el corro, que bailaba una danza satánica en torno de la hoguera.

Era tan diabólicamente fantástico aquel infernal espectáculo, que no sabía darme cuenta, de si efectivamente estaba en este mundo ó si presenciaba una bacanal en la corte de Plutón.

Digitized by Google

El calor que despedía el inmenso brasero, nos hizo por fin abandonar el escondrijo desde donde habíamos visto la demoniaca zarabanda, digna de los dominios de Belcebú.

En cuanto estuvimos lejos del templo, en contacto con una civilización más refinada que la de los tiempos búdicos, porque el Japón es el país de los contrastes, hallamos la compensación á la tostadura sufrida, con sólo ir viendo una por una, las casas del barrio, convertidas en galerías de figuras de cera, con motivo del *Matsuri*.

Con ese exquisito gusto peculiar á los japoneses, cada vecino había improvisado en la única habitación que tienen sus casas, un grupo representando la hazaña famosa de un héroe popular, una alegoría, ó un pasaje de la vida del santón cuya memoria celebraban. Otros exponían á las puertas preciosas plantas y flores.

Continuábamos satisfaciendo tranquilamente, la curiosidad que nos inspiraban todas aquellas cosas, completamente extrañas para europeos, cuando tropezamos con una turba de fanáticos tembladores, que empezó estorbándonos primero el paso, luego amenazándonos y por último arrojándonos piedras. El *Matsuri* amenazaba concluir como el Rosario de la Aurora.

¿Qué hubiéramos podido hacer dos europeos contra una muchedumbre hostil, perdidos en una inmensa ciudad asiática, donde los occidentales eran aborrecidos de muerte?

Tomamos el partido de entrar en una casa, para librarnos de las piedras que llovían á nuestro alrededor.

Afortunadamente, dimos con buenas gentes, que nos sacaron de la apurada situación, poniéndonos á salvo de las furias del populacho, por una puerta trasera que daba al jardín lindante con un canal, donde había un *sampan,* en el cual saltamos y en el acto bogábamos con rumbo al Maruyama.

La aventura no tuvo más consecuencias y llegamos al Ya-ami á la madrugada, donde impacientes con la tardanza, nos esperaban los europeos que residían en la «casa de té».

Había entre éstos un matrimonio inglés, recién llegado de Pekín, donde hacía muchos años residían, desempeñando el

Digitized by Google

marido un cargo administrativo en la Legación Británica. La señora, uno de esos tipos clásicos de inglesas originales, pero excelente persona, á quien sus años y experiencia del Extremo Oriente, la daban derecho á sermonearnos, pues, en esos países la comunidad de intereses confunde las nacionalidades, nos administró una severa filípica, nutrida con citas de todos los asesinatos y matanzas de europeos de que ella tenía conocimiento.

Nunca olvidó la aventura del *Matsuri* y cuando andando el tiempo la ví algunas veces, durante mi larga residencia en Londres, siempre relataba á los presentes, por supuesto con una riqueza de detalles desconocidos para mí, que poetizaban la aventura y agrandaban el peligro, los recuerdos de aquella noche.

Repuesto de las emociones nocturnas con unas pocas horas de sueño, salí al siguiente día con el fresco de la mañana, á dar mi habitual paseo artístico.

Visité primero el antiquísimo templo de «San-yin-sen-do», fundado en 1132, por el Mikado Toba-Tenno, que parece un inmenso almacén, donde se guardan millares de efigies de Buda, en todas sus encarnaciones y de todos tamaños; vi luego el enorme *Dai-butzu* de madera, especie de colosal gigantón de feria, por lo tosco y pintarrajeado y después admiré la famosa campana de Kioto, una de las más grandes del mundo, muy alabada de los inteligentes, por la belleza de sus altos relieves, representando á Buda en la «Nirvana», sentado sobre el loto sagrado.

Del otro lado del muro ciclópeo levantado en tiempo de Taiko, sobre un montículo artificial, está el célebre monumento *Mimidzuka*, ó tumba de las orejas cortadas á los vencidos en la expedición militar de Corea, organizada por Hideyoshi. Este monumento conmemorativo de la época más gloriosa del Dai-Nippon, consiste en una *Dagoba* de piedra, formada por un cubo, una pagoda curva y dos esferoides superpuestos.

En la zona de la Ciudad donde me encontraba, por decirlo así, el Foro de *Meaco,* como llama á Kioto en su notable obra

Digitized by Google

sobre el Japón, el Padre jesuíta, Luis de Guzmán, los templos se sucedían sin interrupción, y los monumentos de todo género surgían por doquier. Es además sitio sumamente pintoresco y para abarcar bien el panorama, elegí como punto de observación, un templo colgado al borde de una profunda quebradura, en la vecina montaña.

Para subir había un empinado camino, sombreado por magníficos arces y floridos cerezos, que atacaba de frente el monte, salvando el precipicio con un puente de piedra, tan encorvado, que es preciso subirlo á gatas. Se llama este puente *Me-hana-bashi* (ojos-nariz-puente) porque afecta la forma de unas gafas.

Difícil debe ser, para los que no tengan recias piernas y buenos pulmones, el llegar al templo Nishi-o-tani, que así se llama aquel donde trepé; pero cuando se alcanza la meta ¡qué vista se disfruta desde aquel mirador, suspendido sobre el abismo! Me parecía estar en la barquilla de un globo, flotando en el espacio y viendo á mis pies, como si fuese un mapa de relieve, toda la Ciudad de Kioto.

En el ángulo del mirador donde me había resguardado del viento reinante en aquella altura, una picaresca *musmé,* sin duda adscrita al templo, había improvisado con plantas trepadoras y flores, un kiosko donde servía té á los escasos devotos que se sentían con fuerzas de titán, para escalar aquel nido de águilas; y mientras lo tomaban, regalábales los oídos con aires nacionales, tocados con gran expresión en el *kotó*.

Vino la sacerdotisa á invitarme á tomar una taza de té, instándome tanto, y tan bien, que para no pasar plaza de *bárbaro* poco galante, no hubo más remedio que aceptar el té musical. La pregunté si sabía tocar un aire muy oriental, que siempre que lo oía tocar á una ciega del templo de Asaksa de Tókio, me hacía soñar, y la *musmé,* haciendo una profunda reverencia afirmativa, se puso á ejecutar con gran maestría, aquel raudal de notas melancólicas, sentimentales y poéticas.

El tiempo que allí pasé, columpiándome sobre el vacío, embelesado en la contemplación del hermoso panorama que

Digitized by Google

se descubre y arrullado por la música suave, dulce y lánguida del *kotó*, no lo sé; tuvo que venir el *Kurumá*, á sacarme de la dulce «Nirvana» en que estaba sumido.

Bajé del templo al valle, subí al *yin-riki-sha* y dejéme llevar, donde quiso el *Kurumá*.

Paró frente á la escalinata que conduce á la esbelta pagoda de Yasaka, torre de madera compuesta de cinco cuerpos, levantada por Yoritomo en 1192 y restaurada por Hidetada en 1618, según me dijo una vieja sacristana, que estaba tocando el *shamisén* á la puerta de la pagoda, donde había una colección de ídolos desvencijados, cubiertos de polvo y de telarañas.

Aquella anciana debió adivinar mi flaco por las ascensiones, porque después de hacerme la historia detallada de todos los dioses encomendados á su custodia, me instó á que subiera á la torre, para gozar del paisaje que desde lo alto se descubría. Sucumbí á la tentación y por una escalera de bambú rota y carcomida, me encaramé hasta el *Kiú-do* ó veleta de la pagoda.

No había mentido ni exagerado la sacristana, el panorama era bellísimo, los principales monumentos de la Ciudad se veían distintamente. Tanto es así, que antes de bajar, rebuscaba en el rico vocabulario de cumplidos japoneses, el más gracioso, para darla gracias con una propina: cuando, una fuerte oscilación, acompañada del siniestro crujir de la torre, cortó el hilo de mis investigaciones filológicas, petrificándome de horror. *¡Yishin! ¡yishin!* temblor, gritaba desde abajo, desgañitándose la vieja, que corría despavorida, mientras yo me hallaba á más de cien pies de altura, aferrado á la podrida barandilla de madera de aquella carcomida torre, que crujía siniestramente y oscilaba como un péndulo.

¡Fué un momento de terrible angustia!

Y digo momento, porque no sé cómo ni por dónde bajé, pues á los pocos segundos estaba ya contemplando desde lejos, la barandilla á que me así, cuando me hizo vacilar la primera sacudida, mientras con la mirada medía las oscilaciones que seguía describiendo el esbelto *Kiú-do*.

Digitized by Google

—¡De buena os habéis librado, señor bárbaro!—me dijo la vieja,—habéis corrido gran peligro, del cual habéis sido salvado, gracias á la intercesión de esos dioses, á quienes yo estaba rogando por vuestra vida, mientras estábais en peligro de muerte.

Comprendí la indirecta, y con un puñado de *tempo* pagué sus preces, para contribuir al banquete de toda la corte celestial, que ella pretendía alimentar, porque cada ídolo tenía delante de sí un surtido *tabero* simbólico, que amenizaba la sacristana con el eterno rasguear de su destemplado guitarrillo.

Antes de perder de vista la pagoda de Yasaka, no pude menos de volver la cabeza, para mirar una vez más el clásico y elegante remate, donde involuntariamente me había columpiado en el espacio.

La emoción pasada no modificó el programa del día y cobrando nuevos ánimos para terminar la empresa de visitar todo lo que Kioto encerraba de interesante, entré en el monasterio de Nan-sen-yi-do, situado en el Maruyama junto al Ya-ami, en lugar sumamente pintoresco.

Entre las curiosidades que allí ví, sólo he de citar, el enorme pórtico, que cuentan sirvió de asilo al más famoso de todos los bandidos del Japón, Isikawa Go-ye-mon, héroe obligado de todos los cuentos populares; un santuario que encierra diez y seis efigies de tamaño natural de los Rakkan ó sabios, que parecen apóstoles, tanto por sus vestiduras como por sus atributos, y las estatuas de Iyeyas, deificado con el título póstumo de Goguen-Sama, y de su favorita Takatuna, que ambos á dos tenían delante en una mesita, al alcance de la mano, platos de laca con arroz cocido, verduras, frascos de *saki* y para que nada faltase, hasta los palitos *hashi* que sirven de cubierto.

En cambio, los olvidados Rakkan estaban ayunando, pues como el positivo espíritu religioso del país, se manifiesta más ferviente con aquellos de los dioses que representan un poder real, que con los que han inventado los *bonzos* en su teogonía, los devotos hacen con preferencia las ofrendas, á las di-

Digitized by Google

vinidades que en vida tuvieron por cetro el puño de su invicta espada.

Cuando llegué á mi «casa de té», aún se oían las sonoras vibraciones de la inmensa campana del vecino monasterio, llamando los *bonzos* á la oración vespertina.

El crepúsculo convidaba al reposo y sentado en la *veranda* del Ya-ami, permanecí contemplando á mis pies la obscura masa de la Ciudad, cruzada por regueros de luz, hasta la hora de la queda.

Así pasaba mis veladas, sin acordarme de que existían otros mundos, hasta que rendido por el sueño, después de haber anotado las impresiones del día, me retiraba á mi aposento, donde aún llegaba el confuso rumor de alegres cantares, redobles de tambor y rasgueo de *shamisen,* de las inmediatas *otchaya*.

Después de los monasterios, llegó el turno de visitar los talleres de los artistas que hacen esos objetos preciosos, tan admirados en Europa. Todas las mañanas recorría varios obradores, á fin de verles trabajar y darme cuenta de los procedimientos de que se valían para producir esas preciosidades en laca, marfil, bronce y porcelana.

No existían entonces grandes manufacturas, el trabajo era individual, cada artista trabajaba por su cuenta en su casa, sirviéndose de los instrumentos y herramientas más primitivos y teniendo por toda ayuda, un aprendiz que le preparaba los moldes, tiraba del fuelle ó secaba el barniz al sol.

El taller solía ser una humilde casucha, dentro de la cual trabajaban desnudos, sentados sobre el suelo, sin más aparato ni comodidades: sin grandes hornos para cocer la porcelana ó fundir los metales y hasta sin chimenea por donde saliera el humo, que pregonara la existencia de un gran artista, hacían valiéndose de los pies, como de las manos, esas maravillas de gusto, paciencia y delicadeza, que causan la admiración de propios y extraños.

La cerámica japonesa, célebre y rival de la china, por su belleza y perfección, ofrece entre sus variedades la especialidad de Kioto, que es una de las más apreciadas por inteli-

Digitized by Google

gentes y coleccionadores. Esta porcelana, llamada *Awata,* se distingue por su color, más amarillento que la de Sátsuma y por lo general está adornada con algunas flores sueltas ó con ramas de plantas silvestres. Otra variedad, la de *Eraku,* tiene sobre fondo mate ó sobre vidriado rojo, figuras doradas de guerreros, poetas, héroes mitológicos y sabios chinos.

Kioto es un floreciente centro industrial, cuyos productos artísticos en porcelanas, bronces esmaltados, cincelados ó repujados, tejidos de seda y bordados, gozan de gran nombradía.

También se fabrican por millones los abanicos para exportarlos á Europa, donde por baratos que se vendan, permiten realizar una bonita ganancia á los intermediarios, pues su precio al por mayor en el Japón, treinta veces menor, que al que se venden al detalle en América y Europa, da ancho margen para hacer un negocio redondo.

Muchos días hacía ya que estaba en Miako, para llamar á Kioto por otro de sus múltiples nombres, sin recibir noticias de España, cuando una mañana mientras tomaba el desayuno en la *veranda* de la *o-tchaya,* antes de emprender la diaria excursión, se presentó mi criado Siro, con una batea de laca, llena de periódicos y cartas.

Este hecho, que en Europa, donde se reciben varios correos al día, no es digno de mencionar, en países tan apartados como el Japón, reviste todos los caracteres de un acontecimiento, pues lo que hace sentir más la inmensa distancia, que le separa á uno de la madre Patria, es la carencia de noticias y que al recibo de cartas y periódicos, tengan dos meses de fecha. ¡Quién sabe lo que ha podido suceder, desde entonces!

Olvidé por un momento que estaba al fin del mundo, en el interior del Japón, perdido en una Ciudad asiática, mientras leía cartas y periódicos que me hablaban de la Patria.

Los que hayan estado separados por todo el espesor del globo, de la tierra que les vió nacer, comprenderán con qué placer me absorbería en la lectura de aquellos papeles, que

Digitized by Google

me traían nuevas para mí, aunque fuesen noticias atrasadas, de todo lo que en la vida es caro al hombre.

Releía las cartas con fruición y echaba una ojeada preliminar á los periódicos, lectura que reservaba cual delicada golosina, para saborearla reposadamente por la noche, sin acordarme de mi *Kurumá,* que sentado en cuclillas al lado del cochecillo en que había recorrido todo Kioto, me observaba desde el jardín, en espera de la orden de trotar con rumbo al monasterio, Kuro-dani, último de los más notables que me faltaba por visitar.

Cansado sin duda de esperar, me hizo por fin una seña, mostrando con la mano un promontorio cubierto de frondosa vegetación, que se descubría allá, muy lejos, en el fondo del valle. La situación no podía ser más pintoresca y el conjunto ofrecía un bellísimo paisaje, más fácil de ser reproducido con el pincel, que para ser descrito.

Visto desde la *veranda* con los anteojos, las altísimas copas de los árboles que rodean el convento, sólo dejaban sobresalir las encorvadas techumbres de los templos y los dos últimos cuerpos de una elegante pagoda, que parecía tocar el cielo, con su original *kiú-do* en espiral.

Al fin nos pusimos en marcha para Kuro-dani—negro abismo—así llamado por el precipicio sobre el cual está como suspendido el monasterio fortaleza, que parece un castillo encantado, al cual llegamos después de largo trotar del *Kurumá.*

Rodea al macizo muro que cierra el monasterio, ancho foso con su puente levadizo, donde empieza un camino amurallado, que sube culebreando entre palmeras, camelias, cedros, farolas de piedra, tumbas y estatuas de ídolos, hasta una gran escalera de granito, que cruzando el parque sagrado, convertido en necrópolis, conduce á la cima del monte, donde está el monasterio.

En el espacio que media entre la escalera y el templo, hay un gran patio rectangular con magníficos arces, corpulentos cedros y añosas criptomerias, bajo cuyas ramas se ven centenares de pilas con agua lustral, obeliscos, urnas cinerarias,

Digitized by Google

fuentecillas y artísticos *toró* de bronce y piedra, que literalmente cubren el suelo.

En el fondo del patio se dibuja el *Hondo,* de un estilo arquitectónico, que si no se aparta mucho del adoptado en los otros templos de las sectas búdicas, tiene más semejanza con los que luego ví de la misma religión en la India, cuando regresaba á Europa.

Dentro del templo, no reinaban las monótonas tinieblas búdicas, ni se veían esos ídolos de retorcidos miembros, ojos saltones y facciones contraídas por una mueca espantosa: todo por el contrario, me aguardaba la agradable sorpresa, de ver por primera vez, un lugar dedicado al culto de Buda, alegre, risueño, claro, limpio y simpático.

En el centro, entre las cuatro grandes columnas de madera que sostienen la techumbre, hay un precioso templete de madera tallada, con laca y oro, que encierra la efigie de Yonen-sho-nin, obra de gran mérito, esculpida por el propio artista en el año de 1207, sobre la cual, suspendido de una cadena, como las que en San Marcos de Venecia sirven para colgar las arañas bizantinas, se veía un *baldaquino* de bronce dorado, por el estilo del que hay en San Pedro de Roma.

Igualmente penden del techo, hasta tocar con el pavimento, estandartes y pendones de raso ó crespón de seda de varios colores, grandes abanicos de bronce dorado, emblemas búdicos, pebeteros que hacen el oficio de incensarios, linternas de metal con primorosos calados, enormes cascabeles y numerosos *gongs* *.

El efecto que causa aquella profusión de objetos dorados, y resplandecientes, resaltando entre colgaduras, banderas de seda multicolores y demás *attrezzo* búdico, es el del templo oriental, tal como lo sueña la imaginación: deslumbrador de lujo, de fasto y de riqueza; de un efecto teatral.

Ante aquella orgía de luz y colores, de tisús, sedas y dorados, deploré no ser suficientemente artista, para reprodu-

---

* Instrumento de metal, afectando la forma de un platillo, que produce vibraciones sonoras y prolongadas.

Digitized by Google

cir en mi libro de apuntes, el interior del templo más clásicamente oriental, de cuantos había visto en el Japón.

Al salir del templo, tomé por una alameda que se perdía á lo lejos en dirección al monasterio, á través de un inmenso parque, convertido en cementerio, donde hay mausoleos de extraña arquitectura cubiertos de obscura hiedra y tumbas antiquísimas tapizadas de húmedo césped, que guardan las cenizas de cien generaciones.

Por antiguas que fuesen, rara era la sepultura que no tuviera dos jarrones de porcelana ó bambú con flores frescas, dos arbustos llenos de lazos de papel y varios platos de laca con manjares.

Las más recientes, estaban como resguardadas de la intemperie, por unos bambús formando pabellón, bajo los cuales había un vaso de porcelana con tres pajuelas odoríficas, quemándose lentamente y á los lados, clavadas en la mullida tierra, dos tablillas cubiertas de caracteres chinos y sánscritos. Es que el pueblo japonés, á pesar de ser estóico, epicúreo y fatalista, profesa y observa con gran devoción, ferviente culto por los antepasados.

En aquella selva consagrada á la muerte, reinaba el más profundo silencio, la tarde era serena, no se movía ni una hoja en el bosque; el sol se ponía lanzando sus últimos destellos á través de los árboles que coronaban la cima y las sombras subían por la falda del monte, envolviéndole con negras gasas.

Entonces sentí algo de indefinible, misterioso y extraño, que me paralizaba entre aquellas tumbas, algo de sobrenatural flotando en la atmósfera, á la cual parecia querer volar el espíritu, desprendiéndose de la materia.

Tan poderoso era el influjo, de aquel medio ambiente oriental!

Los que hayan presenciado en la India, el éxtasis de los *fakirs* ó esos hechos inexplicables, realizados por la magia de los *Mahatmas* é iniciados del Teosofismo, pudieran explicarse, ese anormal estado psicológico.

Desvanecido el conjuro, caminé á la ventura, entre tum-

Digitized by Google

bas y sepulturas, hasta una puerta que daba á otro bosque é instintivamente al traspasar el umbral, volví la mirada á la selvática necrópolis: ningún muerto había despertado del sueño eterno, al rumor de mis pasos; no me seguía el fantasma de un *Daimio,* blandiendo la flamígera espada de la venganza, contra el «diablo azul» que había turbado la sagrada paz del cementerio y ninguna losa sepulcral se levantó, para protestar de mi presencia.

Tan sólo allá, perdida en el bosque, la voz gangosa de un *bonzo* que recitaba en tono gutural una plegaria, acompañada por los prolongados y sordos redobles de un fúnebre tambor, turbaba la calma del reino de la muerte.

Anochecía ya rápidamente, cuando por una calle plantada con magníficos arces, emprendí el camino de Shin-nio-do, monasterio de la secta Tendai, que se vislumbraba en el fondo de la alameda, donde había dado cita á mi *kurumá.*

Según iba acercándome, pude distinguir al final de la frondosa calle de añosísimos arces, un pórtico colosal y en la obscuridad del templo, macilentos reflejos de sagradas lámparas. Oí después el sonido de una flauta, ejecutando un ritmo melancólico, y apresuré el paso, con objeto de llegar á tiempo de ver la ceremonia religiosa que se estaba verificando.

La flauta había ya enmudecido cuando llegué, y á sus dulces notas, siguió un desagradable estruendo de tambores, castañuelas, campanillas, atabales, timbres y *gongs,* tocados á rebato por los monjes, en el momento de ser descubierta la imagen de Benten, divinidad titular.

El *bonzo* que oficiaba, comenzó á descorrer la cortina lentamente, con sibaritismo profesional; entonces todos los demás monjes se arrojaron al suelo, levantando el diapasón de sus cánticos, al mismo tiempo que golpeaban furiosamente los instrumentos mencionados. La sacerdotal algarabía llegó á convertirse en ensordecedor estrépito, capaz solo de rivalizar, con la salvaje batahola que por aquí arman en Nochebuena, algunos trogloditas empedernidos.

Con igual prosopopeya y refinamiento, el bonzo oficiante volvió á correr la cortina, pero, dando solo el último tirón

Digitized by Google

de la cuerda, cuando las enronquecidas gargantas no podían gritar más y los parches de los tambores, tampoco respondían ya á los redobles monacales.

Tan exhaustos quedaron los místicos adoradores de la Venus búdica, después de aquellas vísperas, que al verlos abandonar el templo, deslizándose silenciosamente á un palmo del suelo, encaramados en sus altas *guetta* sacerdotales y revestidos de blancos ropajes talares, sobre los que se destacaban sus amarillentos y afeitados cráneos, parecían fantasmas impalpables, que envueltos en sudarios, vagaban por el aire, á la incierta luz del crepúsculo.

Digitized by Google

NARA

En la mañana de un día nublado y caluroso, salía para Nara, la antigua capital del Japón, situada en el Yamato, la tierra más clásica del imperio.

La caravana se componía de tres *yin-riki-sha:* el mío, el de Siro y el de las provisiones, tirados por seis *kurumá,* que con el fresco matinal corrían como gamos. Pero aun á ese paso veloz, una hora se pasó de calle en calle, entre tiendas, teatros, templos y pagodas, antes de alcanzar los arrabales de la gran ciudad.

La multitud que andaba por las calles, compuesta de *musmé, gueisha,* peregrinos, músicos ambulantes y *bonzos* de todos colores y sectas, se paraban á mirar el *idyin-san,* que vestido de blanca franela, con amplio y ligerísimo casco para librarse de las insolaciones y anteojos ahumados contra las oftalmías, pasaba como una flecha en el *yin-riki-sha,* fumando un cigarrillo. Algunos protestaban con miradas llenas de aversión por el extranjero, de que permitiesen viajar á un «diablo azul», europeo, por el sacro suelo del imperio, pero nadie me molestó en mi camino.

Poco á poco, los templos, las casas y los transeuntes fueron desapareciendo, y á través de un campo hermoso, llegamos á orillas del Uyi-Kawa, sitio célebre en el Japón, por la exquisita calidad del té que allí se cosecha y por la infinidad de elegantes *O-tchayas* que se extienden á lo largo del río, en un paisaje encantador.

Por doquier, se oye el *shamisen* y el *tsúsumi* acompañando los cantos y los bailes de las *gueisha* y *maiko.*

Desde el larguísimo puente de madera, que une las dos

Digitized by Google

orillas del ancho río, se ven los *yane-bune,* barcos entoldados con guirnaldas de flores, que se deslizan á merced de la blanda corriente, sin remo ni timón que les guíe, mientras las voluptuosas bayaderas, bailan y cantan, para distraer algún feliz mortal. Van al azar, donde la corriente les lleve, y las aguas dulcemente arrastran el barco de flores, allá, á un recodo del río, donde se distingue, medio oculto entre los variados tonos del verde y macizos de flores, un templo rústico levantado á Benten.

Del otro lado del puente, el camino, siempre sombreado por magníficos árboles, serpentea entre grandes lagos, surcados por centenares de barcos en miniatura. Los caminantes abundan, sobre todo mujeres, con vestidos de fiesta remangados hasta por encima de las rodillas, dejando flotar tan sólo un manteo ó zagalejo encarnado, de crespón de seda, abierto por delante, que deja al descubierto la redonda pierna, envuelta en una polaina muy ceñida, de seda azul. En los diminutos pies llevan sandalias de madera ó de paja de arroz, y en las manos el imprescindible abanico y la sombrilla de papel. Cuando el calor aprieta, se anudan á la cabeza, á modo de turbante indio, el *ten-nui,* tira de algodón llena de dibujos policromos, que les sirve de pañuelo ó toalla y hacen resbalar de los hombros el *kimonó,* túnica sujeta á la cintura por el *obí,* descubriendo el torso.

El espectáculo que ofrecen esas costumbres, candorosamente primitivas, es tan singular, que por acostumbrado que el europeo esté á las modas del país, no deja de observar, cuando viaja por el interior, los grupos de acicaladas *musmé,* que en el traje indicado se dirigen de una á otra aldea, caminando á la sombra de los árboles, una tras otra, con ese paso peculiar de las japonesas, lleno de encantador abandono y graciosa dejadez. Cuando se cruzan con alguno más afortunado que puede viajar en coche, según la antigua costumbre de respeto, se paran, apartándose á orillas del camino y saludan respetuosamente con una profunda reverencia.

Al salir de entre aquel dédalo de lagunas, divisamos en lontananza una mole semoviente, seguida de una turba de

Digitized by Google

hombres, mujeres y chiquillos, y como caminámos en sentido opuesto, pronto nos encontramos, pudiendo ver que la mole era un enorme elefante, guiado por un *cornac* indio sentado en cuclillas sobre la cabeza del animal, que sobre el lomo llevaba una especie de templete, dentro del cual estaba el Rajá, cuyos servidores me hicieron pasar la noche de marras.

El Príncipe indio había traído con su impedimenta, nada menos que un par de elefantes, y se permitía el lujo de recorrer el país, instalado en uno de los dos colosales paquidermos, causando la admiración de los naturales, que no tienen más idea de ese animal, que haberle visto esculpido en las pagodas y templos de la religión búdica, entre cuyos atributos figura en primer término.

Aprovechando la ocasión de tan raro encuentro, los *kurumá*, después de dos horas de correr bajo un sol de fuego, se pararon algunos minutos para asombrarse de la colosal magnitud del rey de los juncales, que bamboleándose pasó majestuosamente, pero visiblemente contrariado, según lo demostraba con sus inteligentes ojillos, de verse perseguido por la turba de campesinos.

Continuamos después el camino por una región cultivada con gran esmero; era el momento de la actividad agrícola, cuando se trasplanta el arroz en los encharcados campos y cogen del arbusto las hojas que llamamos té, y toda la población rural estaba en los campos.

Los que trabajaban en los arrozales, así hombres como mujeres, tenían la cabeza protegida por ancho sombrero de bambú tejido, el cuerpo desnudo, á excepción de la cintura, que la llevan siempre ceñida por la tira de algodón llamada *fundoshi* y resguardadas las piernas de las picaduras de las sanguijuelas, por altas polainas de borra de seda.

La recolección del té, por ser trabajo menos duro, está encomendada á las *musmé*, que andan por los campos á bandadas, revoloteando como mariposas de arbusto en arbusto, para coger las hojas con que se prepara la fragante infusión. Escogen las que están maduras, después las secan, y por úl-

Digitized by Google

timo, hacen una escrupulosa selección, para clasificar las diferentes calidades de té.

En esta última operación estaba ocupada la población femenina de los pueblecillos por donde pasaba: las *musmé*, sentadas en cuclillas sobre el *tatami* tan bien peinadas, como ligeras de *Kimonó*, escogían con sus afilados dedos las hojas, en tanto que con la mirada vaga, escuchaban los acordes del *kotó*, que por turno iban tocando, ó pelaban la pava con sus *iro-otokó*, enamorados.

Este espectáculo fué repitiéndose á lo largo de todo el camino, que viene á ser una interminable calle, como en el Tokaido, y á pesar de los anteojos de cristal ahumado, que pudorosamente velaban mi mirada, no tuve más remedio que pasar revista á las sendas bellezas plásticas, de las provincias de Yamashiro y Yamato.

Hacia el medio día, el sol caía sobre la cabeza como plomo derretido, habiendo momentos en que me sentía amagado de una insolación, á pesar de estar protegido de los abrasadores rayos, por ese casco tan ligero, que los ingleses llaman *sunhat*. Necesario era, un descanso á la sombra, tanto para mí como para aquellos desgraciados seres, que sin murmurar una palabra ni mostrarse cansados, hacían el oficio de caballos; por lo cual, dí la orden de hacer alto en la mejor *otchaya* de las cercanías.

A una de Nagaike, pueblecillo muy pintoresco, engalanada con profusión de banderolas, farolillos de papel y guirnaldas de flores, me llevaron los *kurumá*. En tanto que ellos se frotaban las articulaciones con *saki*, antes de bañarse para comer y mi *koskai*, con ese desparpajo que hace de los japoneses los primeros sirvientes del mundo, improvisaba en la cocina un almuerzo, yo respiraba con delicia, un aire relativamente fresco, reclinado en los *tatami* de una habitación abierta por dos lados sobre el jardín, donde había un estanque con grandes *coi*, los cuales daban saltos de júbilo en el agua, pidiéndome los echase algo de comer, desde que me vieron llegar. Hícelo así, compartiendo con las carpas mi frugal almuerzo, y tan agradecidas quedaron, que siguieron dando

Digitized by Google

chapuces todo el tiempo que permanecí, mientras fumaba un cigarro saboreando el té, servido en minúscula taza por una risueña japonesita, que mostraba dos preciosos hoyuelos en sus frescas mejillas.

Vino en esto Siro á anunciarme que los *kurumá* estaban aguardando para emprender la segunda carrera, que sólo habia de terminar al anochecer en Nara, y no hubo más remedio, que abandonar aquel oasis de temperatura paradisiaca, las retozonas carpas y la vivaracha *musmé*.

Durante esta segunda etapa, de agobiador calor ecuatorial, en la que los jadeantes *kurumá* parecían derretirse á chorros, se desarrollaron iguales escenas naturalistas á las de la mañana, no pudiendo menos de admirar, el ardor con que á pesar de la candente atmósfera, seguían trabajando los campesinos en los arrozales, metidos en el agua hasta la cintura y con el desnudo cuerpo expuesto á los abrasadores rayos de aquel sol implacable.

Después de mucho rodar y de pasar un río en balsa, llegamos por fin al caer de la tarde, á la cadena de montañas que corre de Norte á Sur, dividiendo el Yamashiro del Yamato.

Empezaba allí una pendiente tan fuerte, que el camino parecía una escalera de gigantes y compadecido de aquellos desgraciados que arrastraban el *yin-riki-sha*, hice la ascensión á pie, á pesar del calor sofocante.

Desde la cima de aquellas negras montañas ví á mis pies, del otro lado, la sagrada tierra del Yamato y en el fondo de la llanura, entre montes y bosques, pude divisar las empinadas techumbres de los templos y pagodas de la Meca japonesa.

Nara fué la capital del Japón, desde el año 709, hasta el 784 (de nuestra era) en que el Mikado, Kuammu Tenno, trasladó su corte á Kioto, en el Yamashiro.

De su antiguo esplendor y magnificencia, hoy no queda de lo que fué, según cuenta la tradición, más que algunos templos y una población de veintiún mil habitantes, perdida en la inmensidad de los bosques sagrados.

Hay en Nara una deliciosa *o-tchaya* llamada Musáshino, si-

Digitized by Google

tuada sobre una eminencia, dentro del recinto del templo shintoista, Kasuga-no-mya, en medio del bosque sagrado, famoso por sus criptomerias, las más grandes del Japón, donde me albergué.

La situación que ocupa la hospedería, bajo las altísimas copas de aquellos gigantes vegetales, á orillas de un lago y en las cercanías de una cascada, es excepcionalmente bella y pintoresca. El rústico monasterio cedido por los *bonzos,* para dar hospedaje á los extranjeros y altos personajes del país que visitan ó van en peregrinación á Nara, armoniza admirablemente con el paisaje que le rodea.

Mi *koskai* Siro, que entre sus múltiples funciones, desempeñaba las de aposentador, se había entendido por carta con la posadera, para que me reservasen la mejor habitación, á más de las necesarias para el personal que llevaba. Así es que á mi llegada, encontré preparado y dispuesto el mejor pabellón, de los varios de que se componía, el antiguo monasterio transformado en hospedería.

Era una sala espaciosa cubierta con *tatami,* que por todo ajuar lucía dos jarrones con flores y varios *kakimono,* ó pinturas, colgadas de la única pared; pues los tres lados restantes, que daban sobre el bosque como un mirador, estaban cerrados con bastidores de papel.

Salió á recibirme, seguida de su estado mayor de maritornes, la *okamisan,* respetable matrona que ostentaba con orgullo, los signos característicos del estado matrimonial; las cejas afeitadas y dientes lacados de negro, y después de darme posesión simbólica de mi casa de papel, me anunció solemnemente, que el baño estaba preparado.

Ansioso de aliviarme del polvo, y del calor de tan larga como penosa jornada, dejéme conducir por la *okamisan* y las mozas á las termas de la *otchaya,* creyendo me darían una sala de baños separada. Pero no fué así, pues me introdujeron en la *o-yuya* general, donde una docena de personas de ambos sexos, se bañaban en común.

Dudé un instante, si debiera ó no compartir los placeres del baño, con todas aquellas gentes, mas la *okamisan* y sus

Digitized by Google

ayudantes femeninos, no me dieron tiempo ni para protestar, pues cuando quise percatarme, ya me habían despojado de las escasas prendas de vestir, compatibles con aquel clima tórrido.

Por fortuna, Siro había encargado que el agua de mi baño fuese fría, cosa que causó estupor entre los que sólo se bañan en agua cociendo, é ínterin mis bañeras procedían con todas las reglas del arte á lavarme, observaba á mis compañeros de abluciones, que, juntos y con verdadera fruición, se zambullían en un pozal, del que se desprendía una nube de vapor, mientras se hacían confidencias en voz baja, sobre el efecto que les causaba el examen de mi persona.

Fuí el héroe por fuerza de la casa de baños, oyendo tan cándidas observaciones, que me hubieran hecho ruborizar, si el sol y la intemperie, no me hubieran tostado la tez como á un segador, haciendo imposible esa manifestación del pudor ofendido.

¡Quién lo pensara, un prodigio de blancura! Pero, como todo es relativo, mi color resultaba tan claro al lado del suyo, que bien se les puede perdonar me comparasen con el ampo de la nieve, cuando tanto difieren de nosotros, hasta en su modo de pensar.

¡Pues qué, no nos llaman libertinos, perversos y desmoralizadores, por la manera que tenemos de entender la moral y el pudor, sin que encuentren otra explicación al fin que nos guía, que el suponer rodeamos de malicia los actos más naturales de la vida!

Lo cual indica, que si tanto nos diferenciamos en el color como en la raza, no es menos diversa la organización de los cerebros, porque si en el terreno material es negro para nosotros, lo que para ellos resulta blanco, en el orden de las ideas nos separa un abismo, tan grande, que pudiera decirse padecen un daltonismo moral, con relación á nosotros, ya que una misma idea analizada por su criterio, les merece un concepto diametralmente opuesto al nuestro.

Y si no ¿cómo explicar que sentimientos tan nobles y levantados entre los occidentales, como el honor de la mujer,

Digitized by Google

en el concepto de pureza y fidelidad, sean considerados por aquellos orientales, que no reconocen más punto de honor que el caballeresco y militar, cual absurda y ridícula aberración mental, originada por la idea, de que la mujer pueda con sus debilidades deshonrar al marido ó mancillar el lustre de un apellido?

A este punto de mi disquisición sobre la moral japonesa llegaba, cuando me hallé vestido, y dejando las filosofías para mejor ocasión, salí de la hospedería á perderme en los bosques sagrados, donde estuve andando á la ventura entre los apiñados troncos de aquellas seculares criptomerias, que erguían sus copas hasta querer tocar el cielo.

De vuelta en Musáshino al anochecer, me dijo la *Okamisan,* cuando me sirvió la cena, que aquella noche se celebraba una gran fiesta religiosa en honor de O-Kome-San, dios del arroz, en el templo principal de Nara, algo así como una basílica shintoista, llamada Kasuga-no-mya, dedicada al *Kugué,* Ama-no-Koyané, antepasado de la poderosa familia Fuyiwara, que monopolizó el poder largos años. Tan grata me fué la noticia, que me deshice en cortesías de agradecimiento á mi respetable patrona, quien me las devolvió con creces, añadiendo, que la *mya* ó templo, era la del bosque en cuyo recinto estaba la *otchaya,* por lo cual fácilmente encontraría el camino, con las indicaciones que me dió.

Con efecto, al cabo de andar por la obscuridad del bosque un cuarto de hora, distinguí á lo lejos millares de *toró,* de piedra y bronce, alumbrando el camino con la opaca y misteriosa luz, que se filtraba á través de sus artísticos calados.

Sorprendido por el efecto mágico que causaba el bosque así iluminado, permanecí largo rato contemplándolo desde la solitaria espesura, antes de ir á confundirme con la corriente humana, que me llevaría al templo.

Según iba caminando, á cada recodo del camino descubría nuevos y encantadores puntos de vista; aquí, bajo una gruta de flores y verdura, un ciervo de bronce arroja dos chorros de agua por las narices; allí, bajo un elegante pórtico, se ba-

Digitized by Google

lancea una farola colosal con las armas de Mikado; más allá, entre los negros troncos de los árboles, se adivina envuelta en las sombras de la noche, una ermita alumbrada por una lucecilla, que parece un fuego fatuo y por todas partes en aquel bosque encantado, surge algo de misterioso y fantástico.

Mas, donde la maravilla llegó al colmo, fué al aproximarme al monasterio, que se destacaba en lo alto del monte, dibujado con líneas de fuego, sobre el obscuro azul del cielo, por miles de farolillos que seguían las graciosas curvas de los templos y pagodas. Parecía la mansión etérea de los místicos *Kami,* suspendida en el espacio.

Una vez dentro del recinto, de aquel mágico templo, pude ver de cerca las linternas, que desde la llanura producían tan maravilloso efecto.

Se contaban por miles, y las había de plata, bronce, hierro, porcelana y madera; todas artística y primorosamente caladas, formando caprichosos dibujos, caracteres chinos ó sánscritos, y en el centro ostentaban el escudo de armas de los donantes, pues todas eran *ex-votos* ofrecidos por piadosos bienhechores, entre los cuales figuraban, desde el poderoso *Daimio* hasta el humilde *chonin*.

Esas linternas, objeto de tanta curiosidad mía, los devotos, ni las miraban, acostumbrados á verlas desde que nacieron; continuaban su camino, rezando de altar en capilla, confundiendo el murmullo de sus oraciones con el prolongado redoble de los zuecos, al andar sobre las losas de granito. En uno, adoraban al dios del viento, *Futen*, con un odre inflado entre los brazos; en otro estaba *Kami-nari*, terrorífica divinidad búdica, que maneja la caja de los truenos, ensartados en un aro como un sonajero, en otros *Hachimán*, el Marte japonés y cuantos ídolos han inventado los *bonzos*.

Seguía visitando altares y ermitas, unido á un grupo de alegres *musmé,* que se reían como locas, mezclando sus oraciones con alegres carcajadas, y que con la característica afabilidad japonesa, contestaron á cuantas preguntas las hice, sobre lo que veía y era desconocido para mí, cuando turbó el

Digitized by Google

silencio de la noche, el lúgubre sonido de un *gong,* que parecía anunciar el fin del mundo.

Para saber lo que aquel toque significaba, me dirigí á una de las muchachas, la cual me dijo, era la señal, para llamar á los shintoistas, adoradores de los *Kami,* á presenciar el baile sagrado *Kágura.*

Excuso decir, por lo mismo que conocía las danzas sagradas búdicas, muy interesantes bajo el punto de vista de la indumentaria y de la coreografía, si me apresuré á seguir los pasos de las alegres *musmé,* para ver el espectáculo de una ceremonia religiosa representada en Nara, con todo el aparato y esplendor oriental.

La espaciosa *mya* donde iba á celebrarse el baile sagrado, estaba abierta á los cuatro vientos, teniendo únicamente seis grandes columnas de madera, para sostener la pesada techumbre de aleros encorvados. En el interior había magníficos biombos antiguos, con figuras pintadas sobre fondo de oro, varios *jibachi,* braserillos de bronce, grandes candeleros en los que ardían hachones de cera vegetal y preciosas linternas, colgadas, á centenares, por todas partes. Este era el escenario, de un efecto clásicamente oriental.

Veamos ahora los actores: dió principio la ceremonia con la entrada de cinco monjes, vestidos con *jakamá* de seda azul y *kimonó* de crespón blanco, que vinieron en fila uno tras otro, con paso trágico, tocando los siguientes instrumentos: un *atabal,* un *tsúsumi,* dos *flautas,* y un *shamisen.* Detrás, á iguales distancias, seguían doce jóvenes sacerdotisas, revestidas con el *jakamá* de raso encarnado de las princesas imperiales, y unas dalmáticas de blanca seda, bordadas con oro, sobre un *kimonó* blanco también, con mangas perdidas. Cerraba el cortejo con toda solemnidad, una robusta vestal, con aires de abadesa, á quien estaba encomendada la dirección de la danza sagrada, acompañando al mismo tiempo con el *kotó.*

Cuando las doce sacerdotisas estuvieron formadas en ala, la olímpica matrona espiritual que ejercía de superiora, dió dos palmadas; las vestales se arrojaron al suelo, hasta tocar el pavimento con la frente, como en actitud de implorar el di-

Digitized by Google

vino auxilio de los *Kami,* é inmóviles permanecieron en postura tan incómoda, hasta que un monje inició con la flauta el preludio lento, majestuoso y místico, de un baile sagrado.

Á los primeros compases, alzáronse las sacerdotisas, comenzando la danza por una serie de reverencias á los cuatro puntos cardinales y de respetuosas genuflexiones, admirablemente ensayadas y llenas de carácter, al mismo tiempo que dirigían lánguidas miradas al cielo. Después de la introducción, dieron graciosas vueltas con los brazos levantados y la cabeza echada hacia atrás, clamando el favor divino; ejecutando luego pasos púdicamente voluptuosos, como si se sintieran poseídas del espíritu que invocaban con sus artísticas y lánguidas actitudes, é imprimiendo á todos sus elegantes movimientos, el carácter de un místico arrobamiento.

Para terminar el baile, repitieron los pasos de la introducción, prosternándose al fin, en acción de gracias. Dió entonces tres palmadas la directora y las vestales, precedidas de los monjes preludiando una marcha, retiráronse de dos en dos, marcando un paso de alto coturno.

Tras el cortejo emprendí yo la retirada á mi *yadoya,* y aún creía oir á lo lejos en el fondo del bosque, las apagadas notas de la marcha tocada al son de un pífano, por el monje que á través del tenebroso monte los guiaba al monasterio, cuando llamaba á la puerta de la hospedería, á hora bastante avanzada de la noche.

En cuanto Siro reconoció la voz de su *Dana-san,* descorrió las trancas y cerrojos del portón, para franquearme la entrada, y tan pronto como le ví con los ojillos muy alegres y un aire rebosando satisfacción, por más que tratase de ocultar su dicha tras la más respetuosa cortesía, comprendí que según su costumbre, había puesto en revolución todas las maritornes de la posada.

Así debía ser, en efecto, á juzgar por los preparativos de una opípara cena, que, según las apariencias, mi criado, siempre galante con el bello sexo, ofrecía á las mozas de Musáshino. Cerré los ojos y para dejarle en completa libertad de hacer el Don Juan, su pasión favorita y la que consumía todo

Digitized by Google

su salario, díjele que nada necesitaba. Tenía tan buenas cualidades el servicial Siro y me entendía tan bien, que siempre fuí indulgente para con su debilidad por las bellas.

¡Qué grato me fué entrar en mi pabellón, donde el silencio de la noche sólo era turbado por los suspiros del viento, agitando dulcemente las hojas del bosque!

Todo me invitaba á descansar de las fatigas de un caluroso día de viaje, durante el cual había visto y observado tantas cosas extrañas y nuevas para mí; el sueño y el cansancio me rendían, y casi tuve tiempo para hacer los apuntes del día á la luz del *andón,* cuando envuelto en mi manta me dormía sobre el petate, como en un blando lecho.

Pero estaba escrito, no había de gozar de aquel sueño reparador. En el primero y mejor, fuí despertado por Siro, que, todo azorado, venía á decirme, que una señora *bárbara*, léase extranjera, de tal modo insistía, por medio de signos, en su deseo de verme, que se había visto obligado á turbar mi reposo.

Como en el Japón se duerme vestido con las *peyamas* *, me apresuré á salir para ver en qué podía ser útil ó agradable á la descarriada viajera, que á tales horas de la noche, andaba perdida por los bosques sagrados de Nara.

Halléme con una acongojada Miss, americana á juzgar por su acento, é hija de un célebre general confederado, según supe después, á quien su intérprete había abandonado en el interior del Japón, en venganza de haberle reprendido con dureza, porque la sisaba en todas las cuentas de la *otchaya* donde se detenían.

La intrépida Miss, que viajaba sola por el interior de aquel Imperio, al verse abandonada, y sin poder hacerse entender de nadie, en un país donde los blancos han pagado con la vida su amor á los viajes, sintióse perdida, lloró, y sin saber lo que hacer, dejóse llevar por los fieles *Kurumá*. Y éstos que habían oído decir en las *otchaya* por donde yo había pasado, que en Nara había otro *bárbaro* blanco, tuvieron la buena idea de

* Traje flotante, compuesto de ancho pantalón y holgada blusa.

Digitized by Google

traerla á la hospedería de Musáshino, para ponerla bajo la protección, del que en su ignorancia de las nacionalidades occidentales, creían compatriota suyo.

Cumplidos los deberes que la galantería y sentimientos cristianos, me ordenaban para con una dama en tales circunstancias, cuando la ví serena, tranquila é instalada en la habitación que la mandé preparar, la dije buenas noches y fuíme á descansar.

Al amanecer fuí despertado por el lúgubre tañido de una campana colosal, que llamaba á los monjes á prosternarse ante Amáteras, diosa de la luz. Cuál no sería mi sorpresa al abrir los ojos, viendo dibujada en el trasluciente papel de los bastidores, la forma de una cabeza con inmensos cuernos, que trataba de romper el débil obstáculo.

De un salto me acerqué al bastidor de papel, le descorrí y me hallé frente á frente con un magnífico ciervo mosqueado de blanco. Brincando á la *veranda*, había venido á pedir la golosina, que sin duda estaba acostumbrado á recibir todas las mañanas, de mano de los viajeros alojados en aquel pabellón.

Poco después el sol se levantaba radiante en un cielo sin nubes, prometiendo otro día caluroso, por lo cual me previne con una buena ducha en la inmediata cascada, en lugar de tomar el baño *coram populo*, en la *oyuya* de la *O-tchaya*. antes de salir á recorrer los bosques, para respirar el aire puro de la mañana, embalsamado por los efluvios de aquella grandiosa vegetación.

Si la noche anterior me había extasiado contemplando las gigantes criptomerias del sagrado bosque, con la luz del día me parecieron aún más altas y más hermosas. Andando al azar, no me cansaba de admirar ese prodigio vegetal, más bello aún en conjunto que los célebres árboles de California llamados *Washingtoneas*, verdaderos gigantes del reino vegetal, pero que carecen de la imponente majestad de un bosque secular de criptomerias.

De todas las maravillas que encierra Nara, la primera, la que no tiene rival ni admite comparación, y á cuyo lado re-

Digitized by Google

sultan mezquinas las más grandes obras del hombre, es la selva en que están enclavados los templos y la ciudad.

Aquellos venerandos árboles, en cuyos troncos está escrita la primera página de la historia japonesa, han sido religiosamente respetados por centenares de generaciones, de ese pueblo artista, que profesa culto idólatra por la madre naturaleza, el cual nunca ha consentido, que la mano del hombre profane esas sagradas reliquias del pasado.

Lo único que se ha hecho en Nara, es embellecer el grandioso parque natural, con la industria y el arte del hombre, trazando sinuosos caminos, en cuyas orillas hay millares de antiquísimos *toró,* de bronce y piedra, levantando arcos y pórticos rústicos, con los troncos de los árboles que mueren de vejez, y trazando plazoletas con preciosos jardines, fuentes y estatuas.

Este paraíso, está poblado de corzos, ciervos y venados, que pastan á manadas sin ser de nadie molestados, por lo cual vienen á lamer las manos de las personas que pasan, pidiendo les den las golosinas que para ellos venden en las plazoletas del bosque, muchachas sirvientas de los monasterios.

Entre los restos de la antigua Nara, figura un *Dai-butzu* ó estatua colosal de Shakka (Buda), por el estilo de la que existe en las cercanías de Kamákura. La mole inmensa de bronce, está dentro de un templo de madera, construído en el siglo XVII, que amenazaba inminente ruina, tanto por su elevada altura, ciento cincuenta y seis pies, como por el deplorable abandono en que se hallaba.

Antes de llegar al templo, se pasa por un antiquísimo y macizo pórtico de madera, que da ingreso á un patio cerrado por un precioso claustro de laca roja y blanca, en el centro del cual hay una farola de bronce de forma octogonal, con altos relieves representando las encarnaciones de Buda y finísimos calados, joya artística de inestimable valor, ejecutada por un chino en el siglo VIII de nuestra era.

El *Dai-butzu,* según la tradición y conforme á la historia, fué fundido en el año 739 D. de J. C. por orden del Mikado,

Digitized by Google

Sho-mu-Tenno, quien logró vencer todas las dificultades que ofrecía la fundición de una mole de cincuenta y cuatro pies de altura, siendo una de las más grandes, la de procurarse la cantidad de oro suficiente, para hacer la aleación de los diferentes metales necesarios.

Representa el bronce, á Buda, sentado sobre el místico loto, con las piernas cruzadas, sumido en la más profunda meditación, y en actitud de bendecir con los dedos pulgar, índice y del corazón, de la mano derecha, mientras cierra el anular y el meñique.

Considerado este *Dai-butzu* como obra de arte, es una estatua de gran mérito é inapreciable valor arqueológico, á pesar de las bárbaras restauraciones hechas en la cabeza, á consecuencia de haberse fundido en los varios incendios que, en el curso de los siglos, han consumido repetidas veces el templo de madera, bajo el cual está protegido de la intemperie el ídolo.

Los tres *Dai-butzu* colosales que tiene el Japón, el de Kamákura, el de Kioto y el de Nara, aunque de diferentes épocas y de distinto mérito, prueban que el ideal artístico japonés, traspasando los estrechos y mezquinos horizontes de lo fútil, trivial y pequeño, del arte japonés conocido en Europa, se ha remontado á los espacios del genio, concibiendo ideas atrevidas, y ejecutando grandiosas obras que han inmortalizado las generaciones pasadas, á través de los siglos.

Como la grandeza de un pueblo se manifiesta en todos los ramos de la actividad humana, y las épocas de apogeo de las naciones descuellan en el pasado por sus portentos artísticos y literarios, lo único imperecedero que resta de las humanas glorias, cada una de estas tres moles marca un brillante período en la historia japonesa, conmemorando el recuerdo de un grande hombre, Sho-mu-Tenno, Yoritomo y el Taiko. Pero es, indudable, que bajo el punto de vista artístico, es la más bella de las tres, la erigida cerca de Kamákura, por el fundador del Shogunado.

Varios otros monumentos y vestigios de la pasada grandeza, atestiguan de lo que fué Nara hace once siglos; mas

Digitized by Google

lo que asombra y allí deleita, lo grandioso é inmortal, es la admirable naturaleza, aquellos bosques imponentes, tapizados de mullido césped, en los que caminaba sin ver el fin, arrullado por el rumor de las hojas y de las cascadas.

Bajo las copas de aquellos árboles seculares, reina luz suave y misteriosa, tamizada por el frondoso ramaje que cierra el paso á los rayos del sol; el pensamiento parece flotar en aquella penumbra y desligándose de la torpe y vil materia, se eleva á las etéreas regiones, para entonar un himno gigante á la madre Naturaleza, en el majestuoso silencio de la selva.

Recorriendo los sagrados bosques, subiendo á las cumbres de los montes, visitando pagodas y antiquísimos monasterios de nobles de ambos sexos, donde con frecuencia se baila el *Kágura*, así se deslizaron, los placenteros días que pasé en Nara, uno de los lugares más hermosos de la Creación.

Digitized by Google

LAS CASCADAS DEL KATSURA-GAWA *

Habíame deparado la casualidad un agradable compañero, en un joven oficial británico, también huésped del Ya-ami hotel, donde hicimos mutuo conocimiento en la *veranda*, de la cual era también asiduo él frecuentador. Venía el inglés de la India, donde había enfermado, á restablecer la salud en clima menos rigoroso, y no conociendo más idioma que el suyo, veíase obligado á pasarse el día en la *veranda*, cuando su intérprete tenía á bien no presentarse.

Por mi parte, tampoco gozaba de salud, y como hasta los males establecen una corriente de simpatía, pronto me entendí tan bien con él, como con todos los compatriotas suyos, que se han cruzado en el camino de mi vida.

Con esa independencia de espíritu que les caracteriza, se unía á mí para las diversiones que estaban más en armonía con sus hábitos de militar, correrías campestres, ó fiestas características del país, como la del famoso *Matsuri;* pero siempre que mi programa del día, se limitaba á visitar monumentos, me dejaba en completa libertad.

Una de las correrías más agradables que hicimos juntos, fué la de las cataratas del río Katsura.

Salimos al romper del día, acompañados de nuestros criados, que nos esperaban en el pórtico del inmediato templo Chi-on-in, á la cabeza de un pelotón de *kurumá* y seis *yinriki-sha*, contratados para la excursión.

Rompió la marcha la larga comitiva, atravesamos la ciudad al velocísimo correr de los *kurumá*, excitando la curiosi-

---

* Gawa, río. Así como los árabes anteponen el genérico *Uad*, río (Guadalquivir, Guadiana, Guadarrama, etc.) los japoneses lo posponen al nombre propio.

Digitized by Google

dad general, y después de mucho rodar, salimos por fin al hermoso campo, todo cubierto de vegetación, entre la que se veían templos sin cuento ni fin.

Continuamente nos cruzábamos por el estrecho camino, con *bonzos*, campesinos y gallardas *muşmé*, que con su pintoresco traje de camino, sandalias en los desnudos pies, polainas de seda muy ceñidas á la robusta pierna, el *kimonó* recogido hasta las rodillas y la indispensable sombrilla de papel, van á pedir al ídolo patrón de las solteras, que las favorezca pronto con un buen *Dana-san*, ó por lo menos con un marido.

Todos nos miran con extraña curiosidad, se paran y se apartan, como si temieran el contacto hasta de una mirada; todos menos las *musmé*, dicho sea en honor del bello sexo, que se complacen en ser miradas.

Más allá, el camino serpentea entre dos montes cubiertos de intrincados y espesos matorrales de bambús. Los caminantes son campesinos que llevan á la ciudad, leña, carbón ó arroz, en sacos colgados de un balancín, apoyado en los hombros; otros empujan una carreta acompañándose de una canción monótona ó llevan del diestro un buey de diminutos pitones, aparejado con una albarda, y los más codiciosos, llevan pendientes del balancín, dos grandes canastos de bambú, además de guiar una bestia de carga.

Por todas partes se ven *o-tchaya* llenas de transeuntes, que comen, duermen ó rezan, en traje primitivo y ventorrillos improvisados bajo las ramas de un árbol colosal, donde los venteros extienden unas esteras, instalan un pequeño fogón y ofrecen descanso y comida por pocos *sens*, á los numerosos parroquianos que frecuentan esas pintorescas hosterías.

También nosotros hicimos alto en una de esas ventas campestres, para refrescarnos y descansar de la penosa subida que habíamos hecho á pie, porque el camino, lleno de baches y de roderones, estaba impracticable para los *yin-riki-sha*.

Las rústicas *ne-san*, tan amables y complacientes como las de las ciudades, enjugaron el sudor de nuestro rostro y nos dieron agua, *tcha*, *saki* y cuanto tenían, mientras los *kurumá*

Digitized by Google

se deleitaban ante una escudilla de arroz cocido. Dejámosles saboreando el frugal almuerzo con que reponían las fuerzas, y á pie emprendimos la bajada del monte, por un hondo camino en zis-zás, resguardados del sol, bajo el toldo tejido por la naturaleza, con las ramas de la infinita variedad de árboles y plantas, que embellecen aquel privilegiado país.

Donde dijeron los *kurumá* que los encontraríamos, en Oino-saké, porque bajarían por un camino de travesía, allí nos aguardaban ya, con toda la impedimenta necesaria para que dos europeos emprendan una excursión, cuatro *yin-riki-sha* para los amos y servidores, más otros dos para las provisiones, abrigos, cámara fotográfica, libros, etc., con doce fornidos *kurumá*, para tirar y empujar de los seis vehículos.

Montamos en los cochecillos, continuando el camino á gran velocidad, pues los *Kurumá* se sentían con fuerzas para devorar el espacio, después del almuerzo. Corrían como atletas, mostrando un desarrollo muscular digno de las estatuas de Miguel Angel, orgullosos de los dibujos inalterables que cubren todo su cuerpo y hacen oficio de librea. De los dos míos, el que iba en varas, tenía *tatoué* desde la nuca hasta los talones, todas las encarnaciones de Buda.

Atravesando montes y valles frondosos, esmaltados de azaleas blancas ó encarnadas, de lirios gigantescos y de camelias, llegamos antes del medio día á Yumòto, punto donde se encuentran las balsas, sobre las cuales se bajan las cataratas del Katsuragawa.

El sitio no puede ser más pintoresco ni agreste; dos montañas que se besaban, dejando sólo espacio al río, para humedecer sus entreabiertos labios, en las cristalinas aguas.

Pocos minutos me bastaron para cerrar el trato con los balseros, por la sencilla razón, de que para ahorrarme las molestias del regateo, se les dió lo que pidieron, procediéndose en seguida al embarque de la impedimenta, hombres y coches inclusive.

Estábamos presenciando esta operación, cuando de improviso se presentó una caravana de inglesas, acompañadas por un diplomático residente en Tókio.

Digitized by Google

Al distinguir las pudorosas Misses, la escultural desnudez de nuestros *Kurumá*, porque á los suyos les habían vestido con la clásica hoja de parra de los Museos, hubo entre ellas un momento de fingida vacilación y cuchicheos; pero bien pronto siguieron impávidas hacia el embarcadero, donde estaban en correcta formación nuestros atletas, aguardando la orden de saltar en la balsa.

Mas, su compatriota y mi compañero, que era un consumado burlón, no la quiso dar, hasta que pudieron satisfacer bien la curiosidad aquellas viajeras, que detenidamente y sin pronunciar la palabra *shocking*, examinaron con flema, las curiosas pinturas *al fresco* de los *Kurumá*.

Quizás, allá en sus adentros, se doliesen, comercialmente, de esas costumbres sencillas, candorosas y primitivas, que privan á su industria algodonera, de tantos parroquianos japoneses, ya que, so pretexto de que les ofende el espectáculo de la desnudez, hasta llegaban á exigir los ingleses de las autoridades del país, que obligasen á los naturales á vestirse, con el plausible objeto, de crear un nuevo mercado á los tejidos de algodón, con que la industria inglesa inunda el Asia.

Desde la roca en que habíamos observado los estudios antropológicos y etnográficos, de las impertérritas Misses, saltamos á la balsa, y un segundo después flotábamos á merced de la impetuosa corriente del río Katsura.

La balsa se deslizaba con vertiginosa rapidez, entre las salientes rocas que forman el lecho del río, gobernada por cuatro balseros armados con largas perchas de bambú, que con increíble destreza, hacíanla pasar entre los peñascos ante los cuales parecía íbamos á estrellarnos, arrastrados por la corriente.

Pero, esto era nada, en comparación del descenso por las cataratas; llegamos á la primera con la velocidad de un proyectil, en el borde de la cascada no se veían más que peladas rocas, sin indicio de paso alguno, el agua rugía en el fondo y entraba á borbotones en la balsa, donde hacíamos esfuerzos desesperados para mantenernos en aquel plano tan

Digitized by Google

inclinado y no ser lanzados al vacío; la espuma nos salpicaba, y cuando creíamos llegado el momento del inevitable naufragio, un vigoroso empuje dado con las perchas, dirigía la balsa, enfilándola por la invisible quebradura de una peña.

Fué tanta la habilidad y sangre fría, con que maniobraron los balseros, que en justo reconocimiento de su destreza, en el acto la recompensamos liberalmente, y confiados en su pericia para el paso de las sucesivas cataratas, las emociones de este primitivo sistema de navegación fluvial, no nos quitaron el apetito. Así pues, almorzamos á bordo, tendidos sobre las tablas, pero sin soltar las cuerdas donde nos agarrábamos con una mano, en tanto que la balsa se columpiaba sobre los remolinos de los rápidos ó se precipitaba por una cascada.

Seguimos así todo el curso del Katsuragawa, entre dos montañas cubiertas por una alfombra de flores, hasta que el lecho se ensancha en Arashiyama y el torrente impetuoso se torna en tranquilo y majestuoso río.

Antes de abandonar la balsa, en la parte donde el agitado Katsura semeja un manso lago, cruzamos varios barcos engalanados con guirnaldas de flores, que bogaban suavemente, mecidos por las aguas.

Reclinados en blandos cojines de seda, los sibaritas de Kioto se deleitaban en la muda contemplación de la hermosa naturaleza, mientras con la mirada vaga, seguían las rítmicas evoluciones de las *maiko,* bailando al son del *shamisen* de las *gueisha.*

Frente á la orilla en que saltamos á tierra, había una *o-tchaya* sumamente decorativa y pintoresca, que dijeron llamarse San-gueyia-San-yi, á la que fuimos á descansar de nuestras aventuras fluviales.

Al atravesar la cocina, donde estaban preparando el manjar más apreciado en el Japón, *unagui,* ó sean anguilas muy pequeñitas, asadas en unos palillos de bambú, que ruedan entre los dedos y sirven con salsa picante, abrióle el apetito al inglés, la vista de tan sabrosa como delicada gollería, entrándole en gana de probar ese bocado exquisito.

Digitized by Google

No pudiendo compartir con mi compañero los placeres de la mesa, á mí vedados, dejéle saboreando el plato más celebrado de la cocina indígena, y fuí á recorrer el jardín de la *o-tchaya*, situado admirablemente, junto al río y frente al monte Arashi.

Andaba por entre laberínticos paseos, formados con floridas plantas y árboles enanos, cuando ví salir de la inmediata «casa de té», un grupo de elegantísimas *musmé*, que dirigían sus pasos á la ribera, con ánimo, según se me antojó, de gozar de las delicias de la inmersión, en las cristalinas aguas del Katsura.

No habíame engañado: y como todas las vestiduras japonesas, están sólo ceñidas por el *obi*, á los pocos minutos se habían transformado en ondinas.

Hijas de Eva, al fin, jóvenes y bonitas como lo eran, en cuanto se sintieron en la plenitud de sus encantos, comenzaron á triscar alegremente sobre la fina arena, graciosamente enlazadas con los brazos, y formando artísticos grupos, que no hubiera desdeñado reproducir, el inspirado cincel de un Thorwaldsen ó de un Canova.

Ni soñado por un Rubens oriental, parecía aquel cuadro mitológico, en el que las figuras se destacaban sobre el ideal paisaje formado por el río, cuya tersa y cristalina superficie, reflejaba como en un espejo, la verde montaña Arashi esmaltada de flores, en el fondo, á la derecha la última cascada del Katsura y allá, muy lejos en la izquierda, las cúpulas de los templos y pagodas de Kioto, dibujándose confusamente en el brumoso horizonte.

¡Nada más bello, que aquel idílico paisaje!

Al ponerse el sol, emprendíamos el regreso al Ya-ami, siguiendo el curso del río, que baña los pintorescos alrededores de Kioto.

Digitized by Google

EL LAGO BIWA

De regreso en Kioto, donde conduje la Miss de Nara, pues escarmentada de correr aventuras sola, no quiso moverse de Musáshino, hasta poder viajar en compañía de un occidental, organicé otra correría á uno de los sitios más justamente renombrados del Japón: el famoso lago Biwa.

Esta vez no tenía que hacer la excursión en *yin-riki-sha,* ni en *kango,* á caballo ó en coche, sino todo lo más occidentalmente confortable, en ferrocarril y por la nueva línea Kobe, Osaka, Kioto.

En una hora de viaje por un país montañoso, cubierto de bosques de bambús, entre los que se ven pintorescas aldeas, llegué á orillas del Lago Omi, llamado también Biwa, porque tiene la forma de un *shamisen.*

Circundado este lago, en sus treinta y siete millas de largo y doce de ancho, por las elevadas montañas de Hiyeizan é Hirayama, está á doscientos ochenta pies sobre el nivel del mar, y según cuenta la tradición, es hermano gemelo del gigante Fuyi, ya que ambos á dos fueron creados en una misma noche, por un cataclismo volcánico.

Como los pintorescos lagos de Italia, el de Biwa está sembrado de numerosas islas, famosas todas ellas por haber servido de retiro á algún personaje ó por hechos históricos en ellas acontecidos. La más bella Chibuku, es donde van los poetas y poetisas á refugiarse, en busca de inspiración, siguiendo las huellas de la inmortal Murasaki Shikibu, hija del *Daimio* de Echizen, que se retiró á vivir en la cima del monte Ishiyama, en un mirador que domina el lago, donde por la noche se inspiraba, cuando la luna rielaba sobre las aguas, para escribir ese poema épico, titulado *Guenyi Mo-*

Digitized by Google

nogatari, cantando las guerras de los Taira con los Minamoto, que es la Iliada del Japón.

Después de un reconocimiento preliminar, fuí á Otsu, pueblo ribereño del lago, célebre entre otros sucesos, por el atentado de que fué objeto el reinante Emperador de Rusia, Nicolás II, cuando visitó aquel lejano imperio, siendo aún Zarevitz.

Siro, me tenía allí preparada una frugal colación en una *o-tchaya,* que por carecer de *nikai* ó piso alto, fuerza me fué tomar en el portal, rodeado de un centenar de pescadores y montañeses, á quienes ofreci, gratis, un espectáculo tan curioso, como puede ser para los niños en Europa, ver dar de comer á las fieras. Todo les llenaba de asombro; los manjares, el pan, el vino; la manera de comer, con tenedor y cuchillo, mi traje y sobre todo mi cara barbuda.

Bastaba que moviera un pie, para que todos se apartaran dándose empujones, como si un domador sacase de un arca una serpiente de cascabel, y todos á porfía, preguntaban en voz baja á Siro, de qué país venía, cuáles eran mis hábitos, si tenía mujer de igual raza que la mía, ó si había adoptado las costumbres indígenas, relativas á las *Mekake* y tantas otras cosas más, que se le ocurrirían preguntar á cualquiera campesino europeo, que viere en la posada de su pueblo un mongol, comiendo con sus palitos perro asado ó nidos de golondrina.

Para que el espectáculo hubiera sido completo, no habría faltado más que una murga y un cartelón con mi retrato, anunciando la hora en que comía el hombre-blanco; pues Siro, revistiéndose de aire solemne, hacía mi explicación á los curiosos, para mantenerlos á distancia y que me dejaran comer en paz.

Por mi parte, prescindí en absoluto de la turba de curiosos y con indiferencia oriental, hice mi comida tranquilamente, dejando para la sobremesa el reirme un rato; con ver la sorpresa que había de causarles, el dirigirles la palabra en japonés. En efecto, atónitas quedaron las sencillas gentes, al oirme hablar su lengua: hubo así como un movimiento de

Digitized by Google

espanto, temiendo sin duda, haberme enojado con las indiscretas preguntas y observaciones, que sobre mí habían hecho, en la creencia de que no los entendía.

Para probarles lo contrario, les hice dar por mi criado dinero, para que bebieren unas botellas de *saki* á salud de los extranjeros, saliendo de la *o-tchaya* acompañado de sus gracias y reverencias, para subir á Mi-i-dera, famoso monasterio-fortaleza que fué arrasado por Nobunaga, después reconstruído, y hoy es campo militar, donde los soldados han sustituído á los *bonzos* y el marcial sonido de las cornetas, al lúgubre tañido de las campanas.

En el grandioso parque, sobre una eminencia que domina el paisaje del lago, hay un monumento de mármol blanco, que representa un baluarte desmantelado por la artillería, erigido en memoria de los soldados que murieron en el campo de batalla, durante la insurrección de Satsuna.

Estaba viendo el monumento, que recuerda por la posición que ocupa, el levantado por Alemania sobre el Rhin, para conmemorar la campaña de 1870, cuando acertó á pasar por allí un regimiento de infantería, con banda de tambores, cornetas y música á la cabeza, que al desfilar delante del monumento, saludó con la bandera la memoria, de los que habían caído peleando, quizá, bajo sus pliegues.

Estaban uniformados de blanco, como las tropas coloniales inglesas; los oficiales iban á caballo, en su mayor parte y los soldados marchaban marcialmente, en el más perfecto orden, como si perteneciesen al ejército de una de las naciones militares de Europa, donde la instrucción del recluta ha alcanzado más grande perfección.

Dadas las disposiciones naturales, del bélico pueblo japonés, el Gobierno imperial pudo realizar en breve tiempo, con la ayuda de misiones militares de las grandes Potencias y mandando sus oficiales, tanto á educarse en las escuelas militares de Europa, como á estudiar la organización de los grandes ejércitos, sobre todo el de Alemania, el ideal de tener un ejército á la europea, que les sirva de instrumento para sus planes de política interior y les permita ejercer in-

Digitized by Google

fluencia en el Asia, pues no en balde se llaman los prusianos del Oriente.

Forjado el instrumento nacional, ejército y marina militar, con que la prolífica y expansiva raza japonesa, se proponía ensanchar su esfera de acción, pensó en utilizar su fuerza de penetración en el continente asiático, emprendiendo la campaña de 1895, en la que por mar y tierra, fué China derrotada, poniéndola á los pies del Japón, el combate naval del Yalú.

Anuladas las victorias japonesas sobre los chinos, por la acción diplomática europea, que arrebató al Japón, el fruto de los lauros ganados en los campos de batalla, para dárselo á Rusia, con más la Mandchuria, el despojado vencedor, viendo cerrado el continente á sus planes, volvió los ojos á más fácil presa; una posesión que por la proximidad, clima, riqueza y analogía con su país, miraba con codicia desde los tiempos de Taiko Sama, en los que comerciantes y piratas japoneses, ya visitaban la isla de *Rosson* ó Luzón.

Era esa tentadora presa, el archipiélago filipino, que según declaró en Moscou, el Mariscal Yamagata, vencedor de China en 1895, quien poco después representó al Mikado en la Coronación del Zar, «el Japón estaba dispuesto á gastarse *cuarenta millones de Libras esterlinas*, en anexionarse la colonia, entonces española, de grado, comprándola, ó por fuerza, conquistándola».

Pero, los Estados Unidos, que ambicionaban colonias en Oriente y delante de cuyo Embajador en Moscou, hizo, según consta, la declaración Yamagata, se adelantaron á los propósitos de los japoneses, y les arrebataron de entre las manos la fácil presa sobre que ya se cernían, aprovechándose del pretexto de la insurrección cubana, para despojar á la indefensa España, de todas sus colonias.

Esta nueva decepción de las aspiraciones japonesas, es la que ha acarreado la presente guerra con Rusia, á quien caro puede costar, como con el tiempo á todas las naciones de Europa, el haber abandonado egoístamente, á la nación que descubrió un nuevo mundo y fué el baluarte del cristianis-

Digitized by Google

mo, contra las invasiones del Islam. No impunemente, se ha podido dejar arrancar un fundamental sillar, de los ya viejos cimientos europeos, sin comprometer su estabilidad y el equilibrio político universal.

Porque la desaparición de España, con su fácil aniquilamiento colonial, como potencia asiática y americana, aun considerándola como nación agonizante, según la calificó un Primer Ministro de la Gran Bretaña, el Marqués de Salisbury, envolvía una profunda perturbación en el concierto mundial, al engrandecer con sus valiosos despojos, en otros hemisferios, nación tan absorbente como los Estados Unidos y despertar con el ejemplo, las ambiciones del Japón.

Una gran torpeza cometida por Europa fué, consentir el aniquilamiento de España, punto de partida de la futura supremacía americana y asiática.

Diremos, volviendo al templo de Mi-i-dera, que detrás del monasterio, en un templo de negra y carcomida madera, hay una enorme campana, que según cuentan, fué robada al convento por un vasallo de Yoshitsuné, Benkei, quien la transportó á la cima del monte Hiro-yei-zan, donde se pasaba toda la noche, tocándola á rebato.

Desesperados los monjes por el robo de la campana y sobre todo porque no les dejaba dormir el continuo repiqueteo, prometieron dar al ladrón lo que pidiera, á condición de que él mismo la trajese, pues es tan enorme y su peso tan grande, que ningún otro podía bajarla del monte.

Menos codicioso que glotón, Benkei se contentó con pedir como rescate, un caldero de *Miso,* sopas, pero, eso sí, colosal, pues mide cinco pies de circunferencia, que guardan allí los monjes, como recuerdo de las hazañas del Hércules japonés, ladrón de campanas.

Cuento es éste, tan popular en el Japón, que por ser de repertorio en el *folk-lore,* conocía ya, cuando me lo refirió como artículo de fe, el anciano monje que me servía de cicerone; por lo cual no me costó trabajo alguno, contener la risa que hubiera herido la susceptibilidad de aquel creyente.

En las orillas del lago cantado por Murasaki, existe un fe-

Digitized by Google

nómeno de longevidad vegetal, que fuí á ver desde Mi-i-dera, cruzando la rizada superficie de las aguas, en un *sampan*. Es un *maisu*, plantado, según la tradición, por Yimmu-Tenno, (660-585 a. de J. C.) que cuenta de vida por lo tanto, la friolera de dos mil cuatrocientos y pico de años y tiene larguísimas ramas, de noventa y dos metros de longitud.

Ese Matusalén vegetal, contemporáneo del primer Mikado, vive lozano, en el reinado del 123 soberano de la dinastía fundada por el que le plantó, y al cabo de los años miles de constante crecimiento, cubre con sus ramas, cuidadosamente sostenidas con pies derechos, un gran espacio de terreno.

A su sombra estuve sentado sobre un pretil que domina el lago, pensando cuántos secretos no guardará sobre la historia de la humanidad, quien ha vivido veinticinco siglos, desafiando la ineludible ley de la muerte, los cataclismos volcánicos, los *taifu*, el fuego celeste y el filo del hacha.

De vuelta á mi cuartel general en el Ya-ami, dediqué los últimos días de mi estancia en Kioto, al dulce placer del reposo, á que me juzgaba acreedor, después de varias semanas de actividad constante, en un país donde el hombre se siente enervado por el clima y más dispuesto á gozar de las excelencias de la pereza, que de los frutos de la diligencia.

Á la fiebre occidental que me había devorado, hasta que todo lo hube visto, sucedió un período de oriental quietud, inspirado en esa expresión de beato sosiego, de tranquila meditación y de sublime indiferencia, con que representan á Buda, sentado sobre el loto, esperando calmosamente, la consumación de los siglos.

Digitized by Google

LAS MONTAÑAS DE SURUGA

Después de las lluvias de primavera, cuando entra el verano, los calores se dejan sentir con tal fuerza á orillas del mar, en las costas del Pacífico, que para huir de la atmósfera enervante de la llanura, tanto los indígenas pudientes, como los extranjeros, emigran á las montañas, en busca de aire más puro y respirable.

Quién va á un lugar, quién va á otro, según sus gustos ó necesidades, y yo, obedeciendo á razones de salud, harto quebrantada por aquel clima, elegí las montañas de Suruga, estribo natural del raso, donde se levanta majestuoso el Fuyi-yama.

En un país, donde por las exigencias del clima, son tan escasas las del vestir, el equipaje es lo menos importante: lo principal era la cuestión de provisiones, porque fuera de los puertos, no se encontraba nada de lo que constituye la alimentacion á que está acostumbrado el europeo. Por lo tanto, necesario era llevar consigo, desde el agua, hasta la harina, para que el cocinero hiciese pan, sin contar ropa de cama, colchones, bujías y cuantas comodidades quiera permitirse el viajero; en la seguridad, de que en el interior no hallaría entonces, nada de comer ni de beber, ni una cama ni una silla.

Con toda esta impedimenta, confiada á los cuidados de Siro, dejaba mi *bengalow* de Yokohama, en una calurosa noche del mes de Julio, ya que por el día no se puede viajar, bajo los ardientes rayos de un sol abrasador.

En cuanto me instalé en el coche, el *betto* ó espolique, emprendió la carrera, y los caballos acostumbrados á seguirle, salieron al trote largo.

Digitized by Google

Pasamos la Homura y Otamachi, calles llenas de animación, iluminadas con millares de farolillos, donde las gentes tomaban el fresco, muy ligeras de ropa; á lo lejos se veía iluminado *a giorno* Takashimacho, la *Yoshiwara* local, en el fondo la bahía, sembrada de puntos luminosos, señalando la presencia de los buques anclados y sobre la montaña Nóngue-yama resplandecía un faro, que inundaba de luz el templo de Benten y las «casas de té» que le rodean.

Al salir de Yokohama y entrar en el Tokaido, que conduce hasta el pie de las montañas donde cambiaría el sistema de locomoción, adoptando el *kango* para treparlas, los caballos se animaron con los gritos del *betto,* alargaron el paso, sentíase una agradable corriente de aire más fresco, y el coche desfilaba ante el panorama siempre entretenido, que ofrece el camino imperial.

Peregrinos, caminantes, buhoneros y viajeros, habían hecho alto, allí donde la noche les cogió.

En la posada, después del imprescindible baño, hacen cuatro reverencias ante los ídolos penates, y si tienen dinero, acto continuo piden *gueisha, tabero* (comida), *saki* y *tabaco,* gozando del banquete de la vida, en traje de verano, ó sea la tira de algodón llamada *fundoshi,* ceñida á la cintura. La elevada temperatura, no consiente ataviarse de más galas y ante el vivir y respirar, cede no ya tan sólo el pudor occidental, sino hasta la innata coquetería de la mujer.

A medida que el coche adelantaba, acercándose la media noche, las iluminaciones palidecían, los cánticos se apagaban y los trasnochadores se rendían al sueño del cansancio ó al de las frecuentes libaciones de *saki.*

En el obscuro fondo de las casas, ya no se veían á la luz del *andon,* más que mosquiteros, de los cuales nunca se separan los japoneses, protegiendo el sueño de *bonzos,* saltimbanquis, arrieros y peregrinos.

En tanto que los transeuntes dormían en el *nikai,* las patronas y mozas velaban aún en el piso bajo, llamando á los pasajeros descarriados, con acento de sirena, ó respondiendo con un *¡heé-tadáima!,* á los que pedían algo.

Digitized by Google

Dormitaba á la luz de la luna, bajo las ramas de una grandiosa alameda de criptomerias, cuando fuí despertado por una voz que gritaba: *¡abunayo!*, cuidado. Abrí los ojos y ví un correo * que se acercó al cochero, para advertir que pocos pasos más allá, había una casa en medio del camino; y sin detenerse, en cuanto dió el aviso, continuó el andarín su veloz carrera, llevando los despachos en una caja, al extremo de una palanca, apoyada en el hombro y sostenida con la mano.

Al volver un recodo del Tokaido, los guturales y acompasados gritos, con que los japoneses se acompañan para hacer cualquiera esfuerzo, nos advirtieron de la cercanía al sitio donde estaba la casa, que mudaban.

Justamente en aquel momento, se hallaba en medio del camino, cerrándolo por completo.

En ella dormían dentro, los chicos, las *musmé* y las mujeres, sin darse cuenta de la mudanza, mientras los hombres la trasladaban sobre rodillos. Á la mañana siguiente, vivirían á la izquierda del Tokaido, en lugar de habitar la derecha.

Esto de mudar la casa, es tan común en el Japón, que á menudo sucede, el hallar una, al extremo opuesto de la calle ó de la población, de donde el día anterior estaba sita.

Cambian aún con más frecuencia, cuando no son propietarios de la vivienda, pues nada es más fácil que la mudanza de un ajuar japonés, compuesto de unos *tatami*, un *jibachi*, la cómoda en que guardan sus escasas ropas y los dioses penates. Añádase á esto la idiosincrasia nacional, sus escasas necesidades y el ningún apego que tienen á la vivienda y se comprenderá el que sea caso raro, que una familia habite largo tiempo la misma casa.

---

* El Gobierno y los *Daimios* tenían hombres educados *ad hoc* entre sus servidores, destinados únicamente á ser portadores de pliegos. Para este fin elegían jóvenes ágiles, fornidos, y talmente resistentes á la fatiga, que podían sostener durante varios días una carrera, igual al trote largo de un caballo. El vestido de los correos consistía en sandalias de paja de arroz, que renovaban dos ó tres veces al día, en el *fundoshi* y un enorme sombrero de bambú tejido. En la caja lacada de negro, con las armas del *Daimio* en oro, llevaban al hombro los despachos. Esos andarines atraviesan inmensas distancias con increíble rapidez.

Digitized by Google

Al cabo de un rato de espera, mientras daban unos cuantos empujones más á la casa, dejaron sitio suficiente para que pudiese pasar el coche y continuar el viaje por el Tokaido, que en aquel punto atraviesa un ancho río, sobre un encorvado puente de madera.

Poco después comenzaron á palidecer las estrellas y el cielo tomó ese color gris, que con los primeros fulgores de luz, anuncian al astro del día. Fué un bellísimo amanecer el de aquella mañana, en la que disfruté de una aurora digna del Imperio del Sol Naciente.

En tanto, el camino se anima con los caminantes madrugadores que abanico en mano, y sin el más ligero equipaje, andan de prisa alegres, retozones y cantando; las casas se entreabren; las *ne-san*, algo despeinadas, con el flotante *kimonó* nocturno desceñido y con los ojos aún como puños, quitan los tableros que hacen oficio de paredes; los chicos corren en carnes, llevando un *akambo* en las espaldas, y los habitantes de ambos sexos, salen para hacer las abluciones matinales, en los inmediatos riachuelos ó manantiales.

Los rayos del sol han despertado á la naturaleza y al hombre, del sueño de la noche: todo bajo su influjo resucita y se agita.

Brillaba en todo su majestuoso esplendor el astro del día, cuando llegamos á Odawara, Ciudad situada más allá del límite que los tratados concedían á los extranjeros, para viajar libremente. Así es, que después de haber pasado ese Rubicón japonés, que se llama Buniogawa, los viajeros blancos debían tener tan á mano como la sombrilla ó el abanico, el *Mengo* * ó pasaporte.

Cada policía que se hallaba, bien fuese en cumplimiento del deber ó ya por espíritu de animadversión, desde que oía el insólito rumor de un coche, lujo que sólo se pagaban para viajar los *idyin-san*, porque hasta los antiguos *Daimio*, todo

---

* *Mengo*, era un documento expedido por el Uai-musho (Ministerio de Estado) ó el Ken-cho (Gobierno civil) en lengua japonesa y caracteres chinos, sin duda para mayor y más fácil comprensión de los extranjeros, prescribiendo las reglas á que debía sujetarse, el individuo á favor del cual había sido expedido.

Digitized by Google

lo más que se permitían, era un *yin-riki-sha;* salían de su escondrijo, hacían detener los caballos, pedían el pasaporte, é interrogaban minuciosa y detalladamente al cochero, al *betto* y demás sirvientes; sobre la calidad de los viajeros, edad, estado, profesión, objeto del viaje, punto donde se dirigiesen, lo que contuvieran las maletas, y hasta si se permitían el lujo de hacerse acompañar de *mekake.*

Como tan frecuentes eran las paradas forzosas, estas repetidas y vejatorias visitas, originadas por el espíritu de desconfianza, espionaje y delación del antiguo sistema, concluían por hacerse molestas.

Odawara, que antes defendía los desfiladeros de Hakoné con su derruído *Siro,* es una población que no se diferencia de Tókio ó de una aldea, más que en el número de casas y habitantes, pues lo mismo la Capital, que una Ciudad de provincia ó un villorrio, tienen igual aspecto, las mismas calles rectas y largas, con casas en miniatura, idénticas tiendas con semejantes objetos y las gentes andan vestidas con los trajes que pudieran llamarse, uniforme nacional.

Al final de la interminable calle, de que se compone Odawara, nos hallábamos en San-mai-bashi, término del viaje en coche y principio de la peregrinación en *kango,* por los riscos y precipicios de las montañas.

En un país montañoso como el Japón, donde no había más que dos caminos el Tokaido y el Nakasendo y en el que los caballos escasean, no había más remedio para viajar, que servirse de la tracción del hombre, ó ir á pie. El caballo puede servir en las sendas de las llanuras, pero no en los senderos de cabras de las montañas, en los que aun el caminar á pie es peligroso, por lo cual preciso era adoptar el *kango* * como el sistema de locomoción más seguro y menos incómodo.

Según el parecer de la mayor parte de los viajeros que le han padecido, el *kango* es un suplicio insoportable, pero, con

* *Kango:* quiere decir literalmente *canasto,* y el aparato consiste en uno de bambú protegido por un tejadillo y suspendido por cuatro tirantes de una gruesa palanca, que los *ninsogos,* mozos, apoyan sobre los hombros.

Digitized by Google

un poco de resignación y sabiendo adoptar las posturas de los japoneses, llega uno á reconciliarse con el inventor de ese nuevo género de tortura.

Para caber dentro del canasto, es preciso doblar el cuerpo en tres partes y colocar la cabeza á uno de los dos lados de la palanca, sin olvidar que allí está esa espada de Damocles, pues, cada descuido, cuesta un fuerte coscorrón.

El calor era tropical y como no había más disyuntiva, que trepar las montañas á pie, ó meterse en el canasto, opté por el *kango*, empaquetándome lo mejor que pude, en el reducido espacio.

De los ocho *ninsogo* que, con sus correspondientes instrumentos de tortura, había tomado en San-Mai-Bashi, para mí, criados é impedimenta, dos hércules completamente desnudos, se acercaron á mi *kango;* agarraron la palanca, cada uno por un extremo, la levantaron como una pluma y se la colocaron al hombro, quedando yo suspendido, balanceándome á media vara del suelo.

Acto continuo emprendieron la marcha y con ella empezó una serie de movimientos trepidatorios y de oscilación, que los *ninsogos* imprimen al *kango,* al caminar con paso gimnástico, apoyándose al mismo tiempo, en un fuerte báculo de bambú.

Excusado parece decir, que el traqueteado viajero que goza de las excelencias del canasto, unas veces está cabeza arriba ó boca abajo, según se sube ó se baja una fuerte pendiente; pero en todo caso conviene, para evitar el salir disparado del canasto, asirse desesperadamente á los tirantes del bambú, que suspenden el *kango.*

No pensando, que en otros mundos menos fantásticos, se viaja más prosáicamente, pero con mayor comodidad, rendido por el cansancio y el sueño, á los pocos minutos de estar empaquetado, las coyunturas se han dislocado, el cuerpo toma la forma del continente, la cabeza se dobla y los ojos se cierran al monótono runrún, del *chi, chi, chi,* con que se acompañan los *ninsogo,* para marcar el paso; y que más que un ritmo, es un suspiro lastimero, cuyo aire musical arreglan

Digitized by Google

conforme al de la marcha. En las pendientes es un *morendo,* desgarrador y un *allegro* furioso en las bajadas.

Por entre los abismos y torrentes de las volcánicas montañas de Suruga, la caravana guiada por mi *kango,* llegó trepando trabajosamente hasta las preciosas «casitas de té», que forman los encantadores pueblecillos de Tonosawa, Oshidarai y Dogáshima, frecuentados por japoneses ricos durante la estación canicular.

En las *veranda* de las *o-tchaya,* había numeroso público, admirando silenciosamente las bellezas del paisaje, que en el fondo, allá en lo lejos, dejaba adivinar el soberbio cono del Fuyi.

Al ver llegar un *idyin-san,* todos dirigían sus miradas sobre el extranjero, que, solo, se aventuraba á recorrer en *kango* sus montañas y en voz baja se comunicaban las impresiones que les causaba mi presencia. Los más curiosos se ponían al habla con mis gentes, para satisfacer una de sus pasiones favoritas, porque la curiosidad que les inspiramos, es una nota saliente en ese pueblo de Oriente.

Cuando el viajero cree encontrarse más lejos de Europa, á la vuelta de un recodo del camino, se halla en el interior del Japón con una iglesia rusa. Lo salvaje del sitio, lo pintoresco del monasterio bizantino, situado en un estrecho desfiladero al borde de un precipicio, en el fondo del cual ruge el torrente, me hicieron creer por un momento que viajaba por el Cáucaso y no por las montañas del Dai-Nippon. Allí vive un *pope* ruso, con algunos japoneses, á quienes enseña los dogmas de la Iglesia griega.

Como el calor era intenso y la bella naturaleza convidaba á descansar, aún hicimos estación en varias de las *o-tchaya* situadas á orillas del sendero, antes de llegar al patio de la «casa de té» de Mya-no-shita, á la que su propietario, que lo era asimismo de la *Yoshiwara* de Yokohama, daba el pomposo nombre de «Hotel Fuyia».

Como pude, salí del canasto, estiré los entumecidos miembros y para reponerme de las fatigas del viaje, tomé deliciosísimo baño, en una piscina de agua natural templada y co-

Digitized by Google

rriente, que me recordó las de Alhama de Aragón, porque Mya-no-shita, es también un establecimiento balneario.

La moda de las aguas minero-medicinales, no es exclusiva á Europa; los japoneses, desde tiempo inmemorial, frecuentan los balnearios, que por todas partes abundan en un país volcánico, de tan reciente formación. Pero hay que decir, que allí son, generalmente, muy primitivas las termas: una poza al aire libre, ó cuando más, cubierta por un techo de juncos, donde simultáneamente se bañan ambos sexos, es lo que se llama en el Japón, un establecimiento balneario.

Mya-no-shita, donde hay baños y piscinas en las dependencias del Fuyia, es por lo tanto el sitio favorito, de las Emperatrices, extranjeros y altos funcionarios, que se instalan en esta fonda ó en la inmediata, llamada Naroya, otra *o-tchaya* elegante, frecuentada especialmente por los indígenas. Las dos casas, con sus dependencias, constituyen el pueblecillo, porque el resto no son más que kioskos donde se venden objetos de madera, trabajados y concluídos, como sólo saben hacerlo en el Japón.

En una quebradura de la alta montaña que parece amenazar aplastarlo, se levanta el Fuyia, en un lugar ahogado, donde el calor se deja sentir con tal fuerza, que sería imprudencia temeraria, penada con segura insolación, salir de casa durante las horas centrales del día.

Durante esa reclusión forzosa y para matar el tiempo, los bañistas lo pasan leyendo, reclinados sobre el fresco *tatami*, conversan, juegan al *go-ban*, algo parecido á las Damas, ó sueñan en alta voz planes de ventura y dicha, para cuando vuelvan á la madre patria.

Por supuesto, que con tal calor y en país tan poco formalista en la cuestión de trajes, cada uno adopta el que más fresco y cómodo le parece. Los más usados son, el de chino, de gasa de seda y el amplio *kimonó* japonés; pero no por eso deja de haber alguno, que adopte las costumbres del país, en todas sus manifestaciones orientales, dejando para Europa, el rigorismo del pudor occidental.

Esas horas caniculares, las pasaba leyendo en la *veranda*,

Digitized by Google

desde la cual, en los días claros, se alcanza á ver el Pacífico, la bahía de Odawara y la perla de las islas, Enóshima, que semeja, allá á lo lejos, un macizo de verdura, saliendo como Venus de las espumas del mar.

Las montañas en que Mya-no-shita parece como engastada á gran altura, están cubiertas por exuberante vegetación, de perenne verdura, esmaltada con flores, entre las cuales resaltan, las rojas azaleas y hermosos lirios blancos.

En el fondo del abismo, en cuyo borde está como suspendida la aldea, unos doscientos metros más abajo, rugen las aguas del torrente, que saltan de piedra en piedra, salpicando de espuma las ruinas de otro balneario, antes muy frecuentado, Dogáshima. Entre las desvencijadas *yadoyas,* los jardines abandonados, los minúsculos lagos secos y los desiertos templos, hay dos *o-tchaya* adosadas á la montaña, desde la cual parece amenazar desprenderse, una avalancha de verdura que las va á sepultar entre flores, lianas y plantas trepadoras.

La tarde que allí bajé, tenía lugar en la pequeña plazoleta, formada por las dos *o-tchaya* que aún quedan en pie, una gran representación dada al aire libre, por cómicos de la legua, bailarinas y prestidigitadores ambulantes.

Huéspedes, bañistas, criados y maritornes, presenciaban con la mayor fruición y en el mayor silencio, la pantomima erótica que con sumo arte y gran realismo, estaban representando dos actores, uno de los cuales desempeñaba papel de mujer. Todos los espectadores, sin excepción, ponían caras muy risueñas á los bailes, muecas y saltos mortales con que los hábiles actores salpimentaban la pantomima, para servir el manjar á gusto de paladares estragados, pero nadie traspasó los límites de la sonrisa.

Al terminar la representación, el público manifestó á los actores su agrado y contento, pero no con gritos destemplados ó con estrepitosos palmoteos, según es costumbre en otros países, sino con leves inclinaciones de cabeza, cuando los actores se prosternaron humildemente, para dar gracias, *oki-arigato,* por haberles escuchado.

Digitized by Google

Concluída la pantomima, un prestidigitador se posesionó de la esterilla de bambú, que había servido de escenario á los actores, dando principio á una serie de juegos y de sorpresas, ejecutados con tan maravillosa destreza, como sólo son capaces los saltimbanquis orientales.

Embelesado estaba el público con los escamoteos de aquel mágico, que de seguro ganaba con dificultad algunos *tempo,* maravedises, para sustentarse, cuando emprendí la ascensión á Mya-no-shita, agarrándome á las ramas y lianas, que sirven como de pasamanos, al escarpado sendero que conduce á Fuyia.

Después de resbalar á cada paso, por aquel camino verdaderamente aéreo, y de sufrir unos cuantos arañazos, me detuve para tomar alientos, en la saliente que ofrecía el tronco de una criptomeria. Desde mi observatorio se dominaba perfectamente, á vista de pájaro, la pintoresca escena del teatro improvisado en la plazoleta de Dogáshima: las *veranda* de las *o-tchaya* estaban cuajadas de espectadores, vestidos, más ó menos, con blancos y transparentes *kimonó;* en el jardín pululaban los chiquillos, con las cabezas cuidadosamente afeitadas por las madres, correteando con sus trajes flotantes de brillantes colores, y en el centro aparecía el prestidigitador, sentado en cuclillas con el indispensable abanico en la mano, echando un discurso explicatorio, ante la fascinada concurrencia. Un pintor de brillante paleta, habría hecho un precioso cuadro, con sólo copiar del natural, aquella escena y el paisaje que la rodeaba.

Cuando hube cobrado alientos, seguí izándome á pulso por la senda aérea, hasta llegar á un sendero menos pendiente, que pasa por entre unas *o-tchaya,* donde había indolentemente reclinados en las *veranda,* algunos aristócratas japoneses, á juzgar por su rostro pálido y demacrado, la altiva mirada y ricos trajes.

Luego de pasar por un puentecillo de bambú, atado con cuerdas de roten, que salva un profundo abismo, por donde corre el torrente de agua hirviendo, que antes de caer forma una magnífica catarata, el sendero ataca en ziszás la mon-

Digitized by Google

taña, toda poblada de esbeltas criptomerias y al volver un recodo, de improviso se presenta una de las vistas más ideales, que ofrece el pintoresco Japón.

Allí las apretadas montañas, que están cubiertas de una frondosísima vegetación, semejante á cascadas de verdura, como por arte de encantamiento se abren, dejando un profundo vallecillo, por donde serpentea el torrente, blanco de espuma, junto al cual surge recostado perezosamente sobre la montaña, con sus *o-tchaya*, jardines y templo que lo corona, el pintoresco pueblecito de Kiga.

Subyugado por tanta belleza, largo tiempo permanecí contemplando aquel paisaje encantador, sin reparar que á los pocos pasos, colgado sobre el borde del precipicio, había un precioso kiosko japonés, desde el cual y á la sombra, podía admirar la hermosa naturaleza, saboreando una taza de fragante *tcha*.

Ni soñado, podía haber sitio mejor, para admirar tan hermoso panorama.

Ensimismado con mis pensamientos, me sorprendió el rápido crepúsculo y como nada fuera más fácil por la noche, que derrumbarse por uno de aquellos precipicios, me alejé del kiosko, con rumbo á la *o-tchaya*.

Entre los huéspedes del «Fuyia», había un incansable británico, que se pasaba el día subiendo y bajando montañas, bajo los rayos de aquel sol abrasador. Cuando jadeante, extenuado, cubierto de sudor y curtido como el cordobán, volvía de sus diarias correrías, no cesaba de cantar alabanzas, sobre las bellezas panorámicas, que, mientras se derretía, había admirado, á fin de persuadirnos se hiciese una expedición bajo sus auspicios. Logró por fin organizar una caravana, en la que tomaba parte el sexo bello, representado por americanas é inglesas; y después de haber sido muy debatido el programa en todas sus partes y detalles más minuciosos, se fijó el día de la excursión.

Muy de mañana, al amanecer y con la puntualidad que es peculiar á las razas del Norte, todos á la hora convenida se encontraban en el patio, vestidos *ad hoc* y dispuestos para

Digitized by Google

marchar, llevando un largo bambú en la mano. Rompió la marcha el inglés conocedor del terreno, que hacía de guía, siguieron las Ladíes, acompañadas de los gentlemen: cerraban la comitiva, los criados con los *kango,* donde iban las provisiones, mientras no fuesen requeridos por los aspeados.

Salimos de la *o-tchaya* en buen orden, dejamos á la derecha el camino de la hirviente cascada, que conduce á Kiga y nos internamos en un espesísimo bosque, formado por altos juncos, esbeltos bambús y colosales lirios. El sendero que seguíamos bajo las ramas, las flores y las hojas de aquella lujuriante vegetación, sube, se retuerce, cruza riachuelos de agua clarísima á 80 grados de temperatura, culebrea por entre profundas grietas del terreno, de las cuales se desprenden vapores sulfúricos, empinándose poco á poco, hasta trepar la cima de las montañas.

Penosa fué la constante subida de tres horas, con un calor húmedo, semejante á un baño de vapor, pero tuvimos generosa recompensa de los pasados trabajos, con la hermosa vista, que desde allí se descubre: toda la cordillera de Hakoné, hasta el Pacífico, se desarrollaba á nuestros pies como un plano en relieve, con sus valles sombríos, estrechos desfiladeros y pintorescas aldeas, encaramadas en los picos. En lontananza se descubría Atami, ese nido de amor á orillas del mar; la bahía de Odawara, resplandeciendo al sol como un bruñido espejo; Enóshima, surgiendo de las azules ondas, florida y hermosa, la playa de Kamákura y allá, en el extremo horizonte, la llanura de Tókio.

Hatta, meta de nuestra excursión, aldehuela de *o-tchaya,* en los famosos desfiladeros de Hakoné, por donde pasa el Tokaido, la vislumbrábamos por entre el ramaje, allá, muy lejos, en lo profundo de la tierra, sumida en la penumbra, tétrica, con sus techumbres de ennegrecida paja, apareciendo como el sitio más á propósito, para una de esas sangrientas emboscadas, que allí han costado la vida á tantos guerreros japoneses.

En la cima de la montaña hubiéramos pasado el resto del día y dado por terminada la correría, si el intrépido inglés

Digitized by Google

no nos hubiese arrancado á las delicias de estar sentados á la sombra, contemplando aquel soberbio panorama.

Pero no hubo más remedio que obedecer las imperativas órdenes del jefe de la caravana y nos pusimos en movimiento, subiendo las damas en *kango*, porque el descenso de la otra vertiente, era peligroso para hacerlo á pie.

Efectivamente, el británico conocía el terreno, aquello no era una bajada sino un despeñadero; preciso era bajar de espaldas, asiéndose á las raíces, dejándose descolgar á pulso y haciendo más flexiones ó volatines, que un titiritero en el trapecio.

De cuando en cuando se oía una exclamación de dolor, acompañada del ruido que produce un pesado cuerpo al rodar: invariablemente era el de un flamenco, de mucha humanidad, que se despeñaba como un alud de humana linfa, hasta que los *ninsogo* corrían en su ayuda, deteníanle en su derrumbamiento y le ponían en pie con trabajo.

A fuerza de tiempo, de flexiones gimnásticas, y á costa de nuestras vestiduras, que no quedaron en mejor estado, que los calzones de los soldados de Massena, cuando, desde lo alto del monte donde les tenían sitiados los austriacos, sentados se precipitaron para asistir á la batalla de Rívoli, llegamos sin más detrimento á la altura de los alambres telegráficos, suspendidos de las ramas de las añosas criptomerias que sombrean el Tokaido, donde pocos minutos después saltábamos.

Aún nos faltaba un buen trecho de camino por andar, para llegar á Hatta, pero como el Tokaido es llano en aquella parte, nadie pidió descanso y se continuó hasta la aldea.

¡Qué situación tan pintoresca la de aquel montaraz pueblecillo de «casas de té», perdidas en lo más abrupto de la montaña, y ocultas bajo las seculares criptomerias, lejos del mundo!

Entramos en la mejor de las *o-tchaya,* en busca de descanso para los exhaustos cuerpos y á tomar una taza de té, que nos fué servida en el precioso jardín en miniatura, por muy gentiles montañesas.

En tanto mis compañeros seguían en el jardín, gozando

Digitized by Google

de las delicias de un fresco reposo, salí de la *o-tchaya* para recorrer la aldea.

Á los pocos pasos me crucé con una garrida *musmé*, quizá una de las más bellas que ví en el Japón, quien me hizo un gracioso saludo, y al contestarla, la pregunté si quisiera guiarme, para ver Hatta. Sin hacerse de rogar, con esa dulzura característica de la mujer japonesa, se dispuso á complacerme: primero me llevó á un templo dedicado no recuerdo á qué deidad y después á visitar las tiendas en que venden la especialidad del lugar, ó sean objetos de madera, delicadamente trabajados.

Una por una, todas las curioseé en compañía de la graciosa *musmé*, dejando en cada una algunos *sens*, á cambio de un bambú finamente esculpido, de tazas para té, hechas de un pedazo de corteza, ó de una *mákura*, almohada japonesa de roten; de bandejas con mosáicos, de cajitas de una madera blanca, que al tacto parece pomada endurecida y de las cien chucherías que allí venden, todas las cuales me apresuré á regalar, á mi femenino cicerone. La muchacha, toda confusa y sorprendida, se deshacía en *oki-arigato Dana*, mientras las frescas mejillas se coloreaban de rubor, brillando de alegría sus ojos soñadores. ¡Á qué poca costa, pude tener el gusto de hacerla feliz!

Preciso fué toda la energía y actividad del británico para reorganizar la caravana y ponernos de nuevo en marcha; nadie quería arrancarse á las delicias de estar echado sobre el *tatami* y el bueno del flamenco, que se había eclipsado para hacer investigaciones sobre el *saki*, se negaba á partir, sin antes haber apurado el frasco que estaba catando.

Todos los habitantes de Hatta salieron á despedirnos, pues nunca habían visto en aquel apartado lugar, una caravana de europeos y entre las curiosas *musmé* que formaban á la orilla del camino, estaba mi bella acompañante, que aún me daba gracias, prometiéndome una visita, para cuando estuviera instalado en Hakoné.

Para la vuelta, que ya de noche hicimos en parte por el Tokaido, mi asendereado cuerpo me pidió *kango*, á falta de

Digitized by Google

medio de locomoción más cómodo, y como la pretensión me pareció fundada y justa, me metí en el canasto, pues me sentía tan fatigado, que por no andar, hasta en unas parihuelas me hubiese hecho llevar.

Al abandonar el Tokaido, para internarnos por un sendero en la montaña, hicieron alto los *ninsogo* en una cabaña, para proveerse de *tai-matsu*, antorchas, con que montañeses conocedores del terreno, alumbran á los viajeros.

Encendieron los guías los haces de juncos y yerbas secas, y á las llamaradas de aquellas antorchas, que iluminaban las montañas, emprendió el camino la fantástica caravana al trote de los *ninsogo,* que iban acompañándose del extraño ritmo *chi-chi-chi,* entre los gritos de los porta-antorchas, repetidos á lo lejos por el eco de las montañas.

Pasamos luego por Tonosawa, que estaba brillantemente iluminado por cientos de farolillos, colgados de las *veranda* de las *o-tchaya*. Los bañistas al ver acercarse aquel largo cortejo de *kango,* alumbrado por las antorchas, salieron á contemplar el espectáculo. Y los de la caravana tuvimos la humorada, de entonar la «Marcha de las Antorchas», para solaz y recreo de los estupefactos japoneses, que al vernos pasar, se decían en voz baja—los *idyin-san,* están locos de atar—pues no comprendían, en su pasión por el *dolce farniente,* cómo pudiera divertirnos, el pasar todo un día trepando por las montañas, con aquella temperatura ni que aún tuviésemos alientos para cantar.

La mayor parte de los excursionistas sintieron el estómago tan desfallecido en Tonosawa, que á pesar de lo avanzado de la noche, decidieron hacer un alto, para comer lo que pudieran procurarse en cualesquiera *o-tchaya*.

Allí les abandoné á la curiosidad indígena, á la que tanto chocan los modales bruscos y el recio hablar de los occidentales: y con pretexto de acompañar una dama, continué mi marcha á la luz de las antorchas, hasta Mya-no-shita, donde llegamos bien entrada la noche, cuando ya todo estaba sumido en la obscuridad y en el silencio.

Después de haber visitado todas las cercanías, recorrido

Digitized by Google

las montañas y frecuentado el idealmente pintoresco pueblecillo de Kiga, me dispuse á poner en práctica, el proyecto de abandonar las pequeñas miserias de la vida en común, en la *o-tchaya* y á los bullangueros huéspedes del «Fuyia», por la apacible calma y serena tranquilidad de una casita, á orillas del poético lago de Hakoné; pues, como dijo el gran Leopardi, *L' uso pratico della vita, e non già la filosofia, è quello che fa odiare gli uomini.*

Digitized by Google

A ORILLAS DEL LAGO HAKONÉ

Adiós, Mya-no-shita, decía por fin una mañana, desde mi *kango,* camino ya de Hakoné, mientras los *ninsogo* redoblaban el ardor en sus esfuerzos, para subirme en andas y volandas, por los riscos de aquellas montañas.

Trepábamos por un sendero muy áspero, por donde bajan las cañerías de bambú, que conducen la hirviente agua de la montaña, á los baños de «Fuyia»: el calor sofocante agobiaba á los *ninsogo,* por cuyas desnudas espaldas corrían cascadas de sudor, viéndose forzados á pararse para tomar aliento, cada vez que cambiaban de un hombro al otro, la palanca del *kango,* y entre los altos juncos que nos rodeaban, se respiraba fatigosamente, por no llegar ni el más ligero soplo de brisa.

En aquellos juncales, dignos de la India, surgían de trecho en trecho, estatuas de Buda toscamente esculpidas, y monumentos conmemorativos, cubiertos de inscripciones chinas y sánscritas.

Al cabo de andar largo tiempo, llegamos á una escarpada subida en ziszás, y al salir del bosquecillo que corona la cima, nos hallamos en la región donde la tierra está ya sólo cubierta por enormes helechos, habiendo desaparecido toda otra vegetación.

La temperatura había bajado tan rápidamente, desde el calor tropical, hasta el frío que se siente en esas alturas, que la brusca transición estremeció el cuerpo. Hice que los *ninsogo* cubriesen sus desnudos torsos, con las chaquetillas de percal, que, en previsión llevan por todo abrigo y continuamos avanzando á paso ligero, por la cresta de las montañas, con rumbo á Ashinoyu; que al desembocar de un es-

Digitized by Google

trecho paso entre las rocas, descubrí á lo lejos, triste, silencioso y envuelto en fría niebla.

Según fuimos acercándonos, se percibía el fuerte olor de las emanaciones sulfúricas, de las famosas aguas termales de Ashinoyu, que pudiera llamarse el Archena del Extremo Oriente, porque allí va en busca de alivio á sus males, la humanidad doliente de la India, China é Islas Filipinas.

El establecimiento, tan sencillo como primitivo, se compone de una casa japonesa con dos pisos, destinada á albergar los extranjeros, más una posada indígena para los japoneses. La parte hidroterápica, que la amable patrona se brindó á mostrarme, llevándome por unos callejones muy obscuros, hasta que llegamos á una cueva, consiste en dos piscinas donde se bañan, simultánea é indistintamente, ambos sexos.

Había en aquel momento algunos bañistas cociéndose en las salutíferas aguas termales; y como la patrona insistiera en que tomase un baño, para probar la bondad de sus prodigiosas cualidades, tuve que defenderme heróicamente, á fin de no ser pasado por agua.

Dejé el establecimiento termal de Ashinoyu, después de haber picado un poco de un *tabero* indígena, á modo de almuerzo y seguí mi camino por la meseta de la montaña. Antes de comenzar la bajada, por la vertiente opuesta, atravesé por el cráter de un apagado volcán, cubierto aún de una capa de lava, escorias y rocas carbonizadas.

Las paredes estaban revestidas de lozana verdura, que ocultaban como con una cortina de follaje, los efectos devastadores del fuego subterráneo y en una de ellas hay un bajo-relieve colosal, tallado en la roca, como las pagodas de la India, los monumentos de la antigua Persia ó el León de Thorwaldsen de Lucerna, que representa un *Dai-butzu*. Nada nuevo me decía aquella colosal escultura, groseramente esculpida, pero el templo natural donde habían levantado un altar á Shakka, ofrecía un aspecto tan salvaje, tan imponente y tan fantástico, que no pude menos de admirar una vez más el tino y exquisito gusto, con que los japoneses sa-

Digitized by Google

ben elegir los puntos más adecuados, para levantar sus monumentos; porque el efecto que el ídolo causa, en tan selvático é infernal lugar, es pasmoso.

Poco más allá, descubrí ya el majestuoso cono del Fuyisama, descollando sobre las montañas que sirven de anfiteatro al encantador lago de Hakoné y luego distinguí, como dormido á la orilla de las aguas, bajo el follaje del bosque, el pueblecillo que iba á ser mi residencia veraniega.

Pero aún me faltaba para llegar á aquella tierra de promisión, que veía desde lo alto de la montaña, bajar al valle por un sendero tan rápido y pendiente, que ni aun para gamos parecía practicable.

Como un resbalón hubiera sido fatal, porque habría rodado hasta el fondo del valle, no vacilé en confiar mi salvación al seguro pie de mis *kangoya,* los cuales me depositaron sano y salvo en el Tokaido; camino que desde allí es una magnífica alameda de seculares criptomerias, costeando el lago hasta Hakoné.

La casa que de antemano había alquilado, un día en que fuí de descubierta, quedando encantado de Hakoné, estaba ya preparada y dispuesta para recibirme. Y digo casa, por llamar así el techo que me iba á cobijar, pues, en realidad, no era más que una techumbre de paja, sostenida por varios pies derechos y cerrada con tableros, que interiormente se distribuía á gusto del inquilino, por medio de los *karakami* ó bastidores corredizos de papel. Con estos elementos me arreglé un cuarto de dormir á la japonesa, es decir sin cama y una sala-comedor-despacho, á la europea, según decía mi criado, porque había una mesa y una silla, que me servían para comer y escribir. El resto de la vivienda se lo abandoné á Siro, para que instalase el laboratorio culinario y demás dependencias, sin olvidar su cuarto, en el que, de seguro, durante mis ausencias, había de dar audiencia, á las *musmé* más bonitas del lugar.

Mi casita estaba á la orilla misma del lago, cuyas blandas olas venían á morir dulcemente entre los arbustos y plantas del minúsculo jardín y por las mañanas era para mí un ine-

Digitized by Google

fable placer, saltar desde el dormitorio á un *sampan,* en el que me alejaba de la orilla, para sumergirme en las cristalinas y templadas aguas del profundo cráter, convertido en lago por un cataclismo.

Me sentía tan feliz en aquella cabaña, entretenido en leer y escribir, ó pasando horas enteras en contemplar la tersa superficie del lago, que reflejaba el sublime panorama, del anfiteatro de montañas vasallas del Fuyi, coronado de nieve allá entre las nubes, que la vida se deslizaba dulcemente, llegando á perder la noción del tiempo.

Tan grato me era el género de existencia, que llevaba en aquel sitio delicioso, sólo comparable con los más bellos del Lago de Como, que durante mi estancia allí, nunca me sentí solo, perdido en el interior de un remoto país, en que todo es extraño para un europeo; la raza, las costumbres, la religión y hasta la naturaleza.

La aldea estaba engalanada el día de mi llegada, en el que festejaban la divinidad tutelar local; por todas partes flotaban al viento millares de banderolas y farolillos de papel y las gentes vestidas con el fondo del cofre, se paseaban por la calle central, que es el Tokaido, esperando la hora en que saliese el *Matsuri* ó procesión.

Los montañeses habían bajado de sus aldeas, acompañados de sus familias para asistir á la fiesta, y era de ver aquellas tribus de hombres fornidos, mujeres varoniles y robustos muchachos, con qué ojos de admiración y extrañeza, me miraban, cuando me descubrían. Los hombres me observaban, las mujeres cuchicheaban, los chicuelos corrían al regazo maternal; pero en honor de la verdad, sea dicho, nadie me molestó en lo más mínimo.

En esto, salió por fin, el deseado *Matsuri,* que si no era tan ostentoso como los célebres de Tókio, no por eso dejaba ser espectáculo interesante y curioso para un extranjero. Como el maestro de ceremonias de la procesión, tuvo la galantería de mandar hacer alto delante de mi casa, pude recrearme en ver el monumental carro, tirado por la flor y nata de los habitantes, que á porfía se disputaban el honor de agarrar una

Digitized by Google

de las maromas del vehículo, en que se representaba un auto religioso, acompañado de bailes.

Rodeando la pesada máquina, había un millar de chiquillos y montañeses, absortos en la contemplación de la danza sagrada, que ejecutaban en el primer cuerpo del carro, unas cuantas muchachas, prendidas para la ocasión con trajes de Corte, cuidadosamente pintadas y más ufanas que una emperatriz en su trono. Sobre este primer cuerpo ó escenario, había otro, algo así como un relicario dorado, de gusto churrigueresco, en el cual, bajo dosel, estaba cómodamente sentado un obeso *bonzo,* lujosamente revestido con todas las galas de ceremonia, quien, de cuando en cuando, interrumpía la algarabía de sus rezos, para engullir las ofrendas alimenticias, que los devotos ponían á sus pies.

Por fin el maestro de ceremonias dió la orden de «siga su curso la procesión», el carro tirado por los espectadores púsose en movimiento, tambaleándose pesadamente con todos sus habitantes, especialmente el *bonzo,* que saltaba sobre el sitial, como si fuera de goma, y desfiló el cortejo formado por *bonzos*, devotos, viejas y chiquillos.

Creía yo que la procesión había terminado y que llevarían los ídolos á descansar en sus respectivos templos, pero no fué así, pues volvieron á pasar y á repasar por frente de mi casa, durante toda la noche, hasta por la mañana, en que concluyó la algazara. Mas, á esto de dormir, sin hacer caso del ruido, es preciso acostumbrarse en el Imperio del Sol Naciente, donde sus habitantes son esencialmente trasnochadores, porque difícil es, si no imposible, librarse del eterno redoblar de los tambores en los templos por la noche, del guitarreo de las *o-tchaya,* de las serenatas y, por último, de ese colosal «nocturno», entonado por todos los rumores de la naturaleza en Oriente, que principia con el crepúsculo vespertino y termina con el de la mañana.

En Hakoné, aldea tranquila si las hay, no me quitaban el sueño los tambores sagrados, porque los templos estaban lejos de mi albergue, ni el estridente tañido del *shamisen;* pero en cambio tenía la visita diaria del *cuenta-historias,* que

Digitized by Google

venía á la hora del sueño, con acompañamiento de una música extraña y salvaje, producida por un tambor, castañuelas y timbre, en busca de algún trasnochador ó desvelado indígena, amante del *folk-lore*.

Las más de las veces era llamado por los servidores de mi vecino, el ex Shogun, Keiki Hitotsubashi, el Tokugawa que al ser vencido, prefirió retirarse pacíficamente á la vida privada, á morir como los héroes nacionales haciéndose *jarakiri;* y entonces los gritos del *cuenta-historias,* así como los golpes que daba con los dos tarugos de madera, que sirven en el Japón de campanilla en todo género de espectáculos y conferencias, se oían en mi casa de papel, cual si dentro de ella perorase aquel infatigable narrador.

Otras, el policía venía á inquirir de mi criado, lo que el amo había hecho durante el día. Con este motivo se improvisaba una tertulia, á la que asistían todas las comadres de la vecindad, en la que como es natural, el asunto de la conversación eran los dichos, hechos, gestos y costumbres, del «Señor bárbaro», que, mi criado Siro, con gran complacencia y énfasis, les contaba, cual si se tratase, de un habitante de la luna.

Como no me dejaban dormir con su eterna charla y continuas admiraciones, pues no me separaba de ellos más que un bastidor de papel, hubo un momento en que pensé poner coto á aquellas conferencias etnológicas de mi criado, disolviendo para siempre la tertulia; pero reflexionando sobre el asunto, tomé el partido de no privarles del inocente placer, de saciar su infantil curiosidad, tratando de acostumbrarme á dormir, arrullado por aquel rumor.

Al amanecer estaba en pie, tomaba el baño en las tibias aguas del lago y luego vestido á la usanza japonesa, con un *kimonó,* ancho sombrero de bambú y *uaradyi,* sandalias, paseaba en barco, remando con el encorvado remo japonés, que imita los movimientos de las aletas de los pescados, visitaba los templos y bosques sagrados inmediatos, ó apoyado en un largo bambú, hacía correrías por los senderos que conducen á las aldeas de la montaña.

Digitized by Google

Siempre en mis diarias excursiones, descubría algún nuevo panorama encantador; y cuando volvía á mi cabaña al medio día, para guarecerme de los rayos del sol bajo su techumbre de paja, durante las horas de más calor, me aguardaban los placeres de un segundo baño, los de la lectura y el de la contemplación del espectáculo de la hermosa naturaleza, reclinado en mi hamaca de bambú.

Aquella sagrada montaña, el Fuyi, que veía erguirse majestuosamente hasta las nubes, como si fuera un Titán petrificado, en el momento de intentar escalar el cielo, me fascinaba, me atraía, ardía en deseos de verla de cerca, de tocarla y si las fuerzas físicas me ayudaban, quería yo escalarla á mi vez.

Para no hacer sólo con mi criado la expedición, participé mis proyectos á unos amigos de Yokohama y Tókio, los cuales fueron tan bien acogidos, que pocos días después estaba todo convenido y organizado para emprenderla.

Vinieron con este objeto á Hakoné, con un diplomático muy popular en Tókio, Mr. y Mrs. T., matrimonio escocés residente en el Japón, que por la belleza de la mujer y agrado del marido, se habían granjeado las simpatías de toda la colonia europea, y salimos para el Fuyi-yama, en la mañana de un caluroso día de Agosto.

Embarcados en un *sampan* atravesamos el lago, rizado por una brisa matinal, fresca y vivificante, llegando al extremo opuesto en hora y media de agradable navegación.

Habíamos mandado por tierra los *kangos,* con nuestros criados, encargados de velar sobre las provisiones, y allí donde desembarcamos, nos estaban ya aguardando.

Delante de nosotros se extendía un frondoso valle cerrado al Norte por la cordillera. Sin perder minuto nos pusimos en marcha por un sendero, que en una hora de andar á pie, nos condujo hasta la falda de la montaña, en que está el puerto de O-tome-togué *. La subida fué difícil, trabajosa;

* El fotograbado que figura en la cubierta de este volumen, tomado de un dibujo original del célebre artista japonés, Hokusai, representa la vista del Fuyi, desde este punto.

Digitized by Google

y á pesar de ser todos consumados andarines, no hubo más remedio que pararse con frecuencia á respirar, antes de alcanzar el desfiladero, donde, desde un tinglado en que el ventero nos dió una taza de té, contemplamos el hermoso panorama, que á nuestros pies se desarrollaba hasta el Pacífico.

Del otro lado descubrimos una inmensa llanura, cubierta de espléndida vegetación, con infinitos pueblecillos perdidos en aquel mar de verdura y allá, en el fondo, el imponente cono del volcán, que se levantaba suave, dulcemente, para después lanzarse soberbio, hasta el cielo.

¡Qué hermosa vista, la de esa montaña, que aislada en el centro de la gran llanura, surge, flotante, ideal, transparente, y orgullosa de su belleza!

Difícil fué arrancarse al encanto de aquel panorama, verdaderamente sublime; pero al fin abandonamos el improvisado refugio, para bajar entre juncos y hermosos lirios, por la vertiente Norte del paso.

Casi tan penosa como la subida, fué la bajada del puerto, por aquellos pendientes senderos, llenos de cantos rodados, que hacían resbalar á cada paso. Pero como nos daba ejemplo de fortaleza y energía, la bella dama que acompañábamos, nadie se atrevió á dar señales de flaqueza ó desmayo, hasta que ya en la llanura, hallamos una solitaria venta, donde entramos á respirar un aire más fresco, á mitigar con una taza de té, la ardiente sed que nos devoraba y á resguardarnos por algunos minutos, de los rayos abrasadores de aquel potente sol.

El terreno que habíamos atravesado, por callejuelas formadas con vallados de bambú, estaba todo cubierto de escorias y cenizas, mezcladas con piedras carbonizadas y fragmentos de lava. De aquel negro suelo, producto de los agentes volcánicos, que rechinaba bajo nuestro calzado al andar, se alza una lozana vegetación.

Volviendo á emprender nuestro interrumpido camino, no lejos de la *o-tchaya*, cruzamos un torrente por un puentecillo de bambú, tendido con el mayor arrojo y temeridad, sobre el

Digitized by Google

negro abismo que han cavado las aguas en la capa terrestre, formada por sucesivas erupciones volcánicas.

Caminando siempre sobre escorias, lava y cenizas, cinco *tcho* * más allá, encontramos el pueblo de *Goten-ba,* donde, después de asearnos para comer, descansamos un rato en los *tatami* de la sala, abierta sobre el jardín, del cual venía una brisa perfumada, fresca y deliciosa, como si nos estuviesen abanicando las hadas de aquellos contornos.

Mas, aún nos faltaba por recorrer largo trecho de camino, antes de llegar al punto fijado en el itinerario para pernoctar, por lo cual, abandonamos aquel delicioso lugar, para continuar la marcha.

Habíamos entrado en una región densamente poblada, donde á orillas del camino, cerrado con setos de gramíneas, se veían por todas partes rústicas casitas, habitadas por la población rural, que se dedica al cultivo del gusano de seda, al de las plantaciones de moreras, al hilado, tejido y demás operaciones de la seda.

En aquella industriosa comarca, todo respiraba la tranquilidad de espíritu, y la cultura del bienestar material.

Viendo trabajar á la robusta población, los hombres en los plantíos de moreras y las mujeres tejiendo, insensiblemente fuimos acercándonos al volcán; entonces la vegetación era más escasa y sombría, todo se iba tornando en negro, carbonizado y á las casitas campesinas, sucedieron montículos de escorias, mezcladas con cenizas.

Aquella marcha sobre las endurecidas lavas, me recordaba la ascensión del Vesubio, que había hecho el año anterior.

Al pie mismo del Fuyi-san, se encuentra el pueblo de Subashiri, formado por las *o tchaya* donde los peregrinos pasan la noche, antes de emprender la ascensión del sagrado monte; punto que era el término de nuestra larga jornada.

Llegamos al anochecer, después de todo un día de caminar, bajo los rayos abrasadores de un sol implacable, é ins-

---

* Medida de longitud: sesenta *ken,* hacen un *tcho;* treinta y seis *tcho,* un *rí* ó sean dos millas, 44.

Digitized by Google

talamos nuestros reales, en el *nikai* de honor de la mejor posada.

En el piso bajo bullía un enjambre de peregrinos, las *ne-san* se multiplicaban contestando á las llamadas, con el sempiterno *¡Heé-tadáima!*, ó á las caricias de los romeros, con voluptuosas monerías; los baños eran tomados por asalto, unos cantaban, otros rezaban y en aquella baraúnda, nuestros criados hacían supremos esfuerzos en la invadida cocina, para prepararnos una colación.

La noche cerró, cuando hubimos terminado la cena y como al siguiente día debíamos emprender la ascensión al amanecer, después de fumar un cigarro en el piso bajo, escuchando las coplas que un romero cantaba, subimos al *nikai* á descansar.

La cama consistía en *pfuton* ó colchonetas, que no eran nuevas ni estaban limpias; por almohada teníamos la japonesa *mákura,* ó sea un tarugo de madera lacada y nada más: pero como estábamos rendidos de cansancio, nos dormimos en seguida, cual si estuviéramos acostados sobre un lecho de pluma.

Pero, eso de dormir tranquilamente en el Japón y en una *o-tchaya,* no es cosa fácil, pues no hacía muchos minutos que gozábamos de las delicias de Morfeo, cuando fuimos despertados por la algazara que hacían los del piso bajo en la *oyuya*, donde, peregrinos y maritornes, estaban bañándose y retozando, con acompañamiento de un guitarreo infernal.

Bajamos á poner orden entre los asistentes á la bacanal, y galantes como son los japoneses, no nos costó gran trabajo hacerles comprender, que entre nosotros era mal visto esas expansiones, por lo demás tan naturales; y que por estar acompañados de una mujer blanca, les rogábamos expresasen menos bulliciosamente sus manifestaciones de alegría y entusiasmo.

En el acto cesó la jarana y nos volvimos al *pfuton,* satisfechos del resultado obtenido, en la creencia de que íbamos á poder dormir en paz, hasta el nuevo día.

No sucedió así, sin embargo, porque estaba escrito, que

Digitized by Google

aquella noche no habíamos de descansar. Esta vez no fueron los peregrinos, los que turbaron nuestro reposo; no, fué algo más terrible y menos deferente que los japoneses; era un ejército de enormes pulgas, más numeroso que el de Xerjes, que cayó sobre nosotros, con la voracidad de una nube de langosta.

Al primer ataque, al verme envuelto de negros enemigos, comprendí la inutilidad de la resistencia y tomé el partido de huir al aire libre, para librarme de sus picaduras, haciendo flotar al viento mi *peyama* ó sea el ancho traje de dormir.

A tientas bajé las escaleras, dí con una puerta y pude salir al campo, para aventar mis ropas; pero como estaba muy ligeramente vestido, para exponerme así al relente de la noche, fuerza me fué volver bajo techado, aunque cayese otra vez en poder de los sanguinarios insectos.

Resignado á ser comido vivo, entré en la posada, sumida en el silencio y la más profunda obscuridad; y me puse á buscar la escalera del *nikai*. Andaba á tientas, sin saber dónde estaba, cuando ví un pálido resplandor, un hilo de mortecina luz, á través de la rendija de un bastidor, que me guió en las tinieblas. Le descorrí con cuidado y se me presentó ante la vista, un cuadro que ni pintado por Rembrandt ó Rivera.

En el centro del anchuroso zaguán, colgado de un bambú, ardía un *rosukú* dentro de un farolillo, que iluminaba la siguiente escena: tendidos sobre los *tatami*, desnudos y en confusión, dormían unos doscientos seres humanos, de ambos sexos; tocando con el mórbido cuerpo de una joven mujer, estaba el amarillo, escuálido y apergaminado de un viejo; los alegres peregrinos de marras, aparecían en pintoresca mezcolanza, con las robustas maritornes, de opulentas formas; en un rincón, sumido en la penumbra, se adivinaba la ascética figura de un *bonzo*, medio revestido con su túnica sacerdotal, que por la expresión de su descarnada y macilenta faz, lo mismo pudiera dormir que rezar ó estar muerto; y revueltos, tirados por el suelo, dormían en posturas inverosímiles, como haciendo gala de su atlética musculatura, nuestro batallón de *ninsogos*.

Digitized by Google

La misteriosa luz del *chochin*, tamizada por el trasluciente papel que sirve de fanal á los faroles japoneses, bañaba el zaguán de inciertos y temblorosos resplandores, que al reflejarse sobre la amarillenta piel de aquellos torsos, los tornaba en cobrizos, haciendo resaltar la blancura del cuerpo de las mujeres. Era un cuadro de un efecto indefinible, sorprendente, pues parecía así, como una mágica sala de festines, en que después de haber tenido lugar una orgía mitológica, yaciesen confundidos, ebrios, revueltos y enlazados; sátiros, faunos y bacantes.

Inmóvil permanecí, á la entrada del zaguán, contemplando aquel espectáculo, hasta que un rumor, parecido al lejano trueno, me sacó de dudas, de si soñaba: era realidad, porque sólo un semidiós de los bosques, podía lanzar aquel sonoro y majestuoso ronquido. Nunca jamás he oído otro igual.

Reinaba atmósfera tan densa en aquel vasto almacén de carne humana, que, fuerza me fué el salir á oxigenarme, y buscar un sitio donde pudiera dar unas cabezadas, al abrigo de mis mortales enemigos, los sanguinarios insectos.

Pude encontrar mi manta, me envolví en ella y reclinado en un poyo á la entrada de la posada, aguardé el día mirando la luna, que brillaba como un disco de plata, sobre la cima del volcán.

Cuando las estrellas y el cielo comenzaron á palidecer, anunciando la aurora, creí llegado el momento de tocar á rebato, para despertar á toda la posada.

Mis compañeros que tampoco habían podido descansar, me agradecieron el haber puesto en movimiento, de madrugada, á las gentes de la *o-tchaya* y tan pronto como nos prepararon el desayuno, mientras hacíamos las abluciones matinales en un riachuelo, dejamos la posada, los peregrinos y todos sus molestos pobladores.

Al salir del pueblo de Subashiri, el Fuyi-san se presentó á nuestra vista, tan radiante en todo su esplendor y magnificencia, que olvidamos la mala noche pasada y nos sentimos animados de nuevos ardores, para acometer la ruda empresa de escalarle.

Digitized by Google

Con objeto de reservar las fuerzas para la ascensión, íbamos en *kango,* por una ancha senda entre un pinar, donde hay un gran templo, en el que se paran los peregrinos para rezar. Más allá, pasamos bajo un copudo árbol, de cuyas ramas cuelgan, y se balancean centenares de sandalias, que los peregrinos dejan allí como ofrenda, cuando cambian de *uaradyi,* al comenzar la subida de la montaña.

Nosotros también paramos bajo el árbol, que tenía fruto tan singular, mas no para colgar á falta de sandalias, los herrados borceguíes que llevábamos, sino para cambiar de medio de locomoción.

A trueque del *kango,* que ya no servía para trepar por los escarpados senderos que íbamos á tomar, me dieron una jaca de largas crines é inmensa cola, aparejada con un albardón monumental. El pobre animal, desaparecía bajo la cantidad de cerdas, con que le había dotado la pródiga naturaleza y parecia abrumado con aquella albarda maragata, que por su enorme tamaño, hubiera sido digno aparejo de un megaterio.

Me daba tanta lástima, y tan triste parecía el caballejo, que no me atrevía á aumentar la pesada carga de crines y albarda, ni aun con el exiguo peso de mi flaco cuerpo; pero como me recordaran, que no tenía salud ni fuerzas, para ir á pie, me encaramé sobre la albarda; y cuando ví que el jaco no se había derrengado, adopté la posición de los jinetes indígenas, que van sentados como sobre un camello.

Caballero en aquel corcel, que una muchacha llevaba del diestro por el ronzal, no me faltaba sino una dama con quien conversar; pero como era imposible ponerme al habla con la que acompañábamos, porque el estrecho sendero no permitía más que ir en fila; por vía de entretenimiento, tramé conversación con mi femenino espolique, pues conservando los resabios, de los que han pasado sus primeros años en contacto con la gente del campo, siempre me ha gustado interesarme en su vida sencilla, conocer sus ideales é investigar los medios de que se valen en cada punto del globo, para resolver el problema de prolongar la existencia.

Digitized by Google

En un principio, la tímida muchacha, que me confesó, éramos los primeros europeos que jamás había visto, no se atrevía á contestar, al prolijo interrogatorio á que la sometí; pero en cuanto perdió el miedo, se la desató la lengua y habló como una cotorra, durante todo el camino.

Me dijo cómo se llamaba, cuántos años tenía, cuál era su estado, quién era su *iro-otokó*, novio, y por ella supe detalles muy curiosos, acerca de la industria de la comarca, la sericultura; los estragos que causan los terremotos, el terror sobrenatural que inspira á los habitantes, ese Titán que amenaza á todas horas consumirlos en el fuego de sus lavas; y por no dejar de saber nada, hasta la pregunté lo que cuestan los *uaradyi-no-umá*, sandalias de caballos, con que á falta de herraduras, les envuelven los cascos.

Cada juego, me dijo, cuesta la ínfima cantidad de tres *sens*, pero como son de paja de arroz tejida, es preciso renovarlas varias veces al día, para lo cual llevan siempre varios juegos colgados del arzón; eso, en caso de qué atraviesen despoblados, pues de lo contrario, en todas las *o-tchaya* hay gran provisión de *uaradyi*, para hombres y caballos, así como de *tai-matsu*, antorchas, para alumbrar el camino, cuando de noche se viaja.

Entretenido con la charla de la muchacha, que trepaba por la falda del volcán como un gamo, llegamos á Umagaishi (vuelta de caballos), donde comienza una subida tan áspera, difícil y penosa, que sólo es posible acometerla á pie ó subiendo á gatas.

Hicimos alto, para que descargasen de los caballos las provisiones y abrigos, que habían de transportar á hombros los *ninsogo* y mientras tanto, se observó el barómetro: estábamos á cinco mil pies de altura.

Entonces pasó una banda de peregrinos, todos vestidos de blanco, que guiaba el más anciano, tocando sin cesar una campanilla. Antes de entrar en el sagrado recinto del Fuyi, se prosternaron en el gran *torí* ó pórtico de entrada, para rezar en coro. Así permanecieron, inmóviles, sobre las cenizas de que está cubierto el suelo, hasta que el anciano de la

Digitized by Google

campanilla se levantó, cubrióse la cabeza con el anchísimo sombrero y echó á andar, seguido de sus compañeros.

Tras ellos empezamos nosotros, pausada y acompasadamente, la ascensión al cráter, uno tras otro, apoyándonos en un largo bambú.

El sendero se empinaba y retorcía de tal modo, por entre las carbonizadas rocas, grandes raíces y plantas trepadoras, que para salvar esos obstáculos, las más de las veces de un metro de altura, es preciso ser un gimnasta tan consumado, como lo son los japoneses.

Por sí sola, la escarpada subida, bastaría para extenuar al más vigoroso, pero si á la pendiente se añade, la continuada serie de saltos, flexiones y esfuerzos que había que hacer, para salvar los obstáculos que se ofrecían á cada paso; fácilmente se tendrá una ligera idea, del estado en que llegamos al primero de los templos erigidos á través del sendero, después de dos horas de no interrumpido trepar, bajo un sol abrasador.

Estábamos jadeantes, bañados en sudor, pero como el jefe de la partida era incansable, á los cinco minutos de reposo, nos pusimos de nuevo en movimiento.

Por mi parte, seguía caminando á costa de inmensos esfuerzos de voluntad; las piernas no podían con el doliente cuerpo, y aumentada la fatiga de la jornada del día anterior, con el insomnio de la noche, me sentía morir de cansancio. Mas no murmuraba una queja y maquinalmente seguí arrastrándome, hasta la segunda estación, sita ya en la región de las lavas.

Allí la respiración comenzó á hacerse premiosa, difícil, á causa de la gran altura: ya no había ni sendero, teniendo que atacar la subida en línea recta, por aquellas corrientes de lava endurecida, que resbalaba como el hielo. Tan escarpada y resbaladiza se hizo la pendiente, que cada uno de nosotros, necesitaba dos hombres, no ya para ayudarnos á subir, sino para impedir el que nos precipitásemos en el negro abismo.

El espectáculo que ofrecía aquella muralla de lava, por la

Digitized by Google

cual subíamos como hormigas, alzándose imponente y negra hasta el cielo, era aterrador.

Para aumentar lo crítico de nuestra situación, fuimos envueltos por densas nubes, que nos descarriaron, además de producir un descenso tan rápido en la temperatura, que el cuerpo, al sentirse rodeado por aquella atmósfera húmeda y fría, después del intenso calor, se estremecía á su contacto.

Por fin logramos reunirnos, á fuerza de tocar los *ninsogo* un caracol que les sirve de bocina y dimos con nuestros asendereados y maltrechos cuerpos, en la cabaña ó ermita de un viejo asceta, formada con lanchas de lava. Era el frío tan intenso, que nos acercamos con delicia, al fuego de yerbas secas que tenía el ermitaño. Exhausto me dejé caer en el suelo, y sintiendo agotadas mis fuerzas, participé á mis compañeros, que no podía ir más allá, sintiendo tener que renunciar á seguirlos hasta el cráter.

Así lo comprendieron, separándonos poco después, ellos para subir á la cima y yo para bajar al valle, cuando las fuerzas me lo permitiesen.

Envuelto en una manta, me quedé dormido al lado del fuego. Cuando el hambre me despertó, pues nada había comido desde por la mañana, le pregunté al ermitaño si tenía algo con qué matarla, y como no me pudiese ofrecer otra cosa que frutas secas y raíces, el apetito me dió fuerzas para emprender la bajada, guiado por un *ninsogo,* que se había quedado para acompañarme.

Á fuerza de trabajos, y gracias al auxilio de mi guía, pude llegar, aunque en lastimoso estado, á Subashiri, donde felizmente encontré un *yin-riki-sha,* que tomé al precio que se le antojó pedir al *kurumá,* dándole la orden de llevarme á Míshima, con objeto de regresar por diferente camino.

La primera hora se pasó sin sentir, pues caer en el silloncillo y quedar profundamente dormido todo fué uno.

Al abrir los ojos me hallaba en otra comarca; el paisaje había cambiado, las escorias, cenizas y lava, habían desaparecido, para dar lugar á verdes arrozales, surcados por nu-

Digitized by Google

merosos canales de riego é infinidad de pueblecillos alegres y pintorescos, perdidos entre frondosa végetación.

Á lo largo del camino, rodeadas de empalizadas de bambú, artísticamente entrelazado, se ven muchas casitas con techumbres de paja; en el interior reina el aseo del bienestar y en todas ellas las mujeres están sentadas en el telar, haciendo las ricas telas de seda ó de crespón, *chirimen*, de que se hacen los elegantes *kimonó,* con que se engalanan las japonesas.

Conforme iba adelantando en mi camino, á través de aquel risueño país, las escenas de costumbres cambiaban, como en una linterna mágica. El sol caminaba lenta y majestuosamente hacia el ocaso y al acercarse la hora del *oyu,* todos los habitantes se disponían á gozar de los placeres del baño, uno de sus más favoritos, ó más bien, imprescindible y diaria necesidad.

Delante de cada casita, á un lado del camino, había un gran pozal de madera, con cinchos de bambú, que en la parte inferior tiene embutido un hemisferio de cobre, de la forma de un perol, dentro del cual encienden la lumbre, soplando con un bambú, que en pocos minutos calienta el agua, á la elevada temperatura que toman el baño los japoneses.

Cuando el vapor empieza á desprenderse del agua, dejan el telar ó las ocupaciones de la casa y como no tengan que desnudarse, ni que vestirse con traje de baño, juntos se zambullen en aquellas piscinas, que tienen por techo la bóveda celeste.

Aquí se baña una cariñosa madre, con su *muscó,* niño, á quien frota suavemente la afeitada cabeza, en la que la maternal navaja ha trazado curiosísimos dibujos, mientras el pequeñuelo chapuza y salta, acariciando los senos que le alimentan por varios años, según es costumbre en el Japón; más allá un viejo descarnado, momia viviente como sólo se ve en esos climas debilitantes, trata de incorporarse para ver el extranjero que pasa, y me mira á través de la nube de vapor que le envuelve, con hundidos y apagados ojos de

Digitized by Google

moribundo; y como contraste á estos cuadros, se veían graciosas y juguetonas *musmé,* bañándose juntas en apretado racimo, como floridas ramas de almendros y cerezos saliendo de un jarrón, en tanto que se tiroteaban chistosamente, con las que aguardaban su turno ó ya se estaban secando.

Trotando siempre largo mi *kurumá,* que era un hermoso ejemplar de esa raza de hombres incansables, salimos de la parte poblada y el cochecillo, arrastrado como por Pegaso, se internó bajo las frondosidades de una tupida selva.

A lo largo del camino corría un riachuelo de cristalinas aguas, sobre las que se mecían blancas y azules flores de loto, que parecían querer besarse con los lirios y azaleas, que desde la orilla tendían sus pétalos. Era el sitio tan encantador, que no pude resistir la tentación de permanecer allí un rato. Mandé parar al *kurumá* y me aproximé al riachuelo, para ver cómo se deslizaba perezosamente el agua, que hacía estremecer á los lotos con su contacto. En el fondo, dejándose arrastrar por la corriente ó remontándola con graciosos movimientos giratorios, en los que despedían metálicos reflejos, había esos pececillos dorados y de plata, redondos como una bola, que son ornamento de toda casa japonesa, metidos en una pecera. Pero, los que no admiraba en mi casa, prisioneros dentro de un globo de cristal, libres allí en su elemento, felices, *como el pez en el agua,* me encantaron por su forma y brillantez, pues semejaban esferas de plata y oro, girando en derredor de los lotos.

Seguía con la vista uno de aquellos pececillos, que se alejaba, cuando divisé el gracioso contorno de una mujer, que me pareció estaba pescando, un poco más arriba. Acercándome al sitio donde estaba, ví una joven como de unos diez y seis años, esbelta, de noble porte, vestida con blanca túnica, de gasa de crespón, con la cual estaba tan bella, que no pude menos de admirar, las suaves y voluptuosas líneas de su preciosa figura.

En aquella clásica postura y vestida como estaba, más que una bonita *musmé,* parecía una doncella romana, pescando en las cercanías de Pompeya.

Digitized by Google

Tan ensimismada estaba al parecer, que no se dió cuenta de que la observaban y como la sorpresa de ver aparecer un *idyin-san*, hubiérala causado miedo, silenciosamente me alejé, con dirección al punto donde me aguardaba el *kurumá*. Salté en el *yin-riki-sha* y pensando en la bella pescadora, llegué á Mishima, importante población situada sobre el Tokaido, al pie de la cordillera de Hakoné.

Aunque era ya de noche, y estaba, no ya rendido, sino tronzado, lo primero que pedí á la *okamisan* de la *o-tchaya,* donde me llevó el *kurumá,* fué un *kango,* para transportar mis descoyuntados miembros, á través de los desfiladeros y llegar á Hakoné; porque la idea de pasar otra noche toledana, en una posada indígena, me horripilaba. Además, no tenía ni una manta en que envolverme, porque todo mi equipaje se había quedado con el de mis compañeros.

La posadera hizo como si se apresurase á satisfacer mis deseos, trayéndome el mayoral de los *ninsogo* necesarios para un *kango;* pero luego comprendí que era una añagaza: porque, desconfiando siempre de la moralidad de esa clase de gentes, había preguntado de antemano el precio, y me pidieron uno tan enorme, que ví claro el juego: se valían de la ocasión, y puestos de acuerdo para repartirse el botín, me querían forzar, á que me dejase trasquilar mansamente por el *ninsogo,* si quería marchar, ó á ser desplumado por la posadera, cuando me pusiera una cuenta kilométrica, por haber pasado la noche en su mesón.

No pasé por el abuso y después de mucho debatir el precio, según es costumbre en el Japón, pues es de rigor pedir ciento, por lo que se ha de dar por uno, conseguí con un poco de firmeza y de paciencia, alquilar el *kango* por el precio de los extranjeros; es decir, el doble del corriente.

Eran ya las ocho de la noche, cuando se presentaron los *ninsogo* con el *kango* y en el acto me empaqueté dentro del canasto, que me pareció un mullido lecho de plumas, rendido como estaba por el sueño, extenuado de cansancio y sin haber comido durante todo el día.

La *o-tchaya* donde había librado batalla por mi bolsillo con

Digitized by Google

la *okamisan* y el mayoral de los *ninsogo,* estaba cerca de la salida de Mishima; allí donde empieza el Tokaido, encerrado entre dos filas de corpulentas criptomerias, que á la fantástica luz de los *tai-matsu,* con que mis *kangoya* alumbraban el camino, semejaban negros é inmóviles gigantes.

La noche era cálida y sin luna; el cielo estaba cubierto, ni una sola estrella brillaba en el firmamento; la naturaleza aletargada por una atmósfera densa y pesada, dormía sueño profundo en la obscuridad; sólo el rumor del cuchicheo de los *ninsogo,* turbaba el imponente silencio. Mecido por los balances del *kango*, me sentía invadir por un invencible sopor, como si estuviese bajo la influencia de un poderoso narcótico.

Profundamente dormido quedé, á merced de aquellos hombres, que hubieran podido impunemente arrojarme á un precipicio de la montaña: mas nada turbó mi sueño, hasta que fuí despertado por una gran claridad, que al abrir los ojos me deslumbró. No sabía dónde estaba, ni lo que sucedía: pasaron algunos instantes, antes de que pudiera darme cuenta de la causa de aquel resplandor, que era sencillamente el de los *tai-matsu,* ó antorchas con que alumbraban el camino, al parar el *kango* para renovarse los *ninsogo.*

En ese momento subíamos, es decir, me izaban los *kangoya,* por una rápida y escarpada pendiente, apoyándose fuertemente en los báculos y agarrándose como monos, para no resbalar, al mismo tiempo que entonaban á coro, los acordes del *chi-chi-chi.*

Á los lados del barranco se vislumbraba en la obscuridad, la confusa masa de una aldea montañesa, que íbamos á atravesar. Los habitantes, de pobre aspecto, se bañaban ó estaban tendidos en las *veranda* de unas casuchas sucias, negras y miserables, dentro de las cuales apenas se distinguían á la luz del *andon* algunas figuras, que en corro escuchaban silenciosamente los cuentos de un narrador, ó rezaban por los antepasados, con la ayuda de un *bonzo.*

Aquella pobreza y atraso, sumidos en la profunda obscuridad de la noche, me causaron la más honda pena; porque

Digitized by Google

esa manifestación de la vida primitiva, ponía de relieve, lo que es la existencia, careciendo de luz.

Vivir á obscuras la mitad de la existencia, desde que se pone hasta que sale el sol, las horas en que el hombre civilizado descansa del diario trabajo, gozando de su familia en el seno del hogar, leyendo, en los teatros ó diversiones, debe ser grandísima privación, pues en la obscuridad, hasta el hablar cesa.

Al ver aquel triste cuadro, de la mísera existencia que arrastra el hombre en las tinieblas, evocaba el pasado dando gracias á la Providencia, por haber nacido en la edad de la luz eléctrica.

Mientras los habitantes de la provincia de Ashi-gara-shimo, dormían el sueño de la madrugada, seguía pensando en todos los maravillosos portentos, realizados por la civilización, cuando llegué á mi cabaña, á orillas del lago de Hakoné.

Digitized by Google

SAYONARA * DAI-NIPPON

Doce meses habían transcurrido desde mi llegada al Japón, el día en que antes de embarcarme para China, me dispensaron la honra de acompañarme á almorzar en el Grand Hotel de Yokohama, el Representante de España, mi Jefe, el segundo Secretario de la Legación y varios amigos de todos países, entre los cuales estaba el inteligente funcionario de Negocios Extranjeros Sr. Saitow, antiguo colega de Roma.

Séame lícito decir, que no abandonaba el Japón, á impulsos de la nostalgia que se apodera de algunos europeos ni en cumplimiento de órdenes superiores: no, mi viaje no era de placer ni oficial; era forzoso, impuesto por el protomedicato europeo de Tókio, que, bajo pena á la vida, me alejaba de aquel clima.

Ante la disyuntiva de prolongar la existencia, ó dejar los huesos en el imperio de los Mikados, fuerza me fué solicitar licencia por enfermo. En cuanto por telégrafo me fué anunciada la concesión, levanté mi confortable casa del Bluff, buscando hospitalidad, mientras salía el primer vapor, en el Hotel donde fueron reuniéndose, todos los que venían á desearme feliz viaje, porque en esos remotos países, las despedidas revisten el carácter de verdaderos acontecimientos.

Acompañado de los amigos y seguido de mis fieles criados Siro y Oyone, su mujer, que lloraban como chicos, salimos al Bund en busca de aire respirable, pues hacía ese calor sofocante, mensajero de los tifones.

En la *Hatoba* inglesa esperamos la lancha de vapor del Grand Hotel, que había de llevarme á bordo del «Hiróshima-

* Expresión japonesa de despedida: ¡Adiós! ¡Abur!

Digitized by Google

maru». Muchos saltaron conmigo en la lancha, otros se quedaron con las señoras y partimos á todo vapor, entre hurras de los amigos y *sayonara* de los fieles criados.

Empiezan las ruedas del viejo vapor á batir las aguas, el barco se pone en movimiento, los que vinieron á despedirme á bordo se alejan en la lancha saludando con los sombreros, los que se quedaron en el muelle agitan los pañuelos y yo meditabundo, me alejaba del Japón.

Abandonaba aquel remoto Imperio, en que había residido un año, con la impasibilidad del viajero que considera como transitorio y fugaz, cuanto le rodea: pero satisfecho de haber aprovechado el tiempo, en conocer su lengua, usos y costumbres, de haber viajado por su hermoso país, cuya literatura é historia me proporcionaron tan gratas veladas en las noches largas del invierno, leyendo cuanto se había publicado sobre el Japón.

Desde la borda en que estaba apoyado, distinguía el follaje de la colina, el techo que me cobijó contra las eternas lluvias torrenciales de primavera, de las nieves en el invierno y los sofocantes calores del estío; techo que no lograron hundir los terremotos, ni desmantelar los huracanes. Á la izquierda flota la bandera de la Legación de España, á la derecha la del Consulado de Italia, bajo la cual pasé tan gratas horas en compañía del Cónsul y Madame Positano y á la orilla del mar se ven las pintorescas viviendas del Bund, con sus terrazas y jardines.

Al pasar por delante de Honmoku, el encantado pueblecillo de pescadores y «casas de té», donde descansaba á la vuelta de mis paseos por las cercanías de Yokohama, me despedí de aquellos preciosos lugares, diciendo: *mai più ti rivedrò*.

En cuanto salimos de la bahía, fué envuelto el barco por el terrible meteoro que se anunciaba desde por la mañana: El cielo se tornó negro, los elementos se desencadenaron, el «Hiróshima-maru» saltaba como un tapón sobre las olas, los balances eran tremendos, oyéndose de continuo, el ruido de la cristalería y vajilla al romperse; rodaban las maletas por el camarote, las botellas y palanganas de los lavabos, salían

Digitized by Google

disparadas contra los tabiques, donde se hacían añicos con estrépito y el mantenerse en la litera, era cosa menos que imposible, á pesar de estar boca abajo, fuertemente agarrado á los lados con ambas manos y con las piernas en aspa, para hacer hincapié.

Al cabo de algunas horas de tal suplicio, acertó á pasar por delante de mi puerta un criado chino, que andaba arrastrándose como las culebras; le llamé para pedirle algo de beber, con que aliviarme del mareo y me contestó que no había quedado ni agua dulce.

Así pasé aquella noche y todo el siguiente día, hasta el amanecer, en que pudo el barco entrar de arribada en Kobe.

Cuarenta y ocho horas hacía, desde el almuerzo de despedida en Yokohama, que no había tomado alimento, y como á bordo del «Hiróshima-maru», no pudiesen servir ni una taza de té, porque todo había sido destrozado durante la tempestad, salté en un *sampan* para ir á tierra á almorzar al «Hotel des Colonies», propiedad de un francés que asistió al combate del Callao, como maquinista de un barco español. Esto me estaba contando el fondista, cuando entró en el comedor uno de los más alegres compadres europeos, residentes en Tókio, gran vividor y entusiasta admirador de las *gueisha*.

—Usted por aquí, me dijo acercándose. ¿Cuándo ha llegado?—Ahora mismo por el «Hiróshima-maru».—De manera, que es usted uno de los que suponíamos ahogados en el horroroso tifón;—y sin darme tiempo á contestar, añadió:—buena suerte han tenido ustedes, de haber escapado con vida, por lo que he oído contar. Confieso hubiese sentido que á estas horas fuesen pasto de los tiburones, porque no hubiera usted podido asistir á una fiesta de *gueisha*, estupenda, fenomenal, que tengo organizada para esta tarde, en Kanon-Sama, una *o-tchaya* sin rival, de Hiogo.—

De nada me sirvió excusarme con la fatiga del viaje ni me valió decir que deseaba más descansar, que ver danzas, pues bastante me había hecho danzar el *taifu*.

Me secuestró por fin, y en su alegre compañía pasé el resto del tiempo, presenciando por última vez esos cuentos de

Digitized by Google

hadas, puestos en acción por las voluptuosas *maiko,* hasta que llegó la hora de volver á bordo, porque el vapor salía de madrugada.

Navegábamos ya por el Séto Uchi, mar interior del Japón, cuando desperté al siguiente día y me apresuré á subir sobre cubierta, para contemplar lo que todos los viajeros convienen en llamar, una de las maravillas de la Creación.

El día era hermosísimo, la superficie del mar tersa como la de un lago y á través de la pura y diáfana atmósfera, se distinguían en lontananza las volcánicas costas, vestidas de lozana vegetación.

Á medida que el barco surcaba aquellas tranquilas aguas, el horizonte iba estrechándose y las costas acercándose tan rápidamente, que parecían cerrar el paso á toda embarcación; pero al llegar á lo que se suponía una barrera infranqueable, el práctico japonés hacía culebrear al vapor por un dédalo de islas, que semejan flotantes macizos de verdura.

Todas estaban habitadas, y cada una tenía su aldea á orillas del mar, el templo en la cúspide del monte y en la playa una escuadrilla de *sampan.*

Si en las montañas de la cercana costa y en las islas se divisaban infinidad de pintorescos pueblecillos, el mar estaba cuajado de grandes juncos de cabotaje ó de ligeros *sampan,* tripulados por pescadores. Una tras otra las embarcaciones se deslizaban suavemente sobre aquella superficie de cristal, empujadas por la brisa que rizaba las altas y cuadradas velas.

Su majestuosa y perezosa marcha, sólo era turbada por las olas que levantaban las ruedas del vapor: entonces salían de sus escondrijos los desnudos *sendo,* marineros, para contemplar el *yane-bune,* que agitaba las aguas cantadas por cien poetas.

Adelantando por aquel hermoso prodigio de la naturaleza, llegó el barco á un punto, donde una cadena de altas montañas cerraba por completo el mar: mirando de frente se veía un poblado, á derecha é izquierda elevadas sierras, y el paso no se descubría por parte alguna. Veinte metros antes de llegar á la playa, el barco vira rápidamente, se acerca á las

Digitized by Google

rocas sin disminuir la velocidad y desaparece como por arte de magia, á través de una cortadura invisible.

Del otro lado de aquel túnel natural, se descubría el bellísimo panorama, como de un inmenso lago, cerrado por un anfiteatro de volcanes apagados, del fondo de cuyas aguas surgían las cimas perfectamente redondas de montañas submarinas. Allá, á lo lejos, deslizándose entre los escollos, se alcanzaba á ver un vaporcillo, coronado por un gran penacho de humo azulado.

Avasallado el ánimo, por el sublime espectáculo de tanta belleza, seguí embriagándome de luz y poesía, hasta que el radiante sol bajó lenta y majestuosamente, sobre el cono de un volcán, donde pareció posarse para contemplar aquella hermosa naturaleza, y lanzar sus últimos rayos, que tiñeron de rojo el mar. No es posible presenciar una postura de sol más grandiosa.

Aún estaban coloreadas de oro y lapizlázuli, los bordes de las nubes por donde desapareció el astro del día, cuando el de la noche aparecía en el cénit, rielando sobre las plateadas aguas del mar interior, cuyas fantásticas costas iluminaba con blanca y suave luz.

Era tanta la belleza de aquel panorama que pasé toda la noche sobre el puente del «Hiróshima-maru», contemplando los sitios por donde pasábamos.

Al amanecer se anunció con millares de luces el puerto de Shimonoseki, que cierra la salida del mar interior y el barco continuó su marcha, costeando las montañas cortadas á pico, sobre las profundidades del mar. Por la tarde el «Pappemberg», roca Tarpeya del Japón, de humillante memoria para los holandeses, que la dieron ese nombre, *Roca de los papistas,* por los miles de cristianos que desde ella fueron precipitados al mar, cuando ellos colaboraban con sus cañones, á la horrible matanza de Shimabara; anunció la sombría y tétrica entrada del puerto de Nagasaki, que lleva impreso el recuerdo triste de las espantosas tragedias, que allí se han desarrollado.

En sus aguas, después de la más heróica y sangrienta de-

Digitized by Google

fensa, se hundió el último barco español que visitó el Japón tres siglos atrás, cuando se cerró el Imperio para los extranjeros.

La «Madre de Dios», que así se llamaba el barco, desobedeciendo los edictos de expulsión, entró en el puerto de Nagasaki, donde fué atacado por los japoneses, con sin igual furia. La salida al mar era imposible, porque no corría la más ligera brisa y la heróica tripulación, se decidió á vender caras las vidas. Primero rechazaron el abordaje, causando enormes pérdidas á los japoneses; y luego, á medida que acosados por fuerzas abrumadoras, iban perdiendo hombres y terreno, fueron refugiándose de puente en puente, haciendo saltar con pólvora el de arriba, con todos los japoneses que allí estaban, hasta no quedar más que la quilla, con la cual se hundieron en las profundidades del mar!

La población de Nagasaki, vista desde el puerto, se extiende á orillas del mar, trepando por un anfiteatro de montañas, transformadas en colinas cinerarias.

A la derecha está la «Concesión», con los Consulados, en los que flotan las banderas de varias naciones, las viviendas de los misioneros de todos los credos y á mitad de la montaña, una bonita iglesia católica; en el fondo se ve De-shima, la isla artificial en que los holandeses vivían voluntariamente prisioneros, para poder traficar, á costa de las más humillantes vejaciones é increíbles bajezas, y á la izquierda la ciudad indígena, donde está situado el Arsenal.

El aspecto de Nagasaki es sombrío y triste, agobiada como está la ciudad, por las colinas cinerarias, de las cuales parece va á desprenderse un alud de lápidas funerarias y sauces llorones.

De su antigua riqueza é importancia, no la queda ya más que el recuerdo, de cuando era el único puerto abierto á los buques extranjeros, en el Imperio de los Mikados.

Digitized by Google

CORRERÍA

POR

EL CELESTE IMPERIO

SHANG-HAI

Después de una navegación tan monótona como feliz, entramos en las rojizas aguas del Yang-tsi-kian, en las cuales navegó el «Hiróshima-maru» muchas horas, sin divisarse la tierra; tal es la anchura del «río gigante», al desembocar en el mar.

Por fin el continente asiático se anunció, con unas montañas que parecían nubes en el lejano horizonte y andando algunas millas, en las que principiamos á cruzarnos con grandes juncos, que navegaban con desesperante lentitud, á pesar de llevar desplegadas al viento sus innumerables velas, divisamos las primeras tierras, tan bajas, que casi sobresalían del agua. Viró el barco, al pasar frente á un lejano fuerte de tierra, revestido de asfalto, que defiende la entrada del Wampu, y remontando este afluente del Yang-tsi-kian, llegamos á Shang-hai, población situada en sus orillas.

Cerca ya del muelle flotante de la Compañía Mitsu-Bishi, donde desembarcamos, divisé á mi buen amigo D. Manuel Ginart, ingeniero naval, por aquel entonces encargado del Consulado de España en dicho puerto, que con su proverbial bondad había venido á recibirme. Estreché con sincera efusión su mano, diciéndole:—«aquí me tiene usted, pero por

Digitized by Google

pocos días, porque vengo decidido á realizar el viaje á Pekín y á la Gran Muralla, que proyectamos en el Japón».

En tan grata compañía, atravesé de un extremo al otro, donde se encuentra el «Hotel des Colonies», todo el magnífico *Settlement* ó Concesión europea, que por sus palacios suntuosos, hermosas calles y perfecta policía, parecía digno de una gran capital. Á no ser por el número de indígenas, rotos, sucios, y demacrados por el opio, que se veían, nadie hubiera pensado hallarse en China.

Después de la «guerra del opio», Inglaterra obtuvo del Gobierno imperial chino, una Concesión ó *Settlement* donde sus nacionales pudieran establecer factorías, ventaja que más tarde pidieron Francia y los Estados Unidos, consiguiéndola por medio de tratados.

Las tres concesiones de Shang-hai se tocan, son una misma ciudad por decirlo así y sin embargo en nada se parecen, porque cada una es autónoma, y está regida y administrada, conforme al distinto espíritu de los tres diferentes pueblos.

Estando reunidas las tres concesiones, Shang-hai ofrece por lo tanto la mejor ocasión de examinar cuál sea el espíritu colonizador y comercial de esas tres grandes Naciones.

La inglesa es donde están instaladas en verdaderos palacios las grandes bancas, Compañías, Clubs y hasta la Aduana china, formando calles como el Yang-tsi-road ó paseos como el Bund, que no desmerecerían de Londres. Allí todo se debe á la iniciativa privada, al carácter emprendedor de esa raza equilibrada y el Cónsul que habita una mansión de príncipe, no tiene arte ni parte en la cuestión administrativa de la Comunidad, limitándose sus funciones, á refrenar el ímpetu comercial de sus compatriotas.

Por el contrario la francesa, donde todo es oficial y el Cónsul preside á todo, todo lo gobierna y en todo interviene, arrastra una lánguida existencia burocrática. Las calles son estrechas y sucias, las casas son miserables viviendas de chinos y toda la animación que tiene en los muelles, se la debe á que los ingleses han puesto allí y en la Concesión ameri-

Digitized by Google

cana, sus almacenes y muelles de descarga, con objeto de tener limpia, aseada y pulcra su elegante Concesión.

La Concesión americana, aunque superior á la francesa, no es tan importante como la inglesa, á la cual volveremos para ir por Nanking-road, la calle de las mejores tiendas, á *Bubbling-well*, punto situado en las afueras, donde residen en magníficas casas, los «Príncipes mercaderes».

Es aquel sitio, paseo favorito de los residentes y no lejos del «pozo de las burbujas» que le da nombre, hay un merendero chino, donde los celestiales ricos van á comer nidos de golondrina, en compañía de pintarrajeadas cortesanas indígenas.

Durante las dos semanas que mi dolencia me retuvo en Shang-hai, daba largos paseos á caballo por el campo y en uno de ellos fuí á visitar la Misión, que los Padres de la Compañía de Jesús han establecido en Si-ka-ué.

Á través de campos de algodoneros, porque los estrechos caminos, de continuo están obstruídos por féretros, según es costumbre de los chinos, que depositan los cadáveres en las vías, en lugar de enterrarlos en un cementerio, llegué á la puerta del convento. Sin desmontar llamé y al portero chino que salió á abrir, en vista de que no hablaba más que su lengua, díle mi tarjeta.

Á los pocos minutos volvióse á abrir el portón y apareció un Padre vestido de chino, afeitada la cabeza y con larga trenza, que me dirigió la palabra en el más puro y correcto castellano.

Lleno de sorpresa me apresuré á bajar del caballo y después de manifestarle mi deseo de visitar Si-ka-ué, no pude contenerme y le dije, que creía tener el gusto de estar hablando no sólo con un compatriota, sino con un paisano, á juzgar por lo castizo de su lenguaje.

—En efecto, me dijo el Padre Tobar, pues así se apellidaba, soy burgalés; y como el Padre superior viera por su tarjeta, que es usted español, me ha mandado que le enseñe yo todo el establecimiento.

Con mi paisano, en quien nadie hubiera podido adivinar

Digitized by Google

un castellano, bajo aquel traje oriental, visité detenidamente la pequeña ciudad religiosa, compuesta de los edificios siguientes: el Seminario para los Padres indígenas, Colegio de internos, donde por treinta y seis pesos al año, daban casa, comida y educación, á unos doscientos chinos, que estudian á gritos, según costumbre del país, mientras los profesores indígenas, armados de gigantescas antiparras y provistos de la inseparable pipa, vigilan la clase detrás de un libro; Museo de Historia natural, formado por el Padre Heude, que contiene una notable colección de tortugas; Observatorio meteorológico-magnético, montado con todo género de aparatos, por el sabio Padre Déchevrens, que se había dedicado al estudio de los tifones, más el Carmelo y dos Orfanotrofios.

En estas últimas dependencias, tienen instalados estudios de escultura, talla, pintura y tipografía latina é ideográfica, en la que bajo la dirección de un hábil hermano, los inteligentes obreros chinos, hacen altares, tabernáculos, imágenes, retablos, misales y cuantos objetos son necesarios para el culto.

En el de pintura, dirigido por un hermano chino, es sumamente curioso ver cómo representan los misterios de la religión católica, en cuadros sin perspectiva, con las figuras colocadas vestidas á la china, para más fácil comprensión de los indígenas.

Tienen además talleres de carpintería, obradores de sastres, zapatería, etc., montados á la manera china y por todas partes reina el orden y la disciplina que distingue á la Compañía fundada por San Ignacio de Loyola.

Cuando el Padre Tobar hubo tenido la amabilidad de enseñarme aquel establecimiento, modelo de organización, explicándome todo minuciosamente, al despedirme, expresándole mi sincero agradecimiento, le pregunté, si había en Si-ka-ué, algún otro Padre español.—Soy aquí el único, me dijo, pero en Shang-hai hay otro, en la iglesia parroquial de Hong-kiú; el Padre Guillén, también castellano.—¿De Valladolid?—Sí, señor.—Todo alborozado, le dije, al oir su afir-

Digitized by Google

nación, déme usted sus señas, pues ese Padre, fué mi condiscípulo de escuela, mi vecino y mi amigo de la infancia.

Con la grata sorpresa que me causó la noticia, me alejé del Convento, galopando camino de Shang-hai; mientras pensaba en los caprichos del destino, que me hacía hallar en China, como misionero jesuíta, al que había perdido de vista desde que salí de la escuela.

Aquella noche referí lo sucedido á mis buenos amigos los Sres. de Ginart, que dijeron conocían al Padre Guillén y al siguiente día muy temprano, estaba llamando á la puerta del presbítero de Hong-kiú.

Después de tantos años, como habían transcurrido, trabajo me costó reconocer en aquel Padre de luenga barba, afeitada cabeza, con trenza hasta los pies y vestiduras chinas, al joven que conocí, siendo yo un niño: él me desconoció por completo. Mirándonos estuvimos algunos segundos, hasta que, dije quién era el desconocido que le hablaba: entonces caímos en brazos el uno del otro. ¡Quién hubiera podido imaginar, que un día nos volveríamos á ver, tan lejos de Castilla, siendo él párroco en China!

Entre los escasos huéspedes del «Hotel des Colonies», había un capitán italiano Signor G., persona muy ilustrada, que venía de Pekín, á quien sus aficiones militares le indujeron á solicitar permiso por medio de su Cónsul, para visitar el campamento chino del ejército de Shang-hai.

Creyendo sin duda que la visita tendría igual interés para nosotros, nos invitó con su habitual cortesía, á D. Manuel Ginart y á mí, á que le acompañásemos en sus marciales investigaciones.

No supimos rehusar el convite y emprendimos la marcha al campamento, guiados por el intérprete del Consulado italiano, á lo largo de las murallas de la ciudad china, hasta salir á campo raso, donde comenzamos á ver á pie ó llevados en carretillas, el coche de los pobres allí, harapientos chinos de siniestro aspecto, que gastaban anchos sombreros de paja y tenían en el pecho, así como en la espalda, unos parches blanquecinos, con algunos signos escritos.

Digitized by Google

Dudaba sobre lo que serían, suponiendo fueran presidiarios, cuando á fuerza de andar y de cruzarnos con aquellos individuos, que nos miraban de reojo ó con insolencia, divisamos por cima de un parapeto de fango, el curioso estandarte de un general chino. Era el campamento y los del parche, nada menos que soldados del ejército imperial; pero como en China la profesión de las armas no goza de gran reputación, porque dicen, que «del buen hierro no se hacen clavos», de la milicia no forman parte más que los vagabundos, los criminales, los perseguidos por la justicia y los que por ésta se ven obligados á servir, en lugar de estar en la cárcel. De ello resulta, como es natural, un ejército de merodeadores, incapaz de ningún fin guerrero.

Tan pronto como bajamos del *yin-riki-sha,* nos vimos rodeados de aquella chusma, sucia, harapienta y repugnante. Mientras el intérprete mostraba el permiso á uno de ellos, pues en la puerta no había guardia, los más insolentes se entretuvieron en palparnos, tocar nuestras ropas, reirse de nuestras caras blancas y hasta en apoderarse de los lentes del capitán italiano, no acertando á explicarse cómo podían sostenerse automáticamente en las narices, acostumbrados como están los chinos, á ver sus mandarines con un par de enormes antiparras, sujetas por fuertes y gruesos muelles.

Al parecer, había dificultades para dejarnos entrar, según pudimos colegir por los gritos desaforados y descompuestos ademanes, de aquella andrajosa soldadesca. Y para cortar por lo sano, presumiendo que nos harían perder la tarde en inútiles negociaciones, nos metimos de rondón en el campamento, dejando á nuestro intérprete entre las garras de la canalla.

Antes de que se dieran cuenta, nos encontrábamos ya dentro del campo atrincherado, curioseándolo todo.

Una calle ancha y recta, conducía á una especie de cobertizo, bajo el cual guardaban una docena de tridentes, alabardas, chuzos y cuchillos de carnicero, atados y enchufados en bambús. Á los lados de la calle había unas cuantas chozas, más bien pocilgas de tierra apisonada, dentro de las que se

Digitized by Google

distinguían algunos desgraciados enfermos, medio desnudos, y en los rincones algún que otro fusil de chispa. Detrás del cobertizo ó armería, estaban el *yamen* del Mandarín general, que nos disponíamos también á visitar, cuando, teniendo en cuenta la actitud amenazadora de la soldadesca, que nos empujaba dando espantosos alaridos, mientras otros tocaban el *gong* á rebato, no tuvimos más remedio que emprender la retirada de aquella guarida de salvajes, pero en buen orden y con estudiada calma. Uno de ellos, vestido de encarnado, con un dorado sombrero de rarísima forma y de mal mirar por el único ojo que le quedaba sano, era el más furioso de todos, quien alentaba á los demás y como un energúmeno nos amenazaba con una maza cubierta de jeroglíficos.

El cuadro de nuestra expulsión *manu militari,* dirigida por el cíclope de la maza, tuvo mucho color local y poco le faltó para que de cómico se transformara en trágico.

Todo cuanto veía en China, era tan diferente, de lo que durante un año me había rodeado en el Japón, y el género de vida tan distinto en Shang-hai, ciudad donde se hacía la vida occidental, al solitario y oriental de la «Colina» de Yokohama; que los días se deslizaban sin sentir, compartidos entre visitar curiosidades y frecuentar la grata compañía de los señores Ginart, el Padre Guillén, á quien iba á oirle predicar, en chino, ante sus feligreses indígenas y la de los señores Vela, matrimonio de artistas, muy estimado por la colonia europea de Shang-hai, donde desempeñaba el cargo de Director de la banda de Música Municipal el Sr. Vela, un emprendedor aragonés, que no desmentía la viril raza de aquellos catalanes y aragoneses, que con Berenguer de Entenza y el esforzado Rocafort, inmortalizaron su nombre con legendarias proezas en el Oriente, y evolucionando, no se han desdeñado de adoptar en el presente, las armas del progreso y de la civilización, para combatir por la vida.

Así llegó el momento de partir para Pekín, que no era ciertamente el más propicio para visitar la capital del imperio chino, á causa de la epidemia colérica, de estar inundado el país por el Pei-ho, lo que dificulta grandemente el

Digitized by Google

viaje desde Tientsin, cuando desborda aquel río y de la efervescencia entonces reinante en contra de los extranjeros, poniendo en peligro la vida de los residentes en Pekín. Mas como la ocasión de visitar aquella lejana capital, era única, suponiendo que la profesión no me obligaría á volver á tan remotos países, no la quise desaprovechar, á pesar de los sensatos y buenos consejos, que me dieron, para hacerme desistir de tal propósito.

Digitized by Google

I

PEKÍN

GRAN MURALLA Y TUMBAS DE LOS MING

Con alguna mejor salud y acompañado de un chino cristiano, feligrés del Padre Guillén, que hablaba un poco de francés y llevaba como criado, un miércoles *3 de Octubre* me embarcaba para Tientsin, en el «Pau-tah», vapor costero chino.

Á bordo era el solo pasajero europeo, ocupando los otros tres minúsculos camarotes que tenía el pequeño buque, el Tao-tai, gobernador de Tientsin, un rico mercader del país y una china constantemente vigilada por tres viejas dueñas.

Cruzamos el Mar Amarillo, con todas las molestias de una mala navegación, pasando frente al puerto militar inglés de Wei-hai-wei, antes de tocar el sábado, *día 6* en Chifú, puerto bastante abrigado, en el fondo de unas montañas fortificadas.

Como el mar estaba agitadísimo, con mil trabajos embarcaron en el «Pau-tah» además de un enorme sarcófago, algunos pasajeros indígenas, entre los que descollaba un mandarín, ostentando las insignias de su elevado cargo, á quien rodeaban múltiples servidores desarrapados, llevando en procesión grandes abanicos, plumeros, la sombrilla jerárquica del superhombre y un *gong,* con el cual atronaban.

Por un mar deshecho, continuó su viaje el «Pau-tah», atravesando el golfo de Petchili, donde ahora se desarrollan las operaciones navales de la escuadra japonesa del almirante Togo, dejando atrás una isla llamada «La puerta del cielo» y luego á la derecha Puerto-Arturo, en cuyas aguas hallaron la muerte el Almirante Makaroff, su Estado Mayor y toda

Digitized by Google

la tripulación, en la tremenda y reciente catástrofe del acorazado ruso «Petropavlosk».

Al amanecer del *Domingo 7,* estábamos frente á Takú, en la desembocadura del Pei-ho, fortificada por los chinos y tomada por los europeos, tantas veces cuantas han marchado sobre Pekín, como en la última expedición militar combinada, para levantar el sitio de las Legaciones, asediadas por los *boxers*.

La marea estaba baja y aguardando la pleamar, para que nuestro vaporcillo pudiera atravesar la barra, pasamos todo el día frente á Takú, balanceados desagradablemente.

Leva anclas el «Pau-tah», la máquina se pone en movimiento y antes de llegar á la embocadura del Pei-ho, ya encallamos: mientras la hélice batía furiosamente el agua fangosa del río, haciendo esfuerzos para desembarrancar, cruza por nuestro lado un gallardo bergantín alemán, el «Mozart», con todas sus velas desplegadas.

Por fin la marea nos pone á flote y entramos en el río, surcado por juncos chinos, negros, sucios y primitivos, que parecen modelos representando bajeles de tiempos prehistóricos. De esas galeras sólo sobresalen del agua, la proa y la popa; aquélla adornada con dos enormes ojos espantados y ésta llena de jeroglíficos y un colosal timón. En sus múltiples palos flotan infinitas banderolas policromas, alternando con escobas y todo género de objetos extraños, inventados por la bárbara fantasía de los celestiales. Se mueyen con desesperante calma, á pesar del numeroso velamen, más los veinte remeros que llevan por banda; los tripulantes ofrecen un aspecto salvaje.

Los fuertes que defienden la entrada del Pei-ho, son de tierra apisonada y parece como que van á desmoronarse, en las aguas pantanosas que les rodean.

Poco después se ve el *settlement* europeo, compuesto de una docena de casas de mezquina y triste apariencia, situadas al nivel del río; luego el pueblo chino de Takú, poblacho todo de tierra, que semeja una ciudad de topos, donde se amontona casi un millón de habitantes.

Digitized by Google

El «Pau-tah» culebrea por las sinuosidades del río, desfilando rápidamente ante los ciento de miles de chozas de adobes y tierra, que componen la población de Takú, hasta llegar á unas salinas explotadas por el Gobierno.

Como la navegación por el río requiera gran habilidad, para manejar el barco en las violentas curvas, el capitán Petterson, un americano que hablaba correctamente español, hace su comida sobre el puente y me invita á compartirla, para no perder las emocionantes peripecias, del eterno culebrear.

En esto la noche se viene encima, durante la cual la navegación por el Pei-ho, se suspende. El capitán manda estopar y á las siete cae el ancla.

Lunes 8.—Á las cuatro de la madrugada levan anclas; la mañana es fresca. A través de la densa niebla, se distingue una llanura inundada. El Pei-ho desborda por todas partes; en las orillas, infinitos y miserables pueblos de adobes, sitiados por las aguas, parecen deshacerse. La gente sucia, harapienta y desaliñada, sale á ver pasar el vapor. Por todas partes se ven hombres, que mientras cavan, dan un vistazo á las redes de pescar.

El río serpentea por la infinita llanura sin horizonte, convertida en inmensa laguna y el barco, guiado por el diestro capitán, se retuerce y culebrea.

En un recodo muy estrecho, encallamos; media hora se tarda en poner á flote el «Pau-tah»: por fin, á lo lejos se alcanzan á ver los palos de los buques anclados en Tientsin y las chimeneas de los arsenales. A las doce fondeamos.

Después de tomar alojamiento en una posada medio china, llamada «Globe hotel», voy al Consulado de Francia, porque España no lo tenía en Tientsin, á pedir el necesario pasaporte, para ir á Pekín.

Con gran trabajo logro del Cónsul encargado de los intereses españoles, el que llegue á dignarse facilitarme el documento, pero, en contra de la costumbre universalmente observada en esos países, ni aun tiene la atención de indicarme el menor detalle, sobre el modo mejor de hacer el viaje.

Digitized by Google

Segun luego me pude informar, tres medios de locomoción había para ir á Pekín: embarcado, en carreta y á caballo.

Remontar el Pei-ho en barca china, tirada á la sirga, era empresa de siete ó más días de navegación por el río, hasta Tung-Chao, á causa de la fuerte corriente. Por tierra, en carreta, estando el país inundado, calculaban se tardaría cuatro días en llegar á Pekín, y decían, que á caballo, apretando, se podría llegar en dos. Sin titubear, decidíme por este medio de locomoción, por ser preferibles dos días á caballo y una noche en una posada china, á siete de barco, ó á cuatro de carreta.

Como Dios me dió á entender, sin apoyo ni ayuda de nadie, y sin hablar la lengua, resolví por mí el asunto.

Me avisté con el maestro de postas chino, que por señas me dijo, podía ir á caballo á Pekín, á pesar de la inundación y en vista de que mi equipaje no podía llegar allí por carreta, antes de tres días, decido salir el miércoles 10, para llegar á Pekín el 11 por la tarde.

Día 10.—Es aún de noche cuando bajo á la puerta de la posada, á esperar la llegada del *mafu,* palafrenero, con los caballos. A las cinco monto en una jaca flor de romero y salgo trotando por la «Concesión» europea. Todo duerme; las casas están cerradas á piedra y lodo: en las angostas y sucias calles, no se ve un sér viviente.

Al amanecer entramos en la ciudad china, donde en la media vara de fango que hay en las calles, se atollan hombres y bestias. Comienzan á abrirse las tiendas, y los mercaderes agitan el *soroban* *, llamando á la fortuna. Aquella degenerada multitud que obstruye la calle, me dirige hostiles miradas.

Para atravesar el río, hay que pasar sobre un puente de barcas, al cual se llega por unos tablones podridos, movibles y escurridizos. Sin desmontarme ni caer al río, gracias al seguro pie de mi caballo, me encuentro en el puente. Pero en

---

* Instrumento que les sirve para resolver con increíble rapidez y absoluta seguridad, el problema más complejo.

Digitized by Google

la mitad está cortado. Siempre á caballo, paso á una barca que me lleva al otro trozo de puente y sin poner pie en tierra, saltando por tablones aún más difíciles y peligrosos que los primeros, llego á la opuesta orilla.

Al salir por la puerta de las murallas, comienzan unos arrabales indescriptibles. La miseria, el abandono, la suciedad y la inconcebible incuria de los chinos, se presentan allí en toda su desnudez. Un hombre medio desnudo, duerme sobre un estercolero; una familia se cobija bajo una estera podrida; un vendedor ambulante, de no se sabe qué cosas, que ni aun los perros podrían comer, pregona su mercancía, y los chicos cubiertos de roña, corren desnudos por arroyos de inmundicia, revolcándose con los cerdos.....

El camino sigue la orilla derecha del Pei-ho. La tierra está inundada en cuanto alcanza la vista. Me cruzo con caminantes á pie, algunos en sillas de mano y pocos á caballo.

Siendo mi plan ir á dormir á Chan-cha-uan, donde me espera mi *boy* con la comida preparada, es preciso no perder el tiempo; á trotar y galopar.

Las infinitas eses del curso del río, cuadruplican la longitud del camino. Nos separamos del Pei-ho, dejándolo á la derecha y seguimos por una senda de carretas, que atraviesa multitud de pueblecillos de adobes, sucios, tristes y repulsivos. La gente sale á las puertas, me mira; y se ponen á dar gritos, alaridos ó rugidos.

Las mujeres, desgreñadas, legañosas, con trajes grasientos y desgarrados, se sostienen difícilmente, sobre unos pies convertidos en dos repugnantes muñones, con los cuales se arrastran en la pecina. Los hombres no llevan más vestido que el pantalón.

Yang-tsun, 10 mañana.—Los caballos descansan mientras comen un pienso. Un triunfo me cuesta hacer arrancar al *mafu,* que se empeña en que no lleguemos á Chan-cha-uan. Logro montar á las once; atravieso toda la población y en el campo comienza de nuevo la carrera. El sol calienta al mediar del día y el cansancio se deja sentir.

El camino sigue unas veces un vallado, en el que están

Digitized by Google

los postes telegráficos, otras va por las encharcadas tierras, otras por las lindes y la mayor parte, por ningún lado.

Á la caída de la tarde el cansancio me rinde, el caballo no puede más: como el famoso rey de Inglaterra, que desmontado en lo más rudo de la batalla decía,—mi corona por un caballo—yo,—un tesoro hubiera dado, por un coche.—Llegamos á las cinco á Hukiau, donde quería alquilar un carro para seguir hasta Chan-cha-uan, porque ya no podía tenerme á caballo, pero el *mafu* que no hablaba más que chino y no me entendía, pasó de largo, sin poder advertirme que era el pueblo que buscaba. Al anochecer, muerto de fatiga, me hallo perdido, en medio de un campo inundado, sobre un caballo agotado.

Veo al fin sobre una colina, una cabaña sitiada por el agua. Hago llamar al *mafu* y pido hospitalidad, al chino que sale á abrirme. Al cabo de algunas dificultades, allanadas con dinero, deja entrar al «diablo oceánico» y después de trece horas de continuo cabalgar, echo pie á tierra.

En un rincón de la cabaña, ardía una fogata de yerbas secas, un candil arrojaba mortecina luz sobre aquellas ahumadas paredes de barro y en este reducido espacio había unos veinte mongoles, que, pipa en mano, aumentaban el humo de la fogata y del candil, haciendo la atmósfera irrespirable.

El chino me dió una taza de té, y con botas y espuelas, sin haber comido en todo el día, me tendí sobre el suelo, poniendo de almohada, el impermeable arrollado.

Jueves 11.—No me desvelaron el temor de ser robado ó asesinado, ni el pensar que me hallaba perdido entre aquellos seres, en el fondo del Asia. Á las cuatro de la mañana me despierta el relucir de las estrellas, que veía brillar á través de las grietas de la cabaña. Mis compañeros roncaban en coro, sin acordarse de mí.

Bebo una taza de té, pago al chino, cojo del diestro la jaca y aún de noche empiezo á caminar con rumbo á Pekín, seguido del *mafu*.

El frío es intenso en aquellas llanuras inundadas; la senda

Digitized by Google

casi invisible y el fango me obliga á montar á caballo, á pesar del frío.

A eso de las siete de la mañana, nos encontramos sitiados por todas partes, por el agua; obstáculo que hubiera sido insuperable, de no haber hallado un correo tártaro, que nos dirige á un sitio donde hay una barca. Salto á una especie de artesa y un chino pasa á nado del diestro el caballo, del otro lado, haciendo luego otro tanto con el del *mafu*.

Chan-cha-uan.—Mi deseado paraíso de ayer, al que no me fué posible llegar, se me presenta á las nueve y cuarto. En una posada dicen, que mi criado con el equipaje, ha salido ya para Pekín. ¡Gran desilusión estomacal! ¡Cuatro horas más de cabalgar y de ayuno! Por fortuna, á las once llegamos á un sitio donde abundan las posadas y á la puerta de una, reconozco mi equipaje sobre una carreta. Llamo al *boy*, según en China se llama á los criados y le pregunto si tiene algo de comer; preséntame un pollo asado, y después de treinta horas de ayuno forzoso, logro asimilarme algo.

No faltan más que dos horas para llegar á la capital. A caballo y en marcha.

Al aproximarse á Pekín, nada revela las cercanías de una gran ciudad. Los mismos pueblos miserables, iguales hombres é idénticas mujeres, rebozados en mugre.

El camino sigue siendo una senda, y los escasos viajeros son gente de á pie. Más adelante se ven algunas caravanas de camellos.

Luego se pasa junto á algunas necrópolis, hechas con montones de tierra y altas lápidas de mármol blanco, llenas de caracteres; otras tienen una puerta sin cerca y en el fondo un vallado en anfiteatro.

Hacia la una de la tarde, distingo á lo lejos una de las monumentales puertas, de las murallas de Pekín. Corro las espuelas al caballo, vuelo, levanto nubes de polvo, salto por charcos, atropello cerdos y burros, que se revuelcan, y sólo paro sobre las grandes losas, que forman el pavimento de la puerta.

Las altas murallas de Pekín, construídas con grandes la-

Digitized by Google

drillos, tienen torreones de trecho en trecho, sumamente macizos, con puertas chapeadas de cobre y grandes clavos.

Paso la puerta revuelto entre carros, mulas y camellos, que levantan el polvo acumulado por los siglos y entro á galope en Pekín.

Dentro ya de la ciudad china *, se ve una ancha calle con casuchas viejas y negras, alternando en el arroyo el lodo y los charcos, con montones de polvo y muladares. El olor es insoportable.

Precedido del *mafu*, que me guía á través de aquel dédalo de basureros, donde famélicos perros se ofrecen opíparos banquetes y de casuchas en ruína; me dirijo á una de las puertas de la ciudad tártara, por una calle que hace tres siglos estaría enlosada, pero donde ahora faltan la mayor parte de las piedras y hay verdaderos pozos negros en los huecos, donde se puede ahogar una persona en la inmundicia que los llena.

En Hatta-men, la puerta de la ciudad tártara, que pasa estrujado entre un camello y un mandarín á caballo, se amontonan enorme y revuelto tropel de carros, caballerías, camellos y hombres.

Muy cerca de Hatta-men, empieza la calle donde están agrupadas las Legaciones extranjeras y después de pasar por las puertas de algunas, paro el caballo ante el escudo de Castilla y León. Apéome, por fin, después de haber recorrido, no ya las millas que separan Tientsin de Pekín, sino muchas más, á causa de los rodeos forzosos á que obligaba la inundación del país. Entro y estrecho la mano del Encargado de Negocios de España, el cual me ofrece hospitalidad y me presenta al Sr. D. Constantino Vallín, Secretario de la Legación. Estos señores me enseñan la Legación, explicando las razones, que el lector se puede figurar, de la excesiva modestia con que estaba instalada la representación española. Sin jardín, sin capilla, sin cancillería, ni dependencias, sólo

* Pekín se compone de tres ciudades; la imperial ó prohibida, residencia del Soberano; la tártara y la china.

Digitized by Google

tenía cuatro viviendas construídas á la ligera: una mayor para el jefe, otra pequeña para el primer secretario, otra igual para los dos terceros, y otra para el intérprete.

Al siguiente día de mi llegada, amablemente acompañado de mi colega Sr. Vallín, comienzo á visitar las curiosidades de Pekín, por el Observatorio, donde vamos en carreta. Llegamos al pie de la muralla, en que está situado, donde un repugnante chino, se opone con gritos y ademanes descompuestos, á dejarnos pasar. Pero una ristra de *sapecas* le hace cambiar de opinión. Por una escalera de ladrillos subimos á una plataforma en que están colocados los célebres y magníficos instrumentos astronómicos de los Padres jesuítas, cuando estos misioneros gozaron de gran favor en la Corte de Pekín, en el siglo XVII. Son verdaderas obras de arte en bronce, que da pena ver en las manos de aquel pueblo degradado, vil y abyecto. Uno de los instrumentos, de estilo Renacimiento, es regalo de Luis XIV de Francia. Los otros, fundidos en Pekín, bajo la dirección de los Padres, son de dibujo chino.

El panorama de la ciudad, visto desde el Observatorio, es magnífico. Las monumentales puertas de la muralla, fijan los límites del bosque, en que parece diseminada la ciudad, destacándose sobre el verde, los amarillos tejados de la ciudad imperial y las altas murallas que separan la China de la Tártara. En el fondo, á la derecha, se ve la «Torre del Carbón», sobre una montaña de este combustible, acumulado según cuentan por un previsor monarca chino, hoy cubierta de frondosa vegetación.

No lejos de allí se encuentra el llamado «Campo de Exámenes», donde, durante el mes que pasan en tiendas de campaña los aspirantes al *mandarinato,* hacen sus ejercicios de suficiencia, ante tribunales formados por mandarines de alto rango.

Del resultado obtenido en el sistema de administración y Gobierno imperante en el imperio chino, nadie mejor puede juzgar, que un inteligente observador que haya tenido ocasión de estudiarlo de cerca, con las facilidades que en todos

Digitized by Google

los países y más en los de Oriente, tienen por su posici oficial los diplomáticos. Y como estas condiciones y ot muy brillantes reuna el diplomático español D. Fernando Antón del Olmet, que como fruto de su residencia en Pek publicó el ya mencionado ensayo, sobre *El Problema de China;* á su autorizada y competente opinión, nos referim sobre este particular, ya que un viajero no la pueda emi con pleno conocimiento de causa.

Dice así, el distinguido diplomático español, en el capitu de su ensayo, dedicado al análisis de «El Gobierno chin

«Lo que en el Celeste Imperio impide desde hace siglos entrada de la civilización de Europa, es la rutina, la sag da rutina, culto supremo y verdadero de la raza. Mas sería la rutina un obstáculo sólido que resistiera con éxito empuje del progreso, si no estuviera encarnada en los Letr dos, en el sistema de Mandarinato, que es el eje de la Adm nistración y el Gobierno del Imperio. Contentos los Mand rines con el estado de cosas actual, que les coloca en con ciones de realizar impunemente su negocio, no ven la caus por la que deba cambiar radicalmente la secular idiosincras del Imperio. Pero no es esto sólo: es que para reorganizar China, para sacarla de su atraso embrutecido, es necesar desmontar toda la máquina de un Imperio inverosímilmen colosal, montada sobre un eje podrido, cual es el régimen d Mandarinato, en el cual están basados el Gobierno y la a ministración del Imperio. Los Mandarines que viviendo e Europa han comprendido la necesidad de reorganizar las c sas, no se atreven á tocar la vieja máquina, temerosos de q se pulverice y los aplaste, anonadados con pavor ante la id de despertar la cólera, la indignación y la venganza del s cular Mandarinato, interesado guardián de la rutina intra sigente confiada á su custodia.»

Con tanta maestría y sobriedad, está trazado este cuad de la plena descomposición, político-social-administrativ del cadáver chino; que no nos hemos atrevido á subrayar a gunos conceptos, por temor á poner, involuntariamente, marco occidental, á esa realista pintura, de la muerte naci

Digitized by Google

nal de un pueblo, que recuerda la famosa y aterradora de Juan Valdés, en la Caridad de Sevilla.

Siempre en carreta, que de no ir á caballo, es el único medio de locomoción pekinés, vamos al Templo de los Lamas, dando tumbos, tragando polvo y malos olores.

Previamente advertidos de la sórdida avaricia de los *bonzos,* llevamos un quintal de *sapecas,* ochavos chinos, divididas en ristras de á dos *tiao* y varios billetes de á dos, tres, cuatro y cinco *tiao,* metidos en diferentes bolsillos, á fin de no excitar la concupiscencia de los *bonzos* y de no aumentar sus vejaciones.

El monasterio está cerca de la muralla Norte. Bajamos del carro, y á la puerta una docena de repulsivos monjes, con la cabeza sin afeitar desde quince días antes, vestidos con túnicas de color amarillo, grasientas, andrajosas y descoloridas, nos cierran el paso con ademán amenazador, que un billete de cuatro *tiao* hace pronto deponer, aunque siempre refunfuñando. De igual manera atravesamos varios patios con árboles y una serie de puertas, donde se fueron repitiendo las escenas de no querer dejarnos entrar, hasta que pagábamos en cada una el peaje. ¡Cuánta vileza, la de aquellos holgazanes sin dignidad!

Los templos famosos, comparados con los búdicos del Japón, valen bien poco, pues el tiempo, la incuria y el polvo, han hecho desaparecer las pinturas, tallados y dorados. El mayor encierra una colosal estatua dorada de Buda, de escaso mérito. La decoración interior y artesonados son artísticos. En las paredes están los retratos de los diez Rakka y del techo penden las banderas que decoran generalmente los templos búdicos.

¡Qué diferentes son los templos del Japón! Allí hay arte, gusto y riqueza; en China mal gusto, pobreza y suciedad.

En uno de los templos, había unos mil lamas, entonando plegarias á canto llano. El efecto causado por tantas voces tenía algo de imponente. Llevaban cubierta la cabeza con un gorro frigio de piel amarilla.

Templo de Confucio.—Un ancho patio de entrada, con va-

Digitized by Google

rios kioskos encerrando grandes lápidas de mármol blanco de una pieza, con el dragón imperial esculpido, precede al templo, que es grande, con anchas columnas y artesonado. No contiene efigies, símbolos ni emblemas y parece un pajar vacío.

Al salir nos dicen que hay que ver una silla, donde se sentaba el filósofo chino; nos dirigimos á la capilla donde guardan la reliquia y á través de la puerta entreabierta, comienza el consabido regateo para entrar. Llegamos hasta ofrecer un *tiao;* pero como los de adentro lo rechazaran, en la creencia de que doblaríamos la cantidad, abandonamos la curiosidad, dejando á aquellos gandules, desconcertados y mohínos.

Paseo por la ciudad tártara.—Atravesando varios pórticos en ruínas, y arcos de madera carcomida, nos dirigimos del lado de la ciudad imperial, los Sres. Vallín, Mencarini * y yo.

Una alta muralla con ancho foso la rodea; en los ángulos hay unos torreones de elegante arquitectura. De los palacios sólo se ven las techumbres, cubiertas de tejas de amarilla porcelana. Las puertas están guardadas por numerosos soldados; una multitud de mandarines, entra y sale. Frente al palacio hay un templo, en que se guardan las lápidas de los emperadores deificados.

Un poco más allá, está el famoso puente de mármol, que divide el lago, en el mar del Norte y del Sur. Desde este vestigio de una grandiosa civilización en su apogeo, hoy amarillento, sucio y roto el mármol blanco y cegado el lago por el lodo, se ve la torre de la Montaña del Carbón, donde se suicidó el emperador Tung-Tchin, último de la brillante dinastía de los Ming, dirigiendo un saludo al nuevo emperador, escrito con sangre sobre el vestido.

La impresión que causa esta parte de la ciudad, es de ilimitada admiración, ante las ruínas majestuosas, de los monumentos levantados en la edad de oro de China. Se prescin-

---

* D. Juan Mencarini, que representaba á los españoles, en el servicio de las Aduanas chinas organizadas por Sir Robert Hart; y que hace pocas semanas dió interesantísimas conferencias sobre el Japón y la guerra actual en la Sociedad Geográfica.

Digitized by Google

de del polvo y el cieno, en que están enterradas esas maravillas; la imaginación las reconstruye, las limpia y luego las admira. No se comprende cómo un pueblo que llegó á tan alto grado de civilización y que aun hoy conserva algunos destellos, haya caído tan bajo!

El gremio de joyeros está en una anchísima calle, con baches que parecen zanjas, charcos que son lagunas y una vara de polvo, allí donde no habían regado, con lo que riegan las calles de Pekín, que no es con agua, ni mucho menos de azahar! Entramos en una tienda de pobre apariencia y pedimos ver algunos objetos. Nos preguntan qué clase deseamos y decimos que de todo, pero que antes necesitamos ver, para poder elegir. Gran trabajo costó lograr de aquellos desconfiados mercaderes, que nos enseñaran una tosca sortija y una mezquina peineta, groseramente hechas. Insistimos en que nos mostrasen algo mejor y contestaron que nada tenían concluído.

Nos disponíamos ya á marchar, cuando se decidieron por fin á dejarnos pasar al interior de la casa. Primero nos enseñaron una alhaja, luego tres y así en aumento, hasta que se convirtió aquello, en una cascada de preciosidades. Todos los dependientes de la tienda, estaban ocupados en desplegar ante nuestros asombrados ojos, maravillas de arte, gusto, paciencia y concluído.

Trabajo costó romper el hielo; pero dado el primer paso é inspirándoles confianza, pasaron al extremo opuesto, amontonando ante nosotros, centenares de piedras preciosas de mucho valor.

La filigrana, la trabajan á perfección, combinada con dibujos imitando esmalte, hechos con plumas azules del pájaro llamado «pescador». Las formas y las monturas son verdaderos prodigios. Sólo los chinos con su paciencia, pueden producir esas obras maestras de filigranas, calados, cincelados, repujados, en combinación con las plumas y piedras de que componen sus alhajas.

Los pendientes y agujas de dragón, los adornos para la frente, las pulseras de brazos y piernas, las tabaqueras, los

Digitized by Google

juegos de botones, los diferentes adornos del traje chino, s otras tantas tentaciones á las que no pude resistir, vaciar mi escarcela en el mostrador del orfebre oriental.

Era ya de noche cuando salimos de la tienda para volv á la Legación, lo que me permitió juzgar del alumbrado Pekín: consiste en unos faroles de madera, cubiertos de pap que por lo demás nunca están encendidos. No hay para q decir, si es peligroso salir de noche en Pekín, con aquel derrumbaderos que llaman calles, sumidos en la obscurida

Templo del Cielo.—*T'ien-t'an,* ó Altar del Cielo, es el tem plo más importante y curioso que se puede visitar en Chi Es á modo de una basílica imperial y en él se rinde culto á primitiva religión monoteísta, luego sustituida por las doc trinas racionalistas de Mencio y Confucio.

Las ceremonias que tienen lugar en los dos solsticios de i vierno y de primavera, en las que toma parte el emperador dicen son muy interesantes.

A visitar este curioso monumento, fuí con el Sr. Mencar por unas callejuelas horribles y dispuestos á burlar la vig lancia de los cancerberos que guardan el templo del Cie

Durante el trayecto, en carreta por supuesto, de milag no volcamos ni padecimos fractura, con aquel espanto traqueteo.

Cerca ya de *T'ien-t'an,* dejamos el carro y á paso gimná tico, seguimos la muralla durante tres cuartos de hora, has dar con un sitio en que estaba derruída; precisamente de lado de la puerta de Pekín.

Entramos en el Parque, saltando la tapia y á la carrera como quien da una carga á la bayoneta, fuimos á la segund cerca, que era la más difícil de pasar. Pero los guardian nos habían descubierto y tan pronto nos divisaron, cerrar y atrancaron las puertas. Entonces tratamos de parlamenta sobornando al portero, que fué incorruptible, pues de estaba el mandarín por allí y tenía miedo de que nos vie

En vista de esta negativa, decidimos entrar por cualquie otra parte; y gateando por un árbol, pasamos por una ram hasta el tejado de la cerca, cuando, otro guardián que n

Digitized by Google

eguía silenciosamente, nos..... aconsejó ir un poco más allá, onde había una desvencijada puerta, fácil de forzar!

Gracias á tan buen consejo, entramos, y pudimos ver el ıuoso Templo del Cielo, grandioso monumento circular, con na techumbre cónica cubierta de tejas azules, del tiempo el Emperador Kien-lung.

Sin pararnos en barras, penetramos en el templo, sucedie- a lo que sucediera.

El interior, de proporciones magníficas, está ornado de grandes altares de madera tallada é inmensas tablas llenas le inscripciones ideográficas. Las ventanas estaban cerradas con cristales azules. En el centro, rodeado de una baranda primorosamente esculpida, se levanta «el Altar del Cielo» especie de colosal ara de mármol blanco, al que se sube por veintisiete escalones; el altar es de forma circular y tiene un diámetro de cien pies. Hay además, un crematorio para todas las ofrendas, y recipientes para recoger la sangre y la cabe- za de las víctimas sacrificadas.

La impresión que causa *T'ien-t'an,* es grandiosa; pare- ciéndome el más notable de cuantos templos había visitado, tanto por sus enormes proporciones, como por su arte y ri- queza.

En el Templo del Cielo estábamos, cuando la campana de la queda anunció con voz solemne y triste, que las puertas de la ciudad tártara iban á cerrarse. Preciso era correr para no quedarse encerrado en la ciudad china.

Salimos del Templo del Cielo y á la carrera atravesamos el inmenso parque que le circunda. Llegábamos á la puerta de la última cerca, cuando nos atisbaron los malditos guar- dianes, que se apresuraron á cerrarla con cuantas cerraduras y trancas conocen los chinos.

Si dificultades nos habían hecho para entrar, ahora no que- rían dejarnos salir, sin que pagásemos á precio de oro, el que nos abriesen pronto la puerta, so pena de encontrarnos ya ce- rrada la de la muralla de la ciudad y tener que pasar la no- che al raso, en los peligrosos alrededores de Pekin.

Nos disponíamos ya á dejarnos saquear, cuando Mencarini

Digitized by Google

se apercibió, de que el monumental candado de la puerta no estaba cerrado con llave: se abalanza á él, colgándose de la barra, le tira por tierra; blando yo entonces la enorme palanca que atranca la puerta, acude Mencarini como refuerzo, para rechazar el ataque de los guardianes y ruedan por el suelo, los que querían impedir que nos escapásemos de sus garras, sin dejar en ellas cuanto dinero llevábamos.

Cuando quisieron levantarse, ya habíamos entreabierto el portón y corríamos como gamos en busca de nuestra carreta.

Las chinos comprendieron que nuestra persecución era inútil y nos dejaron marchar en paz, sin pagar el rescate.

GRAN MURALLA

Día 14.—Imperdonable hubiera sido para un viajero que llega hasta Pekín, no poner digno remate á viaje tan largo, visitando una de las humanas obras más grandiosas: la célebre muralla de la China.

Organizada la expedición, salimos al amanecer el Sr. Vallín y yo, acompañados de un intérprete de la Legación, un cocinero y un criado, en carretas chinas, tiradas por mulas. Llevamos provisiones para cuatro días, calculando que la expedición durará unos tres.

La larga fila de carretas se pone en marcha al trote. Contorneamos la interminable muralla de la Ciudad Imperial, pasando delante de la mezquita construída por el Emperador Kien-lung, para una de sus favoritas del Turkestán y después de dos horas de recorrer la ciudad tártara, donde se nos une el Sr. Mencarini, llegamos á la puerta Hsi-chich-men.

Empieza á llover, se calan los toldos de las carretas y los que vamos dentro tomamos una lenta ducha de regadera.

Fuera de puertas, seguimos un camino enlosado, molido por los años y las ruedas, sobre el que el carro salta, da tumbos y deshace los huesos de los asendereados viajeros.

Pasados los arrabales de Pekín, comienzan ya á verse edi-

Digitized by Google

ficios en ruínas, con tejas amarillas. Son los mensajeros de los famosos palacios imperiales de verano.

Junto á un pórtico de porcelana, torcemos por un camino encerrado entre dos muros. Por todas partes hay ruínas de pagodas, kioskos y puentes de mármol, cuyos pretiles yacen en el fango. Desde lo alto, la vista es grandiosa; en las montañas y colinas inmediatas, se ven torres y dagobas de mármol y porcelana, palacios y fuentes escalonadas.

Se hace alto junto á un templo, cuyo *bonzo,* amigo del señor Mencarini, se ofreció á servirnos de guía.

Conforme á nuestro proyecto de visitar Yuen-Min-Yuen, Uan-shau-san y U-chuan-san, empezamos por este parque imperial, que toma su nombre de un cristalino manantial, del cual llevan agua para el Emperador.

El sendero que seguimos, guiados por el *bonzo,* trepa por las montañas, pasa además por las entradas de varias grutas, que en el interior tienen altares y templetes con la efigie de Buda, todo de mármol (una cuenta, diez mil Budas tallados en la roca) y conduce por fin á la torre ó pagoda, que domina la cima. El panorama abarca todo el valle hasta Pekín y las otras dos residencias imperiales. Pero aquel día, la naturaleza aparecía como dormida.

Guareciéndonos de la lluvia, bajamos de templo en templo para ver la Dagoba y las célebres torres de mármol y porcelana, que en efecto son maravillosas.

Por todas partes yacían maravillosas ruínas, de esos famosos «Palacios de verano» de los Emperadores de China, que la barbarie occidental redujo á cenizas, cuando las tropas franco-inglesas tomaron á Pekín, en la guerra de 1860.

Dícese, que los ingleses, atraídos por el rico botín, fueron los primeros en llegar á los «Palacios de verano», y que los franceses, hallándolos ya saqueados, cuando llegaron, les pegaron fuego despechados, completando así la obra de violencia y destrucción, llevada á cabo por los mensajeros de la civilización occidental.

Si no palacios reducidos á cenizas, que ya no había por quemar, la prensa universal ¿no ha ruborizado á la cristia-

Digitized by Google

na, civilizada y honesta Europa, con el relato de todo género de desmanes, violencias y escandalosos despojos, cometidos por algunos de los que fueron á levantar el asedio de las Legaciones en Pekín, cuando fueron sitiadas por los *boxers?*

Eso, que se sepa, porque habiendo sido juzgados los autores de tales atropellos, por sus respectivos países, la prensa dió publicidad á los hechos. Pero, ¿y los que se ignoran, porque están cuidadosamente envueltos en el misterio? Pues qué, no se dice de algún aprovechado occidental, de elástica conciencia, que sin haber estado asediado ni padecido menoscabo alguno en sus bienes ó persona, logró deslizarse en la lista de damnificados, que como cuenta de los vidrios rotos, presentaron los representantes diplomáticos al Gobierno Chino! ¡Desgraciados los pueblos intervenidos, porque «del árbol caído, todo el mundo hace leña»!

Después de la visita á las ruínas de los «Palacios de Verano», nos abandonó el Sr. Mencarini y continuamos el viaje para Nan-kou, donde, según el itinerario debíamos dormir.

El suplicio de un viaje en carreta, por un camino chino, llega al colmo cuando llueve, porque hay que reducirse á la más mínima expresión para no mojarse, ya que entre el equipaje y el colchón, no se cabe dentro del carro, teniendo que llevar las piernas fuera, colgando.

Cada bache cuesta un nuevo coscorrón y á fuerza de golpes, llegan á doler todos los huesos del esqueleto.

El intérprete que consentimos en que nos acompañara, creyendo sería útil por el camino, luego no sirvió más que de molesto estorbo.

Al acercarse la noche, empieza á manifestar sus temores de andar por los caminos de China á esas horas, pregunta á unos carreteros, sobre la bondad y seguridad del camino y adivinando el sentimiento que le embarga, contestan con sorna, que el viajar de noche es una locura, porque el camino es malísimo y muy peligroso.

Dicho se está, que esto bastó, para que nos hiciera pasar la noche en la posada de Tin-si-suan, aldea cercana á la mon-

Digitized by Google

taña, donde dormimos, en el *kan,* que es sencillamente, lo que en Castilla se llama la gloria.

¡Quién pensara, que en el fondo del Asia, había de hallar ese sistema de calefacción castellano, tan primitivo como agradable!

Nihil novum sub sole, se puede decir ahora, sin abusar del latín, y cuánto parecido tienen las áridas llanuras chinas, con sus pueblos de adobes, á los páramos castellanos, con las villas y villorrios, fabricados de tapiales de tierra. Para ver esto, me decía, no necesitaba haber venido tan lejos, pues en mi tierra, hay páramos, pueblos de barro y hasta la gloria.

Primer día de carreta: desde las seis hasta las once; desde la una hasta las siete. Total once horas.

Día 15.—Se rompe la marcha á las seis de la mañana, para Nan-kou, donde llegamos á las ocho, por un regular camino. Al intérprete le habían engañado..... los chinos!

Nan-kou, es un pueblo fortificado, á la entrada del desfiladero que conduce á la Gran Muralla, donde termina el camino carretero. Dejamos pues las carretas con la impedimenta en la posada, bajo la custodia del intérprete, que no quiso seguir, en cuanto averiguó que el paso del desfiladero era por el lecho de un torrente, cubierto de enormes peñascos, que le hacen tan difícil como molesto y que de continuo está interceptado por grandes charcos, que es necesario vadear.

Por lo tanto, desembarazados de aquel obstáculo sempiterno, el Sr. Vallín y yo, caballeros en sendos borricos, emprendimos la excursión, tropezando aquí y rodando acullá.

Por el estrecho sendero, en que había que apartarse para que pasasen los que venían en sentido contrario, nos cruzamos con mandarines en sillas de manos, ó en palanquines sobre mulas, y con grupos de mongoles, de atezada piel y traje extraño, que recordaban á los hunos.

Pasa un numeroso grupo de mongoles, que escoltan á su príncipe, hombre fornido y de elevada estatura: todos llevan grandes botas de cuero, túnica amarilla y van armados hasta los dientes.

Digitized by Google

Una mujer tártara, que lleva del diestro su caballo, vestida con botas altas de piel sin curtir, amplia túnica ceñida á la cintura por una faja de la que pendían una pipa, un puñal y otros objetos exóticos y en la cabeza un adorno de plata, nos mira altivamente, sin curiosidad ni miedo.

Las caravanas de camellos se suceden sin interrupción. Cada una se compone de más de cien animales, que nunca acaban de pasar, con su lento y majestuoso andar. Van en reata, atados los unos á los otros por la nariz. Cada grupo de diez bestias, lo guía un camellero, que, de tiempo en tiempo, lanza un grito gutural.

En un sitio en que el desfiladero se estrecha, levántase el fuerte Chu-yung-kuan, que le defiende y cierra, con una maciza muralla almenada, que sube serpenteando por la montaña.

Pasada la muralla bajo una poterna, del otro lado se ve un arco de triunfo, de mármol blanco ennegrecido por los siglos, que por dentro y fuera está adornado con grandes bajorelieves, de un arte y gusto recargados. Esta notable puerta del siglo XIV, sirve de base á una alta pagoda, que tiene inscripciones en seis lenguas: sánscrito, tibetano, chino, mongol, uigur y niuchich.

Á la salida del fuerte, las dificultades aumentan: el sendero está obstruído por grandes peñascos ó inundado por arroyos, que hacen difícil el paso.

En las aldehuelas y otros fuertes por que se pasa, reposan los camellos de las caravanas, esperando la caída de la tarde, para continuar la marcha.

La monotonía de un eterno sendero, dando tropezones y caídas, por el lecho del torrente, se rompe en un punto, en que el paso no tiene más que cinco metros de anchura.

En las rocas cortadas á pico, á una gran altura del suelo, hay unos templos de tiempo de los Ming, enclavados en los dos lados en la montaña, á los que se sube por una escalera tallada en la roca.

No muy lejos de allí se presenta el objetivo de nuestra excursión, la Gran Muralla, que se ve á lo lejos, sobre la cresta

Digitized by Google

de las montañas, destacándose sobre el cielo con sus almenas y macizas torres.

Cuanto más de prisa caminábamos, más parecía alejarse de nosotros la Muralla. La veíamos por Este, Sur y Oeste, mas por el Norte, donde está situada la puerta que da paso á la Mongolia, jamás conseguimos divisarla.

Después de mucho trotar por entre dos montañas, se aparece un torreón, que no pierdo de vista: arreo el borrico y doy un salto, para tocar al fin la Gran Muralla. Había llegado á Pa-ta-ling, puerta así llamada, llena de unas inscripciones en que se dice, fué restaurada por los Ming, en el siglo xv.

La Gran Muralla, que tiene una longitud de diez mil *li* (1.700 kilómetros), fué construída en 213 A. de J. C. por el Emperador Tshin-Shi-huang-ti, para defenderse de una invasión de las tribus tártaras, del Asia central.

Desde entonces ha sido restaurada diferentes veces. La mayor parte de la que hoy existe, es de tiempo de la dinastía de los Ming, reconstruída con piedra de sillería y enormes ladrillos las almenas.

Subí á la Muralla y lancé una mirada á la inmensa llanura que se extendía delante de mí: la Mongolia.

Por la Muralla, pasando de torreón en torreón y trepando con pies y manos, llegamos hasta la torre que domina la más alta montaña vecina.

Nuestros esfuerzos, fueron recompensados con una vista espléndida. Al Sur se veía toda la cadena de montañas, coronada por la Muralla, retorciéndose como una inmensa serpiente. Al Norte la Mongolia y el Asia central.

El día era inmejorable. Todo lo inundaba de luz el sol. Con los anteojos se alcanzaba á ver á lo lejos, un campamento de tártaros y mongoles, con sus tiendas cónicas, sus piaras de camellos y rebaños de carneros. También se distinguían en lontananza algunos pueblecillos. El efecto que aquella vista causa, es indescriptible, trayendo á la mente el recuerdo histórico, de las invasiones asiáticas, que un día asolaron la Europa.

A la sombra de una almena en que flotaba la bandera de

Digitized by Google

España, almorzamos sobre la Gran Muralla, el Sr. Vallín y yo, brindando con Jerez y Champagne, por la patria.

Mas, el tiempo volaba; necesario era emprender la retirada para Nan-kou, arrancándose á la contemplación de aquel panorama grandioso.

Bajamos de la Gran Muralla, que no quise abandonar sin recoger antes un trozo de lápida de mármol, en recuerdo de mi visita ni haber traspasado la puerta de Pa-ta-ling, para poner el pie en la Mongolia, y emprendimos el regreso á todo correr de los borriquillos, que ante la perspectiva de volver á la cuadra, no había que arrearlos.

A riesgo de rompernos cien veces la cabeza, volvimos lo más rápidamente posible en tan humildes cabalgaduras.

Ya de noche cerrada entramos en la posada de Nan-kou, que estaba llena de carros, sillas de manos, palanquines, mulas, caballos, camellos y hombres, por ser este desfiladero el paso para la Mongolia, por donde se hace todo el comercio con Rusia y por donde sale el renombrado «té de caravana».

Tan pronto llegamos, el macaísta ó sea el intérprete, suscitá todo género de dificultades, para ir á dormir á Chang-ping-chou, según estaba fijado en el itinerario. Los carreteros que no querían molestarse, las corroboran, diciendo que no conocen el camino, que es peligrosísimo y que las puertas de Chang-ping-chou estarán cerradas, cuando lleguemos.

Decididos á marchar, se da la orden de guarnecer y enganchar, que, *velis nolis,* hubieron de cumplir los carreteros, convencidos al fin, de que no se nos atemoriza como al macaísta, con peligros imaginarios. Poco después salíamos camino de Chang-ping-chou, iluminados por una luna en todo su esplendor.

La primera media hora de carreta, rodando sobre las piedras del torrente, fué de horrible tormento, que me hizo no sé si dormir ó perder conocimiento, volviendo en mí al pararse la carreta ante la puerta de la muralla de Chang-ping-chou.

Después de largas negociaciones, nos franquean el paso y los carreteros se metieron de rondón, para evitar el ir más lejos.

Digitized by Google

Dentro ya de la muralla, buscamos un asilo para aquella noche. En ninguna posada quisieron recibir á los «diablos azules» y después de recorrer todo el pueblo, no tuvimos más remedio que aceptar la hospitalidad del enterrador, que nos metió por un corral, en una especie de desván, donde guardaba los ataúdes.

Eso, ó pasar la noche al raso: no había más disyuntiva.

Llevábamos diez y siete horas consecutivas de dar tumbos en carreta, montar en burro y de trepar por riscos y peñas; así es que el cansancio que nos rendía, no dió lugar á que hiciésemos remilgos al desván ni á los fúnebres aparatos que en él encerraba el enterrador. Lo imprescindiblemente necesario, era dormir, de cualquiera manera que fuese, y en cuanto nos trajeron de los carros las colchonetas, nos arrojamos sobre ellas, como sobre el más mullido lecho. Á buen cansancio, no hay mala cama.

Día 16.—Cuando me desperté, todo dolorido, magullado y entumecido, de una noche pasada sobre los blandos ladrillos, lucían aún las estrellas en el cielo.

Dejé el desván de los ataúdes, salí de casa del enterrador, recorrí el pueblo al amanecer y cuando volví, á la hora convenida para la marcha, nada había aún preparado, por más que, repetidamente se lo encargué la noche anterior al macaísta. Pero absorto, en su espíritu de conservación, no había dado órdenes y si las había dado, nadie las había obedecido.

En cambio presencié la escena, de ver cómo los carreteros, que querían volverse á Pekín, convencían al prudente macaísta, para que no fuese á la tumba de los Ming, contándole fantásticos peligros.

Como había que hacer esta parte de la expedición á caballo, mandamos traer un mansísimo borriquillo para el indigesto intérprete. Le pusieron la silla del caballo del *mafu,* le montaron entre cuatro, le sostuvieron entre dos y horrorizado el hombre, de su temeridad, pidió á gritos que le bajasen de su pacífica cabalgadura.

Colmada ya la medida de la paciencia, dimos orden al

Digitized by Google

palafrenero de que nos guiara, picamos de espuela y dejamos al macaísta en el corral de la posada.

Atravesamos la poterna, precedidos del *mafu,* contorneamos la maciza muralla y á los pocos minutos de salir del pueblo, con gran sorpresa y contentamiento nuestro, vemos ya, un magnífico arco de mármol blanco, que majestuosamente anuncia las

TUMBAS DE LOS MING *

Es la puerta de la inmensa necrópolis imperial, donde empieza una vía enlosada de mármol, que conduce hasta los mausoleos.

Desde este punto, se descubre el anfiteatro de montañas, que cercan el valle escogido por los Ming, para su eterno reposo.

Poco más allá del arco, vadeamos un arroyo, junto á las ruínas de un soberbio puente de mármol blanco. Pasa la vía después, bajo un macizo edificio en forma de kiosko, llamado «La Puerta Roja», que en el interior tiene una colosal tortuga de mármol, sosteniendo una lápida, en que está esculpido un famoso poema del Emperador Kieng-lung.

Rodean este edificio, cuatro columnas de mármol blanco, con el dragón imperial esculpido en espiral, enroscando la cola y una quimera por remate. Tanto en la forma, como en las proporciones y en los salientes, me recordaron las columnas rostrales que hay en el Pincio de Roma.

De «La Puerta Roja», arranca la grandiosa y célebre «Avenida de las Estatuas», de imponente efecto. Aquellas colosales esculturas de mármol blanco, ennegrecido por los siglos, representando, las unas, mandarines civiles ó militares y las otras tigres, caballos, leones, camellos y elefantes, comunican un aspecto grandioso, al yermo y tétrico valle.

---

* Dinastía que reinó desde 1368 á 1644.

Digitized by Google

Cierra esta avenida otro magnífico arco de mármol blanco, de menores proporciones que el de la entrada.

Después, el terreno desciende y se llega á un puente, cuyos pretiles yacen bajo el agua ó en el fango. A continuación hay otro suntuoso puente, también de mármol blanco, en completo estado de ruína, por lo cual es preciso vadear el río.

Desde aquí, un camino enlosado sube á la colina, conduciendo á la puerta del recinto sagrado, que encierra la tumba de Yung-lo. Á la entrada hay un patio con árboles y dos santuarios de porcelana, después se ve un gran atrio ó puerta monumental, con balaustradas y escaleras de mármol blanco, riçamente esculpidas, que conducen al templo, cuyo interior está destinado á los sacrificios, para los cuales hay un ara de madera, con candeleros y una urna para el incienso. El techo de esta sala, que mide unos setenta metros, está sostenido por ocho columnas de madera del Yunan, de doce pies de circunferencia y treinta y dos de altura.

Detrás de este templo hay otro patio con árboles y pinos, *matsu,* como los del Japón y al fin la tumba, montaña artificial de ciento cincuenta pies de altura, cubierta toda de árboles.

Frente al túmulo de Yung-lo, hay un torreón almenado, desde el cual se descubre todo el panorama del valle, abarcando la vista el resto de las tumbas ó mausoleos que son trece.

Los dos primeros Emperadores de la dinastía Ming, están enterrados cerca de Nan-King y el último, Tung-tchin, que se suicidó cuando entraron los tártaros en Pekín, yace cerca de la capital, que en chino se denomina Shih-san-ling.

La tumba, magnífico mausoleo y templo de Yung-lo, están descuidados, yacen en la mayor incuria y abandono, como todos los monumentos del Celeste Imperio. De los podridos aleros de los tejados, caen al suelo las hermosas tejas de porcelana amarilla, que llevan impreso el dragón imperial del tiempo de los Ming. Entre las que estaban caídas y medio enterradas bajo los escombros, escogí algunas menos

Digitized by Google

maltratadas y se las dí al *mafu*, para que me las llevase como recuerdo de mi visita, á la grandiosa necrópolis imperial.

Unos cuantos pedazos de plata nativa, moneda corriente en el interior de China, bastaron para que cegase el vigilante Argos, puesto por el mandarinato celestial, para custodiar aquellos tesoros de arte.

Al llegar á Chang-ping-chou, de vuelta de los mausoleos de los Ming, supimos sin sorpresa, que el macaísta había desaparecido, con rumbo á Pekín. Coronó sus flaquezas, con la deserción, dejándonos en medio de la China, sin saber palabra del idioma.

Por señas doy orden de enganchar las carretas, apresurándose los chinos á obedecer, y al medio día salimos para Pekín, donde irremisiblemente había que llegar antes de las seis y media, hora en que se cerraban las puertas de la ciudad tártara.

El camino que habiamos de recorrer en carreta, era tan malo como largo, pues nos faltaban aún treinta millas, para llegar á la capital. El paisaje, una llanura monótona, muy poblada, á través de la cual la senda da vueltas y revueltas, sin razón, sin objeto ni motivo.

Quizás, para evitar enterramientos ya desaparecidos.

Sha-ho-tcheng es un miserable poblacho, fortificado, que atravesamos de Norte á Sur. A la salida hay un magnífico puente de mármol blanco, casi inaccesible, porque durante cientos de años, las aguas, han robado la tierra de los estribos, cubriendo todo aquello de pecina, en la que las carretas se atascan. Al entrar y salir del puente, creímos quedar enterrados con la carreta, bajo el fango.

Según íbamos acercándonos á Pekín, aumentaban los viajeros tártaros, mandarines y soldados, con que nos cruzábamos; mongoles conduciendo piaras de caballos ó rebaños de carneros y arrieros con interminables reatas de bestias de carga.

Una caravana me llamó la atención: venían delante, como batidores, dos tártaros vestidos de mandarines militares, luego un palanquín rodeado de oficiales, también á caballo,

Digitized by Google

escoltando una joven china, rica y lujosamente ataviada; detrás seguía otra litera, ocupada por un chino espléndidamente vestido y con aire de gran señor. El conjunto de aquel lujoso cortejo oriental, tenía tanto carácter y estilo, que mandé parar la carreta para verlos pasar.

Otro pueblo grande, que atraviesa el camino, es Ching-ho, inaccesible por la magnitud y profundidad de los barrizales que le rodean. Desde aquí fuimos á campo traviesa por las tierras, saltando paredes, sepultándonos en el barro, atascándonos en todas partes y costándonos un triunfo, cada pulgada que adelantábamos.

La noche se acercaba rápidamente; las puertas de Pekín estaban para cerrarse, cuando mi carretero, que hacía la guía, se pierde y mete la carreta en un atolladero sin salida. Ante la idea de pasar la noche allí, en un barranco, cuando ya estábamos á la puerta de la capital, recobré nuevas energías: apostrofé al carretero y le ayudé á desatollar el carro.

Cuando estábamos fuera del fango, un enorme rebaño de carneros, que se obstinaban en no querer pasar el barrizal, se arremolinó al carro y como el mulatero no quisiera arrear, tuve que bajar de nuevo á espantar á los carneros, coger del diestro las mulas y ponerlas al galope. Así logré entrar en Pekín minutos antes de cerrar.

Pasadas las puertas, y dentro ya de la ciudad tártara, dejé al carretero que pusiese al paso las mulas, para observar lo que por la calle iba viendo.

La que atravesábamos, ancha y recta, estaba cuajada de carretas, palanquines y literas de mandarines, más ó menos altos, que venían á sus ocupaciones oficiales. Preciso era ir despacio para no caer en los profundos hoyos ó no despeñarse por los desmontes, porque las calles de Pekín, tienen en el centro una meseta, más elevada de un metro que las orillas. En esta parte alta, es decir, en medio del arroyo, hay á lo mejor miserables casuchas que son viviendas, unas veces, y otras tiendas, pero que afean y obstruyen por completo la vía pública.

Digitized by Google

Al extremo opuesto de la calle, una puerta de madera, amenazando desplomarse y aplastar á la muchedumbre que allí se acumulaba, anunciaba el comienzo de la ciudad imperial. Cesaba allí el movimiento, reinaba la obscuridad y la tristeza. Siguiendo una de las murallas de la «Ciudad prohibida», llegamos hasta cerca de la Legación, donde nos apeamos á las siete de la tarde.

Encantado de la expedición á la Gran Muralla *, dedico los últimos días de mi estancia en Pekín á recorrer las dos ciudades, tártara y china, visitando algunos templos y curiosidades, como Peitang, catedral católica erigida por los Padres jesuítas, dentro de los muros de la ciudad imperial, en los tiempos de su gran privanza; Tsung-li-yamen, Ministerio de Estado, el establo de elefantes imperiales y el bazar, entre otras cosas.

También visité algunas de las Legaciones, como la de Inglaterra, Francia y Rusia, donde antiguos amigos ó colegas, me habían dispensado la honra de acogerme y festejarme, con el afecto que se dispensa en esos países, cuando se ofrece la hospitalidad.

¡Pobre Legación la de España, comparada con las magníficas residencias de los agentes diplomáticos de esos países!

Y sin embargo, el talento, el prestigio personal, la serénidad y el tacto desplegados por el Sr. Cólogan, durante el difícil y peligroso período de la insurrección de los *boxers* y del asedio por éstos de las Legaciones en Pekín, colocaron en lugar preeminente al Representante diplomático de España, á quien todas las naciones se apresuraron á reconocer los valiosos servicios por él prestados, confiriéndole altas distinciones.

Sucedía antes, que por carecer España de Casa-Legación en Pekín, su Representante diplomático, residía en Shang-hai;

---

* Al regresar á Pekín supimos, que el día anterior á nuestra llegada á Nan-kou, había sido tan completa y totalmente desbalijado el Gobernador inglés de Hong-Kong, en la posada donde no quisimos dormir, que sin poder llegar hasta la Gran Muralla, tuvo que volverse á Pekín, vestido de chino, así como su Ayudante; pues durante el sueño los ladrones se apoderaron absolutamente de todos sus efectos.

Digitized by Google

y ahora, que buena ó mediana, posee una residencia oficial, no tiene acreditado Ministro en China..... pero sí todas las cargas de entretenimiento de la Legación. ¡Cosas de España!

Realizado en todas sus partes, sin contratiempo mayor, el programa de mi visita á la capital del Celeste Imperio, donde había aprovechado el tiempo viendo todo lo curioso de las tres ciudades tártara, china é imperial ó prohibida, que se encierran en una sola, me dispuse á regresar á Sanghai, satisfecho de mi excursión, dando por bien empleadas todas las penalidades sufridas, muy reconocido á la amable hospitalidad dispensada en la Legación de España, y á las atenciones recibidas en las de otros países europeos, allí representados.

El día de la partida—*20 de Octubre*—estrecho la mano de los Sres. Uribarri, Vallín y Mencarini, monto á caballo, y precedido del *mafu,* galopamos para Tung-chau.

Al pasar la muralla por la puerta Ch'i-hua-men, digo abur á Pekín, esa ciudad extraordinaria, que dentro de su recinto encierra tesoros, monumentos y joyas de arte; una civilización muerta y una historia pasada, todo ello enterrado bajo un inmenso muladar.

El camino está todo enlosado, pero en tal estado de abandono, tan intransitable, que los carreteros prefieren ir á campo traviesa, para no atascarse en los profundos baches que hay entre losa y losa. Hora y media después de salir de Pekín, alcanzaba en el puente de mármol Pa-li-kiao, célebre por la batalla ganada por franceses é ingleses en 1860 sobre los chinos, la carreta con mi criado y equipaje, que habían salido á las nueve de la mañana.

Á las ocho de la noche, llego á la orilla del Pei-ho, en Tung-Chau, donde me aguardaba el *boat house* ó barca que previamente había alquilado, para bajar por el río hasta Tientsin. No había embarcadero alguno y la noche era muy obscura, por lo que con gran lentitud y dificultad, se pudo embarcar mi equipaje y sobre todo un pequeño encarguito, nada menos que una monumental cama de matrimonio, que me habían encajado, para llevarlo á Tientsin.

Digitized by Google

Era cerca de media noche, cuando al fin pude conseguir que los marineros comenzasen á remar.

Hacía un vivísimo frío, que ni el gabán y el gorro de pieles mitigaban; el cielo estaba estrellado y la luna en todo su esplendor, iluminaba el paisaje del río.

Á juzgar por las luces, tres barcos me seguían, creo también de europeos, que bajaban á Tientsin. Por último me metí en el cuchitril de popa, me tiré sobre las tablas, me envolví en las mantas de viaje y me quedé dormido; pero la intensa helada que se filtraba por todas las rendijas, me hizo despertar aterido y ya no pude recuperar el sueño.

Al cabo de una noche interminable, amanece el día, gris, nublado, dejándose sentir un frío glacial. La corriente hace más por arrastrar el barco, que los remeros por ayudarle.

Sentado sobre el tejadillo de bambú que hay á proa, descubro una inmensa llanura, en que la vista se cansa, buscando en vano algo en que reposar. Todo es del color de la tierra: el cielo, las aguas del río, los hombres y hasta los obscuros y raquíticos árboles, que no sirven ni para romper la monotonía del triste paisaje.

Mi barca se cruza con centenares de otras, que remontan la rápida corriente del Pei-ho, tiradas á la sirga, lenta y penosamente, por seis ó más hombres que caminan con trabajo por las orillas del río. Las más son de carga; las menos de pasaje, siendo algunas de èstas muy lujosas, decoradas con pinturas, tallas dorados y mosáicos de cristales de colores. Pertenecen á algún mandarín que viaja con toda su familia. Otras veces se ven largas balsas, formadas con maderos que llevan á vender á Pekín, al peso, por libras.

Con navegación fluvial de tan escasos atractivos, el tiempo no vuela, recluído en aquel artesón; el día se hace largo, la segunda noche eterna.....

Después de un día y dos noches de navegar por el Pei-ho, llego por último al amanecer á Tientsin. El frío * es

---

* De Noviembre á Marzo, toda esa región, incluso el mar, en el Golfo de Pe-chili, hasta Puerto-Arturo, está helada.

Digitized by Google

tan intenso, que aun estando todo cubierto de pieles, me siento helado.

Multitud de embarcaciones amarradas las unas á las otras, para que no las arrastre la fortísima corriente, aguardan á que abran el primer puente de barcas para pasar. Con grandes trabajos separan dos pontones y por aquella brecha pasamos rápidamente, como una flecha, empujados por la corriente.

Sobre el puente, esperando á que se restableciese la circulación, hay un hormiguero humano.

Al dar la vuelta á un recodo del río, se aparecen las ruínas de la catedral, testigo mutilado de los sangrientos sucesos de 2 de Junio de 1870, en que tantas inocentes víctimas fueron sacrificadas, por la barbarie china.

Vencidas las dificultades que ofrecía pasar el segundo puente de barcas, seguimos vertiginosamente, arrastrados por la corriente, por entre grandes juncos de guerra y de comercio.

Pasamos las fortificaciones y los muelles, donde se levantan verdaderas montañas de sal, cuya venta y administración monopolizaba el Virrey del Pe-chili, Li-hung-chang, llegando por fin al Bund.

Allí había anclados dos vapores, que arrojaban torrentes de negras volutas, por sus chimeneas; mando atracar y monto á bordo de uno. Es el «Wu-chang», que sale para Shanghai; pido un camarote y hago trasbordar mi equipaje.

Poco después de las doce, el «Wu-chang», vapor de setecientas cincuenta toneladas, con dos hélices, nuevo y muy bonito, se dejó arrastrar por la corriente. Bajamos el río velozmente, sin encallar una sola vez y con un frío polar.

A las seis de la tarde, pasamos la barra de Takú; entonces comienza un balanceo infernal. El frío y la mar, fuerzan á buscar refugio en la litera. Pero imposible es dormir, porque para no ser arrojado de ella, es preciso hacer todo género de esfuerzos. Baúles, cajas, etc., todo se golpea revuelto. Noche detestable fué aquélla, de navegación por el Pe-chili.

Digitized by Google

Día 23.—Después de pasar frente á Port-Arthur, llegamos á Chi-fú á las doce de la mañana. Es imposible desembarcar pasajeros ni mercancías. Las olas estrellan un junco chino, sobre los costados del buque.

Salimos de Chi-fú á las cinco, con intenso frío y mar terrible. Cien veces durante aquella noche creí que el barco se nos ponía por montera; los balances eran tan fuertes, que para no estrellarse contra los tabiques, había que agarrarse desesperadamente con las manos á la litera, mientras con las piernas se hacía hincapié. El barco parecía que iba á deshacerse. A mi lado estaba el camarote del capitán y en él su hijo, que continuamente le llamaba á gritos, llorando. Noche más terrible aún que la anterior, fué ésta.

Día 24.—Hemos doblado el cabo de Wei-hai-wei: el mar Amarillo está más en calma. El frío no es tan penetrante, el viento menos duro y más favorable. Se ponen las velas y corremos bien.

Día 25.—Llegamos á la embocadura del Yang-tsi-kian, surcamos sus turbias aguas y á las cinco vemos á lo lejos las luces eléctricas de Shang-hai. Desembarcamos á las seis y me traslado al Hotel de las Colonias.

Esperaba con verdadera ansia cartas de Europa y fuí á buscarlas á casa de mi buen amigo, el Sr. D. Manuel Ginart. Una de ellas me traía angustiosas noticias: el sér más querido, mi padre, estaba gravemente enfermo.

Todos cuantos proyectos tenía, entre ellos el viaje á Manila, á fin de conocer el Archipiélago Filipino, los abandoné, no pensando más que en regresar á Europa, por el medio más rápido posible, para abrazar aquel á quien debía tanto cariño, tan tierna amistad, tantos desvelos!

Tomé pasaje directo en el primer vapor que salía, y aguardando á que zarpase el «Anadir» para Marsella, pasé días de indefinible amargura.

Digitized by Google

EL RETORNO

A BORDO DEL «ANADIR»

31 de Octubre.—Llegó el ansiado día de la salida del buque, y doy un abrazo al Padre Guillén, el cariñoso amigo de la infancia, á los Sres. Ginart y Vela, antes de embarcarme en una lancha de vapor de las Mensajerías marítimas.

Un centenar de ingleses y alemanes, nos saludan con sus atronadores hurras, hip! hip! hip!

Al alejarnos del Bund culebreando por entre los barcos de guerra y de comercio, las luces de gas de Sang-hai, contrastaban con la luz blanca y hermosa de los focos eléctricos del muelle. La larga fila de palacios de la Concesión inglesa, se perdía entre las sombras de la noche. Sang-hai desaparecía de nuestra vista. Dos horas después estábamos en Wuson, donde trasbordamos al buque de las Mensajerías que había de llevarnos á Marsella.

A los pocos minutos de estar á bordo, el «Anadir» leva anclas y baja el Yang-tsi-kian, con rumbo á Hong-Kong.

1.° de Noviembre.—Salimos á alta mar por el brazo derecho del Yang-tsi-kian. El barco á pesar de su magnitud, da tan fuertes balances, que el pasaje brilla por su ausencia en la mesa. La instalación del barco es confortable; la mesa buena y el servicio regular. Somos pocos pasajeros á bordo, hace frío, y se divide el salón, para comer en la parte más á proa, donde se enciende la estufa.

Digitized by Google

Día 2.—A medida que navegábamos hacia el Sur, la temperatura se eleva, y como quiera que hubiésemos salido de Shang-hai con un tifón anunciado, se navegaba con grandes precauciones.

A bordo, la vida es siempre la misma: levantarse temprano y acostarse al obscurecer, matando el tiempo, bien con la lectura, con los placeres de la mesa, los que pueden gozarlos; ó bien durmiendo y soñando lo que se hará al desembarcar.

El comandante nos anuncia, que si no hay contratiempo, llegaremos á Hong-Kong, el sábado 3.

HONG-KONG

Día 3.—Llegamos á las diez á Vitoria, colonia de la Corona, como los ingleses llaman á Hong-Kong.

La ciudad se empina y gatea por la montaña, formando una especie de nacimiento. En la bahía hay barcos de guerra alemanes, rusos, franceses é ingleses, sin contar con los mercantes. La vista no es ni encantadora ni extraordinaria.

Así que el «Anadir» fondeó, salto en un *sampan* tripulado por mujeres chinas; desembarco, subo á un palanquín y por unos caminos en ziszás me llevan al Consulado de España.

Para llegar á él tuve que atravesar toda la ciudad, porque estaba situado en la parte alta. Allí me aguardaba la más grata noticia, que haya tenido en la vida: mi padre había entrado en franca convalecencia, decía un telegrama.

Por la noche vuelvo á bordo, lo cual implica media hora de palanquín y después una de *sampan*.

En el muelle, un policía inglés toma nota de los barcos que salen, da la dirección á las marineras que los tripulan é indica al pasajero el precio que se debe pagar. Al mismo tiempo de salir, el policía pide ver el farol, en el que está pintado el número del barco. Sabias precauciones tomadas para prevenir la repetición de frecuentes crímenes.

Digitized by Google

Durante el tiempo que en aquella frágil barquilla estuve á merced de las olas, del viento y de aquella chusma, comprendí lo fácil que sería el naufragar ó el ser asesinado.

Día 4.—Es domingo y como en todas partes los ingleses son los mismos, todo está cerrado en Hong-Kong, sus calles desiertas y los habitantes invisibles.

Con esa irresistible fuerza de voluntad que á los ingleses caracteriza, con esa práctica de la vida y esa envidiable perseverancia han fundado una próspera, cómoda, elegante y gran ciudad, sobre los riscos de un monte, que hace pocos años ni aun las cabras hubieran podido escalar.

Como por arte de magia, han levantado una población que trepa por la montaña, con anchas calles y caminos trazados en ziszás, que permiten, cómodamente y sin cansancio, llegar hasta gran altura; consiguiendo al mismo tiempo transformar en hermoso vergel, una roca pelada que han cubierto con tierra vegetal, traída de grandes distancias, en la que han plantado magníficos árboles, que ayudados por el clima tropical y cuidados asiduos, se han hecho enormes.

La guarnición inglesa de Hong-Kong, merece dos palabras. Los soldados altos y fornidos, van irreprochablemente vestidos de blanco: pantalón y chaquetilla de dril, cinturón de cuero blanco y un casco con remate de latón.

Los cuarteles son espléndidos, bien aireados, con todo género de comodidades, baños, etc. A la puerta, bajo un tinglado de bambú, cubierto con anchas hojas de palma, se pasea lenta, acompasada, altiva y majestuosamente, un soldado de la Reina, con un bastoncito en la mano. Tanto se pavonea, lleva tan marcialmente su sencillo uniforme, que se le puede tomar como tipo del hombre satisfecho, de lo que vale y de lo que puede. Estos soldados tienen club, con salones de lectura y billares, *lawn-tennis, cricket,* etc. Los oficiales á pesar del calor tropical, iban vestidos con los uniformes de paño. Todos tienen aire de suprema distinción.

La policía es inglesa, india é indígena. Los primeros visten de dril; los segundos llevan turbantes encarnados y los chinos, un casco muy extraño.

Digitized by Google

El palacio del Gobernador está rodeado de un parque con hermosas plantas tropicales.

Al volver al barco por la noche, un fuerte golpe de viento casi vuelca el *sampan,* y después los chinos me amenazan con tirarme al agua, si no les doy el dinero que me piden. Acorralado en la proa, me defiendo como puedo; con mil trabajos llego al barco, me agarro á la escala y entonces tomo desquite, haciéndome justicia por mi mano.

Día 5.—Con la facilidad que sólo existe entre los ingleses, tomo en Hong-Kong el dinero que necesito, sin más formalidades que la presentación de una carta. Después recorro las tiendas chinas de la calle con arcos que corre á lo largo del muelle, donde no venden más que baratijas, groseramente trabajadas.

Como de costumbre, al regresar al barco, tengo que sostener una batalla con los marineros chinos.

Día 6.—Leva anclas el «Anadir». Han aumentado los pasajeros, entre ellos hay nueve aspirantes á *enseigne de vaisseau,* todos muy simpáticos, de la escuadra francesa de China. Hago amistad con todos ellos, que me invitan á jugar, oir tocar el piano, me dan libros, etc. Van á Saigón á embarcarse en un transporte, que los conducirá á Francia.

Día 7.—Seguimos navegando por el mar de China. El calor, desde que entramos en los trópicos, se deja sentir con fuerza. Hace pocos días se buscaba con placer la estufa de la cámara y ahora los trajes de tela ligerísima, han reemplazado á los de lana.

Las noches, sobre todo, se hacen eternas, sumidos en la obscuridad, que no logra rasgar la bombilla de popa.

El calor y la monotonía contribuyen á ese estado soporífero, en que ni aun la imaginación tiene fuerzas para desplegar sus alas. Pican las ocho, hora en que el reglamento permite aligerarse de ropa; unos pasajeros aparecen vestidos con el amplio pantalón y blusa de los chinos, otros con la bata de los japoneses y algunos hasta de *pierrots,* según el gusto de cada cual.

Dando trompicones en la obscuridad, se acerca uno á la

Digitized by Google

chaïsse-longue y se deja caer desplomado, muchas veces sobre otro individuo, que por equivocación ó por economía de no comprar uno de esos útiles muebles, se ha posesionado del ajeno.

Un balance que hace resbalar la silla, un torpe importuno que tropieza, ó la falta de aire respirable, es lo único que saca del sopor al viajero, que se levanta maquinalmente, baja la escalera, busca en las tinieblas á tientas su camarote y arrojándose en la litera, pide al sueño, más que el placer del descanso, el medio de acortar el tiempo.

Día 8.—A tribor, allá lejos, se ven las costas del Amnan, representadas por unas montañas azules. El tranquilo mar, tiene el hermoso color de las ondas del golfo de Nápoles.

SAIGÓN

Día 9.—Al picar las tres de la mañana, para el buque y me despierto. Estamos frente al cabo Saint-Jacques, donde se ve un cuerpo de guardia y un faro. En marcha otra vez, tardamos poco en entrar en el ancho y profundo río, á cuya orilla derecha se encuentra Saigón. Las orillas del Mekong están cubiertas de frondosa vegetación: surcando sus aguas se ven algunos juncos, con velas triangulares.

Atraca el buque al muelle de las Mensajerías Marítimas, cerca de los almacenes de dicha Compañía. La yerba crece por doquier, todo tiene un sello de abandono, pobreza, insalubridad y tristeza que repele. A lo lejos, sobresaliendo por entre las copas de los árboles, se ven las espadañas de dos iglesias, es cuanto anuncia la proximidad de la capital de Cochinchina.

La temperatura es la de un horno ó la de una caldera de vapor. Los pulmones funcionan con gran dificultad, la cabeza pesa como si fuera de plomo, las piernas se doblan y el cuerpo se siente rodeado de una atmósfera caliente, húmeda y pegajosa. Aquel suelo debe ser privilegiado para albergar todo

Digitized by Google

género de enemigos del hombre: enfermedades, reptiles y fieras.

En un carricoche tirado por un jaco que guía un annamita, vamos á la ciudad, otro pasajero y yo, por un camino cubierto de yerba, que cruza terrenos incultos, donde hay algunas miserables chozas de bambú y hojas de palma.

Pasamos frente al Consulado de España, de precario aspecto, á la entrada de la ciudad, y atravesando la población, vamos al jardín público. La mayor parte de las calles y bulevares tienen retumbantes nombres, aunque carecen de casas; únicamente la principal, en que están los cafés, restaurants, teatros, etc., puede llamarse una calle. Las casas son mezquinas, sin llenar las condiciones que exige un clima tan extremo y malsano, sin gusto alguno, sucias, viejas y feas y caricaturando las de Francia.

¡Qué diferencia con las colonias inglesas, en que todo respira el mejor gusto, la abundancia, el conocimiento práctico de las necesidades del clima y del país, la vida ancha, desahogada y casi principesca, que los ingleses llevan en sus colonias!

El jardín público tiene magníficas plantas del país; en una jaula había dos hermosos tigres y en otras aves y monos. La frondosidad de aquella vegetación tropical, logra disimular el abandono.

El palacio del Gobernador, es sin duda uno de los mejores edificios del Extremo Oriente. En la verja de entrada hacían guardia dos soldados annamitas; cruzamos el jardín y obtenido el permiso, visitamos el palacio. La sala de recepción es de magníficas proporciones, de estilo Renacimiento, decorada ricamente con oro sobre blanco. Muebles de lujo, europeos, biombos chinos, algunas estatuas y plantas le adornan. Las habitaciones del Gobernador, son espaciosas y están bien amuebladas. Me llamaron la atención las vastísimas cocinas y el inmenso personal que las poblaba. Decían que los gastos mensuales de mesa, costaban al Gobernador, la friolera de cinco mil francos.

La catedral católica está frente al palacio. Es de piedra

Digitized by Google

y ladrillo, con dos torres sin concluir, porque, cuando la estaban construyendo, cambiaron al Gobernador y siendo el nuevo protestante, no quiso continuar la obra.

Los cuarteles, si no á tanta altura como los de Hong-Kong, parecen llenar los requisitos necesarios de salubridad en aquél clima.

El calor es tan sofocante, que nos obliga á refugiarnos en un café.

Siguiendo nuestra peregrinación, recorremos algunas calles en busca de baratijas, pero no hay tiendas, ni comercio, ni movimiento; tan sólo unas cuantas modistas, que venden *nouveautés* de hace veinte años y una verdadera plaga de peluqueros. En una sola calle conté más de ocho.

La población obrera, compuesta de annamitas, chinos, algunos indios y pocos malayos, á falta de trabajo y movimiento, duermen tirados por el suelo, en medio de la calle. No hay más vida que la oficial.

El ambiente de Saigón, sólo es comparable al de una caldera de vapor y como no se puede ni respirar, volvemos á bordo, deseosos de tendernos en nuestras sillas sobre cubierta.

Día 10.—Bajamos el Mekong rápidamente, pues aunque tiene violentas curvas, es tan ancho, que se pueden seguir sin peligro las sinuosidades del lecho. Frente al cabo Saint-Jacques, desembarcan unas damas, varios oficiales y empleados de telégrafos. Allá, á lo lejos, medio ocultas por una vegetación tropical, se ven algunas casitas.

Al anochecer se divisan unas islas, donde Francia deporta á los criminales de Cochinchina.

SINGAPORE

Día 12.—Llegamos á las nueve y media á New Harbour. La proximidad al Ecuador hace sentir el sol como el calor de un gran incendio.

Digitized by Google

Desembarco, tomo un coche malabar con una jaquita diminuta y el auriga, que es un indio con turbante, pendientes en las orejas y en la nariz, llevando por vestidura, una pieza de percal arrollada á la cintura, me conduce á través de un camino en cuyas orillas se ven chozas sobre pilotes, casas de chinos, ó terrenos cubiertos por una vegetación lujuriante. Las ramas se enlazan, se retuercen y se confunden, formando un intrincado tejido con las plantas trepadoras.

Llegamos por fin al Hotel de Europa, que ocupa un gran espacio de terreno, en la mejor parte de la población europea. La fonda consta de un gran jardín, en el que hay multitud de edificios y casitas que sirven para albergar á los numerosos viajeros que vienen ó van á Europa y China, las Islas Filipinas, Java, Sumatra, Saigón, Siam, etc. El género de construcciones está adaptado al clima; anchas y espaciosas *verandas,* para resguardar del sol las habitaciones, con puertas y ventanas que no tienen cristales, sólo persianas.

La fuerza de aquel sol ecuatorial, cuyos rayos caían perpendiculares sobre la cabeza, como plomo derretido, me obligaron á refugiarme en la parte más fresca del edificio, destinada á billar, salón de lectura y *bar,* donde hallé alguno de mis compañeros de viaje. Estaban rodeados de una bandada de aves de rapiña, indios, malayos, chinos y annamitas, vendedores de bastones, telas de algodón, pintadas en vivos colores, cachemires, joyas, brillantes, zafiros, rubíes, uñas de tigre, pedazos de colmillo de elefante, perfumería parisién y quincalla alemana, que ofrecían su mercancía en todos los idiomas hablados, acompañando las palabras, con expresivos gestos, como los vendedores napolitanos.

Si alguno, por librarse de sus importunos ofrecimientos y para quitarse de encima aquellos moscones, preguntaba el precio de un objeto cualquiera, respondían con una cara muy compungida, pidiendo un precio exorbitante. Lo que valía una peseta, pretendían venderlo por cinco duros. Y si el incauto viajero, creyendo así verse libre de su persecución ofrecía, no ya la peseta de su valor, sino unos céntimos más,

Digitized by Google

tenía la desagradable sorpresa, de que le cogieran la palabra, viéndose obligado á cargar con una chuchería, además de haber pasado plaza de tonto.

Una de las curiosidades de Singapore, es el jardín de un chino millonario.

Para no correr el riesgo de ser derretido por los rayos incandescentes de aquel sol, me hice llevar en un cochecillo al tan renombrado jardín Wampw, situado en las afueras de la población. No hay para qué decir, que llegué cocido á pesar de no llevar más prenda de vestido que un pantalón y túnica de un tejido transparente hecho con fibra de bambú. Sin dificultad se me permitió pasar al jardín, famoso por el número de plantas raras que tiene, aunque no sea de extrañar en aquel clima tropical. Por todas partes había plantas y tiestos de gusto chino, afectando formas de animales y objetos, bambús, etc.

El dibujo del jardín es, como todo lo chino, de muy mal gusto, en mi humilde parecer.

En los estanques, que parecían hervir bajo aquella temperatura, había hermosas plantas acuáticas, flores y peces.

Desde el jardín del chino Wampw, por frondosas alamedas, que con las ramas de sus numerosos árboles, tejían una verdadera cortina protectora contra los rayos de aquel sol, me llevó el malabar al jardín público, á fin de ver en todo su esplendor la flora ecuatorial.

Trazado este parque por los ingleses y entretenido con el mayor esmero por hábiles jardineros, está cuajado de plantas de todos los países intertropicales y algunas del Extremo Oriente. También había allí aves y pájaros de los trópicos, de multicores y brillantes plumajes.

Hay en este jardín un templete, destinado á la música, desde el que se goza de un espectáculo maravilloso, abarcando la vista aquel bellísimo panorama de la Naturaleza en todo su apogeo, donde se admira la rica flora tropical.

Oculto por las palmeras, cocoteros, enredaderas, árboles del pan, del viajero, etc., había un *cottage,* dentro del cual alguien tocaba el piano.

Digitized by Google

El sol caminaba rápidamente al ocaso, mitigando el crepúsculo la fuerza de sus rayos.

El ambiente era más respirable, los reflejos más azulados y millones de insectos cantando, despedían al astro del día. La mirada se reposaba en un horizonte paradisiaco y la imaginación se embriagaba con aquel espectáculo sin igual.

Allí hubiera permanecido arrobado en el éxtasis que causaba la contemplación de aquel maravilloso espectáculo, hasta la consumación de los siglos, si no me hubiera advertido el guardián, que era la hora de cerrar.

Volviendo al hotel, crúzome por el camino con multitud de coches, ocupados por damas inglesas, tílburis guiados por militares, carretas en que iban, con esculturales bellezas indias, malayos de arrogante porte y atravesada mirada, indios con venerables barbas blancas, que inspiraban respeto y estirados soldados de la Reina, con su minúsculo gorro puesto sobre una oreja y el indispensable bastoncito en la mano.

El *lawn-tennis* situado frente al hotel, se hallaba muy concurrido. Jugadores y espectadores estaban vestidos con esa corrección y elegancia, propios de la raza británica, verdaderamente extraordinaria por su cultura, que lo mismo en Inglaterra, ó bajo el Ecuador, que en las cinco partes del mundo, trabaja, vive espléndidamente, tiene hábitos de gran señor é impone sus costumbres y necesidades, llevando allí donde va, la civilización, la cultura y el progreso.

Con el rápido anochecer de los países tropicales, se desbanda aquella elegante concurrencia de ladíes y bien trajeados gentlemen.

Pensando en la grandeza de esa nación, que es uno de los grandes agentes providenciales de la humana civilización, entro en el hotel, me siento en la penumbra de la solitaria *veranda,* y medito sobre la evolución de los grandes pueblos que han ejercido poderosa y decisiva influencia en los destinos de la humanidad.

Así durante mi residencia en el Japón, como en la peregrinación por las costas de China, había tenido ocasión de observar las diferentes aptitudes coloniales, de la raza latina y

Digitized by Google

de la anglo-sajona, en dos manifestaciones bien distintas: en puertos abiertos al comercio universal, como Yokohama y Shang-hai, palenque comercial donde la competencia se hacía en iguales condiciones para todos, y en las colonias que tienen Francia é Inglaterra, tanto en Saigón como en Hong-Kong y Singapore, donde bajo el pabellón y protección tutelar de las autoridades de la metrópoli, en su propia casa, por decirlo así, gozan de mayores ventajas los nacionales de cada uno de estos dos países.

En ambos casos, la superioridad colonial de los anglosajones, era tan notoria como evidente.

Sin embargo de este convencimiento, hubiera deseado continuar las investigaciones comenzadas, acerca de la capacidad administrativa de los pueblos europeos poseedores de colonias en el Asia, á fin de buscar otro término de comparación, para darme cuenta, de si había la misma gradación de progreso, cultura y bienestar, entre las colonias asiáticas de Inglaterra, Francia y España, que la existente entre sus respectivas metrópolis europeas.

Por eso sentí no poder llevar á cabo la proyectada visita á las Islas Filipinas, pues tanto y tan despectivamente se ocupaba la prensa del Extremo Oriente, de la administración del archipiélago filipino y gobierno de Manila, comentando sucesos increíbles *, que para juzgar imparcialmente con conocimiento de causa, hubiera deseado visitar una colonia de la nación conquistadora por excelencia, antes de que llegase el inminente cataclismo colonial, por todos anunciado y previsto como inevitable.

Mientras España conservó sus inmensos dominios en el continente americano, el archipiélago filipino, perdido allá

---

* Entre otros, el caso de un bergantín americano, con cargamento de petróleo, que dirigiéndose á un puerto de China, tuvo que entrar de arribada forzosa en Ilo-Ilo, desmantelado y lleno de averías, después de haber arrojado al mar parte del cargamento, no sólo para aligerar el barco, sino que también para calmar el furor de las olas, con una capa oleaginosa. Y como por este motivo, el cargamento no concordase con lo declarado en el manifiesto del buque, la Aduana le impuso una multa de treinta mil pesos! El capitán prefirió abandonar con toda la tripulación el bergantín, antes que pagarla.

Digitized by Google

en las enormes soledades del Pacífico, entre los procelosos mares de China y las inhospitalarias costas del Japón, fué tan sólo una insignificante y olvidada dependencia del virreinato de Méjico.

Aquellas posesiones asiáticas, sólo adquirieron importancia para la Metrópoli, cuando España perdió á principios del siglo XIX el imperio colonial americano, y cuando la navegación á vapor, coincidiendo con la apertura del Canal de Suez, las sacaron del olvido en que yacian, poniéndolas en contacto con el resto del mundo.

Pero en tanto que la Península española, se retorcía en las convulsiones de la política, guerras civiles y alzamientos pretorianos, la humanidad marchaba á la conquista del progreso, utilizando esos dos grandes adelantos debidos á Fultón y á Lesseps, para llevar su actividad al Extremo Oriente, donde los europeos se establecieron por derecho de conquista.

Los holandeses colonizaban pacífica y sabiamente Java, los ingleses y franceses entraron en Pekín, posesionándose de territorios en aquellas regiones, alguna vez con auxilio español, y los americanos buscaban en Asia fácil presa, para las afiladas garras de su águila nacional.

Sólo España y Portugal, dormían en Manila y Macao, el sueño letárgico de sus pasadas grandezas.

La navegación á vapor y la apertura del Itsmo de Suez, no se utilizaron por España, más que para dirigir al archipiélago, el famélico sobrante que no podía satisfacer sus apetitos presupuestíveros en las Antillas ó los deportados de la política; pero jamás se trató de reformar la arcáica Administración, poniéndola en armonía con las nuevas necesidades de los tiempos modernos, ni de transformar en colonia civil, un estado teocrático-militar.

Tan sólo se procuraba aumentar la pesadumbre de los impuestos, para mantener la nube de langosta oficial, que periódicamente caía sobre aquellas islas, á cada cambio de gobierno en la ya asolada Metrópoli.

Cuatro siglos de desastres, como la Historia no los registra

Digitized by Google

parecidos, durante los cuales, sin tregua ni descanso, con espantosa regularidad, España fué desmoronándose y perdiendo todos sus dominios africanos, europeos y americanos, no habían servido de lección á sus gobernantes, para cambiar la suicida política, inaugurada después de la admirable regencia del Cardenal Cisneros, y extirpar el funesto sistema de administración introducido por el Duque de Lerma, y consagrado por el Conde-Duque de Olivares con su famosa frase, felicitando á Felipe IV ¡porque había perdido el reino de Portugal!

Reducida España á una sombra de lo que fué, con once millones de habitantes, sin industria, comercio, ni fuerza de expansión, era pequeña base la Metrópoli, para mantener en equilibrio aquella inmensa balumba colonial, que la abrumaba y que no podía ni sabía administrar.

De aquí el derrumbamiento de su dominación en el continente americano, y como inevitable consecuencia de no cambiar su régimen colonial, la pérdida hasta del ultimo islote que poseyera en Ultramar.

Todo estaba gangrenado, y los miembros se fueron desprendiendo del tronco.

En breve espacio de tiempo, para la vida de una nación, España habia sufrido radical metamorfosis, convirtiéndose de Nación joven, robusta y poderosa, en pueblo gastado, envejecido prematuramente, débil y decrépito.

El árbol lozano que con tanto amor cultivaran los Reyes Católicos, poco á poco fué secándose, en cuanto para coger el fruto de sus libres instituciones, cortaron las frondosas ramas; arrancando luego hasta las raíces de sus libertades históricas, para seguir manteniendo con su leña el fuego de guerras impolíticas, como las de Flandes, que en nada interesaban á España, cuyo porvenir estaba, no en el Norte de Europa, sino en el inmediato de Africa, siguiendo así la política tradicional de los monarcas castellanos.

Y á medida que el árbol antes robusto moría, por su tronco carcomido trepaba frondosa vegetación parasitaria, que si bien á primera vista le daba aspecto de lozanía, no era

Digitized by Google

más que signo de muerte, engañosa mortaja de relumbrón que le envolvía.

Inútiles resultaron cuantos esfuerzos intentaron algunos de los Borbones, para hacerle reverdecer, sin conseguir galvanizar la momia político-social, que les habían legado sus antepasados.

Mutilado, sin raíces, el árbol por cuyo tronco ya no corría la savia nacional, no sólo no podía dar frutos, sino que hasta su carcomida madera, en nada se podía utilizar.

De aquí esa brusca y radical transformación en la psicología nacional, que pasa de las increíbles heroicidades de los almogávares en Oriente, de las inmarcesibles glorias de los soldados del Gran Capitán en Italia y de las inmortales hazañas de los conquistadores en América, á la debilidad suma de tener que concluir sus guerras intestinas con transacciones ó convenios, que nada resolvían, y las coloniales con pactos como el del Zanjón ó el de Biacnabató, que todo lo dejaban en pie.

Resulta por lo tanto incomprensible, para los humildes mortales que padecen la fatal manía de pensar, por qué no se adelantaron previsoramente á los sucesos de 1898, los médicos de cabecera de ese gran enfermo, á quien su estado de postración le había reducido á la impotencia; y cómo por el contrario, rechazasen el concurso de los que podían ayudarles á cambiarle de postura, sabiendo que llevaban al país, á la más tremenda de las catástrofes.

Cabe el pensar, que aceptaron la guerra, como una salida del atolladero en que se habían metido; quizás, «porque »nunca, jamás, pudo ocurrirse, ni aun á los más optimistas »de allí ni pesimistas de aquí, que tuviera trámite y fin tan »rápido, fácil y provechoso para los Estados Unidos ni tan »desastroso para España como para desdicha y para ruína y »vergüenza nuestra se los procuró la política dislocada, la »inconcebible imprevisión, y falta absoluta de serenidad y »dirección del Gabinete presidido por el Sr. Sagasta» *.

---

* Tomo I, de la obra titulada, *Apuntes del ex-ministro de Estado Duque de Tetuán.*

Digitized by Google

Pero antes de llegar á ese trance fatal, ¿por qué no se evitó la guerra, aceptando la oferta de los Estados Unidos, hecha por Mr. Olney, en nota de 4 de Abril de 1896, de su «auxilio para la terminación de la lucha fratricida, de un modo que, dejando incólumes el honor y la dignidad» de España, así como «sus derechos de soberanía», lograse pacificar inmediatamente la Isla, con la cooperación de los Estados Unidos?

Cerca de dos años más, siguió aún desangrándose la pobre España, por la incurable herida de la insurrección cubana, cuando los Estados Unidos renovaron el ofrecimiento de amistosa mediación, con nota dirigida el día 23 de Septiembre de 1897, por Mr. Woodford, Ministro americano, al Gobierno español.

Igual contestación que la dada por el Gobierno conservador á la de Mr. Olney, mereció del Gabinete liberal esta nota, á la cual respondió el Sr. Gullón en 23 de Octubre de 1897, declinando la nueva oferta de mediación.

Así fué rechazada la última esperanza de salvación ofrecida á España, inspirándose el Gabinete en la política tradicional de la imposición, definida en el Parlamento, por el jefe del Gobierno liberal, en la sesión del Senado del 8 de Marzo de 1895, de este modo: «La Nación Española está dispuesta á sacrificar hasta la última peseta de su Tesoro y hasta la última gota de sangre del último español, antes que consentir que nadie le arrebate un pedazo siquiera de su territorio. Por eso España hará todos los esfuerzos necesarios para que no suceda, y no sucederá».

Desgraciadamente, los acontecimientos vinieron á confirmar la primera parte de esta lúgubre profecía, fallando tan sólo el final; pues España, no sólo perdió todo su imperio colonial, sino que se lo arrebataron bajo el mando y responsabilidad, del mismo hombre que pronunció estas fatídicas palabras.

Lo cual no fué obstáculo, para que al poco tiempo volviera á dirigir la sociedad que había llevado á la bancarrota, y que después, en el día de la apoteosis oficial, la *Gaceta* (de 7 de

Digitized by Google

Enero de 1903) le proclamase, *eminente patricio al que debía tan relevantes servicios la Patria.*

¿Qué más hubiera podido decir el diario oficial, de un ciudadano que—en lugar de perderlos para la Nación—hubiera ganado diez millones de súbditos y cuatrocientos mil kilómetros cuadrados de territorio?

Dice en su notable folleto sobre *El Tratado de París,* Don Eugenio Montero Ríos, á propósito de la negociación que precedió al Protocolo de Washington, de 12 de Agosto de 1898, convenio que decidió la suerte del imperio colonial español; «recuerdo también que el 8 de Mayo, después de saberse en Madrid la catástrofe de Cavite, reiteré mi visita (al jefe del Gabinete), manifestando mi opinión de que el Gobierno español debía proponer inmediata y directamente al de Washington un armisticio para negociar la paz, pues eran incalculables los desastres que esperaban á nuestra Patria».

Tan acertado estaba en su patriótico consejo el eminente jurisconsulto, * que según opinión de conspicuos políticos americanos, si, á raíz de la catástrofe, España se presenta en Washington, sola, envuelta en los últimos destellos de la gloriosa aureola de su pasado, cual madre cariñosa de la familia americana, pidiendo tan sólo la cesación de los horrores de la guerra entre hermanos, como deben considerarse hijos de esa madre común, el orgullo yankee habría sido vencido por esa majestuosa aparición, y, sin solicitarlo, España hubiera obtenido cuanto hubiera deseado.

La conclusión de ese Protocolo, en las condiciones fatales en que se hizo, ha sido el más profundo, craso y transcendental error, de nuestra política exterior en el siglo XIX.

Porque, mal herida España en Cavite por Dewey, se dió tiempo con negociaciones, calificadas por D. Eugenio Montero Ríos, en su mencionado folleto sobre *El Tratado de París,* de inverosímiles, á que los americanos consumasen con toda tranquilidad el atentado sobre Santiago de Cuba,

* De quien decían los Comisarios americanos, en su correspondencia con Washington *(Foreign Relations of The United States, 1898)*: «Que había librado encarnizada batalla para obtener concesiones en la Deuda cubana».

Digitized by Google

donde por tierra y por mar, se hundió nuestra sombra de poderío.

El Protocolo de Washington fué la partida de defunción de la España heróica, extendida por Mr. Day y M. Cambon.

Por lo tanto, el Presidente de la Comisión de la Paz, no tuvo más misión en París, que la tristísima de formalizar la partida de sepelio de un cadáver, que yacía insepulto desde los días de las rendiciones de Santiago de Cuba y de Manila.

De esto podrá persuadirse, todo el que lea con atención, *El Tratado de París de 10 de Diciembre de 1898,* los Protocolos de las sesiones de la Comisión Hispano-americana, los documentos anexos y cuanto sobre este asunto ha sido publicado por el Gobierno de Washington, en sus colecciones oficiales (Libro Rojo), de los documentos presentados al Parlamento.

El Protocolo de Washington, había ya decidido de la suerte de las colonias españolas, antes de reunirse la Comisión de París.

Grandemente se anubla y entristece el ánimo, cuando en esa colección oficial americana, se analizan las causas de nuestros desastres, que fueron tanto más de evitar, cuanto que según en ella consta, pocos días antes del rompimiento de relaciones entre Madrid y Washington, Mr. Stewart L. Woodford, Ministro de los Estados Unidos en Madrid, en conferencia que celebró con un Ministro, que no era el de Estado (con el cual dice tenía dificultades para hacerse entender), propuso * la compra de la Isla de Cuba por medio de un convenio secreto, en el cual se nombrase á la Reina Victoria de Inglaterra, como árbitro de las diferencias que pudieran surgir, de modo que no se hiriesen las susceptibilidades del amor propio español.

Amortajada la España legendaria con el sudario del Protocolo de Washington, hubo en el mundo un período de grandísima expectación, á partir del día en que se firmó el

* Núm. 44. Despacho de Mr. Woodford al Presidente (de los Estados Unidos).—Madrid 18 Marzo 1898.—*Papers relating to the Foreign relations of the United States, with the annual Message of the President transmited to Congress December 5 1898.*—Washington Government printing office, 1901.

Digitized by Google

Tratado de París, en la esperanza de que surgiera una nueva potencia, de entre las cenizas de la Nación histórica desaparecida.

El momento fué único y decisivo, para afirmar su derecho á la vida, transformándose en pueblo moderno, la vieja nacionalidad que había sucumbido á prematura decrepitud político-social.

Todos los que aún confiaban en la vitalidad del pueblo español, esperaron que, movida la raza por el espíritu de conservación, arrastrada por el ansia del vivir, hubiera reorganizado su ejército, creado una marina, saneado los servicios de la administración, desarrollado la instrucción pública y orientado su política internacional, para ganar en el África, lo que había perdido en América y Asia.

Mas el viejo y agobiado león español, continuó sumido en su letal amodorramiento asiático: no dió signos de vida, y ni aun agitó su doliente cuerpo un estremecimiento de dolor, cuando le arrancaron las garras que habian hecho temblar al orbe!

Consecuencia del letargo en que sigue sumido el pueblo español, ha sido toda la política europea de estos últimos, la alianza anglo-lusitana, con el tratado secreto, que se dice existente, para el engrandecimiento de Portugal, á cambio de la cesión de algunas de sus colonias africanas; y el arreglo de la cuestión del Mediterráneo entre Inglaterra, Francia é Italia, concediéndose mutuamente, lo que cada una deseaba en Egipto, Trípoli y Marruecos, á cambio de mantener Francia el *statu quo*, entre el Pirineo y el Estrecho.

Y cansada Europa de esperar en vano, el *risorgimento* de ese Lázaro nacional, que no quiere resucitar, se decidió al fin á dar por terminado, el plazo tácitamente concedido para su evolución, tan pronto como los japoneses pusieron manos á la obra, de transformar el mapa político del Extremo Oriente.

Muy otro sería el estado actual de España y del mundo, si los directores de la nación española, en los momentos decisivos y transcendentales, que precedieron á la infausta

Digitized by Google

guerra de 1898, se hubieran inspirado en los ejemplos de cordura, valor civil y verdadero conocimiento de la situación, dados poco después por los estadistas franceses, cuando ante la declaración del Embajador de Inglaterra en París, de que la Gran Bretaña haría un *casus belli* de la permanencia del Capitán Marchand en Fashoda, el Gobierno francés le ordenó retirarse inmediatamente, poniendo así fin á un incidente, que hubiese podido ocasionar una guerra desastrosa para Francia, que no estaba preparada.

Si España hubiera procedido con parecida prudencia, en el conflicto con los Estados Unidos, aceptando, primero sus repetidas ofertas de mediación, para poner término á la insurrección cubana, ó la mencionada proposición de compra de la isla, hecha por Mr. Woodford; y en los últimos momentos, inmediatamente, la propuesta de la República americana, de conceder un armisticio para negociar la paz con los insurrectos, mediante los buenos oficios de su Presidente, se hubiera evitado esa guerra, que con sus abrumadores desastres acabó de agotar, las ya postradas energías de la vieja España.

Mas se perdió un tiempo precioso, en discutir nimios distingos, sobre quién había de ser el primero que pidiera el armisticio, al que, dice Mr. Woodford, en su despacho al Presidente de los Estados Unidos, fecha 26 de Marzo de 1898, era «personalmente opuesto el Ministro de Estado» *, dando lugar á que los americanos nos ganasen por la mano, y fuese presentado al Congreso de los Estados Unidos, el Mensaje presidencial de 11 de Abril de 1898, que sirvió de pretexto para la «resolución conjunta» del Senado y de la Cámara de Representantes de Washington de 19 de Abril, reconociendo la República de Cuba.

Pero aun en ese caso extremo, debióse acudir al remedio heróico, de seguir el sabio y patriótico consejo dado por Don Eugenio Montero Ríos; «de que debía el Gobierno español

---

* Núm. 56. Legación de los Estados Unidos, Madrid.—*Foreign relations of the United States 1898.*—Washington Government printing office 1901.

Digitized by Google

»reconocer la independencia de la Isla de Cuba, negociando »con ella, para la aceptación por la misma de toda ó parte de »la Deuda Colonial» *.

Todo, antes que esa funesta guerra!

¡Cuán diferente sería la situación actual de España, si vendida la isla de Cuba á los Estados Unidos y cedidas al Japón las Filipinas, por los cuarenta millones de libras esterlinas, que el Mariscal Yamagata declaró en Moscou, estaba dispuesto á gastarse el Mikado en adquirir el Archipiélago, aún conservase España Puerto Rico, como sagrada reliquia del descubrimiento del nuevo mundo; sin haber consumido en aquella insensata guerra, miles de preciosas existencias, millares de millones, y lo que nunca jamás se podrá recuperar: esa leyenda dorada, escrita á través de los siglos, en las páginas inmortales de la Historia, con sangre y glorias de cien generaciones de héroes!

.....

Tan lejos de Singapore, insensiblemente nos ha llevado esta digresión colonial, apartándonos del objeto y fin de este libro, narrar las diarias impresiones de un viajero en su peregrinación alrededor de la tierra, que para dar cima á la empresa de completar la relación del viaje, sin abusar por más tiempo de la benevolencia del lector, en breves páginas hemos de referir el resto de la navegación, hasta desembarcar en Marsella, donde rendiremos el viaje, después de haber dado la vuelta al mundo.

Día 13.—La temperatura matinal, era paradisiaca: ni frío ni calor. Las últimas horas que me restaban en Singapore, las aproveché en dar un delicioso paseo en coche, por caminos que ni la más soñadora fantasía podría imaginarse, antes de volver al barco, donde hago conocimiento con un nuevo pasajero, el Marqués de P., noble italiano que viene de cazar en Java.

A las nueve se largan las amarras y el «Anadir», dirigido por el piloto, sale culebreando por entre un complicado dé-

---

* *El Tratado de París.*

Digitized by Google

dalo, al estrecho de Malaca, cuyas costas y las de Sumatra seguimos viendo todo el día.

Día 14.—Al caer de la tarde, pasamos ante la punta extrema de Sumatra, donde hay un faro frente á Achin. En lontananza se distingue un buque de guerra, que parece resbalar con rapidez vertiginosa, sobre la superficie tersa del mar. Es un transporte militar francés, que lleva tropas á Tonkin. Con los anteojos se descubre una muchedumbre que se apiña en el puente para vernos pasar. Saluda el «Anadir» y responde el transporte.

Día 17.—El excesivo calor ha exacerbado los males de todos los pasajeros, pues, como todos los buques que retornan á Europa, el «Anadir» sólo lleva inválidos de los climas tropicales.

COLOMBO

Día 18.—Surgen del Océano las hermosas y azuladas costas de Ceylán, coronadas por la montaña llamada Pico de Adán. A las diez divisamos Colombo, que parece una bandada de palomas, posadas entre cocoteros y cuantos árboles prodiga aquella portentosa vegetación.

El «Anadir» fondea lejos de tierra. Una multitud de indios tripulando singulares piraguas, hechas con troncos de árboles y sostenidas en equilibrio por un flotador paralelo, rodean al buque y nos ofrecen transportarnos al muelle.

Salto en el primero de los esquifes que se acerca. Durante el largo trayecto, aquel sol implacablemente tropical, me recuerda con saña, que vuelvo á Europa, por enfermo.

Al desembarcar me reuno con otros pasajeros del «Anadir», que estaban presenciando, cómo dos *charmeurs de serpents* hacían bailar al son de unas gaitas sumamente extrañas, esas terribles serpientes llamadas «cobra de capello», cuya mordedura es fatal.

Bajo la *veranda* del Grand Oriental Hotel, reina viva animación: allí están reunidos los pasajeros de los tres grandes

Digitized by Google

barcos que acababan de fondear, comprando *bibelots*, escuchando música ó viendo los prestidigitadores.

El calor es inmenso, asfixiante. A pesar de ello, á las dos de la tarde salgo con el Marqués italiano que embarcó en Singapore y vamos á recorrer la ciudad.

Atravesamos primero barrios habitados por indígenas, después cruzamos un puente de barcas, desde el cual se admira en todo su esplendor, la belleza y exuberancia de la vegetación tropical. El ancho río corre majestuosamente á la sombra de los espesos bosques de esbeltos cocoteros, plátanos, árbol del pan y palmeras, que se levantan á sus orillas. Luego el cochero nos lleva por selvas, donde nunca penetra un rayo de sol.

A lo largo del camino había infinidad de chozas, hechas con bambú y cubiertas con hojas de palma, donde perezosamente estaban tendidos sus habitantes.

¿Para qué trabajar? ¿Para acallar el hambre? ¡Si sólo con alargar el brazo se coge un coco, un mango ó una banana! Vestidos! el clima los rechaza, ni necesitan más que una cabaña para guarecerse de la lluvia. Así es que los niños, llevan por toda indumentaria, una cadena de plata, más abajo de la cintura; anillos y pulseras en las muñecas y en los tobillos. Los hombres no están más vestidos, pues sólo llevan rodeada al cuerpo, una especie de toalla. Las mujeres en cambio, van majestuosamente envueltas en una toga de vivos colores, que se ciñe al cuerpo, marcando su esbeltez y la belleza de sus bronceadas formas.

Pasamos junto á un templo dedicado á Buda. El atrio está decorado con frescos, entre pompeyanos y egipcios, con la historia del reformador; pero como la restauración ha sido hecha bajo el gobierno inglés, el artista se ha permitido el anacronismo, de mezclar á los personajes de aquella época, otros, vestidos con nuestros trajes del día. En el interior, hay un gran Buda durmiente, embadurnado de amarillo, nota rabiosa que predomina en toda la ornamentación y en las paredes: haciendo de cariátides, están las efigies de Brahama, Shiva y Vishnú.

Digitized by Google

Como ornato de la puerta de entrada, figuran los leones y unicornios de las armas británicas, que la sabia política colonial inglesa, pone como salvaguardia de todos los credos profesados por sus súbditos.

Un *bonzo* joven, con la cabeza cuidadosamente rasurada y envuelto en una clámide amarilla, nos hace los honores con la mayor galantería. Fué casi tan amable, como sus colegas del Japón y el extremo opuesto de los de China, verdaderos lobos hambrientos, abyectos y repulsivos.

Dejamos el templo erigido á Buda, por la tolerante Administración británica y al trote de nuestra jaca, perseguidos por un enjambre de chiquillos que nos ofrecían flores, pidiendo dinero por supuesto, con los gestos más seductores posibles, fuimos por un camino semejante al anterior, hasta otro templo en que se guarda uno de los infinitos dientes de Buda, reliquia tan abundante en los países donde se rinde culto á ese reformador. Nada tiene de particular el templo, excepto la vista sobre el río, donde arrojan los cadáveres.

«Cinnamon Gardens» ó sea Jardín de los caneleros, es uno de los sitios preferidos para residencia de los europeos en Ceylán. Es un inmenso parque, con bosque de caneleros, cocoteros, plátanos, bambús, etc., en el cual hay infinidad de *bungalows,* casitas construídas *ad hoc,* para resistir los rigores de un clima tropical.

Las construcciones son de un solo piso y el tejado parece una gran campana ó paraguas, que las defiende del sol. Están rodeadas de ancha *veranda* ó balcón, y situadas en medio de espaciosos jardines. Cada una tiene escrito en la puerta de entrada, el nombre de la residencia.

En el centro de «Cinnamon Gardens», se alza un edificio nuevo y elegante, construído expresamente para Museo. Allí existen colecciones de peces, fieras, tortugas, armas, trajes y alhajas. Desde el balcón se descubre un panorama admirable.

En aquel jardín maravilloso, no se sabe qué admirar más; si el vigor de la naturaleza, ó la fuerza de voluntad y la constancia de los ingleses, para sacar partido de ella.

Digitized by Google

Pasando bajo tupidos toldos de follaje, formados por la espléndida vegetación, fuimos á parar á la playa, donde los ingleses han hecho un precioso paseo, á la misma orilla del mar.

Era domingo, la gente descansaba de las faenas de la semana y del calor del día, paseando al anochecer por aquel sitio encantador. Por allí discurrían elegantes damas, paseando en coche, á pie ó á caballo; oficiales irreprochablemente vestidos de blanco, niños ideales, con ligeros trajes que dejaban al descubierto sus robustos brazos y piernas, y esos soldados británicos, que por lo bien vestidos y comidos, darían envidia á muchos generales. Todo denota, cultura, fuerza y bienestar.

Ante la evidencia, preciso es reconocer la superioridad colonial de la raza anglosajona.

Las sombras de la noche se ciernen como inmenso velo sobre el mar; la luz desaparece y sólo rompen la obscuridad de la noche, los relámpagos que se suceden sin interrupción.

Es la hora de volver al hotel, que hallamos iluminado *a giorno*. La gente toma el fresco de la noche, sentada en la *veranda,* oyendo la música, mientras llega la hora de comer. Unos están de frac, otros con la chaquetilla blanca que suple á aquella prenda en el Extremo Oriente y otros de uniforme. Los ingleses son los mismos hombres, bajo los trópicos, que en las brumosas orillas del Támesis.

Suenan dos campanadas y todo el mundo, con puntualidad británica, se sienta á la mesa.

Los indios que la servían, iban vestidos con unas piezas de tela blanca arrollada á la cintura, cayendo hasta los tobillos. Los europeos allí residentes, se hacen servir por sus criados, elegantemente vestidos.

Día 19.—Al amanecer, salgo del Hotel para dar un paseo en carricoche, por entre los bosques de cocoteros, que á aquella hora estaban encantadoramente fantásticos.

Aquella tarde, nos embarcábamos en el «Anadir», poco antes de levar anclas. El calor era asfixiante.

Cuando el barco impulsado por la hélice sale del puerto, alejándose de Ceylán, el viajero se despide asombrado de

Digitized by Google

aquella lujuriante vegetación ecuatorial, que hasta dentro del mar cría bosques, como los de *palétuvier* en Colombo.

Durante los siete días que navegamos por el Océano Índico, el barco se deslizaba suave y velozmente, como por un lago. La superficie del mar era tersa y bruñida cual un espejo y las azuladas aguas parecían tener densidad oleaginosa. El calor impedía bajar á los camarotes y todos los pasajeros dormíamos sobre cubierta, tendidos en nuestras *chaisses-longues*.

En el silencio de la noche, pasaba largas horas contemplando las estrellas, sumido en las reflexiones que inspira esa pluralidad de mundos. ¡Qué pequeño se encuentra el hombre, cuando levanta la mirada al cielo y medita sobre la inmensidad que le rodea, en la que él no representa más, que un átomo infinitesimal!

ADEN

Día 26.—Cuando despuntaba la aurora, llegamos á la rada de Aden. De la superficie del mar surge una serie de montañas de basalto, negras, carbonizadas, que parecen inmensos montones de ruínas calcinadas ó los restos de un ciclópeo tejar abandonado. Son restos de antiguos volcanes.

Sobre una obscura montaña de aspecto infernal, se alza el telégrafo semafórico, en cuyo mástil ondea orgullosa la bandera británica.

A la sombra de sus respetados y protectores pliegues, viven en casa de mezquina apariencia, el gobernador, que es un general dependiente de la presidencia de Bombay, algunos oficiales y los soldados que sostienen el poder y la grandeza de Albión.

Cerca del embarcadero hay un semicírculo, llamado Steamer-point, formado por casas adosadas á la montaña de negro basalto, plaza donde se encuentran los hoteles, las tiendas y los bazares de los judíos, que venden de todo un poco: tabaco, plumas de avestruz, fotografías, botas é infinitas baratijas.

Digitized by Google

La mayor parte de los israelitas hablan el castellano.

Otros hebreos, envueltos en túnicas y luciendo dos largos mechones que les cuelgan de las sienes, persiguen sin piedad ni descanso al infeliz viajero, ofreciéndole rupias por luises, ó pesos mejicanos por soberanos ingleses.

El cortejo de cada uno de los pasajeros que habíamos desembarcado del vapor, se componía de media docena de judíos y un centenar de negros somalis, con la cabellera teñida de rojo por medio de la cal, que ofrecen aspecto tan singular como extraño.

Por todas partes nos seguían, no habiendo medio de deshacerse de aquella jauría de perros de presa.

La ciudad árabe, situada en el cráter de un antiguo volcán, está á cinco millas del punto donde anclan los barcos. Para llegar á ella es indispensable ir en coche, so pena de coger una insolación ó de morir asfixiado.

El camino pasa por entre las montañas y el mar; trepa en ziszás por el basalto y se interna en una estrecha cortadura, abierta por los ingleses, para bajar luego hasta la ciudad de Aden, famosa por las inexpugnables fortificaciones, que Inglaterra ha levantado en aquel suelo carbonizado.

Las murallas forman un ribete de piedra blancuzca, sobre las afiladas crestas de las montañas. En lo alto, casi perdido entre las nubes, metido en una garita que parece un nido de águilas, un soldado británico, con arrogante apostura y gesto orgulloso, lanza una mirada escrutadora, sobre aquellos mares, en que su pabellón de guerra impera.

Bajo un sol de fuego, que cegaba al ser reverberado por las murallas basálticas, visitamos las famosas cisternas. Son varias, comunicando entre sí; dicen que fueron construídas por Salomón y restauradas por los romanos. Cuando las ví, no tenían agua, á pesar de haber llovido catorce días antes.

La ciudad, compuesta de casuchas tristes, bajas y sucias, tiene una población mezcla de árabe y somalis. También hay algunos parsis, sectarios de Zoroastro ó adoradores del Sol. Visitamos la Torre del Silencio, dentro de la cual, en cumplimiento de sus preceptos religiosos, yacen los cadáve-

Digitized by Google

res de los parsis, que son entregados como pasto á las aves de rapiña, para que los devoren.

Al pasar por una calle, que el guía nos dijo se llamaba de los Placeres, salieron de unas casuchas unos seres negros, amarillos, rojos y terrosos, sin forma ni sexo, que con horribles gestos, nos invitaban á presenciar sus bailes.

Aquellas desgraciadas, pretendían hacerse pasar por mujeres! Llevaban al cuello monedas de todos los países; las narices traspasadas por una sortija; pulseras en los brazos y piernas; cadenas rodeando la cabeza y cubriendo su miserable cuerpo, unos harapos repugnantes.

Un árabe venerable, de luenga barba blanca y envuelto con soberana majestad en blanco ropaje, se dignó ofrecernos sus servicios de amigable componedor, dejando caer las palabras de sus augustos labios, con gesto magnífico de protección.

Al caer de la tarde salía el vapor de la rada de Aden, que semeja la imagen de la desolación y de la muerte.

El sol poniente bañaba con tintes rojizos aquellas montañas, que parecen colosales restos de un pueblo de titanes, calcinado por el fuego de un volcán.

MAR ROJO

Día 27.—Pasamos á la vista de Perin, islote fortificado por Inglaterra, á la entrada del mar Rojo, donde hay una guarnición compuesta de dos compañías destacadas de Aden.

Día 28.—Estamos en el mar Rojo; el calor es abrasador; no corre brisa alguna; el humo de las chimeneas sube al espacio perpendicularmente; falta aire respirable. Y si esto es sobre cubierta ¿cómo podrán resistir los fogoneros árabes, la temperatura que debe reinar en la cámara de calderas?

Día 29.—Una brusca transición de temperatura, ha venido á aliviarnos del calor que ayer se sentía. Infinitos buques se cruzan con el nuestro; otros se ven acostados á lo lejos sobre

Digitized by Google

los bancos en que naufragaron. A las siete pasamos frente á Dédalus.

Día 30.—La temperatura fresca se acentúa, desde que hemos salido de los trópicos. Nos acercamos al Istmo de Suez. En lontananza se divisan restos de varios vapores. En este frecuentado camino, se ven casi tantos esqueletos de barcos, como en las praderas americanas de ganado vacuno.

ISTMO DE SUEZ

1.° de Diciembre.—Llegamos antes de media noche á Suez, cuya ciudad se ve en el fondo del Golfo, coronada por techos en bóveda y blancos minaretes.

Con muy poca velocidad y precedidos de un vapor inglés, entramos en el Canal de Suez.

Esta obra gigantesca, que con el ferrocarril interoceánico americano, son las obras más grandiosas llevadas á cabo en el siglo pasado, tiene bien poco que ver y pocos atractivos, considerada artísticamente: es una ancha zanja, abierta á través de la arena del desierto, que va desde el mar Rojo hasta el Mediterráneo, pasando por los Lagos Amargos.

En los dos extremos se levantan respectivamente, las ciudades de Suez y de Port-Said. En el centro está Ismailia, fundada por Mr. Ferdinand de Lesseps, donde á gran costa llevaron el agua dulce é hicieron jardines en las arenas del desierto; pero con la cultura del país, el clima se hizo insalubre, por lo cual y en vista de que no prosperaba, la abandonaron.

El Canal sigue al principio en línea recta por una gran llanura de arena; después se ensancha cerca de los Lagos Amargos.

A la hora de haber entrado, tenemos que acercarnos á una estación (Gare) para dejar pasar á cinco barcos, que vienen en sentido contrario. El primero es un *cargo-boat,* á bordo del cual se ven algunas damas jóvenes y elegantes. El segundo un transporte de guerra francés, que conduce mil doscien-

Digitized by Google

tos hombres de tropa al Tonkin. Es un magnífico é inmenso vapor de hierro, que parece una montaña flotante. A causa de su inmensa mole y de la angostura del Canal, el transporte pasa muy lentamente, lo cual nos da tiempo para examinar á sus tripulantes.

Por todas las portas se ven asomar racimos de cabezas cubiertas con quepis ó sombreros marineros. Todas las caras parecen mustias, pálidas, macilentas y dejan traslucir el sentimiento con que abandonan la Francia, para lanzarse por los océanos, al Asia y á China, donde quizá les espera la muerte.

Sobre cubierta, soldados, marineros, caballos, cañones, y á popa, bajo la toldilla, un numeroso grupo de oficiales y tres señoras, que se me antoja nos miran con envidia, al vernos volver á esa Europa, que tanto se aprecia, cuando una vez se la ha dejado.

De los cinco vapores que pasaban, el último fué el «Brindisi» mala inglesa que iba á Shang-hai. Los pasajeros estaban sobre cubierta tan estirados y compuestos, cual si estuvieran en Hyde Park. Se ven algunas señoras elegantemente prendidas, como si fueran de paseo y esas viejas y viejos, rizados, frescos y rozagantes, que sólo produce la Inglaterra.

REGATA EN LOS LAGOS AMARGOS

El barco inglés que entró en el Canal antes que el «Anadir», no parecía dispuesto á dejarse pasar. Picado el amor propio de los oficiales del «Anadir», se proponen regatear con el «City of Calcuta» y pasarlo.

Los dos barcos se aprestan á la lucha. Las chimeneas comienzan á lanzar torrentes de negro humo; todo el mundo está en su puesto y los que no lo tienen asignado, se precipitan á las bordas, para presenciar las peripecias y emociones de la regata.

El inglés tiene la ventaja de la delantera; más de una milla. De repente vira á babor y parece renunciar á la rega-

Digitized by Google

ta, dejándonos el campo libre. Los oficiales de nuestro buque, llegaron á suponer, que convencidos los del *cargo-boat,* de la inutilidad de sus esfuerzos, emprendían una prudente retirada. Mas, no era ese el ánimo de los ingleses.

La maniobra había sido hecha para cortarnos el camino; y como tuviéramos que doblar en ángulo recto un faro, haciendo estopar el barco para virar sin encallar, perdimos algún tiempo.

Mientras tanto el inglés volaba ya por las tranquilas aguas del lago, que la potente hélice batía con furor, levantando montañas líquidas. Cuando el oficial de cuarto terminó la maniobra de virar el «Anadir» y por el conducto acústico gritó con voz de trueno, «en route», el inglés llevaba mucha delantera.

Marinos, oficiales y pasajeros, todos se interesaron en la emocionante lucha, cuyas peripecias seguían reloj en mano contando las revoluciones que por minuto daba la hélice, y con los anteojos en la otra observaban los movimientos del otro vapor, calculando los progresos que pudiéramos hacer.

Cuarenta y cuatro revoluciones por minuto, cincuenta, sesenta, el vapor ruge en las calderas, la hélice bate con furia las aguas y hace trepidar el barco, que parece un caballo de carrera, piafando y estremeciéndose antes de lanzarse al galope furioso.

La chimenea vomita humo á borbotones, los árabes gritan y aullan como diablos, allá abajo en las calderas, arrojando carbón en los fogones, ebrios de entusiasmo. Las trepidaciones aumentan; se cuentan las revoluciones: sesenta y seis; las distancias se acortan. No hay duda, ganamos la regata.

Mas ¿tendremos tiempo de pasarle? La orilla no está lejos; si en diez minutos no logramos pasarle, habremos perdido la regata, so pena de encallar. Setenta revoluciones por minuto: el barco vuela, la gente corre de un sitio á otro frenética y se cruzan apuestas. Hasta los más linfáticos, se les ve emocionados.

Ya nos acercamos, nuestra proa está á la altura de su chimenea, adelantamos y, precisamente al fin del lago, cuando

Digitized by Google

ya era imposible correr, á la entrada del Canal, pasamos al vapor inglés.

Antes de llegar á Ismailia, se encuentra Serapeum, donde hay una estación en la que pasamos la noche. Después de comer, saltamos á tierra. La noche era magnífica. En el hermoso cielo azul obscuro, titilaban las estrellas y las arenas del desierto semejaban bruñida superficie plateada, bañada por aquella suave luz.

Día 2.—Transcurre casi todo el día, en las maniobras de amarrar y retirarse á los apartaderos, para dejar pasar á otros buques.

El servicio del Canal, en cuanto al movimiento, estaba malísimamente comprendido y peor ejecutado. El tránsito era tan lento, que puede calcularse en 1,81 millas lo que se andaba por hora, contando las muchas que se pierden en los apartaderos, por causa de la defectuosa navegación. No es de extrañar el clamoreo del comercio y la navegación que pedían un servicio más inteligente. De esperar es que ahora sea perfecto.

El Canal de Suez, siendo, como es, una obra que inmortaliza una generación, parece mezquino é incompleto. No se comprende, cómo de haber emprendido trabajo tan colosal, cual el de unir dos mares, no se llevó á cabo, con la grandeza digna de tal pensamiento.

Día 3.—Después de pasar una segunda noche en el Canal, amarrado el buque en un apartadero, recorremos en dos horas las quince millas que nos separan de Port-Said.

Hemos pasado del mar Rojo al Mediterráneo. El barco ancla frente á la Agencia y en seguida salto á tierra, para pisar la del Egipto.

Port-Said es un puerto nacido con el Canal, ciudad donde se han dado cita y se codean, hombres venidos de los tres grandes continentes. En la calle principal, donde hay tiendas de tabaco turco, fotografías y quincalla europea, china y japonesa, se ven algunas *trattorie* italianas, como la de la Luna, que según dicen en Venecia «chi entra fa fortuna» y varios cafés cantantes, en los que unas orquestas femeninas, destro-

Digitized by Google

zan algunas piezas musicales, desde que un barco llega, sea cual sea la hora del día ó de la noche.

¡Qué lástima abandonar la tierra de los Faraones, sin ver el Nilo ni ver las Pirámides!

EL MEDITERRÁNEO

En cuanto salimos al mar, no cabe poner en duda la mala fama de que goza de revuelto, entre los aficionados á tranquilas navegaciones, ese mar azul, cantado por los poetas. Sopla un viento S.O. que arremolina las olas. El «Anadir» se agita y cabecea como un tapón de corcho.

Día 4.—Arrecia el viento, se enfurece el mar, cruje el buque, hace frío; es imposible estar de pie ó sentado. La mayor parte del pasaje ha sucumbido al mareo.

Las señoras son las primeras víctimas; el doctor se multiplica y corre de uno á otro camarote.

Día 5.—El temporal se desencadena en toda su furia durante la noche. Las olas saltan por cima de cubierta, las trepidaciones de la hélice son fortísimas; el buque á pesar de ser todo de hierro, cruje y rechina por todas partes. Todo el pasaje se ha refugiado en los camarotes.

Hacia las ocho de la mañana se ve la isla de Creta.

Día 6.—Mejora el tiempo; los movimientos del buque no son tan fuertes ni tan bruscos. Salen á tomar el sol sobre el puente, los averiados del mar y se ven caras largas, ojerosas, mustias y desencajadas. Cada uno cuenta las penas pasadas.

El caso es, que con la tempestad, el «Anadir» tan sólo ha hecho doscientas quince millas, que se ha perdido mucho tiempo y que no será posible llegar á Nápoles, antes de mañana por la noche.

Día 7.—Pasamos el estrecho de Mesina al romper del día. Las montañas de Italia, me recuerdan días felices allí pasados, acaso la mejor época de mi vida.

Digitized by Google

¡Italia! ¡Qué hermosos recuerdos me inspiras, qué horas tan dichosas, corrieron rápidamente para mí, en tus ciudades! ¡Venecia, Florencia, Roma, Nápoles! ¿cuándo os volveré á ver? Si algún día el sino me lleva otra vez á vosotras, que sea dichoso, pues en vuestro regazo no se puede llorar, sino vivir, gozar de la vida en la tierra.....

Densa niebla nos impide distinguir la costa, cuyos faros casi se vislumbran.

De repente Capri surge del mar, fantástica, arrebatadora. Adiós, isla encantadora, nido de amores y de artistas, refugio de tristes.

Doblamos la punta de la Campanella, con sus torreones del tiempo de los sarracenos. Entonces pasa á nuestro lado como un fantasma, un gran buque iluminado por luz eléctrica, que se desliza suave y velozmente sobre las tranquilas ondas de la bahía. Se oye á bordo una serenata. Entre las sombras y los reflejos del Vesubio, creo entrever Sorrento, Vico Equense, Castellamare, las faldas del volcán y todos los pueblecillos que desde Torre Anunziatta van hasta Nápoles.

Conforme avanzamos, las líneas de luz dibujadas por los faroles de la ciudad con puntos luminosos, se ven más claras; allí está la Chiaja, allí Posilipo, aquí Castellamare, enfrente está Vía Toledo y encima, dominando el panorama, San Martino, donde brilla una luz como una estrella.

El cólera de Egipto y la cuarentena, nos echan de Nápoles. El «Anadir» entra en el puerto rodeado de botes tripulados por *carabinieri*, para impedir la comunicación con tierra. El proveedor de la compañía pregunta desde gran distancia, qué necesita el ecónomo para la cocina. Al llevar la correspondencia tienen lugar varias escenas cómico-grotescas, porque los del puerto tienen miedo cerval de acercarse á nosotros. Allí desembarca el Marqués italiano, para lo que fué preciso ir á Nisida, donde está el lazareto.

Día 8.—Seguimos á lo largo, las costas del Latium: en lontananza se divisa la cúpula de San Pedro de Roma.

Después se presentan las islas de Montecristo y de Elba; por último al anochecer doblamos el cabo Corso, de Córcega,

Digitized by Google

entrando en su revuelto y agitado mar. El vapor rueda en aquel elemento deshecho y todo á bordo choca, suena y se rompe.

MARSELLA

Día 9.—Estamos frente á Tolón, pasamos la Ciotat y damos vista á Marsella.

Oh! desencanto, la Sanidad no nos deja desembarcar, después de treinta y nueve eternos días de navegación!

Un remolcador nos guia al lazareto de Frioul, para hacer cuarentena.

Allí varios buques están amarrados en fila. Uno de ellos tiene las vergas cruzadas en señal de duelo y la bandera austro-húngara á media asta. Alguien ha muerto á bordo.

Hace intenso frío; en los camarotes, instalados para climas ecuatoriales, el termómetro marca dos grados bajo cero.

Y como viniendo de esos países nadie trae ropas de abrigo, se busca refugio contra las inclemencias de la temperatura, en la litera.

Más largos aún que los días de navegación, parecen los de rigurosa cuarentena; completamente incomunicados, con centinelas de vista armados de fusil y bayoneta y sujetos á dos inspecciones medicales diarias.

Por fin, y en vista de que nadie se muere á bordo, no ya de cólera, sino de frío, levantan la incomunicación y dejan desembarcar á los ateridos pasajeros del «Anadir».

Al poner el pie en el muelle de Marsella, había dado la vuelta al mundo.

Digitized by Google

ESTADÍSTICA DEL VIAJE

IDA	MILLAS	HORAS	MINUTOS	DÍAS	PRECIO
De Roma al Havre.....	1.300	48	30	2	87
Del Havre á New York..	3.174	288	»	12	100
De New York á San Francisco de California....	3.400	153	35	6	150
De San Francisco á Yokohama.....	4.800	480	»	20	250
Total.....	12.674	970	5	40	587
Recorridas en ferrocarril.	4.700	202	5	8	237
Idem en vapor.....	7.974	768	»	32	350
VIAJE Á CHINA					
De Yokohama á Shang-Hai.....	1.200	192	»	8	55
De Shang-Hai á Tien-Tsin	754	98	»	4	34
De Tien-Tsin á Pekín (por tierra).....	80	21	»	»	10
De Pekín á Nankou.....	30	»	»	»	»
De Nankou á Pa-ta-ling..	15				
De Nankou á Chang-Ping-Chou.....	12	60	»	2 ½	20
De Chang-Ping-Chou á Pekín.....	30				
De Pekín (vía Tung-Chau) á Shang-Hai.....	924	78	»	3 ½	49
Total.....	3.045	449	»	18	168
VUELTA					
De Sang-Hai á Marsella..	9.030	936	»	39	400
RESUMEN					
Viaje de ida al Japón...	12.674	970	5	40	587
Viaje á Pekín.....	3.045	449	»	18	168
Regreso á Europa.....	9.030	936	»	39	400
TOTAL GENERAL...	24.749	2.355	5	97	1.155

Digitized by Google

Digitized by Google

APÉNDICES

JAPÓN EN 1904

Datos tomados del anuario *The Statesman's Year-Book*, edición Abril, 1904.

Dinastía.

Emperador; Mutsu-Hito. Nació en Kioto, el 3 de Noviembre de 1852. Sucedió en el trono á su padre Komei-Tenno, el 13 de Febrero de 1867. Casado el 9 de Febrero de 1869, con la Princesa Haruko, nacida el 28 de Mayo del 50, hija del Príncipe Hichiyo.

Hijo del Mikado.

El Príncipe Yoshihito, nacido el 31 de Agosto de 1879: proclamado Príncipe heredero de la Corona (Kotaishi), el 3 de Noviembre de 1889. Casado el 10 de Mayo de 1900, con la Princesa Sadako; nacida el 25 de Junio de 1884, hija del Príncipe Kuyo. Tiene herederos.

Por ley de la Casa Imperial de 11 de Febrero de 1889, la sucesión al trono quedó definitivamente establecida, excluyendo á las hembras.

La «lista civil» para el año 1903-4, asciende á tres millones de yen.

Constitución y gobierno.

Según la Constitución vigente, promulgada con igual fecha que la anterior ley, el Emperador es Jefe del Imperio, acumulando á los derechos de soberanía, el ejercicio de todos los poderes ejecutivos, con el consejo y parecer del Gabinete

Digitized by Google

ministerial, responsable ante el Soberano, que es quien lo nombra.

Existe un Consejo Privado, que delibera sobre importantes asuntos de Estado, cuando el Emperador le consulta. El Emperador declara la guerra, hace la paz y concluye los tratados; ejerce el poder legislativo con el consentimiento de la Dieta Imperial, y goza de la prerrogativa de sancionar las leyes, de convocar la Dieta Imperial, abrir y cerrar las legislaturas, suspenderlas y disolver la Cámara de Representantes.

La Dieta Imperial se compone de la Cámara de los Pares y la de los Representantes, necesitando cada ley el consentimiento de la Dieta. Ambas Cámaras pueden presentar proyectos de ley, interpelar al Gobierno sobre su cumplimiento y cualquier otro asunto, así como presentar mensajes al Emperador.

Carecen de capacidad para ser miembros de las Cámaras: los funcionarios de la Casa Imperial, jueces, auditores, tesoreros, oficiales de policía, militares y navales en activo servicio, sacerdotes, estudiantes, maestros de escuelas elementales, contratistas del Gobierno, etc. y todos los empleados cuyas funciones están relacionadas con las elecciones, en el distrito en que se verifica la votación.

El Presidente y Vicepresidente de la Cámara de los Pares y de la Cámara de Representantes, son nombrados por el Emperador; estos últimos, de entre la terna de candidatos elegidos por la misma Cámara. Los Presidentes de ambas Cámaras, perciben un sueldo anual de 5.000 yen; el Vicepresidente, 3.000 yen y los miembros de la Cámara de Representantes, así como los de la de los Pares, reciben 2.000 yen anuales, además de gastos de viaje.

El Gabinete actual, se compone de los siguientes Ministros:

Presidente, Conde Katsura.

Interior, Vizconde Yoshikawa.

Negocios Extranjeros, Barón Komura.

Hacienda, Barón Soné.

Justicia, Hadano.

Guerra, Teniente general Terauchi.

Digitized by Google

Marina, Vicealmirante Yamamoto.
Instrucción Pública, Kubota.
Agricultura y Comercio, Barón Kiyura.
Comunicaciones, Ura.

Gobierno local.

Para los efectos administrativos, el Japón está dividido en prefecturas («Fu y ken»). Estas se subdividen en municipalidades («Shi») y partidos («Gun»).

Cada prefectura tiene un Gobernador («Chiyi»), una asamblea prefectorial («Fu-kwai ó Ken-kwai») y un consejo prefectorial («Fu-sanyí-kwai») que preside el gobernador, como representante del poder ejecutivo, dirigiendo además la administración de las corporaciones locales, con arreglo á las decisiones de la asamblea prefectorial.

Población.

Según el censo de 1900, la población del Japón ascendía entonces, á 22.608.150 varones y 22.197.806 hembras.

La estadística de 31 de Diciembre de 1898, clasifica la población japonesa de la manera siguiente:

Familia imperial 53; kwadzokú ó nobles 4.551; shizokú ó caballeros y antiguos escuderos de los Daimios 2.105.698. El resto 41.648.166, estaba clasificado como pueblo.

Religión.

Por la presente Constitución, está garantizada la absoluta libertad religiosa, tanto para las creencias, como para el ejercicio de todo culto, en tanto no sean perjudiciales á la paz y buen orden del imperio.

El Estado, no tiene religión ni presupuesto de culto y clero.

Instrucción.

La educación elemental, es obligatoria. El número de niños, entre seis y catorce años, que, en 31 de Marzo de 1902, asistían á las escuelas, era de 7.466.886.

Digitized by Google

La estadística de Instrucción pública, en 1901-1902 es la siguiente:

INSTITUTOS	NÚMERO	PERSONAL docente.	ESCOLARES
Escuelas elementales.....	27.012	102.700	4 980.604
Idem íd. secundarias.....	243	4.302	89.088
Idem superiores.....	8	305	4.781
Idem íd. de niñas.....	71	997	17.540
Idem normales.....	54	1.032	18.478
Idem normales superiores.	3	139	1.000
Idem especiales y técnicas.	482	4.258	1.090
Idem varias.....	1.489	5.735	96 981
Universidades.....	2	356	4.076
Jardines de la infancia.....	255	674	23.759

Las dos Universidades imperiales, son las de Tókio y Kioto. Esta la forman las facultades de Derecho, Medicina, Ciencias, Ingeniería y Agricultura. Y la de Tókio, facultades de Derecho, Medicina, Literatura, Ciencias, Ingeniería y Agricultura. Ambas á dos están mantenidas por el Gobierno, así como la mayor parte de las escuelas, á cuyo sostenimiento también contribuyen las municipalidades.

En 31 de Marzo de 1902, había en el Japón 50 Bibliotecas, con 619.232 volúmenes. En el año 1901 se publicaron 18.998 libros y 1.181 periódicos mensuales, semanales y diarios.

Justicia y criminalidad.

Últimamente se ha establecido un sistema de justicia fundado en la moderna jurisprudencia. Los jueces ó magistrados, son inamovibles; excepto como castigo disciplinario y corrección criminal.

La Corte de Casación ó Tribunal Supremo, ejerce jurisdicción en las apelaciones de todos los tribunales superiores y entiende de todos los crímenes contra la casa imperial ó el Estado, así como de las acusaciones contra los individuos de la familia imperial. La Corte de Casación está compuesta de siete jueces; la Corte de Apelación (Audiencia) de cinco;

Digitized by Google

la de distritos de tres jueces y en los Juzgados no hay más que un juez.

El Emperador tiene la alta vigilancia de un Tribunal especial, para asuntos administrativos.

La criminalidad de 1901, arroja las cifras siguientes: 2.811 condenas por delitos graves y 127.489 por delitos leves, que hacen un total de 130.300.

Los delitos relacionados con el servicio militar y naval, son juzgados por Consejos de Guerra.

Hacienda.

El yen vale 2,50 pesetas oro.

En el presupuesto calculado para 1903 á 1904, ascienden los ingresos, á 251.681.961 yen; y los gastos á 244.752.346.

Á continuación figura un extracto del presupuesto de gastos, que terminó en 31 de Marzo de 1904, distribuídos en esta forma:

GASTOS	YEN
Ordinarios:	
Lista Civil	3.000.000
Dieta Imperial	1.730.704
Negocios extranjeros	2.284.161
Interior	10.274.776
Hacienda	8.274.007
Ejército	38.495.727
Marina	22.077.695
Justicia	10.563.532
Instrucción pública	5.073.502
Agricultura y Comercio	2.943.949
Comunicaciones	21.606.676
Servicio de la Deuda	42.402.101
Clases Pasivas	5.875.558
Varios	3.861.735
Total ordinarios	178.464.121
Gastos extraordinarios	66.288.225
TOTAL DE GASTOS	244.752 346

Digitized by Google

Defensa nacional.

El Emperador tiene el supremo mando del ejército y de la Marina.

El ejército del Imperio ha sido organizado sobre la base uniforme de la *conscripción.*

Según la ley vigente, todos los súbditos japoneses de edad de diez y siete á cuarenta años, están obligados al servicio militar. Tanto el ejército como la marina, están divididos en fuerzas permanente, *landwehr,* depósito y *landsturm.* El ejército permanente está dividido en ejército activo y en ejército de reserva. El activo está formado con mozos de veinte años, siendo la duración del servicio, tres años en el ejército y cuatro en la marina.

El ejército de reserva se compone de los que han cumplido en el ejército activo, estando obligados á servir en la reserva, cuatro años y cuatro meses en el ejército y tres en la marina.

El ejército se compone de: la guardia imperial, doce divisiones, la gendarmería, las reservas, la *landwehr* y el depósito, además de la guarnición de Formosa.

La fuerza del ejército imperial el 31 de Diciembre de 1900 (última estadística publicada), era la siguiente:

	OFICIALES	HOMBRES	TOTAL
Estado Mayor	1.673	1.902	3.575
Regimientos	6.110	155.966	162.076
Guardia imperial	573	13.537	14 110
12 divisiones	4.951	124.004	128.955
Guarnición de Formosa	470	15.917	16.387
Gendarmería	116	2.508	2.624
Varios	263	346	609
Alumnos	»	»	1.369
Total activo	8.046	158.214	167.629
Reserva	2.400	201.709	204.109
Landwehr	1.165	97.557	98.722
Primer Depósito	»	»	51 966
Segundo íd	»	»	109.581
TOTAL GENERAL	11.611	457 480	632.007

Digitized by Google

El número de caballos en 1900 era de 31.057.

El fusil con que está armado actualmente el ejército, es el de sistema 1897 (calibre 6,5 milímetros) inventado en el Japón.

El ministro de Marina, es miembro del Gabinete y dirige la administración. El Jefe del Estado Mayor general naval, nombrado entre los Almirantes de la escala activa, es responsable ante el Emperador, de las operaciones de la flota.

El litoral japonés está dividido en cinco distritos marítimos, que tienen sus cuarteles generales, diques, arsenales, etc., en Yokosuka, Kuré, Sasebo, Maizuru y Muroran (éste, aún no establecido).

El personal de la marina en 1902, se componía: de 2 almirantes, de 14 vicealmirantes, 25 contralmirantes, 62 capitanes, 116 comandantes, 176 tenientes comandantes, 220 tenientes, 305 subtenientes, además de los ingenieros, médicos, etc., y 31.688 marineros, siendo el total de 35.355 oficiales y marineros.

El cuerpo de oficiales recibe su instrucción en las marinas europeas: ha dado excelentes pruebas de bravura, serenidad y disciplina, durante la campaña con China y las está dando en el presente conflicto con Rusia.

El desarrollo de la marina japonesa, es uno de los elementos más notables, en la política del Extremo Oriente. Durante la guerra con China, su escuadra fué manejada con pericia y muy decisivo efecto.

Actualmente se está llevando á cabo el programa de construir gran número de acorazados, cruceros y unos cien torpederos.

La fuerza de la marina japonesa consiste, en la homogeneidad de sus barcos acorazados, apoyados por una numerosa flotilla de destructores.

El Japón construye ahora en sus arsenales sus cruceros y destroyers, y ha establecido fábricas de planchas para blindajes.

El número de barcos de la flota japonesa, es el siguiente:

Digitized by Google

		ACTIVO	EN CONSTRUCCIÓN	EN PROYECTO
Acorazados.....	Clase 1.ª.	4	»	4
Idem.....	— 2.ª.	2	»	»
Cruceros blindados..	— 2.ª.	6	»	6
Barcos viejos.....	— 4.ª	1	»	»
Cruceros.....	— 6.ª	10	2	(?)
Idem.....	— 7.ª	4	»	»
Torpederos.....	.....	4	»	»
Destructores.....		20	»	10
Torpederos modernos.....	...	47	»	Muchos.

La suma votada para el aumento de la Marina japonesa es, de 99.860.305 yen.

Los acorazados construídos y en construcción, cruceros armados y cruceros protegidos, están comprendidos en el cuadro siguiente (Abreviaturas: *b*, acorazado de barbeta; *g c*, guardacostas; *c a*, crucero acorazado; *c p*, crucero protegido):—

Descripción.	NOMBRE		Botado.	Toneladas de desplazamiento.	ARMAMENTO principal.	Fuerza en caballos.	Velocidad nominal. — *Nudos.*
b	Yashima.....	2	1896	12.517	Todos los buques están armados con numerosa y potente artillería de tiro rápido,	13.687	18
b	Fuji.....		1896	12.649		13.687	18
b	Shikishima...	1	1898	15.088		14.700	18
b	Asahi.....		1899	15.443		15.207	18
b	Mikasa.....		1900	15.362		15.207	18
b	Hatsuse.....		1899	15.240		14.700	18
g c	Chin-Yen.....	4	1882	7.335		6.000	15
c a	Tokiwa.....	2	1898	9.855		18.248	22
c a	Asama.....		1898	9.855		18.248	22
c a	Idzumo.....		1899	9.906		14.700	21
c a	Iwate.....		»	9.906		14.700	21
c a	Yakumo.....		1899	9.800		15.500	20
c a	Azuma		1899	9.456		16.600	20
c a	Nisshin.....		1902	7.700		13.500	20
c a	Kasuga.....		1903	7.700		13.500	20
c p	Akitsushima..	6	1892	3.172		8.516	19
c p	Hashidate....		1891	4.278		5.400	16
c p	Itsukushima..		1889	4.278		5.400	16
c p	Matsushima...		1890	4.278		5.400	16
c p	Naniwa	7	1885	3.709		7.604	18
c p	Takachiho....		1885	3.709		7.604	18

Digitized by Google

Descripción.	NOMBRE		Botado.	Toneladas de desplazamiento.	ARMAMENTO principal.	Fuerza en caballos.	Velocidad nominal. — *Nudos.*
c p	Yoshino.. ...	6	1892	4.225	de los siguientes calibres ingleses: 12, 10, 8, 6, 4·7 y 3 pulgadas.	15.967	23
c p	Chitose.....		1898	4.836		15.714	23
c p	Kasagi.....		1898	4.978		17.235	23
c p	Takasago.....		1897	4.227		15.967	23
c p	Idzumi.....	7	1883	2.967		5.576	17
c p	Suma.....	6	1895	2.700		8.500	20
c p	Akashi.....		1897	2.800		8.000	20
c p	Chiyoda.....	7	1890	2.439		5.678	19
c p	Niitaka.....		1902	3.400		9.000	20
c p	Tsushima.....						
b	2 buques.....		»	16.400		»	»

El «Nisshin» y el «Kasuga», construídos en Génova, para la Marina de la República Argentina, los compró el Japón en los últimos días de 1903, antes de romperse las hostilidades.

Producción é industria.

Unos tres quintos de la tierra laborable, está cultivada por campesinos, que son propietarios y el resto por colonos. Según la estadística oficial de 1899, la propiedad perteneciente á particulares y corporaciones locales, ascendía á 13.530.791 cho, de los cuales, estaban en cultivo, 5.045.276. Eran bosques 6.997.576 y páramos 1.075.246.

El número de cabezas de ganado que existía en 1900, era de 1.261.214 y el de caballos de 1.541.979.

En la provincia de Echigo, empieza á desarrollarse la industria del petróleo. En Wakamatsu se fabrican planchas, rails, etc., de acero Siemen's; y en Nagasaki existen arsenales provistos de maquinaria moderna, bajo la dirección de hábiles obreros europeos.

De las varias materias textiles utilizadas por la industria, como seda, algodón, etc., en 1901 se manufacturaron por valor de 153.595.919 yen.

Digitized by Google

Pesquerías.

En 1901 había 377.501 barcos de pesca, dedicándose á esta profesión 2.508.361 marineros.

Comercio.

El Japón exportó en 1902, por 267.855.021 yen; é importó por la cantidad de 290.809.379 yen.

En la estadística comercial japonesa, España no figura en la importación ni en la exportación.

Navegación.

Las estadísticas de los puertos japoneses dan los siguientes resultados del movimiento de buques, sin incluir los dedicados al cabotaje, para el año de 1902:

Entraron,	buques:	7.764	con 11.574.446	toneladas.
Salieron,	—	7.852	— 11.605.073	—

Del total de los barcos extranjeros entrados en el Japón en 1902; 1.639, con un tonelaje de 4.155.789, fueron británicos; 382, con 1.228.244 toneladas, alemanes; 319, con 466.615, rusos; 254, con 280.360, noruegos; 210, con 560.866, americanos; 113, con 251.175, franceses.

La Marina mercante japonesa contaba en 1902, 1.033 vapores, con 605.122 toneladas; 3.591 barcos de vela de tipo europeo, con 329.839 toneladas y 1.260 barcos indígenas, de 548.422 «koku».

Comunicaciones.

En Enero de 1886, existían abiertas al tráfico 4.481 millas de caminos del Estado y 15.362 de caminos prefectorales.

Los ferrocarriles son de dos clases: 1.ª Ferrocarriles del Estado; 2.ª Ferrocarriles pertenecientes á Compañías privadas, que ascienden á 51.

Digitized by Google

Estadística de ferrocarriles.

	FERROCARRILES del Estado. — 1901-902.	FERROCARRILES de Compañías. — 1901-902.
Longitud en millas.....	1.149	2.967
Beneficio bruto.....	16.764.219	33.478.553
Gastos en yen.....	8.346.091	17.205.101
Mercancías transportadas.....	2.787.113	11.773.719
Número de pasajeros...	32.527.339	79.136.954

Según la estadística telegráfica postal del año 1902-3, en dicho año circularon por el correo japonés 913.103.888 cartas, tarjetas postales, periódicos, revistas, libros, muestras, paquetes postales, etc.

En Marzo de 1903 había 2.667 millas de teléfono (42.227 millas de alambre), con 32 estaciones principales, 288 secundarias y 30.251 abonados.

Crédito y moneda.

En 1902-3 se pusieron en circulación 37.269 753 yen, acuñados en oro y 800.000 en plata. El papel moneda tiene gran circulación en el Japón.

Las cantidades depositadas en los Bancos en 1901, ascendieron á 555.233.352 yen; y en los Correos, que tienen caja de ahorros, se depositaron 44.133.833 yen.

Monedas, pesos y medidas.

Por ley de Octubre de 1897, fué adoptado el patrón oro.

La unidad de valor es 0,75 gramos de oro puro ó sea lo que se denomina, yen; sin embargo de que no es acuñado.

Las monedas acuñadas son: de oro, de 20, 10 y 5 yen; de

Digitized by Google

plata, de 50, 20 y 10 sens; de níquel, de 5 sens, y de bronce, de un sen y de 5 rin.

El sen es la centava parte del yen; y el rin, es la décima parte del sen.

Las monedas de oro tienen 900 de fino, y las de plata, 800 de ídem.

Digitized by Google

ESTUDIO BIOGRAFICO

(Publicado en el *Archivo Diplomático.*)

IWAKURA TOMOMI

En la historia moderna del Japón, que sólo comienza en 1872, con el derrumbamiento del sistema feudal, el nombre de este eminente hombre de Estado, ocupará preferente lugar.

Iwakura, que ha fallecido á los cincuenta y siete años, en su palacio de Tókio, nació en Kioto, dentro del sagrado recinto del Dairi, residencia de los Mikados, de uno de los cuales descendía, por lo cual desempeñaba las funciones de *kugué* ó chambelán, en la misteriosa corte del Tenno.

Este elevado cargo, al cual era anejo el privilegio, solamente concedido á los *kugué,* de acercarse á la persona divina del Mikado, le facilitó los medios de tomar parte activa primero y después la dirección de los acontecimientos que se han sucedido desde 1853, hasta el año 1872, dando por resultado la supresión del Shogunado, la abolición del feudalismo y la restauración de Mutsu-hito, el Emperador reinante, en la plenitud de sus derechos y perdida autoridad.

Para lograr estos fines y especialmente el de devolver al Mikado el poder que durante muchos siglos le había usurpado el Shogun, Iwakura, temiendo que un acto de soberanía podría restablecer el vacilante poder del usurpador de Yedo, se opuso con toda su influencia en el año 1858, á que el Gobierno del Bakufú ó sea del Shogun, negociase tratados con las potencias occidentales.

Difícil sería probar, si obró sólo guiado por sus convicciones, sin que interviniese la gran aversión que todos los asiáticos profesan á los extranjeros, á los bárbaros de occidente. Ello fué, que por aquel entonces, un matrimonio entre la hermana del Mikado y el

Digitized by Google

Shogun, desbarató los planes del futuro Udai-yin, que cayó en desgracia y fué desterrado.

Durante el tiempo que forzosamente vivió alejado de la capital, siguió conspirando y trabajando la revolución, aunando voluntades, alentando ambiciones y preparando con los Daimios del Sur, la derrota de las tropas del Shogun en los campos de Fushimi, el 27 de Enero de 1868.

Las consecuencias de esta sangrienta batalla, que duró tres días, fueron la caída del Shogunado, el restablecimiento del poder mikadonal, la traslación de la Corte, de Kioto á Yedo (Tókio), y la formación de un Gobierno, compuesto del príncipe Arisugawa-No-Mya, Sanyo-Sanetomi é Iwakura Tomomi.

Bien pronto, dificultades políticas le hicieron abandonar su puesto de tercer ministro, que sólo recuperó en 1871, con la cartera de Negocios Extranjeros. Con este motivo, el Mikado en persona, *apartándose de la tradicional etiqueta*, le hizo una visita, *en prueba de agradecimiento, por haberle devuelto la autoridad, que en todo su esplendor habían ejercido sus gloriosos antepasados.*

Vencidas la mayor parte de las dificultades interiores, salió Iwakura Tomomi en 1872 al frente de una numerosa embajada, que recorrió las Cortes de Europa, con el objeto de conseguir la revisión de los tratados, cuestión aun hoy * pendiente, que es la pesadilla del Gobierno japonés.

El resultado de la misión fué negativo, fracasó en todas partes y todos los Gobiernos rechazaron las pretensiones de Iwakura.

Casi no había descansado el Udai-yin, el amigo del Emperador de su peregrinación diplomática á través del mundo, cuando en la noche del 14 de Enero de 1873, al salir en coche del palacio de Akasaka, ocho *ronin* (nobles militares sin empleo), mataban á sablazos al *betto* y al cochero, debiendo su salvación Iwakura, aunque gravemente herido, á haberse dejado rodar por el talud de la fortificación, hasta el foso. Agarrado allí á los lotos, permaneció desangrándose dos horas mortales.

Restablecido, después de luchar muchos días con la muerte, se dedicó con más ardor que nunca, á consolidar la revolución social y política, que ha cambiado los destinos de este pueblo.

Iwakura, que en los albores de su carrera política se opuso á la admisión de los extranjeros, con la madurez del juicio y del talen-

---

* Cuando esta biografía fué escrita.

Digitized by Google

to, modificó sus opiniones; inició el renacimiento de su vieja patria, organizando el ejército con una misión militar francesa, la marina con oficiales ingleses, la instrucción universitaria con alemanes, las escuelas de Medicina con holandeses, la de Bellas Artes con italianos, el servicio postal con americanos, y como si no fuera bastante todo esto, para que el contraste entre el principio y fin de su vida fuera mayor, ha sido acompañado hasta la última morada por todo el Cuerpo diplomático, mientras los buques de guerra extranjeros anclados en la bahía de Yedo, saludaban sus mortales despojos.

Para terminar, diré, en pocas palabras, que á Iwakura Tomomi el Emperador le debe un trono, el Japón su renacimiento, y la civilización una página en la historia.=FRANCISCO DE REYNOSO=Myano-shita, Japón.

Digitized by Google

LA CERAMICA JAPONESA

Pueblo tan artista como el japonés, que ha cultivado con sin igual éxito todas las artes, desde el de la jardinería, hasta la fabricación de sus admirables hojas de espadas y sables; raza que se deleita en la contemplación de lo bello, así sea un cerezo cubierto de blancas flores, ó el *kakimono* representando en toda su grandiosa majestad, el fantástico cráter del volcán Fuyi, perdiéndose allá entre las nubes, no podía menos de cultivar y proteger el arte de la cerámica.

Los comienzos fueron muy rudos, limitándose á producir toscos barros cocidos, que aun hoy se descubren en las antiguas tumbas de personajes, representando cabezas de las víctimas destinadas en los primitivos tiempos, á ser enterradas vivas con su señor, luego sustituídas por esos emblemas simbólicos.

La cerámica, como todas las artes del Japón, sólo se desarrolló al contacto de la vieja y refinada civilización continental china, cuando los japoneses invadieron la Corea, en tiempos (203 de n. e.) de la Emperatriz Yingu-Kogó.

Establecida la corriente intelectual, entre el archipiélago y el continente, los japoneses se trasladaron á China para estudiar la civilización del Celeste Imperio é importarla á su país.

Kato Shirozaemon, fué el primer artista alfarero que visitó China durante la regencia de los Hoyo, con el objeto de perfeccionarse en su arte; estableciéndose á su regreso en Seto, Owari.

En la segunda invasión de Corea por Hideyoshi (1592-1597), los generales japoneses, entre otros cautivos, trajeron alfareros coreanos, que se establecieron en Sátsuma, Hizen, Higo y otros puntos, donde fundaron manufacturas, que después adquirieron gran importancia.

Las marcas más importantes son:

Hizen—porcelana con dibujos azules, pintados bajo el vidriado.

Digitized by Google

Kanga—que se distingue por su color rojo y dibujos dorados.

Owari—cuya especialidad es el azul cobalto, muy apreciado.

Sátsuma—porcelana *hibiki* (serpiente porcelana, llamada así porque su vidriado está cubierto de rayas), profusamente adornada con figuras, países y flores.

Kioto — de la cual en el capítulo correspondiente se ha hecho mención.

Tókio y Yokohama— donde los artistas decoran porcelanas hechas en otros puntos, vendiéndolas el comercio como legítimas de otras marcas.

Digitized by Google

Digitized by Google

BIBLIOGRAFIA

Historia de las Missiones que han hecho los Religiosos de la Compañía de Iesús, para predicar el Sancto Euangelio en la India Oriental, y en los Reynos de la China y Japon, escrita por el Padre Luis de Guzman, Religioso de la misma Compañía.=Dirigida á Doña Ana Felix de Guzman, Marquesa de Camarasa, Condesa de Ricla, Señora del Adelantamiento de Caçorla.=En Alcalá, 1601, por la biuda de Iuan Gracian.

Escritos de los Portugueses y Castellanos, referentes á las lenguas de China y el Japón.=Estudio bibliográfico, por el Conde de la Viñaza.=1902.

Estudios sobre el Japón, por D. Enrique Dupuy de Lome.=1895.

Digitized by Google

Digitized by Google

ELENCO DE NOMBRES

Págs.

A

Achin..... 405
Aden..... 409
Adzuma..... 77
Africa..... 397
Aidzu (Daimio)..... 126-130
Akechi..... 99-101
Alaska (Territorio de)..... 14
Alba (Duque de)..... 5
Albornoz (Cardenal Carrillo de).... 7
Alcock (Sir Rutherford)..... 155
Alemania..... 107
Almogávares en Oriente..... 389
América (Conquistadores)..... 398
Amida (Diosa)..... 217
«Anadir»..... 285-418
Ansúrez (Conde Don Pero)..... 5
Antokú (Mikado)..... 84
Antón, Don Fernando de..... 362
Aragón (Reino de)..... 5
Arashiyama..... 294
Arisugawa-no-mya (Príncipe)... 128-135
Asaksa (Templo)..... 183
Asama-Yama (Volcán)..... 64
Asano (Daimio)..... 178
Ashi-Gara-Shimo..... 338
Ashikaga (Takauchi)..... 94-95
Ashinoyú..... 319
Atago-Yama (Echizen)..... 102
Atago-Yama (Tókio)..... 167
Atsmi..... 313
Atlántico (Océano)..... 8
Azalea (Miss)..... 54

B

Baco (Dios)..... 209
Baker (Pacha)..... 25
Bakufú..... 119
Balboa (Vasco Núñez de)..... 11-58
Barberini (Príncipe)..... 5
Barrera (Don Luis de la)..... 174
Benkei..... 300
Benten (Diosa del amor)..... 209-272
Bismark (Príncipe)..... 107
Biwa (Lago)..... 97-296
Bombay..... 409
Bonaparte (Napoleón)..... 107
Borbón (Condestable de)..... 5
Borbones..... 398
Brigham Young..... 35
Bubbling-well..... 347
Buffalo Bill..... 32

C

California..... 38-40
Cámara de Pares (Japón)..... 422
Cámara de Representantes (Japón).. 422
Cambon, Mr. Jules..... 401
Campanella..... 3-417
«Campo de exámenes» (Pekín)..... 361
Canadá (Dominio del)..... 14
Canal de Suez..... 412
Canova..... 295
Capri (Isla)..... 1-417
Caraffa (Pablo IV)..... 5
Carlos V..... 5
Carmelo (Misión del)..... 56
Castellamare..... 4-417
Castilla (Reino de)..... 5-17
Cavite (Combate de)..... 173
Cavite..... 400
Cavour (Conde)..... 107
Cerignola (Batalla)..... 4
César (Julio)..... 107
Ceylán (Isla)..... 405
Cinnamon gardens..... 407

Digitized by Google

Págs.

Ciotat (La)..... 418
Cisneros (Cardenal Francisco Ximénez de)..... 397
Civitella..... 6
Cólogan (Don Bernardo J. de)..... 380
Colombo (Ceylán)..... 405
Colón (Cristóbal)..... 11-58
Colona (Príncipe de)..... 5
Comercio (Japón)..... 430
Comisión para la negociación de la Paz en París..... 401
Como (Lago)..... 321
Comunicaciones (Japón)..... 490
Confucio..... 58-255-363
Conchinchina..... 389
Consejo Privado (Japón)..... 422
Constitución y Gobierno (Japón)... 421
Cooper, Fenimore..... 34
Córcega (Isla)..... 417
Corea (Reino de)..... 104-105-106-436
Cortés (Hernán)..... 11
Council Bluffs..... 28
Crédito y Moneda (Japón)..... 431
Creta (Isla)..... 416
Cuba (Isla)..... 401-404
Cuba (República de)..... 403

CH

Chan-cha-uan..... 359
Chang-ping-chou..... 374
Chiaja (Nápoles)..... 2-417
Chicago..... 15
Chibuku (Isla)..... 296
Chifú..... 384
China..... 104
Ch'i-ua-men..... 381
Chiugokú..... 100
Chobei..... 229
Chóshiú (Príncipe de)..... 127-259-334
Choteki (Rebelde)..... 129
Chu-yung-kuan..... 372

D

Dai-Butzu, Kamákura..... 235
Dai-Butzu, Kioto..... 263
Dai-Butzu, Nara..... 287
Dai-Gakú-ko..... 123
Dai-Nihon-Shi..... 120
Dai-Nippon..... 63-138
Dai-Verme..... 241
Dai-zai-Fú..... 91

Págs.

Dan-no-ura..... 84
Davies (Estrecho de)..... 14
Day (Mr. William R.)..... 401
Defensa nacional (Japón), Ejército y Marina..... 426
Déshima..... 116-344
Dewey (Comodoro)..... 400
Dieta imperial (Japón)..... 422
Dogáshima..... 308-310

E

Echizen..... 101
Egipto..... 402-415
Elba (Isla)..... 417
El Tratado de París, Conferencias de Don Eugenio Montero Ríos..... 400
Enóshima (Isla)..... 232
Enrio-Kuan (Palacio)..... 189-191-199
Enrique II de Francia..... 6
Entenza (Berenguer de)..... 351
Epomeo (Monte)..... 3
Erie (Lago)..... 14
España..... 173-396-398-403
Estados Unidos..... 299-398-403-404
Este (Duque de)..... 4
Estrecho de Gibraltar..... 402
Etas (Parias)..... 113
Extremo Oriente..... 395-402
Europa..... 397

F

Fashoda..... 403
Felipe II..... 5
Felipe IV..... 397
Fernando V (Rey católico)..... 107
Ferrán..... 8
Ferrara (Duque de)..... 6
Ferrocarriles (Japón)..... 431
Filipinas (Gobernador)..... 104
Filipinas (Islas)..... 395-404
Foix (Gaston de)..... 4
Flandes (Guerras de)..... 397
Formosa (Isla de)..... 63
Francia..... 107-395
Frioul..... 418
Frisco (San Francisco de California)..... 39-40
Fulton..... 121
Fusan..... 105
Fushimi..... 103-109-119
Fuyi Sama (Volcán)..... 58-321-324-329-331

Digitized by Google

Págs.

Fuyisawa..... 326
Fuyiwara..... 103-281

G

Garegliano..... 4
Gautier Théofile..... 34
«Genkai-maru»..... 239
Ginart (Don Manuel)..... 345-385
Gobierno local (Japón)..... 423
Go-Daigo (Mikado)..... 94
Goguen-Sama (Iyeyas)..... 266
Go-Kameyama (Mikado)..... 95
Go-Komatsu (Mikado)..... 95
Golden gate..... 58
Gompachi, Sirai..... 219
Gosanké..... 111
Gosho (Palacio)..... 111-247-249
Cotenba..... 326
Goto..... 129
Gotoba (Mikado)..... 84
Cran Bretaña..... 403
Gran Capitán (Gonzalo de Córdoba). 4-398
Gran Muralla..... 368-373
Gregorio XIII (Papa)..... 102
Gullón (Sr.)..... 399
Guenyi-Monogatari..... 296
Guillén (Padre)..... 348-385
Guion-Machi..... 250
Guisa (Duque de)..... 6
Gui-Un-Kakú..... 259
Guzmán (Padre Luis de)..... 101-264

H

Hacienda (Japón)..... 423
Hachiman..... 282
Hajano (Yukinao)..... 422
Hakodate..... 124
Hakoné (Desfiladeros)..... 115
Hakoné (Lago)..... 318-320-338
Hakoné (Montañas)..... 233-313
Hart (Sir Robert)..... 364
Hashiba..... 103
Hata-moto..... 113
Hatta..... 314
Hatta-men..... 360
Havre..... 7
Hidetada..... 116
Hideyori..... 108-115
Hideyoshi. 96-99-101-103-104-105-106 107-258

Págs.

Hiogo..... 84-242
Hirayama..... 296
«Hiróshima maru»..... 343
Hiro-yei-zan..... 300
Hiyeizan (Monasterio)..... 97-98
Hiyeizan (Montaña)..... 296
Hizen..... 134-436
Hondo (Isla)..... 63
Hong-Kong..... 386-395
Hon-guan-yi (Monasterio)..... 98
Honmokú..... 240-340
Hoyó (Regentes)..... 90
Hoyó Tokimasa..... 83-88-89
Hübner (Barón de)..... 24
Hudson (Río)..... 12
Hukiau..... 358

I

Ii-kamon..... 124
Ikegami..... 254
Illinois (Estado)..... 15
Imperio chino..... 27
Inglaterra..... 171-395
Instrucción (Japón 1904)..... 423
Iowa (Estado)..... 26
Isé (Templo)..... 92
Ishida..... 109
Isikawa Goyemon..... 266
Italia..... 6-107-416
Ito, Marqués de..... 136
Itsmo de Suez..... 396
Iyemitsu..... 116
Iyesada..... 124
Iyeyas..... 99-101-108-110-114-246
Iwakura Tomomi..... 134-136-433

J

Japón..... 404
Java (Isla)..... 396
Justicia y criminalidad (Japón).... 424

K

Kaempfer Engelbert..... 117-247
Kagóshima..... 137
Kágura (Baile)..... 283
Kamákura..... 83-87-93-228-235
Kamogawa..... 246
Kamtchatka..... 63
Kanagawa..... 124
Kanga (Cerámica)..... 437

Digitized by Google

Págs.

Kasuga-no-mya 279-281
Katasé..... 230
Kato Kiyomasa..... 104
Katsura (Conde de)..... 422
Katsuragawa (Cascadas)..... 290
Keiki, Hitotsubashi..... 129-323
Kido..... 134-136
Kien-lung (Emperador)..... 367-368-376
Kiga..... 312
Kii..... 111
Kioto..... 111-127-239-244-246-249-437
Kióto (Templos de):
Guin-kaku-yi..... 253
Higashi-hon-gan-yi..... 250
Kawai-no yashimo-gamo..... 256
Kuro dani..... 269
Nan-sen-yi-do..... 266
Nishi-hon-gan-yi..... 258
Nishi-o-tani..... 261
Omuro Gosho..... 257
San-yin-sen-do..... 263
Shin-nio-do..... 272
To-yi (Pagoda)..... 259
Yasaka (Pagoda)..... 265
Ku-Shiu (Isla)..... 63
Kiyomori..... 81
Kiyura (Barón)..... 423
Kobe..... 242-341
Koketsu..... 200
Komei-Tenno..... 256
Komura (Barón)..... 422
Komurasaki..... 219
Konishi-Yukinaga..... 104-109
Kuambakú..... 103
Kuammu Tenno..... 278
Kuanon (Diosa de la Abundancia).. 183
Kuantó..... 115
Kublai-Khan..... 90-91
Kubota (Yudgurú)..... 423
Kuriles (Islas)..... 63
Kuro-Shiwo..... 63
Kuyo (Príncipe)..... 421

L

«Labrador»..... 7
Lagos Amargos..... 412
Legado de Yeyas..... 115
«Lejano Oeste»..... 21
Leopardi (Conde Giacomo)..... 144-317
Lerma (Duque de)..... 397
Lesseps (Mr. Ferdinand de)..... 412
Li-hung-chang (Virrey)..... 383

Págs.

Lissa (Combate naval)..... 36
Liú-Kiú (Islas)..... 63
Luzón (Isla de), nota..... 107

M

Macaulay (Lord), nota..... 4
Macías Picavea, Ricardo..... 241
Machiavelli (Niccoló)..... 107
«Madre de Dios»..... 344
Mahatmas..... 271
Makaroff (Almirante)..... 353
Malaca (Estrecho de)..... 405
Mandchuria..... 299
Manila..... 395
Mar Amarillo..... 3 3-384
Marco Polo..... 90
«Marcha de las Antorchas»..... 316
Marchand (Capitán)..... 403
Mar Rojo..... 411
Marruecos..... 402
Marsella..... 418
Maruko-san..... 202
Masago..... 83
Massena (Mariscal)..... 314
Matsu..... 301
Mayne-Reid..... 29
Mediterráneo..... 402
Medzurashiki mono!..... 78
Meidyi (Nengo de)..... 133
Mekong (Río)..... 389
Mencarini (Don Juan)..... 364
Mencio (Filósofo)..... 366
Ménguro..... 214
Mesina (Estrecho de)..... 416
México..... 27
Michigan (Estado)..... 12
Mi-i-dera..... 298
Mikado..... 404
Mimidsuka..... 106-263
Miuamoto..... 297
Ming (Dinastía)..... 364-373
Minnesota (Estado)..... 17
Mino (Provincia)..... 101
Misaki (Faro)..... 241
Mishima..... 337
Mississipí (Río)..... 26
Missouri (Río)..... 27
Mitford (Mr.)..... 178
Mito (Príncipe)..... 111-120-187
Mito (Provincia)..... 120
Monedas (Japón)..... 423
Mongolia..... 373

Digitized by Google

Págs.

Montana (Estado)..... 27
Montecristo (Isla)..... 417
Montero Ríos, E. S. Don Eugenio, Caballero del Toisón de Oro.. 400-403
Monterrey..... 52
Monto (Secta)..... 254
Mori (Príncipe de)..... 101
Morinaga..... 83
Moritoki Hoyó..... 94
Moriyoshi..... 74
Moscou..... 299-404
Mukóyima..... 211
Murasaki-Shikibu..... 296-300
Mutsu-hito (Mikado)..... 193-197-208-221
Mya-no-shita..... 308-311-316

N

Nabéshima (Príncipe de)..... 191
Nagaiké..... 277
Nagasaki..... 103-124-343-344
Nagato (Príncipe de)..... 166
Nan-king..... 377
Nan-kou..... 371-374
Napoleón I (Emperador)..... 199
Nápoles..... 4-417
Nara..... 255-274-278-286
Navegación (Japón)..... 430
Nebraska (Estado)..... 34
Nevada (Estado)..... 38
New Harbour (Singapore)..... 391
Niágara Falls..... 12
Nichiren (Secta)..... 254
Nicuesa (Diego de)..... 11
Nihon-guai-shi..... 81-109
Nikko-san..... 115
Nísida (Isla)..... 417
Nitta Yoshisada..... 93
Niyo (Palacio)..... 246
Nobunaga (Ota)..... 96-98-99-100-258-298
Nobuoka..... 133
Nobutaka..... 101
Nueva York..... 11

O

Odawara..... 305
Ogden..... 21
Ohno-Goroyemon..... 235
Ojeda (Alonso de)..... 11
Okubo Toshimiti..... 128-134-136
Okuma, Conde..... 136

Págs.

Olivares (Conde-Duque de)..... 397
Olney (Mr. Richard)..... 399
Omaha..... 22-28
Orsini (Príncipe de)..... 5
Osaka..... 98-103-109-115-243
Oshei (Período de)..... 120
Oshidarai..... 308
Otokó-daté..... 113
O-tomé-togué..... 324
Otsu..... 297
Oyé-no-hiromoto..... 88
Oyin (Hachiman)..... 79
Oyone..... 339
Owari..... 111-436

P

Pablo IV..... 5
Pacífico (Océano)..... 58
Palacios de Verano (Pekín)..... 369
Pa-li-kiao..... 381
Pappenberg..... 343
Parkes (Sir Harry)..... 131-248
París..... 7
Pa-ta-ling..... 373
«Pau-tsh»..... 353
Pedro el Grande (Rusia)..... 114
Pe-chi-li..... 353 383
Pei-ho..... 351-354-357-382
Pekín..... 91-351-356-359-379-396
Pericles..... 106
Perry (Comodoro)..... 122
Pesquerías (Japón)..... 430
«Petropavlosk»..... 354
Pico de Adam (Ceylán)..... 405
Pincio (Roma)..... 376
Pinzón (Vicente Yáñez)..... 11
Pirineo..... 402
Piripicchio (Máscara teatro italiano)..... 36
Pizarro (Francisco)..... 11
Platte (Río)..... 29
Población (Japón)..... 423
Pompeya..... 3-335
Ponce de León (Juan)..... 11
Port-Saïd..... 412-415
Portugal..... 396
Posílipo..... 417
Producción é industria (Japón)..... 429
Puerto-Arturo..... 358
Puerto Rico..... 404
Pulcinella..... 36
Pullman (Mr.)..... 23

Digitized by Google

Págs.

R

Ravenna 4
Religión (Japón) 423
Rembrandt 328
Reyes católicos 7-397
Richthofen (Barón) 64
Rivera 328
Rivoli (Batalla) 314
Rocafort (Bernardo de) 351
Rocky (Mountains) 34
Roma 5-107
Rubens P. P. 295
Rusia 299

S

Sadako (Princesa) 421
Saigo Kichinosuke (Mariscal) ... 129-135
Saigón 389-395
Saitow, Sr. 339
Salisbury (Marqués) 300
Salomón (Cisternas de) 410
Salt Lake City 35
San Lorenzo el Real (Monasterio) ... 102
San Marcos de Venecia 270
San Pedro de Roma 417
Sanyo Sanetomi 128-136
Saratoga 12
Saturno 209
Sátsuma 134-437
Séto Uchi (Mar interior) 342
Sei-tai-Shogun 113
Sekigahara 109-110
Serapeum 415
Sha-ho tcheng 378
Shang-hai 345
Shiba (Templo) 166 176-177
Shibata 101-102
Shimabara 110-116-343
Shimbashi 166
Shimonoseki 84-126-137
Shingon (Secta) 254
Shinto 120
Shintoismo 255
Sho-Mu-Tenno 288
Shi-san ling (Pekín) 377
Sión (Sociedad mormona) 37
Sierra Nevada (California) 38
Si-ka-ué 347
Singapore 391-395
Siro, Ciudadela 114
Siro (Criado) 339
Smith-Joë 35

Págs.

Soné (Barón) 422
Sorrento 3-417
Soyeima 136
Subashiri 326-333
Suez 412
Sumatra 405
Sumidagawa 167-182-212
Sumpú 115
Suruga (Montañas) 115-308
Suzuyamon 221

T

Tachibana-himé 76
Tadayashi 111
Taiko Sama (Hideyoshi). 104-288-299-436
Tai-Kun 123
Taka (Isla) 92
Takanawa (Templo) 179
Takatuna 266
Takú 354-383
Tanegáshima 95
Taira 81-297
Tasso (Torquato) 3
Tatsu-no-Kuchi 91
Tendai (Secta) 354
Terauchi (T. General) 422
T'ien-t'an (Templo del Cielo) 306
Tientsin 355-381
Tierra de Campos 17
Tin-si Suan 370
Thorwaldsen 295
Togo (Almirante japonés) 353
Tokaido 114-230-237-303-314-337
Tokimuné Hoyó 90-91
Tókio 133-165-437
Tokiwa 82
Tukiyi 188
Toku-dai-yin (Mayordomo mayor) .. 191
Tokugawa (Iyeyas) 96
Tokugawa 177
Toledo (Vía) 4
Tolón 418
Tonosawa 308-316
Torre Annunziatta 417
«Torre del Silencio» 410
Tosa (Príncipe de) 128-134
Tovar (Padre) 347
Toyeizam (Templo) 181
Treaty of Peace between the United States and Spain signed at Paris, December 10, 1898 401
Trípoli 492

Digitized by Google

Págs.

Tshin-shi-huang-ti (Emperador).... 373
Tsung-li-yamen..... 380
Tsúshima 90
Tumbas de los Ming..... 376
Tung-chao 356-381
Tung-Tchin (Emperador)..... 364
Turkestán 368

U

Uai-bu-sho..... 146-171
Uan-shau-san..... 369
U-chuan-san..... 369
Uma-gaishi..... 331
Ura (Kanelaké)..... 423
Utah..... 34
Uyeno (Parque)..... 181
Uyikawa..... 271

V

Valdes (Juan)..... 363
Vallín (Don Constantino)..... 360
Vela (Sr.)..... 351-385
Vesubio (Volcán)..... 3-417
Vico Equense..... 3-417
Victoria (Hong-kong)..... 386
Victoria (Reina de la Gran Bretaña). 401
Villalar (Batalla)..... 5

W

Wabsatch (Montes)..... 35
Wakamatshu (Señorío)..... 130
Washington..... 12-122
Washington (Protocolo de)..... 400
Wampw..... 393
Waterlóo 199
Wei-hai-wei..... 384

Págs.

Wisconsin (Estado)..... 17
Woodford (Mr. Stewart L.).. 399-401-403
«Wu-chang»..... 383
Wuson..... 385
Wyoming (Estado)..... 34

Y

Ya-ami 246
Yalú..... 299
Yamagata (Mariscal)..... 299-404
Yamashiro..... 278
Yamato..... 278
Yamato-Daké..... 75-76-77
Yang-tsi-kian..... 285-345-384
Yang-tsun..... 357
Yamamato (V. Almirante)..... 423
Yedo (Bahía de)..... 60
Yedo..... 114-116
Yeso Hokkaido)..... 63
Yimmu Tenno..... 391
Yingu-Kogó..... 77-147-436
Yodo (Secta)..... 254
Yokohama..... 58-140-302-437
Yoritomo (Minamoto)..... 85-288
Yoshihito (Príncipe heredero)..... 421
Yoshikawa (Vizconde)..... 422
Yoshinaka..... 84
Yoshimitsu Ashikaga..... 96
Yoshitsuné..... 82-85-300
Yuen-min yuen..... 369
Yuki-san..... 199
Yunan..... 377
Yung-lo, Emperador 377

Z

Zen (Secta)..... 254
Zoroastro..... 410
Zozoyi (Templo)..... 178

Digitized by Google

OBRAS DEL AUTOR

PRÓXIMA A PUBLICARSE

UNA EMBAJADA BAJO LA REGENCIA

(Estudio documentado.)

EN PREPARACIÓN

DESDE VILLALAR Á PARÍS

23 Abril 1521. 10 Diciembre 1898.

Principio y fin de la decadencia española.

Digitized by Google

ERRATAS QUE SE HAN ADVERTIDO

Pág.	Línea.	DICE	DEBE DECIR
2	24	primera vez	primera vez,
26	36	Cliton	Clinton
34	6	¡Ay! de	¡Ay de
36	8	de llegada	de la llegada
37	12	lejano Oeste	«Lejano Oeste»
—	29	blanquecino que se filtra	blanquecino, que se filtra
40	8	refiriéndonos	refiriéndome
97	8	provervial	proverbial
98	18	monasterio fortaleza	monasterio-fortaleza
109	26	lago Briva	lago Biwa
131	18	dicho Cargo	dicho cargo
146	9	deferencia	diferencia
153	26	japones	japoneses
155	32	Sir Ruthorford	Sir Rutherford
197	33	Yinmu-Tenno	Yimmu Tenno
207	12	habían de	había de someterse
208	15	bajo de techo y obscuro	baja de techo y obscura
212	22	desborban	desbordan
219	3	hice de rogar	hice rogar
246	1	«casa de té»	«casas de tê»
247	21	pleito y homenaje	pleito homenaje
290	4	era también	era él también
343	28	«Pappemberg»	«Pappenberg»
349	17	que, dije	que le dije
356	1	Segun	Según
386	13	Vitoria	Victoria

Digitized by Google

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

3 2044 014 078 844

THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

Harvard College Widener Library
Cambridge, MA 02138 (617) 495-2413

WIDENER
SEP 1 0 2001
BOOK DUE

WIDENER
APR 0 5 2002
CANCELLED

WIDENER
FEB 1 0 2003
MAR 1 0 2002
CANCELLED

WIDENER
FEB 1 0 2003
CANCELLED

Digitized by Google

Digitized by Google